



UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

TESIS DOCTORAL

Juan de Mariana y la Historia Antigua. Planteamientos historiográficos

Autor:

Francisco Gómez Martos

Director:

Jaime Alvar Ezquerro

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES. HISTORIA, GEOGRAFÍA Y ARTE

Getafe, octubre de 2012

TESIS DOCTORAL

Juan de Mariana y la Historia Antigua. Planteamientos historiográficos

Autor: Francisco Gómez Martos

Director: Jaime Alvar Ezquerro

Firma del Tribunal Calificador:

Presidente: Pedro Barceló Batiste

Vocal: Fernando Wulff Alonso

Vocal: Antonio Gonzales

Vocal: Alfredo Alvar Ezquerro

Secretario: Mirella Romero Recio

Firma

Calificación:

Getafe, de de

ÍNDICE

Agradecimientos

Abreviaturas

1. Introducción.....	11
2. Balance historiográfico y documental.....	12
2.1. Historia de la historiografía moderna.....	12
2.2. Historia de la historiografía española moderna.....	14
2.3. Documentación e historiografía sobre Juan de Mariana.....	16
2.3.1. Documentación.....	16
2.3.2. Historiografía.....	17
3. Historiografía e Historia Antigua en España durante el siglo XVI.....	19
3.1. La Historia y el Estado moderno.....	19
3.2. La Historia en tiempos de Carlos V.....	20
3.3. La Historia en tiempos de Felipe II.....	23
3.4. La Historia al final del siglo.....	27
4. Vida y obra de Mariana (1536-1624).....	28
4.1. Nacimiento, familia y formación.....	28
4.2. En el extranjero.....	28
4.3. En Toledo en tiempos de Felipe II.....	30
4.4. En Toledo en tiempos de Felipe III.....	35
4.5. En Toledo en tiempos de Felipe IV.....	41
5. La <i>Historia</i>.....	43
5.1. <i>Historiae de rebus Hispaniae</i> (1592).....	43
5.2. <i>Historia general de España</i> (1601).....	44
5.3. Contenidos de la <i>Historia</i>	46
6. Libro I: Tiempos primitivos.....	49
6.1. El poblamiento de España y sus primeros reyes.....	49
6.1.1. Fuentes.....	49
6.1.2. Túbal como fundador.....	52

6.1.3. Gerión, Osiris y Heracles.....	57
6.1.4. Más reyes. Expansión por Italia.....	59
6.1.5. Mitologías sobre los primeros contingentes griegos.....	62
6.1.6. Gárgoris y Habis: el final de la lista.....	64
6.2. Una época de transición.....	65
6.3. Invasores e indígenas.....	67
6.3.1. Fuentes.....	67
6.3.2. Invasores.....	68
6.3.2.1. Celtas.....	68
6.3.2.2. Griegos.....	69
6.3.2.3. Fenicios.....	71
6.3.3. Indígenas.....	76
6.3.3.1. Tartesios.....	76
6.3.3.2. Turdetanos.....	84
6.3.4. Cartagineses.....	86
7. Libro II: Dominio cartaginés.....	90
7.1. Ficticias relaciones con el pueblo cartaginés.....	90
7.1.1. Cronología.....	91
7.1.2. Guerras de Sicilia.....	95
7.1.3. Embajada a Alejandro Magno.....	96
7.1.4. La familia Bárquida.....	97
7.2. Segunda Guerra Púnica.....	101
7.2.1. Fuentes antiguas.....	102
7.2.2. El final de Ocampo.....	103
7.2.3. Entre Ocampo y Morales: Tito Livio.....	109
7.2.4. El comienzo de Morales.....	116
7.3. Los españoles: entre Cartago y Roma.....	120
8. Libro III: Conquista romana.....	126
8.1. Numancia en el foco.....	126
8.1.1. Razones de un libro.....	126
8.1.2. Fuentes antiguas.....	127
8.1.3. Fuentes modernas.....	141
8.1.4. Viriato.....	151

8.1.5. Guerra de Numancia.....	155
8.2. Guerras civiles y fin de la conquista romana.....	164
8.2.1. Cuestiones metodológicas.....	164
8.2.1.1. Fuentes.....	164
8.2.1.2. Cronología.....	167
8.2.2. Guerra de Sertorio.....	171
8.2.3. Guerra civil.....	172
8.2.4. Guerras en el norte peninsular.....	173
8.2.5. Controversia acerca de Julio César y Augusto.....	177
9. Libro IV: Hispania.....	182
9.1. Metodología: fuentes y cronología.....	182
9.1.1. Fuentes literarias.....	182
9.1.2. Fuentes materiales.....	206
9.1.3. Cronología.....	209
9.2. Imperio y emperadores.....	210
9.3. Cristianismo.....	212
9.3.1. Cristianismo e historiografía española.....	212
9.3.2. Cristianismo e <i>Historia</i>	221
9.3.3. El apóstol Santiago.....	223
9.4. La patria chica.....	232
9.4.1. Carpetania-Toledo.....	232
9.4.2. Elbora-Talavera.....	235
9.5. De Roma a Toledo: el horizonte godo.....	237
10. Conclusiones: Mariana historiador de la Antigüedad.....	239
10.1. Cómo construir una historia general de España.....	239
10.1.1. “Levantar una fábrica”.....	239
10.1.2. Situarla en el tiempo.....	240
10.1.3. Situarla en el espacio.....	241
10.1.4. Dotarla de voz y forma.....	242
10.2. Las fuentes de información.....	243
10.3. La filosofía de la obra.....	245
10.4. El resultado: una historia nacional.....	246
11. Conclusions: Mariana as Ancient History historian.....	249

11.1. How to build up a General History of Spain.....	249
11.1.1. “Levantar una fábrica”.....	249
11.1.2. Providing history with time.....	250
11.1.3. Situating history in the space.....	251
11.1.4. Providing history with voice and shape.....	252
11.2. Sources for information.....	253
11.3. The philosophy of the project.....	254
11.4. The result: a national history.....	256
Fuentes y bibliografía.....	259

AGRADECIMIENTOS

Mis compañeros del Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja” me han animado y ofrecido su experiencia. A Alfredo Alvar y David García les robé parte de su tiempo para discutir un proyecto embrionario. Pedro Barceló vio el trabajo algo más avanzado e hizo que desde el primer día me sintiera como uno más en el Historisches Institut de la Universität Potsdam. Richard Kagan, además de haber sido amigo y profesor, ha contribuido enormemente en mi formación académica en la Johns Hopkins University. Los conocimientos y el apoyo constante de Fernando Wulff tienen un peso incalculable en este trabajo. Jaime Alvar ha sido mi guía en todo el trayecto. En él he depositado mi confianza y mediante su infinita atención y sabios consejos he podido dar cada uno de los pasos. Anna me ha transmitido ilusión y ayudado día tras día a seguir adelante. En Óscar, mi viejo maestro, he encontrado las respuestas a por qué continuar estudiando. Mi madre, como siempre, ha alentado en mí nuevas esperanzas. Por mi familia me he sentido amado. A todos, muchísimas gracias.

ABREVIATURAS

AHPTO: Archivo Histórico Provincial de Toledo

BAE: Biblioteca de Autores Españoles

BL: British Library (Londres)

BNE: Biblioteca Nacional de España (Madrid)

CIL II: E. Hübner, *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín, 1869; *Inscriptionum Hispaniae Latinarum Supplementum*, Berlín, 1892.

CIL II²/5: A. U. Stylow, R. Atencia, J. González, C. González, M. Pastor y P. Rodríguez (eds.), *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae, ed. altera, pars V. Conventus Asigitanus*, Berlín y Nueva York, 1998.

CIL II²/7: A. U. Stylow (ed.), *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae, ed. altera, pars VII. Conventus Cordubensis*, Berlín y Nueva York, 1995.

CIL II²/14: A. U. Stylow, M. Clauss y M. Mayer (eds.), *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae, ed. altera, pars XIV, fasciculus I. Pars meridionalis conventus Tarraconensis*, Berlín y Nueva York, 1995.

CSIC: Consejo superior de investigaciones científicas (España).

Epistolario II: G. Mayans, *Epistolario II. Mayans y Burriel*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1972.

Epistolario VI: G. Mayans, *Epistolario VI. Mayans y Pérez Bayer*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1977.

Epistolario VII: G. Mayans, *Epistolario VII. Mayans y Martínez Pingarrón, 1. Historia cultural de la Real Biblioteca*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1987.

Epistolario X: G. Mayans, *Epistolario X. Mayans con Manuel Roda y Conde de Aranda*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1990.

Epistolario XI: G. Mayans, *Epistolario XI. Mayans y Jover, 1. Un magistrado regalista en el reinado de Felipe V*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1991.

Epistolario XII: G. Mayans, *Epistolario XII. Mayans y los libreros*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1993.

Epistolario XVI: G. Mayans, *Epistolario XVI. Mayans y los altos cuadros de la Magistratura y Administración Borbónica, 3. Fernando José de Velasco Ceballos (1753-1781)*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1998.

Historia: J. de Mariana, *Historiae de rebus Hispaniae*, P. Rodríguez, Toledo, 1592; id., *Historia general de España*, P. Rodríguez, Toledo, 1601.

Las referencias a esta obra de Mariana en el cuerpo del texto se indican mediante el número del libro, en números romanos, seguido por una coma y el número del capítulo en números arábigos, todo entre paréntesis. Cuando no se precisa el número de página significa que la cita corresponde a la edición en castellano de 1601. Así por ejemplo: (I 2). Cuando además del libro y el capítulo se añade el número de página (p.), la información remite a la publicación de la obra en latín de 1592. Así por ejemplo: (I 2, p. 3). Cuando se cita una edición de la *Historia* distinta a las dos mencionadas, se añade una coma, “ed. de” y el año de la edición a la que corresponda. Así por ejemplo (I 2, ed. de 1623).

RABM: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*

RAH: Biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid)

1. INTRODUCCIÓN

En el presente estudio se analizan los primeros libros de la *Historia general de España* de Juan de Mariana, publicada originalmente en latín en 1592 y traducida al castellano en 1601. La obra de este docto toledano es, podemos decir, la primera gran historia nacional de España. Su autor se convirtió, en opinión de muchos, en el Tito Livio español. Su texto fue ampliamente leído, editado y ampliado hasta avanzado el siglo XIX. Sus inscripciones, fechas y reyes ilustraron las páginas de otras muchas otras historias. Su amplia difusión, en definitiva, contribuyó enormemente a la creación de una histórica identidad nacional.

Estudiar la figura de Mariana como historiador es así una forma de plantear preguntas y dar respuestas sobre la evolución y el sentido de la historia de la historiografía española. A partir de un amplio catálogo de fuentes y bibliografía, aquí hemos investigado principalmente cómo el jesuita construye una Historia Antigua y qué significado tiene ésta para el conjunto de su obra. Con ello pretendemos profundizar en algunos aspectos del pasado de la disciplina que estudia la Antigüedad en España, de manera que pueda entenderse mejor cuál es su valor en la sociedad del mundo moderno.

Desde esos presupuestos desarrollamos la investigación en diferentes apartados. Primero hacemos un balance historiográfico sobre los estudios que sirven de precedente al tema que nos ocupa (capítulo 2). Seguidamente esbozamos las líneas generales de la historiografía y la Historia Antigua en España durante el siglo XVI, para presentar a continuación una serie de datos sobre la biografía y la obra de Mariana, especialmente de su *Historia* (capítulos 3-5). En los siguientes capítulos analizamos por separado los cuatro primeros libros de la *Historia* (capítulos 6-9). Finalmente, ofrecemos una serie de valoraciones generales (capítulo 10) y un apéndice bibliográfico.

2. BALANCE HISTORIOGRÁFICO Y DOCUMENTAL

2.1. Historia de la historiografía moderna

El análisis de la producción histórica a comienzos de la Edad Moderna, lo que a partir de ahora denominaremos historia de la historiografía moderna, ha sido abordado desde antiguo y a partir de diferentes perspectivas.

Ya en el siglo XIX, o incluso antes, existen ambiciosos estudios sobre la historiografía moderna. Pensamos en aquellos análisis globales que abarcan varios siglos de la modernidad y la evolución historiográfica de uno o varios países europeos. Entendida la historiografía en términos exclusivamente intelectuales o literarios, estos trabajos tienden a ceñirse a la descripción y enumeración de historiadores y obras históricas. Por otra parte, como estos repertorios incluyen la producción humanística, resultan ser los historiadores italianos objeto de una mayor atención. El carácter enciclopédico de estas investigaciones limita en muchos casos la profundidad con la que se estudia la diversidad de historias e historiadores modernos, en especial porque no se alcanza a conectar de forma suficiente intensa el conjunto de factores históricos en los que se inscribe la producción historiográfica.

Ejemplos de este tipo de historia intelectual de la historiografía, que a la postre ha sido la predominante, los encontramos en fecha precoz. La obra del que fue primer profesor de Historia Antigua en la Universidad de Oxford, el inglés Degory Wheare (1573-1647), representa bien las pautas que van seguir los historiógrafos posteriores tanto en la propia Gran Bretaña como al otro lado del continente europeo¹.

Una muestra más reciente y mejor conocida en España por estar traducida es la *Historia de la Historiografía Moderna*, publicada en Alemania a comienzos del siglo XX por el suizo Eduard Fueter². No obstante, al menos en Alemania existía una tradición previa de grandes compendios de historias e historiadores modernos. Un siglo antes había visto la luz la obra de Ludwig Wachler, una especie de catálogo de

¹ D. Wheare, *De ratione et methodo legendi historias dissertatio*, I. Haviland, Londres, 1623. Fue sucesivamente reeditado y ampliado por otros autores.

² E. Fueter, *Historia de la Historiografía Moderna*, 2 vols., ed. rev. y aum., Editorial Nova, Buenos Aires, 1953 (1911). Paralelamente, Paul Joachimsen publicó *Geschichtsauffassung und Geschichtschreibung in Deutschland unter dem Einfluss des Humanismus*, Scientia Verlag, Aalen, 1968 (1910), en donde se estudian los primeros historiadores del humanismo alemán y también algunos italianos.

historiadores europeos entre los siglos XIII y XVII³. Del mismo contexto, más significativa aún es la figura de Leopold von Ranke. Éste publicó un apéndice crítico sobre las crónicas de las que se nutría su *Historia de los pueblos latinos y germánicos*, y entre ellas destacó la *Historia* de Mariana por encima de la de otros historiadores españoles, aunque también le recriminó al jesuita el que no siempre consultara las fuentes originales⁴.

Mayor interés si cabe para nuestro estudio tiene el foco de hispanismo que en Francia se desarrolló con cierto esplendor entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. En España esta tendencia viene representada, en el siglo XX, por los trabajos del erudito Benito Sánchez Alonso.

Avanzado el siglo XX, el incremento exponencial de la producción historiográfica impide que podamos hablar de una única forma más o menos estandarizada de abordar el estudio de la historiografía moderna. Por el contrario, resulta más apropiado hablar de distintas tendencias que se han desarrollado a lo largo de la centuria. En la actualidad, la historia de la historiografía es casi universalmente reconocida como una disciplina autónoma que da cabida a una pluralidad de opciones⁵.

En primer lugar, han seguido apareciendo grandes compendios de historias e historiadores modernos⁶. Es cierto que estos estudios se han realizado sobre diferentes escalas, con lo que existen historiadores, países y períodos mejor conocidos que otros. Los humanistas italianos continúan recibiendo una atención particular en tanto que representantes de un nuevo modelo de escribir historia⁷. En este sentido, también se subraya el papel de historiadores e intelectuales de otros países (Jean Bodin, Justo

³ L. Wachler, *Geschichte der historischen Forschung und Kunst seit der Wiederherstellung der litterarischen Cultur in Europa*, 2 vols., F. Roßner, Gotinga, 1812-1820.

⁴ L. Ranke, *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber*, G. Reimer, Leipzig y Berlín, 1826, pp. 53-57.

⁵ En España, sobre este asunto se ha reflexionado con cierta continuidad desde la Universidad de Zaragoza, en donde se publica la revista *Historiografías, revista de historia y teoría*, dirigida por Gonzalo Pasamar. Un discípulo de la “escuela zaragozana”, Miquel Marín Gelabert, realizó un perspicaz análisis en “La historia de la historiografía en España: recepción y crisis de una disciplina, 1976-2007”, en M^a T. Ortega (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Universidad de Granada, Granada, 2007, pp. 391-437.

⁶ Un ejemplo es D. Hay, *Annalist and Historians. Western Historiography from the VIIIth to the XVIIIth Century*, Methuen, Londres, 1977. El proyecto más ambicioso que conozco es la colección *The Oxford History of Historical Writing*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 2011-2012, de la que ya han aparecido cuatro de cinco gruesos volúmenes. El tercer tomo comprende la historiografía, no sólo del mundo occidental, entre el 1400 y el 1800, en setecientas cincuenta páginas.

⁷ Un clásico es E. Cochrane, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago, 1981.

Lipsio, Joseph Scaliger) para dar una idea de lo que fue la historiografía del Humanismo⁸.

En muchos casos estos trabajos –en el mundo anglosajón con frecuencia presentados bajo la etiqueta *history of historical writings*– comparten con aquellas obras de catalogación que antes apuntamos los contenidos de los que se ocupan. Junto a esa tendencia, sin embargo, durante las últimas décadas la historiografía moderna ha sido analizada también desde una multiplicidad de otros enfoques, los cuales van más allá de los componentes intelectuales de la historiografía e inciden en los factores sociales, políticos, económicos o culturales que se relacionan con la producción historiográfica. De esta manera se investiga, entre otros muchos temas, la función del conocimiento histórico en el conjunto de la sociedad, la relevancia de los textos históricos en el marco de la cultura libresca, su incidencia en las actividades educativas y propagandísticas o la situación socio-profesional del historiador o cronista⁹.

De entre toda esa variedad, aquí nos interesa destacar la pléyade de estudios que tienen como objetivo común rastrear el papel que desempeña la Antigüedad en la historiografía moderna. Consideramos que la formación de los Estados modernos europeos supone la creación de una historia y una consciencia nacionales y, más en concreto, la apropiación de un legado antiguo que por lo general es ficticio¹⁰. El tema en sí no deja de tener conexiones con el momento presente, en el que se cuestionan los usos públicos de la Historia Antigua¹¹, así como la gestión de la cultura material antigua por parte de unos Estados nacionales que son sus propietarios¹².

2.2. Historia de la historiografía española moderna

⁸ A. Grafton, *What was the history? The Art of History in Early Modern History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

⁹ Véanse, por ejemplo, algunos de los trabajos de Daniel Woolf tales como *Reading History in Early Modern England*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, o *The Social Circulation of the Past: English Historical Culture, 1500-1730*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

¹⁰ La presente tesis doctoral se inscribe dentro del proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación “La Antigüedad en la creación de mitologías políticas y de las consciencias nacionales (siglos XVI-XIX)” (HAR2008-02434/HIST), cuyas bases pueden leerse en la página web del Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja”: http://www.uc3m.es/portal/page/portal/inst_hist_julio_caro_baroja (consultado el 22 de junio de 2012). Algunos de sus resultados se han plasmado en el monográfico con el mismo título de la *Revista de Historiografía* 15 (2011).

¹¹ Por citar un ejemplo todavía en curso, véanse las premisas del proyecto “Antigüedad e Identidad en la Enseñanza Secundaria Española”, en el enlace citado en la nota anterior.

¹² J. Cuno, *Who owns Antiquity? Museums and the Battle over our Ancient Heritage*, Princeton University Press, Princeton, 2008. El planteamiento de Cuno es un reflejo del declive de los modelos nacionalistas en las ciencias sociales. Sobre esto, F. Wulff, “¿Por qué las identidades hoy? Historia antigua y arqueología ante un cambio de paradigma”, en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Universidad de Málaga, Málaga, 2008, pp. 11-50.

Desde el último tercio del siglo XIX un grupo de investigadores franceses, entre los que sobresale la figura de Alfred Morel-Fatio (1850-1924), desarrolló un activo trabajo de investigación centrado en el estudio de la historia y la cultura españolas. En esa labor, e influidos por el modelo de edición y crítica de fuentes que se llevaba a cabo en Alemania, dieron un impulso formidable al conocimiento de la historia literaria en España. Como resultado de ese interés fueron editados y estudiados manuscritos, epistolarios, crónicas y otros documentos de gran valor historiográfico. Asimismo, en 1899 se fundó la revista *Bulletin Hispanique* con Morel-Fatio actuando como redactor y uno de sus adelantados discípulos, Georges A. Cirot (1870-1946), como secretario y asiduo colaborador¹³.

En concreto, destacamos la figura de este último por ser el autor de la monografía más completa que sobre Mariana como historiador existe¹⁴. Aunque en su conjunto, la totalidad de la obra del francés, un apasionado de la cultura española del Siglo de Oro, es una encomiable contribución al conocimiento de la historia de la historiografía en España. Cuenta en su haber con tres textos principales: *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, *Mariana historien* y *De operibus historicis Johannis Aegidii Zamorensis*. Además, preparó Cirot un libro – que no llegó a publicar– sobre los predecesores de Mariana, editó fuentes históricas, escribió numerosas reseñas y publicó una serie de artículos en los que se sirvió de documentación original sobre historiadores tales como Lorenzo de Padilla, Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, Esteban de Garibay, Jerónimo Zurita o, sobre todo, Juan de Mariana¹⁵.

Años más tarde, Benito Sánchez Alonso, no por casualidad admirador de Cirot, publicaba una serie de trabajos que probablemente pasen por ser los más sistemáticos que sobre la historia de la historiografía española se hayan realizado hasta el día de

¹³ A. Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, CSIC, Madrid, 1988.

¹⁴ G. Cirot, *Mariana historien*, Feret, Burdeos, 1905.

¹⁵ La vida y obra de Cirot fueron estudiadas en varios artículos publicados inmediatamente después de su muerte: Charles-V. Aubrun, “Le doyen Georges Cirot (1870-1946)”, *Bulletin Hispanique* 48, 4 (1946), pp. 289-293; B. Sánchez Alonso, “M. Georges Cirot y la historiografía española”, *Bulletin Hispanique* 50, 3-4 (1948), pp. 263-274. Casi a un mismo tiempo se publicaron en francés y en español sendos artículos sobre la bibliografía de Cirot: M. Núñez de Arenas y J. Clavel, “Bibliographie de Georges Cirot”, *Bulletin Hispanique* 50, 3-4 (1948), pp. 537-601; H. Besso, “Bibliografía de Georges Alfred Cirot”, *Revista Hispanoamericana* 17, 33 (1951), pp. 145-211.

hoy¹⁶. Concebidos con un carácter enciclopédico, continúan siendo una referencia ineludible para la consulta.

Después de Sánchez Alonso aparecieron algunas síntesis sobre la misma temática, pero fueron escasas y siempre de menor ambición¹⁷. Algo que contrasta con el dinamismo que en este terreno se observa desde hace unos años. Junto a proyectos como los que dirige Alfredo Alvar en el Instituto de Historia del CSIC, en lo que va de siglo han visto la luz una serie de monografías que, desde perspectivas distintas, han revitalizado el estudio de la historiografía española moderna¹⁸.

Entre estas últimas, para el caso que nos ocupa es de notable importancia la obra que lleva por título *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*¹⁹. El análisis de Fernando Wulff ofrece una interpretación global de la evolución de la Historia Antigua en el conjunto de la historiografía española moderna y contemporánea. Por esa razón, desde su aparición en 2003 se ha convertido en una referencia para todos aquellos estudios que acerca del rol de la Antigüedad en la historiografía española se vienen realizando con cierta profusión durante los últimos años²⁰.

2.3. Documentación e historiografía sobre Juan de Mariana

2.3.1. Documentación

¹⁶ Entre los que destacan: *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*, 3 vols., CSIC, Madrid, 1941-1950, y *Fuentes de la historia española e hispanoamericana. Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la Historia política de España y sus antiguas provincias de Ultramar*, 3 vols., 3ª ed., CSIC, Madrid, 1952.

¹⁷ Por ejemplo, J. Cepeda, "La historiografía", en *El Siglo del Quijote (1580-1680). Religión, filosofía, ciencia*, en *Historia de España Menéndez Pidal*, t. 26, vol. 1, Espasa-Calpe, Madrid, 1986, pp. 523-643.

¹⁸ Entre otras: J. Andrés-Gallego y J. M. Blázquez (eds.), *Historia de la historiografía española*, 2ª ed. rev. y aum., Encuentro, Madrid, 2003 (1999); R. García Cárcel, *La construcción de las Historias de España*, Marcial Pons, Madrid, 2004; R. Kagan, *Clio and the Crown. The Politics of History in Medieval and Early Modern Spain*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009; G. Pasamar, *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Peter Lang, Berna, 2010. De los dos últimos títulos hemos publicado sendas reseñas en la *Revista de Historiografía* 13 (2010), pp. 119-121, y 14 (2011), pp. 191-192, respectivamente.

¹⁹ F. Wulff, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Crítica, Barcelona, 2003.

²⁰ Aunque no son recientes, existen dos buenas síntesis sobre el desarrollo de esos estudios tanto para el caso de la historia de la arqueología como para el de la historia de la historiografía. Respectivamente, J. Beltrán, "Historia de la arqueología en España. Precedentes y líneas actuales de investigación", *Revista de Historiografía* 1 (2004), pp. 38-59, y R. del Molino, "La apropiación política de la Antigüedad Grecorromana: de la tradición clásica a la interdisciplinariedad", *Revista de Historiografía* 5 (2006), pp. 76-85.

Juan de Mariana falleció en 1624. Sus manuscritos, los cuales incluían distintas obras, borradores, correspondencia y otros papeles personales, reposaron en el colegio de jesuitas de Toledo hasta al menos la segunda mitad del siglo XVIII²¹. Siete de los nueve volúmenes en los que se compilaba toda esa documentación pasaron después al British Museum y en la actualidad se conservan en la British Library de Londres. Otro de los tomos, compuesto por crónicas medievales, se encuentra en la Biblioteca Nacional de España en Madrid²². De manera dispersa también se halla documentación original del autor en otras bibliotecas y archivos como el Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca de El Escorial, la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, el Archivo Histórico Provincial de Toledo, el Archivo General de Simancas, la Bibliothèque Nationale de France en París, el Archivum Romanum Societatis Iesu o la Biblioteca Vaticana de Roma.

2.3.2. Historiografía

El interés suscitado no sólo en España por la obra de Mariana tiene su correspondencia en la gran cantidad de estudios que sobre el jesuita se cuentan desde su muerte hasta la actualidad, así como en las múltiples ediciones, reimpresiones, continuaciones, compilaciones y traducciones de sus textos a distintas lenguas²³.

El pensamiento de Mariana abarcó distintas facetas, desde la teología y la historia hasta la política y la economía, y en casi todas ellas dejó una huella importante. Sin embargo, de todos los saberes que abordó, el de la historia no ha sido el que más ha preocupado a sus estudiosos.

Al ya mencionado Georges Cirot debemos el análisis más exhaustivo, publicado en 1905, sobre la *Historia general de España* del jesuita. Sin que haya sido objeto de nuevas monografías, la mayoría de los textos que se han publicado con posterioridad y

²¹ Sobre el recorrido de los manuscritos de Mariana, F. Centenera, “De Toledo a Londres: el último viaje de Juan de Mariana”, en *Cabeza encantada, Humanismo e-review* (2011), pp. 1-28. Revista electrónica: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/cabeza-encantada> (consultado el 26 de junio de 2012).

²² Andrés Marcos Burriel comentó y copió los índices de los nueve tomos manuscritos de Mariana: *Papeles varios relacionados con la edición de la “Historia general de España” del padre Mariana*, BNE, Ms. 18662/24/5, 3 fols. Los manuscritos londinenses fueron catalogados por Pascual de Gayangos en *Catalogue of the manuscripts in the Spanish language in the British Museum*, t. 1, W. Clowes, Londres, 1875.

²³ Para un seguimiento de la obra y los estudios que ha suscitado la figura de Mariana, remitimos al inventario de la Biblioteca Saavedra Fajardo: saavedrafajardo.um.es/ (consultado el 4 de junio de 2012). Probablemente es la recopilación más completa, aunque le faltan importantes títulos de los que damos noticia a lo largo del texto.

que tratan la figura de Mariana como historiador reconocen una gran deuda a aquel de Cirot.

Por su parte, a pesar del creciente número de publicaciones orientadas al estudio de la Antigüedad en la historiografía moderna, no contamos con ninguna específica de la *Historia* de Marina.

3. HISTORIOGRAFÍA E HISTORIA ANTIGUA EN ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XVI

En un estudio como el presente acerca del uso de la Antigüedad en la Edad Moderna, es difícil establecer un punto de partida desde el que buscar las claves para comprender la Historia Antigua en la obra de Mariana. Desde la aparición de los Estados antiguos y con ellos las crónicas y listas de reyes que los sacerdotes sumerios o egipcios componían para sus respectivos soberanos, pasando por las historias de Roma de Tito Livio o de los judíos de Flavio Josefo, las influencias y los paralelismos con la *Historia* del jesuita no tienen solución de continuidad. Este capítulo no persigue un objetivo tan ambicioso sino que, como una suerte de introducción, se limita a trazar algunos hechos del pasado inmediato de Mariana con el ánimo de situar su *Historia* en un contexto histórico e historiográfico.

3.1. La Historia y el Estado moderno

Una de las principales características que identifica la etapa histórica en la que vive nuestro autor y la distancia de los siglos que la preceden es el desarrollo del Estado moderno. En concreto en España, pero también en otros territorios de Europa, desde finales del siglo XV y a lo largo del XVI se produce un fenómeno de concentración del poder en un cuerpo superior único, el Estado monárquico, el cual transforma muchos de los valores y mecanismos de coerción que habían dominado las estructuras, a todos los niveles, de la Edad Media. En ese proceso no sólo las fuerzas armadas, la hacienda o la justicia pasan progresivamente a formar parte de un organismo que se hace más absoluto, sino que éste también asume el control de las manifestaciones artísticas y culturales.

La práctica historiográfica se convierte así en una actividad institucionalizada, en general consistente en transmitir ideologías legitimadoras de la entidad política que la autoriza y sostiene. Entre las misiones asignadas a esa historia oficial²⁴, figura en un lugar preminente la de componer una historia nacional en la que se proyecten las nuevas circunstancias del presente, entre otras: la expansión territorial de la monarquía más allá

²⁴ Para una definición de la “historia oficial”, en un estudio global sobre los cronistas reales y sus obras, ver R. Kagan, *Clio and the Crown. The Politics of History in Medieval and Early Modern Spain*.

de la Península Ibérica, los parámetros intelectuales del Humanismo o las posibilidades de difusión que ofrece la recién creada imprenta.

3.2. La Historia en tiempos de Carlos V

El siglo XVI está marcado por los sucesivos intentos de escribir esa historia general de España. Hasta aquel momento, las crónicas del siglo XIII de Rodrigo Jiménez de Rada o del rey Alfonso X habían cubierto las perspectivas historiográficas de la Corona castellana²⁵. Con Carlos V, la historia patria requería de una reforma de acuerdo con los designios que se le suponían atribuidos al haberse convertido en heredera de los grandes imperios del pasado. Poco después de su llegada a España, el joven Carlos V dio su aprobación a la propuesta del monje benedictino Gonzalo de Arredondo para revisar y editar la crónica de Alfonso X, a lo que se sumó la sugerencia explícita del monarca para que escribiera también una nueva Historia Antigua de España.

En un contexto en el que los gobernantes se familiarizaban con los cronistas y sus trabajos, la implicación de los soberanos era fundamental a la hora de articular el tipo de historia que deseaban divulgar. Carlos V, quien contó con una nómina de hasta nueve cronistas reales, sin duda se preocupó por la imagen histórica de sus dominios territoriales. La relación simbólica de su gobierno con el de los emperadores romanos y héroes de la Antigüedad clásica se manifiesta a través de numerosos ejemplos²⁶. Emulaba así la actividad intelectual y propagandística desarrollada en Alemania por su abuelo paterno Maximiliano I de Augsburgo, entusiasta de las lenguas y los autores clásicos²⁷. El interés de Carlos V por rescribir la Historia Antigua de la Península Ibérica, en cualquier caso, era más que un capricho personal y respondía a objetivos políticos mayores y a los postulados que emanaban del humanismo renacentista.

Antes de que se produjera la expulsión de los musulmanes en 1492, el mito gótico que entroncaba el reino asturiano con el visigodo de Toledo había concentrado los mayores esfuerzos de los historiadores de Castilla. Desde entonces, se abrieron

²⁵ R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid, 1989; Alfonso X, *Primera crónica general de España*, 3ª reimpr., Gredos, Madrid, 1977.

²⁶ M. Tanner, *The last descendant of Aeneas. The Hapsburgs and the mythic image of the emperor*, Yale University Press, New Haven, 1993; F. Checa, *Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento*, El Viso, Madrid, 1999; D. Carrangeot, "Le thème impérial dans les entrées de Charles Quint en Italie du Nord (1530-1541)", *Revista de Historiografía* 14 (2011), pp. 12-25.

²⁷ P. Joachimsen, *Geschichtsauffassung und Geschichtsschreibung in Deutschland unter dem Einfluss des Humanismus*, pp. 196-219.

nuevas perspectivas de remontar hacia más atrás el pasado de España. La antigüedad clásica era insuficiente para la mayor parte de las potencias europeas bien consolidadas y que guerrearon continuamente en Italia. Se hacía necesario buscar una antigüedad propia y prolongarla hacia un pretérito más remoto, de manera que pudiera rivalizar con la de los países adversarios. A esto último, a la búsqueda de unos vetustos orígenes preclásicos, se prestaron las prácticas humanistas generalizadas en la Europa occidental, las cuales no sólo consistieron en recuperar textos grecorromanos sino que además proporcionaron los ejemplos y las técnicas para crear otras fuentes e historias aún más antiguas²⁸.

Con estos fines, el fraile Juan de Rihuerga redactó una sintética *Crónica de las antigüedades de España* (1525) desde la creación del mundo hasta el reinado de los visigodos. Se trataba de la primera parte de una historia general de España dedicada a Carlos V que, sin embargo, su autor no llegó a completar²⁹. Paralelamente, Lorenzo de Padilla (1485-1540), arcediano de Ronda que se autodenominaba cronista real, escribió sobre el pasado antiguo de la Península Ibérica y sus monumentos, pero su texto, también dirigido a Carlos V, quedó inédito³⁰.

Desde enero de 1539 fue cronista real Florián de Ocampo (c. 1490-1559), quien prontamente trabajó por poner al día la agenda historiográfica de Carlos V³¹. Se encargó de corregir y supervisar la edición de la crónica de Alfonso X, que salió impresa en 1541 después de numerosas peticiones hechas por las Cortes de Castilla en los años

²⁸ A. Grafton, *Forgers and Critics. Creativity and Duplicity in Western Scholarship*, Princeton University Press, Princeton, 1990; id, *Defenders of the text: the traditions of scholarship in an age of science, 1450-1800*, Harvard University Press, Cambridge, 1991, especialmente pp. 76-103.

²⁹ El manuscrito de Rihuerga se encuentra en la BNE, Ms. 1496, 85 fols.

³⁰ G. Cirot, "Lorenzo de Padilla et la pseudo-histoire", *Bulletin Hispanique* 16, 4 (1914), pp. 405-447. Las noticias indican que la obra de Padilla se publica póstumamente en Toledo en 1570. La Biblioteca Nacional de España conserva un ejemplar del impreso incompleto (signatura R/29851), en el que faltan los preliminares sustituidos por hojas manuscritas. De cualquier modo, el texto de Padilla (el manuscrito original, del que existen varias copias, lleva por título *Historia y Antigüedades de España*, BNE, Ms. 2775, 392 fols.) circuló entre los eruditos de la época y en la segunda mitad del siglo XVII lo editó José Pellicer de Ossau en Valencia.

³¹ Sobre Ocampo, ver la "Noticia de la vida y escritos del maestro Florián de Ocampo" introductoria a su *Coronica general de España*, t. 1, B. Cano, Madrid, 1791, pp. 1-60; G. Cirot, *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, Feret, Burdeos, 1904, pp. 97-147; id, "Florian de Ocampo chroniste de Charles-Quint", *Bulletin Hispanique* 16, 3 (1914), pp. 307-336; M. Bataillon, "Sur Florian Docampo", *Bulletin Hispanique* 25, 1 (1923), pp. 33-58; N. Alonso, "Sobre Ocampo y Morales", en VV.AA., *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. 1, CSIC, Madrid, 1950, pp. 197-207; M^a del Mar Bustos, "La crónica de Ocampo y la tradición alfonsí del siglo XVI", en I. Fernández-Ordóñez (ed.), *Alfonso X el Sabio y las Crónicas de España*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2000, pp. 187-217; A. M. del Brío Mateos, "El maestro Florián Docampo", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo* 17 (2000), pp. 559-568.

anteriores³². Dos años más tarde publicó los cuatro primeros libros de su *Crónica general de España*³³. Esta obra proyectaba cubrir la historia del país desde sus orígenes bíblicos hasta el presente del autor en un total de ochenta libros. No obstante, Ocampo se convirtió en canónigo de la catedral de Zamora en octubre de 1546. Desde ese momento sus cometidos como cronista fueron relegados a un segundo plano y comenzó asimismo el retraso de la Corona en el pago de sus honorarios³⁴. En 1553 volvía a imprimir aquellos cuatro libros con algunas correcciones más un quinto nuevo³⁵. Lo publicado, en términos cronológicos, no superaba el siglo III a. C. Los setenta y cinco libros restantes que supuestamente componían su *Crónica* nunca aparecieron.

Al margen de las circunstancias personales por las que atravesó Ocampo en la última etapa de su vida, lo cierto es que su labor fue totalmente coherente con el esfuerzo por historiar la Antigüedad que se experimentó durante la primera mitad del siglo XVI y, en particular, con la propia trayectoria del autor. Ocampo había sido iniciado en los métodos de la filología y la historia a través de Elio Antonio de Nebrija (1441-1522). La influencia de este sevillano en su discípulo debió ser determinante³⁶. Piénsese que, entre otros escritos, Nebrija presentó a la reina Isabel la Católica el plan de una Historia Antigua de la Península Ibérica hasta la época romana³⁷, editó a Annio

³² *Las quatro partes enteras de la Cronica de España que mando componer el Serenissimo rey don Alonso llamado el Sabio: donde se contienen los acontecimientos y hazañas mayores y mas señaladas que sucedieron en España desde su primera poblacion hasta casi los tiempos del dicho señor rey. Vista y enmendada mucha parte de su impresion por el maestro Florian Docāpo: Cronista del emperador rey nuestro señor*, A. de Paz y J. Picardo, Zamora, 1541.

³³ *Los quatro libros primeros de la Cronica general de España que recopila el maestro Florian do campo criado y cronista del Emperador Rey nuestro señor por mandado de nuestra magestad çesarea*, J. Picardo, Zamora, 1543. Parece que hubo una reedición, también en Zamora, hacia 1545. Vicente Becarés comenta las ediciones de ésta y la anterior obra publicada por Ocampo en VV. AA., *Civitas. MC aniversario de la Ciudad de Zamora*, Junta de Castilla y León, Zamora, 1993, pp. 254-256.

³⁴ En 1555 escribe Ocampo a Juan Galarza que desde que recibió la canongía catedralicia «no he osado suplicar se me hiciese alguna merced en mi salario ni desde entonces acá que son nueve años casi pasados he rescebido del un solo maravedí». La carta completa, conservada en la Biblioteca de El Escorial, la edita C. Pérez Pastor, *La imprenta en Medina del Campo*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1895, pp. 101-102. Ver también A. Alvar, «La necesidad de renovación historiográfica y los cronistas de Carlos V», en B. J. García (ed.), *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2000, pp. 311-313.

³⁵ *Los çinco libros primeros de la Cronica general de España, que recopila el maestro Florian do Campo, Cronista del Rey nuestro señor, por mandado de su Magestad, en Çamora*, G. de Millis, Medina del Campo, 1553. Usamos la edición de *Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, t. 1, L. Tasso, Barcelona, 1852. En adelante se cita como F. de Ocampo, *Crónica*.

³⁶ R. Tate, «Nebrija the Historian», *Bulletin of Hispanic Studies* 34, 3 (1957), pp. 125-146.

³⁷ *Muestra de la istoria que [el] Maestro de lebrixa dio ala Reina nuestra señora: quando pidio licencia a su alteza para que pudiesse descubrir i sacar a luz las antigüedades de españa que hasta nuestros dias an estado encubiertas*, Burgos, c. 1499. En Ignacio González-Llubera (ed.), *Gramática de la lengua castellana (Salamanca, 1492). Muestra de la istoria de las antigüedades de España. Reglas de orthographia en la lengua castellana*, Oxford University Press, Oxford, 1926, pp. 203-228.

de Viterbo³⁸ y fue un precursor de la ciencia epigráfica en España³⁹, faceta esta última en la que también destacó Ocampo⁴⁰. Por otro lado, los cinco libros de su *Crónica*, aunque lejos de alcanzar la cifra que prometía, tenían una extensión considerable, casi trescientos cincuenta folios, equivalente aproximadamente a la mitad de la *Historia* de Mariana en treinta libros. La obra del zamorano, en definitiva, abarcaba cerca de dos mil años de historia de la Península Ibérica y en ella tuvo la destreza de plasmar las perspectivas universales de la España de Carlos V. Valga un dato: en la *Crónica*, que Ocampo comenzó a escribir por el mismo tiempo en que tuvo lugar el acontecimiento conocido como Saco de Roma, en 1527, se lee que la ciudad eterna fue fundada en el segundo milenio antes de Cristo por españoles.

3.3. La Historia en tiempos de Felipe II

En cualquier caso, la *Crónica* de Ocampo era incompleta y no satisfizo todos los objetivos propuestos. En 1555 Juan Páez de Castro (c. 1510-1570) se sumó a la lista de cronistas oficiales⁴¹. Ese mismo año, tras su nombramiento, Páez de Castro le dirigió un memorial a Carlos V en el que describía cuáles eran sus propósitos. Quería elaborar una historia de España nueva, independiente de las restantes y «que tuviese pies y cabeza»⁴². En esos momentos Páez se encontraba en Flandes después de haber pasado casi una década en Italia y reunido una amplia biblioteca, especialmente rica en libros y

³⁸ *Opuscula in hoc uolumine cōtenta, Archilochus de tēporum antiquitate & homeris octo. Philonis breuiariū de tēporibus sacrae scripturae. Berosus chaldeus de origine & successionē regnorū. Manethon aegyptius subsecutus berosum in historia. Metasthines persa qui & ipse berosum subsecutus est. Myrsilus lesbius qui de italiae antiquitate scripsit. Xenophon historicus de quorundā aequiūocatiōe. Sempronius romanus de italiae descriptione. Fabius pictor historicus de italiae antiquitate. Catonis censorii de originibus fragmentum. Antonini pii ex itinerario italiae descriptio / Antonius Nebrissēsis chronographus regius dū Burgis in curia desidet ociosus dispunxit interpunxit atq[ue] pro uirili ex inemendato exemplari castigauit & imprimi curauit*, F. Alemani, Burgos, 1512.

³⁹ H. Gimeno, “La inscripción del dintel del Templo de Alcántara (CIL, II, 761): una perspectiva diferente”, *Epigraphica* 57 (1995), pp. 87-145; id, “El despertar de la ciencia epigráfica en España. ¿Ciríaco de Ancona: un modelo para los primeros epigrafistas españoles?”, en G. Paci y S. Sconocchia (eds.), *Ciriaco d’Ancona e la cultura antiquaria dell’Umanesimo: atti del convegno internazionale di studio: Ancona, 6-9 febbraio 1992*, Diabasis, Reggio Emilia, 1998, pp. 373-382.

⁴⁰ Llegó a recopilar información de cerca de doscientas treinta inscripciones en el conocido como *Libro de Ocampo*, el cual forma parte del *Codex Valentinus: Colección de inscripciones antiguas, principalmente romanas recogidas en España y Portugal... sacadas de diversos autores, en especial de Jerónimo Zurita, Florián de Ocampo, Honorato Juan...*, BNE, Ms. 3610, 335 fols. Sobre Ocampo como epigrafista, véase la entrada que le dedica Helena Gimeno en *Anticuarios y Epigrafistas*, disponible en: http://www2.uah.es/imagenes_cilii/Anticuarios/Textos/Ocampo.htm (consultado el 11 de junio de 2012).

⁴¹ A. Domingo, “Juan Páez de Castro, circa 1510-1570”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/juan-paez-de-castro-biografia> (consultado el 11 de junio de 2012).

⁴² “De las cosas necesarias para escribir Historia. Memorial inédito del Dr. Juan Páez de Castro al Emperador Carlos V”, *La Ciudad de Dios* 28, 8 y 29, 1 (1892), pp. 601-610 y 27-37, cita de p. 32.

manuscritos de autores clásicos⁴³. No pudo regresar a España hasta el verano de 1559 junto con la corte de Felipe II. La última década de su vida la pasó retirado en su villa natal, Quer (Guadalajara), en donde no llegó a completar la historia que deseaba escribir, orientada a hechos contemporáneos.

Antes de morir, Páez de Castro había dado su aprobación al *Compendio historial* de Esteban de Garibay y Zamalloa (1533-1599)⁴⁴. Este guipuzcoano consideraba, en 1556, la necesidad de acabar con la carencia de una historia general de España «desde su primera poblacion despues del universal diluvio hasta nuestros tiempos»⁴⁵. A dicha tarea se dedicó durante la siguiente década y finalmente, a sus expensas, en 1571 imprimió los cuarenta libros de su obra en Amberes.

El *Compendio historial* de Garibay es, por varias razones, muy particular. En primer lugar, cabe destacar la planificación de la obra. Esta es sin duda una historia completa en la que su autor estructura y organiza con pulcritud los contenidos de principio a fin. Su Historia Antigua es extraordinaria en tanto que, a diferencia de quienes inauguraban sus crónicas con las hazañas de Túbal, Garibay decide comenzar la suya desde la creación del mundo según el relato bíblico. Ese apartado del *Compendio*, no obstante, no supone una aportación historiográfica significativa, pues contiene numerosas fantasías y está fuertemente influido por Annio de Viterbo y su intermediario Florián de Ocampo. Esto malogró bastante la popularidad de la obra, la cual tenía otras partes muy valiosas que, por ejemplo, serán aprovechadas por Mariana para componer su *Historia*. El texto de Garibay, además, estaba dominado por una clara parcialidad hacia la región que le vio nacer, el País Vasco. Esto lo puso ya de manifiesto en el período más antiguo de su historia, y lo desarrolló aún más al presentar la Historia

⁴³ A. Domingo, *Bibliofilia Humanista en tiempos de Felipe II. La biblioteca de Juan Páez de Castro*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2011.

⁴⁴ E. de Garibay, *Los qvarenta libros del Compendio historial de las chronicas y vniversal Historia de todos los Reynos de España*, Plantino, Amberes, 1571. Se cita por la edición impresa por S. de Cormellas, Barcelona, 1628. En adelante, E. de Garibay, *Compendio historial*.

⁴⁵ E. de Garibay, “Memorias de Garibay”, incluidas en el *Memorial histórico español*, t. 7, J. Rodríguez, Madrid, 1854, p. 271. Estas memorias de Garibay cuentan con ediciones más modernas: *Discurso de mi vida*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999, y el que fue su título original, *Los siete libros de la progenie y parentela de los hijos de Estevan de Garibay*, Ayuntamiento de Mondragón, Guipúzcoa, 2000. El manuscrito original se encuentra en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. Este y otros documentos inéditos han sido estudiados recientemente por Alfredo Alvar, de quien puede verse: “Esteban de Garibay (1533-1599) o doce claves y algunas *relecciones* para entender cómo paralizó la renovación historiográfica española”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 90-97, y “Esteban de Garibay (1533-1599)”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011, pp. 1-103: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/esteban-de-garibay-biografia> (consultado el 13 de junio de 2012). Véase también J. Caro Baroja, *Los vascos y la historia a través de Garibay. Ensayo de biografía antropológica*, 2ª ed., Txertoa, San Sebastián, 1972, e I. Bazán (ed.), *El historiador Esteban de Garibay*, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián, 2001.

Medieval de forma sincrónica, singularizando el pasado de cada uno de los reinos peninsulares y dedicando una atención especial al de Navarra.

Una vez publicada su historia, argumentando el servicio que con ello prestaba a la Corona y las deudas económicas que le había generado, Garibay optó al puesto de cronista al menos en tres ocasiones. No lo consiguió hasta 1592, después de que falleciera otro de los cronistas del rey, Ambrosio de Morales (1513-1591)⁴⁶. Ambos historiadores se conocían desde tiempo atrás. Garibay se entrevistó con el cordobés antes de imprimir su *Compendio historial*, en 1567. Por aquel entonces Morales ya era oficialmente cronista, y según Garibay, comenzaba «a trabajar en sus historias»⁴⁷.

Poco después de acceder al cargo de cronista real, en 1563, Morales recibió los papeles personales del difunto Ocampo⁴⁸. El cordobés proyectó su labor como una continuación de la *Crónica* del zamorano, y al igual que éste publicó los resultados progresivamente y con el objetivo último de alcanzar la historia reciente de España, cosa que nunca llegó a completar. De este modo, en 1574 imprimió cinco libros de la *Crónica* que comprendían el período de dominación romana peninsular desde finales del siglo III a. C.⁴⁹; en 1577 dos libros nuevos sobre el reino visigodo⁵⁰; y en 1586 los postreros cinco libros que se detenían en la historia de la primera mitad del siglo XI⁵¹.

⁴⁶ Sobre Morales, E. Flórez, “Noticias de la vida del Chronista Ambrosio de Morales”, en *Viage de Ambrosio de Morales por orden del Rey D. Phelipe II. A los Reinos de Leon, Galicia, y Principado de Asturias. Para reconocer las Reliquias de Santos, Sepulcros Reales, y Libros Manuscritos de las Cathedrales, y Monasterios*, A. Marín, Madrid, 1765, pp. I-XXVI; E. Redel, *Ambrosio de Morales. Estudio biográfico*, Imprenta del Diario, Córdoba, 1909; N. Alonso, “Sobre Ocampo y Morales”, pp. 207-219; M. Capel, “Ambrosio de Morales y la moderna investigación histórica”, en VV.AA., *Jerónimo Zurita. Su época y su escuela*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1986, pp. 443-450; L. Binotti, “Coins, jewelry and stone inscriptions: Ambrosio de Morales and the re-writing of Spanish history”, *Hispanófila* 157 (2009), pp. 5-24.

⁴⁷ E. de Garibay, “Memorias de Garibay”, p. 289.

⁴⁸ Carta de Ambrosio de Morales a Alvar Gómez de Castro, 17 de febrero de 1564, en *Opúsculos castellanos de Ambrosio de Morales*, t. 2, B. Cano, Madrid, 1793, pp. 256-258.

⁴⁹ A. de Morales, *La Coronica general de España. Que continuaua Ambrosio de Morales natural de Cordoua, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Philipe segundo deste nombre, y cathedratico de Rethorica en la Vniuersidad de Alcala de Henares. Prossiguiendo adelante de los cinco libros, que el Maestro Florián de Ocampo Coronista del Emperador don Carlos V dexo escritos*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1574. Usamos la edición de *Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, t. 1, L. Tasso, Barcelona, 1852. En adelante, se cita como A. de Morales, *Crónica*.

⁵⁰ A. de Morales, *Los otros dos libros vndecimo y dodecimo de la Coronica general de España*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1577.

⁵¹ A. de Morales, *Los cinco libros postreros de la Coronica general de España*, G. Ramos, Córdoba, 1586. La obra se imprimió en 1586, pero no obtuvo la tasa de certificación y fue puesta en venta hasta comienzos del año siguiente.

Entre tanto, Morales además se encargó de reimprimir en 1578 la primera parte de la *Crónica* escrita por Ocampo⁵².

Uno de los principales cometidos de Morales fue, por tanto, el de escribir una historia general de España, pero sobre todo de su Antigüedad. Ese objetivo se hacía cada vez más necesario dado que algunos de los países vecinos ya contaban con modernas historias nacionales, tales como la *Anglica Historia* de Polidoro Virgilio (1534). No es en absoluto una sorpresa que esta historia de Inglaterra, la cual comenzaba desde el pasado prerromano y terminaba en el reinado de Enrique VIII, a quien iba dedicada la obra, hubiera sido escrita por un humanista italiano. Luis XII hizo venir a la corte francesa al veronés Paolo Emilio, quien publicó el *De rebus gestis Francorum* (1516-1539). También a España se habían importado historiadores italianos, como el siciliano Lucio Marineo (c. 1444-1536), autor de una miscelánea de escritos sobre la historia de España reunidos en *De rebus Hispaniae memorabilibus* (1530). Algunos de los más destacados historiadores y anticuarios en España, como Antonio de Nebrija, Joan Margarit (1421-1484) o Antonio Agustín (1516-1587), se formaron en Italia⁵³. Morales, antes de ser cronista, pensó en viajar a Roma pero su proyecto quedó truncado, pues en el momento de subir al navío que había de transportarlo cayó al agua y poco faltó para que muriera ahogado. Desde entonces, dedicó la mayor parte de su vida al estudio sin abandonar el terreno firme de la Península Ibérica, recorriendo el país en busca de reliquias y monumentos antiguos. En cualquier caso, en su mente mantuvo los ideales humanistas italianos. Fueron precisamente los embajadores de este país que acudieron en 1560 a la boda de Felipe II quienes concienciaron a Morales, según su propio testimonio, de la falta de una Historia Antigua de la Península Ibérica digna de ser leída⁵⁴.

Morales destaca en el prólogo al primer tomo de su *Crónica* la carencia de historias sobre la Hispania romana, siendo esta particularmente la razón que le movió a escribir su obra. Por su formación, Morales fue un gran humanista que trató de asociar el estudio de las fuentes literarias al de las materiales, especialmente las epigráficas⁵⁵.

⁵² F. de Ocampo, *Los cinco libros primeros dela Coronica general de España*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1578.

⁵³ G. Mora, "The Image of Rome in Spain: Scholars, Artists and Architects in Italy in the 16th to 18th Centuries", en R. Hingley (ed.), *Images of Rome. Perceptions of Ancient Rome in Europe and the United States in the Modern Age*, Portsmouth, Rhode Island, 2001, pp. 23-55.

⁵⁴ A. de Morales, *Crónica*, p. 290.

⁵⁵ Sobre la faceta arqueológica de Morales también puede verse S. Sánchez, *Arqueología y Humanismo. Ambrosio de Morales*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2002; G. Mora, "Ambrosio de Morales", *Zona Arqueológica* 3 (2004), pp. 21-23; W. Stenhouse, *Reading inscriptions and writing ancient history:*

De esta suerte publicó *Las Antigüedades de las ciudades de España*, obra en la que fundamentaba con textos antiguos y monumentos arqueológicos los hechos narrados en su *Crónica*⁵⁶. Consideraba que la historia más antigua de la Península Ibérica, parca en registros documentales, era un terreno cubierto de invenciones. Del mismo criterio era su amigo el cronista aragonés Jerónimo Zurita (1512-1580)⁵⁷. Siempre formalmente respetuoso con la tarea de su predecesor en el cargo de cronista real, en realidad Morales pensaba que Ocampo sólo se había ocupado de fábulas⁵⁸. Por eso orientó sus pesquisas, desde una perspectiva epistemológica y metodológica bien distinta, al período inmediatamente posterior al historiado por el zamorano.

3.4. La Historia al final del siglo

Este es, a muy grandes rasgos, el panorama general de la historiografía en España hacia finales del siglo XVI. La *Crónica* comenzada por Ocampo y continuada por Morales sumaba más de tres mil años de historia de la Península Ibérica, desde el reinado de Túbal hasta el de Bermudo III, comprendida en diecisiete libros que requirieron el trabajo de dos cronistas durante más de cuarenta años. Junto a la *Crónica* también tenemos el *Compendio Historial* de Garibay, una historia completa de España con buenos resultados sobre la Historia Medieval, aunque distante de la perspectiva centralista de la Corona y con una Historia Antigua que no sólo dependía mucho de Ocampo, sino que ignoraba por completo la aportación posterior en este terreno de Morales.

En ese contexto aparece la figura de Juan de Mariana. Éste, sin ser cronista real, sintetizó las investigaciones de aquellos historiadores oficiales y en menos de una década compuso una historia relativamente corta pero propiamente nacional y completa de España. Antes de ver esa *Historia*, repasemos algunos datos de la vida de su autor.

historical scholarship in the late Renaissance, University of London School of Advanced Study, Londres, 2005, pp. 124-128.

⁵⁶ A. de Morales, *Las Antigüedades de las ciudades de España. Que van nombradas en la Coronica, con la aueriguacion de sus sitios, y nombres antiguos*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1575. El texto, en realidad, no se publica hasta 1577.

⁵⁷ Véase su “Preámbulo” a *Los cinco libros primeros de la primera parte de los Anales de la Corona de Aragon*, P. Bernuz, Zaragoza, 1562, fol. 1.

⁵⁸ Véase la carta de Ambrosio de Morales a André de Resende, a 30 de enero de 1570, impresa con su respuesta por el mismo Resende en *Ad epistolam D. Ambrosii Moralis viri doctissimi, inclytæ academias Complutensis rhetoris, ac regii historiographi responsio*, A. de Burgos, Évora, 1570. Morales cita en varias ocasiones la publicación de esa correspondencia (por ejemplo, *Crónica* IX 28 y XI 3). Las cartas fueron más tarde editadas por André Schott en su *Hispaniae Illustratae*, t. 2, C. Marnium, Frankfurt, 1603, pp. 1021-1031.

4. VIDA Y OBRA DE JUAN DE MARIANA (1536-1624)

4.1. Nacimiento, familia y formación

Juan de Mariana nació en Talavera de la Reina en 1536⁵⁹. Como Florián de Ocampo, fue hijo bastardo, fruto de la unión ilegítima entre Juan Martínez de Mariana, canónigo de la iglesia colegial de Talavera, y Bernardina Rodríguez, natural de la misma ciudad. Su anciana madre vivía hacia 1583, así como una hermana, Catalina de Santa Ana, monja en el convento de Madre de Dios en Toledo. No así un hermano, que había muerto joven. No debía ser una familia rica, pues en esa fecha los hijos dependían del sustento eclesiástico y la madre ambicionaba una suma de dinero para comprar trigo y otras necesidades⁶⁰.

Con diecisiete años, Mariana ingresa en la incipiente Compañía de Jesús y realiza los dos años de noviciado en la ciudad vallisoletana de Simancas, bajo la dirección de Francisco de Borja (1510-1572). Desde 1556 estudia en la Universidad de Alcalá de Henares. Durante ese tiempo desarrolla sus conocimientos sobre cultura y lenguas clásicas, además de formarse en teología y hebreo⁶¹. En la universidad conoce al malagueño Pedro Pablo Ferrer, también jesuita, quien desde Portugal mantiene, décadas más tarde, una fructífera correspondencia con su antiguo compañero.

4.2. En el extranjero

En 1561 Mariana se desplaza a Italia en donde vive casi una década, una etapa marcada por su actividad docente como teólogo, aunque también enseña hebreo o gramática⁶². Llega a Roma un tanto indispuerto, mal presagio para quien achaca siempre melancolía y salud débil, a pesar de vivir hasta casi los noventa años. En 1565

⁵⁹ Una visión general de la biografía de Mariana en J. Olmedo, “El padre Mariana: Biografía y biografías”, *Torre de los Lujanes* 65 (2009), pp. 23-50. Existe una versión actualizada de este artículo con el título “Semblanza y andanza del padre Mariana”, *Cabeza Encantada, Humanismo e-review* (2011), pp. 1-27, en <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/cabeza-encantada> (consultado el 25 de junio de 2012).

⁶⁰ Las cartas de la madre y la hermana de Mariana se encuentran en BL, Ms. Egerton 1875, 40: las transcribe G. Cirot, “La famille de Juan de Mariana”, *Bulletin Hispanique* 6, 4 (1904), pp. 323-324, y las reproduce F. Centenera, *El tiranicidio en los escritos de Juan de Mariana: un estudio sobre uno de los referentes más extremos de la cuestión*, Tesis doctoral, Universidad de Alcalá, 2005, pp. 524-526.

⁶¹ G. Cirot, “Mariana jesuita. La jeunesse”, *Bulletin Hispanique* 38, 3 (1936), pp. 295-352.

⁶² Sobre la vida de Mariana fuera de España, F. Asensio, “El profesorado de Juan de Mariana y su influjo en la vida del escritor”, *Hispania* 13, 53 (1953), pp. 581-641.

abandona el Colegio Romano y parte hacia el de Loreto, en el que se convierte en superintendente. Durante los dos años que pasó en Loreto también aprovecha para viajar y leer. El verano de 1566 lo pasa en el colegio jesuita de Florencia, en donde se conservan ciertos libros prohibidos que Mariana pretende leer, razón por la cual pide autorización al Provincial de Toscana. Dos años más tarde es destinado al colegio de Mesina en Sicilia, aunque durante su estancia en la isla también transita por las ciudades de Palermo, Catania, Monreal y Reggio, esta última en Calabria, en el extremo suroeste de la Península Itálica. En Monreal, hacia marzo de 1568, ayuda en tareas del sínodo al cardenal Alejandro Farnesio en su visita a la archidiócesis de la ciudad. Un año y medio más tarde, durante sus últimas semanas en Italia, también lo encontramos al servicio del virrey de Sicilia, Francisco Fernando de Ávalos, marqués de Pescara (muerto en 1571).

El siguiente destino de Mariana es París, en donde se instala el 27 de diciembre de 1569. En el Colegio Clermont continúa su ejercicio educativo y eclesiástico como profesor, confesor y predicador. Su quebrantada salud, con piedra en el riñón y otras enfermedades estomacales, hace que el jesuita dedique más tiempo al estudio y menos a la enseñanza. Ya en 1572 piensa en retirarse a España con el ánimo de encontrar un ambiente más apacible. De momento, por recomendación de sus superiores pasa una temporada en los baños de Lieja, desde donde se desplaza presumiblemente a Flandes⁶³. Por entonces también ha comenzado su actividad literaria. Se halla inmerso en tratados de carácter teológico y un compendio de historia eclesiástica en latín. Esta última nunca llegó a publicarla, pero sabemos que existió porque en el siglo XVIII se intentaron hacer copias del manuscrito⁶⁴. Al tiempo que investiga sobre historia eclesiástica, ha de estar al corriente de la situación en que se halla la escritura de la historia de España: en 1572 Esteban de Garibay, en uno de sus numerosos viajes, visita el colegio jesuita parisiense

⁶³ «Buen consejo fue el que tomó el rey don Felipe II, nuestro señor, en dividir lo de Flándes, si lo apartara mas y lo hiciera antes que yo vi aquellas tierras; las dí por desesperadas». Esta referencia pertenece al *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón que al presente se labra en Castilla, y de algunos desórdenes y abusos*, publicado por la BAE en *Obras del padre Juan de Mariana*, t. 31, reimpr., Atlas, Madrid, 1950 (1854), p. 592. Se trata de una traducción hecha por el propio Mariana de su tratado *De monetae mutatione* (en *Tractatvs septem*, A. Hierato, Colonia, 1609, pp. 189-221), aunque en esta versión en latín no se halla aquella alusión al viaje a Flandes.

⁶⁴ Lo descubre en Toledo Andrés Marcos Burriel. «Carta del Padre Burriel á su hermano D. Pedro. Toledo 24 de octubre de 1752», en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. 13, Viuda de Calero, Madrid, 1848, p. 236:

«He hallado estos dias entre los mss. de este mi colegio (en que hay algunos singulares) un tomo del Padre Mariana, no conocido y sin nombre, que yo saqué por tener muchas hojas de su puño, y muchas emiendas y adiciones en lo que es de amanuense, y es compendio en su bello latín de la historia eclesiástica desde el principio del mundo hasta casi su tiempo... siento no hallar como copiarlo para juntarlo con las otras obras suyas inéditas que recogí años ha, y saldrán algun dia queriendo Dios».

y conoce a Mariana, a quien presumiblemente pone al corriente de su recién publicado *Compendio historial*. Finalmente, en abril de 1574 Mariana emprende el viaje de regreso desde París, pasando por Nantes y Burgos. Ese año fija su residencia en la casa profesa de Toledo hasta el día de su muerte, el 16 de febrero de 1624.

4.3. En Toledo en tiempos de Felipe II

Al instalarse en Toledo, con treinta y ocho años de edad, la gran empresa intelectual de Mariana fue la redacción de su *Historia*, sobre la que volveremos más adelante con mayor detenimiento. Los primeros resultados de su actividad en la ciudad del Tajo fueron encargos hechos por Gaspar de Quiroga y Vela (1512-1594), inquisidor general y cardenal y arzobispo de Toledo⁶⁵. En 1577 escribió una censura a la *Biblia Políglota Regia* (Plantino, Amberes, 1569-1573) editada por Benito Arias Montano (1527-1598). Se había abierto entonces un encendido debate representado, fundamentalmente, por León de Castro y el propio Montano, acusado éste de judaizante y de haber seguido para los textos en hebreo los códigos de los rabinos en lugar de los de los padres de la Iglesia. El fallo en general favorable de Mariana contribuyó a que la publicación preparada por Montano no pasara a los índices de libros prohibidos, aunque la disputa continuó en los años siguientes. En realidad, Mariana no tomó parte por ninguno de los dos bandos, y esa posición intermedia es la que trató de transmitir más tarde en su *Pro Editione Vulgata*, uno de los tratados que componían el *Tractatvs septem* de 1609⁶⁶. El escrito remitido por el jesuita a la Suprema, en cualquier caso, fue un informe confidencial y por eso no hay apenas noticias de él ni en las obras impresas de sus contemporáneos ni en las de Mariana mismo, en particular en el *Pro Editione Vulgata* o en sus *Scholia*⁶⁷. Aun así, el secreto inquisitorial no impediría que la intervención de Mariana en la censura de la *Biblia Políglota* fuera conocida por los eruditos de su tiempo. El jesuita Francisco de Ribera, en Salamanca, era muy consciente de la trayectoria de Mariana cuando éste censuró pocos años después su *In librum*

⁶⁵ Conocemos buena parte de esas actuaciones por las declaraciones del propio Mariana ante el tribunal que lo juzgó en 1609-1610. En las actas de ese proceso se hallan unos folios que el jesuita presentó en su defensa: “De los servicios del P. Mariana”, en *Proceso fabricado a instancia de don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana*, BNE, Ms. 2819, fols. 43v-45r.

⁶⁶ *Pro Editione Vulgata*, en *Tractatvs septem*, pp. 33-126. Véase M. de los Ríos, “El P. Juan de Mariana, escritor. El Tratado ‘Pro Editione Vulgata’”, *Estudios Bíblicos* 2 (1943), pp. 279-289.

⁶⁷ E. Rey, “Censura inédita del P. J. de Mariana a la Políglota Regia de Amberes (1577)”, *Razón y Fe* 155 (1957), pp. 525-548.

duodecim Prophetarum commentarii sensum eorundem prophetarum historicum (1587)⁶⁸.

De acuerdo con sus propias palabras «trabaxé tanto como el que mas»⁶⁹, de gran valor fue la aportación de Mariana en la composición del *Index et Catalogus Librorum prohibitorum* (Toledo, 1583-1584)⁷⁰. Para este último, el jesuita le envió a Gaspar de Quiroga en 1579 una serie de avisos y reglas que ensancharon el sendero de la censura sobre el que se venía trabajando, no obstante, casi una década⁷¹. Las tareas para la confección del *Index* habían comenzado en torno a 1570, y en ella tuvieron un importante papel los teólogos de la Universidad de Salamanca, entre ellos León de Castro. En aquel informe de 1579, entre otras cosas Mariana propuso una cierta relajación y claridad a la hora de prohibir los textos hebraicos. El jesuita no consiguió todos sus propósitos, lo que sumado a la controversia generada en torno a la obra de Montano, supuso una frustración para quienes como él abogaban por el estudio de la literatura exégeta rabínica como llave de acceso al auténtico pensamiento bíblico. Mariana canalizó su descontento, poco después de la aparición del *Index*, por medio de un memorial dirigido al inquisidor general en el que, además de exponer la utilidad de la lengua, solicitó licencia para leer libros en hebreo⁷². Pedro de Ribadeneyra escribió hacia 1587 que al jesuita nunca le fue concedida dicha autorización⁷³.

Paralelos a los servicios prestados a la Inquisición son los trabajos que Mariana emprendió bajo el auspicio del monarca Felipe II. El jesuita colaboró en la publicación de una edición crítica de las obras de Isidoro de Sevilla. En esta tarea nuestro autor se relacionó con personajes de gran trascendencia en su vida. El humanista toledano Alvar

⁶⁸ F. Asensio, "Encuentro bíblico entre Juan de Mariana y Francisco de Ribera", *Estudios Bíblicos* 27 (1968), pp. 129-152.

⁶⁹ *Proceso fabricado a instancia de don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana*, BNE, Ms. 2819, fol. 44v.

⁷⁰ *Index et catalogvs librorum prohibitorum, mandato Illustriss. ac Reuerendiss. D. D. Gasparis a Quiroga*, A. Gómez, Madrid, 1583; *Index librorvm expurgatorum, Illustrissimi ac Reuerendis D. D. Gasparis Quiroga*, A. Gómez, Madrid, 1584.

⁷¹ F. Asensio, "Juan de Mariana ante el Índice Quiroguiano de 1583-1584", *Estudios bíblicos* 31 (1972), pp. 135-178; V. Pinto, "El proceso de elaboración y la configuración del Índice y Expurgatorio de 1583-1584 en relación con los otros Índices del siglo XVI", *Hispania Sacra* 30, 59-60 (1977), pp. 251-254.

⁷² El memorial está fechado en Toledo a 27 de agosto de 1584. El original lo describe C. Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña ó descripción de las obras impresas en Madrid*, t. 3, Tipografía de la RABM, Madrid, 1907, p. 423; varias copias del mismo en J. Simón, *Bibliografía de la literatura hispánica*, t. 14, CSIC, Madrid, 1984, núms. 1579-1581, pp. 182-183. Es comentado en V. Noguera, "Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana", en *Historia general de España*, B. Monfort, Valencia, 1783, pp. XXXIV-XXXVI.

⁷³ Carta de Ribadeneyra, sin fecha, se estima de hacia 1587, editada por la BAE en *Obras escogidas del Padre Pedro de Ribadeneira*, M. Rivadeneyra, Madrid, 1868, pp. 598-599.

Gómez de Castro (1515-1580)⁷⁴ fue quien propuso en 1571 aquel magno proyecto argumentando la consanguineidad del rey con el arzobispo hispalense. Felipe II dio su aprobación a una empresa que implicó por más de dos décadas a un abanico amplio de intelectuales y finalmente tuvo resultados dispares. En 1575 se perdieron en un incendio gran parte de las investigaciones realizadas y cinco años más tarde falleció Alvar Gómez, quien coordinaba la edición de las *Etymologiae* de Isidoro. En su testamento, Alvar Gómez había programado la publicación del trabajo ya hecho y asignado la continuación de las tareas pendientes a distintos autores, entre ellos García de Loaysa, André Schott, Antonio Agustín y Juan de Mariana, quien además actúa como testigo en la escritura de Alvar Gómez⁷⁵. En ésta también figura el nombre del canónigo toledano Antonio de Covarrubias (1524-1602)⁷⁶, quien en los años siguientes se convierte en uno de los principales responsables de poner fin al largo trabajo sobre Isidoro. En 1599 aparecen en Madrid las *Etymologiae* debido a la suma de varios esfuerzos. Mariana, uno de los colaboradores, escribe entonces unas *Advertencias* a esa edición en las que reconoce, entre otras cosas, las notas que habían sido recopiladas por Alvar Gómez⁷⁷.

Meses antes de la muerte de este último, en 1580, Mariana había recibido una misiva en la que se transmitía el deseo del monarca para que participara en los cuidados de la obra de Isidoro⁷⁸. De 1586 data otra carta de Juan López de Velasco (1530-1598), personaje muy cercano al rey y por quien pasaba en esos momentos la gestión de la

⁷⁴ Sobre su vida y obra pueden verse varios estudios de Antonio Alvar, entre ellos “Alvar Gómez de Castro, humanista”, *Revista de Filología Española* 62, 3-4 (1982), pp. 193-210 y “Alvar Gómez de Castro y la historiografía latina del siglo XVI: la vida de Cisneros”, en M. Revuelta y C. Morón (eds.), *El erasmismo en España*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1986, 247-264. Su labor como historiador y epigrafista han sido también analizados por Esther Sánchez en “Juicio de Historiadores y modo de leerlos. Carta del Maestro Alvar Gómez a Antonio Gracián sobre la Historiografía en el Humanismo”, en *Actas del VII Encuentro de Historiadores del Valle del Henares (Guadalajara, 5-8 de abril de 2001)*, Institución de Estudios Complutenses, Guadalajara, 2001, pp. 195-210; y “El maestro Alvar Gómez de Castro y la Epigrafía latina”, en J. M^a. Maestre, L. Charlo y J. Pascual (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, t. III, 1, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2002, pp. 437-445.

⁷⁵ F. B. San Román, “El testamento del humanista Alvar Gómez de Castro”, *Boletín de la Real Academia Española* 15 (1928), pp. 543-566.

⁷⁶ G. de Andrés, “El helenismo del canónigo toledano Antonio de Covarrubias. Un capítulo del Humanismo en Toledo en el s. XVI”, *Hispania Sacra* 40, 81 (1988), pp. 237-313.

⁷⁷ BL, Ms. Egerton 1874, 31, fols. 365r-369v. El manuscrito de Mariana está transcrito en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice III, 1 y C. Codoñer, “La edición de Juan de Grial de las *Etymologiae* de Isidoro de Sevilla, un informe de Juan de Mariana y el trabajo de Alvar Gómez de Castro”, *Faventia* 31, 1-2 (2009), pp. 213-225.

⁷⁸ Carta del padre Antonio Cordeses, provincial de Toledo, a Juan de Mariana a 21 de febrero de 1580, BL, Ms. Egerton 1875, 41 (en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, p. CXI).

historia oficial⁷⁹. Velasco estaba encargado de reunir todos los materiales sobre el proyecto de Isidoro. Con aquella carta le envía a Mariana un manuscrito del arzobispo sevillano y le comunica que el dinero que el jesuita solicita para la impresión de su *Historia* se pospone hasta cuando concluya sus cometidos en la edición de Isidoro. El escrito de Velasco también revela que es García de Loaysa quien actúa como mecenas de Mariana ante la corte⁸⁰. En 1593, Loaysa publica el *Chronicon* y el *Sententiarum libri III* de Isidoro en Turín, probablemente sirviéndose de la labor del jesuita como ya había hecho antes con respecto al *Manual para la administración de los Sacramentos* (Toledo, 1584), obra coordinada por Loaysa y que acabó de redactarse en el aposento de Mariana.

El talaverano García de Loaysa y Girón (1534-1599) es, de hecho, quien pone a Mariana más cerca del rey Felipe II, muerto en 1598⁸¹. La razón primera por la que el jesuita escribe su *Historia*, como afirma en varios lugares, es acabar con el vacío de una historia general de España que puedan leer sus compatriotas y las naciones extranjeras. En el prólogo a otra de sus obras, el *De rege*, a esa finalidad añade dos motivos más que le condujeron a publicar su *Historia*: contribuir a la formación del futuro Felipe III y satisfacer las peticiones de García de Loaysa⁸². Desde 1585, este canónigo toledano se convirtió en preceptor del príncipe y solicitó la ayuda de Mariana para desempeñar su nueva labor. Tanto la *Historia* como el *De rege* son concebidos con ese objetivo didáctico con respecto a la educación de Felipe III y tienen la intermediación de Loaysa como trasfondo. Aunque el *De rege* se publica en 1599, siete años después que la *Historia*, ya en 1594 Loaysa le leía al príncipe una primera versión del texto manuscrito⁸³. Ambos escritos están por tanto estrechamente unidos y fueron redactados

⁷⁹ Sobre López de Velasco, cosmógrafo y cronista mayor de Indias, puede verse M. Portuondo, *Secret Science. Spanish Cosmography and the New World*, University of Chicago Press, Chicago, 2009, pp. 141-171. Alfredo Alvar edita y comenta dos memoriales que Velasco remite a Felipe II sobre el modo de escribir una historia de España y una biografía del rey, en “La historia, los historiadores y el Rey en la España del Humanismo”, en *Imágenes históricas de Felipe II*, Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 1999, pp. 250-254.

⁸⁰ Carta de Juan López de Velasco a Juan de Mariana, en Madrid a 20 de julio de 1586, BL, Ms. Egerton 1875, 43 (en G. Cirot, *Mariana historien*, p. 25, n. 1).

⁸¹ Una lectura en clave política de la relación entre Loaysa y Mariana a propósito del *De rege* en H. Braun, “Conscience, Counsel and Theocracy at the Spanish Habsburg Court”, en H. Braun y E. Vallance (eds.), *Contexts of Conscience in Early Modern Europe, 1500-1700*, Palgrave-Macmillan, Basingstoke, 2004, pp. 56-66.

⁸² J. de Mariana, *De rege et regis institutione libri III Ad Philippum III. Hispaniae Regem Catholicum*, P. Rodríguez, Toledo, 1599, p. 12. Para la traducción castellana usamos la edición de la BAE, *Del rey y de la institución real*, en *Obras del padre Juan de Mariana*, t. 31, reimpr., Atlas, Madrid, 1950 (1854), pp. 463-576, cita de p. 466.

⁸³ En carta datada el 27 de abril de 1594 el nuncio Camilo Borghese (1550-1621) después papa Paulo V da cuenta de la actividad del príncipe y señala que García de Loaysa «le lee un tratado *De Institutione*

casi a un mismo tiempo. En su *Historia Mariana* describe mediante ejemplos el pensamiento político que desarrolla en el *De rege*⁸⁴. Esta circunstancia explica, en parte, el contraste entre el nivel crítico de una y otra obra, algo que da a entender el propio Mariana⁸⁵. Mientras que en la *Historia* se limita a narrar los acontecimientos con el fin de presentar una lectura ordenada, cuidada en el estilo y de fácil comprensión, en el *De rege* Mariana emite profundos juicios históricos y extiende sus valoraciones a las circunstancias del presente con mayor libertad.

Además de los escritos que Mariana remite a la Inquisición y los que publica para la corte bajo el mecenazgo de Loaysa, desde su llegada a Toledo en 1574 el jesuita realiza otra serie de trabajos al tiempo que establece nuevas amistades. Entre estas últimas destaca la que mantuvo con el humanista André Schott (latinizado Andreas Schottus, 1552-1629). Nacido en Amberes pero descendiente de nobles escoceses, Schott peregrinó por Francia, España e Italia antes de regresar a su patria. En los quince años que pasó en la Península Ibérica (1579-1594), cuatro estuvo en Toledo y el resto repartidos entre Zaragoza, Tarragona, Valencia y Gandía. Mientras vivió en la ciudad imperial (1579-1583), se hospedó en el palacio episcopal de Gaspar de Quiroga y ocupó la cátedra de griego que tras su muerte había dejado vacante Alvar Gómez en la Universidad de Santa Catalina. Durante esos años se hizo jesuita y entabló buenas amistades, entre otros, con Juan de Mariana, García de Loaysa, Antonio de Covarrubias o el arzobispo tarraconense Antonio Agustín, a quien dedicó una célebre oración fúnebre⁸⁶. Después viajó a Roma y, en 1597, volvió a Flandes llevando consigo los

Principum» (en R. de Hinojosa, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Memoria de una misión oficial en el Archivo Secreto de la Santa Sede*, B. A. de la Fuente, Madrid, 1896, p. 380). El *Institutione Principum* es el manuscrito de la obra que años más tarde se edita con el título *De rege et regibus institutione*, como se ve en una carta fechada el 16 de noviembre de 1598 en la que Mariana escribe a Loaysa: «Yo ando revuelto en impresiones, y nunca acabo con oficiales que son tan remendones como tramposos: y estoy resuelto con licencia de V.S.I. de imprimir lo de *Institutione Principis*, reformado lo de quitar los pueblos á las Iglesias, en que reparó V.S.I.». Esta carta se halla en la BL, Ms. Egerton 1875, 19 y la reproduce Vicente Noguera en “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, p. XCVIII. Los problemas con los impresores, que el quisquilloso Mariana arrastrará durante toda su vida, supusieron que el jesuita rompiera un acuerdo con Tomás Guzmán y estableciera uno nuevo con Pedro Rodríguez. Ver H. Rodríguez, “Contratos de impresión suscritos por Juan de Mariana, Alonso de Villegas y Francisco de Pisa”, *Hispania Sacra* 55 (2003), pp. 69-71. Una discusión acerca de la circulación previa al definitivo *De rege*, en G. Cirot, “A propos du ‘De Rege’, des ‘Septena Tractatus’ de Mariana et de son ou de ces procès”, *Bulletin Hispanique* 10, 1 (1908), pp. 95-96.

⁸⁴ Sobre la teoría política del *De rege* puede verse, entre muchas otras, H. Braun, *Juan de Mariana and early modern political Spanish thought*, Ashgate, Aldershot, 2007.

⁸⁵ El jesuita señala que en su *Historia* escribió lo necesario para cumplir con la petición de Loaysa, reservando el resto para el *De rege*: «*Itaque pro re praesenti pauca rescripsi: hac disputatione reliqua adiicere cogitabam*» (*De rege et regis institutione*, p. 12).

⁸⁶ *Andreae Schotti Laudatio Funebris V. Cl. Antonii Augustini, Archiepiscopi Tarraconensis. In qua de Vita Scriptisque disseritur: de Perfecto item Jurisconsulto et Episcopo*, Plantino, Amberes, 1586. Schott

numerosos códices y copias de textos antiguos que había reunido en su travesía por Europa.

Uno de esos escritos puede ser el epítome en latín de la *Biblioteca* de Focio que compuso Mariana y que Schott utiliza en su traducción latina de la obra del patriarca bizantino publicada en 1606⁸⁷. Es sabido que la fama de Schott se debe a las numerosas traducciones y ediciones que hizo de obras tanto antiguas como modernas. Entre los cuatro volúmenes de su *Hispania illustrata* (Frankfurt, 1603-1608) se encuentran los treinta libros de la *Historia* de Mariana en latín y el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy que también había preparado el toledano⁸⁸. En su *Hispaniae Bibliotheca*, una suerte de catálogo de obras y autores españoles, Schott elogia a Mariana e incluso lo describe físicamente («*corporis forma egregia, fronte lata*»), señal inequívoca de que lo conocía personalmente⁸⁹.

4.4. En Toledo en tiempos de Felipe III

Después de la muerte de Felipe II y García de Loaysa, la relación de Mariana con la corte se vuelve más complicada. El reinado de Felipe III (1598-1621) estuvo dominado por su todopoderoso favorito Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, primer duque de Lerma. Mariana dio signos de insatisfacción con el nuevo equipo de gobierno desde un primer momento. Ya en el *De rege*, de 1599, advierte de los peligros que

también vertió al latín los *Diálogos de medallas* de Agustín: *Antonii Augustini Archiepis. Tarracon. Antiquitatum Romanorum Hispanorumque in nummis veterum: dialogi XI. Latine redditi ab Andrea Schotto Societ. Iesu*, H. Aertsium, Amberes, 1617.

⁸⁷ El manuscrito de Mariana se ha conservado por partida doble. Un ejemplar, procedente de Toledo, reposa en la British Library: *Bibliothecae Photii epitome, Latine A Jo. Mariano facta*, Ms. Egerton 1870, 187 fols. El segundo se encuentra en la Biblioteca Nacional de España: *Compendio y traduccion en latín de la Biblioteca Griega de Phocio*, Ms. 9203, 361 fols. más cuatro hojas a dos caras de *Praefatio* y un índice de autores al final. Giuseppe Solaro, a partir de ambos documentos, ha editado el texto de Mariana en *Epitome latina di Fozio* (Dedalo, Bari, 2004). No se incluye en esa obra el *Praefatio*, ya que fue publicado unos años antes en la misma editorial Dedalo en latín y con traducción al italiano por Luciano Canfora, *Il Fozio ritrovato. Juan de Mariana e André Schott*, Dedalo, Bari, 2001, pp. 218-236. Discutimos la transmisión de ese epítome de Mariana en el capítulo 8, “Libro III: Conquista romana”.

⁸⁸ F. Sánchez y F. González, “La aportación de los jesuitas a la difusión de la historia: el humanista Andreas Schott y su *Hispania illustrata*”, en VV.AA., *Profesor Nazario González: una historia abierta*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1998, pp. 141-147.

⁸⁹ *Hispaniae Bibliotheca*, t. 3, Marnius, Frankfurt, 1608, pp. 284-285. Esta obra que publica Schott bajo el pseudónimo de A. S. Peregrinus podría estar en deuda con la labor realizada sobre esa materia por otro flamenco que residió hasta sus últimos días en España, Enrique Cock (muerto en 1598). Este último, que se relacionó con Schott, llegó a formar una biblioteca con más de seiscientos títulos, adquirida por cierto por García de Loaysa. Alfredo Alvar ha publicado varios estudios sobre Cock, el más reciente “Enrique Cock. Humanista, corógrafo de Madrid, cronista de los archeros reales”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011, pp. 1-64: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/enrique-cock-biografia> (consultado el 22 de mayo de 2012).

conducen al monarca a convertirse en tirano y entre otras causas apunta a la corrupción de sus consejeros. Ese mismo año imprime un estudio sobre pesos y medidas antiguos que contrasta con las prácticas monetarias de su tiempo⁹⁰. Desde 1603 su *Historia* es impugnada por Pedro Mantuano, secretario del condestable de Castilla Juan Fernández de Velasco. Mariana y Mantuano sostienen un intercambio de respuestas durante los años siguientes⁹¹. Pero la expresión más clara de los contratiempos de Mariana con el entorno de Lerma tiene lugar en 1609, cuando el jesuita publica en Colonia el libro *Tractatvs septem*. En uno de esos tratados, el *De monetae mutatione* que ya circulaba en castellano hacia 1605, denunció con claridad meridiana la política económica del gobierno lermista. Esto último, fundamentalmente, motivó que el jesuita, a sus setenta y tres años, fuera inmediatamente prendido en Toledo y puesto en una celda del convento de San Francisco en Madrid. Al mismo tiempo, la obra era prohibida y se retiraban todos los ejemplares⁹². Mariana volvió a Toledo hacia el verano de 1610, aunque allí continuó recluido hasta octubre de 1611.

Ahí no acabaron los problemas para Mariana. Durante el juicio, jurídicamente atípico y arbitrario, sus papeles personales fueron inspeccionados. Fue el obispo de Canarias, Francisco de Sosa, un franciscano que actuaba en calidad de “juez apostólico”, quien ordenó registrar los papeles del jesuita y entre ellos halló el manuscrito del *Discurso de las cosas de la Compañía*, del que rápidamente comenzaron a circular copias y traducciones por España y fuera⁹³. En ese texto, escrito en la

⁹⁰ J. de Mariana, *De ponderibus et mensuris*, T. Guzmán, Toledo, 1599. La obra cuenta con la censura de Antonio de Covarrubias y está dedicada a García de Loaysa.

⁹¹ La mayor parte de las noticias se encuentran en la *Raçõ de la Historia del P. D. Iuan de Mariana*, incluida por Tomás Tamayo de Vargas en su *Historia general de España del P. D. Iuan de Mariana defendida... contra las advertencias de Pedro Mantuano*, D. Rodríguez, Toledo, 1616. En adelante se cita como T. Tamayo de Vargas, *Historia defendida*. Vicente Noguera (“Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. L-LXII) hace un resumen y reproduce los documentos de la disputa. Una visión general en G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 166-179 y 190-221 y A. Alvar, “El sentido histórico de la *Historia de España* del padre Mariana”, *Torre de los Lujanes* 65 (2009), pp. 65-69.

⁹² Existen varias copias de las actas del proceso contra Mariana. Utilizamos una del siglo XVIII: *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana de la Compañía de Jesús. En Madrid año 1610*, BNE, Ms. 2819, 145 fols. Una descripción del proceso y edición parcial de las actas puede hallarse en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. LXVI-LXXIII y G. Fernández de la Mora, “El proceso contra el padre Mariana”, *Revista de Estudios Políticos* 79 (1993), pp. 47-99. Otros documentos y noticias en G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 96-111; id., “Quelques lettres de Mariana et nouveaux documents sur son procès”, *Bulletin Hispanique* 19, 1 (1917), pp. 12-24; id., “A propos du ‘De Rege’, des ‘Septena Tractatus’ de Mariana et de son ou de ces procès”, pp. 97-99; P. Jauralde, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Castalia, Madrid, 1998, pp. 244-258. Una visión del proceso desde el marco político en el que se inscribe en A. Alvar, *El Duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII*, Esfera de los Libros, Madrid, 2010, pp. 305-316.

⁹³ La noticia la transmite Bernardino Giraldo en *Arcana Societatis Iesv*, A. Pernet, Génova, 1635, pp. 104-105. Esta obra de marcado carácter antijesuita es un compendio de varios escritos que, además del

primavera de 1605, Mariana utiliza argumentos que ya había expuesto en el *De rege* para denunciar la tiranía. Defiende las bases de un poder corporativo y restringe la tendencia al gobierno unipersonal dentro de la Compañía de Jesús⁹⁴.

La génesis del *Discurso de las cosas de la Compañía* nos retrotrae unos años atrás en la vida de Mariana. No pocos testimonios hablan de los problemas internos que generaba el carácter de nuestro autor entre sus compañeros y superiores. En sus primeros años en Toledo parece que fue ideológicamente más dócil, hasta el punto de que redactó un *Defensorio en favor de la Compañía* que obtuvo licencia para ser impreso en 1589, aunque finalmente se conservó inédito y tuvo una distribución limitada mediante copias manuscritas⁹⁵. Lo cierto es que pocos después ya lo vemos alineado entre los “perturbadores”. El *Discurso de las cosas de la Compañía* se suma a una serie de tratados y memoriales contra la Compañía que desde la última década del siglo XVI comienzan a distribuir sus propios miembros, entre ellos Dionisio Vázquez (1527-1589), con quien Mariana había coincidido durante el noviciado en Simancas, y el toledano Jerónimo Román de la Higuera (1538-1611).

El proceso contra Mariana y sus consabidas críticas a la Compañía de Jesús, las cuales eran conocidas por el General Claudio Acquaviva (1543-1615) desde antes de la fecha del juicio, avivaron desconfianzas y rencores entre algunos de sus más cercanos correligionarios. Quizá haya algo de esto en la reacción del padre Pedro de Ribadeneyra (1526-1611), quien compareció como testigo en el juicio contra Mariana y dijo no haber leído la obra por la que se condenaba a su colega⁹⁶. La biografía de Ribadeneyra

texto de Giraldo y extractos del *Discurso de las cosas de la Compañía* de Mariana, recoge las “instrucciones secretas” difundidas un par de décadas antes mediante el panfleto *Monita privata Societatis Iesv* (S. Pavone, “Between History and Myth: The *Monita secreta Societatis Jesu*”, en AA.VV., *The Jesuits II. Cultures, sciences, and the arts, 1540-1773*, University of Toronto Press, Toronto, 2006, pp. 50-65). El texto de *Arcana* es atribuido a Caspar Schoppe o Sciopius, de quien se sospecha que ha utilizado el nombre de Giraldo como pseudónimo. El editor del *Discurso de las enfermedades de la Compañía* (G. Ramírez, Madrid, 1768, p. 77-80) nos transmite esa duda, y al mismo tiempo nos confirma la información que nos interesa dado que vio anotado, en la copia manuscrita del *Discurso* que poseía Tamayo de Vargas, el haber sido Francisco de Sosa quien descubrió ese tratado de Mariana. Véase también A. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, t. 3, Sucesores de Ribadeneyra, Madrid, 1909, especialmente pp. 559-560.

⁹⁴ Usamos la edición de la BAE, *Discurso de las cosas de la Compañía*, en *Obras del padre Juan de Mariana*, t. 31, reimpr., Atlas, Madrid, 1950 (1854), pp. 595-617.

⁹⁵ A ese escrito alude Mariana en su carta al padre Juan B. González, de 9 de diciembre de 1602: «tratado que los años passados escreví... en defensa de la Compañía contra los padre Dominicos» (BL, Ms. Egerton 1875, fol. 375r; se reproduce en J. Escudero, “En favor de una subsistencia absoluta *in divinis* (Cartas inéditas del P. Juan de Mariana y del P. Juan B. González)”, *Miscelánea Comillas* 1, 1 (1943), pp. 79-80. Una parte del *Defensorio* lo edita F. de Paula Garzón, *El padre Juan de Mariana y las escuelas liberales*, Biblioteca de la Ciencia Cristiana, Madrid, 1889, pp. 639-645.

⁹⁶ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana de la Compañía de Jesús*, BNE, Ms. 2819, fol. 63r-64v. Ribadeneyra afirma que sólo ha leído

es en muchos aspectos paralela a la de Mariana, y en principio compartieron una larga amistad⁹⁷. Ambos nacidos en Toledo, ingresaron en la Compañía casi a un mismo tiempo, coincidieron en Roma y en Sicilia y regresaron a su ciudad natal el mismo año de 1574, en donde convivieron hasta que Ribadeneyra se trasladó a Madrid en 1583. Éste precedió a Mariana en escribir un tratado dedicado a la educación del príncipe⁹⁸, aunque las ideologías de uno y otro eran un tanto distintas. La ortodoxia de Ribadeneyra, en directa oposición a las teorías de Maquiavelo y su razón de Estado, contrasta con la más dilatada forma con que Mariana, más abierto a la historia profana, somete el poder del príncipe al consejo de la Iglesia. Dentro de la Compañía, el comportamiento de ambos jesuitas también parece que fue diverso. La independencia de Mariana y su crítica más o menos abierta contrastan con el apego de Ribadeneyra a la orden y su confidencialidad con la jefatura de la misma⁹⁹. Piénsese que Ribadeneyra biografió a los tres primeros generales de la Compañía: Ignacio de Loyola, Diego Laínez y Francisco de Borja¹⁰⁰.

El 2 de febrero de 1590 Ribadeneyra le comunica al Provincial de Toledo su intención de escribir un tratado apologético de la Compañía para contrarrestar el daño de los memoriales insurgentes que comenzaban a circular, y señala: «para esto querria que V. R. me embiasse los papeles del P. Mariana para un punto ó dos sin que él entienda que se me enbian, ni para qué»¹⁰¹. Esos papeles han de ser los que conforman el *Defensorio en favor de la Compañía*, escrito poco antes por Mariana. Lo que nos interesa destacar aquí es la manera de proceder de Ribadeneyra, quien comulga con los superiores de la Compañía a espaldas de su viejo amigo. Esta circunstancia puede ayudar a comprender cuál fue el papel que desempeñó Ribadeneyra en 1609, cuando Mariana se hallaba en uno de los peores momentos de su vida.

parte del *Tractatvs septem*, en especial el libro sobre el apóstol Santiago, pero no los ensayos sobre la situación política española. Además, el jesuita resalta la confianza que Mariana tiene de sí mismo como motivo de los errores y excesos que, según la acusación, parecen impregnar la obra.

⁹⁷ En la segunda edición del repertorio de escritores jesuitas de Ribadeneyra, publicada póstumamente, se añade el texto de un cenotafio dedicado al autor que fue elaborado por Mariana: P. de Ribadeneyra, *Catalogvs scriptorivm religionis Societatis Iesv*, Plantino, Amberes, 1613, pp. 228-229.

⁹⁸ P. de Ribadeneyra, *Tratado de la religión y virtudes que deve tener el Principe Christiano, para gouernar y conseruar sus Estados. Contra lo que Nicolas Machiauelo y los Politicos deste tiempo enseñan*, P. Madrigal, Madrid, 1595.

⁹⁹ Véase una carta de Ribadeneyra a Acquaviva y la nota del editor del *Discurso de las enfermedades de la Compañía*, pp. 231-240.

¹⁰⁰ J. Bilinkoff, "The Many 'Lives' of Pedro de Ribadeneyra", *Renaissance Quarterly* 52, 1 (1999), pp. 180-196.

¹⁰¹ *Obras escogidas del Padre Pedro de Ribadeneira*, p. 600.

En efecto, su posición en la Compañía se vio todavía más mermada desde que fuera asesinado en Francia, el 14 de mayo de 1610, el rey Enrique IV. Algunos jesuitas hicieron correr el rumor de que su *De rege* había servido de inspiración al regicida François Ravaillac. Poco después la obra fue condenada por la Universidad de la Sorbona y quemada públicamente por aprobación del Parlamento de París. Al mismo tiempo aparecieron de forma sucesiva varios tratados que refutaban las teorías de Mariana.

También aprovechando el momento del juicio, el obispo Francisco de Sosa examinó la *Historia* de Mariana y realizó observaciones que debían ser tenidas en cuenta para futuras correcciones de la obra¹⁰². Justamente un año después, en 1611, se publicaban en Milán las *Advertencias a la Historia* de Pedro Mantuano, secretario del condestable de Castilla y presidente del Consejo de Italia, Juan Fernández de Velasco¹⁰³. Dos años más tarde apareció una segunda edición de las *Advertencias* en la Imprenta Real de Madrid¹⁰⁴. Las dos versiones del texto de Mantuano son anacrónicas, pues algunos de los errores que su autor observa ya habían sido corregidos por Mariana en la edición de la *Historia* de 1608. Las *Advertencias* de Mantuano, por tanto, remiten a la controversia mantenida durante la década anterior. Después del desaguisado proceso de 1609-1610, la oportunidad para dar a conocer algunos tropiezos del jesuita podría ser óptima¹⁰⁵. Piénsese que una de las amonestaciones de Mantuano es el aparente desconocimiento de Mariana de los privilegios de los que disfrutaba el linaje de los Sandoval¹⁰⁶. Precisamente la figura de un Sandoval, el duque de Lerma, fue más tarde elogiada por Mantuano en una obra laudatoria del gobierno del favorito de Felipe III¹⁰⁷.

Entre una edición y otra de las *Advertencias*, el jesuita se lamentaba en correspondencia con Morlanes de la situación en la que se encontraba tras haber

¹⁰² *Papeles del P. confessor Fr. Luis de Aliaga tocantes a diuersos negocios de que se le ha pedido parecer. Del año de 1610*, BNE, Ms. 1923, fol. 367r.

¹⁰³ P. Mantuano, *Advertencias a la Historia de Ivan de Mariana de la Compañía de Iesvs*, J. Bordón, Milán, 1611.

¹⁰⁴ P. Mantuano, *Advertencias a la Historia del padre Ivan de Mariana de la Compañía de Iesvs*, Imprenta Real, Madrid, 1613.

¹⁰⁵ Luis de Urreta, por ejemplo, aprovecha para lanzarle un dardo al jesuita en una nota al margen de su *Historia eclesiastica, politica, natvral, y moral, de los grandes y remotos Reynos de la Etiopia*, P. Patricio, Valencia, 1610, p. 613, en donde dice que Mariana «solo procurò hazer alarde del Latin, escriuiendo muchas cosas falsas, y contra toda verdad».

¹⁰⁶ P. Mantuano, *Advertencias*, ed. de 1611, pp. 194-196.

¹⁰⁷ P. Mantuano, *Casamientos de España y Francia, y viage del Dvque de Lerma*, Imprenta Real, Madrid, 1618, especialmente pp. 139 y ss. Existen algunas réplicas manuscritas a esta obra. El anónimo *Discurso contrapuesto a el de Pedro Mantuano sobre la Jornada de Francia* (BNE, Ms. 17955, 49 fols.) concluye resaltando la inexperiencia y la soberbia de Mantuano por hacer objeciones a Mariana, «luz dela historia, y a quien las naciones dan primero lugar».

cumplido condena. Se acordaba precisamente de Pedro Mantuano y del «patron que le haze espaldas», es decir el condestable Juan Fernández de Velasco, y señalaba: «no hay que marauillar que el de Milan se leuante pues sea de entre los pies se leuantan polvaredas»¹⁰⁸. La intencionalidad de las *Advertencias* de Mantuano, desde este punto de vista, forma parte del acoso al que se vio sometido Mariana durante esos años por los círculos del lermismo. El jesuita, de hecho, no fue el único historiador que sufrió las consecuencias de la política de Lerma. Al mismo tiempo que Mariana, era arrestado y expulsado de la corte el cronista real Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1625), y algo antes, Luis Cabrera de Córdoba (1559-1629)¹⁰⁹.

La contienda entre Mariana y Mantuano continuó con la de éste y los defensores del jesuita, especialmente entre ellos Tomás Tamayo de Vargas, a quien Mantuano llevó a los tribunales. En 1616 Mantuano abrió un pleito en el Consejo de Castilla que paralizó la impresión en Toledo de la *Historia defendida* de Tamayo de Vargas. A falta de los documentos, no conocemos cuál fue el fallo final del litigio. Los impresos que se conservan, no obstante, no tienen la tasa que exigía Mantuano para que la obra pudiera ser distribuida¹¹⁰. Por último pero no por ello menos importante: el juez encargado del proceso era un hombre estrechamente ligado a la figura de Lerma, Baltasar Gilimón de la Mota (1547-1629), el mismo que había ejercido como fiscal en el juicio contra Mariana¹¹¹.

El proceso de 1609-1610 y sus consecuencias afectaron bastante al ánimo de Mariana, como muestra su correspondencia personal durante los años posteriores al juicio¹¹². No obstante, el jesuita parece que se mantuvo tanto como le fue posible al margen de las querellas y concentrado en su labor como exégeta. En torno al 1609 trabajaba en la edición de una historia contra los albigenses de Lucas de Tuy, obra que apareció en Alemania, como el *Tractatvs*, en 1612¹¹³. Por otro lado, desde al menos 1608 redactaba unos gruesos escolios bíblicos que publicó en 1619¹¹⁴.

¹⁰⁸ G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice IV, 3. La carta data del 7 de febrero de 1612. Es, por cierto, una copia que Cirot había recibido desde Talavera de Luis Jiménez de la Llave, quien poseía el original.

¹⁰⁹ R. Kagan, *Clio and the Crown*, pp. 187-200 y 291.

¹¹⁰ A. González, “Polémica entre Pedro Mantuano y Tomás Tamayo de Vargas con motivo de la ‘Historia’ del Padre Mariana”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 84 (1924), pp. 331-351.

¹¹¹ Ofrecemos más detalles sobre el proceso contra Mariana en el capítulo 9 “Libro IV: Hispania”.

¹¹² G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice IV, 2-5.

¹¹³ *De altera vita fideique controuersiis aduersus Albigensium errores libri III*, A. Angermarius, Ingolstadt, 1612.

¹¹⁴ J. de Mariana, *Scholia in Vetvs et Novvm Testamentvm*, L. Sánchez, Madrid, 1619. Sobre la fecha de 1608, véase la carta de Mariana al valenciano Miguel Juan Bodí en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, p. LXXX, n. 141.

4.5. En Toledo en tiempos de Felipe IV

Para ese momento, la sombra del duque de Lerma ha desaparecido. Poco después, en 1621, comienza el reinado de Felipe IV apoyado en la figura de Gaspar de Guzmán, conde y después también duque de Olivares. A sus ochenta y cinco años, Mariana, víctima política del anterior gobierno, comienza a disfrutar del favor del nuevo rey y su valido¹¹⁵. Por lo pronto, el jesuita es uno de los elegidos para componer los epitafios al difunto Felipe III¹¹⁶. Más importante aún, antes de morir en 1624 quizá también acaricia el cargo de cronista real.

La noticia la transmite en el siglo XVII Alonso de Andrade, compañero por algún tiempo de Mariana, quien asegura que al comienzo de su reinado Felipe IV nombró a nuestro autor cronista real y le solicitó una nueva edición de la *Historia* que alcanzara el tiempo presente¹¹⁷. En copias manuscritas de la obra del jesuita, realizadas poco después de su muerte, se le recuerda como cronista del rey¹¹⁸. En el siglo XVIII, el bibliotecario real Juan de Santander estaba convencido de que así fue, y mandó buscar entre los documentos del siglo anterior el título o la orden del nombramiento, aunque no hay constancia de que la búsqueda hubiera dado resultados¹¹⁹. De haber hallado alguna prueba más concluyente, Santander la hubiera utilizado en el prólogo que escribió para la edición de la *Historia* de 1780. En contraste, para corroborar la noticia de Andrade, recordó que la última versión en castellano de la *Historia* publicada por Mariana en

¹¹⁵ J. Elliott, *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1989 (1986), pp. 175-176.

¹¹⁶ Véase la dedicatoria, fechada en 1621, al conde-duque de Olivares de Félix Hortensio Paravicino, *Epitafios, o Elogios Fvnerales al Rey Felipe III*, T. Iunti, Madrid, 1625; en C. Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña ó descripción de las obras impresas en Madrid*, t. 3, núm. 2194, p. 294.

¹¹⁷ A. de Andrade, *Varones ilvstres en santidad, letras y zelo de las almas. De la Compañía de Iesvs*, t. 5, J. Fernández, Madrid, 1666, p. 96: «el Rey Don Felipe Quarto, en tomando la possession de sus Reynos, le llamò a su Corte, y le honrò, haziendole su Coronista, por lo que hauia honrado a España, y le mandò, que prosiguiesse la Historia hasta su tiempo, honrandose de alcançarle, para que pudiesse ser empleo de su pluma».

¹¹⁸ *Diversos trozos de historia antigua castellana y otros varios y selectos manuscritos copiados fidedignamente de Ambrosio de Morales y... del Padre Juan de Mariana, de la compañía de Jesús, Chronista de su Magestad*, BNE, Ms. 2803. G. Cirot, *Mariana historien*, p. 99, n. 1, cita otro manuscrito en el que se lee: «Discurso sobre la moneda que se labro en Castilla en tiempo del P. Iuan de Mariana de la compañía de Iesus chronista de su Magestad».

¹¹⁹ *Papeles varios relacionados con la edición de la "Historia general de España" del padre Mariana*, BNE, Ms. 18662/24/16. Tras las disposiciones de Santamaría se lee una nota de su misma mano: «Año de 1622 en Cronistas al nº 184» (fol. 5r). No tendrá mayor relevancia puesto que en otro documento, presumiblemente posterior, Santander le pide nuevamente a Joseph Ruiz que busque la noticia del nombramiento de cronista entre los años 1621-1624, o incluso un poco antes, aunque sea una orden extraordinaria, pues, dice, puede que no le hayan emitido el título por ser Mariana viejo y pobre (fol. 82r).

1623 incluía un sumario del pasado reciente de España que alcanzaba hasta el año 1621. Para defender su hipótesis, Santander también arguyó que esa *Historia* de 1623 estaba subvencionada por la Corona¹²⁰. Casi al mismo tiempo, Vicente Noguera planteó una importante objeción a la tesis de Santander sobre el supuesto cargo de cronista de Mariana, a saber: que tal título no figura en el frontispicio ni en la licencia de la *Historia* de 1623, y tampoco en el memorial que, un año antes, presentó Mariana al rey y la consiguiente cédula real en la que se aprobaba el subsidio para la impresión de la obra¹²¹. En fecha reciente hay quien ha sugerido que Mariana fue cronista sin sueldo¹²², a título honorífico, una situación que también vivieron Ambrosio de Morales y José Pellicer en sus primeros años como “cronistas del reino”¹²³.

¹²⁰ Véase el “Prologo de la Real Bibliotheca”, en *Historia General de España*, t. 1, J. Ibarra, Madrid, 1780. La Biblioteca Real preparó una nueva edición de la *Historia* en la que se reproducía el prólogo anterior escrito por Santander y además se añadían los documentos de la ayuda económica concedida por el rey a Mariana. “Prólogo de la Real Biblioteca”, en *Historia General de España*, t. 1, B. Monfort, Valencia, 1794, pp. XVI-XVIII. Para este año, Santander ya había muerto, pero él había continuado con la recopilación de esos documentos procedentes de Simancas después de 1780: *Papeles varios relacionados con la edición de la “Historia general de España”*, BNE, Ms. 18662/24/7, fols. 1-2 y 5.

¹²¹ V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. LXXXIII-LXXXIV.

¹²² E. García Hernán, “Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII”, en R. García (coord.), *La construcción de las Historias de España*, p. 150.

¹²³ A. Alvar, “Sobre la historiografía castellana en tiempos de Felipe II”, *Torre de los Lujanes* 32 (1996), p. 96; R. Kagan, *Clio and the Crown*, p. 236.

5. LA HISTORIA

5.1. *Historiae de rebus Hispaniae* (1592)

Mariana forjó la idea de escribir una historia de España a partir de la primera etapa de su vida en el extranjero¹²⁴. Cuando viajaba por Italia y Francia (1561-1574), España carecía de una historia nacional en latín, al estilo humanista, como las de Polidoro Virgilio o Paolo Emilio que el jesuita conocía¹²⁵. El particular *Compendio historial* de Esteban de Garibay se imprimió en 1571 en Amberes, y la primera parte de la *Crónica* de Ambrosio de Morales apareció unos meses después de regresar Mariana a su patria. Al jesuita no le faltaban motivos para afirmar, en definitiva, que la publicación de una historia general de España era una demanda tanto interna como externa¹²⁶. Él era bien consciente de los limitados resultados que habían logrado alcanzar los cronistas del rey encargados de cumplir con ese objetivo¹²⁷. Vio la oportunidad de rematar el trabajo ya avanzado por sus predecesores y sintetizó sus respectivas obras para componer, en latín, una historia completa de España que pudiera leerse en el resto de Europa.

Mariana comienza la ejecución de su *Historia* poco después de instalarse en Toledo en 1574¹²⁸. De 1579 datan las primeras cartas que nos descubren el proceso de redacción de la obra. En julio de 1586 le envía a su correligionario Dionisio Vázquez, en Segovia, el texto manuscrito que ya espera un subsidio de la Corona¹²⁹. Publica entonces Morales la última parte de su *Crónica*, mientras a Mariana se le insta a continuar con sus cometidos en la edición de las obras de Isidoro de Sevilla. El jesuita

¹²⁴ “Prólogo” a la *Historia*, ed. de 1601: «me combidò à tomar la pluma, el deseo que conocí, los años que peregrinè fuera de España, en las naciones estrañas, de entender las cosas de la nuestra: los principios y medios por donde se encaminò à la grandeza que oy tiene».

¹²⁵ Los nombres de Polidoro Virgilio y Paolo Emilio se encuentran en la lista de autores que Mariana incluyó en su *Historia* a modo de apéndice y también entre los papeles personales del jesuita.

¹²⁶ J. de Mariana, *De rege et regis institvione*, pp. 11-12: «*Superioribus annis cùm ex Italica nostra & Gallica peregrinatione redux in patriam Toleti haesissem, quod nostri homines expetebant, externi importune efflagitabant, historiam latinam de rebus Hispanie aliquot annis confecit: quo vno ornamento carere videbamur*».

¹²⁷ En 1609 declara: «Compuse é imprimi la Historia de España en latin dedicada al Rey Nuestro Señor Don Phelipe Segundo de gloriosa memoria, que mucho se deseava y que ningun Coronista de los Reyes passados salió con ello, si alguno lo intento, y no sabemos lo que fuera adelante» (*Proceso fabricado a instancia de don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana*, BNE, Ms. 2819, fols. 43v).

¹²⁸ *Praefatio* a la *Historia*, ed. de 1592: «*quod confecta Italica Gallicaque peregrinatione nonnullum Toleti suppetebat, ad scribendum impulit*».

¹²⁹ G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 135-143.

no obtiene el privilegio real hasta agosto de 1591, unos meses después de haber hecho el contrato de impresión con Pedro Rodríguez. Hasta ese momento Mariana introduce cambios de última hora en su escrito histórico¹³⁰. La obra no se publica hasta después de recibir la tasa en abril de 1592. Ese año se imprimen al menos dos tiradas distintas de la *Historia*, una con veinte y la otra con veinticinco libros. Esta versión latina se completa en una edición de 1605 aparecida en Maguncia en treinta libros¹³¹.

5.2. *Historia general de España (1601)*

Toda la producción literaria de Mariana publicada en vida del autor está escrita en latín. Traducir su *Historia* al castellano no parece que formara parte de su plan inicial¹³². Lo cierto es que tomó la iniciativa pronto, pues en 1593, un año después de publicar la *Historia* en latín, el rey le concedió un privilegio para imprimir el libro en la lengua vernácula. Eso no significa, no obstante, que el jesuita tuviera traducido en esos momentos el texto definitivo de la obra. Entre las razones que esgrime para presentar esta nueva versión, Mariana señala el «recelo que tenía no la traduxesse alguno poco acertadamente: cosa que me lastimara forzosamente, y de que muchos me amenaçauan»¹³³. Desde esta perspectiva, Mariana pudo haber solicitado el privilegio, el cual tenía diez años de vigencia, para cerciorarse la prerrogativa de ser él mismo quien figurara como traductor¹³⁴. El hecho de que vuelva a publicar los veinticinco libros de su *Historia* latina en 1595, ahora en la imprenta de Tomás Guzmán, puede ser índice de la proyección a largo plazo con la que Mariana concibió sacar a la luz la versión traducida.

En junio de 1596 solicita dinero al rey para ejecutar la impresión de ésta¹³⁵, aunque no puede asegurarse que el jesuita llegara a recibir la prebenda que le es concedida. Mientras tanto, Mariana se desprende de algunos ejemplares que posee de la *Historia* en latín antes de que aparezca en castellano. En septiembre de 1597 vende doscientos sesenta cuerpos de la obra a un mercader de libros de Toledo, Miguel de

¹³⁰ H. Rodríguez, “Contratos de impresión suscritos por Juan de Mariana, Alonso de Villegas y Francisco de Pisa”, pp. 60-75.

¹³¹ Para las distintas ediciones de la *Historia*, ver G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice IX.

¹³² “Prólogo” a la *Historia*: «Boluila en Romance, muy fuera de lo que al principio pensè».

¹³³ “Prólogo” a la *Historia*.

¹³⁴ Sobre la responsabilidad de Mariana en la traducción de su *Historia*, J. Barba-Martín, “Las dos historias de Juan de Mariana”, *Estudios* 29 (1992), pp. 51-70.

¹³⁵ C. Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña ó descripción de las obras impresas en Madrid*, t. 3, pp. 423-424; G. Cirot, “Quelques lettres de Mariana et nouveaux documents sur son procès”, pp. 7-9.

Vililla. En la transacción el autor se compromete a no publicar la traducción hasta el menos el año siguiente¹³⁶. Poco después el Consejo de Cámara pide al rey Felipe III una nueva merced para subsanar los gastos de impresión de la *Historia* en lengua romance, ayuda que Mariana todavía demanda en 1602, un año después de haber sido publicada la obra¹³⁷.

Paralelamente a las gestiones de edición y venta, Mariana continúa con la redacción de la *Historia*. En la correspondencia que mantiene entre 1596 y 1598 con su antiguo compañero Pablo Ferrer, éste le sugiere modificaciones que Mariana introduce en la *Historia* aparecida en 1601. Además, el autor amplía los contenidos de la obra desde el año 1492 hasta el de 1516, es decir, cinco libros más que se suman a los veinticinco originales. Este nuevo apartado, con el que se forma un total de treinta libros, se publica en la *Historia* en castellano antes que en la edición en latín de 1605. Para esos cinco últimos libros Mariana obtiene el privilegio real en 1600¹³⁸.

La decisión de verter la *Historia* al castellano, la lengua empleada por los principales cronistas que le precedieron, fue todo un acierto. Autores como Alvar Gómez de Castro no tomaron la misma precaución y sus obras, como la biografía sobre Cisneros escrita por el maestro toledano, pasaron en su momento casi desapercibidas¹³⁹. En España, el latín experimentaba un momento de declive a finales del siglo XVI, como denuncia en varios lugares el propio Mariana¹⁴⁰.

La *Historia general de España* alcanzó en poco tiempo la gran popularidad que ambicionaba Mariana. Desde 1601 hasta el día de su muerte, en 1624, ofreció al público tres nuevas ediciones en 1608, 1616-1617 y 1623. En cada una de ellas introdujo ligeras modificaciones. Las aportaciones más sustanciales se observan en las dos últimas publicaciones de la obra, en las cuales el jesuita incorporó sumarios de la historia más reciente de España. Una acción del todo lógica de acuerdo con las modas de la época, toda vez que el entusiasmo por la Historia Antigua había comenzado a decaer en el

¹³⁶ H. Rodríguez, “Contratos de impresión suscritos por Juan de Mariana, Alonso de Villegas y Francisco de Pisa”, pp. 69.

¹³⁷ E. García Hernán, “La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII”, *Norba* 19 (2006), p. 140, n. 36.

¹³⁸ G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 143-154.

¹³⁹ A. Alvar, “Alvar Gómez de Castro y la historiografía latina del siglo XVI: la vida de Cisneros”, pp. 260-262.

¹⁴⁰ “Prólogo” a la *Historia*: «Boluila en Romance... por el poco conocimiento que de ordinario oy tienen en España de la lengua Latina, aun los que en otras sciencias y profesiones se auentajan». También el *Discurso de las cosas de la Compañía*, p. 601: «No hay duda sino que hoy en España se sabe menos latin que ahora cincuenta años... una de las causas principales de este daño es estar encargada la Compañía de estos estudios... no se halla apenas en España quien sepa quatro palabras en latin».

tramo final del siglo XVI y fue sustituido por un mayor interés en los hechos contemporáneos. Es lo que Richard Kagan ha denominado “political turn”, un cambio en los gustos de los eruditos y deseos de los gobernantes hacia una historia politizada y cercana en el tiempo¹⁴¹. Los cinco últimos libros de la *Historia* que Mariana había añadido a los veinticinco originales, los cuales narran los acontecimientos acaecidos entre la conquista de Granada y la muerte de Fernando el Católico, parecen responder a esa misma tendencia. Y desde una perspectiva más amplia, dicho proceso se puede observar al situar en una misma línea evolutiva los periodos cubiertos por las historias generales de España de Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales y Juan de Mariana.

5. 3. Contenidos de la *Historia*

Los contenidos de su *Historia* los resume Mariana con claridad en el prólogo: «El principio desta historia se toma desde la poblacion de España: continuase hasta la muerte del rey dō Fernando el Catholico». El significado tan ajustado que estas palabras encierran es claro. Mariana escribe una historia de España completa, en la que todos los elementos que la componen se aglutinan en torno a una misma idea: la unidad de la nación a través de los siglos.

En este estudio nos centramos en una parte de esa historia, la de su comienzo hasta la conquista visigoda de la Península Ibérica. Esa Historia Antigua es también en sí misma un apartado nítidamente delineado, estructurado internamente en varias fases y con un peso específico en el conjunto de la *Historia*.

La Historia Antigua de España de Mariana se compone de cuatro libros, cuyos contenidos pueden sintetizarse de la siguiente manera:

- 1º) Tiempos primitivos: se ocupa de la época más remota de la historia peninsular, tanto de los orígenes –cargados de ficción– del pueblo español como de la llegada a la Península Ibérica de celtas, griegos, fenicios y cartagineses (22 capítulos).
- 2º) Dominio cartaginés: lo focaliza la presencia cartaginesa, y su interacción con la población indígena, en territorio peninsular hasta su derrota frente a los romanos. En los dos últimos capítulos Roma ya actúa con las manos libres en la Península (26 capítulos).
- 3º) Conquista romana: se dedica en su totalidad al proceso de integración de la Península en la *Romanitas*, empero, con la perenne resistencia de la población

¹⁴¹ R. Kagan, *Clio and the Crown*, pp. 206-207.

autóctona. El libro se abre y se cierra con las guerras de Numancia y cántabras, respectivamente (24 capítulos¹⁴²).

4º) Hispania: se relata la historia de Hispania como provincia del Imperio, con un seguimiento especial a las historias particulares de los emperadores romanos y a la formación del cristianismo (21 capítulos).

Mariana se extiende más en su *Historia* a medida que avanza en el tiempo. Así pues, la Historia Antigua ocupa un espacio menor que la Medieval, y ésta a su vez menor que la reciente del autor; muy menor, por tanto, la Historia Antigua con respecto a esa última. Sin embargo, si nos ceñimos sólo a la Historia Antigua, vemos que sus primeras etapas ocupan más espacio que el período tardoantiguo.

En efecto, el jesuita dedica todo un libro de su *Historia* —el segundo, que es además el más amplio de los cuatro primeros— a la ocupación cartaginesa de la Península Ibérica y a la victoria de los romanos en la Segunda Guerra Púnica. El libro que le sigue —el segundo en cuanto a mayor extensión— comprende el siglo y medio que va desde las guerras en torno a Numancia hasta las de Cantabria. De los cuatro siglos que siguen de Hispania como provincia del Imperio romano, el jesuita sólo escribe un libro, a su vez el más breve de todo los que componen su Historia Antigua.

Esa circunstancia se debe, fundamentalmente, a las fuentes conservadas. La literatura de conquista es de capital importancia para el estado imperial romano. La época de las Guerras Púnicas y de la última fase de la República, etapa que se corresponde con los libros segundo y tercero de la *Historia*, cuentan con gran cantidad de testimonios en comparación con otras fases de la historia romana. Son precisamente esos momentos cuando la Península Ibérica representa un papel más relevante en la órbita de Roma. Después de sosegada la provincia hispana, en contraste, el foco de mayor interés de los acontecimientos romanos no está en Hispania.

Por otro lado, el período de los orígenes cubre un espacio considerable en esa Historia Antigua por la importancia que Mariana concede a esos momentos fundacionales, a lo que él entiende como pilares del edificio que construye que es España como nación histórica. No de otra manera se comprende que el jesuita dedique casi todo el libro primero y parte del segundo a una historia compuesta a partir de

¹⁴² En las primeras ediciones de la *Historia*, tanto en latín como en castellano, el capítulo último del libro tercero es el 25, pero en realidad en total son 24. La omisión del número de algún capítulo, el cual no es siempre el mismo, se repite en el libro tercero de la *Historia* desde la primera hasta la última edición en vida de Mariana de 1623. Por esta razón, cuando se cita esa parte de la obra del jesuita desde distintas ediciones, en ocasiones la referencia remite a capítulos con una numeración diferente pero con contenidos similares.

información poco fiable, sesgada y sobre la que existen, en cualquier caso, menos fuentes que sobre la Hispania tardoantigua.

6. LIBRO I: TIEMPOS PRIMITIVOS

El primer libro de la *Historia* se ocupa de los tiempos primitivos de la historia peninsular. En la primera mitad se relata el origen del poblamiento por parte de Túbal y los primeros reyes del territorio hasta Habis. En realidad, más que de una narración fluida de acontecimientos, se trata de un análisis de lo conocido sobre esa etapa tan cargada de ficción durante el siglo XVI. Además, aquí también se tratan aspectos fundacionales de una historia nacional en la que se presupone la unidad entre el pasado y el presente, como son la geografía de la Península Ibérica, las lenguas y las costumbres de sus habitantes (I 2-6).

La segunda parte del libro narra la llegada a la Península de celtas, griegos, fenicios y cartagineses. El relato, en gran medida, está compuesto a partir de una literatura clásica sesgada y de las aportaciones parciales de los historiadores españoles. Esto último se percibe con claridad en la parte final, cuando se adelantan algunas nociones sobre los cartagineses compuestas por Florián de Ocampo, la fuente básica para Mariana en este primer libro y parte del segundo.

6.1. El poblamiento de España y sus primeros reyes

6.1.1. Fuentes

Un texto que Mariana conoce a la perfección y cita con frecuencia a lo largo de su obra es la Biblia. Esta es una fuente de primer orden en la *Historia*, y es en donde el jesuita encuentra una conexión en la figura de Túbal, nieto de Noé a partir de la cual construir una historia de España.

En segundo lugar cabe mencionar al italiano Giovanni Nanni, más conocido como Annio de Viterbo (1432-1502). Fue autor de una voluminosa obra *Antiquitates* en la que daba a la luz supuestos textos de diversos escritores antiguos, entre otros el babilonio Beroso y el egipcio Manetón¹⁴³. En un alarde de exaltación patriótica de Italia y particularmente de la ciudad de Viterbo, el ánimo de Annio era

¹⁴³ *Commentaria super opera diversorum auctorum de antiquitatibus loquentium; eiusdem chronographia etrusca et italica*, E. Silber, Roma, 1498. Usamos la edición que lleva por título *Berosi sacerdotis Chaldaici, antiqvitatvm Italiae ac totivs orbis libri quinque*, J. Steels, Amberes, 1552. En adelante, se cita como A. de Viterbo, *Antiquitates*.

demostrar la superioridad de la antigua civilización etrusca. De esta manera convirtió a Gomer, el nieto favorito de Noé, en el ascendiente de los etruscos, y a su ciudad natal, Viterbo, en la más antigua de Europa. En la sinopsis de las *Antiquitates*, el italiano no contempla ningún apartado dedicado específicamente a la historia antigua de la Península Ibérica, la cual pasa desapercibida en el conjunto de la obra. La circunstancia de que Annio encontrara en la persona del embajador de España en Roma, Garcilaso de la Vega, el dinero para costear la impresión de su grueso trabajo, motivó que la publicación estuviera dedicada a los Reyes Católicos y acompañada de un tratado aparte con la historia primitiva de España, el *De primis temporibus & quatuor ac viginti regibus Hispaniae & eius antiquitate*. Éste último escrito, como ha mostrado Walter Stephens, lo habría compuesto Annio en apenas un mes, en el verano de 1498 cuando el viterbino se hospedaba enfermo en la casa del embajador español y justo antes de estampar la obra completa¹⁴⁴.

Las *Antiquitates* de Annio tuvieron una amplia y precoz difusión, especialmente en España, a pesar de ser una apología del pasado etrusco y del carácter fortuito que rezuma el librito dedicado a la Península Ibérica¹⁴⁵. De 1512 es la primera y única edición parcial de la obra del viterbino impresa en España, y se debe a Antonio de Nebrija¹⁴⁶. Curiosamente en esa publicación no se incluye el *De primis regibus Hispaniae*. Nebrija, no obstante, había utilizado ya algunos de los reyes creados por Annio en sus *Decades* (1510)¹⁴⁷ y, sobre todo, fue su discípulo Florián de Ocampo

¹⁴⁴ W. Stephens, “The *Antiquities* of Anniius of Viterbo: a misinterpreted genealogical forgery”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 56-63. Sobre Annio, el propio Stephens es autor de una tesis doctoral: *Berosus Chaldeus: Counterfeit and Fictive Editors of the Early Sixteenth Century*, Cornell University, 1980, y de varios artículos como “Gli Etruschi e la Prisca Teologia in Annio da Viterbo”, *Biblioteca e società* 4, 3-4 (1982), pp. 3-9, y “When Pope Noah Ruled the Etruscans: Anniius of Viterbo and his Forged *Antiquities*”, *Modern Language Notes* 119, 1 (2004), pp. S201-S223. También es de destacar, para nuestro propósito, la tesis doctoral de R. John, *Fictive ancient history and national consciousness in early modern Europe: the influence of Anniius of Viterbo’s Antiquitates*, University of London, 1994.

¹⁴⁵ Sobre la influencia de Annio en la historiografía española: J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Seix Barral, Barcelona, 1992 (1991), pp. 45-78; J. A. Estévez, “Algo más sobre los orígenes míticos de Hispania”, *Habis* 24 (1993), pp. 213-217; Ch. Grell, “Anniius de Viterbe et le roman des origines en France et en Espagne”, en A. Tallon (ed.), *Le sentiment national dans l’Europe méridionale aux XVI^e et XVII^e siècles (France, Espagne, Italie)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2007, pp. 227-250; J. A. Caballero, “Beroso y Giovanni Nanni (Anniius Viterbensis): Modelos para el relato de los tiempos míticos en la historiografía española”, *Revue des études anciennes* 111, 1 (2009), pp. 197-215; J. Alvar y F. Gómez, “El poblamiento de España en las historias generales de los siglos XVI-XVIII”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 17-27.

¹⁴⁶ A. de Nebrija, *Opuscula in hoc uolumine cōtenta*.

¹⁴⁷ Fueron publicadas póstumamente en A. de Nebrija, *Rerum a Ferdinando & Elisabe Hispaniarū foelicissimis Regibus gestarum Decades duas*, Sancho y Sebastián de Nebrija, Granada, 1545.

quien hizo un uso extensivo del relato del viterbino acerca de la antigüedad hispana¹⁴⁸. En respuesta al helenista Juan de Vergara (1492-1557), quien le preguntaba por el estado en que se encontraba su *Crónica*, Ocampo confesó que desde el primer poblamiento de la Península Ibérica, por parte de Túbal, hasta la etapa de dominación cartaginesa, su única fuente eran los registros de Annio de Viterbo y un pequeño número de datos complementarios¹⁴⁹.

Mariana dedicó todo un capítulo de su *Historia* a desmentir «reyes fabulosos de España» (I 7, pero también I 10 y 12) que aparecen en la obra de Annio de Viterbo. No sabemos si consultó directamente las *Antiquitates*, aunque el nombre del viterbino, así como el de Beroso y Fabio Píctor, aparece en la lista de autores que a modo de apéndice el jesuita insertó en su *Historia*. Lo más probable es que haya accedido a la información del *De primis regibus Hispaniae* indirectamente a través de Ocampo, pues en realidad Mariana sí que dio crédito a algunos de esos reyes que tenían como fuente última al ingenio de Annio.

El período que va desde el origen del poblamiento peninsular hasta los primeros contactos con fenicios y griegos, había sido henchido por Annio de Viterbo con una lista de hasta veinticuatro reyes primitivos que comienza con Túbal y culmina con Gárgoris¹⁵⁰. A diferencia de Ocampo, quien gustosamente adoptó los embustes de Annio, Mariana aparentó desentenderse de las fábulas del viterbino y ceñirse a lo conocido por las fuentes clásicas. Esto explica que su lista de reyes se reduzca a un número menor de personajes legendarios y empiece por Gerión, «por ser muy celebrado en los libros de Griegos y Latinos» (I 8). Aun así, la historia primitiva de España narrada por Mariana es una selección hecha a partir de la *Crónica* de Ocampo y no una historia alternativa a la del cronista del emperador Carlos V.

Por otro lado, la tradición clásica a la que Mariana alude para preservarse de dar fe a Annio y Ocampo, remite asimismo a una literatura en la que se combina la historia y el mito, los datos reales con los imaginados¹⁵¹. La idea misma de identificar a un

¹⁴⁸ R. Tate, “Mythology in Spanish Historiography of the Middle Ages and the Renaissance”, *Hispanic Review* 22, 1 (1954), pp. 11-16; J. A. Caballero, “Mito e historia en la *Crónica General de España* de Florián de Ocampo”, en F. Domínguez y M^a. L. Lobato (coords.), *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, t. 1, Iberoamericana, Madrid, 2004, págs. 397-405.

¹⁴⁹ Carta de F. de Ocampo a J. de Vergara en julio de 1524, en Zamora, editada en A. Bonilla, “*Clarorvm Hispaniensivm epistolae ineditae*”, *Revue Hispanique* 8 (1901), pp. 230-231.

¹⁵⁰ A. de Viterbo, *Antiquitates*, pp. 290-307.

¹⁵¹ E. Gabba, “True History and False History in Classical Antiquity”, *The Journal of Roman Studies* 71 (1981), pp. 50-62.

pueblo en función de su origen y sus héroes fundadores es propiamente grecorromana¹⁵². Los creadores de esos relatos emplearon con frecuencia métodos que no difieren de los que utiliza la historiografía humanista, por ejemplo al convertir en seres humanos a quienes otrora habían sido divinidades y héroes fantásticos. Son precisamente esas fuentes que ya en la Antigüedad hicieron circular los nombres de figuras legendarias de Iberia o Hispania, de donde arrancan las falsas listas de reyes que ahora prolijamente se elaboran¹⁵³.

6.1.2. Túbal como fundador

«Tvbal, hijo de Iaphet, fue el primer hombre que vino a España» (I 1). Mediante estas palabras, con las cuales comienza su *Historia*, Juan de Mariana se hace eco de una tradición bien arraigada en España.

En la Biblia encontramos el nombre del que fuera nieto de Noé e hijo de Jafet, Túbal¹⁵⁴. Por su parte, el autor judío del siglo I Flavio Josefo, a partir del texto bíblico escribe además el nombre de quienes tienen a Túbal como su fundador: los tubales, más tarde llamados iberos¹⁵⁵. En Jerónimo de Estridón e Isidoro de Sevilla, esos iberos ya reciben también el nombre de hispanos¹⁵⁶. Rodrigo Jiménez de Rada, en el siglo XIII, añade a esas parcas referencias un relato que recrea el momento en el que los tubales penetran en la Península Ibérica. Advuértase, empero, que el arzobispo toledano no hace de Túbal el primer poblador de España, algo que tampoco se aprecia en otros escritos de la misma época, sino que son sus descendientes o “compañías” los cetúbales los que «tras recorrer distintas provincias buscando un asentamiento, se dirigieron hacia los confines de Occidente»¹⁵⁷. Alfonso de Madrigal (c. 1410-1455), más conocido como el

¹⁵² Algunos ejemplos en J. Martínez-Pinna (ed.), *Initia rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*, Málaga, Universidad de Málaga, Málaga, 2006. A modo de comparación, M. Detienne (ed.), *Tracés de fondation*, Peeters, Lovaina-París, 1990, donde se destaca la ausencia de la categoría de fundación en culturas como la japonesa o la india.

¹⁵³ J. Caro Baroja, “La ‘realeza’ y los reyes en la España Antigua”, en A. Tovar y J. C. Baroja (eds.), *Estudios sobre la España Antigua*, Cuadernos de la Fundación Pastor, Madrid, 1971, pp. 53-159; F. Wulff, “El mito en la historiografía española (XVI-XVIII). Algunas notas”, *Historia y Crítica* 1 (1992), pp. 137-149.

¹⁵⁴ Génesis X 2.

¹⁵⁵ F. Josefo, *Antigüedades judías* I 122: «También Teobel fundó a los teobelos, que actualmente reciben el nombre de iberos». El historiador judío se refiere, sin duda, a los iberos que habitaban el Cáucaso.

¹⁵⁶ Jerónimo, *Sancti Eusebii Hieronymi*, ed. de C. Rigaud, París, 1704, col. 884: «*Thubal, id est, Iberi Orientales; vel de Occidentis patribus Hispani, qui ab Ibero flumine hoc nuncupantur*»; Isidoro, *Etymologiae* IX 2, 29: «*Thubal, a quo Iberi, qui et Hispani; licet quidam ex eo et Italos suspicentur*».

¹⁵⁷ R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, p. 64. En la crónica de Alfonso X encontramos una interpretación similar: *Primera crónica general de España*, p. 6.

Tostado, hizo de Túbal el primer poblador de España, aunque su obra se mantuvo inédita hasta comienzos del siglo XVI¹⁵⁸. Para entonces, la leyenda del nieto de Noé ya había caído en manos de Annio de Viterbo y su falso Beroso¹⁵⁹. En Florián de Ocampo, Juan Vaseo, Esteban de Garibay y otros historiadores españoles del siglo XVI que siguieron al viterbino, Túbal aparece como el primer monarca de España.

Ante esa tradición, Mariana responde de una manera híbrida. Pues, por un lado mantiene la figura de Túbal como primer poblador de la Península. Pero, por otro no lo considera monarca y, al juzgar el papel que el nieto de Noé desempeña en el desarrollo de los acontecimientos que relata Mariana, se deja entrever el poco crédito que al mismo le concede.

En primer lugar, para Mariana no es Túbal el primer monarca peninsular, sino que lo es Gerión (I 8). Por otra parte, aunque admite la venida en persona de Túbal a la Península, desecha la posibilidad de saber por dónde se adentró o qué hizo una vez ya instalado en territorio peninsular. Eso es algo que ni puede averiguarse, ni hay para qué adivinarlo, según lo expresa Mariana en un latín claro, conciso y vigoroso¹⁶⁰. Con lo cual, las teorías desarrolladas hasta el momento, tales como la del vascoiberismo, no son sostenibles (I 7).

La trascendencia de estos primeros hechos en la *Historia* de Mariana es, por tanto, distinta a la que tiene en otras historias. Piénsese, por ejemplo, en el *Compendio historial* de Garibay, en donde las permanencias del legado de Túbal se extienden hasta los tiempos en los que el cristianismo se propagó por las tierras vasco-cántabras¹⁶¹. Asimismo Ocampo, quien al contrario de Garibay situó la entrada de Túbal desde el sur, parece sugerir continuidades entre el origen del poblamiento peninsular y, como se desprende de fuentes clásicas como Estrabón, la prosperidad posterior y el cultivo avanzado de las ciencias de la Bética¹⁶². Ambos cronistas, por otra parte, se sitúan con

¹⁵⁸ A. de Madrigal, *Genesis Commentarii*, en *Opera omnia*, D. Nicolini, Venecia, 1596, fol. 51r.

¹⁵⁹ A. de Viterbo, *Antiquitates*, p. 291: «*Berosus etenim scribit Tubalem primum Hispaniae regem formasse Hispanos legibus*».

¹⁶⁰ «*dicere non habemus, diuinare non iuubat*» (I 7, p. 10).

¹⁶¹ E. de Garibay, *Compendio historial* VII 5:

«También es de notar que todas estas Iglesias antiguas se hallan fabricadas en las alturas de las montañas, porque aun en este tiempo [siglo I] la ordinaria población de los Cántabros, era en lo alto de las montañas, donde para su habitación les era más cómodo, porque permanecían con sus viviendas, donde el Patriarca Thubal y sus sucesores les dejaron, y así los templos que después con el progreso del tiempo se fabricaron en los llanos, donde comenzaron a hacer en las riberas las poblaciones, no son de tanta antigüedad, como estos otros».

¹⁶² F. de Ocampo, *Crónica* I 4:

«Y luego como Tubal en ella vino, la primera region donde dicen haber parado de propósito fué sobre la provincia que llamamos Andalucía, y allí señaló ciertas estancias en que moraron

sus respectivas visiones del tubalismo entre aquellos que, en el siglo XVI, defienden que el euskera, en el caso de Garibay¹⁶³, o el caldeo, en el caso de Ocampo¹⁶⁴, son las lenguas primitivas de la Península Ibérica¹⁶⁵. La *Historia* de Mariana, en la que los descendientes de Túbal no desempeñan ningún papel, se distancia en este sentido de otros relatos de la misma época¹⁶⁶.

En realidad, si miramos este primer capítulo de la *Historia* de Mariana con cierta perspectiva, no es fácil hallar en él sentido histórico alguno. Tras hacer mención de la figura de Túbal, en el mismo primer capítulo abre un excursus en el que, como introducción a su obra, se tratan aspectos generales de carácter historiográfico (I 1). A ello le siguen los apartados que dedica a la geografía, las leyes y las costumbres de España (I 2-6). La narración de los primeros momentos de la historia peninsular no se retoma hasta el capítulo siete (I 7). Es decir, hay un paréntesis de seis capítulos y medio entre el primer hecho de la historia de España, que es su poblamiento por parte de Túbal –acerca del cual Mariana expresa claramente su escepticismo– y los siguientes personajes pseudohistóricos de la misma. Pues, en efecto, los supuestos acontecimientos que prosiguen a los de Túbal están protagonizados por la dinastía de reyes primitivos a los que el propio Mariana califica en su mayoría como fabulosos.

En este punto, se entiende que el pasaje sobre Túbal que ocupa las primeras líneas de la *Historia* está fuera del contexto histórico. Es un acontecimiento puesto en duda y desligado de los siguientes supuestos hechos que son también cuestionados por Mariana. Su inserción, en definitiva, no tiene como finalidad dilucidar la realidad de la historia primitiva de España. Han de ser otros, por tanto, los motivos que expliquen el que Mariana mantenga a Túbal como el primer personaje histórico al que vincular la historia de España.

y quedaron muchos de los que consigo traía: á éstos fué cierto que les... enseñó... tambien la manera de que debian guardar en sus tiempos, repartiéndoles el año por doce meses en trescientos y sesenta y cinco dias y poco mas... como lo tenian las gentes caldeas de quien él [Túbal] era descendiente, la cual órden, aunque despues anduvo mucho tiempo perdida entre los españoles, finalmente tornaron á ella por inducimiento de los romanos, que largos años adelante la renovaron en España».

¹⁶³ E. de Garibay, *Compendio historial* IV 4.

¹⁶⁴ F. de Ocampo, *Crónica* I 10.

¹⁶⁵ F. J. Perea Siller, “Sobre el léxico prelatino en español. Descubrimiento y primeras controversias”, en T. Bastardín y M. Rivas (eds.), *Estudios de historiografía lingüística*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2009, pp. 587-603.

¹⁶⁶ Con respecto al idioma, Mariana considera que la única lengua prerromana que ha pervivido es el euskera, pero no cree que fuera la lengua antigua común de la Península Ibérica, sino que sería una más, “bárbara”, entre muchas otras (I 5).

En primer lugar, piénsese que se trata de una tradición de la cual, como advirtieron más tarde los hermanos Rodríguez Mohedano, difícilmente podría desprenderse una historia de España escrita en el siglo XVI¹⁶⁷. Los principios de esa tradición se corresponden con unos textos medievales que tenían a las sagradas escrituras como referencia última del acontecer histórico. La creación divina del mundo y el reparto de tierras postdiluviano eran los elementos a partir de los cuales reconocer el devenir histórico. En este sentido no es de extrañar, por otro lado, que el relato bíblico –en concreto la historia del pueblo judío– funcionara con frecuencia como modelo a imitar para quienes se encargaban de proyectar desde el pasado una evolución histórica de sus respectivos reinos, pueblos y naciones. En el caso de la historia hispana, si bien la formación de un cuerpo político puede tener lugar en un momento posterior, el trasfondo bíblico desde el que se configura la narración sugiere una esencialidad divina del pueblo español: Túbal es siempre el progenitor último.

Un repaso retrospectivo del tubalismo puede conducirnos al fondo del asunto. A partir del siglo XV, las historias de España presentan a Túbal como el primer poblador y rey peninsular. De las historias medievales previas se desprende, no obstante, que fueron los hijos de Túbal, y no él mismo, los que se comenzaron a poblar una Península Ibérica configurada políticamente como monarquía en un momento posterior, de la mano de Heracles o Hispán. Si nos remontamos más atrás en el tiempo, a las primeras menciones que de Túbal hacen Jerónimo o Isidoro, el personaje bíblico es, sin más, el antepasado común de los hispanos.

De este modo se observa la primacía que los historiadores, en todos los casos y de manera creciente, otorgan a la Biblia sobre los textos clásicos. En el fondo, se trata de un postulado que, en su ánimo por refutar los ataques paganos al cristianismo, había establecido Agustín de Hipona en su *De civitate Dei*, de comienzos del siglo V, y se mantiene hasta el siglo XVIII. La vinculación entre la historia patria y la historia bíblica permanece inalterada, hasta el extremo de que ni siquiera los ilustrados españoles se atreven a cuestionar que España tuvo que ser poblada por vez primera después del Diluvio Universal por los descendientes de Noé¹⁶⁸.

¹⁶⁷ R. y P. Rodríguez Mohedano, *Historia literaria de España*, 2ª ed. corr., t. 1, Madrid, 1769, pp. 30-34. Véase también Mª R. Lida de Malkiel, "Túbal, primer poblador de España", *Ábaco* 3, 1970, pp. 11-48.

¹⁶⁸ El tubalismo siguió contando con apoyos hasta el siglo XIX, especialmente en la Provincias Vascongadas. Véanse algunos de los trabajos de Jon Juaristi, entre ellos *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid, 1987.

A ello se une el que, desde el siglo XVI, frente a las pretensiones italianas de convertirse en herederos de la cultura clásica¹⁶⁹, numerosos historiadores se entregaron a la búsqueda de un pasado previo al contacto con griegos y romanos con el que identificar a las distintas potencias que emergían con más fuerza en Europa. En ese sentido, Annio de Viterbo, profesor de teología y experto exégeta de la historia sagrada, ofreció las claves para la historiografía oficial de los nuevos estados.

He ahí las razones por las que Mariana, a pesar de distanciarse de la ficción histórica que sus contemporáneos estaban extendiendo, mantiene la figura de Túbal. Y llegados a este punto, podemos decir que su inclusión en la *Historia* no es una simple formalidad con la que el jesuita pudo excusarse ante la tradición, sino que en su obra conserva la misma importancia que en otras historias menos críticas con el nieto de Noé.

El recurso a la historia bíblica aporta a la historia peninsular dos elementos de capital importancia. El primero, la conexión que así se establece con el relato bíblico. Concebida esa historia de una manera esencialista, en los momentos iniciales de su desarrollo los historiadores definen los componentes básicos de la identidad española. Al ser éstos progenie de Túbal, se los vincula con el monoteísmo y la doctrina judeo-cristiana. Pero más importante aún que este aspecto, en el fondo lo que se consigue con ese trasfondo bíblico es un sujeto histórico, que de otra manera no existe. En efecto, el situar el origen de los españoles en línea con la historia sagrada dota a aquéllos de un determinado sentido religioso, pero sobre todo, importa el hecho de que desde ese momento se puede hablar de unas gentes naturales o españolas, que van a ser los protagonistas de la *Historia* y en donde reside su sentido último.

Mediante el poblamiento peninsular por parte de Túbal queda establecido el carácter autóctono del pueblo español. La recepción de elementos foráneos a lo largo de la historia hispana posterior no anula su homogeneidad étnica. Aquella base fundamental permanece y permite a Mariana sostener toda una historia antigua de la libertad, aunque en constante amenaza, de los españoles. Se trata de una esencia siempre latente en la narración de los hechos que fenicios, griegos, cartagineses o romanos protagonizaron en suelo peninsular. Otros grupos étnicos de difícil identificación, como son iberos, turdetanos, celtiberos o tartesios, serán todos agrupados por Mariana bajo el epíteto de españoles o naturales. Este es el eslabón primero que artificialmente se ha

¹⁶⁹ M. A. Elvira, “La imagen de la Roma clásica en los humanistas”, *Revista de Historiografía* 5 (2006), pp. 86-94.

elaborado para aunar y dar sentido a todo ese mosaico de gentes que, sin embargo, en ningún momento de la Antigüedad compartió, si del conjunto de la Península se trata, criterios comunes de ningún tipo, excepto cuando Roma completó la conquista de aquella y pasó a ser provincia del Imperio.

Mariana fue un historiador crítico con la historia primitiva de España que se había estandarizado en el siglo XVI. No pudo soslayar, sin embargo, la importancia que para una historia esencialista y orgánica, como lo fue también la de Mariana, tenían los orígenes. Uno y otro aspecto se perciben en su híbrida referencia a las hazañas de Túbal en los primeros renglones de su *Historia*.

6.1.3. Gerión, Osiris y Heracles

Después de la memoria de Túbal, de gran importancia para el conjunto de la obra aunque carente de contextualización histórica, en la *Historia* de Mariana comienzan a hilvanarse referencias de la literatura clásica con los aportes de la tradición historiográfica posterior. Se establecen así secuencias narrativas, pero todavía de una manera incipiente y abrupta. El propio Mariana es consciente de la oscuridad que envuelve a esta etapa remota de la historia peninsular, construida principalmente a partir de información de carácter mitológico. En ocasiones, el jesuita registra testimonios divergentes sobre unos mismos hechos y vacila a la hora de establecer pautas cronológicas.

Los primeros protagonistas de esa historia primitiva son Gerión, Osiris y Heracles. Se trata de personajes que generaban desconcierto entre los propios escritores grecorromanos, y que la historiografía posterior fue entrelazando según sus conveniencias hasta crear un dibujo presuntamente coherente de historia de la Península Ibérica.

Sobre Gerión existían distintas fábulas en la mitología clásica¹⁷⁰. Era de común acuerdo, en cualquier caso, situarlo en Iberia o en los confines occidentales del mundo

¹⁷⁰ Hesíodo, *Teogonía* 287-310 y 979-983; Heródoto IV 8; Pausanias III 18, 13; IV 36, 3 y X 17, 5; Esquilo, *Agamenón* 879; Eurípides, *Heracles* 423; Diodoro Sículo IV 4, 2; 8, 4; 17-25; Apolodoro, II 5, 10; Virgilio, *Eneida* VI 289; Higino, *Fábulas* 30 y 151; Justino XLIV 4; Solino IV 1. Sólo a través de fragmentos conocemos el poema de Estesícoro de Himera, la *Gerioneida*. Un análisis de estos textos puede verse en J. Alvar, "Fuentes literarias sobre Tartessos", en P. Bazán (coord.), *Argantonio, Rey de Tartessos*, Fundación El Monte, Sevilla, 2000, pp. 37-67.

conocido, a donde acudió Heracles con el ánimo de robarle el ganado¹⁷¹. Justino, el compilador del historiador galorromano Pompeyo Trogo, niega que se tratara de un monstruo con tres cabezas o cuerpo triple, como señalan algunos mitos¹⁷², sino que fueron tres hermanos estrechamente unidos en lucha con Heracles¹⁷³.

Annio de Viterbo aprovechó esta confusión para distinguir el reinado de Gerión, por un lado, del de sus tres hijos, por otro. Además, el viterbino complica más aún el enfrentamiento de la familia de los Geriones con Heracles al introducir la figura del Osiris egipcio. Según el relato de Annio, fue Osiris quien se enfrentó y acabó con Gerión. Posteriormente los hijos de éste se vengaron de la muerte de su padre ejecutando a Osiris y a su vez los Geriones fueron muertos por el hijo de Osiris, el Heracles egipcio¹⁷⁴. El resultado de la composición de Annio, en definitiva, fue que el pasado preclásico de la Península Ibérica, una historia antigua ficticia que tiene su comienzo con el origen del poblamiento peninsular por parte de Túbal y sus descendientes, se ensanchó aún más con nuevos protagonistas provenientes de Egipto, con cuya antigüedad se equiparaba la española.

La figura de Heracles evoluciona de manera diversa en la literatura helena. Hesíodo, en la *Teogonía* o en el *Escudo*, define con claridad la función del héroe garante de la justicia quien colabora con su padre Zeus en su tarea ordenadora del mundo. Fruto de la extrapolación de cultos y los procesos de sincretismo antiguos, Heracles se identifica con divinidades que cumplen roles similares en panteones distintos al heleno. Es así que el viajero Heródoto, por ejemplo, cree ver en el Melqart tirio y en el Osiris egipcio las mismas cualidades del héroe griego¹⁷⁵. Más tarde, Diodoro de Sicilia da por hecho la existencia de diferentes Heracles y articula en un relato histórico, es decir en un marco espacio-temporal, sus distintas representaciones¹⁷⁶.

Aunque Mariana estuviera familiarizado con las fuentes antiguas, especialmente con Diodoro a quien cita como testimonio, la conexión que establece entre los Geriones

¹⁷¹ La excepción a esa tendencia general viene representada por Hecateo de Mileto, quien considera que Gerión habitaba en el Epiro, dentro de los límites de la geografía helena. La noticia de Hecateo nos es transmitida por Arriano, *Anábasis* II 16.

¹⁷² Hesíodo, *Teogonía* 287-289: «Criador engendró al tricéfalo Gerión unido con Calíroo hija del ilustre Océano».

¹⁷³ Justino XLIV 4, 16: «Porro Geryonem ipsum non triplicis naturae, ut fabulis proditur, fuisse ferunt, sed tres fratres tantae concordiae extitisse, ut uno animo omnes regi videntur».

¹⁷⁴ A. de Viterbo, *Antiquitates*, pp. 297-298.

¹⁷⁵ Heródoto II 43-44. Esta reflexión del historiador de Halicarnaso alarmó siglos más tarde el patriotismo de Plutarco: *Sobre la malevolencia de Heródoto* 14.

¹⁷⁶ Véase el primer libro de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro.

y Osiris-Heracles de Egipto en el marco de la historia peninsular remite a la particular interpretación de estos hechos de Annio de Viterbo (I 7). De este modo el jesuita relega la actuación del Heracles griego en la Península Ibérica a un momento posterior de la *Historia*, al de la mítica expedición de los Argonautas (I 12). Por lo demás, en otro lugar da a conocer una más de las leyendas sobre Heracles, la que transmite Luciano de Samosata acerca del Heracles Ogmio¹⁷⁷. Mariana cita a este «*Herculem Celticum*» en su *De rege et regibus institutione*, aunque ese y otros pasajes de esta obra parece que los plagia del historiador portugués Jerónimo Osorio¹⁷⁸.

6.1.4. Más reyes. Expansión por Italia

El Heracles egipcio, victorioso ante los Geriones, marchó a Italia y dejó por gobernador de la Península a su compañero Hispalo. Hispalo, Hispán y Hespero son referencias etimológicas de la literatura clásica que la tradición historiográfica medieval convierte en personajes históricos¹⁷⁹. Florián de Ocampo y Esteban de Garibay distinguen en ellos a tres monarcas distintos¹⁸⁰, a los cuales suceden una serie de regentes inventados por Annio de Viterbo y vinculados a la expansión de los antiguos pueblos hispanos por Italia. Mariana, sabedor de la maniobra articulada por Annio, hace de Hispalo e Hispán un mismo rey (I 9). A Hespero, sin embargo, lo mantiene en su singularidad con el fin de recoger en su *Historia* parte del relato, construido en los albores del siglo XVI, acerca de la presencia ibera en Italia.

De acuerdo con ese relato, cuando Heracles murió, sus compañeros Hespero y Atlante Italo, hermanos el uno del otro, controlaban las penínsulas Ibérica e Itálica respectivamente. Atlante Italo, con el ánimo de apoderarse de las riquezas de la Península Ibérica, vino a derrocar a Hespero. En su regreso a Italia, unos vientos desfavorables lo condujeron a la isla de Sicilia. Allí dejó a parte del contingente de soldados hispanos que llevaba consigo, y con el resto continuó hacia el norte. Las

¹⁷⁷ L. de Samosata, *Heracles* 1-2.

¹⁷⁸ J. de Mariana, *De rege et regibus institutione* II 8, p. 186. Véase L. Robledo, “El lugar de la música en la educación del príncipe humanista”, en V. Dumanoir, *Música y literatura en la España de la Edad Media y del Renacimiento*, Casa de Velázquez, Madrid, 2003, pp. 10-12.

¹⁷⁹ J. A. Caballero, “Desde el mito a la historia”, en J. I. de la Iglesia (ed.), *Memoria, mito y realidad en la historia medieval*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2003, pp. 33-60; J. A. Estévez, “Los orígenes míticos de Hispania en las crónicas españolas de la Edad Media”, en J. M. Candau, F. J. González y G. Cruz (eds.), *Historia y Mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Diputación de Málaga, Málaga, 2004, pp. 365-387.

¹⁸⁰ F. de Ocampo, *Crónica* I 16-19; E. de Garibay, *Compendio historial* IV 13-16.

fundaciones españolas en Italia, bajo la regencia de Atlante Italo, van desde Sicilia hasta la misma ciudad de Roma. Una serie de reyezuelos (entre ellos Sicoro, Sicano, Siceleo, Sículo) que sucedieron a aquél, consolidaron la actividad hispana en suelo italiano¹⁸¹.

Mariana se cuida de enmendar la altivez de Ocampo, primero, y de Garibay después – que en esto no seguían a Annio– y niega que Roma fuera fundada por españoles¹⁸². Asimismo considera únicamente, tras Hespero, a Atlante (Mariana suprime el segundo nombre de Italo) y Sículo como reyes españoles auténticos (I 10 y 11). Sin embargo, salvo excepciones como esas, el relato de Mariana sobre los orígenes españoles de ciertas regiones italianas es, en cuanto a su significado, similar a aquel que en primer término había configurado Annio de Viterbo.

Mariana, de nuevo, pretende justificar la inclusión de estas invenciones de la historiografía reciente con el recurso a las fuentes clásicas. Después de rechazar como falsos a los otros reyes, «pues en las antiguas historias ningun rastro de ellos se halla, de sus hechos ni de sus nombres» (I 10), Mariana puntualiza: «Por autoridad de Philistio Siracusano, sin embargo de todo lo dicho, se puede recibir como cosa verdadera, que Siculo hijo de Atlante, despues que su padre partio de España, como lugarteniente suyo y por su orden, governo esta prouincia por algun tiempo, y despues de muerto le succedio en todos sus reynos» (I 11).

Mariana, en realidad, no pudo conocer la obra del historiador del siglo IV a.C. Filisto Siracusano. De su *Historia de Sicilia (Sikeliká)* no se conservan más que algunos fragmentos. Al que podría aludir Mariana, se halla en la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia¹⁸³. El libro V de Diodoro, denominado “Sobre las Islas”, comienza con la historia más antigua de Sicilia, poblada por sículos y sicanos. Ahí no se halla nada que sugiera una fundación de la isla por gente proveniente de la Península Ibérica. Pero cuando Diodoro resume las interpretaciones de los historiadores que le han precedido, dice lo siguiente: «Filisto, por ejemplo, afirma que [los sicanos] se establecieron en la isla [de Sicilia] después de abandonar Iberia y que su nombre les vino de un río de Iberia llamado Sicano»¹⁸⁴. En esta escueta referencia pretende apoyarse Mariana para dar crédito a la persona de Sículo, y para acoger de buen grado

¹⁸¹ A. de Viterbo, *Antiquitates*, pp. 300-303. F. de Ocampo, *Crónica* I 19-27.

¹⁸² F. de Ocampo, *Crónica* I 20; E. de Garibay, *Compendio historial* IV 18.

¹⁸³ F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, t. 3B, Brill, Leiden, 1950, 556 F45.

¹⁸⁴ Diodoro V 6, 1. Diodoro, por lo demás, más adelante contrasta la teoría de Filisto con la de Timeo y resta valor a lo dicho por el primero.

el resto de la historia sobre los españoles en Sicilia y parte de la Península Itálica que aparece en Ocampo.

Cierto es que ya antes que Filisto, Tucídides también dijo que a Sicilia llegaron iberos procedentes del río Sicano¹⁸⁵. Mariana se hace eco de este pasaje del historiador ateniense, pero en un contexto distinto, para referirse a la mutación del nombre de la isla de Sicilia. Además, en la edición original de la *Historia* no pasa de ser una vaga alusión («*sic quidam suspicantur*» [I 11, p. 18]), que en un momento posterior nuestro autor concreta un poco más: «y Thucydides lo apunta al principio del libro sexto» (I 11). Esta extraña forma de citar sugiere que Mariana no se guio por Tucídides para acreditar la persona histórica de Sículo. De lo contrario, hubiera puesto el nombre del historiador ateniense junto al de Filisto.

Por último, Mariana también alude a Justino para justificar el reinado de Sículo, al considerar que cuando Justino habla de Sicoro, en realidad se refiere a Sículo¹⁸⁶. El jesuita dice esto inmediatamente después de afirmar que la autenticidad de Gárgoris viene dada por Justino, en un intento, como más adelante veremos, por evitar dar fe a Annio de Viterbo, quien también incluye a Gárgoris en su listado real. Pero si la historia de Gárgoris, en efecto, está atestiguada en el epítome de Justino, no ocurre lo mismo con la de Sicoro. Además, de haber consultado el libro cuarto de la obra de Justino, en el que se narran los orígenes de Sicilia, Mariana podría haberse apoyado en el epitomista de Pompeyo Trogo para dar testimonio del cambio de nombre de la isla de Sicilia, pues como Tucídides, Justino también da cuenta de ello¹⁸⁷. De esa forma hubiera dado mayor sostenibilidad a su tardía referencia a Tucídides y despejado cualquier género de dudas.

Estas son, como vemos, las estrategias que Mariana utiliza para cubrir la ficción acerca de los reyes Atlante y Sículo. El jesuita pretende hallar en las fuentes clásicas una información que, en realidad, reproduce la que había sido fabricada por Ocampo a partir de lo dicho a su vez por Annio de Viterbo¹⁸⁸. Estamos ante un claro ejemplo de

¹⁸⁵ Tucídides VI 2, 2: «Parece que después de ellos [cíclopes y lestrigones] los primeros en establecerse en la isla fueron los sicanos, que, según lo que afirman ellos mismos, incluso serían anteriores, ya que dicen ser autóctonos; pero, según la evidencia de la verdad, eran iberos que fueron desalojados por los ligures de la zona del río Sicano, en Iberia. Y fue por ellos por lo que la isla, que antes se llamaba Trinacria, recibió entonces el nombre de Sicania. Todavía hoy habitan la parte occidental de Sicilia». Ver también Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* I 22, 2, y Avieno, *Ora Maritima* 479.

¹⁸⁶ «A Sículo entiendo yo que llama Iustino Sicoro. esto se auisa, porque a ninguno engañe la diferencia del nombre, para pensar que Sículo y Sicoro, sean dos reyes diuersos y distintos» (I 11).

¹⁸⁷ Justino IV 2, 1: «*Siciliae primo Trinacriae nomen fuit, postea Sicania cognominata est*».

¹⁸⁸ La figura de Atlante Italo había sido creada por Annio a partir de una miscelánea de datos sobre personajes distintos (*Antiquitates*, p. 300). Sículo había sido introducido por Annio siguiendo

cómo Mariana, en ocasiones, hace un uso tergiversado de las fuentes en beneficio de sus propias creaciones, y proporciona datos que no ha visto en los historiadores clásicos que supuestamente los atestiguan. En el caso de Filisto, ni siquiera se conserva su obra, como ocurre igualmente con la de Fabio Píctor, otro de los autores que junto a Beroso o Manetón es prodigado por Annio. Mariana lo cita para indicar que Rome, hija de Atlante, fundó la ciudad de Roma: «alegan para esto por testigo a Fabio Pictor, autor muy antiguo, y muy graue de las cosas Romanas» (I 10). El desconocimiento que Mariana tenía del historiador romano, sin embargo, lo había manifestado en el texto latino de su *Historia*, en el cual, en lugar de la frase citada, Mariana decía lo siguiente: «*An fabulae hae sunt Fabii quamuis Pictoris auctoritate affirmatae: nostrorum mulcédis auribus datum, ab Hispanis conditam urbem Romam?*» (I 10, p. 17).

La respuesta a por qué Mariana da crédito a esos imaginarios reyes españoles que extienden sus dominios por Sicilia puede ponerse en relación con su intención por justificar el control que, en el momento en el que escribe, la monarquía española ejerce sobre la isla, de gran importancia para la política en el Mediterráneo. Por otro lado, no hay que olvidar que el propio Mariana pasó dos años de su vida dedicados a la enseñanza y la predicación en los colegios jesuitas de Sicilia, al tiempo que prestó sus servicios al virrey de la isla.

6.1.5. Mitologías sobre los primeros contingentes griegos

Antes de concluir su particular lista de reyes primitivos, Mariana introduce un capítulo acerca “De las diuersas gentes que vinieron a España” (I 12). En realidad, se trata básicamente de contingentes procedentes del mundo griego. Las noticias de estos desplazamientos y fundaciones, en el territorio peninsular, pertenecen por lo general al ámbito de la mitografía. Son imprecisas en términos cronológicos, de tal forma que la guerra de Troya funciona como cómputo del tiempo.

Los historiadores del XVI toman esa referencia a Troya, tan recurrida en la literatura clásica, y la vinculan a la historia de la Península Ibérica. La historiografía medieval ya había establecido paralelismos entre el pasado peninsular y el referente heleno de los poemas homéricos. Al insertar el horizonte troyano en el cuadro de reyes

supuestamente a Manetón (*Antiquitates*, p. 303), pero en los textos apócrifos de éste no se encuentra dicha referencia. Véase G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 288-293, y J. A. Caballero, “Beroso y Giovanni Nanni (Annius Viterbensis): Modelos para el relato de los tiempos míticos en la historiografía española”, p. 204.

primitivos, los historiadores humanistas, sin embargo, fueron más allá en construir una historia antigua hispana previa al conflicto entre griegos y troyanos. Por todo en ello se entiende que Mariana incluya estos relatos en el apartado primero de su *Historia*, pero significativamente en su parte final, tal como aparecen también en Ocampo.

En efecto, Mariana hace coincidir la fecha de la guerra de Troya con la del penúltimo de los reyes primitivos, Gárgoris. No obstante, antes del célebre enfrentamiento bélico heleno, el jesuita constata ya presencias griegas en Iberia. La primera de ellas es la fundación, por parte de griegos provenientes de la isla de Zacinto, de la ciudad que tomará el nombre de Sagunto, la cual Mariana sitúa, de acuerdo con Plinio, en unos doscientos años antes de la guerra de Troya¹⁸⁹. El viaje de los Argonautas, una expedición que en el mundo griego evolucionó por diferentes espacios míticos¹⁹⁰, también forma parte del precoz asentamiento heleno en la Península Ibérica. Asimismo, en su *Historia* Mariana se apropia de la figura de Dionisio como dios civilizador que recorre la ecúmene y libera a los iberos «de las maldades y tyranias que de todas maneras en ella preualecian». Convierte además al dios griego en fundador de Nebrija, en las albuferas del Guadalquivir, ya que la historiografía medieval había asociado el origen de esta ciudad a un nieto de Ulises y, por tanto, a un momento posterior a la guerra de Troya. Mariana sigue aquí de cerca a Ocampo, quien a su vez se hizo eco de las lecciones de su maestro Antonio de Nebrija¹⁹¹.

Paralelamente a estas incursiones griegas, y todavía en tiempos previos a la guerra de Troya, Mariana intercala los nombres de otros personajes. Por ejemplo el de Milico, descendiente de Sículo de quien no habla Annio pero sí Ocampo¹⁹². Milico sobresale entre las familias indígenas de mayor alcurnia y aparece como fundador de la ciudad de Cástulo. La importancia de esta información en la *Historia* se dejará ver más tarde, ya que Cástulo tendrá un papel relevante durante la ocupación cartaginesa de la Península Ibérica.

Una vez concluida la guerra de Troya, Mariana atribuye a algunos de sus célebres protagonistas (Teucro, Diomedes y Ulises, entre otros) la fundación de varias ciudades

¹⁸⁹ Plinio, *Historia natural* XVI, 216. La fundación zacintia de Sagunto la conforman también Estrabón (III 4, 6), T. Livio (XXI 7, 2) y Silio Itálico (I 270 y ss.).

¹⁹⁰ F. J. Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Akal, Madrid, 2005, pp. 41-53.

¹⁹¹ Ocampo, por cierto, atribuye a Dionisio más fundaciones en España (*Crónica* I 31): «Acuérdome yo que, siendo muchacho, en estudio de Alcalá de Henares oía muchas veces platicar al maestro [Antonio] de Lebríja, natural (como dije) deste pueblo, que también aquel Dionisio fundó cierta población en España...».

¹⁹² F. de Ocampo, *Crónica* I 31.

peninsulares. Estas leyendas se remontan a época helenística y nos son transmitidas por autores más tardíos tales como Estrabón y Justino¹⁹³. En general, son creaciones literarias realizadas a partir de los poemas homéricos o de la proximidad fonética entre la onomástica de los héroes troyanos y la toponimia de ciudades y lugares de Iberia¹⁹⁴.

6.1.6. Gárgoris y Habis: el final de la lista

Gárgoris y Habis son los dos últimos nombres de la lista de reyes primitivos de Juan de Mariana. La historia de estos personajes con dignidad real la transmite Justino¹⁹⁵. Annio de Viterbo tuvo a bien la idea ya introducida en la historiografía española por Rodrigo Sánchez de Arévalo¹⁹⁶, y también incluye a aquellos personajes en su peculiar directorio de reyes de la historia de España. A Gárgoris le añade el cognomen *Mellicola*, pues la tradición le atribuía el haber enseñado a los hispanos a recolectar la miel. Con Gárgoris Melícola, sin embargo, termina la lista de reyes del viterbino, dado que a su nieto Habis, al que menciona ligeramente a pesar de las importantes medidas civilizadoras con las que se lo identifica, no lo considera monarca¹⁹⁷. Más tarde Florián de Ocampo reproduce la lista de Annio, con la peculiaridad de que Habis (Abidis) conserva la categoría de rey, como aparecía en Justino¹⁹⁸.

Mariana, aunque reconoce que la historia del apicultor y su nieto Habis forma parte de «los sueños y desuorios de algunos escritores modernos» (I 11), los incluye en su *Historia* dado que su autenticidad viene confirmada por Justino. Una vez más, Mariana pretende mantenerse fiel a la tradición clásica, sin añadidos espurios modernos. En esta ocasión lo hizo con acierto, ya que su relato acerca de Gárgoris y Habis, al margen de ciertos giros patrióticos, coincide básicamente con el que conservamos en Justino. Además, gracias a la documentación manuscrita, sabemos que Mariana se preocupó por reafirmar aquí su postura. En la correspondencia que mantuvo con su

¹⁹³ Estrabón III 2, 13; 4, 3 y Justino XLIV 3.

¹⁹⁴ J. M^a Blázquez, “Cólquida e Iberia. La saga de los Argonautas y otras leyendas de la Península Ibérica”, en O. Lordkipanidze y P. Lévêque (eds.), *Sur les traces des Argonautes*, Belles Lettres, París, 1996, pp. 101-109; F. Prontera, “Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica”, en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Málaga, 2003 (1993), pp. 11-26; F. Rodríguez Adrados, “Topónimos griegos en Iberia y Tartessos”, *EMERITA* 68, 1 (2000), pp. 1-18.

¹⁹⁵ Justino XLIV 4, 1-14.

¹⁹⁶ *Compendiosa historia Hispánica*, Vdalricus Gallus, Roma, 1470.

¹⁹⁷ A. de Viterbo, *Antiquitates*, p. 307.

¹⁹⁸ F. de Ocampo, *Crónica* I 45.

antiguo compañero, Pablo Ferrer, éste observó que en la edición latina Gárgoris aparece entre los reyes fabulosos (I 11), y en otro como verdadero rey de España (I 13)¹⁹⁹. Mariana fue entonces consciente de la aparente contradicción, pero no la enmendó y, en efecto, tal cual la reprodujo en la edición castellana. Mariana quiso, de este modo, dejar claro que el Gárgoris Melícola, que había acuñado Annio, era una invención de la historiografía reciente, pero la fuente a partir de la cual se elaboró esa invención, Justino, era auténtica. De ahí que en un capítulo arrincone la figura de Gárgoris como fabulosa, y en otro desarrolle su historia.

6.2. Una época de transición

La primera fase de la *Historia*, como hemos visto, es un intento de dar coherencia a las múltiples leyendas que en la literatura clásica existían e informaban sobre la más antigua historia peninsular. Aunque la historiografía medieval ya había avanzado bastante en ese empeño, el modo en que Mariana selecciona, ordena e interpreta todo aquel conjunto de datos obedece a un tipo de discurso historiográfico distinto.

En la historiografía hispana precedente el período primitivo se colmaba con las hazañas de Túbal, Gerión, Heracles, Hispán y Gárgoris. A partir del siglo XVI, en contraste, la historia primitiva de la Península Ibérica ensancha sus dimensiones y conforma un relato homogéneo con unas intenciones más claras y coherentes. El significado de ese período histórico dominado por reyes míticos, en una historia como la de Mariana, es su carácter fundacional, en el que se originan y cobran forma los rasgos básicos de la identidad española. Obsérvese que, con la excepción de algunos viajes legendarios provenientes del mundo griego y concentrados en el tramo final de la narración, los protagonistas de los acontecimientos hasta aquí relatados son todos descendientes de la población establecida por Túbal. A partir de ahora es cuando se describe la recepción de elementos foráneos en la Península Ibérica. Pero entre un momento y otro, entre aquella conformación del pueblo primigenio y los primeros contactos con gentes extranjeras, hay una etapa de transición presidida por desastres naturales y cambios demográficos. Esta demarcación entre la población nativa y sus

¹⁹⁹ Carta de Pedro Pablo Ferrer a Juan de Mariana a 17 de junio de 1598, BL, Ms. Egerton 1875, 20 (en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. XCIV-XCVII).

posteriores relaciones con grupos foráneos, plasmada en la forma en que se compone el texto histórico, traduce a las claras la visión de la historia de Mariana.

Florián de Ocampo y después de él Esteban de Garibay es quien había llevado hasta el extremo la división histórica entre las nuevas colonizaciones peninsulares y los tiempos de los reyes primitivos que les preceden. De manera significativa, el primero de los cinco libros de su *Crónica* se cierra con el reinado de Habis y la atomización del poder entre sus sucesores. El libro segundo comienza con los infortunios y desastres naturales que asolaron a la Península Ibérica después del gobierno de los reyes antiguos, quedando en ellos «todo lo mejor y más poblado de España». Una larga sequía de veinte y seis años sin lluvias dejó al país casi despoblado de gentes, aunque hubo quienes, como los iberos que se unirán más tarde a los celtas, pudieron regresar. Poco tiempo después, además, un accidental incendio en los montes Pirineos provocó que de la cadena de montañas, rica en su interior de metales preciosos, fluyeran enormes ríos de oro y plata por buena parte del suelo peninsular. Una y otra circunstancias, contra las que sus naturales nada podían hacer, explican que la Península Ibérica se viera expuesta a las invasiones desde el exterior²⁰⁰.

Mariana, por su parte, se mantiene más fiel que Ocampo al texto de Justino, considera que los sucesores de Habis continuaron en posesión del reino por largo tiempo y reconoce que, sin más detalles, no es posible conjeturar acerca de esos herederos. Con respecto a la extraordinaria sequía, le resta dramatismo y trata de conciliar la teatralidad de cronistas como Ocampo con la realidad del soporte documental. Ningún autor grecorromano habla de ese acontecimiento, y el propio Mariana apunta la opinión de quienes, por lo mismo, no aprueban que tal calamidad tuviera lugar en la Península Ibérica²⁰¹. Concluye así que «ni la sequedad de aquel tiempo fue tan grande, ni tan larga como refieren» (I 13). De esta manera, advierte el engaño acerca de la sequía, pero salva la tradición que así la establece al no rechazarla

²⁰⁰ F. de Ocampo, I 56 y II 1 y 5. Justino XLIV 4, 14, de quien se extrae la historia de Gárgoris y Habis, señala que los sucesores de Habis retuvieron el poder por muchos siglos: «*Mortuo Habide regnum per multa saecula ab successoribus eius retentum*», pero no, como dice Ocampo, que sus sucesores se repartieron el poder, entre rencores y divisiones, en pequeños principados, señoríos o repúblicas. Tampoco habla el historiador romano de la sequía que siguió a la muerte de Habis. La leyenda del incendio de los Pirineos se remonta a época helenística, la transmite Diodoro Sículo (V 35) y no guarda relación con los sucesos relatados por el zamorano.

²⁰¹ Los hermanos R. y P. Rodríguez Moledano, en el siglo XVIII, comentan algunas de las grandes sequías transmitidas por Estrabón, Diodoro o la Biblia, y puntualizan: «No intentamos confirmar con estos testimonios la noticia vulgarizada en nuestras historias de una prodigiosa sequedad de España, que algunos estienden à ma de veinte años, otros poco menos; porque no hallamos fundamentos en los Antiguos para apoyar estas circunstancias, por otra parte inverisimiles» (*Historia literaria de España*, t. 1, Disertación VI, 48, pp. 453-454).

(de hecho, intenta excusarla trayendo a colación la fábula de Faetón, que puede sugerir lo ocurrido en España²⁰²). Lo mismo puede decirse sobre el incendio de los Pirineos: desde una postura más escéptica que la de Ocampo, Mariana incluye igualmente el suceso en su *Historia* (I 14 y 15).

En definitiva, el relato sobre la transición histórica entre los primeros reyes primitivos y la llegada a la Península de gentes diversas tiene el mismo significado en la *Historia* de Mariana que en la *Crónica* de Ocampo, por más que el estilo del jesuita sea distinto. La transición, expresada en términos de catástrofes naturales, demarca una regeneración de la población autóctona. Tanto en la obra de uno como en la del otro historiador el capítulo de la sequía, con la consecuente disminución de población nativa, antecede al de las primeras ocupaciones celtas y griegas en la Península Ibérica²⁰³. Por su parte, el capítulo que trata sobre el incendio de los Pirineos y los ríos de metales preciosos puestos al descubierto, precede al del arribo de fenicios a las costas peninsulares²⁰⁴. El mismo preludio, en el que se combinan los factores de la sequía y el reavivamiento del fuego pirenaico, se repite luego justamente antes de que nuevos contingentes griegos y armadas cartaginesas pongan pie en suelo peninsular²⁰⁵.

Todas estas alteraciones forman parte de un mismo proceso de adaptación y reajuste en el seno de la población peninsular. Este no es el único período de transición que se da en la *Historia*, sino que en otros momentos también se da esa especie de reestructuración demográfica, especialmente en los momentos de principio y fin del dominio musulmán en la Península. El que hemos analizado anteriormente es el primer cambio significativo en esa trayectoria, el cual deja tras de sí una época fundacional en la que los españoles, según Mariana, vivieron en libertad.

6.3. Invasores e indígenas

6.3.1. Fuentes

²⁰² «Puedese demas desto creer, que lo que succedio en tiempo de Phaetō en las otras prouincias, esto es que por el ardor del Sol, y la sequedad extraordinaria, las tierras se abrasaron (que fue el fundamento de la fiction y fabula de Phaeton y del Sol) la misma affliction padecio España en el mismo tiempo, y aun mayor, por ser mas sugeta que las otras tierras, a la sequedad del ayre, y falta de lluiias» (I 13).

²⁰³ F. de Ocampo, *Crónica* II 1; J. de Mariana I 13.

²⁰⁴ F. de Ocampo, *Crónica* II V; J. de Mariana I 14.

²⁰⁵ F. de Ocampo, *Crónica* II 40; J. de Mariana I 19.

En el siguiente apartado de su *Historia Mariana* describe el establecimiento en la Península Ibérica de gentes llegadas desde el exterior y su relación con la población nativa. Los criterios de filiación étnica con los que el jesuita elabora su narración son nuevamente un legado del mundo clásico. En sus relatos sobre pueblos y países extranjeros, los autores grecorromanos solían diferenciar de la misma manera entre comunidades autóctonas, foráneas y mixtas. En estas descripciones son además frecuentes los prejuicios de tipo étnico²⁰⁶. Circunstancias concretas como las vividas durante el período de Guerras Púnicas, contribuyeron a formar estereotipos acerca de la naturaleza cruel y desleal (*fides punica*) de los cartagineses y sus antecesores los fenicios²⁰⁷.

Estas concepciones las heredan los historiadores del siglo XVI, intérpretes de esas fuentes clásicas, y a su vez las adaptan al tipo de discurso que desean construir. Mediante una suerte de filiación genealógica, el componente étnico funciona como principio dador de sentido de un pasado colectivo español²⁰⁸. La labor de Mariana se orienta a describir una continuidad histórica del pueblo autóctono según ha sido definido desde el momento fundacional. De esta manera, por lo general concibe las relaciones con otros grupos humanos desde un punto de vista belicista, es decir, considera la presencia de gentes no originarias del territorio peninsular como invasiones y agresiones hacia la población titular y legítima. Con ese fin, el jesuita no duda en recurrir a la literatura clásica a la hora de caracterizar, sobre todo, a fenicios y cartagineses como codiciosos y avaros conquistadores.

6.3.2. *Invasores*

6.3.2.1. Celtas

Despoblada la mayor parte de la Península Ibérica como consecuencia de los citados desastres naturales, el momento fue propicio para «que gran muchedumbre de gente extranjera viniese á poblar en esta provincia» (I 14). Los primeros que a ello se

²⁰⁶ M. Dubuisson, “La vision romaine de l'étranger. Stéréotypes, idéologie et mentalités”, *Cahiers de Clío* 81 (1985), pp. 82-98.

²⁰⁷ Entre otros ejemplos pueden citarse los siguientes: Polibio IX 11, 2; 25, 4-5; Diodoro V 35 y 38, 2; XIII 57 y 62; XIV 46, 2; Livio XXII 22, 15 y 19.

²⁰⁸ Para el caso de Ocampo, véase A. Samson, “Florián de Ocampo, Castilian chronicler and Habsburg propagandist: Rhetoric, myth and genealogy in the historiography of early modern Spain”, *Forum for Modern Language Studies* 42, 4 (2006), pp. 339-354.

encomiendan son los celtas provenientes del otro lado de los Pirineos. Esos celtas se extienden por el noreste peninsular, en una zona que, por fusionarse con poblaciones iberas, tomará el nombre de Celtiberia.

Obsérvese, como lo hizo Fernando Wulff al analizar la *Crónica* de Ocampo, la ambigüedad con la que éste presenta el origen de los celtas, lo que difiere con la forma en que concibe a los iberos, que en primer lugar son españoles²⁰⁹. En Mariana se detecta un contraste similar, aunque más categórico. Nada dice el jesuita de que los celtas sean franceses, ni tampoco usa el término galos como sinónimo de celtas. En cuanto a los iberos, sin embargo, no hay dudas de que son españoles: «Destos Celtas, y de los Españoles, que se llamauan Iberos, hauiendose entre si emparentado, resulto el nombre de Celtiberia, con que se llamo gran parte de España» (I 14)²¹⁰.

La información se extrae, por lo demás, fundamentalmente de Diodoro Sículo, y naturalmente el historiador griego no identifica a celtas con franceses, ni tampoco a iberos con españoles o hispanos²¹¹. No obstante, en este caso el uso, aunque sea indiscriminado, de las fuentes clásicas, supone un progreso considerable por parte de los historiadores del siglo XVI con respecto a sus predecesores. Piénsese que en el siglo XIII, las crónicas de Jiménez de Rada y Alfonso X relacionaban la formación de Celtiberia con el asentamiento de los cetúbales descendientes de Túbal en torno al río Ebro²¹².

²⁰⁹ F. de Ocampo, *Crónica* II 3. F. Wulff, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XVII)*, pp. 26-27.

²¹⁰ En otro lugar Mariana no asocia explícitamente iberos con españoles, pero sí Celtiberia con España: «El nombre de Celtiberia, con que tambien se llamó España, de los Iberos y de los Celtas se deriuò y se compone. porque los Celtas, passados los Pyrineos, y venidos en España de la Gallia comarcana (y tambien Apiano pone los Celtas en la España Citerior) mezclando la sangre, y emparentando con los Iberos, hizieron y fueron causa de que las dos naciones se forjasse el nombre de Celtiberia» (I 7).

²¹¹ Diodoro V 33, 1: «los iberos y los celtas, después de guerrear en otro tiempo unos contra otros por motivo de la tierra, se habían reconciliado después y habitado la tierra en común, e incluso habían convenido entre ellos alianzas matrimoniales, y por su mezcla recibieron precisamente este nombre [celtíberos]». También Apiano, *Sobre Iberia* 2: «Sobre quiénes parece que fueron los primeros en habitarla [Iberia] y los que la ocuparon después de aquéllos, no me satisface en absoluto ocuparme de estos asuntos, dado que me propongo escribir tan sólo la historia de los romanos, salvo manifestar mi parecer de que fueron los celtas quienes, después de haber atravesado en un tiempo los Pirineos, se establecieron junto con los habitantes originarios, por lo que a partir de aquel entonces surgió el nombre de celtíberos».

²¹² R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, p. 65: «Y extendidos de esta forma los cetúbales en distintos pueblos [de Europa], bajaron a las llanuras de Hesperia y construyeron villas, aldeas y fortificaciones junto al río que ahora se llama Ebro, y al asentarse allí, los que antes se llamaban cetúbales se llamaron celtíberos por el río Ebro a causa de la contaminación de las palabras; y por ello esta tierra se llama Celtiberia». Alfonso X, *Primera crónica general de España*, p. 6: «e por ques pagaron mucho daquel agua poblaron cabo della, e camiaron se el nombre que ante auien, e assí cuemo les llamauan primero compannas de Thubal, dixieron les despues las compannas de Ebro, e por esso l llamaron a aquella tierra Celtiberia».

6.3.2.2. Griegos

Desde una fecha precoz, en la *Historia* de Mariana se hallan ejemplos de presencia griega en Iberia. Dejemos atrás las conquistas y fundaciones ligadas a personajes míticos que se extienden por el sur peninsular en especial, en torno al Estrecho de Gibraltar y las Columnas de Heracles y también por el noroeste, desde la *Ulissipo* más tarde Lisboa fundada por Ulises hasta las ciudades sobre la zona de Galicia en las que Teucro y Diomedes hicieron lo propio (I 12).

Donde mayor huella dejarán los griegos será en la costa catalana y levantina. Primero los griegos que, como hemos visto, en un momento anterior a la guerra de Troya fundaron cerca de Valencia la ciudad de Zacinto, llamada después Sagunto (I 12). Ahora, después del fin de los primeros reyes primitivos y la gran sequía que le sigue, es el turno de los navegantes procedentes de Rodas, quienes también hallaron abrigo al sur de las montañas pirenaicas (I 14). Debido a su origen, la ciudad que fundaron se nombró Rhodope o Rhoda, y más tarde recibió el nombre de Rosas. Mariana, tal y como confiesa en una carta a su amigo Pablo Ferrer²¹³, toma aquella primera denominación de la *Crónica* de Ocampo, quien a su vez la había tomado de Estrabón²¹⁴. No es extraño si pensamos, por tanto, que Mariana también se fija en el zamorano para presentar su versión del conjunto de estos hechos.

Ocampo describe al detalle, tanto en el desembarco de los griegos rodios como en el de los de Zacinto, cómo fueron sus encuentros con unos indígenas caracterizados por su simplicidad, a los que no resultó difícil engañar con tal de ganar la amistad que permitió a los invasores penetrar en tierra firme. Para explicar esos procesos de colonización o aculturación, Ocampo utiliza un mismo esquema de evidente carácter organicista, en el que los incipientes españoles aparecen como gente todavía inocente y crédula²¹⁵. Mariana, ciertamente, es más parco a la hora de recrear cómo sería el encuentro entre griegos y españoles. Se limita a recopilar los resultados de esa

²¹³ BL, Ms. Egerton 1874, 48, fol. 415 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice V, 2).

²¹⁴ F. de Ocampo, *Crónica* II 4; Estrabón III 4, 8. El filólogo Isaac Casaubon fue quien, en su edición al latín del historiador y geógrafo griego, de 1587, corrigió la voz “rodope” de los manuscritos por la de “Róde”. Ocampo, que escribió su *Crónica* en la primera mitad del siglo XVI, hubo de consultar, presumiblemente, algún manuscrito del texto estraboniano.

²¹⁵ F. de Ocampo, *Crónica* I 29 y II 4.

convivencia, aunque sin dejar de tener presente la imagen de unos españoles aún ingenuos²¹⁶.

6.3.2.3. Fenicios

Mariana escribe sobre la historia de los fenicios fundamentalmente en tres capítulos (I 15, 17 y 18). En primer lugar explica sus orígenes, que son los mismos que los de los cartagineses y se retrotraen a las navegaciones tirias por el Mediterráneo. Relata, en este sentido, la legendaria fundación en el norte de África de la ciudad de Cartago a partir de los textos grecorromanos que de ello tratan (I 15). El jesuita cita a Justino, y en él se apoya para datar la fundación de Cartago setenta y dos años antes que la de Roma²¹⁷. Podría razonablemente pensarse que Mariana también consultó otras fuentes²¹⁸, al tiempo que se distanció de la *Crónica* de Ocampo²¹⁹.

No obstante, Mariana extiende más aún el mito y afirma que la navegación de los fenicios liderados por Pigmalión, desde Tiro, alcanzó las costas del mediodía peninsular. Esa supuesta expedición de Pigmalión hasta el extremo occidente del Mediterráneo no se halla en los textos clásicos sino que es, en último término, Ocampo el artífice de la ficción²²⁰. Mariana se hace eco, como en tantos otros casos, de la *Crónica* del zamorano. Ocampo usó la base de la leyenda sobre la fundación fenicia de

²¹⁶ De los rodios dice que «fueron los primeros que enseñaron a los Españoles hazer gomenas y sogas de esparto, y texer la pleita, para diuersas commodidades y seruicios de las casas. Refieren otrosi que enseñaron a hazer las atahonas para moler el trigo con mayor facilidad que antes: cosa que por ser la gente tan ruda, y por su poca maña, costaua mucho trabajo. Dizen demas desto, que traxeron a España los primeros el vso de la moneda de cobre, con gran marauilla y risa al principio de los naturales, que con vn poco de metal de poco o ningun prouecho, se proueyessen y comprassen mantenimientos, vestidos, y otras cosas necessarias» (I 14).

²¹⁷ Justino XVIII 6, 9. También coincide con éste Paulo Orosio, *Historiarum Adversum Paganus Libri VII*, IV 6, 1.

²¹⁸ Dos de los protagonistas de la mítica historia fundacional de Cartago, en Mariana reciben los nombres de Siqueo y Dido, como aparecen en la *Eneida* de Virgilio o en la carta de Dido a Eneas que compuso Ovidio (*Heroidas VII*). Justino (XVIII, 4-6), sin embargo, los denomina Aquerbas y Elisa, respectivamente.

²¹⁹ Ocampo (*Crónica* I 41 y II 16) consideró que la ciudad de Cartago había sido previamente fundada en el siglo XIII a.C., y más tarde ampliada por Dido. Ocampo cita, por otra parte, a Pompeyo Trogo sin mencionar a su compilador Justino, al contrario que Mariana. Además señala que las obras efectuadas en tiempos de Dido tuvieron lugar en el año setenta (cifra que también ofrece Cicerón, *Sobre la República* II 23) antes de que Rómulo y Remo levantaran piedras en Roma (pues según Ocampo Roma, para entonces, también había ya sido previamente fundada, por españoles además), mientras que Justino dice setenta y dos, como recoge Mariana.

²²⁰ F. de Ocampo, *Crónica* II 6-16, especialmente II 16. También Garibay avala la misma hipótesis, *Compendio Historial* V 3.

Cartago²²¹ y la conectó con otras noticias como la transmitida por Estrabón, según la cual Gades fue fundada por los tirios tras tres expediciones sucesivas dirigidas a las Columnas de Heracles, siguiendo un mandato oracular²²². Mariana, por su parte, hace de todo ese bagaje una síntesis y presenta las distintas tradiciones en una única versión de los hechos: tres veces viajó Pigmalión, desde Tiro, al sur peninsular hasta que alcanzó la isla de Cádiz (I 15).

Los asentamientos fenicios, según la *Historia* de Mariana, se sitúan a lo largo de la costa meridional de la Península. El gran foco de atención en esta zona es siempre el entorno de Cádiz, en donde se levanta un templo dedicado a Heracles, el Heracleo citado por Estrabón y Diodoro²²³. Desde ese núcleo comenzaron sus incursiones unos fenicios retratados por Mariana en línea con el perfil con el que los caracteriza Ocampo «como hombres que eran de avaricia insaciable, de grande crueldad y fiereza, compuestos de embustes y de arrogancia, gente impia y maldita» (I 18). Sus intenciones se hicieron pronto patentes: «no ya por rodeos y engaños, sino claramente, se endereçauā a enseñorearse de España, y con este proposito de Cadiz hauian passado a tierra firme» (I 17). Se aprovecharon además de unos españoles aún desunidos y fáciles de disuadir: «Sembrauā entre los naturales discordias y riñas, con que se apoderarō de diuersos lugares» (I 17)²²⁴. Si la expansión fenicia no fue a más, es porque en aquellos momentos, en el 620 a. C. según el jesuita, comenzó a gobernar el longevo Argantonio, del que hablaremos en el siguiente apartado.

Antes comentemos otras dos historias también ligadas al Próximo Oriente que Mariana sitúa en paralelo a los sucesos de los fenicios en la Península Ibérica: la de Tarachon según la terminología de Mariana, fundador de Tarragona, y la de Nabucodonosor, el rey babilonio que recorrió el litoral mediterráneo de la Península e, incluso, se sugiere que por un tiempo pudo haberla dominado.

Ambas ficciones se apoyan en Megástenes y se combinan con informaciones de otros textos antiguos. El griego Megástenes (c. 350-290) es autor de una historia de la India (*Indika*), no conservada más que a través de los testimonios que de él recogen escritores como Estrabón, Josefo o Arriano. En el primero de estos últimos se lee que,

²²¹ El relato más coherente es el de Justino XVIII 4-6. También dan noticias Timeo (citado por Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* I 74, 1) y Menandro de Éfeso (citado en Flavio Josefo, *Contra Apión* I 18). Una reconstrucción de las fuentes literarias y arqueológicas en J. Alvar y C. Wagner, "Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago", *Gerión* 3 (1985), pp. 79-95.

²²² Estrabón III 5, 5.

²²³ Estrabón III 5, 3; 5, 5; 5, 7; 5, 9; Diodoro V 20, 1-2.

²²⁴ A esta frase le precede esta otra con la que Mariana refuerza, en un momento posterior, la imagen de los fenicios que pretende transmitir: «Valianse de sus mañas» (I 17, p. 32, ed. de 1623).

entre los grandes conquistadores de la Antigüedad, Megástenes destacó entre otros a Tearco el etíope y a Nabucodonosor el caldeo, cuyas expediciones se habrían extendido hasta las Columnas de Heracles. Estrabón también arguye, no obstante, la autoridad de otros autores, entre ellos Eratóstenes, para desmentir esas noticias²²⁵.

El Tearco de Megástenes se puede identificar con el Tirhaca que aparece mencionado en la Biblia. Cuando el rey de Asiria, Senaquerib, se encontraba en camino de atacar Jerusalén, «oyó decir que el rey Tirhaca de Etiopía había emprendido una campaña militar contra él»²²⁶. Este contratiempo libró al rey Ezequías de la ofensiva asiria, la cual se rempndió más tarde sin mejores resultados ya que, según el relato bíblico, un ángel divino acabó con las tropas asirias²²⁷.

Heródoto de Halicarnaso, por su parte, según le contaron los sacerdotes egipcios, afirma que el ejército de Senaquerib sufrió una derrota en su campaña contra Egipto frente al rey de origen etíope Setón, después de que unos ratones le royeran las armas²²⁸.

Mariana hace referencia a las fuentes arriba citadas: Estrabón, Heródoto y la Biblia. Combina las historias del Tirhaca bíblico y el Setón herodoteo y dibuja así la figura de un personaje, al que denomina Tarachon, rey de Egipto y Etiopía. Éste resultó victorioso frente al asirio Senaquerib quien, sospecha Mariana, la justicia divina condenó por partida doble primero mediante ratones y más tarde a través de un ángel²²⁹. Si a ello se le suma lo que, como aparece en la *Geografía* de Estrabón, habría dicho Megástenes que Tearco llegó a las Columnas de Heracles y se identifica a Tearco el etíope con aquel rey de Egipto y Etiopía, la vida de Tarachon queda así ligada a la historia de la Península Ibérica. Como remate final a esta elaboración, el relato se adorna con la hazaña según la cual, en su paso por la Península, Tarachon fundó la ciudad de Tarragona (I 15).

En realidad, Mariana no es el creador de esa historia de Tarachon ni de su venida al extremo occidente. En las *Antigüedades judías* de Flavio Josefo, obra que el jesuita conocía, podía ya verse establecida la relación entre los pasajes bíblico y herodoteo

²²⁵ Estrabón XV 1, 6-7.

²²⁶ II Reyes 19, 9. También Isaías 37, 9.

²²⁷ II Crónicas 32, 21: «Entonces el Señor envió un ángel que exterminó a todos los soldados, capitanes y comandantes del campamento del rey de Asiria, quien tuvo que volverse a su país lleno de vergüenza. Y cuando entró en el templo de su dios, allí mismo lo asesinaron sus propios hijos». También Isaías 37, 36-37.

²²⁸ Heródoto II 141, 5.

²²⁹ «Puede ser también que en entrambos lugares [Egipto y Jerusalén] le persiguio la diuina justicia, y quiso contra el manifestar en dos lugares su fuerça» (I 15).

arriba mencionados²³⁰. Como precedentes inmediatos a Mariana, Garibay alude a la historia del fundador de Tarragona con brevedad²³¹, pero es Ocampo en última instancia el cerebro que la configura, el que reconstruye un intrincado puzzle al que agrega piezas de su propia elaboración. Sobre aquella base documental, Ocampo añade que al arribar a la isla de Cádiz, donde ya estaban los fenicios asentados, Taraco el Tarachon de Mariana se vio forzado a navegar por la costa mediterránea peninsular, causando numerosos estragos hasta ser vencido por el príncipe celtibero Teron; no sin antes, empero, haber fundado Tarragona. En este relato Ocampo invoca la autoridad de Estrabón, la Biblia, «libros asaz auténticos» de los que no nos da referencia alguna, y Julián Lucas, un autor creado por Ocampo de cuya supuesta obra se hizo también eco Mariana en otras partes de su *Historia*²³².

De esa prolija información que proporciona Ocampo, Mariana, como en casos anteriores, presenta una versión resumida y con cierta originalidad. El relato de Mariana tiene, básicamente, el mismo significado que aquel que presenta el cronista zamorano: la fundación de Tarragona por parte de un personaje semibíblico proveniente de Egipto. Pero en Mariana los hechos están depurados de buena parte de la, por decirlo así, “literatura ocampiana”. Por ejemplo, Mariana no vincula a Tarachon con los fenicios del sur peninsular, ni con príncipes celtiberos. Mariana, además, debió acudir directamente a las fuentes antiguas de las que se nutrió Ocampo y sacar de ellas sus propias ideas, como la del nombre del protagonista de la historia, Tarachon. E incluso, dejar al menos constancia de la existencia de otra teoría, según la cual Tarragona fue fundada en tiempo de los Escipiones, como defienden «autores muy graues, entre ellos Plinio y Solino: si bien el que la fundó primero fue el ya dicho Tarachon, rey de Etyhopia y de Egypto» (I 15).

Hasta aquí en cuanto al Tarachon de Mariana. En lo que respecta a Nabucodonosor, recordemos que la noticia de su paso por la Península Ibérica estriba igualmente en Megástenes. No sólo en el fragmento citado más arriba que se conserva en la obra de Estrabón, sino también al que alude Flavio Josefo²³³. Éste, al igual que el geógrafo griego, no concede demasiada credibilidad a lo dicho por

²³⁰ F. Josefo, *Antigüedades judías* X 15. Por su parte, Eusebio incluyó a “Tarakus” en la dinastía etíope de reyes egipcios (*Eusebii Chronicorum Libri duo*, t. 1, A. Shoene, Berlín, 1866-1875, p. 147).

²³¹ E. de Garibay, *Compendio historial* V 3.

²³² F. de Ocampo, *Crónica* II 13-15. Macrobio, *Saturnalia* I 20, 12, menciona a un Terón rey de la Hispania citerior, pero ni este ni el Terón del que habla Silio Itálico en algunas partes de su obra *Púnica* coinciden con el que presenta Ocampo. Véase J. Alvar, “Therón, rex Hispaniae Citerioris (Macr., *Sat.* I, 20, 12)”, *Gerión* 4 (1986), pp. 161-175.

²³³ F. Josefo, *Antigüedades judías* X 219; id., *Contra Apión* I 20.

Megástenes, pues el que Nabucodonosor alcanzara las Columnas de Heracles parece una invención caldea cuyo fin fuera rivalizar con la leyenda griega de Heracles.

En cualquier caso, de nuevo Mariana tuvo presente, además, las versiones que en este sentido habían elaborado los historiadores españoles que le precedieron. Ocampo precisó que el Nabucodonosor al que se referían las fuentes arriba mencionadas, al que se asociaban los ataques a Jerusalén y el viaje a la Península, era el segundo con ese nombre. De ahí que en su *Crónica* distinga a dos Nabucodonosores, padre e hijo. También incluye en la trama, por lo demás, a los fenicios instalados en el sur peninsular y sus vecinos los españoles, que ayudaron a aquéllos cuando Nabucodonosor sitiaba la ciudad de Tiro²³⁴. El capítulo que Esteban de Garibay, por su parte, dedica a Nabucodonosor viene encabezado por el siguiente subtítulo: «El capítulo es grande, pero muy notable». En efecto, el historiador guipuzcoano, en línea con los constantes paralelos que en su *Compendio historial* establece con el relato bíblico, concede gran importancia a este apartado acerca de este viaje de Nabucodonosor a tierras occidentales. Sigue los contenidos del texto de Ocampo, aunque no hace la distinción de dos Nabucodonosores que aparece en aquél. Pero Garibay da un paso más y asocia el relato del viaje del rey babilonio hacia Occidente con un destacado poblamiento peninsular. Gentes que formaban parte del ejército con el que se trasladó Nabucodonosor, compuesto entre otros por judíos, persas y caldeos, quedaron instalados de manera permanente en la Península Ibérica. Según Garibay, numerosos testimonios dan prueba de ello, entre otros el origen hebreo de la ciudad de Toledo²³⁵.

En un primer momento, Mariana distinguió en su *Historia* publicada en latín a dos Nabucodonosores. Procedió de esta manera, presumiblemente, por influencia de Ocampo, aunque el jesuita pretendió justificar su afirmación mediante la autoridad de Flavio Josefo. Después de ser advertido por el jesuita Pablo Ferrer, Mariana decidió efectuar una corrección y así, en la edición en castellano habló de un único Nabucodonosor²³⁶. Esto no le evitó, no obstante, que ese apartado de su *Historia* siguiera siendo objeto de crítica. Mediante un acopio de citas y argumentos que

²³⁴ F. de Ocampo, *Crónica* II 22.

²³⁵ E. de Garibay, *Compendio historial* V 4.

²³⁶ «Iosephus in Antiquitatibus a Nabuchdonosore affirmat, huius Nabuchdonosoris filio, Hispaniam subiugatam, Tyrum obsessam» (I 17, p. 30). Mientras que en castellano escribe, en el mismo lugar: «Iosepho en las Antigüedades dize que Nabucodonosor se apoderò de España» (I 17).

ocupaban cuarenta folios, en sus *Advertencias a la Historia* Pedro Mantuano defendió que «esta venida de Nabucodonosor es falsa»²³⁷.

En cuanto al asentamiento de poblaciones judías venidas con Nabucodonosor, especialmente en Toledo, Mariana zanja el asunto al calificar tal presunción de «imaginacion aguda», sobre la que no existe testimonio en los escritores antiguos (I 17). El problema afectaba directamente a la patria chica que, como veremos más adelante, el jesuita cuida de presentar de manera digna en su antigüedad.

6.3.3. Indígenas

Retomemos la narración de la *Historia* de Mariana en el momento en el que prorrumpe la figura de Argantonio ante los invasores fenicios. En este punto, conviene analizar con mayor amplitud el sujeto que vertebra la historia antigua en la obra de Mariana, el singularizado pueblo español que ha de considerarse como “natural”.

Argantonio representa la resistencia de una población autóctona celosa de perder su libertad. Este último es un concepto clave en la *Historia* de Mariana, sin duda en la parte que comprende su historia antigua. La esencia que define a la población peninsular en los comienzos de su historia, en gran medida se traduce en una libertad primigenia que se ve acosada por las sucesivas invasiones extranjeras. Desde esa perspectiva, el jesuita ve la historia de España como una continua lucha del pueblo español por conservar su libertad originaria, que en algunos momentos bajo el reinado de los godos, por ejemplo se expresa o florece con mayor libertad, pero que en otros tras la invasión musulmana, por ejemplo se mantiene latente bajo la opresión invasora. Tras su travesía, en cualquier caso, a aquella esencia prístina le espera un final feliz: la España imperial que inauguran los Reyes Católicos, desde la que proyecta Mariana su mirada hacia la Antigüedad.

Una de las primeras veces en las que encontramos en la *Historia* una mención a la defensa de la libertad española es precisamente con Argantonio. Pues es en el contexto de las colonizaciones fenicias, y después de una etapa casi plenamente gloriosa presidida por sucesivos reyes míticos, héroes legendarios e incluso expansión al exterior, cuando esa libertad comienza a ser cuestionada.

²³⁷ P. Mantuano, *Advertencias*, ed. de 1613, pp. 24-64.

6.3.3.1. Tartesios

La misión de Argantonio parece, entonces, evidente y, por cierto, exitosa. Bajo su liderazgo los nativos, una vez «castigado el atreuimiento de los Phenicios, mantuvieron la libertad que de sus mayores tenían recibida» (I 17). Este triunfo se vio favorecido por la debilidad de los fenicios, forzados a regresar a su metrópoli, Tiro, cuando ésta estaba siendo acosada por Nabucodonosor. A pesar de la longevidad de Argantonio²³⁸, la coyuntura favorable cesó pronto: «Grandes mouimientos se siguieron despues de la muerte de Argantonio, y España a guisa de naue, sin gouernalle y sin piloto, padecio graues tormentas. la fortuna de la guerra al principio variable, y al fin contraria a los Españoles, les quitò la libertad» (I 18). Ahora se hace necesario un proceso de reajustes internos y reagrupamiento en torno a un nuevo líder, personificado en la figura del ficticio Baucio Capeto, príncipe de los turdetanos. Pero antes de analizar estas nuevas circunstancias, veamos algo más de esos grupos locales que mantienen el pulso a los invasores.

Florián de Ocampo, al tratar este apartado de resistencia a los fenicios, con frecuencia habla genéricamente de “andaluces”. Estos andaluces son, principalmente, los túrdulos que ocupaban la parte suroccidental de Andalucía. Entre ellos se contaban los tartesios de Argantonio que tenían su asiento en Tarifa²³⁹. Si volvemos la vista atrás, en la *Crónica* de Ocampo los túrdulos son el resultado de una evolución que arranca con Túbal cuando puso aquí su primer lugar de residencia en la Península. Continúa con el establecimiento en esta parte meridional de otros reyes míticos (como Beto Turdetano) y la posterior mezcla con algunos contingentes griegos, en especial los focéos que se instalaron en Tarteso. Desde este núcleo de fuerte arraigo “naturalista”, se hará frente primero a unos fenicios que acabarán siendo expulsados de Cádiz y después a los cartagineses que los sustituyeron. Más aún, aquellos túrdulos se convirtieron en la mayor población del sur peninsular y acabaron por extenderse hacia el norte, poblando nuevos lugares y ciudades hasta la ribera del Duero²⁴⁰.

²³⁸ Entre las diversas fuentes que de ello dan cuenta, Mariana cita a Silio Itálico (III 396-398) y, por mediación de Plinio (*Historia natural* VII 48), al poeta Anacreonte, quienes determinan la edad de Argantonio en trescientos y ciento cincuenta años, respectivamente.

²³⁹ F. de Ocampo, *Crónica* II 24 y 31.

²⁴⁰ F. de Ocampo, *Crónica* III 34-38. Esteban de Garibay estuvo más interesado por la historia del norte de España que por la del sur. Su relato de Argantonio y Baucio Capeto (V 5), en el que el sujeto principal son los “Andaluces”, es básicamente un breve resumen de lo dicho por Ocampo.

Argantonio es en la *Historia* el rey de Tarteso (I 17). Para Mariana, Tarteso ocuparía en tiempos antiguos el lugar que hoy conocemos como Tarifa (I 2; 15; 17; 19; 20 y VI 22). Carteya, según el jesuita, fue otro de los nombres con los que en la Antigüedad se denominó a Tarifa (I 19 y II 26). De esta manera, en la *Historia* el término Tarifa se usa indistintamente como sinónimo de las antiguas Tarteso-Carteya²⁴¹. Mariana tuvo buenas razones para identificar a Carteya con Tarteso, pues así lo expresaron algunos escritores grecorromanos²⁴². No obstante, de una lectura de la obra de Mariana no podemos dilucidar si la actual Tarifa se llamó primero Tarteso y más tarde Carteya o viceversa²⁴³.

Como en ocasiones anteriores, acudir a la que fue la fuente principal para esta primera parte de la *Historia*, la *Crónica* de Ocampo, nos puede ayudar a despejar el equívoco. Ocampo afirma con claridad que Tarifa recibió primero el nombre de Carteya, y más tarde el de Tarteso. El cronista real explica esa mutación etimológica a partir de la llegada de contingentes de griegos foceos al lugar que, todavía en tiempos de Argantonio (547 a. C.), se llamaba Carteya²⁴⁴. Mariana también hace referencia a la

²⁴¹ Por ejemplo, al narrar el enfrentamiento del ejército de Viriato contra las tropas de Vitilio. Apiano cuenta que el pretor huyó con los suyos a la ciudad de “Carpesos”, la cual piensa que ha de identificarse con la griega “Tartesos” (*Sobre Iberia* 63). Mariana, al referirse a esos hechos dice «*Tartessum*» en la edición en latín de su *Historia* (III 3, p. 95), pero en la edición española señala que los romanos «se recogieron á Tarifa» (III 3). Un caso similar se observa cuando Mariana describe la batalla de Munda en el siglo I a.C. Tras su derrota, el primogénito de Pompeyo, Cneo, se retira a Carteya, según se lee en el relato del *Bellum Hispanianse*: «*Litteris missis Pompeius Carteiam defertur*» (XXXII 8), y también en Estrabón (III 2, 2), Dion Casio (XLIII 40) y Apiano (*Guerras civiles* II 105). Mariana, en un primer momento es fiel a las fuentes clásicas y dice: «*Gneivs postquam ad Mundam male pugnatum erat, cum vulnere in humero accepto Carteiam fugat cuassisset*» (III 22, p. 124); al trasladar ese texto al castellano, sin embargo, no dice Carteya, sino directamente Tarifa: «[Cneo] se recogio a Tariffa» (III 22). Otro ejemplo se halla un poco antes, cuando el jesuita dice «puerto de Tariffa» (III 21), en donde en la edición latina había dicho «*Carteiaie portum*» (III 21, p. 123).

²⁴² Estrabón III 2, 14; Plinio, *Historia natural* III, 3; P. Mela II 96; Silio, *Púnica* III 396-399. Otros autores, además, parecen incidir en una identificación de Tarteso similar, como Apiano (*Sobre Iberia* 63) quien habla de “Carpesos”, o Pausanias (VI 19, 3) de “Karpía”. Sobre la relación de Tartesos con Carteya en las fuentes, ver J. Alvar, “Tartessos-ciudad= Cádiz. Apuntes para una posible identificación”, *Anejos de Gerión* 2 (1989), pp. 297-298.

²⁴³ «Tartesso antiguamente se llamò tambien Carteia» (I 19). En II 26 dice que la primera colonia romana en España se estableció en Carteya, lo que puede llevar a pensar que, para Mariana, ese es el nombre que tomó la ciudad que hasta ese momento se denominó Tarteso. Sin embargo, más adelante señala que, por el nombre del general que guiaba a los moros a su llegada a la Península, Tarif, «otra ciudad allí cerca, llamada antiguamente Tartesso, tomo nombre de Tariffa» (VI 22).

²⁴⁴ F. de Ocampo, *Crónica* I 11; II 24 y 36. Según Ocampo, el nombre de Tartesos procede del griego Tártaros, que significa cueva, debido a la cantidad de cuevas que los foceos encontraron en la antigua Carteya. En el imaginario griego el Tártaro se asociaba con el mundo de los muertos. Es posible que, de alguna manera, un texto de Estrabón sirviera a Ocampo de inspiración para la etimología griega que este último le asigna a Tarteso. En III 12, el geógrafo griego recoge un testimonio, precisamente el que considera menos acertado, de Homero según el cual el nombre de Tarteso, «la última tierra hacia occidente», llevó al poeta a denominar Tártaro a «la última de las regiones subterráneas».

venida de griegos focéos a Tarteso, como se extrae de Heródoto²⁴⁵. Pero sin cronología exacta, situada con cierta imprecisión en tiempos de Argantonio y despojado el hecho en sí de los elementos con los que lo adorna Ocampo, Mariana no llega a explicitar el cómo, el cuándo o el porqué de los distintos nombres (I 17). A partir de Ocampo, sin embargo, podemos hacernos una idea de hasta dónde se remontan las dudas que genera el texto del jesuita.

De hecho, Ocampo trató de resolver los problemas con los que se enfrentó su ubicación de Carteya con las referencias a la ciudad púnico-romana en fuentes más tardías. Pero si de enmendar un error se trataba, las alternativas que propuso no dieron mejores resultados, pues se alejaron todavía más del verdadero emplazamiento de Carteya, al este de Algeciras. En primer lugar, advirtió que la Carteya que luego recibió el nombre de Tarteso, situada en Tarifa, había que distinguirla de una Carteya ubicada más al occidente, en la comarca de Ayamonte²⁴⁶. Más adelante habla de otra Carteya, capital de los olcades sometidos por Aníbal, situada entre los carpetanos, cerca de la ciudad de Toledo²⁴⁷. A pesar de basarse también, como él dice, en el ficticio Julián Lucas, es cierto que en esta última interpretación Ocampo reproduce un error común en las ediciones de las obras de Polibio y Tito Livio que circulaban en España hacia la primera mitad del siglo XVI.

En efecto, los editores y traductores de estos historiadores antiguos alteraron el nombre de la capital de los olcades, Altea en Polibio y Cartala en Livio, por el de Carteya²⁴⁸. Así aparece en la traducción latina de Polibio realizada por Nicolás Perotti en 1473, y en la traducción francesa de Livio por el benedictino Pierre de Bressuire en el siglo XIV, a partir de la cual se realizaron poco después en España traducciones al catalán, al aragonés y al castellano. Entre estas últimas, la traducción castellana de López de Ayala, inédita, se divulgó a través del resumen que de la misma elaboró Rodrigo Alonso de Pimentel (editado en 1497, 1505 y 1516), y la traducción más

²⁴⁵ Heródoto I 163:

«Los habitantes de Focea, por cierto, fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tarteso. No navegaban en naves mercantes, sino en penteconteros. Y, al llegar a Tarteso, se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tarteso durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Pues bien, los focéos se hicieron tan grandes amigos de este hombre, que, primero, les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen; y, posteriormente, al no lograr persuadir a los focéos sobre el particular, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medo, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro».

²⁴⁶ F. de Ocampo, *Crónica* II 24.

²⁴⁷ F. de Ocampo, *Crónica* IV 26.

²⁴⁸ Polibio III 13, 5; T. Livio XXI 5.

completa de Livio, publicada en 1520 por el fray Pedro de la Vega, se basaba en el texto de Ayala²⁴⁹.

Mariana, en contraste con Ocampo, tuvo la oportunidad de utilizar nuevas ediciones de Polibio y Tito Livio, en las que pudo detectar diferencias con respecto a las versiones previas. Las ediciones en griego de Polibio de 1530 (en Haganoa, por V. Heinecker) y 1549 (en Basilea, por J. Hervagen) conservaban la voz original *Altea*, y no la de Carteya²⁵⁰. Por otra parte, en Salamanca y Alcalá aparecieron a mediados del siglo XVI las primeras ediciones del texto latino de la *Ab urbe condita* realizadas en España, al tiempo que Francisco de Encinas, por las mismas fechas, revisó y amplió la traducción al castellano de la obra de Livio. Uno de los textos en latín del historiador romano más extendidos fue el que iba acompañado de los comentarios de Carlo Sigonio (tres ediciones entre 1555 y 1562), que es al que en varios lugares de su *Crónica* alude Ambrosio de Morales²⁵¹ y se halla en los inventarios de varias bibliotecas españolas²⁵². En esa edición, el italiano Sigonio pensó que Livio debió copiar a Polibio, y por esa razón interpretó que la Cartala de Livio, Carteya en algunas ediciones, había de ser la *Altea* de Polibio, y fue esta última denominación la que utilizó para el texto del historiador romano²⁵³.

²⁴⁹ A. Millares, “Tito Livio en español”, *Boletín Millares Carlo* 9-10 (1987), pp. 7-56; R. Delicado, “Tito Livio en el Renacimiento español”, en J. M. Maestre, J. Pascual y L. Charlo (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*, IV, 3, Kadmos, Salamanca, 2009, pp. 1237-1246.

²⁵⁰ Véase E. Flórez, *España sagrada. Origen y progresos de los obispados*, t. 4, Revista Agustiniana, Madrid, 2002 (1749), pp. 72 y ss.

²⁵¹ Por ejemplo en A. de Morales, *Crónica* VII 5, 11 y 30. Morales (*Crónica* VII 30) también parece haber consultado las *Annotationes* a Livio de Henrico Glareano (1540), cuyo contraste con la edición de Sigonio suscitó controversias entre los exégetas del historiador romano.

²⁵² Por ejemplo, en las de Cristóbal de Salazar y Pedro Simón Abril. Respectivamente, J. M. Lasperas, “La biblioteca de Cristóbal de Salazar, humanista y bibliófilo ejemplar”, *Criticón* 22 (1983), p. 35; A. Rojo, “La biblioteca del maestro Pedro Simón Abril (1595)”, en P. M. Cátedra y M. L. López-Vidriero (eds.), *El libro antiguo español VI*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2002, p. 375.

²⁵³ *T. Livii Patavini, historiarum ab urbe condita... a Carolo Sigonio emendati*, P. Manuncio, Venecia, 1555, XXI, fol. 151v. En los *scholia* que se incluyen como apéndice, Sigonio señala con respecto al pasaje citado de Livio, en el que ediciones previas hacían de Carteya ciudad de los olcades: «*Quare sequutus Polybium lego Altheiam. in eo enim est λία. est autem Olcadum urbs teste Stephano. λθαία πόλις όλκάδων, ο δ όλκάδες θνος βηπικό*» (fol. 33r). Esta interpretación de Sigonio, por otra parte, fue aplaudida tanto por E. Flórez como por Gregorio Mayans, quien en una carta al historiador agustino comentó: «Bien sé que donde ahora se lee *Althea* en Livio, se leía *Carteya*. Pero como Livio copió a Polibio, i éste con quien se conforma Estéfano, que quita toda duda, dijo que *Althea* era la capital de los Olcades, así deve leerse según la enmienda de Carlos Sigonio aprobado por muchos...» (en A. Mestre, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Universitat de València, Valencia, 2000, p. 426).

Es probable que Mariana también usara la edición de Livio elaborada por Sigonio, un autor al que sin duda conocía²⁵⁴. En su *Historia*, no obstante, el jesuita no dice que Altea fuera la ciudad de los olcades. En la primera versión de su obra, publicada en latín, Mariana secunda la interpretación de Ocampo y denomina a esa ciudad Carteya, más tarde conocida como Ocaña. Pero además, como complemento Mariana cita a Estéfano para decir que este geógrafo bizantino sitúa a los olcades cerca del río Ebro²⁵⁵. Ocampo, sin embargo, no llegó a mencionar a Estéfano. Ocampo usó las ediciones tanto de Livio como de Polibio en las que se leía la voz Carteya, y de acuerdo con otras de sus fuentes, como Antonio de Nebrija o Julián Lucas, consideró que esa ciudad de los olcades se identificaba con la moderna Ocaña²⁵⁶. Mariana, por su parte, manejó una versión más moderna de Livio, y es en los comentarios de Sigonio al historiador romano en donde lee que Estéfano de Bizancio asocia a los olcades con el río Ebro. Pero Sigonio utilizó este testimonio para corroborar que ha de ser Altea, y no Carteya, el nombre que recibe la ciudad de los olcades, pues así lo manifiesta el geógrafo bizantino en su obra *De urbibus*²⁵⁷. De este modo Mariana, a pesar de conocer la versión de Livio en la que se dice Altea en lugar de Carteya y que el testimonio de Estéfano, al que el jesuita hace referencia, confirma aquella denominación, no se apartó de la línea marcada por Ocampo la cual vinculaba a los olcades con Ocaña, cerca de Toledo, al tiempo que usa el nombre de Carteya como sinónimo de esa ciudad. Sin embargo, cuando Mariana vierte el texto latino a la versión en castellano de su *Historia*, decide suprimir la mención a Carteya, aunque mantiene la referencia a Estéfano. Como resultado de esta corrección, el texto queda así: «Los Olcades, donde ahora esta Ocaña (Estephano pone los Olcades cerca del rio Ebro) fueron los primeros sugetados» (II 9). De esta manera vemos cómo Mariana sintetiza y condensa en pocas palabras una controversia que envuelve una compleja transmisión literaria. Mariana aporta una cita erudita, la de Estéfano de Bizancio, que no es incierta ya que el jesuita no añade el nombre de la ciudad antigua sobre la que se discute: si Carteya según Ocampo y las

²⁵⁴ En sus notas personales (no así en los apéndices que se adjuntan en las diferentes ediciones de su *Historia*), Mariana incluye el nombre de Sigonio junto al del resto de autores que presumiblemente consultó. En concreto, Mariana alude a dos de las obras del historiador italiano («*Caroli Sigonii Historia et fasti*») que han de ser *Fasti consulares* e *Historia bononiensis*, publicadas por Sigonio en 1550 y 1578, respectivamente. A H. Glareano, autor de las *Annotationes* a Livio, no lo menciona. La lista de fuentes que confeccionó Mariana se conserva en un manuscrito de la British Library: Ms. Egerton 1874, 32, fol. 370 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice VIII, 1).

²⁵⁵ «*Primi Olcades, vbi nūc Ocania sita est (Stephanus Olcades ad Iberum ponit) & caput gentis Carteia oppressi*» (II 9, p. 59).

²⁵⁶ F. de Ocampo, *Crónica* IV 36.

²⁵⁷ Estéfano de Bizancio, *De urbibus*, Wetstenios, Amsterdam, 1725, pp. 62-63 y 513.

primeras ediciones de Livio, si Altea según el Livio corregido por Sigonio y el testimonio de Estéfano. Mariana evita así la controversia de dos tradiciones distintas, al tiempo que armoniza una con otra. Mantiene la lectura que hizo Ocampo al asociar a los olcades con Ocaña, y a su vez incorpora la erudición que viene dada por Estéfano, a través de Sigonio que deriva de la crítica más moderna a los textos antiguos.

Con todo, en la *Historia*, como queda establecida en su versión castellana, no existen ni dos ni tres ciudades con el nombre de Carteya, sino sólo una, aquella que se identifica con Tarteso. Ahora bien, ¿de dónde procede este nombre? Mariana menciona la llegada de griegos focéos a la ciudad de Argantonio, aunque a diferencia de Ocampo, no habla de cómo se desarrolló la convivencia con los grupos autóctonos ni de si esos griegos transformaron el nombre de la ciudad. El jesuita plantea otra hipótesis, a saber: que el término Tarteso derive del Tarsis que aparece citado en la Biblia. La relación entre el Tarsis bíblico y el Tarteso de las fuentes clásicas ya había sido establecida por Juan Goropio (1518-1572), un médico flamenco que trabajó en la corte al servicio de Felipe II²⁵⁸. Mariana, no obstante, no llega a situar Tarsis en la Península Ibérica, sino que la ubica preferentemente en Cartago y sugiere que el nombre de Tarteso pudiera ser fruto de las continuas relaciones comerciales entre los pueblos del norte de África y los del sur peninsular²⁵⁹. Si Mariana no conoce la obra de Goropio antes de 1592, al menos en 1596 Pablo Ferrer le informa de las teorías del flamenco²⁶⁰. El jesuita toledano incorpora algunas recomendaciones de Ferrer en las siguientes ediciones de su *Historia* de 1601 y 1605, pero no realiza ningún cambio con respecto a la localización de Tarsis. Así las cosas, Mariana mantiene su común postura acrítica ante tradiciones distintas²⁶¹. No rebate la tesis exegética que identifica a Tarsis con Cartago (I 2, 15 y 18), ni tampoco aquellas que la desplazan hacia oriente (XXVI 20), al tiempo que deja abierta la conexión entre la historia patria y la sagrada representada por Tarteso-Tarsis (I 2).

²⁵⁸ *Opera Ioannis Goropii Becani, hactenus in lucem non edita: nempe, Hermathena, Hieroglyphica, Vertumnvs, Gallica, Francica, Hispanica*, Plantino, Amberes, 1580. Sobre las repercusiones de esta obra entre los historiadores españoles véase M. Álvarez, *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Málaga, 2005; id., “La civilización tartésica: un mito con los pies de barro”, en M^a Cruz Cardete (ed.), *La Antigüedad y sus mitos. Narrativas históricas irreverentes*, Siglo XXI, Madrid, 2010, pp. 63-95.

²⁵⁹ «*Mox Tartessus, nostris Tariffa, vnde totum fretum Tartessiacum dictum est: & fortassis vtrumque nomen à Tharsis hoc est Carthagine vel Tuneto manauit, ob frequens quondam Poenorum iis in locis commercium nouis, vt sit, appellationibus factis*» (I 2, p. 3).

²⁶⁰ Carta de Pablo Ferrer a Juan de Mariana, 4 de octubre de 1596: «mas juicioso es lo que da Goropio, que porfia, el Tharsis de Salomon auer sido, Tartesso, y la betica rica de oro, y de plata y que dellos lleuaua a Salomõ la riqueza que cuẽta la Escritura» (BL, Ms. Egerton 1874, 46, fol. 411; en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice V, 3).

²⁶¹ Sobre la evolución historiográfica de Tarsis, J. Alvar, “Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico”, *Rivista di Studi Fenici* 10, 2 (1982), pp. 211-230.

La seguridad con la que Mariana asume la preminencia de lo nacional sobre lo foráneo en cuanto a la población se refiere, contrasta con su confusa definición de Tarteso como espacio geográfico, más allá de su incuestionado emplazamiento en Tarifa. Otras referencias de la *Historia* insisten en esa paradójica circunstancia. Para la geografía de Tarteso, el jesuita extrae algunos datos de la *Ora Maritima* del anticuarista del siglo IV Rufo Festo Avieno. La libertad con la que este poeta latino utiliza el nombre de Tarteso en su descripción de las costas de la Península Ibérica²⁶² se refleja en la obra de Mariana, quien señala que Tarteso denomina tanto a dos ríos (el Guadalquivir y el Tinto) como a un monte boscoso cercano al río Guadalete (I 21). En otro lugar el jesuita se hace eco de una Tarteso que aparece en Ocampo. Según éste, los tartesios de Tarifa capitaneados por el foceo Capión fundaron una nueva ciudad en el puerto de Santa María a la que llamaron Ébora de los tartesios, o simplemente Tarteso²⁶³. Mariana, que quizá conoce las fuentes que utiliza Ocampo²⁶⁴, se mantiene escéptico ante el relato que éste construye, aunque aprueba la existencia de dicha ciudad (I 19).

Si repasamos la información de la *Historia*, tenemos una Tarteso que se ubica en la actual Tarifa. Desde este núcleo, al que se incorporan algunos contingentes griegos, los dominios de Tarteso se extienden por otras zonas del sur de la Península Ibérica. El propio Argantonio, cree Mariana, bien puede haberse apoderado de toda Andalucía, de ahí que hable de “naturales” y “españoles” para referirse a los que bajo el reinado de aquél resisten a los fenicios (I 17).

No obstante, como anteriormente señalamos, esa expansión tartesia es para Mariana circunstancial. Una vez muerto Argantonio, las fuerzas fenicias del sur peninsular, después de la ayuda prestada a la metrópoli Tiro, se recuperan²⁶⁵. La resistencia autóctona resurge nuevamente, pero ahora el liderazgo recae en los turdetanos que tenían como capital la ciudad de Turdeto. Significa esto que en Mariana hay una evolución de la población meridional de la Península desde los tartesios a los turdetanos. Ciertamente que los primeros vuelven a aparecer en su *Historia* en tiempos posteriores a las hazañas de Argantonio (II 15), así como que los túrdulos lo hacen con anterioridad en el momento en el que las primeras naves fenicias fondearon las costas

²⁶² Por ejemplo, *Ora Maritima* 259-269.

²⁶³ F. de Ocampo, *Crónica* III 1.

²⁶⁴ Estrabón habla de una Torre de Cepión cerca de la ciudad de Ebury (III 1, 9), a la que Pomponio Mela llama Monumento de Cepión (III 4). *Turris Caepionis* (Chipiona) es una construcción realizada a mediados del siglo II a.C. por Quinto Servilio Cepión.

²⁶⁵ Sobre el retroceso de Tarteso véase J. Alvar, “El ocaso de Tarteso”, en J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Cátedra, Madrid, 1993, pp. 187-200.

de la Andalucía occidental (I 15) , pero son referencias puntuales, sin relevancia para el transcurso general de los hechos.

Esa secuencia que va de tartesios a turdetanos, pasando por otros pueblos que son asimilados por los últimos, guarda coherencia con la concepción histórica que aparece en la *Geografía* de Estrabón. Éste estableció una continuidad de la población del sur peninsular desde Tarteso hasta la Bética romana, lo que facilitó la tarea de agrupar a los protagonistas de todo ese desarrollo histórico en torno al concepto de “naturales” o “españoles” con los que Mariana los identifica²⁶⁶. Esta manera de proceder se pone claramente de manifiesto en el párrafo que recogemos a continuación. Después de puntualizar que la mayoría de los autores confunden a túrdulos con turdetanos, indica Mariana:

«por lo qual no serà necessario trabajar en señalar mas en particular los linderos y mojones de cada qual destos pueblos, como tampoco los de otros que en ellos se comprehendian... cuyos nombres se hayan en aprouados autores, y sus asientos en particular no se pueden señalar. Lo que haze a nuestro proposito es, que con tan grandes injurias [de los fenicios] se acabò la paciencia a los naturales, que tenian por sospechoso el grande aumento de la nueva ciudad [Cádiz]» (I 18).

Mariana orienta su relato a la historia de los españoles desde su origen como pueblo natural que ocupa la Península Ibérica. No está interesado en analizar y profundizar en el conocimiento de la pluralidad de pueblos antiguos del territorio peninsular, sino en narrar la defensa de la libertad de la población autóctona ante los invasores.

6.3.3.2. Turdetanos

Los “naturales” de Mariana, que antes estuvieron agrupados bajo el liderazgo de los tartesios, tras la muerte de Argantonio serán guiados por los turdetanos (I 18). Esta evolución de tartesios a turdetanos como protagonistas de las acciones de los pueblos peninsulares frente a los fenicios es, como hemos señalado, una herencia de la obra de Estrabón. Pero el geógrafo griego no habla en términos de resistencia, sino que destaca

²⁶⁶ La importancia que para la creación de una historia nacional de España tiene esa concepción estraboniana ha sido estudiada por M. Álvarez, “Notas sobre el papel de Estrabón en la historiografía española, del Renacimiento a la Ilustración”, en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Universidad de Málaga, Málaga, 1999, pp. 31-62.

a esos grupos del resto de poblaciones peninsulares a partir de su mayor grado de civilización. Es objetivo de los historiadores españoles del siglo XVI dotar a los hechos de un sentido político-belicista, en un marco de lucha nacional continua. Esta manipulación se realiza por distintos medios, uno de ellos el de la invención de acontecimientos y personajes.

Este último caso parece darse en el tema que, siguiendo la secuencia narrativa de Mariana, ahora nos ocupa: la historia de Baucio Capeto. Según Mariana, se trata del príncipe de los turdetanos, al que una asamblea encomendó la dirección militar en respuesta a las penalidades que estaban sufriendo por parte de los fenicios. Su aparición en escena está narrada con tintes épicos. Sus compatriotas estaban sumidos en el llanto cuando, tras aplacar el dolor, se hizo silencio y el caudillo turdetano pronunció su arenga. Este es el primer discurso en estilo directo que se encuentra en la Historia Antigua de la obra de Mariana. Al tratarse de una ficción, a través de las palabras pronunciadas por Baucio Capeto se leen las ideas con las que el jesuita trata de esculpir una historia de España:

«De animo (dize) couarde y sin brio es llorar las desgracias y miserias, y fuera de las lagrimas no poner algun remedio a la desventura y trabajos. [¿]Por ventura no nos acordaremos que somos varones, y tomadas luego las armas vengaremos las injurias recebidas? No será difficultoso echar de toda la prouincia vnos pocos de ladrones, si los que en numero, esfuerço, y causa les hazemos ventaja, juntamos con esto la concordia de los animos. Para lo qual hagamos presente y gracia de las quejas particulares que vnos contra otros tenemos a la patria comun, porque las enemistades particulares no sean occasion de impedirnos el camino de la verdadera [*sic*] gloria. Demas desto no deueys pensar que en vengar nuestros agrauios se offende Dios y la religión, que es el velo de que ellos se cubren. Ca el cielo ni suele fauorecer a la maldad, y es mas justo persuadirse acudira a los que padecen injustamente: ni ay para que temer la felicidad y buena andança de que tanto tiempo gozan nuestros enemigos: antes deueys pensar que Dios acostumbra dar mayor felicidad, y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretende tomar mas entera vengança, y en quien quiere hazer mayor castigo, para que sientan mas la mudança y miseria en que caen» (I 18).

De una lectura del texto se desprende que las injusticias de los fenicios, caracterizados como «ladrones», cuestionan la virilidad con la que se identifican los

españoles, ajenos a la cobardía y el llanto. La inexcusable reacción hispana pasa por dejar a un lado las enemistades particulares y armonizar los ánimos en torno a la «patria comun». La voluntad de Dios, que alimenta con bienes transitorios la cruda venganza que hará recaer sobre los fenicios, ampara la lucha que conduce al pueblo español a la grandeza a la que está destinado. En el texto latino se hallan unas palabras finales de Capeto, las cuales inciden en el compromiso de los españoles tanto con sus ancestros como con sus descendientes a la hora de emprender la batalla, pero que por alguna razón Mariana suprimió en la versión castellana: «*Ituri in arma modò maiores vestros & posteros cogitate: ne obliiti sanguinis vestri, nepotum contumelias & commoda neglexisse videamini*» (I 18, p. 32).

Las palabras de Baucio Capeto tuvieron el efecto deseado. Los fenicios fueron replegados por la fuerza a la isla de Cádiz, e incluso pasados a cuchillo todos los que se refugiaron en el templo que habían levantado en honor a Heracles, edificio que además fue reducido a las llamas. Este triunfo reafirmó la autoridad de Baucio Capeto y de la ciudad de Turdeto como base de operaciones, pues será desde la capital turdetana, confiado nuevamente el mando a su caudillo, desde donde los pueblos nativos emprenderán una nueva guerra, esta vez contra los cartagineses.

Obsérvese, en cualquier caso, la ya reseñada sucesión del poder de los tartesios a los turdetanos. Existe una simetría casi perfecta en el modo en el que Mariana narra la resistencia de unos y otros contra los fenicios. En un primer momento son los tartesios, con base en Tarteso y guiados por Argantonio, los que abanderan la victoria frente a los fenicios. Más tarde son los turdetanos, con sede en Turdeto y bajo las órdenes de Baucio Capeto, los principales artífices de la siguiente derrota fenicia que libera a la población del sur peninsular. La estructura narrativa es, en ambos casos, bastante similar. Se utiliza la ecuación líderciudadpueblo que viene representada por ArgantonioTartesotartesios en el primer caso, y Baucio CapetoTurdetoturdetanos en el segundo. El protagonista del relato es siempre el pueblo español aquí en concreto su población meridional, victorioso frente al enemigo fenicio.

No parece este un modelo narrativo azaroso, sino una deliberada construcción historiográfica por parte de los historiadores españoles del siglo XVI. Ese relato no tiene su reflejo en las fuentes clásicas. A lo ya dicho en el apartado anterior acerca de Tarteso, añádase que la ciudad Turdeto, la figura de Baucio Capeto, la misma derrota fenicia, el incendio de su templo y otros elementos más que conforman el discurso, son

todos inventados por Florián de Ocampo. Mariana los reproduce e incluso en algunos casos los amplía, como se ve en las palabras que pone en boca de Baucio Capeto²⁶⁷.

6.3.4. Cartagineses

Los hechos relativos a la ocupación cartaginesa de la Península Ibérica son descritos por Mariana en el libro segundo de su *Historia*. En los últimos capítulos del libro primero, no obstante, encontramos algunas nociones sobre los cartagineses, sobre todo orientadas a explicar su asiento en el sur de la Península. Desde un punto de vista organizativo, podríamos decir que se trata de una suerte de introducción al libro segundo. Sin embargo, tanto estos relatos que cierran el libro primero como los que abren el segundo, comparten otra característica común: su naturaleza ficticia.

Si partimos del escaso interés, arrastrado además por el desconocimiento de las fuentes antiguas, que al dominio cartaginés había mostrado la historiografía medieval, la *Crónica* de Florián de Ocampo marcó durante el siglo XVI las pautas del discurso historiográfico sobre este período de la historia de España. En ese discurso, Ocampo construye toda una historia de los cartagineses y sus relaciones con la Península Ibérica que no se apoya sobre fuentes fiables hasta la conquista bárquida. El período que precede a ésta lo colma Ocampo con ficticios gobernadores cartagineses enviados a España y a Sicilia, cuyos nombres son o bien ideados por el cronista o bien rescatados de algunas fuentes pero sin conexión con la historia peninsular. Asimismo hace un uso arbitrario de la cronología e intercala episodios nacionales e internacionales de distinta naturaleza²⁶⁸.

Juan de Mariana vierte en su *Historia* toda esa narración ocampiana. Más aún, para la mayor parte de los capítulos que preceden a la conquista bárquida de la Península, usa la *Crónica* como fuente única. Y Ocampo, como estudió Georges Cirot, no sólo inventa los hechos, sino también las fuentes²⁶⁹. En este sentido, Mariana incluye en su *Historia* acontecimientos que en la obra del zamorano aparecen junto a fuentes que supuestamente los atestiguan, aunque son desconocidas para el jesuita. Es el caso,

²⁶⁷ F. de Ocampo, *Crónica* II 32. Tampoco en E. de Garibay, quien sigue a Ocampo, se encuentra un discurso del caudillo turdetano (*Compendio historial* V 5).

²⁶⁸ E. Ferrer Albelda, *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1996; Id., "Gloria y ruina de la Iberia Cartaginesa. Imágenes del poder en la historiografía española", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid* 28-29 (2002-2003), pp. 7-21.

²⁶⁹ G. Cirot, *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, pp. 123-147. Del mismo autor, véase también *Mariana historien*, pp. 294-296.

por ejemplo, de Baucio Capeto, de cuya existencia Ocampo pretende haber hallado información en la obra de Sebastián, electo de Salamanca²⁷⁰. Mariana se hace eco del príncipe turdetano que es, a pesar de lo dicho, una invención del propio Ocampo, pero el jesuita no menciona al susodicho Sebastián (I 18). Este procedimiento se repite con cierta frecuencia en el apartado de la *Historia* que ahora analizamos. Mariana copia de Ocampo un buen número de fábulas sin indicar las sospechosas fuentes con las que el zamorano las asocia explícitamente. Rara vez, incluso, el nombre de Florián de Ocampo aparece en las páginas de la *Historia*. No es así en el caso de las fuentes clásicas, de las que el jesuita sí suele dejar constancia a pesar de que, extraídas de la *Crónica* de Ocampo, en ocasiones realmente no corroboran la información que este último proporciona.

En un pasaje situado en uno de los últimos capítulos del primer libro de la *Historia* es decir, en el apartado que ahora nos ocupa, Mariana muestra claramente su escepticismo ante los hechos que en ese momento relata y, por el contexto en el que se sitúa, apunta además a la *Crónica* de Ocampo y a sus dudosas fuentes: «*Plura transcribo quàm credo*» (I 19, p. 36)²⁷¹. Estas palabras sugieren que, en efecto, Mariana concedía poco crédito al relato de Ocampo. A pesar de todo, en su *Historia* usó, a su manera, esa espuria información, la dio como válida sin haberla previamente contrastado y, salvo excepcionales insinuaciones como la anteriormente citada, en ningún momento confiesa su verdadera fuente. Esa postura, en definitiva, la mantuvo Mariana en la primera y en todas las restantes versiones de la *Historia* que se publicaron en vida del autor, sin que introdujera al respecto cambios como en otros casos sabemos que sí los hizo.

Retomemos ahora el análisis de esos contenidos. Desarticulados los fenicios por los turdetanos, los siguientes invasores son los cartagineses, emparentados con los fenicios «por ser la origen comun» (I 18). Antes de la derrota fenicia, los cartagineses ya habían intentado penetrar en territorio hispano. Hasta en dos ocasiones lo hicieron en las islas Baleares. En un primer momento se apoderaron de la isla de Ibiza (I 16), pero en ninguna de las dos ocasiones fueron capaces de adentrarse en las islas de Mallorca y Menorca, habitadas como estaban por expertos en el lanzamiento con honda (I 16 y 19). Desesperanzados, los cartagineses lo intentaron a través de suelo peninsular, pero la

²⁷⁰ F. de Ocampo, *Crónica* II 32. De Sebastián habla también Ocampo en el prólogo de su *Crónica*, como continuador de la obra de Julián Lucas.

²⁷¹ «Mas cosas traslado que creo, por no ser facil, ni refutar lo que otros escriuen, ni tener voluntad de confirmar con argumento lo que dizen sin mucha probabilidad» (I 19).

“policía y prudencia” de los saguntinos impidió que sus naves anclaran en tierra firme (I 16). En estos párrafos, aunque la estructura narrativa y sus anacronismos la toma prestada de Ocampo, Mariana evita mucho de la perspectiva patriótica que sobre estos hechos proyectó el zamorano. Se limita a dar nombres y referencias que, en buena parte de los casos ciertamente tienen su reflejo en las fuentes clásicas, como es la colonización cartaginesa de Ibiza o la habilidad de aquellos mallorquines en el uso de la honda, e incluso la hostilidad con la que recibieron a los cartagineses²⁷². No así la resistencia saguntina, que es una quimera de Ocampo la cual preludia el episodio que dio comienzo a la Segunda Guerra Púnica.

La narración de Mariana sobre la instalación de los cartagineses en la Península Ibérica también está adornada con giros patrióticos. Primero acudieron en ayuda de los fenicios, pero al igual que éstos, se vieron en serias dificultades para vencer a los nativos agrupados en torno a Turdeto y bajo las órdenes de Baucio Capeto (I 18). Tuvieron entonces que usar la astucia como arma para vencer a unos autóctonos quienes, aunque impecables guerreros, fueron dóciles a las promesas de los cartagineses. Éstos, sin embargo, traicionaron tanto a los españoles como a sus aliados los fenicios, mostrando así que su ambición y codicia no tenían límites. Este desastre en términos político-militares los españoles son nuevamente invadidos, por otra parte, coincide con nuevas calamidades de la naturaleza²⁷³.

Tanto estos dos capítulos como los que siguen y cierran el libro primero de la *Historia*, acerca del gobierno de Safón (I 20) y las navegaciones de Himilcón y Hanón (I 21-22), son un resumen de la *Crónica* de Ocampo²⁷⁴. Éste compuso toda una historia de las relaciones entre españoles y cartagineses a partir de una arbitraria selección de datos que aparecen en distintas fuentes y, sobre todo, de su propia imaginación. Utilizó principalmente el epítome de Justino para recrear el proceso de asentamiento cartaginés en el sur peninsular y para extraer los nombres de sus gobernadores²⁷⁵. Aunque con más brevedad, aquí Mariana en efecto transcribe los contenidos de la *Crónica* de Ocampo. Y al tratarse de relatos ficticios, podemos pensar que el jesuita no consulta las fuentes

²⁷² Por ejemplo, Diodoro V 16-18; Polibio III 33, 11; T. Livio XXVIII 37, 6 y LX, 10.

²⁷³ «España fue affligida de sequedad y de hambre, falta de mantenimientos, y de muchos temblores de tierra: con que grandes thesoros de plata y oro, que con el fuego de los Pyrneos estauã en las cenizas y en la tierra sepultados, salieron a luz por causa delas grandes aberturas de la tierra, que fueron ocasion de venir nuevas gentes a España» (I 19).

²⁷⁴ F. de Ocampo, *Crónica* II 30-45 y III 1-9.

²⁷⁵ Justino XLIV 5, 1-4 y XIX.

clásicas a las que en ocasiones alude, ya que son las mismas que menciona el cronista real en su obra.

7. LIBRO II: DOMINIO CARTAGINÉS

El segundo libro de la *Historia* de Mariana, el más extenso, se centra en la ocupación cartaginesa de la Península Ibérica, aunque también alcanza las incursiones romanas hasta mediados del siglo II a.C. Está jalonado por las primeras Guerras Púnicas, y es a la segunda de éstas a la que Mariana dedica más de la mitad del libro. Las fuentes más utilizadas son Polibio y Tito Livio, del todo lógico dado que ambos historiadores son los que más información arrojan sobre estos acontecimientos. Con este libro, la *Historia* de Mariana se sostiene en fuentes históricas de mayor fiabilidad, sobre todo conforme avanza la narración. En el comienzo, la dependencia de Mariana con respecto a la obra de Ocampo y sus fingidos recursos es todavía sistemática. Ahora bien, a partir de la muerte de los hermanos Escipiones, momento en el que Ocampo concluye su *Crónica*, Mariana empieza a apoyarse en el continuador de aquél, Ambrosio de Morales.

7.1. Ficticias relaciones con el pueblo cartaginés

Los primeros capítulos del segundo libro de la *Historia* de Mariana son una continuación de los últimos capítulos del libro que le precede. En ellos se tratan diversos aspectos que atañen a las relaciones entre españoles y cartagineses. Estructuralmente son una reproducción de la *Crónica* de Ocampo, de quien Mariana copia la mayor parte de sus contenidos.

Los pasajes, sobre todo, del epítome de Justino en los que se describen ciertas nociones de la historia antigua de Cartago²⁷⁶, sirvieron a Ocampo para proyectar una historia de la colonización cartaginesa en España y en Sicilia, puesto que en esta última también participaron contingentes de españoles. Según G. Cirot, ese relato que construye Ocampo cubre un período de aproximadamente ciento cincuenta años de historia. Cirot señala como puntos de referencia los gobiernos de Safo y de Boodes, que Ocampo fecha en el 464 y en el 343 a. C., respectivamente²⁷⁷. Pero la elaboración del zamorano puede prolongarse aún más. Piénsese que la primera vez que los cartagineses ponen pie en Cádiz, según la *Crónica* de Ocampo, es en el 516 a.C.²⁷⁸, y que no es hasta

²⁷⁶ Justino XIX.

²⁷⁷ G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 294-295. F. de Ocampo, *Crónica* III 3 y 26.

²⁷⁸ F. de Ocampo, *Crónica* II 30.

bien entrado el siglo III a.C., en torno a la Primera Guerra Púnica pero sobre todo con la llegada a la Península de la familia Bárquida²⁷⁹, cuando la obra de Ocampo empieza a encontrar más reflejo en las fuentes antiguas.

Todo ese período de la historia de España inventado por Ocampo pasa a la obra de Mariana. Bien es cierto que nuestro autor muestra su escepticismo ante ese relato. A la ya mencionada frase en la que el jesuita deja claro que reproduce más de lo que él mismo se cree (I 19), habría que sumarle otras que aparecen en este mismo apartado de su *Historia* tales como: «si esto es verdad» (II 1), comentario hecho entre paréntesis al narrar una guerra entre andaluces o béticos y lusitanos; «Lo que a nuestro proposito haze» (II 2), con el ánimo restar importancia a la peste griega que se extendió a España y centrar la atención en la narración de las guerras en Sicilia, atestiguadas en las fuentes antiguas; «Lo que se dize por cierto» (II 5), cuando pasa de la descripción de los gobernadores cartagineses Boedes y Maharbal a la de la fundación de Ampurias. Por otra parte, en el comienzo de esa historia de dominación cartaginesa, además de la fecha de 516 a.C. en que se sitúa la llegada de los cartagineses a Cádiz, Mariana afirma: «Otros señalan que fue esto no mucho antes de la primera guerra de los Romanos con los Cartagineses» (I 18). De alguna manera, puede interpretarse que Mariana nos deja así entrever que la historia que relata a continuación, de en torno a un siglo y medio de duración, es una ficción moderna que las fuentes antiguas no corroboran.

A pesar de su labor de síntesis y de las notas de escepticismo que a veces intercala, en cualquier caso, Mariana reproduce aquí los contenidos de la *Crónica* de Ocampo. El jesuita no declara de dónde extrae la información, ni se manifiesta abiertamente sobre lo que realmente piensa o cree sobre ella. Más bien, parece ocultarlo, como pretende cuando establece la cronología para este período de la historia de España. En efecto, en la *Historia* de Mariana, curiosamente las fechas de aquellos ficticios gobiernos y de otros hechos que jalonan la historia cartaginesa compuesta por Ocampo se presentan con un formato distinto (I 18-22 y II 1-5). Eso nos conduce a un nuevo problema, el de la cronología antigua en la *Historia* de Mariana. Una cuestión que si hasta el momento no la hemos abordado es porque el libro primero de la *Historia* carece casi por completo de fechas absolutas.

7.1.1. Cronología

²⁷⁹ F. de Ocampo, *Crónica* IV 8.

En principio, los sistemas cronológicos son diferentes en la obra de Ocampo y Mariana. Ocampo, al igual que Garibay o Morales, en general siempre usa el sistema cristiano, contando los años desde el nacimiento de Jesús hacia atrás (a.C.). Mariana, sin embargo, suele fechar los años anteriores a la era cristiana según la costumbre romana conocida como *ab Urbe condita* (a.U.c.), es decir, desde la fecha de fundación de la ciudad de Roma²⁸⁰. No obstante, dada la dimensión creativa de su obra y de las de sus contemporáneos, *a priori* no podemos afirmar qué fecha de fundación tuvo Mariana en mente. En su *Historia* no nos dice el año exacto en que Roma fue fundada (I 15)²⁸¹, pero sí que Jesús nació en el año 752 de esa fundación (IV 1). Además nos da otra pista: como única excepción en su obra, para fechar el reinado de Argantonio combina Mariana tanto el sistema romano (132 a.U.c.) como el cristiano (620 a.C.), a partir de lo cual se deduce que la equivalencia ha sido establecida mediante el 752 a.C. como fecha de fundación de Roma (I 17). De esta manera, podemos pensar que el 752 a. C. es para Mariana el año de fundación de Roma, que a la sazón es la fecha que estima Ocampo y secunda Garibay²⁸². Esa, como veremos, en efecto parece la fecha más efectiva a la hora de comprender la mayor parte de las cronologías precristianas en la obra de Mariana.

En cualquier caso, utilizar un patrón común para trasladar las fechas de la *Historia* desde el sistema romano al cristiano es un equívoco. No sólo porque Mariana es indolente a la hora de precisar cronologías antiguas, sino sobre todo porque para escribir su *Historia* se nutre de fuentes de muy distinta naturaleza. Eso explica por qué Mariana excepcionalmente, junto al sistema romano, a veces también utiliza el calendario helénico basado en el recuento de olimpiadas. Incluso, en una ocasión este último es el único que nos proporciona: en el cerco de Aníbal a la ciudad de Sagunto, en el año primero de la 140ª Olimpiada, «como lo dize Polybio» (II 9). Es decir, Mariana no realiza un gran esfuerzo por unificar la cronología antigua bajo un mismo patrón de medida, sino que en un buen número de casos simplemente transcribe en su *Historia* lo que lee en las fuentes antiguas y/o modernas, independientemente de que cada una de ellas utilice formatos cronológicos distintos.

²⁸⁰ Mariana empieza a utilizar el sistema cristiano coincidiendo con el cambio de era tras la muerte de César. La primera fecha que ofrece en este sentido, ya al final del libro tercero, es el 28 a.C. (III 24).

²⁸¹ Tampoco especifica Mariana esa fecha en sus tratados eruditos *De Die mortis Christi* y *De Annis Arabum*, publicados en 1609.

²⁸² F. de Ocampo, *Crónica* II 10, E. de Garibay, *Compendio historial* V 3. A decir verdad, para estos autores esa no es realmente la fecha de fundación, sino el momento en el que, como dice Ocampo, Rómulo y Remo «engrandecieron la ciudad de Roma que primero tenían fundada los españoles».

El problema es aún mayor si se trata, como es el caso de la historia de la dominación cartaginesa que ahora analizamos, de un texto lleno de ficciones cuyo autor, Florián de Ocampo, hace uso del sistema cristiano para datar los supuestos hechos y que Mariana, según sus cálculos, traduce al sistema romano. Aquí Mariana sí se toma la molestia de equiparar la cronología de la *Crónica* de Ocampo con el estilo clásico, basado en la fórmula *ab Urbe condita*, con el que prioritariamente elabora su *Historia*. Es decir, Mariana se sirve de Ocampo para escribir buena parte de su *Historia*, pero no sólo evita hacer referencias directas al zamorano, sino que también viste los hechos que de él copia con otros ropajes, más acordes con la moda humanista.

En este sentido, fruto de la extrapolación de datos de la *Crónica* de Ocampo a su *Historia*, Mariana pudo cometer algunos errores. Por ejemplo, según Ocampo, Safo fue un capitán cartaginés que, desde Andalucía, hizo frente a los moros fronterizos que se habían rebelado contra Cartago. Esa rebelión tuvo lugar en el 465 a.C.; al año siguiente toma el mando Safo y, con la ayuda de los andaluces, pone fin a la guerra en Mauritania en el 459 a.C.²⁸³. Según Mariana, esa guerra concluyó en el 283 a.U.c., que es la única fecha que nos da el jesuita sobre el gobierno de Safón, como él lo llama (I 20). Tanto si hacemos el cálculo utilizando el cómputo es decir, la fecha de la fundación de Roma de 753 como el de 752 a.C., en ningún caso el 283 a.U.c. de Mariana coincide con el 459 a.C. de Ocampo, sino que hay una diferencia de unos diez años ($752 - 283 = 469$).

Sea esto o no un simple error, parece claro que Mariana tuvo el propósito de presentar los hechos de una forma distinta a como, en último término, Ocampo los había configurado. En ocasiones, Mariana aporta una fecha que, en concreto, no viene en la *Crónica* de Ocampo, pero que el jesuita ha calculado, con mayor o menor acierto, desde la obra de aquél. Por ejemplo, Ocampo nos dice que Hanón comenzó su gobierno en el 364 a.C., y en él «perseveró poco menos de diez años»; más adelante habla de su sucesor, pero no indica la fecha en que este último comenzó su gobierno, ni siquiera su nombre²⁸⁴. Mariana, por su parte, señala que Hanón fue relegado del cargo en el 398 a.U.c., «sin declarar como se llamasse el successor» (II 4). Como resultado de la resta 752 menos 398, obtenemos el 354, año antes de Cristo en el que, a partir de la información que ofrece Ocampo, se puede calcular que comenzó a gobernar su misterioso sucesor.

²⁸³ F. de Ocampo, *Crónica* II 2-3.

²⁸⁴ F. de Ocampo, *Crónica* III 24.

Mariana, es de suponer, para pasar al sistema a.U.c. las fechas que vienen en Ocampo con el formato a.C. realizaría la siguiente operación: restar a 752 la cifra que Ocampo enumera en años antes de Cristo. Nosotros, para obtener la fecha en años antes de Cristo que Mariana expresa como a.U.c., debemos restar a 752 la cifra que da Mariana. En efecto, si aplicamos la misma fórmula (752 - X a.U.c.) a otras fechas que Mariana extrae de la historia que construye Ocampo sobre los cartagineses, la operación funciona razonablemente bien. Entre las fechas que sobre ese período nos da Mariana, desde el siglo VI al IV a.C., hallamos las siguientes: 236 a.U.c. la primera vez que los cartagineses ponen pie en Cádiz, 252 a.U.c. desastres naturales, 271 a.U.c. tercer año del reinado de Jerjes, 307-312 a.U.c. fechas de partida y arribo de los viajes marítimos de Hanón e Himilcón, 315 a.U.c. comienzo a el gobierno de Aníbal, 321 a.U.c. guerra entre andaluces y lusitanos, 327 a.U.c. peste en Grecia que pasa a España, 346 a.U.c. invasión a Agrigento, 356 a.U.c. tregua entre sicilianos y cartagineses, 405 a.U.c. tercer año de desastres naturales, con fuertes mareas, 419 a.U.c. fundación de Ampurias y 430 a.U.c. muerte de Alejandro Magno. Si a 752 le restamos cada una de esas fechas, los resultados de esa operación son, respectivamente: 516, 500, 481, 445-440, 437, 431, 425, 406, 396, 347, 333 y 322. Estos últimos son exactamente los años, antes de Cristo, en los que Ocampo data cada uno de aquellos hechos²⁸⁵.

En definitiva, Mariana ha extraído de Ocampo la cronología de esta parte de la historia de España, que ocupa más de un siglo y medio, pero la ha revestido con otro formato. Para realizar el cambio del formato cristiano (a.C.) al romano (a.U.c.), Mariana ha utilizado el cómputo 752 a. C., como fecha de fundación de Roma.

Cabe pensar si esta circunstancia se da únicamente en esa historia cartaginesa compuesta por Ocampo, y seguida por Mariana, o si en cronologías posteriores se pueden también establecer los mismos paralelos entre la *Historia* de Mariana y la *Crónica* de Ocampo. Es oportuno recordar, en este punto, que la obra de Ocampo concluye antes del final de la Segunda Guerra Púnica, concretamente en el año 209 a.C., según la cuenta del cronista zamorano.

Para las fechas que aparecen en la *Historia* desde la Primera Guerra Púnica en adelante, en principio no podemos dar por seguro que Mariana las toma únicamente de Ocampo, ya que se trata de acontecimientos, en un buen número de casos, datados en

²⁸⁵ F. de Ocampo, *Crónica* II 30, II 40, II 42, III 8-9, III 10, III 12, III 13, III 16, III 19, III 25, III 27 y III 32, respectivamente.

fuentes antiguas que alternativamente pudo consultar Mariana. Hay indicios, como más adelante veremos, que apuntan a que Mariana también usó a Ocampo para ordenar la cronología de los hechos acaecidos desde la Primera Guerra Púnica hasta el momento de la Segunda en que termina la obra de Ocampo. Así lo parece, al menos, en el período que precede al comienzo de la Segunda Guerra Púnica: además de que las dataciones de ambos historiadores suelen concordar, las ocasiones en las que Mariana excepcionalmente aporta una fecha basada en el recuento de olimpiadas coinciden con las que Ocampo, también de manera extraordinaria, utiliza ese mismo formato²⁸⁶. Sin embargo, a partir de la toma de Sagunto y el estallido de la segunda guerra entre romanos y cartagineses, comienzan a percibirse sutiles diferencias en cuanto a las cronologías de la obra de uno y otro autor, lo que impide concluir que la única fuente de Mariana haya sido la *Crónica* de Ocampo.

7.1.2. Guerras de Sicilia

La historia cartaginesa previa a las Guerras Púnicas, que Mariana adapta a su *Historia* desde la *Crónica* de Ocampo, no sólo se compone de gobernadores ficticios. En ese bloque histórico, presidido por la dominación cartaginesa de buena parte de la Península Ibérica, se narran otras historias paralelas.

En cuanto a la participación de hispanos en las guerras de Sicilia como mercenarios de los cartagineses, es un hecho bien atestiguado especialmente por Diodoro Sículo, pero también por otras fuentes antiguas como Polibio o Tito Livio. A partir de esos textos clásicos, Ocampo amplificó la trascendencia del papel de los españoles en el desenlace del conflicto, y añadió otros eventos cargados de patriotismo a esas circunstancias²⁸⁷. Entre los comentarios de Ocampo, por ejemplo, no se aprecia el carácter peyorativamente bárbaro con el que Diodoro²⁸⁸ identifica a los baleares o iberos que no españoles, quienes luchan como mercenarios para el mejor postor y no como guerreros de la patria, matan sin piedad y violan a las muchachas obtenidas como botín lo que está lejos de la presencia de mujeres españolas en los barcos que transportaban a los baleares, y que eran, según Ocampo, el mejor salario, junto con el

²⁸⁶ Lo que ocurre no sólo en el período señalado, sino también antes: J. de Mariana II 2, II 3, II 5, II 6 y II 8, y F. de Ocampo, respectivamente, III 19, III 22, III 32, IV 1 y IV 23.

²⁸⁷ F. de Ocampo, *Crónica* III 13-24 y ss, y IV 1-6.

²⁸⁸ Diodoro XIII 56; 58; 62.

vino, que los cartagineses podían ofrecer a los isleños para luchar y regresar alegres de las guerras en Sicilia.

Mariana hace un resumen de esa participación española en Sicilia (II 2-5). Elimina mucho de lo expuesto por Ocampo, e incluso pone en cuestión, discretamente, algunas de las afirmaciones de aquél. Por ejemplo, Mariana resta veracidad al esfuerzo realizado por los cartagineses para evitar que los españoles aceptaran la oferta de amistad de Dionisio de Sicilia, como señaló Ocampo²⁸⁹. Mariana, incluso, introduce algún dato extraído de las fuentes antiguas que está ausente en la obra de Ocampo: es el caso del envío, por parte de Dionisio, de mercenarios celtas e iberos en apoyo a los lacedemonios de Grecia, que mencionan Diodoro y Jenofonte (II 2)²⁹⁰.

Aun así, para la composición de su escrito, parece que Mariana tuvo entre manos el texto de Ocampo, más que a las fuentes antiguas que, sin duda, también debía conocer. De esta manera se entiende que Mariana incluya, entre otras, la hipótesis ideada por Ocampo según la cual, en aquella coyuntura de paz con Sicilia, naves cartaginesas zarparon desde Andalucía y alcanzaron la isla de Santo Domingo o alguna otra de América central (II 2)²⁹¹. Mariana seleccionó de Ocampo la información que, a su juicio, creyó más oportuna. La secuencia narrativa de su *Historia* es similar a la de la *Crónica* de Ocampo y, finalmente, ese paralelismo entre los textos de uno y otro historiador también se manifiesta, como hemos visto, en la cronología de los acontecimientos.

7.1.3. Embajada a Alejandro Magno

Es precisamente en este apartado de la *Historia* de Mariana donde se inserta el relato sobre la embajada española a Alejandro Magno, por otra parte exitosa, si no fuera porque el macedonio fallece antes de emprender camino hacia occidente (II 5). Mariana se hace eco de esta leyenda que ya habían integrado antes, cada uno en sus respectivas obras, Florián de Ocampo y Esteban de Garibay²⁹². En algunos textos antiguos, ciertamente, se menciona a iberos o hispanos, y también a cartagineses, entre los

²⁸⁹ «Despues desto quieren dezir que Dionysio procuro por sus embaxadores apartar a los Españoles de la amistad de los de Carthago: y que al contrario los Carthagineses con todo buen tratamiento y blandura los entretuuieron. Lo cierto es, que por diligencia y buena maña de Dion Syracusano, se asento paz por treynta años entre los Sicilianos y Carthagineses» (II 2). Cf. F. de Ocampo, *Crónica* III 19.

²⁹⁰ Jenofonte, *Helénicas* VII 1, 20; Diodoro XV 70, 1.

²⁹¹ F. de Ocampo, *Crónica* III 20.

²⁹² F. de Ocampo, *Crónica* III 32; E. de Garibay, *Compendio historial* V 9.

pueblos que enviaron embajadas a Alejandro. Se trata, no obstante, de una información procedente de fuentes tardías²⁹³, en las que se puede entender que hay un hábil intento por establecer lazos con un pasado glorioso como es el que representa el gobierno de Alejandro. En cualquier caso, ninguna de las fuentes proporciona detalles de las circunstancias de esa supuesta embajada. Son los historiadores españoles del siglo XVI quienes construyeron todo un relato de tal evento.

La embajada española, según Mariana, estaba liderada por un tal Maurino, información que el jesuita cree haber hallado en Paulo Orosio (II 5). En realidad, lo que afirma Orosio es que a Alejandro acudieron, junto a los hispanos, los morinos, que son un pueblo situado al norte de la Galia, como registran las obras de Estrabón o Julio César²⁹⁴. La confusión se remonta, una vez más, a Ocampo, quien recoge la noticia de Orosio. Pero el comentario de Ocampo acerca de Maurino no es positivo, sino más bien al contrario: «Paulo Orosio, cuyas corónicas en alguno de los volúmenes impresos dicen el uno de los mensajeros haberse llamado Maurino. Pero sin duda va dañada la letra, porque ni sus libros antiguos escritos de mano, ni los impresos bien enmendados tienen tal nombre». Más aún, Ocampo conviene en que el resto de la información relativa a la embajada desde el viaje de los españoles a Babilonia hasta la buena amistad que trabaron con Alejandro la toma de Juliano Diácono y Juan Gil de Zamora²⁹⁵. Es por aquella objeción probablemente por lo que Garibay, quien disciplinariamente reprodujo la *Crónica* de Ocampo, no menciona al tal Maurino²⁹⁶. Mariana, sin embargo, que no conoció las obras ni de Juliano ni de Juan Gil²⁹⁷, nos trasmite sin sospecha el relato de la embajada. Además, presenta la noticia de Maurino como extraída de Paulo Orosio, cuando ni ese nombre ni los detalles de la jornada de los hispanos en Babilonia vienen en la obra del historiador latino, sino que es en Ocampo y su clara llamada al escepticismo en donde Mariana halló esas ideas.

7.1.4. La familia Bárquida

²⁹³ Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* VII 15, 4; Justino XII 13; P. Orosio III 20, 2 y 8.

²⁹⁴ Estrabón IV 3, 5; J. César, *La guerra de las galias* IV 21-22 y 37-38. P. Orosio III 20, 8. Para un momento muy posterior en la historia, Orosio también habla de un *Marinus*, pero que no guarda relación con los acontecimientos anteriormente señalados (VII 42, 14 y 17).

²⁹⁵ F. de Ocampo, *Crónica* III 32.

²⁹⁶ E. de Garibay, *Compendio historial* V 9.

²⁹⁷ G. Cirot, *Mariana historien*, p. 296.

Los capítulos que en la *Historia* de Mariana preceden a la historia de la Segunda Guerra Púnica (II 6-9) son una especie de introducción a ésta. El relato se centra en las hazañas de la familia Bárquida que, tras la primera guerra entre romanos y cartagineses librada en la isla de Sicilia, asume la tarea de expansionar el dominio cartaginés por la Península Ibérica. La ciudad de Sagunto es donde se focaliza la discordia entre cartagineses y nativos, y tras ser conquistada, da pie a la intervención de Roma. En general, en este apartado Mariana realiza una buena labor de síntesis desde las fuentes antiguas, básicamente a través de Polibio y sobre todo Tito Livio, a quien en ocasiones parafrasea. Pero aunque expone los hechos con mayor medida que Ocampo, no hay que olvidar que ya éste y otros historiadores habían analizado esas fuentes, y de ellos también pudo Mariana haber resumido de manera indirecta los hechos que narran los autores clásicos. Más aún si, como es el caso, en su *Historia* filtra muchas de las fábulas que corrían por la época en la que escribe.

Amílcar Barca es presentado por Mariana como un noble guerrero, nombrado general del ejército cartaginés para la lucha contra los romanos en Sicilia, en la Primera Guerra Púnica (II 6). Antes, Amílcar viajó a Mallorca para reprimir una rebelión de sus habitantes y, de paso, reclutar a un buen número de honderos. La ficción de esa rebelión mallorquina, elaborada por Ocampo²⁹⁸, da pie a otra sobre el nacimiento de Aníbal, hijo de Amílcar, en la isla de Tívoli.

Concluida la guerra en Sicilia, los cartagineses tratan de fortalecerse en la Península Ibérica (II 7). Amílcar es el general que, desde Cádiz, dirige la conquista de buena parte del territorio peninsular, hasta que fallece en una batalla contra los españoles. Aquí cita Mariana a Tito Livio para decir, como también hace Ocampo²⁹⁹, que el lugar en el que muere Amílcar es Castro Alto, aunque en realidad el patavino había dicho *Castrum Album*³⁰⁰.

El gran personaje de la familia Bárquida, sin embargo, es sin duda Aníbal. Su figura histórica fue aplaudida por las fuentes antiguas, y esa heroica imagen la conservaron los historiadores españoles del siglo XVI, hasta el punto de apropiarse de ella y sin menoscabo de la tiranía con la que los cartagineses gobernaron la Península Ibérica. Ocampo, Garibay y Morales consideran a Aníbal «español verdadero», «natural

²⁹⁸ F. de Ocampo, *Crónica* IV 4.

²⁹⁹ F. de Ocampo, *Crónica* IV 16.

³⁰⁰ T. Livio XXIV 41, 3. También en la edición de Sigonio, *T. Livii Patavini, historiarum ab urbe condita*, fol. 206r.

Español» y «medio español», respectivamente³⁰¹. La “españolización” de Aníbal viene dada por dos circunstancias: su nacimiento y su matrimonio. Con respecto a lo primero, Mariana presenta algunas dudas. Afirma que Plinio hace de Ticuadra el lugar de nacimiento de Aníbal, aunque señala la posibilidad de que el texto del escritor latino haya sido alterado³⁰². También alega que Aníbal nació de madre española, pero no sin antes puntualizar que esa información es un añadido de los cronistas españoles³⁰³. En cualquier caso, ya después de su boda con Himilce, según Mariana los naturales miraban a Aníbal «como a ciudadano suyo, y natural» (II 9).

Por otro lado, la descripción que Mariana hace de Aníbal, con sus contrastes entre vicios y virtudes, es una síntesis con similar modo de adjetivación de la que transmite Tito Livio³⁰⁴. No obstante, hay un apartado de la biografía de Aníbal que Mariana recrea bien por propia intuición, pues en esto no imita los historiadores como Ocampo y Garibay que le preceden, bien inspirándose en Diodoro o Polibio. Ni en las ediciones ni en los códices de la obra de Livio anteriores al siglo XIX se lee que el senado cartaginés hubiera ratificado el nombramiento de Aníbal como general. Ese pasaje de la *Ab urbe condita* ha sido tradicionalmente discutido. En la actualidad se admite que junto a la *praerogativa militaris* y el *fauor plebis*, Livio también debe haber aludido a la *approbatio senatus* como requisito necesario para que Aníbal se convirtiera en general. Pues bien, parece que Mariana se adelantó a los editores modernos cuando,

³⁰¹ F. de Ocampo, *Crónica* IV 24; E. de Garibay, *Compendio historial* V 13; A. de Morales, *Crónica*, VII 17.

³⁰² «*Plinius certe, nisi lectio sit vitiosa, Tiquadram Annibalis patriam esse ait*» (II 6, p. 53). Mariana debía sospechar que la letra estaba errada. Lo que dice Plinio en su *Historia natural* (III 78) es: «*a maiore XII in altum abest Capraria, insidiosa naufragiis, et e regione Palmae urbis Menariae ac Tiquadra et parva Hannibalis*».

³⁰³ Se trata, en efecto, de un relato construido por F. de Ocampo, *Crónica* IV 4.

³⁰⁴ Dice el historiador romano acerca de Aníbal: «*plurimum audaciae ad pericula capessenda, plurimum consilii inter ipsa pericula erat. nullo labore aut corpus fatigari, aut animus uinci poterat. caloris ac frigoris patientia par: cibi potionisque desiderio naturali non uoluptate modus finitus. uigiliarum somnique nec die nec nocte discriminata tempora. id quod gerendis rebus superesset, quieti datum. ea neque molli strato, neque silentio accersita. multi saepe militari sagulo opertum, humi iacentem inter custodias stationesque militum conspexerunt. uestitus nihil inter aequales excellens: arma atque equi conspiciabantur. equitum petidumque idem longe primus erat. princeps praelium inibat, ultimus confecto praelio excedebat. Has tantas uiri uirtutes, ingtia uitia aequabant: inhumana crudelitas, perfidia plus, quàm Punica, nihil ueri, nihil sancti, nullus deum metus, nullus iusiurandum, nulla religio*» (Usamos la edición que probablemente consultó Mariana, *T. Livii Patavini, historiarum ab urbe condita... a Carolo Sigonio emendati*, XXI, fol. 151v.). Por su parte, Mariana señala del cartaginés: «*Multae inerant virtutes, neque minora in natura vitia. corpus duratum labore, ingens animus: gloriae appetens, magis quàm uoluptatum: plurimum audaciae, consilii plurimum. Has virtutes crudelitas, perfidia, religionis omnis contemptus foedabat multitudini iuxta tamen era tac Principibus carus*» (II 9, p. 58)

al utilizar a Livio para componer este apartado de su *Historia*, añadió esa aprobación del senado (II 9)³⁰⁵.

Entre las conquistas llevadas a cabo por los Bárquidas en la Península Ibérica, Mariana cuenta las fundaciones de Cartago la Vieja y Barcelona (II 7). Ambas leyendas aparecen en la *Crónica* de Ocampo³⁰⁶, pero se remontan a escritos previos como el *Paralipomenon Hispaniae* de Joan Margarit³⁰⁷. El discurso sobre la expansión cartaginesa en suelo peninsular, en cualquier caso, se orienta a la ciudad de Sagunto. Si en los capítulos previos de la *Historia* es en la región andaluza donde tartesios y turdetanos repelieron a los fenicios, ahora es en torno a la ciudad de Sagunto donde se sitúa el polo fuerte de resistencia española ante los invasores cartagineses. Mariana toma esa insistencia en los acontecimientos de Sagunto de Ocampo quien, conocedor de la importancia que tendrá la ciudad para el trascurso de los eventos posteriores, a lo largo de su *Crónica* pretendió dotarla de gran protagonismo en la historia previa al desenlace de la Segunda Guerra Púnica³⁰⁸. Ya en el libro primero de su *Historia*, cuando los cartagineses aparecen por primera vez en escena, Mariana alude a la resistencia de los saguntinos ante el intento de los cartagineses por robarles su libertad (I 16). Poco tiempo después de que las naves de Amílcar anclaran en Cádiz, donde fueron recibidas con la amistad que ya tenían con los turdetanos, señala Mariana que desde Sagunto

«vinieron embaxadores a Amilcar, para darle el parabien de las victorias, y traerle presentes, dado que los de aquella ciudad estauan muy lexos de entregarsele, aunque fuesse con muy honestos y auentajados partidos. Despidiolos pues benignamente y con buenas palabras: pero el deseo que [Amílcar] tenia de apoderarse de aquella ciudad era muy grande. Era menester buscar algun color para hazello, y para cubrir su mal animo con capa de honestidad» (II 7).

De esta manera, Mariana se adelanta a los acontecimientos, y antes de que Sagunto fuera asediada por los cartagineses, dibuja una clara polaridad entre unos y otros: por un lado los cartagineses, crueles y obsesionados con «apoderarse de los

³⁰⁵ F. Martín, “Una corrección humanista a Livio XXI, 3, 1. Historia de la tradición crítica del texto”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 4 (1976), pp. 157-168.

³⁰⁶ F. de Ocampo, *Crónica* IV 9 y 14.

³⁰⁷ Sobre estas tradiciones, véase el análisis de Gaspar Ibáñez de Segovia, *Cádiz Phenicia*, t. 1, J. de Collado, Madrid, 1805, pp. 194-218.

³⁰⁸ Recuérdese que para ambos autores, la ciudad que toma más tarde el nombre de Sagunto se funda antes de la guerra de Troya. F. de Ocampo, *Crónica* I 29; J. de Mariana I 12.

Saguntinos, y quitalles la libertad», y por otro, los saguntinos, celosos de su independencia. Esos elementos contrapuestos se encienden cada vez más, y dan lugar a las estrategias de uno y otro bando. Los cartagineses animan a los turdetanos a provocar a los saguntinos, mediante la construcción de una ciudad en las cercanías de Sagunto que tomó el nombre de Turdeto³⁰⁹. Los saguntinos se vieron en la necesidad de buscar el apoyo de los romanos, quienes en vista de los avances de los cartagineses en la Península Ibérica ya habían comenzado a explorar el sur de la Galia (II 8).

Narra a continuación Mariana la crónica de las sucesivas embajadas entre saguntinos, romanos y cartagineses (II 9). Aquí Mariana muestra originalidad en el uso de las fuentes. Combina los pasajes de Polibio y Tito Livio en los que, con diferencias entre uno y otro³¹⁰, se describen las embajadas romanas a Aníbal, en la Península Ibérica, y a Cartago, en el norte de África, e intercala entre ambas una segunda embajada de los saguntinos a Roma. Ya Ocampo había realizado una reconstrucción similar a partir de aquellos historiadores antiguos³¹¹, pero ciertos detalles del relato de Mariana, como muestra el análisis de Cirot, sugieren que el jesuita acudió directamente a las fuentes antiguas³¹².

Finalmente, se produce el asedio de Aníbal a la ciudad de Sagunto (II 9). Aquí de nuevo se pueden establecer comparaciones entre el texto de Mariana y el de Livio, pero también con el de Apiano³¹³. Cualquiera de los dos pudo servir a Mariana para acentuar el dramatismo de la derrota saguntina, algo que ya había hecho, por otra parte, Ocampo³¹⁴. En lo que particularmente incide Mariana es en el orgullo y en la naturaleza libre de los saguntinos. Muchos de ellos, dice, «juntando el oro, plata, y alhajas en la plaça, les pusieron fuego, y en la misma hoguera se echarō ellos, sus mujeres, y hijos, determinados obstinadamente de morir, antes que entregarse». Y más adelante: «Muchos por no verse esclauos se metian por las espadas enemigas». La entereza de los españoles, prestos a morir antes que a perder su libertad en manos de los invasores es, de hecho, un lugar común en la *Historia* de Mariana.

7.2. Segunda Guerra Púnica

³⁰⁹ Mariana da crédito a la existencia de esta ciudad de la que, según Ocampo, hablan «los dos Julianos». F. de Ocampo, *Crónica* IV 10.

³¹⁰ Polibio III 15; T. Livio XXI 9-11.

³¹¹ F. de Ocampo, *Crónica* IV 27-32.

³¹² G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 320-322.

³¹³ T. Livio XXI 7-15; Apiano, *Sobre Iberia* 12.

³¹⁴ F. de Ocampo, *Crónica* IV 34.

7.2.1. Fuentes antiguas

En su *Historia* Mariana le dedica un amplio espacio a la Segunda Guerra Púnica (II 10-24). En esos capítulos se abordan numerosos temas que no están directamente relacionados con la historia de la Península Ibérica. Al respecto, Mariana se excusa cuando dice: «Mvchas cosas de las que se siguen son por la mayor parte estrangeras, pero sino las tocamos, no se pueden entender las que en España succedieron. Darà perdon el lector, como es razon, a los que seguimos pisadas agenas, y aun cō mayor breuedad apuntamos lo que otros relatan a la larga» (II 11). El hecho de que la Península Ibérica se incluyera en la órbita de los intereses de Roma explica que esta guerra entre romanos y cartagineses, bien documentada en las obras clásicas, constituya un apartado nuclear en las historias generales de España. Mariana conoce los textos clásicos y es consciente de esa circunstancia. Él pretende singularizarse al comparar la brevedad de su texto con la extensión con la que narran esta etapa de la historia hispana “otros” autores como F. de Ocampo y A. de Morales, cuyas obras el jesuita usa continuamente.

No es fácil determinar, pues, hasta qué punto Mariana trabaja y compendia las fuentes antiguas y/o las modernas. En Ocampo y Morales encuentra un detallado análisis de las fuentes clásicas ya escudriñado. Por otra parte, esas fuentes son repetidamente citadas en los escritos de uno y otro cronista, sobre todo en el caso de Morales, quien cita con profusión e, incluso, en ocasiones especifica los lugares de los distintos textos clásicos en los que halla la información³¹⁵. En contraste, en su *Historia* Mariana no es muy dado a revelar los nombres de sus fuentes, y cuando lo hace, en pocos casos se trata de un nuevo recurso. Sus fuentes, para los mismos contextos, frecuentemente aparecen ya mencionadas por Ocampo o por Morales.

De los escritores grecorromanos, sin duda los más utilizados aquí son Polibio y Tito Livio. Como hemos visto en un caso anterior, a veces los datos de uno y otro se intercalan en la *Historia* de Mariana. En la obra de Polibio, la información concerniente a los hechos de la Península Ibérica se halla más dispersa, pero del historiador griego se obtienen buena parte de los datos relativos a los asuntos externos. Para la historia

³¹⁵ A. de Morales, *Crónica*, p. 292: «De manera que (á lo que yo puedo entender) no faltará en esta corónica ninguna de las cosas antiguas de España que en escritor aprobado y de autoridad se pueda hallar: señalándose siempre de dónde se toma, para que quien le plugiere, pueda verlo en su original».

peninsular, sin embargo, la obra de Tito Livio es más fértil: el historiador romano no sólo se sirve de la obra de Polibio sino que también maneja una más amplia documentación y, además, el período que cubre estos momentos de su obra la tercera década es el que mejor se ha conservado.

Dada la naturaleza de las fuentes en las que se apoya y la de los hechos narrados, se entiende que este apartado de la *Historia* de Mariana esté dominado por la estela de batallas y ejércitos. El jesuita, en este sentido, se interesa por ensalzar el papel determinante de los españoles en los resultados de las acciones bélicas. En las fuentes antiguas no le faltaban ejemplos de la relevancia de los soldados peninsulares en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica³¹⁶. Por otra parte, Mariana cuida de rescatar entre las fuentes otros datos, los cuales podían robustecer la idea de independencia de los españoles con la que gusta de construir su *Historia*. Es el caso, por ejemplo, de los tres mil carpetanos que a las órdenes de Aníbal decidieron desertar cuando cruzaban los Pirineos. Mariana se hace eco del texto en el que Livio transmite esa información, pero además de recordar que los carpetanos se identifican con el reino de Toledo, pone el énfasis en la desgana de los carpetanos por realizar un viaje tan largo más que en las dificultades de atravesar los Alpes y los problemas que, de no ceder a su voluntad, podrían causar en el resto de las tropas de Aníbal (II 10)³¹⁷. Al investigador actual también le puede sorprender que Mariana, al igual que Ocampo, ascienda a treinta mil el número de celtiberos que abandonaron al ejército romano y propiciaron la derrota de los hermanos Escipiones, cuando en la ediciones modernas de Livio se lee que sólo eran veinte mil (II 18)³¹⁸. Sin embargo, aquí el jesuita es fiel a la cifra que reflejan las ediciones del siglo XVI del historiador romano, en concreto la de Sigonio³¹⁹.

7.2.2. *El final de Ocampo*

En efecto, la *Crónica* de Ocampo sigue siendo el texto base de la *Historia* Mariana. Tanto es así, que en este apartado Mariana se atreve a citarlo, por segunda y última vez en la *Historia* (II 15). No obstante, parece que Mariana actúa de esa manera porque sabe que el contexto al que remite la cita de Ocampo, el siglo III d.C., no tiene

³¹⁶ T. Livio, entre los más destacados de esas fuentes, subraya la importancia que tuvieron los hispanos en las victorias de Aníbal. Véase T. Livio XXII; por ejemplo, XXII 18, 2-5.

³¹⁷ Cf. F. de Ocampo, *Crónica* IV 43. La información se halla en T. Livio XXI 23, 4, pero también en Frontino, *Estratagemas* II 7, 7 y Polibio III 35, 6.

³¹⁸ T. Livio XXV 32, 3; F. de Ocampo, *Crónica* V 43.

³¹⁹ T. Livii Patavini, *historiarum ab urbe condita*, fol. 218v.

una relación directa con el conjunto de hechos en el que se inserta ese excursus. Cuando Mariana dice que los Escipiones decidieron hibernar en Tarragona, se desvía del relato y glosa la construcción romana de los acueductos de la ciudad en un momento posterior, y la destrucción de los mismos en el siglo III d.C. En esa digresión es donde cita a Ocampo, quien afirma que fueron «gentes alemanas» los que demolieron los acueductos en el 276 d.C.³²⁰ Tal y como se presenta en el texto de Mariana, el recurso a la autoridad de Ocampo sugiere una nota de erudición por parte del jesuita. Lo cierto es, sin embargo, que no sólo ese excursus, sino que el conjunto de los hechos que Mariana describe en ese y en otros capítulos, es una reproducción en un formato más breve de la estructura narrativa de la obra de Ocampo. ¿Pretendía Mariana, de esta forma, invitar al lector a pensar que Ocampo era su fuente sólo para determinados hechos, por otra parte irrelevantes, y no para el conjunto del relato? ¿O se trata de un discreto, aunque mezquino homenaje que el jesuita brinda a quien tanto fruto le ha dado?

Sea como fuere, lo que parece claro es que Mariana, pese a seguir el hilo narrativo de esta parte de la historia de España elaborado por Ocampo, conoce las fuentes de donde se extrae esa información, y no depende solamente de los embustes de aquél para rellenar los huecos de su historia antigua de la Península Ibérica. Es así como constatamos que, para este período de la Segunda Guerra Púnica, Mariana da híbridas muestras de distanciarse de la obra de Ocampo. No sólo, obviamente, después de la muerte de Publio y Cneo Escipión, momento en el que concluye la *Crónica* del zamorano. Por ejemplo, Mariana incluye una revuelta de los tartesios, encabezada por Galbo, frente a los cartagineses que transmite Tito Livio. Pero aquí Mariana no sólo evita la recreación en dos capítulos que a partir de esa cita del historiador romano construye Ocampo, sino que el jesuita resume en pocas líneas al propio Livio (II 15)³²¹.

No obstante, el que Mariana haga una síntesis de lo narrado por Livio no siempre significa que el jesuita acuda directa y exclusivamente a la fuente antigua. Sin ir más lejos, en el caso señalado anteriormente observamos que Mariana interpreta el texto de Livio de la misma forma que Ocampo, modificando el etnónimo carpesios, que es el que emplea el historiador romano en la edición que el jesuita presumiblemente consulta, por el de tartesios³²².

³²⁰ F. de Ocampo, *Crónica* V 28.

³²¹ F. de Ocampo, *Crónica* V 19-20; T. Livio XXIII 26-27.

³²² T. Livii Patavini, *historiarum ab urbe condita... a Carolo Sigonio emendati*, fol. 188v. En los *scholia* (fol. 41r), Sigonio contrapone dos tipos de testimonios distintos: por un lado los de Polibio y Estéfano, quienes coinciden en hablar de “carpesios”, y por el otro el de H. Glareano, quien interpreta “tartesios” en

De esta manera, en ocasiones se percibe cómo Mariana accede a los textos clásicos a través de Ocampo, o bien intercala la fuente antigua con la moderna. Este último es el caso, por ejemplo, del relato acerca de cómo recibieron los pueblos del noreste de la Península Ibérica a los romanos quienes, en vísperas del conflicto bélico con los cartagineses, pretendieron atraer a los hispanos hacia su bando. Livio cuenta la buena recepción de los bargusios, al tiempo que los volcianos expresaron una rotunda negativa que fue representativa del rechazo de los pueblos hispanos a aliarse con los romanos, resentidos como estaban por el desamparo al que se vio sometida la ciudad de Sagunto. El historiador romano resalta la popularidad que esa respuesta tuvo, e incluso dicta las palabras dirigidas por el más anciano de los volcianos³²³. Ocampo incluye ese acontecimiento en su *Crónica*, pero al pasaje de Livio añade otros detalles. En primer lugar, mediante una miscelánea de datos de otras fuentes Ocampo intenta situar con mayor exactitud la escueta referencia de Livio a los bargusios³²⁴. Además, desconfía del etnónimo de los volcinos que proporciona el patavino y propone la posibilidad de que aquéllos se identifiquen con la ciudad de Volce, más tarde conocida como Villadolce³²⁵. Por otro lado, aunque no presenta el texto en estilo directo, al describir la respuesta del viejo volciano en realidad transcribe las palabras que en boca de éste pone Livio más

sus *Annotationes* a Livio. Esta última fórmula es la más seguida en las ediciones modernas de la obra del historiador romano.

³²³ T. Livio XXI 19, 6-11 (según la edición *T. Livii Patavini, historiarum ab urbe condita... a Carolo Sigonio emendati*, fol. 155r): «*Legati Romani ab Carthagine, sicut iis Romae imperatum erat, in Hispaniam, ut adirent ciuitates, ut in societatem pellicerent, aut auerterent a Poenis, traiecerunt. Ad Bargusios primum uenerunt; a quibus benigne excepti, quia taedebat imperii Punici, multos trans Iberum populos ad cupidinem nouae fortunae erexerunt. Ad Volcianos inde est uentum, quorum celebre per Hispaniā responsum, caeteros populos a societate Romana auertit. ita enim maximus natu ex iis in concilio respondit: Quae uerecundia est uos Romani postulare, uti uestram Carthaginensium praeponamus amicitiae, cum, qui id fecerunt, Saguntinos, crudelius, quam Poenus hostis perdidit, uos socii prodideritis? Ibi quaeratis socios, censeo, ubi Saguntina clades ignota est. Hispanis populis sicut lúgubre, ita insigne documentum Sagunti ruinae erunt, ne quis fidei Romanae, aut societati confidat. Inde extemplo abire finibus Volcianorum iussi, ab nullo deinde concilio Hispaniae benigniora uerba tulere. itaque nequicquā peragrata Hispania in Galliam transeunt*».

³²⁴ F. de Ocampo, *Crónica* IV 39: «La primera tierra donde [los romanos] saltaron parece que debió ser cerca de Roses, en la punta de los montes Pirineos... llegaron a los catalanes pertuses, nombrados en aquel tiempo berguses ó bergusios, contados entre los pueblos purcedanes, á quien solian antiguamente llamar ceretanos». Los ceretanos son mencionados en Estrabón III 4, 11 y Plinio, *Historia natural* III 22.

³²⁵ F. de Ocampo, *Crónica* IV 39: «Luego despues dice Tito Livio, que pasaron estos embajadores romanos á la tierra de ciertos españoles nombrados volcianos: de los cuales, para decir verdad, yo no hallo mencion en algun autor de cosmografía, que por tal nombre los ponga. Mas no dejaré de contar en este caso la sospecha que dellos traen algunos aragoneses mis amigos, personas leidas y sabias, y pláticos en aquella tierra, con quien he comunicado cosas de su region. Éstos tienen creído la nombradía de los volcianos no ser de gente derramada por lugares en alguna provincia, sino de los vecinos que moraban en una sola villa pequeña, nombrada Volce, segun dicen que la nombran los instrumentos públicos, y cartas antiguas de sus notarios, que duran hoy dia, dado que por este nuestro tiempo, mudada la primera letra le digan Villadolce, situada junto con las faldas de los montes Idubedas, muy cerca de las fuentes del rio Guerba, como ya lo pusimos en el sexto capítulo del primer libro... pero qué verdad esto tenga yo no podria determinar al presente».

otras afrentas que imagina el propio Ocampo³²⁶. Mariana, por su parte, presenta esta información de una manera sintética y, de acuerdo con el orden narrativo, podría entenderse como extraída de Livio: señala la aceptación de los bargusios, y seguidamente la negativa de los volcianos por las razones que explica Livio³²⁷. Sin embargo, Mariana añade detalles que delatan la sombra de Ocampo sobre su *Historia*. En primer lugar, precisa que los bargusios se ubican entre los ceretanos, como viene en Ocampo. Por otro lado, declara las razones de los volcianos en estilo indirecto, con lo que no puede confirmarse si el jesuita se sirve de Ocampo, de Livio, o de los dos. Finalmente, incluye la identificación de los volcianos con Volce-Villadolce, pero utiliza las expresiones «algunos los ponen donde esta Villadolce» y «dizen que en memorias antiguas hallan que se llamò Volce», con lo que nos queda la duda de si Mariana tiene la intención de distinguir este último punto, que procede de la *Crónica* de Ocampo, de los dos comentarios previos que se atestiguan en las fuentes antiguas.

En otros momentos se ve con mayor claridad el uso que hace Mariana de las fuentes antiguas. Si cotejamos el capítulo en el que narra el paso de Aníbal por el norte de Italia con los que a la misma acción le dedica Ocampo, vemos que el jesuita incluye detalles que no aparecen en la *Crónica* del zamorano: la muerte del cónsul Cayo Flaminio atravesado por una lanza en la batalla de Trasimeno, o el avance de las tropas de Aníbal a través de la Umbría y la Apulia (II 13)³²⁸. En este caso, pues, Mariana se desprende del texto de Ocampo y únicamente sigue a Tito Livio que es de quien debe haber tomado esos datos³²⁹.

Más aún, según Ocampo, una serie de temerarios prodigios tuvieron lugar en la cuenca occidental mediterránea. Los cartagineses, con el ánimo de aplacar la ira divina,

³²⁶ F. de Ocampo, *Crónica* IV 39: «uno de los mas viejos en lugar de su gente les habló con alguna furia, representándoles cuan mal parecia por el mundo la desvergüenza de los romanos, en osar pedir á nadie que dejase la confederacion cartaginesa por la suya dellos, pues á los de Monvedre [Sagunto], que lo hicieron, se podría certificar que Roma la destruyó con mas crueldad y mas verdaderamente que los capitanes cartagineses, mostrando tanta flojedad en el remedio de la persecucion y peligro que padecian en su cerco, por mantener la fé que con ellos pusieron hasta la muerte, sin Roma les enviar refuerzo, ni socorro, ni manera de consuelo: por tanto que fuesen los romanos á buscar amigos entre las otras gentes que no sabrian la perdicion de los saguntinos, pues á los españoles que la supieron, siempre quedaba lástima de tan gran desventura para con ella rehusar el amistad que pedian, y que no se detuviesen mas en su comarca, ni parasen allí momento, si no querian peligrar y tener sus personas en aventura».

³²⁷ «Con esto los Romanos, conforme al orden que llevauan, passaron a España: en ella facilmente traxeron a su deuocion a los Bargusios, pueblos assentados en lo postrero de España, do estauan los Ceretanos. Mas los Volcianos, a los quales tambien acudieron, los despidieron con palabras afrentosas y con desden: ca les dixeron, que la buena cuenta sin duda que auian dado delos Saguntinos, cõbidaua a todos a aliarse con ellos: que ayudauan a sus compañeros solo con el nombre, y en el mayor riesgo los desamparauan» (II 10).

³²⁸ F. de Ocampo, *Crónica* V 8 y 11.

³²⁹ T. Livio XX 5-9.

realizaron continuos sacrificios de animales y después también de niños. El senado decretó la inmolación del hijo de Aníbal, Aspar, aunque finalmente el general cartaginés se negó a dar la vida de su hijo, en detrimento de dar la suya propia por la causa bélica contra los romanos³³⁰. Mariana incluye en su *Historia* este relato de Ocampo, pero a éste se refiere cuando dice: «todo esto es fabula, compuesta para entretener al lector con la diuersidad y estrañeza destas patrañas, inuentadas por nuestros historiadores» (II 12).

Como vemos, en su escrito Mariana se desliza entre las fuentes antiguas Livio y las modernas Ocampo indistintamente, aunque siempre tiene a la *Crónica* del zamorano como referente. Más adelante Mariana narra uno de los enfrentamientos entre romanos y cartagineses en el sur de la Península Ibérica, en el cual fueron muertos los reyezuelos Meniacapto y Vismaro que luchaban para los cartagineses. Encabeza ese relato esta frase de Mariana: «Tito Liuiio va algun tanto differente en el cuento destas batallas: nos seguimos el assiento y orden de los lugares, y lo que otros escritores testifican» (II 16). El original en latín viene a confirmar el significado de estas palabras, a saber, que Mariana se guía por el testimonio de otros autores más que por el de Livio: «*Liuius pugnā ad Aurigim postremo loco ponit, & Mundam Gneio vulnus inflictum ais. Nobis locorum situs & aliorum scriptorum auctoritas potior fuit*» (II 16, p. 70). El jesuita piensa, sin duda, en Florián de Ocampo. De hecho, es en la misma *Crónica* en donde Mariana lee que la cronología de Livio es distinta a la de Ocampo, pues así lo reconoce explícitamente el cronista zamorano, quien prefiere seguir el orden temporal de Julián Lucas³³¹. Es decir, en su narración el jesuita se atiene al texto de Ocampo, pero se cuida de no revelar el nombre ni del zamorano ni de su supuesta fuente, y sólo menciona a Livio, creando así la impresión de que trabaja directamente con los escritores clásicos.

Livio, en el pasaje en el que narra dicho enfrentamiento entre cartagineses y romanos, cuenta que el cartaginés Magón consiguió reunir un ejército entre los que se encontraban Meniacapto y Vismaro. A éstos los califica de régulos galos, aunque se tratará de celtíberos de la Península Ibérica, como se entiende por el contexto³³². En cualquier caso, es a partir de esa única alusión a Meniacapto y Vismaro desde la cual los

³³⁰ F. de Ocampo, *Crónica* V 8.

³³¹ F. de Ocampo, *Crónica* V 33: «Una batalla campal despues de todas estas pelearon tambien aquellas dos naciones [romana y cartaginesa], donde los africanos tuvieron fuertes ayudas de gente francesa: la cual batalla señalan algunas historias dentro del año presente [211 a.C.], como lo hace Tito Livio: muchas en el venidero, como yo lo haré, siguiendo los apuntamientos de Juliano Diácono».

³³² T. Livio XXIV 42, 6-8. J. Pelegrín, *Barbarie y frontera: Roma y el Valle medio del Ebro durante los siglos III-I a.C.*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2003, pp. 264-265, n. 509.

historiadores españoles construyen el resto de las circunstancias que a continuación señalamos. Fue Ocampo quien primero imaginó que, en su camino hacia Italia, Aníbal estableció un pacto de amistad con Meniacapto y Vismaro, del sur de la Galia. Esto le dio pie a recrear un viaje, en un momento posterior, de Magón a la Galia con el fin de reclutar soldados para el bando cartaginés y poder así hacer frente al ejército romano en el sur de la Península Ibérica³³³. Mariana, por su parte, no sólo afirma que Meniacapto y Vismaro perecieron en aquella batalla lo único que de ellos nos transmite Livio, sino que esta noticia la enlaza con las fábulas de Ocampo acerca del pacto entre ambos réguulos con Aníbal y el posterior reclutamiento en la Galia por Magón (II 10 y 16). Mariana toma prestado de la *Crónica* de Ocampo incluso las causas que condujeron a la derrota de esos galos que, ciertamente, para los historiadores del siglo XVI se identifican con franceses³³⁴.

Aun así, hay una diferencia significativa entre el relato de Ocampo y el de Mariana. Mientras que el primero fecha la batalla entre romanos y cartagineses en el año 210 a.C., el segundo lo hace en el 541 a.U.c., que según el cómputo que para la cronología del jesuita usamos, equivale al 211 a.C. Esto parece contradictorio con la afirmación que recogimos antes de Mariana, según la cual el jesuita se desentiende de la cronología de Livio y se guía por la de otros escritores, es decir por la de Ocampo. Puesto que el zamorano asegura que Livio data aquel enfrentamiento en el 211 a.C., lo que en realidad hace Mariana es seguir el orden cronológico del historiador romano, tal y como lo transmite Ocampo. No parece casual, desde esta perspectiva, que en la frase: «Tito Liuio va algun tanto differente en el cuento destas batallas: nos seguimos el assiento y orden de los lugares, y lo que otros escritores testifican», la “s” del “nos” haya sido tachada en la edición de la *Historia* de 1623 (II 16, ed. de 1623). De esa manera, con el “no” en lugar del “nos”, es como también aparece en alguna edición

³³³ F. de Ocampo, *Crónica* IV 44 y V 33-34.

³³⁴ Comenta Ocampo del ejército que más tarde perecerá (*Crónica* V 34): «Y luego los de Francia comenzaron á sacudir sus lanzas en los escudos, y daban aullidos á manera de canto, levantando los ojos al cielo, como que hacian semejanza de plegarias. Poco despues arremetieron al escuadron español con el ímpetu mas terrible que se podria decir. Claro parece de las corónicas antiguas y modernas, ser en esta gente la mayor extrañeza de su terribilidad aquellos primeros acometimientos, los cuales eran tan desmesurados y bravos, que dificultosamente se podian resistir». Y del mismo contingente, después de la batalla, dice Mariana: «casi todos del numero de los Gallos, quedaron en el campo tendidos, con sus capitanes Cuiismaro y Menicato: los quales con deseo de mostrar su valentía, con gran denuedo y alegría, como suele aquella gente, se metieron muy adelante enla pelea» (II 16). Hay que recordar que hasta el Renacimiento, el término celta o galo que aparece en las fuentes clásicas se asocia a poblaciones de la Europa continental, especialmente a las de la Galia descrita por Julio César. Sólo a partir de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, a través de estudiosos como George Buchanan (1506-1582) y Edward Lhwyd (1660-1709) el concepto de celta-galo se extendió también, especialmente por razones lingüísticas, a los territorios de las islas británicas.

moderna de la obra de Mariana³³⁵. Esa ligera modificación cambia substancialmente el sentido de la oración, pues da a entender que nuestro autor sigue a Livio en lugar de a otros historiadores, y no a la inversa. Esa postura, la de privilegiar a una fuente antigua en detrimento de Ocampo resulta más congruente con la forma de proceder de Mariana, quien evita nombrar al cronista real. Si bien esto sólo afecta al formato con el que el jesuita presenta los hechos de su *Historia*, pero no a los contenidos, que en general siempre parecen remitir a Ocampo.

La labor de Florián de Ocampo, sin embargo, tuvo un fin prematuro. El cronista real detuvo bruscamente su escritura cuando narraba la muerte de Publio y Cneo Escipión, que fechó en el 209 a.C. Su *Crónica* será continuada por otro cronista oficial, aunque de distinta categoría: Ambrosio de Morales.

7.2.3. Entre Ocampo y Morales: Tito Livio

Como continuador de la obra de Ocampo donde éste la dejó, uno de los primeros asuntos de los que se ocupa Morales en su *Crónica* es el de la cronología. Las dataciones de Ocampo no encajaban en el cuadro histórico de Morales, de manera que al comienzo de su obra el historiador cordobés corrigió a Ocampo y, de acuerdo con Livio, adelantó en un año la fecha que el zamorano dio a la muerte de los hermanos Escipiones³³⁶.

Mariana se encuentra, pues, con dos fechas distintas en Ocampo y Morales, justamente en la transición de la *Crónica* de uno a otro autor. ¿Cuál es el año en el que Mariana fecha la muerte de Publio y Cneo Escipión, el 209 a.C. de Ocampo, o el 210 a.C. de Morales? Sabedor de la discordancia, tal vez Mariana decidió salvar el dilema y curiosamente no precisó la fecha de tal suceso. En cualquier caso, la cronología de Mariana varía ligeramente con respecto a la de Ocampo durante el período de la Segunda Guerra Púnica, y a partir del 209 a.C., cuando comienza propiamente la *Crónica* de Morales, las cronologías de este último tienen su equivalencia en la *Historia* de Mariana, excepto en los años comprendidos entre el 206-204 a.C., como se ve en el siguiente cuadro.

CUADRO 1

³³⁵ *Historia general de España*, Gaspar y Roig, Madrid, 1852, p. 52.

³³⁶ A. de Morales, *Crónica* VI 3.

Ocampo/Morales*		Mariana**
213 (V 15)	Publio C. Escipión llega a Tarragona	214/538 (II 14)
212 (V 22)	Los Escipiones frenan a Asdrúbal en el Ebro	213/539 (II 15)
211 (V 30)	Refuerzo de Asdrúbal Giscón	212/540 (II 16)
210 (V 34)	Batalla en la que mueren Meniacapto y Vismaro	211/541 (II 16)
209 (V 40)	300 caballeros españoles llegan a Roma	210/542 (II 17)
209 (V 46) 210 (VI 3)	Muerte de P. y G. Escipión	Sin fecha (II 18)
209 (VI 3)	Nuevas de Lucio Marcio en Roma	209/543 (II 19)
208 (VI 9)	Escipión se apodera de Cartagena	208/544 (II 20)
207 (VI 15)	Batalla de Baecula	207/545 (II 21)
206 (VI 19)	Escipión regresa a Tarragona	206/546 (II 21)
206 (VI 21)	Batalla de Orongis	205/547 (II 21)
205 (VI 23)	Batalla de Ilipa	204/548 (II 22)
204 (VI 28)	Toma de Astapa	204/548 (II 23)
203 (VI 38)	Rebelión de Indíbil y Mandonio	203/549 (II 24)
202 (VI 39)	Escipión y Catón pasan a África	202/550 (II 24)
199 (VI 40)	Triunfo de Escipión en Roma	199/553 (II 24)
198 (VII 1)	Acidino y Cetego en Hispania	198/554 (II 25)
193 (VII 4)	Catón en Hispania	193/559 (II 25)
167 (VII 31)	M. Marcelo en Hispania	167/585 (II 26)

* Fechas en años antes de Cristo. Entre paréntesis, lugar de la *Crónica* en el que aparece citado.

** Fechas en años antes de Cristo / desde la fundación de Roma. Entre paréntesis, lugar de la *Historia* en el que aparece citado.

El cuadro anterior revela que, en términos cronológicos, entre la *Historia* de Mariana y la *Crónica* de Ocampo continuada por Morales hay primero un regular

desajuste (con respecto a Ocampo) y después una casi total coincidencia (con respecto a Morales). Para comprender esas anomalías, puede pensarse que Mariana ha seguido la cronología de Tito Livio para todo ese período de la historia antigua peninsular. Ocampo se sirvió de Livio, pero ya hemos visto que en alguna ocasión como alternativa hizo uso de la cronología de su Julián Lucas³³⁷. Esa circunstancia explicaría por qué la cronología de Mariana difiere de la de Ocampo en la primera fase de la Segunda Guerra Púnica.

También es a Livio a quien sigue Morales, cuya cronología coincide con la de Mariana, salvo entre los años 206-204 a.C., según la cuenta de Morales. Justamente para estos años, afirma Morales que se apoya en Paulo Orosio y Eutropio en detrimento de Livio, pues considera que este último aglutina demasiadas acciones emprendidas por Escipión en el período que le resta en la Península Ibérica hasta su vuelta a Roma, a finales del año 204 a.C. De esta manera, Morales decide situar algunos de los datos que proporciona Livio de los años 205-204 a.C. en el 206-205 a.C., y así distribuir los hechos del 206-204 a.C. en un tramo más dilatado³³⁸. Tras ese paréntesis en el tiempo, Morales reconoce que continúa utilizando la cronología de Livio. En Mariana, sin embargo, no se halla ningún comentario con respecto a esos eventos y sus fechas. De Escipión dice que «dio la vuelta a Tarragona: donde por todo el año siguiente, que fue de Roma quinientos y quarenta y seys [206 a.C.], por tener quebrätadas las fuerças Carthaginesas, se entretuu ocupado en el gouierno, sin acometer cosa alguna que sea digna de memoria» (II 21). Es decir, a diferencia de Morales, Mariana no corrige a Livio y mantiene el año 206 a.C. como inhábil en cuanto a campañas bélicas en la Península, las cuales se concentran en el 205-204 a.C. Estas razones darían cuenta de por qué las fechas de Morales y Mariana son equivalentes, pues ambos utilizan a Livio, salvo en ese período de 206-204 a.C., para el cual Morales se ha servido de otras fuentes.

El detonante de las discrepancias, empero, es el propio Livio, quien es consciente de que sus dataciones son distintas a las de otros autores y duda de que Escipión pasase un año en la Península Ibérica sin hacer nada³³⁹. Es probable que Livio cometiera errores, por ejemplo, al pasar al sistema de datación romano los años en

³³⁷ F. de Ocampo, *Crónica* V 33.

³³⁸ A. de Morales, *Crónica* VI 19 y 21. En la continuación de su *Crónica*, de Tito Livio también dirá Morales que es impreciso en términos cronológicos, «porque la sucesion de los consulados, que el seguia, lo hazia superfluo» (*Los otros dos libros vndecimo y dvidecimo de la Coronica general de España*, fol. 6 v).

³³⁹ T. Livio XXVII 7.

olimpiadas de Polibio, otra de las fuentes principales para este período. De ahí que en la actualidad, pero como vemos también en el siglo XVI, los historiadores combinen a Livio con otras fuentes para reconstruir el cuadro histórico de la Segunda Guerra Púnica.

Esa circunstancia es la que motiva la reacción de Morales, quien maneja un espectro documental más amplio que el de Mariana. La leve diferencia cronológica que existe entre uno y otro consiste en que el primero se ha despegado de Livio para integrar en su obra datos provenientes de otras fuentes, mientras que el segundo parece haberse limitado a seguir fielmente a Livio.

En cualquier caso, salvando ese paréntesis cronológico en el que Morales y Mariana difieren, por lo expuesto anteriormente se entiende que para organizar la cronología de ese período Mariana ha utilizado a Livio ininterrumpidamente y no a Ocampo ni a Morales. Esa hipótesis explicaría por qué la cronología de la *Historia* de Mariana varía con respecto a la de la *Crónica* de Ocampo continuada por Morales, como se aprecia en el cuadro 1. Ahora bien, aquí cabe preguntarse si realmente Mariana fechó los acontecimientos según su propia lectura de las fuentes antiguas. Si contrastamos la obra de Livio con la de Mariana, vemos que algunas de las fechas que ofrece el jesuita coinciden con las del patavino en su formato romano, pero otras no.

CUADRO 2

T. Livio*		Mariana**
537 (XXII 22)	Publio Escipión llega a Tarragona	538 (II 14)
538 (XXIII 29)	Los Escipiones frenan a Asdrúbal en el Ebro	539 (II 15)
540 (XXIV 41)	Refuerzo de Asdrúbal Giscón	540 (II 16)
540 (XXIV 42)	Batalla en la que mueren Meniacapto-Vismaro	541 (II 16)
541 (XXIV 49)	300 caballeros españoles llegan a Roma	542 (II 17)
542 (XXV 34-36)	Muerte de P. y G. Escipión	Sin fecha (II 18)
543 (XXVI 2)	Nuevas de Lucio Marcio en Roma	543 (II 19)
544 (XXVII 17)	Escipión se apodera de Cartagena	544 (II 20)
545 (XXVII 18)	Batalla de Baecula	545 (II 21)

546 (XXVII 17)	Escipión regresa a Tarragona	546 (II 21)
547 (XXVIII 3)	Batalla de Orongis	547 (II 21)
548 (XXVIII 12)	Batalla de Ilipa	548 (II 22)
548 (XXVIII 23)	Toma de Astapa	548 (II 23)
553 (XXX 45)	Triunfo de Escipión en Roma	553 (II 24)

* Fechas en años desde la fundación de Roma. Entre paréntesis, lugar de la *Ab urbe condita* en el que aparece citado, según la edición en latín de la Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1919-1959.

** Fechas en años desde la fundación de Roma. Entre paréntesis, lugar de la *Historia* en el que aparece citado.

Si la serie cronológica de la Segunda Guerra Púnica que proporciona Mariana, entonces, no coincide en su conjunto con la de Livio, ni tampoco con la de Ocampo ni con la de Morales, nos resta pensar lo siguiente: o bien que Mariana ha cometido errores de cálculo, o bien que se ha nutrido de fuentes distintas, antiguas y modernas, para crear su particular cuadro cronológico. Esto último nos introduce en una variable difícil de determinar. La hipótesis que nos resulta más congruente es que Mariana ha configurado la mayor parte de su cronología de acuerdo con la obra de Livio, pero no directamente desde el texto de Livio, sino del Livio del que hablan Ocampo y Morales. Desde esa perspectiva, al menos buena parte de las fechas que aparecen en Mariana según el formato romano no son propiamente extraídas del texto latino de Livio, sino que son el resultado de la operación que efectúa el jesuita al pasar las fechas en años antes de Cristo de Ocampo y Morales a fechas en años desde la fundación de Roma. Para realizar ese cálculo, utilizaría el mismo cómputo de 752 a.C. como fecha de fundación de Roma que ya usó al copiar la historia cartaginesa inventada por Ocampo.

De acuerdo con esa hipótesis, se entiende que las fechas de Mariana comienzan a coincidir con las de Livio desde el momento en que toma la pluma Morales, quien hizo una lectura del historiador romano distinta y más fiable que la de Ocampo. En ese sentido, no sería casual que Mariana omitiera la fecha en que los Escipiones fueron muertos en España, pues es el momento en el que se pone de manifiesto la divergencia entre Ocampo y Morales (véase el cuadro 3). Por un lado, Mariana pudo leer en Ocampo que Livio data la batalla en la que fueron muertos Meniacapto y Vismaro en el 211 a.C., y Julián Lucas en el 210 a.C., siendo esta última la interpretación que más

gusta a Ocampo³⁴⁰. A este respecto, Mariana se decanta por seguir a Livio, lo que supone, según sus cálculos a partir de lo dicho por Ocampo, datar dicha batalla en el 541 a.U.c. (II 16). Eso significaría, por otra parte, que poco después la cronología de Mariana, supuestamente en armonía con la de Livio, coincidiera con la de Morales, quien desde el principio de su obra deja claro cuál que su lectura de Livio difiere en un año menos de la que realiza Ocampo³⁴¹. Y en efecto, la cronología de Morales y la de Mariana son totalmente equivalentes³⁴², pero la coincidencia no se debe a una misma lectura de Livio, ya que la cuenta que del historiador romano arrastraba Mariana era la proporcionada por Ocampo, distinta en un año a la de Morales.

CUADRO 3

	Ocampo/Morales*	Mariana**	T. Livio***
Publio Escipión llega a Tarragona	213 (V 15)	214/538 (II 14)	537 (XXII 22)
Los Escipiones frenan a Asdrúbal en el Ebro	212 (V 22)	213/539 (II 15)	538 (XXIII 29)
Refuerzo de Asdrúbal Giscón	211 (V 30)	212/540 (II 16)	540 (XXIV 41)
Batalla en la que mueren Meniaproto-Vismaro	210 (V 34)	211/541 (II 16)	540 (XXIV 42)
300 caballeros españoles llegan a Roma	209 (V 40)	210/542 (II 17)	541 (XXIV 49)
Muerte de P. y G. Escipión	209 (V 46) 210 (VI 3)	Sin fecha (II 18)	542 (XXV 34-36)
Nuevas de Lucio Marcio en Roma	209 (VI 3)	209/543 (II 19)	543 (XXVI 2)
Escipión se apodera de Cartagena	208	208/544	544

³⁴⁰ F. de Ocampo, *Crónica* V 33.

³⁴¹ A. de Morales, *Crónica* VI 3.

³⁴² El único tramo en el que existe una diferencia entre ambos (206-204 a.C.) es cuando Morales se aparta momentáneamente de Livio. Morales plantea esa circunstancia y explicita su postura, lo que permite que Mariana, a través de Morales, pueda decantarse por continuar la cronología de Livio sin necesidad de consultarlo directamente.

	(VI 9)	(II 20)	(XXVII 17)
Batalla de Baecula	207	207/545	545
	(VI 15)	(II 21)	(XXVII 18)
Escipión regresa a Tarragona	206	206/546	546
	(VI 19)	(II 21)	(XXVII 17)
Batalla de Orongis	206	205/547	547
	(VI 21)	(II 21)	(XXVIII 3)
Batalla de Ilipa	205	204/548	548
	(VI 23)	(II 22)	(XXVIII 12)
Toma de Astapa	204	204/548	548
	(VI 28)	(II 23)	(XXVIII 23)
Triunfo de Escipión en Roma	199	199/553	553
	(VI 40)	(II 24)	(XXX 45)

* Fechas en años antes de Cristo. Entre paréntesis, lugar de la *Crónica* en el que aparece citado.

** Fechas en años antes de Cristo / desde la fundación de Roma. Entre paréntesis, lugar de la *Historia* en el que aparece citado.

*** Fechas en años desde la fundación de Roma. Entre paréntesis, lugar de la *Ab urbe condita* en el que aparece citado, según la edición de la Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1919-1959.

Entre el envío de 300 españoles a Italia y la recepción en Roma de las noticias de Lucio Marcio, se sitúa la derrota de los Escipiones y la consiguiente victoria de Marcio. Livio, como se ve en el cuadro 3, sitúa los tres primeros acontecimientos en tres años sucesivos, y como advierte Morales, no menciona cuándo tuvo lugar la victoria de Lucio Marcio³⁴³. Ocampo sólo habla de los dos primeros acontecimientos, en un mismo año y en seis capítulos³⁴⁴. Morales, aunque impreciso al pasar los años según el sistema de datación romano al sistema cristiano, lee correctamente la sucesión anual de Livio. Las fechas que ofrece Mariana, en este sentido, no coinciden con las de ninguno de los tres historiadores (Livio, Ocampo, Morales). La forma en la que cobra sentido la cronología de Mariana es equiparándola con la del Livio que el jesuita leyó en Ocampo y después en Morales. De este modo, en un primer momento, la cronología de Mariana

³⁴³ A. de Morales, *Crónica* VI 3.

³⁴⁴ F. de Ocampo, *Crónica* V 40-46.

corre paralela a la de Ocampo, en tanto que acumula distintos hechos en un mismo año, y a la del Livio que leyó en la *Crónica* del zamorano, pues para esos momentos la fechas de Mariana no coinciden realmente con las de Livio ni con la sucesión que éste establece en años distintos. Más adelante, la cronología de Mariana tiene su equivalencia en la secuencia de Morales y, por lo mismo, también en la de Livio. Al no indicar la fecha de la muerte de los Escipiones, Mariana evita la confrontación entre el Livio de Ocampo y el de Morales, si bien son éstos últimos las fuentes del jesuita y no el propio historiador romano.

Es lógico pensar que Mariana sabía de las diferencias entre Ocampo y Morales, y que de la erudición del segundo iba a obtener una succulenta información para la historia de la Hispania romana, sobre la que el primero no llegó a escribir. Esa circunstancia pudo haber contribuido a que Mariana se distanciase de Ocampo quien hasta el momento había sido su guía básica, y cuya cronología variaba con respecto a la de Morales, antes incluso de que la *Crónica* del zamorano finalizase. En efecto, así parece que sucede si comparamos el cuadro cronológico de uno y otro.

Ahora Mariana puede proceder con Morales de la misma forma que con Ocampo. Morales, al igual que Ocampo, presenta las fechas según el formato cristiano, mientras que Mariana continúa contabilizando los hechos desde el año de fundación de Roma. El cómputo para pasar las fechas precristianas de la *Historia* de Mariana a una fecha antes de Cristo lo establecimos en el 752, a partir del cual pudimos corroborar las semejanzas entre la obra de Mariana y la de Ocampo en la etapa de historia cartaginesa previa a las Guerras Púnicas. El mismo cómputo nos confirma, a su vez, las diferencias que existen entre Ocampo y Mariana en determinadas fechas de la Segunda Guerra Púnica. Una vez más, el contraste de la obra de Mariana con la de Morales refuerza la idea de que es el 752 a.C. el año de fundación de Roma que Mariana, y también Morales quien lee con acierto a Livio, tienen en mente.

Todo esto nos conduce, a su vez, a pensar en la gran deuda que la *Historia* de Mariana tiene con la *Crónica* de Morales, no sólo en lo que concierne a la cronología. A través de esta última, hemos visto que el Livio que aparentemente usa Mariana no es más que un reflejo de la erudición que manifiesta Morales en su obra.

7.2.4. *El comienzo de Morales*

Morales es un historiador más disciplinado que Ocampo y Mariana. El cordobés escrudiña uno a uno los textos clásicos que nos informan de la historia antigua de la Península Ibérica, los cita con notable fiabilidad, los contrasta y a su vez complementa con otros datos procedentes del registro arqueológico. Su visión de la historia de España no es muy distinta a la de los historiadores de su época, así como tampoco lo son algunas de las fantasiosas recreaciones históricas que aporta de su propio cuño. Pero a diferencia de Ocampo y de los autores que a éste siguen, como Garibay y Mariana, las interpretaciones de Morales suelen sostenerse en fuentes realmente existentes y que conoce de manera directa.

Dicho esto, no debería resultar extraño pensar que el texto de Mariana, presidido por la concisión y escaso en aportaciones innovadoras, tenga a la *Crónica* de Morales como guía básica. En lo que corresponde a la segunda parte de este libro segundo de la *Historia* que ahora analizamos, es decir, desde la muerte de los hermanos Escipiones hasta mediados del siglo II a.C., resulta difícil encontrar argumentos de Mariana que no sean planteados en la *Crónica* de Morales³⁴⁵. Piénsese, nuevamente, que Morales conoce bien las fuentes antiguas y sobre todo a Tito Livio, que para este período es un texto fundamental. Mariana también conoce, entre otras, la obra del historiador romano, pero dada la semejanza con la que a veces los historiadores modernos reproducen a los antiguos, no resulta fácil determinar hasta qué punto el jesuita sigue a unos u otros. El ejemplo que describimos a continuación ilustra bien esa dinámica.

Para el día en el que Escipión el Africano celebra su triunfo en Roma, señala Mariana que lo único que faltó para hacer al evento más distinguido fue la presencia del rey Sifax (II 24). A este respecto, en las fuentes clásicas encontramos cierta discordancia. No pocos autores afirman que el rey Sifax se hallaba entre los prisioneros de la procesión triunfal; Livio es el único que, por el contrario, considera que el rey núpida falleció antes de que se festejaran las hazañas de Escipión³⁴⁶. Así las cosas, podría pensarse que Mariana confió más en la noticia de Livio, o que fue simplemente al único que consultó para ese acontecimiento. No obstante, se observa que ya antes Morales procedió de la misma manera que Mariana. Más aún, Livio precisa que el lugar en el que muere Sifax es Tibur, mientras que Morales se limita a decir que murió «cerca de Roma», las mismas palabras que utiliza Mariana. Si cotejamos los textos de los dos

³⁴⁵ A. de Morales, *Crónica* VI y VII 1-33.

³⁴⁶ Livio XXX 45, 3-4. Cf. Polibio XVI 23; V. Máximo VI 2, 3; S. Itálico XVII 629; Tácito, *Anales* XII 38.

historiadores españoles, vemos que Mariana incluye información contenida en Livio, pero a través de la exposición de Morales³⁴⁷. Esa circunstancia se detecta no sólo en la exactitud de las palabras y de la cronología en las cuales coinciden Morales y Mariana, sino que la estructura narrativa y la organización de los contenidos en la que se inserta ese texto son también similares en la obra de uno y otro autor. Sin embargo, de aquí no puede concluirse que Mariana no acuda directamente a Livio. El jesuita incluye un detalle, el cognomen de uno de los cónsules romanos P. E. Peto, que Livio menciona en su obra pero que Morales no llega a nombrar.

En cualquier caso, ha de notarse que las similitudes entre la obra de Mariana y la de Morales predominan sobre las que pueden existir entre Mariana y los autores clásicos. Esa preferencia de Mariana por la obra del historiador cordobés puede verse a través del uso de las fuentes tanto escritas como, sobre todo, materiales.

Como ocurre igualmente cuando se compara a Mariana con Ocampo, las fuentes antiguas que el jesuita en raras ocasiones menciona y de las cuales supuestamente extrae la información son las mismas que se hallan, y citadas con mayor pulcritud, en la obra de Morales. Por ejemplo, como autor excepcional para la elaboración de una historia de la Península Ibérica, Mariana cita a Aulo Gelio para confirmar que Catón estuvo en Numancia. Pero no indica en qué lugar de la obra del escritor romano se encuentra esa referencia o cuáles son los argumentos que ahí se leen para deducir que Catón pasó por Numancia. Mariana simplemente señala: «Era grande el despojo, pero la dificultad de apoderarse de aquella ciudad [Sigüenza] tanta, que perdida la esperanza de salir con ello, [Catón] passo a Numancia, como se entiẽde de Aulio Gellio» (II 25). En realidad, Mariana sintetiza aquí a Morales, pero nos priva de la explicación y detallada información la cita literal de Gelio, inclusive que al respecto aporta el historiador cordobés³⁴⁸. Un caso similar se observa más adelante, cuando al tratar de la fundación

³⁴⁷ A. de Morales, *Crónica* VI 40: «Neyo Cornelio Lentulo y Publio Aelio fueron cónsules el año siguiente, que es ciento y noventa y nueve ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor. Y siendo concluida del todo esta segunda guerra que los romanos trujeron con los cartagineses, Escipión entró en Roma con solemnísimo triunfo, en el qual habia de meter cautivo al rey Siface, mas muriose cerca de Roma, ántes que Escipion triunfase». El texto de Mariana: «Todo esto succedio el año que se contaui quinientos y cinquenta y dos de la fundacion de Roma. El qual año passado, y venido el siguiente [199 a.C.], Cornelio Scipion de Africa bolvio a Roma, con renombre del mas famoso capitan que se conociesse en el mudo. Otorgaronle que triumphasse de Carthago, siendo a la saçon cónsules Gneio Cornelio Lentulo, y P. Elio Peto. El triumpho fue en todo de los mas señalados del mundo, solo faltò el rey Siphaz para ennoblecelle mas, con lleuar en la pompa encadenado vn rey tan poderoso: ca fallecio cerca de Roma» (II 24).

³⁴⁸ A. de Morales, *Crónica* VII 10: «Pues Marco Caton no estuvo mas que esta vez en España, es forzoso creer que llegó a Numancia, y estuvo en aquella ciudad. La causa que le movió á ir allí no sabemos enteramente si fuese paz ó guerra: mas sabemos cierto que estuvo allí: pues alega Aulo Gelio un razonamiento [en nota al pie: «En el lib. 16, c. I.»] que hizo en aquella ciudad á su gente de caballo,

de Córdoba, Mariana aparenta apoyarse en la autoridad de Estrabón y Silio Itálico (II 26), cuando en realidad sus argumentos y recursos son un resumen de la pormenorizada exposición que sobre los orígenes de su ciudad natal desarrolla Morales³⁴⁹. En otras ocasiones en las que Mariana no cita fuentes, también se observa su dependencia con respecto a la *Crónica* de Morales, por ejemplo en el caso de la fundación de Itálica, que el cordobés extrae de Apiano (II 23)³⁵⁰.

Otro de los aspectos en los que la sombra de Morales se refleja sobre la *Historia* de Mariana es en la introducción de documentación arqueológica. Es desde el momento en el que comienza la *Crónica* del anticuario Morales, finales del siglo III a.C., cuando Mariana empieza a introducir en su *Historia* piezas numismáticas y epigráficas de tiempos romanos.

Las primeras monedas de las que habla Mariana en su *Historia* son las que asocia al nombre de Catón (II 25) y al de los pretores Albino y Graco (II 26). En ambos casos se trata, sin duda, de información extraída de la *Crónica* de Morales³⁵¹. No obstante, en cuanto a las monedas de Catón, Mariana introduce el nombre de un autor, Víctor, que no aparece en el texto de Morales. Según éste, en las susodichas monedas se representa en el anverso la figura de Catón con su nombre, y en el reverso se lee la leyenda *Victoria Victrix*. Morales vincula ese epígrafe con el templo a la Victoria que dedica Catón en Roma, como se lee en Livio³⁵². Piensa Morales que con la fundación de ese templo se conmemora el triunfo de Catón en Ampurias. Livio, sin embargo, dice que el templo está dedicado a la *Victoriae Virginis*, con lo cual, para que la información del historiador romano se ajuste al hallazgo numismático, Morales cree que el texto de Livio está equivocado³⁵³. Independientemente de la interpretación de Morales, e incluso de la existencia de tales monedas, interesa aquí observar que Mariana se hace eco de los mismos argumentos del cronista oficial. Pero el jesuita no reconoce apoyarse en Morales, como en realidad hace, sino en Livio y en Víctor:

donde les dijo aquella notable sentencia muy digna de memoria... Y esta es la mas antigua mención que hay en la historia romana desta ciudad, de quien tanta la ha de haber despues». Ver A. Gelio XVI 1, 3.

³⁴⁹ A. de Morales, *Crónica* VII 31.

³⁵⁰ A. de Morales, *Crónica* VI 36.

³⁵¹ Apiano, *Sobre Iberia* 38; A. de Morales, *Crónica* VII 12 y 24-25.

³⁵² T. Livio XXXV 9, 6: «*Iisdem diebus aediculā Victoriae uirginis prope aedem Victoriae M. Porcius Cato dedicauit, biennio postquam uouit*» (en T. Livii Patavini, *historiarum ab urbe condita*, fol. 337r).

³⁵³ A. de Morales, *Crónica* VII 12: «En todos los libros de Tito Livio no dice que intituló Caton este templo *Victoriae Victricis*, que quiere decir de la Victoria Vencedora, sino *Victoriae Virginis*, que quiere decir de la Victoria Virgen, y ha de decir necesariamente y por fuerza *Victoriae Victricis*».

«En Roma, por voto que hizo en Ampurias, [Catón] dedicò dos años adelante vna capilla, con aduocacion de Victoria Virgen, como se lee en Liuius, y lo refiere Victor en vn librito de las regiones de la ciudad de Roma. Pero las monedas, que se hallan muchas en España acuñadas con el nombre de Caton, tienen grauadas estas palabras. Victoriae Victrici, a la Victoria Vencedora. por lo qual se sospecha que la letra en aquellos dos autores esta errada» (II 25).

No sabemos exactamente quién es ese Víctor del que habla Mariana. Entre las fuentes que utiliza en su obra, con tal nombre únicamente se cuentan Sexto Aurelio Víctor y la *Crónica* de Víctor de Túnez. Este último escribió una historia universal hasta su tiempo presente, de la cual, sin embargo, sólo se ha conservado la última parte, el período que comprende los siglos V y VI. Sabemos que Mariana poseyó una copia manuscrita de esa *Crónica*³⁵⁴, la cual circuló a su vez en distintas copias por las manos de historiadores como Zurita, Ocampo o, a través de éste, Morales³⁵⁵. No obstante, se desconoce que Víctor, obispo de Túnez, hubiera escrito también un libro sobre la antigua Roma y al que Mariana hubiera tenido acceso. Es más probable que el jesuita aluda a Sexto Aurelio Víctor. La *editio princeps* de este historiador romano fue publicada en 1579 por André Schott, quien creó un corpus con diferentes textos entre los cuales pudo Mariana hallar alguna referencia al culto a Victoria³⁵⁶.

7.3. Los españoles: entre Cartago y Roma

El final de la Segunda Guerra Púnica se salda con la victoria de los romanos, que a partir de ese momento comienzan a extender su dominio sobre el territorio peninsular. A los ojos de los historiadores del siglo XVI estamos, pues, ante un nuevo proceso de invasión externa, sin una suerte de respiro para los españoles que son los ocupantes naturales del suelo en discordia. ¿Cómo interpreta Mariana esa situación de los españoles, entre cartagineses y romanos?

En principio, desde un primer momento los cartagineses son considerados por Mariana como ocupantes indeseados, rechazados por la población nativa y calificados

³⁵⁴ G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice VII, 2.

³⁵⁵ J. Pastor, *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días*, t. 1, J. Gimeno, Valencia, 1827, p. 177.

³⁵⁶ Quizá a partir de una de las notas que escribió Schott al final de la publicación: *Sex. Avrelii Victoris Historiae Romanae Breviarium*, Plantino, Amberes, 1579, p. 210. Sobre la difusión y los contenidos de esta obra, A. Momigliano, "Some Observations on the 'Origo Gentis Romanae'", *The Journal of Roman Studies* 48, 1-2 (1958), pp. 56-73.

con una serie de adjetivos peyorativos que apuntan a su carácter cruel, codicioso y traicionero. Esa repulsa, entonces, como mínimo invita a que los autóctonos acepten de buena gana el hecho de que los cartagineses, conquistadores de la Península Ibérica, sean a su vez combatidos por los romanos. En efecto, en el relato de la *Historia* que cubre el tiempo de la Segunda Guerra Púnica se aprecia un odio hacia a los cartagineses que es directamente proporcional con la amistad que se prodiga hacia los romanos. Pero no se trata de un simple reflejo, o de una reacción por defecto, sino que en los españoles, según Mariana, existe una conciencia de que eso sea así. Ya hemos comentado el texto del jesuita en el que los pueblos del norte peninsular dieron una contundente respuesta negativa a los esfuerzos de los romanos por establecer con ellos alianzas. Ese pasaje, que de forma ambivalente lo extrae de fuentes antiguas y modernas, lo culmina Mariana de la siguiente manera: «Lo cierto es, que diuulgada que fue esta respuesta, todas las demas ciudades por aquella parte los despidieron cō la misma libertad y befa» (II 10). Una vez más, el jesuita alude a la libertad de los españoles que les es connatural, e insiste aquí en ello con el ánimo de preservar la voluntad de los mismos ante el desarrollo de los sucesos venideros, que es la conquista romana de Hispania.

Tras esos primeros infructuosos intentos por conseguir la amistad de los españoles, la suerte de los romanos cambia conforme transcurre el conflicto con los cartagineses. Con la llegada de Gneo Escipión a la Península Ibérica, aquellos tenaces pueblos del noreste son los primeros en ceder al poder romano (II 12), el cual en poco tiempo se extendió y también obtuvo la lealtad de los celtiberos (II 13). Tanto es así, que el plan de Asdrúbal de viajar a Italia para apoyar a su hermano Aníbal, podría ser «occasion que muchos en España se inclinassen al partido de los Romanos» (II 15). La razón por la que existía esa disposición a aliarse con los romanos, como de hecho se había efectuado en el noreste peninsular, la repite Mariana más de una vez, así como su insistencia en la autonomía de los españoles: «por el aborrecimiento que tenian a los Carthagineses, de buena gana mudauan partido y aliança» (II 12); «los Españoles, que por el aborrecimiēto que tenian a los Carthagineses, y por lleuallos por fuerça a empresa tan lexos, se afficionauan a los Romanos» (II 15). De esta forma, los ciudadanos de uno de los bastiones principales del dominio cartaginés en la Península, Cástulo de donde era originaria Himilce, la esposa de Aníbal, se rebelaron y expulsaron a los cartagineses, «por odio de aquella nacion, y estar cansados de su señorío» (II 16). Mediante esa animadversión, Mariana no sólo incide en la libre voluntad de los

españoles por deshacerse de los cartagineses, sino también en el papel determinante que esa actitud tiene para el desenlace de la guerra. Los ejércitos cartagineses pierden las batallas cuando los españoles se pasan al bando romano. Así ocurre en los conflictos que tienen lugar en suelo hispano, pero también en la campaña de Aníbal en Italia:

«Arpos ciudad de la Pulla, la qual despues de la rota de Cannas, faltó y se passo a Anibal, fue tomada por el esfuerço del consul Quinto Fabio: y juntamente mil españoles que tenia de guarnicion, por grandes promessas que les hizieron, mudaron partido y siguieron el de Roma. Principio aunque pequeño, que dio esperança a los Romanos de deshazer por aquel camino al orgulloso enemigo, y les puso en pensamiento, como lo hizieron, de escriuir a los Scipiones, que lo mas en breue que ser pudiesse, embiassen a Italia algunos señores Españoles, para por su medio grangear los demas Españoles que andauan en el campo de Anibal: en los quales entendian consistia la mayor fuerça y esperança de los Carthagineses sus enemigos» (II 16).

La creciente amistad de los españoles con los romanos, en contraste con la relación mantenida con los cartagineses, comenzó con la llegada de los hermanos Escipiones. Una vez muertos, en memoria de ellos fue construido en Tarragona un sepulcro, «por ventura los naturales y los soldados, para muestra del mucho amor que les tenían». De Gneo Escipión dice Mariana que fue «el primero de los Romanos que con su buena traça y affabilidad ganó el fauor y voluntades de los naturales» (II 18). Aquellos primeros contactos se consolidaron aún más cuando embarcó en la Península Escipión el Africano (II 20), que culminó la hazaña de expulsar a los cartagineses de Hispania (II 21-22).

Ese proceso que va desde el recelo hasta la afición de los pueblos peninsulares por los romanos culmina cuando, una vez extinguido el yugo cartaginés, se hace evidente que las intenciones de Roma son las mismas que las de Cartago. En el momento en el que los romanos actúan sobre el suelo hispano con las manos libres, los españoles, según Mariana hasta entonces más pendientes de deshacerse de los cartagineses, «cayeron aunque tarde en la cuenta, que las guerras que los Romanos emprendieran, no se encaminauan a restituyellos en su libertad, sino a ensanchar su señorío, y a su prouecho» (II 25). Dado que Mariana reiteradamente incide en la libre adhesión a Roma, esta es la forma que tiene el jesuita de asumir la conquista romana sin menoscabo de la esencia del sujeto de su *Historia* o, en otras palabras, la libertad del pueblo español, siempre existente de un modo u otro.

Hablamos de “españoles”, de la manera en que concibe Mariana su *Historia*. Inmediatamente después de la victoria frente a los cartagineses, los romanos comenzaron a enviar gobernadores a la Península Ibérica. Aquí ve Mariana despertarse una conciencia nacional contra el, ahora, invasor romano. Dice Mariana que «contra estos gouernadores se leuantarō los Españoles en diuersas partes», lo que suponía una grave amenaza para el poder romano, «por estar los naturales no diuididos como antes, por los Romanos, y contra ellos, ni pugar solamente por echar de su tierra los Carthagineses, sino que toda la nacion estaua vnida, con intento de recobrar la antigua gloria de las armas, y la libertad que solian tener» (II 25).

Vemos entonces cómo, en definitiva, la actitud hacia los romanos ha ido cambiando hasta, finalmente, considerar Mariana que «los Españoles aborrecian el imperio de los Romanos» (II 25). Más importante que esas mutaciones, nos parece, es la lectura de Mariana de un sujeto histórico los españoles o naturales que se ha mantenido incólume durante todo ese proceso en su carácter esencial, en la libertad como pueblo común que le caracteriza. Ahora es cuando comienza realmente la conquista romana de Hispania, y como se prevé por las palabras que adelanta Mariana, no resulta tarea fácil. A esa empresa le dedica Mariana el libro tercero de su *Historia*, a lo que a sus ojos constituye la resistencia española a la conquista romana.

Y no hay mejor forma de singularizar y advertir el mensaje de ese libro tercero, que comenzar con los primeros conflictos de Roma con Numancia (III 1). Tal vez ese planteamiento es el que condujo a Mariana a colocar, después de anunciar el final de la Segunda Guerra Púnica (II 24), los capítulos que hablan de los primeros gobernadores que envía Roma a Hispania y la división de la Península en dos provincias, al final del libro segundo (II 25-26). Aquí Mariana narra, entre otras, las acciones bélicas emprendidas por Catón con el ánimo de aplacar la ardiente llama de resistencia española. A pesar de lo cual, Mariana salva al procónsul de la imagen negativa con la que el jesuita dibuja la invasión romana que oprime la libertad española: «Despues desto, por toda la vida [Catón] tomò y tuuo a España debaxo de su protectiō y amparo, y la defendio de todo agrauio. Que proprio es de grandes varones, qual fue Caton, vengar las injurias con buenas obras, y passada la contienda vsar de benignidad para con los caydos» (II 25). De este modo, Mariana parece tratar de armonizar su defensa de la historia española con su simpatía por la figura del conservador romano, cuya labor fue

admirada aún más por Morales, de quien probablemente extrae el jesuita aquella imagen de Catón³⁵⁷.

En efecto, de Morales no sólo obtiene Mariana los datos. La visión de la historia hispana de Ocampo era, en ciertos momentos como aquél en el que los españoles aparecen como fundadores de Roma, difícil de creer y poder ser defendida. Mariana se aprovechó de la erudición del zamorano, pero evitó los excesos de su patriotismo presentando los hechos con un concepto de España más moderado, conciso y aprehensible. En la obra de Morales, sin embargo, además de rigor metodológico, se halla una idea de la historia antigua más ajustada a la del jesuita, basada en la creencia de que el pueblo español lucha a través de los siglos por recobrar su libertad originaria. Este último elemento es el que enfatiza sobremanera Morales, menos dado que Ocampo a falsear hechos y fuentes. En este sentido, la imagen que de los romanos expone Mariana en su segundo libro, tal y como la hemos descrito anteriormente, no varía demasiado de la que se desprende de Morales.

Antes de comenzar propiamente el relato de su *Crónica*, señala Morales que «España estaba sujeta y tiranizada por los cartagineses que ya mas de doscientos años atrás habían entrado en ella»³⁵⁸. Para Morales la conquista romana es un nuevo yugo a la originaria libertad española. Indíbil y Mandonio «se dolían de la servidumbre de España, en que romanos la tenían, y que deseaban restituirla en su antigua libertad que tuvo, ántes que cartagineses la señoreasen»³⁵⁹. Esas eran, por un lado, las verdaderas

³⁵⁷ A. de Morales, *Crónica* VII 11:

«Y aunque Marco Caton sujetó con tanta aspereza á los españoles, despues fue siempre en Roma su verdadero patron y amparo en todas las cosas que allá se les ofrecían, para dar órden que como negociase bien, y se les hiciese todo buen tratamiento y merced en el senado: procurando tambien se les deshiciesen los agravios con los que los pretores y los oficiales los hubiesen maltrado. Esto parecerá luego en esta corónica por algun ejemplo. Y tomó Caton tan de veras esta defensa de los españoles, que, como Marco Tulio refiere, tuvo en Roma grandes enemistades por esto con muchos. “Mostró en esto su generoso ánimo; cuyo es propio tratar al enemigo con ferocidad hasta vencerlo, y con blandura y misericordia habiéndolo vencido”»

Morales convierte el conflicto de intereses de la élite política romana, de la que Catón fue protagonista principal, en un debate partidista en defensa de la patria hispana. El ejemplo al que se refiere Morales en el texto arriba citado es el proceso que más tarde mantuvo Catón con Galba, del que dice el historiador cordobés (VII 46):

«Este año se trató en Roma de la traición y crueldad que Servio Sulpicio Galba en España habia hecho. Acusáronle Lucio Escribonio Libo, tribuno del pueblo, y tambien Marco Caton, perseverando en amparar y defender los españoles como siempre solia. Mas al fin paró todo en que Galba fué dado por libre; porque en esto paraban siempre los daños y crueldades que los pretores romanos hacían en España».

³⁵⁸ A. de Morales, prólogo.

³⁵⁹ A. de Morales, *Crónica* VI 38: «Este fin hubieron los dos valerosos caballeros españoles Indibil y Mandonio, ó matándolos su ambicion, ó muriendo generosamente por la libertad de España». El gesto de resistencia representado por las figuras de Indíbil y Mandonio es valorado por Mariana de la misma forma que Morales, a caballo entre la denuncia de la ambición personal y la aprobación de la lucha por la causa

intenciones de los romanos, que ya no pudieron ocultarlas una vez fueron expulsados los cartagineses, y por otro lado, las «causas de los ordinarios movimientos de España contra los romanos, que no nuestra natural inquietud y deseo de novedades, con que Tito Livio y otros autores romanos nos infaman»³⁶⁰. Los romanos eran, entonces, gentes crueles que hacían uso de la injusticia «y de la tiranía con que fatigaban la triste España»³⁶¹, de ahí que no hubiera un palmo de suelo hispano que no estuviera presto a rebelarse: «nuestra inquietud natural, y el grande amor que todos los hombres tienen de su libertad; las cuales dos cosas forzaban entónces á nuestros españoles rebelarse contra los romanos tan á menudo»³⁶².

Así pues, el sujeto que persigue Mariana en su *Historia*, los españoles de la Antigüedad, está espléndidamente planteado en la *Crónica* de Morales. El cordobés, que en algunos momentos hace una encomiable crítica de las fuentes antiguas, tiene también la habilidad de convertir la historia de Roma que esas fuentes describen en historia de España, y así afirmar que:

«en general es cierto, sin que se deba dudar en ello, que ó todas, ó muchas de las buenas cosas que los romanos en España hicieron, las acabaron con grande y muy señalada ayuda de los españoles, de que siempre traian en sus ejércitos gran número. Y así desde ahora para adelante, y para todo lo pasado, se debe considerar que no se cuenta en esta corónica hazaña señalada de los romanos en España, en que no tengan, por lo que he dicho, los españoles muy gran parte de la gloria: sino que sus historiadores nunca hacen cuenta desto, aunque por ser cosa tan cierta y verdadera no se puede encubrir»³⁶³.

común: «En España, Mandonio y Indibil bolvierō a sus mañas, y con intento de recobrar la libertad, o fuesse por ambiciō de hazerse reyes, se leuataron» (II 24).

³⁶⁰ A. de Morales, *Crónica* VII 1.

³⁶¹ A. de Morales, *Crónica* VII 28.

³⁶² A. de Morales, *Crónica* VII 51.

³⁶³ A. de Morales, *Crónica* VII 14.

8. LIBRO III: CONQUISTA ROMANA

Este tercer libro, repleto de acciones bélicas, está dedicado íntegramente a la conquista romana de la Península Ibérica. El protagonismo reside principalmente en la resistencia de los pueblos hispanos. Mariana relata un siglo y medio de lucha que comienza con los preámbulos al asedio a Numancia a mediados del siglo II a.C. y termina con la tenacidad de los cántabros ante los esfuerzos de Augusto por someterlos.

8.1. Numancia en el foco

8.1.1. Razones de un libro

Mariana comenzó a narrar el proceso de conquista romana peninsular en los últimos capítulos del libro segundo de su *Historia* (II 23-26). Un momento clave de ese proceso lo constituye la toma de la ciudad de Numancia, con el que Mariana abre el libro tercero: «Del principio de la guerra de Numancia» (III 1). No obstante, esa guerra tiene lugar más adelante, cuando Mariana propiamente cuenta su desenlace (III 6-10). El jesuita remonta los orígenes de lo sucedido en Numancia a unos años antes, lo que le permite dar cierto significado de conjunto a los hechos que preceden a la conquista de la ciudad arévaca, además de incrementar la importancia de dicho acontecimiento. Un caso paralelo a Numancia puede observarse en Sagunto, ciudad en torno a la cual Mariana, como ya vimos, hace girar la conquista cartaginesa.

Fue Ambrosio de Morales quien, en su *Crónica*, hizo gala de lo innovador del argumento al retrotraer los comienzos de la guerra numantina a casi un par de décadas antes de la toma de la ciudad por Escipión Africano³⁶⁴. Morales reclama a su vez la importancia que este suceso tiene para la historia de España, y señala lo siguiente: «Ahora seguirán otros tiempos en que nuestros españoles se hubieron valerosamente en vencer y desbaratar los romanos... Entra, pues, el año ciento y cincuenta y uno [a.C.]... siendo harto señalado este año, para las cosas de España, por haberse comenzado en él la guerra de los romanos con nuestros numantinos»³⁶⁵.

³⁶⁴ A. de Morales, *Crónica* VII 34. Cf., por ejemplo, E. de Garibay, *Compendio historial* VI 9.

³⁶⁵ A. de Morales, *Crónica* VII 34.

Mariana sigue, al igual que al final del libro segundo, teniendo la obra de Morales como punto de partida³⁶⁶. De manera significativa, no obstante, el jesuita coloca ese capítulo acerca de los antecedentes de la guerra de Numancia al comienzo del libro tercero de la *Historia* (III 1), mientras que para Morales es el relato tradicional de la guerra numantina, y no los preámbulos de la misma, razón suficiente para comenzar un nuevo libro de la *Crónica*³⁶⁷.

8.1.2. Fuentes antiguas

No obstante esa voluntad de Mariana por configurar su texto de una manera particular, los contenidos de los que se compone son muy similares a los del escrito de Morales. La fuente fundamental, y la única que ofrece un relato continuado para este período que abarca las guerras celtíbero-lusitanas (155-133 a.C.), incluida la toma de Numancia, es el historiador Apiano de Alejandría. Su libro *Sobre Iberia* se ha conservado de manera íntegra a través de un buen número de manuscritos y se halla editado desde la década de los cincuenta del siglo XVI. Cecilio Secundo Curio lo tradujo al latín en 1554³⁶⁸ y tres años más tarde el francés Henri Estienne (1531-1598) también conocido como Enrico Stephano lo editó en griego³⁶⁹.

En su *Crónica*, Morales construye una narración que es, con frecuencia, una traducción al castellano de la obra de Apiano. A su vez, el contraste entre los textos de Morales y Mariana sugiere que el jesuita accede al historiador de Alejandría a través de la *Crónica* más que por una lectura propia. Morales nos revela que ha usado una traducción latina de Apiano³⁷⁰, es decir, la de Cecilio Secundo (1554). Obsérvese que el historiador cordobés denomina “Africano” al caudillo lusitano a quien Apiano llama “Púnico”, y es precisamente el que viene en la *Crónica* el que utiliza Mariana en su *Historia*. Por otro lado Mariana, como Morales, convierte los nueve mil romanos que mató César, según Apiano, en diez mil (III 1)³⁷¹. Estas últimas, no obstante, no son

³⁶⁶ El libro tercero de la *Historia* de Mariana se corresponde con la segunda parte del libro séptimo (desde el capítulo 34) y el libro octavo de la *Crónica* de Morales.

³⁶⁷ A. de Morales, *Crónica* VIII 1.

³⁶⁸ Appiani Alexandrini Romanarum Historiarum... De bellis Hispanicis liber, Caelio Secundo Curione traduttore, H. Frobenius y N. Episcopius, Basilea, 1554, pp. 447-493.

³⁶⁹ ΕΚ ΤΩΝ ΕΚΗΣΙΟΥ, ΑΓΑΘΑΡΧΙΔΟΥ, ΜΕΝΟΝΟΣ ιστορικών ἐκλογαί. ΑΠΠΙΑΝΟΥ Ιβηρική καὶ Ἀννιβαική. Ex Ctesia, Agatharcide, Memnone excerptae historiae. Appiani, Iberica. Item, De gestis Annibalis, H. Estienne, Génova, 1557.

³⁷⁰ A. de Morales, *Crónica* VII 49.

³⁷¹ A. de Morales, *Crónica* VII 36; Apiano, *Sobre Iberia* 56.

interpolaciones de los historiadores españoles a la fuente antigua, sino que en la edición de Apiano de 1554 los romanos fallecidos son diez mil y al lusitano se le denomina «*Afro duce*»³⁷².

En cuanto a Tito Livio, representante de la historiografía oficial romana, de su obra sólo nos quedan las *Períocas* de los hechos concernientes a la segunda mitad del siglo II a.C. en adelante. Esos resúmenes habían sido publicados ya en el siglo XV (J. A. Bussi, Roma, 1469), y se incluyen en la edición de Carlo Sigonio del siglo siguiente³⁷³. Morales reconoce que de Livio se han perdido los libros correspondientes a la guerra de Numancia³⁷⁴, y en varias ocasiones da muestras de que consulta las *Períocas* del historiador romano. Morales usa esos resúmenes en la medida de lo posible, pero no es mucha la información que de ellos obtiene. De manera que cita a Livio cada vez con menos frecuencia, y dejará de serle útil después del primer cuarto del siglo I a.C. Mariana, en este libro III de su *Historia*, no cita al historiador romano ni una sola vez, aunque incluye algunos datos tomados directamente de Livio y otros a través de Morales.

Tampoco cita Mariana a Polibio. Éste es quien narra, entre otros acontecimientos, la “guerra de fuego” emprendida por los celtíberos contra los romanos³⁷⁵. Pero esta parte de la obra del historiador megalopolitano, de la que probablemente se sirvió Apiano, se ha conservado de manera fragmentaria. Los hechos de la obra de Polibio que aquí nos ocupan pertenecen a la colección manuscrita conocida como *Excerpta Constantiniana* del siglo X, parte de la cual *De legationibus* se edita por primera vez, por Fulvio Orsini, en 1582³⁷⁶. No obstante, manuscritos de los *Excerpta* corrían por España en la segunda mitad del siglo XVI. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), embajador de Carlos V en Italia, y el bibliófilo Juan Páez de Castro manejaron el manuscrito *De legationibus* que fue más tarde depositado en El Escorial y del que dependen las copias del mismo hoy existentes, reproducciones imprescindibles ya que el original fue destruido en un incendio del monasterio madrileño en 1671. Una copia de aquel manuscrito que incluía los fragmentos de la obra no sólo de Polibio, sino también de otros historiadores que

³⁷² Appiani Alexandrini Romanarum Historiarum... *De bellis Hispanicis liber*, Caelio Secundo Curione traduttore, p. 472.

³⁷³ T. Livii Patavini, *historiarum ab urbe condita*, fols. 466v-478v.

³⁷⁴ A. de Morales, *Crónica* VII 34. Nótese que este capítulo de la *Crónica* de Morales se corresponde con el primer capítulo del libro III de la *Historia* de Mariana.

³⁷⁵ Polibio XXXV 1.

³⁷⁶ A. Momigliano, “Polibius’ Reappearance in Western Europe”, en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Wesleyan University Press, Middletown, 1977 (1973), pp. 79-98.

escribieron en griego como Apiano o Diodoro, había caído en manos de Alvar Gómez de Castro, muerto en 1580. Esa copia la adquirió Antonio de Covarrubias en la almoneda de libros de Alvar Gómez³⁷⁷. En 1581, al menos dos copias del *De legationibus* pasaron a poder de André Schott, en esos momentos en Toledo³⁷⁸. Desde Tarragona, el arzobispo Antonio Agustín tuvo noticia de los códices que contenían información de la obra de Polibio y otros historiadores antiguos. A través de copias realizadas por los helenos Antonio Calosinás y Andrés Darmario, Agustín estudió y realizó anotaciones sobre esos textos, y de hecho sus copias personales, enviadas a Roma, fueron las que utilizó Orsini para publicar en Amberes, en 1582, aquella edición de los *Excerpta*³⁷⁹.

A pesar de formar parte de ese circuito intelectual que comercia con perlas de la literatura clásica, ni Morales ni Mariana incluyen en sus obras información de los libros de Polibio que se conservan de manera fragmentaria. Todavía para hechos concernientes a finales del siglo III a.C., Morales afirma que el resto de la obra de Polibio se ha perdido³⁸⁰. Con lo cual, probablemente el cordobés no llegó a conocer más allá del libro XVII de las *Historias* del historiador megalopolitano, que es hasta donde se hallaba editado en el momento en el que compuso su obra³⁸¹. Cuando se publicaba la primera parte de la *Crónica* de Morales, en 1574, Agustín trabajaba en una parte de las copias manuscritas de la obra de Polibio y estaba a la espera de otra³⁸². En el momento en el que esos manuscritos, a través de Orsini, se editan en Amberes en 1582, Mariana podría tener ya avanzada la redacción en latín de su *Historia*. No obstante, ésta la imprime Mariana diez años más tarde, y desde antes de 1580 circularon por las manos de Alvar

³⁷⁷ G. de Andrés, “El helenismo del canónigo toledano Antonio de Covarrubias. Un capítulo del Humanismo en Toledo en el s. XVI”, p. 292.

³⁷⁸ G. de Andrés, “El cretense Antonio Calosinás, primer copista del código escurialense de *legationibus*”, *Erytheia* 11-12 (1990-1991), pp. 102-103.

³⁷⁹ *EK TΩN ΠΟΛΥΒΙΥ ΤΟΥ ΜΕΓΑΛΟΠΟΛΙΤΟΥ ΕΚΛΟΓΑΙ ΠΕΡΙ ΠΡΕΣΒΕΙΩΝ. Ex libris Polybii Megalopolitani selecta De legationibus et alia*, Plantino, Amberes, 1582. En la epístola preliminar, Orsini señala la procedencia de los manuscritos: «Ant. Augustinus Archiepiscopus Tarraconensis, omnis politoris doctrinae vindex, & assertor, misit ad me superioribus annis Polybii fragmenta quaedam». Los textos de Polibio comprenden las 294 primeras páginas. También se incluyen extractos de Dionisio de Halicarnaso, Diodoro Sículo, Apiano de Alejandría y Dion Casio.

³⁸⁰ A. de Morales, *Crónica* VI 32 y VII 6. Morales, en esta parte de su *Crónica*, solamente cita a Polibio para conjeturar que el megalopolitano acompañó a Escipión en Numancia (VI 10) y escribió una obra aparte dedicada a la guerra de Numancia (VIII 7), como señala Cicerón (*Epistulae ad Familiares* V 12, 2).

³⁸¹ *Polybii Megalopolotani Historiarum libri priores quinque, Nicolao Perotto Episcopo Sipontino interprete. Item Epitome sequentium librorum usque ad decimum septimum, Wolfango Musculo interprete*, J. Hervagen, Basilea, 1549.

³⁸² C. Gallardo, “Antonio Agustín y los filólogos italianos: una relación de amistad y mutua colaboración”, *Myrtia* 2 (1987), p. 35.

Gómez, Antonio de Covarrubias y André Schott, en Toledo, varias copias manuscritas del *De legationibus* con los fragmentos de Polibio.

Una circunstancia un tanto similar se puede observar con respecto a otro historiador griego que, a través de los fragmentos conservados de su obra, narró hechos de la historia hispana que ahora nos ocupa. En la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo, quien también habla de una “guerra de fuego” celtibera³⁸³, se pueden corroborar muchos de los hechos que relata Apiano. Además, puesto que Diodoro parece recoger la información de una tradición Posidonio diferente a la de Apiano, también en su obra hallamos datos distintos a los del historiador de Alejandría y algunos que sólo conocemos a través del historiador siciliano, como es el del matrimonio de Viriato con Ada.

La historia de los fragmentos de la obra de Diodoro es intrincada, y hasta el siglo XX se han ido incorporando en ediciones más completas extractos hasta entonces inéditos, algunos de ellos preservados en códices escurialenses³⁸⁴. Los fragmentos de la *Biblioteca Histórica* se han conservado fundamentalmente a través de dos tradiciones manuscritas: los *Excerpta Constantiniana* y la *Biblioteca* (o *Miriobiblon*) escrita en el siglo IX por el patriarca bizantino Focio. En los primeros, especialmente entre ellos los conocidos como *De legationibus* y *De Virtutibus et Vitiis*, se concentra la mayor parte de los fragmentos de Diodoro y también de los datos que aquí nos interesan de su *Biblioteca Histórica*, como es el libro XXXIII en el que se narra la historia de Viriato con el episodio de su matrimonio³⁸⁵. De los *Excerpta*, no obstante, ya hemos dicho que una parte de los mismos *De legationibus* fueron publicados por Fulvio Orsini, incluyendo textos tanto de Polibio como de Diodoro, en 1582. Una fecha tardía para que Mariana, y sin duda Morales, los pudieran haber utilizado en sus respectivos escritos históricos, a pesar de que antes de ser editados ya habían circulado en copias manuscritas por España.

Por otro lado, en la *Biblioteca* de Focio se halla un número considerable de fragmentos correspondientes a los libros perdidos de la obra de Diodoro. Aunque entre esos extractos no hay tanta información que haga referencia a los sucesos ocurridos en

³⁸³ Diodoro XXXI 40.

³⁸⁴ De los cuarenta libros que componen la *Biblioteca Histórica*, hasta el día de hoy sólo han sido traducidos al castellano los diecisiete primeros, por la editorial Gredos. Sí hay una traducción, acompañada del texto en griego, ceñida a todo lo concerniente a la Península Ibérica en la obra completa de Diodoro, en M^a Nieves Muñoz, *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, Universidad de Granada, Granada, 1976.

³⁸⁵ Diodoro XXXIII 7, 1-6.

la Península Ibérica como en la colección de los *Excerpta*, merece la pena repasar la evolución manuscrita de la *Biblioteca*. Fundamentalmente porque en ella se encuentra un pasaje, entre otros pertenecientes a la obra de Diodoro, sobre Viriato que no tiene parangón en el resto de manuscritos diodoreos, y Mariana fue uno de los que, durante el siglo XVI, contó con el privilegio de conocer la rica enciclopedia del patriarca bizantino en la que se reproducían extractos de casi trescientos autores antiguos y medievales.

Comencemos por decir que, en 1559, Henri Estienne editó en Ginebra los libros que se conservaban completos de Diodoro junto con algunos fragmentos del historiador griego extraídos de un manuscrito de la *Biblioteca* de Focio. En 1604, L. Rhodoman publicó en Hanau una nueva edición de Diodoro a partir del texto de Estienne, a la que añadía el resto de fragmentos procedentes de la *Biblioteca* de Focio. No es hasta 1746 cuando P. Wesseling edita la obra de Diodoro e incluye de manera conjunta tanto los extractos de Focio como los que procedían de los *Excerpta Constantiniana* que hasta la fecha se conocían³⁸⁶.

La *editio princeps* de la gran obra del patriarca bizantino, no obstante, no apareció hasta 1601 (en Augsburgo, por el luterano David Hoeschel) en griego, y cinco años más tarde, en 1606 y de nuevo en Augsburgo, se editó la traducción latina a cargo de André Schott³⁸⁷. En esa transmisión de textos de Focio es en donde se encuadra la figura de Mariana. En 1555, Henri Estienne viajó a Venecia y recabó allí una copia del manuscrito de la *Biblioteca* de Focio³⁸⁸. Pero el francés no se animó a publicarla en su conjunto, sino por partes adjuntas a las obras de distintos autores que compila Focio. De esta manera imprime, entre otras, la *Biblioteca Histórica* de Diodoro con nuevas informaciones provenientes de Focio en 1559³⁸⁹. Estienne mantuvo su gallina de huevos de oro tan en secreto como pudo, y no fue hasta después de su muerte, ocurrida en 1598, cuando la *Biblioteca* de Focio vio finalmente la luz de la imprenta. Antes de que eso ocurriera, paralelamente varios autores habían intentado, sin resultado definitivo, editar

³⁸⁶ Véase la introducción de F. Walton al vol. XI de la obra de Diodoro, reimpr., Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1980 (1957), pp. VII-XXIV.

³⁸⁷ Usamos la edición, a cargo de Paul Estienne (hijo de Henri) que incluye los textos en griego y en latín de D. Hoeschel y A. Schott: *ΦΩΤΙΟΥ ΜΥΡΙΟΒΙΒΑΟΝ, Η ΒΙΒΛΙΟΘΗΚΗ. Photii Myriobiblon, siue bibliotheca librorum quos legit et censuit Photius patriarcha Constantinopolitanus*, J. y D. Berthelin, Rothomagi, 1653.

³⁸⁸ El manuscrito de Estienne con los contenidos de la *Biblioteca* de Focio, que el propio Estienne y otros colaboradores terminaron de copiar en agosto de 1555, se encuentra en la British Library: Mss. Harley 5591-5593.

³⁸⁹ *ΔΙΟΔΩΡΟΥ ΤΟΥ ΣΙΚΕΛΙΩΤΟΥ ΒΙΒΛΙΟΘΗΚΗΣ ΙΣΤΟΡΙΚΗΣ Βιβλίοι πεντεκαίδεκα ἐκ τῶν τεσσαράκοντα. DIODORI SICVLI Bibliothecae historicae libri quindecim de quadraginta. Decem ex his quindecim numquam prius fuerunt editi*, H. Fugger, Ginebra, 1559.

la obra del patriarca bizantino³⁹⁰. Uno de ellos fue Juan de Mariana. A continuación trazamos el itinerario del manuscrito y de las copias de la *Biblioteca* de Focio que pasan por Toledo y las manos de Mariana.

El ya mencionado Diego Hurtado de Mendoza, en 1543, se hizo con una copia del manuscrito de la *Biblioteca* de Focio que se hallaba en Venecia³⁹¹. Juan Páez de Castro, quien se relacionó primero en Trento con el embajador Diego Hurtado y trabajó después en Roma al servicio de Francisco de Mendoza y Bovadilla (1508-1566), cardenal de Burgos, conoció el texto de Focio y encargó una copia del mismo. Desde Trento, escribe Páez de Castro a Zurita el 26 de octubre de 1546: «Agora entiendo en concluir dos libros grandes que escrivio Phocio de los autores que leyò en su tiempo; es cosa muy excelente, y haze vn buen epitome de cada vno, y declara cosas muy buenas; yo voy sacando lo que me parece, y por esto me detengo algo»³⁹². Algo más de una década después, de nuevo Páez de Castro escribe una carta a Mateo Vázquez, secretario del rey Felipe II, sobre el precio de los libros manuscritos y señala: «Habrà diez y siete años que por mandado del Ilustrissimo Señor Cardenal de Burgos concerté un escribiente Griego de nacion para trasladar algunos libros raros en Roma, como fueron los dos libros de Phocio, que llamo Myrobiblos»³⁹³.

Aquel manuscrito que había encontrado Diego Hurtado sirvió entonces para que, en 1552, a través del copista conocido como Juan Mauromata, Francisco de Mendoza se hiciera con los contenidos de la *Biblioteca* de Focio. Francisco de Mendoza murió en 1566 y su rica colección de libros, con cerca de doscientas obras griegas, pasó a Toledo, donde sus herederos la tuvieron puesta en venta para pagar las deudas que el cardenal había dejado al morir. En esa situación se mantuvo hasta 1588, año en que García de Loaysa se hizo con la mayor parte de la biblioteca. Entre los manuscritos que adquirió

³⁹⁰ A. Schott, en los *Prolegomena* a la traducción latina de *Photii Bibliotheca*, aunque no menciona nombres, enumera hasta tres autores que le precedieron en el intento de publicar a Focio, dos de ellos en España y uno en Roma: «*Inaudieram pridem, vnum & item alterum in Iberia Greacarum literarum peritissimum, PHOTII Bibliothecam è Graeco in Latinum sermonen commodo publico conuertere coepisse, sed coepisse tantum, ac vix dimidia operis parte supersedise, siue Graeci exemplaris mendis deterritos, seu laboris fuga in tanta voluminis, cum mole, tum varietate, seu denique vtraque de causa cessisse. Romae quoque tertium perfecisse quidem narrabant, sed ad edendum adduci non potuisse*».

³⁹¹ Diego Hurtado de Mendoza contó en el siglo XVI con una de las mayores bibliotecas dotadas de códices griegos, así como una gran cantidad de materiales antiguos, principalmente monedas. Juan Páez de Castro, quien frecuentó la casa del embajador, en carta a Jerónimo de Zurita de 1545 describe parte de las obras que componen aquella magnífica colección de textos, entre los que se encuentra el de Focio en dos tomos: «*Photii Patriarchae enumeratio librorum quos legit, tomis duobus*» (en J. F. Andrés de Uztarroz y D. J. Dormer, *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon y elogios de Geronimo Zvrta, sv primer cronista*, Herederos de D. Dormer, Zaragoza, 1680, p. 463).

³⁹² J. F. Andrés de Uztarroz y D. J. Dormer, *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon*, p. 475.

³⁹³ La carta está fechada a 10 de abril de 1558: «Carta del Doctor Juan Paez de Castro al Secretario Matheo Vazquez, sobre el precio de los Libros manuscritos», *RABM* 9, 5 (1883), pp. 164-165.

Loaysa se encontraba aquella copia de la obra de Focio, en dos tomos, que en 1552 había encargado Páez de Castro para Francisco de Mendoza³⁹⁴.

Mariana hace uso de ese manuscrito del cardenal de Burgos y realiza un epítome en latín de la *Biblioteca* de Focio. Añade un *Praefatio* en el que reconoce las dificultades que ha encontrado hasta acceder, por mediación de un “amigo”, al texto del patriarca bizantino³⁹⁵. Es lógico pensar que ese amigo fuera Loaysa, como cree Cirot, quien se apoya en un documento firmado por Mariana en el que da cuenta de los embargos hechos sobre los libros de Francisco de Mendoza. Por las fechas que se ofrecen de los embargos, el documento no puede ser anterior a 1585, y está dirigido a un «Muy illustre señor»: éste sería, según Cirot, Loaysa, a quien Mariana le informó de la situación de la biblioteca del cardenal de Burgos que más tarde adquirió³⁹⁶.

No obstante, otros datos nos llevan a pensar que Mariana manejó el texto de Focio antes de que Loaysa comprara la biblioteca de Francisco de Mendoza. En principio, si aceptamos que él es el receptor de una carta de 1569 de Juan Páez de Castro que se conserva entre los papeles del jesuita, podemos decir que se interesó bien pronto por los libros del cardenal de Burgos³⁹⁷. En todo caso, desde esa fecha hasta 1588 no pocos pujaron por la colección de Francisco de Mendoza que un tanto

³⁹⁴ El manuscrito se encuentra desde el siglo XVIII en la BNE: *PHOTIUS, Myriobiblon sive Bibliotheca*, Mss. 4721-4722. Una descripción del mismo en G. de Andrés, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca Nacional*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1987, pp. 293-295. El mismo autor proporciona detalles del paradero de la biblioteca de Francisco de Mendoza en “Historia de un fondo griego de la Biblioteca Nacional de Madrid. Colecciones: Cardenal Mendoza y García de Loaisa”, *RABM* 77, 1 (1974), pp. 5-65; ver también J. M. Fernández, “Libros y manuscritos procedentes de Plasencia. Historia de una colección”, *Hispania Sacra* 18, 35 (1965), pp. 33-102.

³⁹⁵ *Compendio y traduccion en latin de la Biblioteca Griega de Phocio*, BNE, Ms. 9203, fol. IVr: «*Eas nos difficultatis causas perspectas habentes, et alisqui exiguis ingenii viribus malignis que temporis spatiis excludi atque ignorantes quanto studio eruditi cuperent hanc Photii bibliothecam in manibus habere. Commodatum exemplum, idque precariò nacti amici opera ex bibliotheca privata Francisci Mendosae Cardinalis Burgensis viri de graecis litteris, ac de universa humanitate optimè meriti ac longiori vita dignissimi, pro virili parte experiri constituimus, siquid in hoc genere prestare possemus.*».

³⁹⁶ G. Cirot, *Mariana historien*, p. 71. El documento de Mariana se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid, y lo reproduce Ch. Graux, *Los orígenes del fondo griego del Escorial*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1982 (1880), pp. 66 y 75, n. 42.

³⁹⁷ Páez de Castro, en respuesta a una anterior, comunica que esos libros están puestos a la venta en Toledo. La carta se halla en BL, Ms. Egerton 1875, 22, fol. 64. Se puede leer en G. de Andrés, “31 cartas inéditas de Juan Páez de Castro, cronista de Carlos V”, *Boletín de la Real Academia Española* 168 (1971), p. 569-571. Cf. A. Domingo, *Bibliofilia Humanista en tiempos de Felipe II. La biblioteca de Juan Páez de Castro*, pp. 304-305, quien cuestiona la atribución a Mariana y en su lugar señala como posible destinatario a Alvar Gómez de Castro. Ciertamente, sorprende que la carta, fechada en Quer a 11 de octubre de 1569, estuviera dirigida a Mariana, de quien no tenemos más noticias de una posible relación con Páez de Castro. No obstante, en esos momentos el jesuita no se encontraba en París, como piensa Arantxa Domingo, sino en Sicilia. Su partida hacia Roma y después París se demoró porque el virrey de la isla, Francisco Fernando de Ávalos, lo retuvo como consejero. Este factor puede ser relevante de cara a una posible conexión entre Mariana y Páez, toda vez que este último obtuvo de los monasterios sicilianos no pocos manuscritos griegos como el *De legationibus* y que después de abandonar Italia hacia 1554 mantuvo el interés por esos textos y la correspondencia con los libreros y virreyes de la isla.

desmembrada finalmente acabaría en las manos de Loaysa. Entre ellos se conocen los siguientes nombres: el propio Páez de Castro, Alvar Gómez, Antonio de Covarrubias, André Schott, Antonio Agustín, Jerónimo de Zurita e incluso el rey Felipe II, quien sólo llegó a comprar una pequeña parte de la colección.

En lugar de Loaysa, otros autores consideran que el “amigo” al que alude Mariana en su epítome es Alvar Gómez de Castro³⁹⁸. Ciertamente, Alvar Gómez heredó libros griegos de la colección del cardenal de Burgos, algunos de los cuales los enumera el humanista toledano en su testamento³⁹⁹. En éste no menciona la *Biblioteca* de Focio, pero eso no significa que Alvar Gómez no hubiera manejado una copia manuscrita de la misma. En el testamento tampoco hace referencia a los fragmentos del *De legationibus* que, como hemos visto, sabemos que poseyó. En efecto, parece que en 1574 el griego Antonio Colosinás, a partir del texto modelo de Francisco de Mendoza, realizó una copia de la *Biblioteca* de Focio para Alvar Gómez⁴⁰⁰.

Entre las décadas finales del siglo XVI y comienzos del XVII hay una profusa actividad de copistas griegos en España, particularmente en Toledo⁴⁰¹. Mariana no fue, en definitiva, el único privilegiado con acceso a la obra de Focio. Por consejo de Benito Arias Montano al rey Felipe II, el cretense Nicolás de la Torre realizó una copia manuscrita de la *Biblioteca* con el ánimo de publicar el texto griego en latín. El proyecto no se ejecutó dado que el traductor, el teólogo tridentino Cosme Palma de Fuentes (c. 1517-1587), se negó a seguir trabajando en una obra profana.

André Schott siguió los progresos de esa edición frustrada de la obra de Focio, y su interés por la *Biblioteca* se lo transmitió en al que fue su huésped en Toledo hasta 1583, el cardenal Gaspar de Quiroga. Durante esos años, Schott manejó los manuscritos de la biblioteca privada del cardenal de Burgos que estaban puestos en venta en la ciudad del Tajo⁴⁰². Es decir, la colección privada del cardenal fue usada por los intelectuales de la época antes de que la comprara Loaysa en 1588. Los griegos Darmario y Colosinás sacaron diversas copias de los manuscritos de esa colección antes

³⁹⁸ Ch. Graux, *Los orígenes del fondo griego del Escorial*, pp. 65-66; L. Canfora, *Il Fozio ritrovato*, pp. 92-94.

³⁹⁹ F. B. San Román, “El testamento del humanista Alvar Gómez de Castro”, p. 557.

⁴⁰⁰ PHOTIUS, *Myriobiblon sive Bibliotheca*, BNE, Mss. 4730-4731. Ver G. de Andrés, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca Nacional*, pp. 305-307; id., “El helenismo del canónigo toledano Antonio de Covarrubias”, pp. 268-275.

⁴⁰¹ J. Gil Fernández, “Griegos en Toledo en el siglo de oro”, en M. Cortés (coord.), *Toledo y Bizancio*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha, 2002, pp. 167-178.

⁴⁰² En 1581 Schott dejó una nota autógrafa en uno de los manuscritos latinos: J. M. Fernández, “Libros y manuscritos procedentes de Plasencia. Historia de una colección”, p. 43.

de 1588, por ejemplo las que realizaron de la *Biblioteca* de Focio y que fueron a parar a las manos de Antonio Agustín y Antonio de Covarrubias. Es plausible pensar que es en esos años cuando Mariana entra en contacto con la *Biblioteca* y diseña el epítome latino que Schott utiliza en 1606 en la edición traducida de la obra de Focio⁴⁰³.

En el *Praefatio* de su epítome se reconoce que Mariana tuvo la intención de publicar la *Biblioteca* de Focio, pero finalmente no lo hizo. Las razones por las que el jesuita no editó la obra parecen estar en relación con la condena, por parte de la Iglesia católica, del patriarca bizantino, considerado cismático y fautor de la escisión entre la iglesia griega y romana⁴⁰⁴. En su escrito, Mariana reconstruye esa controversia en la que se enmarca la vida de Focio y además se refiere al bizantino como “enemigo”: «*liceat in hoste virtutem admirari*»⁴⁰⁵. Una de las contradicciones de la censura a la obra de Focio es que el texto de su *Biblioteca* estaba presente entre quienes presidieron las sesiones del Concilio de Trento (1545-1563)⁴⁰⁶.

También Mariana prestó sus servicios al Tribunal de la Inquisición y actuó como consultor y censor de libros en varias ocasiones. En una de éstas, en 1581, el jesuita censuró el texto griego del Nuevo Testamento que había sido previamente publicado por Henri Estienne, el único que hasta el momento, por otra parte, había sacado a la luz algunos extractos de la *Biblioteca* de Focio⁴⁰⁷. A este impresor francés Mariana lo catalogó además entre los herejes y advirtió a la Inquisición para que controlara todas las obras que imprimía, en un informe que precede a la redacción del *Index* de libros prohibidos en la que el jesuita colaboró. En ese informe previo ya señala la actividad de Estienne, padre e hijo, de sobrada fama de protestantes⁴⁰⁸, y ello se refleja en el *Index* de 1583-1584. En el primer tomo, de 1583, el nombre de Henri Estienne se incluye entre el de los autores prohibidos que escriben en latín, aunque marcado por la excepcionalidad

⁴⁰³ Los antecedentes de la edición de Schott, junto con la traducción al italiano de sus *Prolegomena*, se pueden ver en G. Carlucci, *I Prolegomena di André Schott alla Biblioteca di Fozio*, Dedalo, Bari, 2012.

⁴⁰⁴ Este es el argumento que han estudiado extensamente L. Canfora en *Il Fozio ritrovato* y G. Carlucci en *I Prolegomena di André Schott alla Biblioteca di Fozio*.

⁴⁰⁵ *Compendio y traducción en latín de la Biblioteca Griega de Phocio*, BNE, Ms. 9203, fol. IIIv. Ese adjetivo lo mantiene Schott en sus *Prolegomena* a la obra del patriarca bizantino de 1606: «*quo vel in hoste virtutem miremur*». Por su parte, Juan Páez de Castro, también impresionado por la obra de Focio, dijo de él que «fue tan grande bestia aquel Luterano» (J. F. Andrés de Uztarroz y D. J. Dormer, *Prograssos de la Historia en el Reyno de Aragon*, p. 475).

⁴⁰⁶ Mientras Diego Hurtado de Mendoza asistía a las sesiones del Concilio, Páez de Castro, quien frecuentaba la casa del embajador en posesión del manuscrito de la *Biblioteca*, trabajaba en Trento sobre el texto de Focio.

⁴⁰⁷ La censura data del 28 de agosto de 1581, y es comentada por Vicente Noguera, quien la vio entre los papeles de Mariana: “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. XXXI-XXXII.

⁴⁰⁸ Sus nombres se suceden en los distintos índices de libros prohibidos del siglo XVI: F. H. Reusch, *Die Indices librorum prohibitorum des sechzehnten Jahrhunderts*, Litterarischer Verein, Tubinga, 1886.

expresada con la fórmula *nisi repurgentur*⁴⁰⁹. El volumen de 1584 enumera una lista de títulos, entre los que se encuentran las ediciones y anotaciones de Estienne a varios autores antiguos (como Heródoto, Anacreonte o Ctesias) o su *Thesaurus linguae Graecae*, acompañados del adjetivo *permittitur*⁴¹⁰. Esta permisión puede deberse a la mano de Mariana, quien en su escrito de 1579 había puntualizado la diferencia entre heresiarcas y herejes, formando Estienne parte de este segundo grupo al que se podría admitir algunos libros⁴¹¹. Lo más llamativo es que en el *Index* de 1584 no aparece el libro en el que el impresor francés, a partir de lo que había encontrado en Focio, reproducía fragmentos de Diodoro. La ausencia de esta obra editada por el protestante, dada la necesidad de detallar y confirmar en el índice sus títulos permitidos, se puede entender como una prohibición. Piénsese que la lista del *Index* tampoco contempla el Nuevo testamento en griego de Estienne que Mariana había censurado en 1581. En resumen, el *Index* de 1584, a instancias de Mariana, vigila la obra de Estienne en su conjunto, aunque admite excepciones entre las que no se cuenta la edición de Diodoro con extractos de la *Biblioteca* de Focio que el jesuita, hacia esa fecha, creemos que debía conocer.

Esa compleja circunstancia puede ayudar a comprender por qué Mariana, que utilizó la *Biblioteca* de Focio para componer su *Historia*, tanto en la publicación original de esta última (1592) como en las sucesivas ediciones en latín, cita en el cuerpo del texto a autores como Conón u Olimpiodoro sin más señas de referencia; mientras que en las versiones en castellano, desde la primera de ellas publicada el mismo año en el que la *Biblioteca* de Focio veía finalmente la luz de la imprenta (1601), el jesuita además indica que las obras de aquellos autores están contenidas en la *Biblioteca* de Focio⁴¹². No obstante, tanto la edición latina como la castellana incluyen como apartado

⁴⁰⁹ *Index et catalogvs librorum prohibitorum*, fol. 33r.

⁴¹⁰ *Index librorvm expurgatorum*, fol. 123. Sólo hay una enmienda a una apología a Heródoto en la que Estienne había expuesto prejuicios calvinistas contra la Iglesia romana: «*ipsis Herodoti libris praeposita, deleantur quae de Romanis dicit*» (fol. 123r).

⁴¹¹ Con respecto a los diccionarios de lenguas clásicas, por ejemplo, Mariana planteó lo siguiente: «Y podrase dudar... si el Tesoro de la lengua latina que hizo Roberto Stephano y el de la griega que hizo últimamente su hijo Enrico Stephano se podrán leer y tener sin exhibirlos, para que sean vistos, al Santo Oficio» (en F. Asensio, “Juan de Mariana ante el Índice Quiroguiano de 1583-1584”, p. 174).

⁴¹² «Conon en la Bibliotheca de Photio dize que Mida fue rey de los Brigas» (I 7); «Olympiodoro, vno de los autores de la bibliotheca de Phocio, le llama Dobbio, y dize que dio la muerte a Athaulfo» (V 2); «los patriarchas, que son los mismos que primados, en memoria de Christo, y de sus apóstoles, cada día cõbidauan a su mesa doze pobres, como lo refiere Phocio patriarcha de Constantinopla, en su bibliotheca» (VI 10). En cambio, en la edición original de su *Historia*, Mariana no incluye el nombre de Focio en ninguno de esos pasajes: «*Midamque Brigibus ad Brimium montem imperasse Conon ait, cuius in Asia transuectis, Phrygibus nomen fuit*» (I 7, p. 11); «*Dobbium Olympiodorus vocat & Athaulfi...*» (V 2, p.

final una lista de autores utilizados por Mariana, y en sendos repertorios aparece el nombre de Focio⁴¹³.

Mariana, por tanto, conoció la *Biblioteca* de Focio por los mismos años en los que redactó su *Historia*. A pesar de que pudo introducir algunos cambios hasta poco antes de imprimir la *Historia* (1592), esta última la elaboró en los años precedentes al 1586, fecha en la que el texto ya tendría su forma definitiva. A su vez, el jesuita abordaría tanto su *Historia* como el epítome de Focio no antes de 1574, cuando se instala en Toledo. De este modo, Mariana pudo resumir la *Biblioteca* de Focio en algún momento entre 1574 y 1586. Probablemente antes de 1583, cuando André Schott abandona Toledo; si no antes de 1580, que es cuando muere Alvar Gómez.

A pesar de todo, Mariana no introduce en su *Historia* datos de los fragmentos de Diodoro que sólo conocemos a través de la *Biblioteca* de Focio. Diodoro transmite una imagen idílica de Viriato, asociada al mito del “buen salvaje” e impregnada de la filosofía estoica de época helenística que hereda de Posidonio, de quien parece tomar la información⁴¹⁴. Tenemos noticia de ese pasaje de la obra de Diodoro gracias al extracto que en el siglo IX compendia Focio en su *Biblioteca*⁴¹⁵. El texto de Diodoro al que aludimos, en el que se resaltan las cualidades físicas y espirituales del héroe lusitano, se encuentra en el *codex* 244 de la *Biblioteca* de Focio [384a]⁴¹⁶. Mariana conoció el fragmento de Diodoro, pues resume esa parte de la *Biblioteca* de Focio en el epítome que hace de la obra del bizantino⁴¹⁷. Más aún, en ese epítome Mariana recuerda que la

190); «*Patriarchis qui iidem Primates sunt, duodecim pueres mense adhiberentur quotidie*» (VI 10, p. 261).

⁴¹³ Algunos ejemplares de la edición de 1592, los que sólo comprenden los primeros veinte libros, no tienen esa lista de fuentes consultadas por Mariana. Sin embargo, en ese mismo año de 1592 hubo otra tirada de la obra que contenía veinticinco libros y la lista de autores entre los que se encuentra Focio. Esta configuración de la obra en veinticinco libros se repite en una nueva impresión de 1595. El nombre del patriarca bizantino vuelve a aparecer en la lista de autores de la primera traducción castellana de la *Historia* de 1601.

⁴¹⁴ Diodoro XXXIII 1, 1-5. Véase J. Lens, “Viriato, héroe y rey cínico”, *Estudios de Filología Griega* 2 (1986), pp. 253-272; J. Alvar, “Héroes ajenos: Aníbal y Viriato”, en J. Alvar y J. M^a Blázquez (eds.), *Héroes y Antihéroes en la Antigüedad clásica*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 137-153; T. Aguilera, “La utopía del bárbaro. Imágenes idealizadas del pasado prerromano en la España contemporánea”, *El Futuro del Pasado* 2 (2011), pp. 374-376: www.elfuturodelpasado.com (consultado el 21 de junio de 2012).

⁴¹⁵ Así lo confirman las ediciones de Diodoro que indican la procedencia de cada uno de los fragmentos de su obra. Para el extracto que nos ocupa, citado en la nota anterior, pueden verse las ediciones de L. Dindorf (t. 5, ed. facsímil, Teubner, Stuttgart, 1970, pp. 64-65) y F. Walton (t. 12, reimpr., Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1984 [1967], pp. 2-5).

⁴¹⁶ Usamos la edición de R. Henry, *Bibliothèque*, t. 6, Les Belles Lettres, París, 1971, pp. 146-147. Aquí Focio resume la historia de Viriato como perteneciente al libro XXXII de la obra de Diodoro. Sin embargo, por consideraciones cronológicas, a partir de L. Dindorf ese pasaje se incluye al comienzo del libro XXXIII de la *Biblioteca Histórica*, como se explica en la edición diodorea de F. Walton (p. 3, n. 1) citado en la nota anterior.

⁴¹⁷ *Compendio y traducción en latín de la Biblioteca Griega de Phocio*, BNE, Ms. 9203, pp. 188-220.

obra de Diodoro ya ha sido editada por Henri Estienne en 1559⁴¹⁸, lo que demuestra que debió de haber consultado a Diodoro no sólo en la *Biblioteca* de Focio, sino también a través de la edición que Estienne imprimió del historiador siciliota, a partir del manuscrito fociano que el francés mantenía a buen resguardo⁴¹⁹.

Puesto que en su *Historia* se hallan referencias a la *Biblioteca* de Focio, Mariana conoce desde antes o por el mismo tiempo en el que escribe la *Historia* la información de Viriato y de otros acontecimientos de las guerras celtibero-lusitanas que transmite Diodoro a través de Focio. Sin embargo, no puede afirmarse que Mariana haga uso de esa información, pues en su *Historia* no desarrolla más que el esquema básico de la vida de Viriato y algunas de sus hazañas bélicas que se encuentran en numerosas fuentes. Es decir, el relato del pastor lusitano que pasó por ladrón antes de convertirse en el belicoso líder de la insurrección frente a los romanos. Todo ello, como puede preverse, Mariana lo adorna con los piropos que merece un héroe patrio y «libertador, se puede dezir, casi de España» (III 5)⁴²⁰. Al tratarse de un personaje tan relevante para una historia de España como la de Mariana, al que el jesuita exalta con sus propias palabras o que bien extrae de la no menos jubilosa imagen de Viriato que proporciona Morales⁴²¹, resulta difícil pensar que Mariana no se interese por incluir en su *Historia* los datos tan cercanos y enaltecidos de la figura de Viriato que ofrece Diodoro⁴²².

⁴¹⁸ *Compendio y traducción en latín de la Biblioteca Griega de Phocio*, BNE, Ms. 9203, p. 197: «*Plura in excusis Diodori libris invenies, ab Henrico Stephano anno 1559*».

⁴¹⁹ En su edición de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro, Estienne ofrece al lector extractos que proceden de la *Biblioteca* de Focio, pero el bibliófilo francés evita mencionar el nombre del bizantino y afirma que los fragmentos los ha extraído de un manuscrito misceláneo. Estienne reproduce el fragmento que nos interesa, el *codex* 244 en el que se relata la historia de Viriato: ΔΙΟΔΩΡΟΥ ΤΟΥ ΣΙΚΕΛΙΩΤΟΥ ΒΙΒΛΙΩΘΗΚΗΣ ΙΣΤΟΡΙΚΗΣ Βιβλίοι πεντεκαίδεκα ἐκ τῶν τεσσαράκοντα, pp. 794-795.

⁴²⁰ Véase más adelante el epígrafe “Viriato”.

⁴²¹ A. de Morales, *Crónica* VII 44-53.

⁴²² La información sobre Viriato que aporta Diodoro, según Focio (*Biblioteca*, 383b-384a), es la siguiente: «τι Λυσιτανὸς, φησὶ, τὸ μὲν πρὸν οὐκ ἔχοντες ξιφείων γεμίνα ἐλωτοὶ καθ’ ἑαυτοὺς ὡς οἱ πολέμοι, στερεὸν δὲ ριτθὸν κύρσαντες μέγλα ὡς οὐ βλάψαν. ἡμὲν οὐνοῦ τοῦ τὸν παρὰ τὴν κεανὸν κορυφῶν Λυσιτανῶν, ποιμαίνων δὲ κτείνοντες ῥεβέκατ’ ἐν τῇ συνθήσσει νεύοντων ὡς καὶ τὸ σματόφειν καὶ ῥομκαὶ τῇ κατὰ χεῖρα τὴν λοιπὴν μερὴν ἐκινήσας πολὺ διένεγκεν ἡ βροχίαν. Συνέθησας δὲ αὐτὸν τροφὴν ἡλγυμναστικὴν πολλοῦ χρῆσθαι, καὶ πνέμιχρὶ μὲν τοῦ ναγκαίου, καθ’ ἑαυτοὺς σιδηροφόρον συνεχῶς καὶ θηροῖς καὶ λίσσας ἐς γνάσας καθίσταμενος, περιβήτορ γὰρ νεοπαρτοῦ πλῆθεσι, καὶ γεμίνα τοῦ ριθί, καὶ ταχυστήματα περὶ αὐτὴν λίσσας θροῖσε. Καὶ προκτείνων τοῦ πολλοῦ οὐ μόνον θαυμάσθη δὲ ἡλκὴν, ἀλλὰ καὶ στρατηγὴν δοξάζοντα. ἡ δὲ καὶ δίκαιος ἡ τὰς διανομαῖς τὴν λαφύρων, καὶ κατὰ ξαντοῦ νδραγαθίσαντας ξέρετο δόροις» (desde la edición de R. Henry, *Bibliothèque*, vol. VI, p. 146). A partir de ese texto, Mariana epitomiza en latín a Focio de la siguiente manera: «*Lusitani cum prius non haberent strenuum ductorem injuria Romanorum eran obnoxii. Deinde Viriato regnante multis incommotis Romanos affecerunt. Hic ad oceanum habitabat pastor a puero. Laboribus corporis naturam confirmavit, robore et celeritate et reliquis actionibus caeteris Iberis praestantior, cibo exiguo assuevit multis certaminibus, somni parcissimus, cum feris et latronibus saepe dimicans gloria parta ab illis dux est creatus, brevique*

¿Por qué, pues, Mariana no traslada a su *Historia* la descripción diodorea de Viriato que conocía a través de Focio y Estienne, ni menciona siquiera a Diodoro como una de las fuentes sobre la vida del caudillo lusitano? En principio, cabe pensar que por las mismas razones por las que no publica el epítome de Focio. Aunque el jesuita cita a Conón u Olimpiodoro en su *Historia*, ya hemos señalado que lo hace con cierta reserva, pues en la edición original de la obra, al menos en el cuerpo del texto, no menciona la procedencia exacta de esas fuentes y evita escribir el nombre del *damnatus* patricarca bizantino. En cuanto a Diodoro el riesgo es doble, ya que algunos de los fragmentos de su obra que transmite Focio habían sido editados por el hereje Estienne, como advirtió el mismo Mariana a la Inquisición y recogió el *Index* de 1583-1584.

Ahora bien, después de que Hoeschel y Schott hubieran publicado la obra de Focio en 1601 y 1606, respectivamente, Mariana continúa trabajando sobre el texto del patriarca bizantino. El 13 de abril de 1608, desde Toledo, Mariana le escribe a Schott cómo avanza la redacción de unas notas sobre Focio⁴²³. En esa correspondencia entre

latronum manu collecta non modo robore sed prudentia excelluit, dividendo praeda iustus, atque promeritis unoquoque laudando, donisque afficiendo. Progressus autem non latronem sed hostem se ostendens cum Romanis bellum gessit, saepe victor: prorsus ut Ducem Romanorum Vitellium victum...» (Compendio y traducción en latín de la Biblioteca Griega de Phocio, BNE, Ms. 9203, p. 199). La traducción castellana del pasaje contenido en la obra de Diodoro (XXXIII 1) es como sigue: «Los lusitanos, dice (Diodoro), careciendo al principio de un jefe apropiado, se presentaron a los romanos en su lucha como fácil presa; después, cuando llegaron a tener de jefe a Viriato, inflingieron [*sic*] graves daños a los romanos. Era éste, por cierto, uno de los lusitanos que vivían junto al mar océano y, siendo pastor desde niño, vivió habituado a la vida en la montaña, en lo cual le secundaban también sus dotes físicas; en efecto, aventajó a los iberos en fuerza, rapidez y en la facilidad de movimientos de sus demás miembros. Se acostumbró a sí mismo a tomar poco alimento, en medio de muchos ejercicios, a dormir hasta sólo lo necesario y, en resumen, inseparable siempre de sus armas y manteniendo luchas con fieras y ladrones, se hizo famoso entre las masas populares y fue elegido caudillo de éstas, y pronto reunió en torno a sí una tropa de bandidos. Saliendo victorioso en los combates, se hizo admirar por su valor y gozó además fama de general excelente. Era también justo en el reparto de botín, y según el mérito de cada cual encumbró con regalos el valor de sus hombres. Al avanzar nunca se mostró a sí mismo como un bandido, sino como un jefe, y luchó contra los romanos venciendo en muchas batallas: por ejemplo, venció a Vitelio, general de los romanos...» (traducción de M^a Nieves Muñoz, *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, pp. 97 y 99). En su *Historia*, la presentación de Viriato que hace Mariana es la siguiente: «*Natione quidem Lusitanus fuit loco humili, nam pascendis initio gregibus operam dedit, militia bonus, cuius rudimenta posuerat publicis itineribus obsidendis cum peculiari latronum manu. Vnde cum multi ad eum confluerent, quò cū in aere alieno essent aut alioqui flagitiis infames: quò belli malis fatigati, more militum armauit, in signa turmasq; distribuit. iusto propemodum exercitu conflante finitimos ac Romanorum presertim focios, qua parte Anas influit in mare fatigare coeperat. Hunc M. Vetillius...*» (III 3, pp. 94-95). Finalmente, la traducción de Mariana, en su *Historia*, a esa introducción a la figura del héroe lusitano: «Fue Viriato de nacion Lusitano, hombre de baxo suelo y linage, y que en su mocedad se ejercitò en ser pastor de ganados. En la guerra fue diestro: a la qual dio principio siendo salteador de caminos, con vn esquadron de gente de su mismo talle. Eran muchos los que le acudian y se le llegauan, vnos por no poder pagar lo que deuian, otros por ser gente de mal biuir y malas mañas» (III 3).

⁴²³ «*Notas in Photium quoniam tantopere expectis his adjungam, ut tibi obsequar, et si caput non satis dinumerat, Plures in posteru adjungam, ubi otium maius erit, et commodus valetudo*». Las actas del proceso contra Mariana incluyen una parte de la correspondencia entre éste y Schott: *Proceso fabricado a instancia de don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana de la Compañía de Jesús. En Madrid año 1610*, BNE, Ms. 2819, cita de fol. 42r.

ambos jesuitas, en la que se discute sobre la posible publicación del *Tractatvs septem* de Mariana en la oficina de Plantino, también aparece mencionado Pedro de Ribadeneyra, quien debe ser consciente de la labor del talaverano. En el mismo año de 1608, en Amberes, Ribadeneyra imprime un catálogo de escritores jesuitas entre los que incluye a Mariana y su epítome de la «*Bibliothecam Photii*», siendo esta la única noticia impresa con la que contamos, en vida del autor, de ese texto que se mantuvo inédito⁴²⁴. Con todo, podemos considerar que hacia 1608 ya se habían superado buena parte de las barreras de la censura que un par de décadas antes podrían haber limitado a Mariana hablar de la *Biblioteca* de Focio.

Hay otro motivo que nos parece de mayor peso a la hora de valorar por qué Mariana no usa el Diodoro de Focio en su *Historia*, y es, sencillamente, que la fuente principal del jesuita es la *Crónica* de Ambrosio de Morales. Éste conoce un buen número de textos que desglosa y analiza, pero no es el caso de los fragmentos de la obra de Diodoro Sículo transmitidos por Focio, autor a quien no cita. En 1570, cuatro años antes de que publicara la primera parte de su *Crónica*, Morales inspeccionó la biblioteca de Juan Páez de Castro que contaba con casi cuatrocientos libros, entre ellos el códice *De legationibus* en el que se compilaban a más de una veintena de historiadores griegos. No hay constancia, sin embargo, de que Páez conservara una copia de la *Biblioteca* de Focio. Por otro lado, el hecho de que Morales utilice la edición en latín de Apiano (de 1554) y no la de Estienne en griego (de 1557), esta última inventariada en la biblioteca de Páez y a su vez prohibida por el *Index* de 1584⁴²⁵, invita a pensar que Morales no aprovechó la colección de Páez para componer su *Crónica*.

Concluamos diciendo que este hecho, el que Mariana recurra prioritariamente a la *Crónica* de Morales, explica por qué su *Historia* no se beneficia de la mayor parte de los descubrimientos de fuentes antiguas que son difundidas entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII. De la misma forma que la *Biblioteca* de Focio, Mariana pudo haber tenido a su alcance el códice *De legationibus*, el cual fue publicado en 1582 y André Schott lo poseyó en copia manuscrita durante el tiempo que estuvo en Toledo. Es Schott quien le envió al protestante Isaac Casaubon (1559-1614) los fragmentos manuscritos de Polibio que utilizó éste en su edición del historiador megalopolitano

⁴²⁴ P. de Ribadeneyra, *Illvstrivm scriptorum religionis Societatis Iesv catalogvs*, Plantino, Amberes, 1608, p. 124. Finalmente Mariana imprime su *Tractatvs septem* un año después en Colonia, en donde Ribadeneyra también ya había publicado antes, en 1604, su tratado sobre el príncipe cristiano traducido al latín.

⁴²⁵ *Index librorvm expurgatorum*, fol. 123v.

(1609)⁴²⁶, acerca de la cual Schott había informado a Mariana⁴²⁷. El mismo Schott fue editor de otros textos que también podrían haber interesado a Mariana y que sin embargo éste desconoció o, a lo menos, no utilizó en su *Historia*, como el *Res Gestae Divi Augusti* impreso por el flamenco en 1579⁴²⁸. Después de que terminara de escribir su *Historia* hacia 1590, en adelante Mariana se limitó a traducir la obra al castellano, ampliar la historia reciente mediante breves sumarios e introducir modificaciones concretas, entre ellas aunque hay sospechas de que no procedan de su mano⁴²⁹ algunas noticias extraídas de los llamados falsos cronicones. Si en las ediciones posteriores de la *Historia* la última en vida del autor es de 1623 Mariana hubiera incorporado los datos reflejados en las nuevas impresiones de autores clásicos, su obra histórica habría tenido más motivos para resistir el paso del tiempo. Pero sus objetivos intelectuales fueron distintos a los de aquellos «purs historiens» como, en contraste con el jesuita, Cirot denominó a Ocampo, Morales, Garibay o Zurita⁴³⁰.

8.1.3. Fuentes modernas

Un estudio reciente señala que durante el siglo XVII era común citar a Ambrosio de Morales indirectamente a través de la *Historia* de Juan de Mariana⁴³¹, pues desde su primera impresión la *Crónica* (1574-1586) de Morales no se volvió a editar hasta la última década del siglo XVIII, al igual que sus *Antigüedades* (1575)⁴³². A pesar de lo cual, en lo que toca a la etapa antigua de su *Historia*, Mariana sólo menciona el nombre de Morales en una ocasión (III 14), curiosamente para responsabilizar al historiador cordobés de un error que aparece en la *editio princeps* de su *Historia*.

El uso que hace Mariana de la *Crónica* de Morales en la primera parte del libro tercero de su *Historia* se puede ver desde diferentes perspectivas. En primer lugar,

⁴²⁶ A. Momigliano, "Polibius' Reappearance in Western Europe", en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Wesleyan University Press, Middletown, 1977 (1973), pp. 79-98.

⁴²⁷ *Proceso fabricado a instancia de don Gilimón de la Mota, Fiscal etc.*, BNE, Ms. 2819, fol. 41v.

⁴²⁸ P. Nelles, "The Measure of Rome: André Schott, Justus Lipsius and the Early Reception of the *Res Gestae Divi Augusti*", en C.R. Ligota and J.-L. Quantin (eds.), *History of scholarship. A selection of papers from the Seminar on the History of Scholarship held annually at the Warburg Institute*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 2006, pp. 113-134.

⁴²⁹ Ver capítulo siguiente, "Libro IV. Hispania".

⁴³⁰ G. Cirot, *Mariana historien*, p. 352: «Zurita, Garibay, Morales, Vassée, ajoutons même Ocampo et Marineo, étaient de purs historiens; lui [Mariana] est théologien, et surtout c'est un écrivain moraliste et politique».

⁴³¹ L. Binotti, "*Restauratio imperii. Restituto linguae*: la tradición historiográfica española del siglo XVI y la definición lingüística de la Edad Media", en T. Bastardín y M. Rivas (eds.), *Estudios de historiografía lingüística*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2009, p. 67, n. 22.

⁴³² E. Redel, *Ambrosio de Morales. Estudio biográfico*, apéndice Q, pp. 522-527.

desde un punto de vista formal, ha de advertirse que Morales selecciona y reconstruye pacientemente los hechos, describe al tiempo que reflexiona sobre los vacíos y las contradicciones de las fuentes, y finalmente aporta sus propias hipótesis. Su escrito está en deuda con Apiano que es quien más información le proporciona, y en menor medida con otros autores que complementan el trabajo del historiador de Alejandría como son Tito Livio, su compilador Lucio Floro o el cristiano Paulo Orosio. Pero mediante aquel procedimiento, Morales crea un texto propio y original. De modo que con frecuencia Morales altera el orden de la narración de Apiano e intercala datos procedentes de otras fuentes no sólo literarias, sino también arqueológicas. Pues bien, Mariana relata esta parte de la historia de España siguiendo la misma secuencia narrativa que Morales y utilizando sus mismos datos. Esto explica que uno y otro, Morales y Mariana, por ejemplo narren las hazañas de los caudillos César y Púnico de la Lusitania antes que los enfrentamientos del romano Lúculo entre los celtiberos, mientras que en Apiano el orden es inverso (III 1-2)⁴³³.

La dependencia de Mariana con respecto a Morales se observa también a través de las fuentes literarias mencionadas en el cuerpo del texto de la *Historia*. Por lo general, tanto los nombres de los autores a los que cita Mariana como la información que en apariencia selecciona de sus obras, se hallan de manera más explícita y ampliamente comentados en la *Crónica* de Morales. Además, los lugares en los que se ubican esas referencias en el texto de Mariana suelen corresponderse con los que ocupan en la estructura narrativa de la obra de Morales.

Esto es así claramente en cuanto a Apiano, que es la fuente más importante para este período histórico, y al que Mariana cita en tres ocasiones. En primer lugar, Mariana sospecha que la ciudad que Apiano denomina Καρμώνην ha de ser Carmona de Sevilla, como ya lo había así interpretado Morales (III 2)⁴³⁴. Más adelante, duda de la afirmación de Apiano según la cual en Roma fue aprobado un tratado de paz hecho con Viriato, lo que había sido antes cuestionado por Morales al contrastar Apiano con Livio (III 4)⁴³⁵. Finalmente, Mariana confronta a Apiano, quien dijo que aún quedaban supervivientes numantinos cuando los romanos entraron en Numancia después del asedio a la ciudad⁴³⁶, con «los demas autores» (III 10); ya antes a Morales, su lectura de las fuentes le había llevado a señalar esa diferencia entre Apiano y otros autores a los

⁴³³ Apiano, *Sobre Iberia* 49-55; A. de Morales, *Crónica* VII 33-42.

⁴³⁴ Apiano, *Sobre Iberia* 58; A. de Morales, *Crónica*, VII 43.

⁴³⁵ A. de Morales, *Crónica*, VII 52; Apiano, *Sobre Iberia* 69-70; T. Livio, *Periòcas* 54.

⁴³⁶ Apiano, *Sobre Iberia* 97-98.

que el cordobés enumera (Livio, Orosio, Floro, Valerio Máximo) y con los que está más de acuerdo⁴³⁷.

Sólo excepcionalmente Mariana da muestras de haber consultado directamente las fuentes antiguas para historiar este período de conquista romana peninsular. Por ejemplo, cuando cita casi literalmente en latín un pasaje de la obra de Valerio Máximo, acerca del momento en el que el senado romano se debatía entre cuál de los dos cónsules debía ser enviado a Hispania: «*Scipio in senatu rogatus sententiam, neutrum è republica videri respondit inquiens nihil habet, alteri nihil est satis. aequè mala in imperium iudicabat scilicet inopiam atque auaritiam*» (III 4, p. 97)⁴³⁸. No obstante, se trata de una anécdota entre otras que también recoge en castellano Morales⁴³⁹. Además, los *Hechos y dichos memorables* de Máximo no son una fuente histórica de primer orden. Su utilización por parte de Mariana únicamente desfigura ligeramente el cuadro histórico que toma de Morales e imprime cierta originalidad al texto del jesuita.

No podemos concluir, por tanto, que Mariana en ningún caso acuda a las fuentes antiguas. Pero sí que, por una parte, la *Crónica* de Morales es el puente que lleva al jesuita a la fuente clásica que consulta directamente, cuando lo hace. Y también, por otra parte, que por lo general Mariana realiza la misma lectura, interpretación y selección de las fuentes que hace Morales.

Otra de las características que identifica el texto de Morales es la introducción de documentación arqueológica. Todas las fuentes materiales sobre todo, inscripciones romanas del libro tercero de su *Historia* las extrae Mariana de la *Crónica* de Morales. Aunque no todos los textos epigráficos son falsos, Gregorio Mayans no andaba desencaminado cuando, en correspondencia privada, dijo que «las inscripciones del tiempo de los romanos, con que Mariana quiso adornar su *Historia*, todas las copió de Ambrosio de Morales, i todas ellas son falsas, aviéndolo apuntado a veces el mismo Morales»⁴⁴⁰. Mariana suele describir aquellas piezas arqueológicas usando la información que encuentra en la obra de Morales, de acuerdo con la variante con la que

⁴³⁷ A. de Morales, *Crónica*, VIII 10.

⁴³⁸ Valerio Máximo describe la situación del senado que recurre a la *sententia* de Escipión, y continúa con las palabras de éste: «“*neutrum*” inquit “*mihi mitti placet, quia alter nihil habet, alteri nihil est satis*”, *aeque malam licentis imperii magistram iudicans inopiam atque auaritiam*» (VI 4, 2). Al verter al castellano su *Historia*, Mariana dirá: «Scipion preguntado lo que le parecia sobre el caso, respōdio, que ni el vno ni el otro le contentaua. *El vno (dize) no tiene nada, al otro nada le harta*: tiniendo por cosa de no menor inconuiniēte para gouernar la pobreza, que la auaricia. Ca la pobreza casi pone en necessidad de hazer agrauios: la codicia trae consigo la voluntad determinada de hazer mal» (III 4).

⁴³⁹ A. de Morales, *Crónica* VII 49.

⁴⁴⁰ Gregorio Mayans a Conde de Aranda, 15 de mayo de 1773, Epistolario X, núm 103.

éste las transmite y sin aportar nada nuevo. Además, como ocurre igualmente con respecto a las citas literarias, con frecuencia inserta los datos de los artefactos en el mismo lugar en el que el historiador cordobés los intercala en la secuencia narrativa de su texto. De hecho, en algunos casos Mariana combina las referencias literarias con las materiales de la misma manera que lo hace Morales. Por ejemplo, cuando menciona ciertas «piedras antiguas» que muestran la llegada de legados consulares en lugar de pretores a Hispania y seguidamente usa a Estrabón para describir el alto grado de integración romana en la Península (III 24)⁴⁴¹. En otro lugar Mariana se esfuerza en distinguir primero a dos Marcelos, uno que menciona Dion Casio y otro Cicerón, y a continuación a dos Longinos distintos, uno de los cuales está representado en una inscripción que cita de los toros de Guisando (III 20); tal y como también hace Morales⁴⁴².

Así las cosas, con la *Crónica* de Morales pueden también cotejarse las noticias que Mariana ofrece acerca de: unas monedas de Lucio Pisón (III 11)⁴⁴³, de Sertorio (III 12)⁴⁴⁴ y de Augusto (III 22 y 25)⁴⁴⁵; unas inscripciones de Évora (III 3 y 12)⁴⁴⁶, de Vic (III 13)⁴⁴⁷, de Talavera de la Reina (III 22)⁴⁴⁸, de Córdoba (III 24)⁴⁴⁹, ejemplos epigráficos con nombres de legados consulares (III 24)⁴⁵⁰ y dos inscripciones en los

⁴⁴¹ El mismo formato y contenido en A. de Morales, *Crónica* VIII 53.

⁴⁴² A. de Morales, *Crónica* VIII 37.

⁴⁴³ A. de Morales, *Crónica* VIII 11.

⁴⁴⁴ A. de Morales, *Crónica* VIII 15-16.

⁴⁴⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 48 y 55, respectivamente.

⁴⁴⁶ A. de Morales, *Crónica* VII 46 y VIII 20, respectivamente. Con respecto a la primera, Mariana (III 3) traduce esa epigrafía al castellano de manera distinta a como lo hace Morales (VII 46), pero si se acude a la versión latina de la *Historia* (III 3, p. 95), se comprueba que se trata de la misma inscripción (CIL II 21*). Emil Hübner la catalogó como falsa, aunque ha sido después revalorizada. Las tesis apuntan, en cualquier caso, a que el responsable de la posible falsificación no sería el portugués André de Resende (ver *infra*), sino Florián de Ocampo o quien a éste le transmitiera la información que luego pasó a Resende. Véase H. Gimeno, “La inscripción del dintel del templo de Alcántara (CIL, II, 761): una perspectiva diferente”, *Epigraphica* 57 (1995), n. 27; A. Canto, “Los viajes del caballero inglés John Breval a España y Portugal: novedades arqueológicas y epigráficas de 1726”, *Revista portuguesa de Arqueologia* 7, 2 (2004), n. 84. En cuanto a las segundas, Mariana no reproduce ninguna epigrafía, sólo alude a las inscripciones que testimonian la presencia de Sertorio en Évora (III 12); asumimos que el jesuita remite a Morales (VIII 20), quien recoge ahí dos inscripciones procedentes de la ciudad lusitana (CIL II 12* y 14*), de nuevo consideradas falsas por Hübner y que tienen a Resende como transmisor de la información. Cf. A. Canto (n. 91), quien estima que CIL II 12* es auténtica. Por otro lado, sobre el rigorismo crítico de Hübner y el replanteamiento de sus inscripciones *falsae vel alienae* llevado a cabo en las últimas décadas, J. Alvar, A. Gonzales y F. Gómez, “Falso, falsario, falsificación y falseamiento”, *Arys* 7 (2006-2008), pp. 7-9.

⁴⁴⁷ A. de Morales, *Crónica* VIII 16. Mariana menciona la inscripción (CIL II 422*), pero no la reproduce.

⁴⁴⁸ A. de Morales, *Crónica* VIII 47. CIL II 93*.

⁴⁴⁹ A. de Morales, *Crónica* VIII 53. En castellano sólo alude a ella, pero en la edición latina de su *Historia* (III 24, p. 129) Mariana reproduce la inscripción (CIL II 4703) tal y como la transmite Morales.

⁴⁵⁰ A. de Morales, *Crónica* VIII 53.

toros de Guisando (III 13 y 20)⁴⁵¹; las argollas para colgar trofeos de Pompeyo (III 15)⁴⁵² y las Aras Sextianas del noroeste peninsular (III 25)⁴⁵³.

De entre todas las piezas arqueológicas que incluye Mariana en su *Historia*, sólo hay una que no encuentra su paralelo en la *Crónica* de Morales. Nos referimos a una inscripción procedente de Ourique, en la que supuestamente se da fe de la derrota del pretor Claudio Unimano frente a los lusitanos (III 3)⁴⁵⁴. Pero curiosamente este epígrafe no se halla en ninguna de las ediciones en latín ni en la primera en castellano de la *Historia*, sino que aparece por primera vez en la de 1608. Estamos, pues, ante una información que Mariana ha descubierto en algún momento posterior a la traducción de su *Historia* publicada en 1601. Mariana reconoce haber tomado prestada la inscripción de la obra de André de Resende sobre «las Antigüedades de Portugal» (III 3)⁴⁵⁵, un autor al que Mariana menciona en la lista de autores anexa tanto a la edición latina como a la castellana de su *Historia*. Resende (1498-1573) fue un destacado humanista y promotor de los estudios arqueológicos en Portugal con especial atención a la epigrafía romana⁴⁵⁶. Mantuvo una estrecha relación con su homólogo Ambrosio de Morales, y buen número de las inscripciones que éste incluyó en su *Crónica* algunas de las cuales reprodujo también Mariana en su *Historia* las había tomado del portugués. Morales, muerto en 1591, usó obras de Resende que habían sido impresas en vida del autor, pero no llegó a conocer la edición póstuma *De Antiquitatibus Lusitaniae* (1593)⁴⁵⁷. En esta última obra es en donde Mariana pudo ver la inscripción que incluye en un momento posterior en su *Historia* y que hace referencia a la derrota de Unimano⁴⁵⁸. Quizá

⁴⁵¹ A. de Morales, *Crónica* VIII 18 y 37, respectivamente. CIL II 278*a (sin mencionar a Mariana) y CIL II 3052, respectivamente.

⁴⁵² A. de Morales, *Crónica* VIII 22.

⁴⁵³ A. de Morales, *Crónica* VIII 57.

⁴⁵⁴ CIL II 9* (sin mencionar a Mariana).

⁴⁵⁵ Para la *Historia* publicada en 1608, usamos la edición *Historia general de España*, t. 1, B. Monfort, Valencia, 1783, p. 323. Sobre esta edición valenciana, y las razones por las que sigue el texto de 1608, véase el capítulo siguiente: “Libro IV. Hispania”.

⁴⁵⁶ VV.AA., *Cataldo e André de Resende. Congresso Internacional do Humanismo Português*, Centro de Estudos Clássicos, Lisboa, 2002. J. d’Encarnação, “Politicamente falsários”, en *Estudos sobre Epigrafia*, Minerva, Coimbra, 1998, pp. 29-56; cf. A. Canto, “Los viajes del caballero inglés John Breval a España y Portugal: novedades arqueológicas y epigráficas de 1726”.

⁴⁵⁷ *Libri Quattuor De Antiquitatibus Lusitaniae a Lycio Andrea Resendio olim inchoati & a Iacobo Menoetio Vasconcello recogniti atque absoluti. Accessit liber quintus de antiquitate municipio Eborensis ab eodem Vasconcello conscriptus*, M. de Burgos, Évora, 1593. Existe una edición facsímil acompañada de introducción, comentarios y traducción al portugués de R. M. Rosado Fernandes, *As antiguidades da Lusitânia*, Fundación Gulbenkian, Lisboa, 1998, y una nueva traducción, con el mismo título, en la serie *Portugalia Monumenta Neolatina*, t. 3, Universidad de Coimbra, Coimbra, 2009. En adelante, se cita según la foliación original y como A. de Resende, *De Antiquitatibus Lusitaniae*.

⁴⁵⁸ A. de Resende, *De Antiquitatibus Lusitaniae*, p. 220: «Caius Minucius Cai filius Lemonia iubatus Tribunus legionis decimae quem in praelio contra Viriatum vulneribus sopitum imperator Claudius

Mariana se animó a incluir esa pieza epigráfica dada la importancia que a la misma le otorgó Diego Mendes, el discípulo de Resende y autor de la obra póstuma de su maestro⁴⁵⁹. Sea como fuere, parece que el monumento es una invención con fines patrióticos del propio Resende⁴⁶⁰.

Si la anterior es una inscripción que observamos en una edición tardía de la *Historia* y no en su versión original, ahora vamos a ver un caso opuesto. Se trata de la única vez que Mariana cita explícitamente en su *Historia* a Ambrosio de Morales, y casualmente el jesuita no deja del todo en buen lugar al historiador cordobés. En la *Historia* en latín de 1592, Mariana afirma deber a Morales la información de una inscripción epigráfica perteneciente al sepulcro de Sertorio en la ciudad de Évora⁴⁶¹. En cambio, de cara a la traducción de su *Historia* aparecida en 1601, Mariana se abstiene de verter al castellano esa inscripción dado que «no se halle autor ni testigo de credito que tal diga, ni aun rastro ni memoria de tal piedra». Además el jesuita, que seguramente escribe estas líneas después de que Morales hubiera fallecido, señala cuál había sido la fuente de su error en la primera versión de su *Historia*: «en nuestra historia

vnimanus pro morto dereliquir, Ebutii militis Lusitani opera seruatus curario iussus, paucos superuixi dies, maestus obi quia benemerenti more Romano gratiam non retuli». Mariana, «suplidas algunas letras que faltan», traduce así al castellano: «CAYO MINUCIO HIJO DE CAYO LEMONIA LUBATO TRIBUNO DE LA LEGION DECIMA GEMINA: AL QUAL EN LA BATALLA CONTRA VIRIATO ADORMECIDO DE LAS HERIDAS EL EMPERADOR CLAUDIO UNIMANO DESAMPARO POR MUERTO: GUARDADO POR DILIGENCIA DE EBUCIO SOLDADO LUSITANO, Y MANDADO CURAR SOBREVIVI POR ALGUNOS DIAS: MORI TRISTE POR NO GRATIFICAR Á LA MANERA DE ROMANOS A QUIEN BIEN LO MERECE» (III 3).

⁴⁵⁹ A. de Resende, *De Antiquitatibus Lusitaniae*, pp. 258-259: «*Haec inscriptio mihi omnium, quae hactenus in Lusitania repertae sunt, dignissima Semper est visa, quae in hominum notitiam deuenire, & a Lusitanis perpetua memoria conseruari deberet. Consinet enim pium quodam, & illustre facinus cuiusdam militis Lusitani, qui (quantum ex confractis literis coniicere licet) Eburio nomen fuit, a quo Caius Minicius tribunus militum qui a suis pro mortuo derelictus fuerat, seruatus, & ómnibus humanitatis officiis excultus fuit. Quod exemplum in hoste, tan rarum, tamque admirabile est, ut gens Lusitananon minus Eburii pietate, quam Viriati victoriis gloriari merito possit*».

⁴⁶⁰ Véanse los comentarios de Rosado Fernandes en *As antiguidades da Lusitânia*, p. 291, n. 86.

⁴⁶¹ Las letras de la inscripción (CIL II 15*), según Mariana, son las siguientes:

SERTOR. LVSIT. DVX IN EXTREM.
ORB. PLAGA. D. INMORT. VOVET.
ANIM. BVSTO CORPVS. QVI. TIBI
SALO. TETHI. SERVATVS. QVO
LOCO. CIRCA. EBOR. RO. COS.
COP. Q. IPS. CAECIDERAT. OLIM
H. EREX. S. CIRCVMVENTAM.
DOLO. VMB. ELYSIVM. DIRIGE.
DIVA. D.
S.T.T.L.
AVLICVS P.

A continuación señala el jesuita: «*Quae inscription cum paucis aliis sumpta est ex commentariis Ambrosii Moralis viri in historia nostrae gentis, sed eruenda Hispaniae antiquitate imprimis diligentis & accurati, ad auctorem gratia redeat fidesque: nobis his rebus amplius examinandis otium non erat*» (III 15, p. 115). La inscripción se encuentra en A. de Morales, *Crónica* VIII 20.

Latina pusimos aquel letrado, tomado cō otros algunos de Ambrosio de Morales, a su riesgo y por su cuēta, persona en lo demas docta y diligēte en rastrear las antigüedades de España» (III 14). Puede pensarse que Morales supo de esa inscripción a través de Resende, nacido en Évora y creador de una serie de monumentos epigráficos que pretendían testimoniar la presencia de Sertorio en esa región portuguesa⁴⁶². De hecho, una de las principales obras de Resende es precisamente *História da Antiguidade da Cidade de Évora*⁴⁶³. Lo cierto es, sin embargo, que ni en esta última ni en la obra póstuma del humanista portugués, el *De Antiquitatibus Lusitaniae*, se halla noticia alguna del sepulcro de Sertorio y de la inscripción que la acompañaría. Una referencia a la inscripción la encontramos en el manuscrito 5973 de la Biblioteca Nacional de España, un documento del siglo XVI que Hübner atribuyó a Florián de Ocampo, aunque las investigaciones posteriores han objetado esa asignación⁴⁶⁴. Las inscripciones contenidas en este manuscrito anónimo, entre ellas la concerniente a Sertorio que ahora nos ocupa, parecen retrotraerse a una tradición anterior a Morales, Resende e incluso Ocampo, a los momentos de transición entre los siglos XV y XVI en los que, como ahora tendremos ocasión de ver, comienza a extenderse el fenómeno de la falsificación epigráfica en la Península Ibérica.

Dos autores más completan la crítica de Mariana al anticuarismo renacentista: Ciríaco de Ancona y Antonio de Nebrija. Ciríaco Anconitano (c. 1391-1453), a cuya obra remiten las noticias más antiguas de copias de inscripciones romanas en la Península Ibérica, fue vilipendiado como fabulador por historiadores y anticuarios españoles del siglo XVI tales como Antonio Agustín y Ambrosio de Morales. Sin embargo, la investigación actual desvela la compleja red de transmisión epigráfica entre los siglos XV y XVI y cuestiona la autoría de falsas inscripciones tradicionalmente atribuida a Ciríaco. En un primer momento, no puede decirse que la difusión de falsos

⁴⁶² J. d'Encarnação, "Sertório, general romano: guerrilheiro e mito?", *CEAMA* 3 (2009), pp. 98-105.

⁴⁶³ *História da Antiguidade da Cidade de Évora*, A. de Burgos, Évora, 1553. Sobre esta obra puede verse S. Matos, "De Roma a Évora, com André de Resende: Cidade e 'Património' na *História da Antiguidade da cidade de Évora*", *@pha.Boletim* 2 (2004), pp. 1-18: http://www.apha.pt/boletim/boletim2/pdf/Susana_Matos_Abreu.pdf (consultado el 18 de agosto de 2012).

⁴⁶⁴ *Antiquae inscriptiones et epitaphia romana et medievalia*, BNE, Ms. 5973, 183 fols. Ver M. Bataillon, "Sur Florian Docampo", pp. 53-54; H. Gimeno y A. Stylow, "Intelectuales del siglo XVII: sus aportaciones a la epigrafía de la Bética", *Polis* 10 (1998), p. 91; M^a R. Hernando, *Manuscritos de contenido epigráfico de la Biblioteca Nacional de Madrid (siglos XVI-XX). La transmisión de las inscripciones de la Hispania romana y visigoda*, Centro de Lingüística Aplicada Atenea, Madrid, 2009, pp. 237-240. Como se ve en la página 227 de esta última obra de Rosario Hernando, también entre las notas de Antonio Agustín, de fecha más tardía que el manuscrito anterior, se halla una referencia a la inscripción CIL II 15*: *Colección de cartas de eruditos y papeles varios referentes a la antigüedad clásica que pertenecieron a Antonio Agustín*, BNE, Ms. 5781, fol. 74.

epígrafes de la Hispania romana estuviera vinculada a la actividad historiográfica peninsular, si bien aunque algunos de aquéllos proceden de la tradición de Ciríaco, otros responden a una práctica en la que no interviene y que es posterior al de Ancona⁴⁶⁵. En una segunda fase, que comprende desde finales del siglo XV hasta la primera mitad del XVI, se observa un incremento notable de falsificaciones epigráficas en España que en este caso sí parece estar en relación con el uso que los cronistas hacen de esas inscripciones con el fin de corroborar los hechos de sus textos históricos⁴⁶⁶.

Florián de Ocampo fue uno de quienes, según confiesa en carta a Zurita, había copiado en Alemania textos “muy depravados” de Ciríaco⁴⁶⁷. Sus pesquisas epigráficas debieron comenzar en fecha precoz, pues señala que copió los textos de Ciríaco muchos años antes de 1547, y en los primeros cuatro libros de su *Crónica* publicados en 1543 ya introduce alguna inscripción que asocia al nombre de Ciríaco⁴⁶⁸. De los más de doscientas inscripciones hispanas que Ocampo llegó a reunir⁴⁶⁹, más de una tercera parte son falsas⁴⁷⁰, y entre estas últimas hay cerca de quince epígrafes supuestamente transmitidos por Ciríaco⁴⁷¹. Aunque Ocampo hubiera accedido a los textos de este último, también debió nutrirse de otras tradiciones de estudios epigráficos que propagaban inscripciones tanto genuinas como falsas e interpoladas. Por ejemplo, pudo haber heredado un buen número de datos epigráficos de su maestro Antonio de Nebrija. Aunque la de epigrafista es una de sus facetas menos conocidas, sabemos que el famoso gramático se dedicó a dicha labor, que viajó y copió inscripciones, a veces de manera poco escrupulosa.

En la obra de Nebrija, junto a la de autores como Joan Margarit que escribieron sobre la historia antigua peninsular con un interés manifiesto por ennoblecer el pasado de la monarquía española, pueden esconderse muchas de las claves acerca de los

⁴⁶⁵ G. González, “Ciríaco d’ Ancona i la tradició dels falsos epigràfics hispànics. Una mirada nov”, *Artes ad humanitatem* 2 (2010), pp. 77-85.

⁴⁶⁶ J. Carbonell y H. Gimeno, “La epigrafía y el origen de las ciudades de Hispania. Verdad, mentira y verdad a medias”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 109-119.

⁴⁶⁷ La carta está fechada a 17 de marzo de 1547. Ocampo le envía a Zurita una copia de la inscripción del Puente de Alcántara, y añade: «todo esto anda deprauado en çiriaco anconitano donde yo lo huue sacado muchos años ha estando en Alemania: y despues aca quando vine lo fui a sacar a alcantara y no a otra cosa, y esta todo perfectissimamente sacado» (en C. Pérez Pastor, *La imprenta en Medina del Campo*, p. 98).

⁴⁶⁸ F. de Ocampo, *Crónica* IV 42.

⁴⁶⁹ En el llamado *Libro de Ocampo*, del *Codex Valentinus*: *Colección de inscripciones antiguas*, BNE, Ms. 3610, 335 fols.

⁴⁷⁰ G. González, “Los falsos epigráficos del primer Renacimiento hispánico. Una visión de conjunto”, en J. Carbonell, H. Gimeno y J. L. Moralejo (eds.), *El monumento epigráfico en contextos secundarios. Procesos de reutilización, interpretación y falsificación*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2011, pp. 203-204.

⁴⁷¹ G. González, “Ciríaco d’ Ancona i la tradició dels falsos epigràfics hispànics”, p. 83.

sombríos comienzos de la ciencia epigráfica en España⁴⁷². A esas obras se sumarían más tarde las historias generales de Lorenzo de Padilla, Florián de Ocampo o Ambrosio de Morales, cuando paralelamente se aceleraba la búsqueda de inscripciones que rememoraran el pasado romano de las ciudades. Ciríaco de Ancona puede no haber sido más que la «cabeza de turco» a la que los cronistas posteriores responsabilizaron de las creaciones epigráficas que conmemoraban un pasado glorioso de España. En palabras de Gimeno, «era fácil inventar textos y achacarlos a un extranjero, así se podía salvar la honradez de la narración histórica de los primeros cronistas hispánicos, quienes recurrieron a leyendas o a su propia imaginación para explicar los orígenes de España»⁴⁷³.

No podemos determinar hasta qué punto Juan de Mariana, por su parte, fue consciente de los problemas que arrastraba la transmisión epigráfica en España. Cuando escribe su *Historia* a finales del siglo XVI, en cualquier caso, ya se había extendido la fama de Ciríaco como falsificador de inscripciones, especialmente por quien fue guía del jesuita en cuestiones arqueológicas, Ambrosio de Morales. En efecto, Mariana se muestra significativamente escéptico ante el de Ancona en más de una ocasión. En primer lugar, cuando decide no mencionar en su *Historia* al capitán Telongo Bachio, quien según Ocampo había hecho frente a Aníbal en su paso por tierras catalanas. Como testimonio de la vida de Bachio, Ocampo dijo haber hallado una inscripción que transmitía Ciríaco⁴⁷⁴. Ese monumento epigráfico, que en la actualidad se considera que es falso⁴⁷⁵, fue cuestionado por Morales⁴⁷⁶, y puede pensarse que es gracias a la crítica de éste que Mariana no incluye en su *Historia*, como sí había hecho con otras como la de Baucio Capeto, la leyenda del capitán Bachio que recoge Ocampo y también Garibay, entre otros⁴⁷⁷.

Más adelante, en el apartado de la *Historia* de Mariana que ahora nos ocupa, el jesuita hace referencia a una inscripción de cuya existencia duda, por tener a Ciríaco

⁴⁷² H. Gimeno, “El despertar de la ciencia epigráfica en España. ¿Ciríaco de Ancona: un modelo para los primeros epigrafistas españoles?”, pp. 373-382.

⁴⁷³ H. Gimeno, “El despertar de la ciencia epigráfica en España”, p. 380.

⁴⁷⁴ F. de Ocampo, *Crónica* IV 42.

⁴⁷⁵ CIL II 421*. M. Mayer, “La técnica de producción de falsos epigráficos a través de algunos ejemplos de CIL”, *Excerpta philologica* 1, 2 (1991), p. 498.

⁴⁷⁶ A. de Morales, *Crónica* VII 46: «Porque una [inscripción] de Telongo Bachio, que puso Florian de Ocampo en su libro cuarto, y otra de Marco Caton, que yo he puesto en este séptimo, no [a]parecen ahora, ni aun hay entera certidumbre que algun tiempo se hubiesen visto».

⁴⁷⁷ E. de Garibay, *Compendio historial* V 14. Sobre la leyenda de Bachio, véase A. Broch, J. Cortadella y J. D. Garrido, “L’origen de la llegenda de ‘Telongus Bachius’: la resistència de Blanes al pas d’Anníbal”, *Estudi general* 23-24 (2004), pp. 347-360.

como fuente de la misma: «Otros podran juzgar el credito que se deue dar a este autor: el qual por algunos hombres doctos es tenido por excellent maestro de fabulas, y por inuentor de mentiras mal forjadas» (III 3)⁴⁷⁸. Entre esos “otros” mejor capacitados para valorar la obra de Ciríaco, Mariana habría de pensar en Morales. Éste había antes sembrado la duda sobre esa inscripción catalogada actualmente como falsa que pretende atestiguar la presencia del cónsul Lucio Hostilio Mancino en tierras gallegas⁴⁷⁹. Aunque Morales reproduce el monumento epigráfico, advierte al lector de que entre los historiadores romanos no se halla noticia que corrobore aquella inscripción⁴⁸⁰. Pero sobre todo, Morales había sentenciado expresamente la poca credibilidad que merecían las inscripciones que corrían en nombre de Ciríaco en varios pasajes de su *Crónica*. En el prólogo, después de hacer constar las dudas que existen sobre los textos del de Ancona, afirma allí Morales que a pesar de todo incluye algunas de esas inscripciones en su obra, «mas siempre que se puso algunas destas piedras inciertas, se señalaron por tales en nombre de Ciriaco»⁴⁸¹.

Con respecto a Nebrija, la crítica de Mariana es todavía más severa. Morales cuestionó tímidamente la tesis de Nebrija según la cual el cónsul Publio Licinio Craso fue el primero en construir la Vía de la Plata⁴⁸². Mariana va más lejos y afirma que Nebrija «soñò lo que se le antojò, y penso ver lo que imaginaua: engaño que suele succeder muy de ordinario a los antiquarios» (III 11)⁴⁸³. No obstante, no parece que Mariana tuviera más argumentos para criticar a Nebrija que los expuestos por Morales.

Piénsese, finalmente, que desde el siglo XVI se responsabilizó a Ciríaco de Ancona de la transmisión de falsos epígrafes supuestamente esculpidos en los toros de Guisando⁴⁸⁴. Aun así, Morales incluye algunos de esas inscripciones en su *Crónica*, y

⁴⁷⁸ «cui auctori quanta fides habenda sit aliorum iudicium esto: á nonnullis sané eruditis viris fabularum artifex egregius, & insignis mendaciorum consarcinator fuisse putatur» (III 3, p. 97).

⁴⁷⁹ CIL II 224*. M. Mayer, “La técnica de producción de falsos epigráficos a través de algunos ejemplos de CIL”, p. 496.

⁴⁸⁰ A. de Morales, *Crónica* VII 49.

⁴⁸¹ A. de Morales, *Crónica*, p. 293. Véase también VIII 49, donde Morales comenta testimonios epigráficos de la guerra entre César y los hijos de Pompeyo librada en Hispania, algunos de ellos transmitidos por Ciríaco: «Y yo no sé que ninguna destas piedras se halle ahora, ni tampoco jamas oí decir a nadie que las hubiese visto. Yo las pondré aquí todas, porque no falte nada en esta corónica de lo que alguno pudiere desear, si faltara. Principalmente, que lo muy lindo y gustoso que estas piedras tienen, en lo que dicen, hiciera mayor la falta, cuando aquí no estuvieran». Una relación de las inscripciones que aparecen en la *Crónica* de Morales asociadas a Ciríaco en G. González, “Ciriaco d’ Ancona i la tradició dels falsos epigràfics hispànics”, p. 80.

⁴⁸² A. de Morales, *Crónica* VIII 12 y IX 28.

⁴⁸³ «Vidisse se fortasse putauit, quod nusquam erat, quod antiquariis saepe accidit» (III 12, p. 109).

⁴⁸⁴ Según Antonio Agustín, Ciríaco «pone lo de los toros de Bastetania, que llaman agora los toros de Guisando, con vnas inscripciones fingidas» (*Dialogos de medallas, inscripciones, y otras antigüedades*, J. F. Martínez, Madrid, 1744 [1587], pp. 455-456).

Mariana toma de éste las dos que comenta en su *Historia*. Una es genuina (CIL II 3052), pero Mariana la reproduce a partir de la variante que transmite Morales la cual no parece ser fiel al letrero original (III 20)⁴⁸⁵. La otra es falsa (CIL II 278*a), como el resto de las inscripciones del conjunto escultórico (III 13, y en latín III 14, p. 113)⁴⁸⁶. En la actualidad, sin embargo, no se considera a Ciríaco autor de las falsificaciones, sino que la invención de las inscripciones parece deberse precisamente a Antonio de Nebrija y a un cronista real que posiblemente sea Alonso de Palencia (1423-1522). Ambos estarían instigados por su apoyo a la causa de Isabel la Católica, a quien en 1468, en una ceremonia simbólica que tuvo lugar en el cerro de Guisando junto a los antiquísimos toros, se reconoció como legítima heredera del reino de Castilla. En el ejemplo de las inscripciones de los toros de Guisando se condensan algunas de las ideas principales que hemos desarrollado en las líneas precedentes, como son la transmisión de falsos restos antiguos de la historia patria desde el cambio del siglo XV al XVI y el desconocimiento de Mariana, que se convierte en dependencia del jesuita hacia la obra de Morales, con respecto a la ficción de tales monumentos.

8.1.4. Viriato

Para componer la figura histórica de Viriato, Mariana usa las mismas fuentes que utiliza Morales, si no directamente al propio historiador cordobés (III 3-5). El relato de Morales sobre Viriato está construido a partir del texto de Apiano, que entre las fuentes que hablan sobre los hechos del héroe lusitano es quien ofrece una narración más completa y continuada⁴⁸⁷. No obstante, en más de una ocasión Morales se encrespa por las interrupciones y contradicciones que presenta la obra de Apiano⁴⁸⁸, y trata de corregir al de Alejandría y acrecentar el relato insertando datos procedentes de otras fuentes. Por ejemplo, cuando intercala en la narración que toma de Apiano las acciones

⁴⁸⁵ Según Morales: «LONGINVS PRISCO / CAESONIO F. C.» (*Crónica* VIII 37); según Mariana: «*Longinus Prisco Caesonio fieri curauit*» (III 20, p. 122). El original es: «*Longinus / Prisco · Cala/eti(um) · patri · f(aciendum) · c(uravit)*». Véase M^a R. Hernando, “Los toros de Guisando y las glorias ajenas”, *Gerión* 25, vol. extra 2007, pp. 341-361.

⁴⁸⁶ A. de Morales, *Crónica* VIII 18.

⁴⁸⁷ Apiano, *Sobre Iberia* 60-75. A. de Morales, *Crónica* VII 44-53. En VII 44 señala Morales: «la guerra de Viriato comenzó al fin deste mismo año, luego tras la crueldad de Galba que fué la principal causa della. Y yo lo proseguiré como Appiano Alejandrino muy á la larga la cuenta, repartiendo las cosas que en ella sucedieron por los años siguientes».

⁴⁸⁸ Por ejemplo, en A. de Morales, *Crónica* VII 50: «Mas está aquí el libro de Appiano tan corrupto y desbaratado, que no hay tomar tiento en los tiempos, ni en las personas, ni en los hechos; y así no puedo yo contarlos sino con esta brevedad».

del pretor Gayo Lelio en Hispania⁴⁸⁹, que no es mencionado por el historiador de Alejandría, pero a quien Cicerón atribuye el haber debilitado las fuerzas de Viriato⁴⁹⁰.

En realidad, entre los objetivos de Morales está el de prolongar los hechos sobre Viriato, que en Apiano se comprimen en ocho años, a una secuencia de catorce años que según mencionan otras fuentes duró la guerra del lusitano⁴⁹¹. A pesar de su esfuerzo por alcanzar este objetivo, como él mismo reconoce, la narración de Morales no se extiende más de doce años, contados desde la traición de Servio Galba hasta la muerte de Viriato⁴⁹². Por su parte Mariana, bien porque lo vio en algunas fuentes antiguas y/o en Morales, afirma que «no ay duda sino que la guerra de Viriato, por espacio de catorce años que duro» (III 3)⁴⁹³. De lo que no hay duda es que Mariana, quien no se corrige como sí hace Morales, no extiende la historia de Viriato a catorce, sino al mismo número de años que lo hizo Morales. Si se cotejan las fechas que presentan las obras de uno y otro autor (véase más abajo el Cuadro 4), se observa que la coincidencia entre ambos para este período de la historia de España es total. Mariana no se da cuenta de que para hacer coincidir la fecha de muerte de Viriato que nos ofrece 614 a.U.c./138 a.C. (III 6) con los «catorce años enteros» que dice que dura la guerra de Viriato, debería retrotraer el comienzo de la guerra de Viriato casi al libro segundo de su *Historia*, pues la primera fecha que nos da en el libro tercero es el 601 a.U.c./151 a.C. (III 1).

Junto a Apiano, otra de las fuentes antiguas que más datos aporta sobre la figura de Viriato es Diodoro de Sicilia. Éste retrata a Viriato como un rey primitivo ideal de acuerdo con los patrones de la filosofía cínico-estoica, el “buen salvaje” dotado de unas excelentes virtudes naturales. De este modo Diodoro exalta las condiciones físicas y los hábitos del héroe lusitano, así como las cualidades mentales que lo convierten en un personaje extraordinario⁴⁹⁴. Esta imagen de Viriato únicamente nos es transmitida por los extractos de la obra de Diodoro que compila Focio en su *Biblioteca*, y también por Dion Casio que parece resumir al historiador siciliano. Como ya dijimos anteriormente,

⁴⁸⁹ A. de Morales, *Crónica* VII 48-49. También J. de Mariana (III 3).

⁴⁹⁰ Cicerón, *Brutus* 84 y *De Officiis* II 40.

⁴⁹¹ Apiano, *Sobre Iberia* 75. Cf. T. Livio, *Períocas* 54, 8; Floro I 33, 15; Eutropio, *Breviario* IV 16; Orosio V 4, 14. Estos cuatro últimos autores dan catorce años de duración a la guerra de Viriato. Diodoro (XXXIII 21a) dice once años, y Justino (XLIV 2, 7) diez.

⁴⁹² A. de Morales, *Crónica* VII 53: «Así se acabó la guerra de Viriato, la cual todos los historiadores romanos dicen que duró catorce años. Appiano aquí al cabo no le da mas de ocho. Yo la he extendido todo cuanto ha sido posible, tomando su principio desde el año de la traicion de Galba, hasta el del consulado de Cepion, que son doce años».

⁴⁹³ «*Viriati bellum totis quatuordecim annis vario euentu Romanorum potentiam fatigauit*» (III 3, p. 94).

⁴⁹⁴ Diodoro XXXIII 1, 1-3. Para la traducción del texto *vid. supra* nota 59.

ni Morales ni Mariana reflejan en sus escritos aquel estereotipo de Viriato, a pesar de que, al menos Mariana, conocía la obra del patriarca bizantino en el momento en que redacta su *Historia*. Diodoro aporta otros datos de interés sobre la vida de Viriato, pero esa información no se ha conservado en la *Biblioteca* de Focio, sino en parte de los manuscritos conocidos como *Excerpta Constantiniana* que fueron progresivamente editados desde 1582. Por su parte, los fragmentos de la obra de Dion en los que se describe la naturaleza de Viriato tampoco habían sido publicados cuando Morales y Mariana compusieron sus respectivas obras históricas⁴⁹⁵.

Así las cosas, Mariana no se detiene en describir la persona de Viriato y narra su biografía de acuerdo con el esquema que lo retrata como pastor, después ladrón y finalmente líder del ejército lusitano, tal como viene en Morales y en diversas fuentes antiguas⁴⁹⁶. No obstante, Mariana aporta su propia interpretación de esa evolución, y por ejemplo señala que al «salteador de caminos» Viriato se le unía gente endeudada y «de mal biuir y malas mañas», pero sobre todo aquellos que «por verse consumidos y gastados con guerras tan largas, deseauan meter la tierra a barato» (III 3)⁴⁹⁷. Mariana no esconde la baja condición social de la que considera a Viriato procedente y a la que juzga en términos morales, pero justifica las acciones de los lusitanos fundamentalmente como consecuencia de las guerras provocadas por los romanos. La expresión “meter la tierra a barato” no tiene una connotación económica, más bien equivale al concepto de *razia* o práctica del asalto en forma de bandidaje. El *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias de 1611 no recoge esa expresión⁴⁹⁸, pero sí el primer *Diccionario* de la Real Academia Española de un siglo más tarde, y lo hace precisamente citando el pasaje de la *Historia* de Mariana que nos ocupa⁴⁹⁹.

⁴⁹⁵ Véase la introducción de E. Cary al vol. I de la obra de Dion Casio, Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1914, pp. IX-XXXII.

⁴⁹⁶ Entre ellas: T. Livio, *Períctas* 52; Floro I 33, 15; Dion Casio XXIII fr. 73; Eutropio, *Breviario* IV 16; Orosio V 4, 1.

⁴⁹⁷ «*quà belli malis fatigati, more militum armauit*» (III 3, pp. 94-95).

⁴⁹⁸ *Tesoro de la lengua castellana*, L. Sánchez, Madrid, 1611, fol. 120.

⁴⁹⁹ *Diccionario de la lengua castellana*, F. del Hierro, Madrid, 1726, p. 552. Hay dos entradas: “meter a barato” y “meter la tierra a barato”, y en ambas se citan dos pasajes distintos de la *Historia* de Mariana (XIII 4 y III 3, respectivamente). Nótese, no obstante, que la expresión “meter a barato” no está en el libro XIII de la *Historia* de Mariana, sino en el capítulo 4 del libro XVI. En cuanto a “meter la tierra o el país a barato”, su significado es: «Vale lo mismo que hacer correrías, entrar el país robando y haciendo pillage de quanto se encuentra».

Aunque Mariana estime que en el alzamiento liderado por Viriato también intervienen factores socioeconómicos⁵⁰⁰, éstos se desplazan a un segundo plano y son subordinados a la defensa de la libertad hispana frente al enemigo romano. Apiano cuenta que el pretor Vetilio atrajo a parte de los insurgentes lusitanos prometiéndoles tierras que acabaran con el hambre que estaban padeciendo y por las cuales suplicaban. En ese momento irrumpe la figura de Viriato, quien al recordarles la traición que por medio de Galba habían cometido los romanos, hizo a aquellos desdichados cambiar de opinión y agruparse a su entorno, de manera que nombran general a Viriato⁵⁰¹. Morales modifica ligeramente el relato de ese acontecimiento por medio de algún toque épico⁵⁰², pero Mariana lo altera aún más, pues sus concisas palabras encierran una mayor carga de esencialismo y rivalidad entre la identidad hispana y romana. Tras el intento del pretor romano por atraerse a los lusitanos, dice el jesuita:

«Supo Viriato lo que passaua, y con vn razonamiento que hizo a sus soldados, mudaron de parecer. Pusoles delante, con quanto peligro pondrian en manos de los Romanos sus vidas y libertad, en los quales ninguna cosa se conocia de hombres, fuera de la apariencia y el sonido de la lengua humana... Que les estaria mejor seguirle a al que era su caudillo, y por sus consejos y mandado lleuar adelante lo començado: y como gente esçorzada no rendirse por verse a la saçon apretados: que los tiempos se mudan» (III 3).

Mariana interpreta la guerra de Viriato como un rebrote por recuperar la unidad y la libertad hispanas. Para Mariana, Viriato representa un intento frustrado por recobrar la libertad de los españoles que les es connatural, su esencia originaria desde la fundación peninsular de Túbal, siempre latente pero severamente oprimida desde la invasión fenopúnica. Mariana sigue la secuencia del relato de Apiano y de Morales que establece una división entre los hechos de los lusitanos y los de los celtíberos, pero ve en estas guerras un nexo que va más allá de las fronteras de estos pueblos en esos momentos de lucha. Viriato animó a los celtíberos a que, según Mariana, «tomassen las armas por la salud común, y por la libertad de la patria. La qual por su esfuerço el tiempo passado auia començado a rebiuir, y al presente corria gran riesgo si ellos con tiempo no le ayudauan» (III 3). Mariana convierte la guerra lusitana en un evento de

⁵⁰⁰ M. V. García Quintela, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, III, Akal, Madrid, 1999, p. 181, considera que el elemento socioeconómico está presente en la visión de Mariana sobre Viriato, y que esa base la hereda y amplía en el siglo XIX Joaquín Costa en su interpretación histórica del caudillo lusitano.

⁵⁰¹ Apiano, *Sobre Iberia* 61.

⁵⁰² A. de Morales, *Crónica* VII 45.

escala nacional. Viriato personifica el pasado revivido, que como estrella fugaz desaparece después de alumbrar el oscuro cielo. En efecto, Viriato morirá sin recuperar la añorada libertad de la patria, pero su esfuerzo no será inútil ni aislado. Mariana une la voluntad del lusitano con la de los celtíberos, y señala que éstos recibieron con entusiasmo el llamamiento⁵⁰³ de Viriato, lo que constituyó «el principio y la ocasión con que otra vez se despertó la guerra de Numancia» (III 3). Se ve de esta manera cuál es el elemento que da sentido y forma a la *Historia* de Mariana, en función de qué ideas el jesuita selecciona los contenidos y estructura los capítulos de su obra, y cómo en ella unos hechos y otros se encadenan en la secuencia histórica de una esencia prístina que traspasa los muros del tiempo. Después de Viriato, el testigo de la historia de España de Mariana pasa a manos de los numantinos.

Otros detalles de la vida de Viriato, como son las estrategias bélicas, las negociaciones con los romanos o el funeral dominado por el amor y los llantos de dolor, los encuentra Mariana en distintas fuentes⁵⁰⁴, y sobre todo en la interpretación que de ellas hace Morales. Añade además Mariana de su propia imaginación el que, por ejemplo, Viriato presintiera cuál iba a ser su destino, e iniciara un proceso de paz cuando se hallaba «cansado de guerra tan larga, y poco confiado en la lealtad de sus compañeros, ca se recelaua no quisiessen algun dia con su cabeça cōprar ellos para si la libertad y el perdon». El pronóstico se cumplió, y a causa de esa traición se ejecutó a un líder al que Mariana ensalza aún más al contextualizarlo con su visión de la historia romana: Viriato «no acometio los principios del poder del pueblo Romano, como otros, sino la grandeza y la magestad de su imperio: quãdo mas floreciã sus armas, y aun no reinauã del todo los vicios, que alfin los derribaron» (III 5).

8.1.5. Guerra de Numancia

Los capítulos que Mariana dedica en su *Historia* a la guerra de Numancia (III 6-10) tienen como modelo la *Crónica* de Morales⁵⁰⁵. De nuevo, Apiano es la fuente base

⁵⁰³ Mariana utiliza, en castellano, la palabra «requesta», que según el *Tesoro* de Covarrubias puede significar “demanda” o “petición”. La oración en latín es distinta: «*Ab hoc initio his populis ad rebellandum inductis, Numantinum bellum denuò exarsit*» (III 3, p. 97).

⁵⁰⁴ Una recopilación y un análisis de esas fuentes puede hallarse en S. Martínez, “‘Hispania’: la verdad sobre Viriato” (i) y (ii), *Sáraust* 9 (2011), pp. 23-35: www.sarasuati.com (consultado el 12 de junio de 2012).

⁵⁰⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 1-10.

para la reconstrucción de estos acontecimientos⁵⁰⁶. Morales usa el mismo método de intercalar datos procedentes de otras fuentes con el ánimo de complementar el texto de Apiano. Además, de esta manera Morales pretende prolongar la duración de la guerra numantina a un número de años mayor que el que ofrece Apiano, ya que en esto de nuevo las fuentes se prestan a interpretaciones distintas⁵⁰⁷. Aun así, en su relato Morales reconoce que la guerra en Numancia no dura más de diez años, con lo que especula que mientras Roma mantuvo la guerra con Viriato, paralelamente también se enfrentó a Numancia, aunque las fuentes no lo atestigüen⁵⁰⁸. Por otro lado, Morales vincula el cerco de Numancia con la intervención de Roma ante la ampliación defensiva de Segeda, y extiende así la duración de la guerra numantina a un lapso de veinte años⁵⁰⁹.

Esa cronología es la que adopta también Mariana, quien comienza el libro tercero de su *Historia* desde esos antecedentes de lo que considera, en conjunto, la guerra de Numancia. No obstante, en este relato Mariana se aleja de Apiano aun más que Morales, en tanto que el jesuita intenta centrar su atención en lo ocurrido en Numancia y especialmente en los momentos finales del asedio a la ciudad, con el efecto dramático que estos últimos tienen en su historia de España. De esta manera, Mariana concede menos espacio a la evolución de los acontecimientos previos al cerco de Numancia por Escipión. Por ejemplo, mientras que Apiano une las campañas de Junio Bruto en el noroeste peninsular a los hechos de Viriato, Mariana, como Morales, introduce la conquista romana de aquellos territorios en el relato de la guerra de Numancia (III 8). Ahora bien, Mariana no se detiene en los detalles que tanto Apiano como Morales cuentan acerca de las acciones emprendidas por Bruto, tales como la ausencia del llanto entre las mujeres que luchaban o se quitaban la vida frente a los romanos⁵¹⁰. La misma actitud de Mariana se observa con respecto a los acuerdos establecidos entre Tiberio Graco y los numantinos, pues el jesuita no relata los

⁵⁰⁶ Apiano, *Sobre Iberia* 76-98.

⁵⁰⁷ Mientras que Apiano denomina guerra numantina a la transcurrida entre el 143-133 a.C., Estrabón (III 4, 13) alaba el valor de los numantinos en el contexto de las guerras celtiberas, de veinte años de duración. Floro (I 34, 2), en su resumen a Livio, da once años de duración a la guerra numantina, y Orosio (V 7, 3) catorce.

⁵⁰⁸ A. de Morales, *Crónica* VIII 10:

«Duró la guerra de Numancia desta vez no mas que siete años, contando desde la muerte de Viriato... Y así, para poder salvar lo que todos los historiadores generalmente dicen que duró catorce años, es forzado juntar con éstos los tres de la otra guerra que tuvieron con los desta ciudad Fulvio Nobilior y Marcelo, y aun con todo eso no pasan de diez... Podremos decir, que entretanto que duró la guerra de Viriato, tambien se movieron los numantinos, y que duró entonces la guerra cuatro años, aunque no hay escrito nada della».

⁵⁰⁹ A. de Morales, *Crónica* VII 34.

⁵¹⁰ Apiano, *Sobre Iberia* 71-73; A. de Morales, *Crónica* VIII 5.

parabienes que éstos ofrecieron al cónsul en el interior de la ciudad, como en contraste sí lo hace Morales siguiendo a Plutarco (III 7)⁵¹¹.

La síntesis de Mariana, sin embargo, experimenta un punto de inflexión cuando la narración alcanza las circunstancias en que Numancia finalmente es sometida (III 10). Aquí Mariana sí expone los pormenores que transmite Apiano, pero también los que proceden de otras fuentes que utiliza Morales y que inciden en la fuerza dramática del episodio numantino e, incluso, el jesuita los amplía con invenciones propias. Así pues, en ese preciso momento de la historia antigua peninsular, en el que Mariana congela su narración, Apiano deja de ser la fuente única. En efecto, aunque la versión de Apiano es la más cercana a los hechos, autores como Floro u Orosio representan una tradición que altera en parte lo dicho por Apiano por ejemplo al afirmar que no quedaron supervivientes en Numancia y enriquece con otros datos el relato de la agonía final de los numantinos. Esta última tradición, de hecho, era la que más peso había tenido en la historiografía española, hasta el punto de que Morales, aunque introdujo largas citas literales de Orosio⁵¹², fue el primero en utilizar a Apiano como fuente principal de la historia numantina⁵¹³.

Así las cosas, observamos que Mariana introduce un discurso en estilo directo de Retógenes Carauino, un personaje del que hablan Apiano y Morales pero del que no recogen ninguna palabra que hubiera pronunciado⁵¹⁴. Cuando la ciudad de Numancia estaba siendo sitiada por los ejércitos romanos a las órdenes de Escipión, Retógenes y algunos otros numantinos⁵¹⁵ consiguieron cruzar el cerco y acudir a los arévacos en busca de ayuda. Mariana pone en boca de Retógenes las palabras que éste dirigió a los arévacos:

«Porque (dize) en tanto que las fuerças estan enteras, y los Romanos por tantas perdidas rehusan la pelea, y por malas mañas y astucias pretēden apoderarse de aquella nobilissima ciudad [Numancia]: [¿]vos jūtadas las fuerças no quitareys el yugo desta seruidumbre, y echareys de vuestra tierra esta peste

⁵¹¹ Plutarco, *Tiberio Graco* V; A. de Morales, *Crónica* VIII 3.

⁵¹² A. de Morales, *Crónica* VIII 6.

⁵¹³ A. Jimeno y J. I. de la Torre, *Numancia, símbolo e historia*, Akal, Madrid, 2005, p. 69. De este libro, no obstante, ha de decirse que presenta de manera errónea las referencias a la obra de Mariana. Sus autores fechan en 1591 y 1598 la edición de la *Historia* del jesuita en latín y castellano respectivamente (ver p. 70, por ejemplo). Además, las citas entrecomilladas que ofrecen no se corresponden, a veces, con la referencia indicada (p. 65) o no son las palabras literales que se hallan en la obra de Mariana (p. 61), ni siquiera en la edición de la *Historia* que usan (Hijos de Catalina Piñuela, Madrid, 1828).

⁵¹⁴ Apiano, *Sobre Iberia* 94; A. de Morales, *Crónica* VIII 9.

⁵¹⁵ Apiano y Morales (cit. *supra*) dicen que Retógenes iba acompañado de cinco numantinos más, mientras que Mariana indica que eran cuatro (III 10).

comun? [¿]Aguardays por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de vnos a otros passe y llegue a vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forçoso que todo lo assuele. Por ventura [¿]no conoceys la ambicion de los Romanos, sus robos y sus crueldades? Los quales muchas vezes aueys visto y oydo, que sin causa alguna, solo con deseo de estender su señorío, ponen asechanças a la libertad y riquezas de toda España. Direys que teneys hecho concierto con ellos, y con esto os assegurays. En lo qual si no ouiera muchos ejēplos frescos y puestos delante los ojos, de la deslealtad, codicia, y fiereza de los Romanos, la destruycion poco ha de Caucia, y ahora la confederacion de los Numantinos con Mancino, quebrantada injustamente, son bastante muestra como ninguna cosa tienen por santa, por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeys ahora vuestro reposo particular, a la salud comun, la qual en gran parte depende del valor y esfuerço de Numancia, no seays en algun tiempo forçados a quexaros por demas (oxala yo me engañe) de auer perdido y desamparado lo vno y lo otro. Afuera pues toda tardança y couardia: en tanto que ay tiempo, y que las cosas estan en termino que se pueden remediar, bolued vuestros animos y pensamiento a procurar la salud de la patria. Iuntad armas y fuerças y cargad sobre el enemigo que esta descuydado, cercandole los vuestros por vna parte, y los nuestros por la otra, por frente, y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad, y las riquezas de toda España» (III 10).

La última frase ilustra bien cuál es el mensaje del discurso: «*in nostro periculo universae gentis fortunas, libertatem, salutem verti putate*» (III 10, p. 106). Mariana, a través de Retógenes, apela a la unidad de los españoles frente al enemigo que es Roma. Esta es o debe ser siempre la razón última de las acciones que emprenden los pueblos que componen la Península Ibérica, por encima de cualquier tentativa particular como puede ser el concierto de los arévacos con los romanos. De otro lado, el poder de Roma se concibe como una totalidad o “peste común” que se extiende por cada uno de los rincones de la Península y que, sin remedio, acaba con la esencia que define lo español, a saber: la libertad de sus gentes tal y como se reconoce desde que Túbal puso el primer pie en territorio hispano. En realidad, la salud o las riquezas, aunque a ellas también aluda Mariana, no son tan importantes como la libertad de la patria, que es la que permite el buen estado de aquéllas. Esa libertad, antes en Tarteso y después en Sagunto,

se afinsa ahora en Numancia, que es hacia donde Mariana ha dirigido su atención a lo largo del tercer libro de su *Historia*.

Mariana se duele a través de aquellas palabras de que, como sabe por Apiano, Retógenes no encuentra en los arévacos la respuesta que de ellos espera. Ese dolor Mariana lo representa gráficamente mediante las abundantes lágrimas de Retógenes, arrojado a los pies de unos arévacos estremecidos. En vista de cuál es el destino final de Numancia, la figura de Retógenes le sirve a Mariana para depositar en él las ilusiones patrias e incidir en el factor unión que es el que unas veces mantiene y otras, como en este caso, acaba con la libertad española. Por otro lado, el discurso en estilo directo un recurso que Mariana utiliza raramente en los cuatro primeros libros de su *Historia* y la escenificación teatral que lo acompaña incrementan la fuerza dramática del relato del jesuita sobre la guerra de Numancia, el cual concluye con una alegoría acerca de la unidad de los pueblos de la Península Ibérica.

Con Retógenes rechazado por los arévacos y Escipión decidido a llevar hasta el final el cerco sobre Numancia, el siguiente personaje que Mariana escoge para dar rienda suelta a sus objetivos historiográficos es Avaro. Aquí Mariana tiene como precedente al propio Apiano, quien recrea las palabras del numantino Avaro a Escipión cuando ya el hambre se ha introducido por los muros de la ciudad todavía libre⁵¹⁶. Por su parte, Morales también incluye en su *Crónica* un discurso de Avaro, que en su conjunto transmite el mismo mensaje que el de Apiano, aunque el cordobés altera las palabras que vienen en este último⁵¹⁷. Mariana parece que usa el texto de Morales, que a su vez también modifica. Con lo cual, Mariana mantiene la idea transmitida por Apiano, pero las diferencias con respecto a éste son mayores que las que existen entre Morales y Apiano. Como resultado final de esta adulteración de la fuente original, Mariana

⁵¹⁶ Apiano, *Sobre Iberia* 95:

«Por lo que, dijo [Avaro], Escipión, es especialmente digno que tú, un hombre colmado de tanta virtud, perdones a este pueblo ardiente y valeroso y que nos ofrezcas condiciones más humanas que nuestros presentes males, las cuales podamos soportar también, dado que acabamos de experimentar un cambio de fortuna. Que ya no está en nuestras manos sino en las tuyas o bien el recibir la ciudad, si ordenas algo moderado, o desdeñarla para destruirla en combate».

⁵¹⁷ A. de Morales, *Crónica* VIII 10:

«No será menester decirte, Escipión, quien son los numantinos, pues nos tienes bien conocidos, y nos ves perseverar con tanta constancia en defender nuestra tierra. Así emplearás bien el beneficio si quisieres hacer lo que te suplicaremos. Y no te pedimos que nos perdones, sino que temples el castigo, de manera que podamos sufrirlo. Ya conocemos la mudanza de fortuna, y vemos que la salvación de nuestra ciudad no está en nuestro poderío, sino en tu voluntad. Tómala como tuya, contento con darnos una pena moderada: y si esto no quieres, no esperas que tú podrás verla vencida: porque ella se anticipará en destruirse á sí misma, ántes que tú la tomes».

enfatisa la polaridad entre numantinos y romanos al exaltar más aún de lo que lo había hecho en un primer momento Apiano la gloriosa trayectoria tanto de la ciudad de Numancia como del cónsul Escipión. Además, lo que en Apiano aparece como una amenaza de los numantinos a seguir resistiendo si no obtienen una paz favorable, en las palabras de Avaro que transmite Mariana se preludia hasta qué punto concreto los numantinos están dispuestos a llegar con tal de no ser destruidos por manos romanas:

«Quienes sean los ciudadanos de Numancia, de que lealtad, de que constancia, no ay para que traello a la memoria: pues tu con la larga experiencia lo puedes tener entendido, y no esta bien a los miserables hazer alarde de sus alabaças. Solo dirè que te serà muy honroso auer quebrantado los animos de los Numantinos: y a nosotros no serà del todo afrentoso, ya que assi auia de ser, ser vencidos de tan gran capitan. Lo que la presente fortuna pide, y a los que nos fuerçan los males deste cerco, confessamonos por vencidos: pero con tal que te contentes cō nuestra penitencia, y enmienda, y no pretendas destruyrnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentamonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas, y no das lugar a la pelea, determinados estamos de prouar qualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesserio, antes que por las agenas: que serà el postrer officio de varones esforçados. Tu deues considerar vna y otra vez lo que la fama y el mundo dirà de ti, assi de presente, como en el tiempo adelante» (III 10).

Como cuenta Apiano, las palabras de Avaro no tuvieron ningún efecto en Escipión, quien ordenó que se le entregara la ciudad. A continuación, tanto Avaro como los que le habían acompañado en calidad de embajadores, fueron ejecutados por los propios numantinos al regresar al interior de la ciudad, bien porque traían malas noticias, bien por suscitar la sospecha de haber concertado una paz a título personal con Escipión⁵¹⁸. Mariana relata estos mismos hechos, pero los interpreta de una manera distinta. Aunque Escipión no cede ante las palabras de Avaro, según Mariana la reacción primera del cónsul fue de admiración: «Marauillose Scipion por este razonamiento, que los coraçones de aquella gente, con tantos trabajos no estuuiesen quebrantados: y que perdida toda esperança, toda via se acordassen de su dignidad y constância». En cuanto a la explicación de por qué fueron los embajadores numantinos

⁵¹⁸ Apiano, *Sobre Iberia* 95.

mueritos por sus propios conciudadanos, Mariana omite la hipótesis de que podrían haber pactado su seguridad personal con Escipión, y justifica el acto en términos morales y sociales: «Con esta respuesta los Numantinos, como fuera de sí, matan a los embajadores: los cuales [¿]que culpa les tenían? pero quando la muchedumbre se alborota, muchas vezes es perjudicial cosa dezir la verdad».

A partir de este momento comienza el desenlace final de los numantinos. Aquí Morales y después Mariana complementan el relato de Apiano con el de autores como Valerio Máximo, Floro y Orosio⁵¹⁹. De esta manera tanto Morales como Mariana amplían los distintos modos en que los numantinos acaban suicidándose, y sobre todo, ponen en contradicción a Apiano al señalar que no quedaron numantinos con vida⁵²⁰.

Además de incidir en que esa aniquilación total de los numantinos privó a los romanos de la victoria, Mariana extrae una conclusión de la historia de esta guerra: «Numācia se conservò por la cōcordia de sus ciudadanos, que tenían entre sí y con sus comarcas, y pereció por la discordia de los mismos» (III 10). Es probable que esta moraleja la tome Mariana de Morales, aunque se trata de una exitosa herencia de Orosio. En efecto, Orosio culmina su relato sobre la guerra de Numancia con la respuesta que Tireso, príncipe celtibero, da a la pregunta de Escipión acerca de cuál fue la causa de la derrota de Numancia: «*concordia inuicta, discordia exitio fuit*»⁵²¹. Este pasaje de Orosio, que posiblemente no responde a circunstancias reales⁵²², se convirtió siglos más tarde en un lugar común en la historiografía española. En el siglo XIII el rey Alfonso X, aunque sustituyendo Zamora por una Numancia olvidada tras la invasión árabe, le dedicó un capítulo de su *Estoria de Espanna*⁵²³. Morales también cita el pasaje de Orosio, pero además lo enlaza con otro de mayor alcance de Estrabón en donde el geógrafo griego señala sobre todo en la versión adulterada que del texto presenta

⁵¹⁹ Valerio Máximo III 2, *ext.* 7 y VII 6, *ext.* 2; Floro I 34, 12-17; Orosio V 7, 12-18.

⁵²⁰ A. de Morales, *Crónica* VIII 10. Sobre esto véase J. Alvar, “El sexo y la edad en la derrota: los romanos en Hispania”, en M. M. Myro, J. M. Casillas, J. Alvar y D. Plácido (eds.), *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2000, pp. 363-384.

⁵²¹ Orosio V 8, 1.

⁵²² F. Pina Polo, “Las comisiones senatoriales para la reorganización de Hispania (App., Iber., 99-100)”, *DHA* 23, 2 (1997), pp. 83-104.

⁵²³ Alfonso X, *Primera crónica general de España*, p. 30: «e preguntol Scipion, rogandol quel dixiesse uerdad, por que tenie que fuera destroyda Çamora, o por que se pudier mas defender. E aquel rey [Tireso], com era omne de buen seso, respusol en pocas palauras, e dixol “que por desacuerdo se pierden las cosas, e por acuerdo se deffendien”». Sobre el papel que desempeña Numancia en la historiografía medieval, A. Jimeno y J. I. de la Torre, *Numancia, símbolo e historia*, especialmente pp. 41-51.

Morales que la desunión de los pueblos de la Península Ibérica explica que fueran sucesivamente dominados por gentes provenientes del exterior⁵²⁴.

Como quiera que Mariana haya entrado en contacto con el pasaje de Orosio, lo cierto es que el jesuita considera la desgracia numantina como una consecuencia de la desunión entre los celtiberos en particular y habría de decirse también entre los españoles en general. No se trata solamente de una reflexión final sobre los sucesos de Numancia. Ya antes Morales había estructurado los acontecimientos de esta guerra en torno al resquebrajamiento de la unicidad hispana, la cual define con broches metafísicos:

«¿Cómo habíamos de vencer los españoles á los romanos, siendo nosotros mismos los que procurábamos nuestra destruccion? Nuestras discordias y particulares enemistades, y aquella inclinacion natural de todos los españoles á ver novedades, cansándose de estar siempre en un ser, aunque sea muy bueno, nos hacia la guerra, y nos quitaba de las manos la victoria de todos los romanos, que sin duda la alcanzáramos con union y concordia»⁵²⁵.

De la misma forma, Mariana advierte a lo largo del relato sobre la guerra de Numancia de los dañinos efectos de una división celtibera, como muestran las palabras que el jesuita pone en boca de Retógenes Carauino. Más aún, desde el comienzo del libro tercero de su *Historia*, Mariana trata de conducir la narración hacia ese momento en el que la libertad española, arrinconada en Numancia, cae definitivamente en manos de Roma. La muerte de un Viriato traicionado, la cual Mariana hace coincidir con el comienzo de la guerra en Numancia en línea con la historiografía precedente⁵²⁶ y sobre todo con Morales, quien especula sobre la colaboración de Viriato con los celtiberos⁵²⁷, traslada a los numantinos las esperanzas otrora depositadas en los lusitanos. La falta de solidaridad entre los celtiberos, desde esta perspectiva, es el último paso de una progresiva regresión de la libertad española.

A partir de ese razonamiento, Mariana proyecta el siguiente apartado de su *Historia* que constituye el proceso de romanización peninsular, según la terminología decimonónica y tradicional, o el tiempo en el que «los españoles imitaban las usanzas romanas en todas sus costumbres y negocios», como definía Ocampo a dicho

⁵²⁴ Estrabón III 4, 5; A. de Morales, *Crónica* VIII 10. Sobre el uso de ese pasaje de la obra de Estrabón, ver M. Álvarez, “Notas sobre el papel de Estrabón en la historiografía española, del Renacimiento a la Ilustración”, pp. 49-62.

⁵²⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 2.

⁵²⁶ A. Jimeno y J. I. de la Torre, *Numancia, símbolo e historia*, p. 50.

⁵²⁷ A. de Morales, *Crónica* VIII 1.

proceso⁵²⁸. Mariana concluye la guerra de Numancia diciendo que Escipión vuelve a Roma una vez establecida la paz en la Península Ibérica. E introduce la nueva etapa afirmando: «Despues desto, se siguieron en España tēporales, pacíficos de grande y señalada bonança» (III 11). De esta manera, Numancia aparece como el fin del intento de los españoles por mantenerse independientes de los romanos. Una idea que se apoya en el hecho de que, a partir de ahora, la mayor parte de las guerras que se suceden en suelo hispano no son provocadas por quienes Mariana considera que son sus habitantes naturales, sino conflictos romanos que tienen la Península Ibérica como escenario.

Mariana participa así de una tradición historiográfica que secularmente había considerado Numancia como la llave que abrió las puertas a la dominación romana de Hispania, y que llevó a Morales a ver en «esta guerra una de las cosas mas señaladas que en España, y aun en mucha parte del universo han sucedido»⁵²⁹. No obstante, con Numancia no se apaga del todo la llama de la resistencia. La esencia de los españoles, su naturaleza libre, permanecerá latente durante la ocupación romana peninsular. De hecho, no tardará en hacerse notar de nuevo por ejemplo, a través del apoyo a Sertorio y volverá a exhibirse cuando encuentre un aliado en el cristianismo y la dominación romana toque a su fin. Numancia, en definitiva, es un punto y aparte, pero no un punto final en la historia de España de Mariana.

Por último, cabe señalar que el modo en que Mariana concibe a Numancia en su *Historia* no sólo alcanzó al limitado número de lectores de la época en que vivió nuestro autor. Por el contrario, los elementos que conforman ese discurso histórico debieron penetrar en un amplio espectro de la sociedad española moderna, toda vez que el episodio numantino fue difundido a través de la literatura popular y de escenificaciones teatrales. Entre estas últimas sobresale la que ha sido considerada como primera gran tragedia nacional de la literatura española, *El cerco de Numancia* (c. 1583) de Miguel de Cervantes⁵³⁰.

⁵²⁸ F. de Ocampo, *Crónica* I 17. Hay algunos ejemplos interesantes en J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.), *La romanización en Occidente*, Actas, Madrid, 1997. Una revisión postmoderna del concepto de romanización en R. Hingley, *Globalizing Roman Culture. Unity, Diversity and Empire*, Routledge, Londres-Nueva York, 2005. Un análisis de la evolución del concepto y una crítica a aquella revisión en T. Crespo, *Evolución y fundamentos historiográficos del concepto de romanización*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2008.

⁵²⁹ A. de Morales, *Crónica* VIII 1.

⁵³⁰ M. Álvarez, “Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: *El cerco de Numancia* de Miguel de Cervantes y la historiografía sobre la España antigua en el siglo XVI”, *Hispania Antiqua* 21 (1997), pp. 545-570; A. Jimeno y J. I. de la Torre, *Numancia, símbolo e historia*, pp. 85-90. La relación entre el pensamiento de Cervantes y los historiadores de su época ha sido estudiada por A. Alvar, “Cervantes, la epistemología histórica de su tiempo y otros lugares comunes”, *Edad de Oro* 25 (2006), pp. 9-34, y

El pensamiento de Mariana, en general, se canaliza y divulga también a través de dos literatos como son Francisco de Quevedo y Lope de Vega. El primero, sobre el que volveremos más tarde, deja sentir su deuda con el jesuita en distintos escritos que versan sobre la defensa de la nación española o la hispanidad del apóstol Santiago. En cuanto a Lope de Vega, quien reiteradamente pretendió ser cronista real, no sorprende que su producción teatral estuviera impregnada de un fuerte fervor patriótico y, al mismo tiempo, fuera un gran admirador de la producción historiográfica de Mariana, al que llamó “tito livio cristiano, luz de la historia de España”⁵³¹. En *Fuenteovejuna* (1613), Lope de Vega llevó la teoría del tiranicidio del jesuita a su máxima expresión popular⁵³².

8.2. Guerras civiles y fin de la conquista romana

8.2.1. Cuestiones metodológicas: fuentes y cronología

8.2.1.1. Fuentes

Hasta el momento hemos observado cómo Mariana básicamente resume la *Crónica* de Morales. En lo que resta del libro tercero de su *Historia*, el de Morales sigue siendo el texto base para Mariana. Sin embargo, sobre todo a partir de la guerra entre César y Pompeyo, comienzan a manifestarse diferencias menos sutiles entre la obra del jesuita y la del historiador cordobés.

En cuanto a las fuentes antiguas, Mariana da muestras de haber manejado de primera mano algunas de las obras que relatan los conflictos bélicos de la Península Ibérica durante el siglo I a.C., entre ellas las de Dion Casio y Paulo Orosio. Acerca de

“Cómo hacer Historia en tiempos de Cervantes: propuestas historiográficas”, *Edad de Oro* 30 (2011), pp. 7-17. Un análisis de las conexiones de la obra de Cervantes, así como de la de Lope de Vega y Quevedo, con la ideología política que transmite Mariana, en M. Ballester, *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665)*, Tecnos, Madrid, 2010, pp. 297-355.

⁵³¹ Con esta lisonja se dirige Lope de Vega a Mariana en el prólogo, dedicado al jesuita, de su *Triunfo de la fe en los reinos del Japón* (1614-1615). La obra está publicada por la BAE, *Colección escogida de obras no dramáticas de frey Lope Félix de Vega Carpio*, M. Rivadeneyra, Madrid, 1856, cita de p. 158. Sobre las aspiraciones de Lope a cronista, J. Weiner, “Lope de Vega, un puesto de cronista y *La hermosa Ester* (1610-1621)”, en A. Kossoff *et al.* (coords.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, t. 2, Itsmo, Madrid, 1986, pp. 723-730.

⁵³² R. Carter, “*Fuenteovejuna* and Tyranny: Some Problems of Linking Drama with Political Theory”, *Forum for modern language studies* 13, 4 (1977), pp. 313-335; M. Hughes, *Monarcas, tiranos y tiranicidios: la ideología de Juan de Mariana en la obra de Lope de Vega*, estudio de máster, Miami University, 2006, en: http://rave.ohiolink.edu/etdc/view?acc_num=miami1155647816 (consultado el 20 de junio de 2012).

esos eventos, el jesuita introduce datos y citas, aunque sea en un número escaso de ocasiones, que no tienen su paralelo en la *Crónica* de Morales. Ambos historiadores usan las mismas fuentes, pero de éstas hacen bien una lectura o bien una selección ligeramente distinta. Por ese motivo, la forma en que Mariana configura y ordena su escrito también a veces difiere de la estructura del texto de Morales. Estas desemejanzas se hacen más evidentes en la última parte del libro tercero de la *Historia* de Mariana.

Una de aquellas obras, fundamental para este período, es el *Bellum Hispaniense* que narra el epílogo de la guerra civil entre Pompeyo y César. El texto se integra en el llamado *Corpus Caesarianum*, y es junto a los escritos históricos de César como se publica en numerosas ediciones y traducciones del siglo XVI. No obstante, se descarta que César sea el autor del *Bellum Hispaniense*, probablemente escrito por un personaje militar del bando cesariano y testigo de los acontecimientos que narra⁵³³. Suetonio nos informa del desacuerdo que en la propia Antigüedad existía sobre cuál de los dos, si Opio o Hircio, fue el que compuso esa narración de la guerra de César en Hispania⁵³⁴. A partir de ese pasaje del historiador romano, Morales decide citar el escrito en nombre de Aulo Hircio, quien según Suetonio también habría escrito parte del *Bellum Gallicum* de César⁵³⁵. Mariana no se pronuncia acerca de este dilema, pero en la lista de fuentes que publica en las ediciones de su *Historia* aparece tanto el nombre de César como el de Hircio⁵³⁶.

Como buen latinista, Mariana debió ser consciente de las carencias estilísticas del *Bellum Hispaniense*, las cuales fueron denunciadas por diversos humanistas⁵³⁷. En cualquier caso, para componer su *Historia* Mariana hace uso de ese texto que, al formar parte del *Corpus Caesarianum*, sin duda conocería bien. La lectura de César es una de las que Mariana, en su *De rege et regibus institvtione*, aconseja al futuro Felipe III para aprender latín⁵³⁸. Su recomendación parece que surtió efecto, pues García de Loaysa le leía al príncipe tanto los *Comentarios* de César como el *De rege* de Mariana⁵³⁹.

⁵³³ Véase la introducción de José Castro a la edición bilingüe del texto que aquí usamos: *La guerra de Hispania*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992, pp. 1-17.

⁵³⁴ Suetonio, *Julio César* LVI 1.

⁵³⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 24.

⁵³⁶ G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice VIII, 1, p. 447.

⁵³⁷ J. F. Gaertner, "The style of the *Bellum Hispaniense* and the evolution of Roman historiography", en E. Dickey y A. Chahoud (eds.), *Colloquial and Literary Latin*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pp. 243-254.

⁵³⁸ *De rege et regibus institvtione*, II 6, p. 171.

⁵³⁹ Aprender latín era sólo uno de los quehaceres del príncipe, según la carta datada en abril de 1594 del nuncio Camilo Borghese: «Don García de Loaysa le ha leído una parte de los *Comentarios* de César y ahora le lee un tratado *De Institutione Principum*. Aprende además la esgrima, á bailar y á tocar el

El jesuita también recomienda encarecidamente al príncipe el estudio de la obra de Cicerón⁵⁴⁰. Se puede pensar que la admiración de Mariana por Cicerón se hace notar en este libro tercero de su *Historia*, en donde el jesuita cita al escritor romano con cierta frecuencia. No obstante, Morales hace referencia a Cicerón mucho más de lo que lo hace Mariana, y no por casualidad todas las citas a Cicerón que se encuentran en el libro tercero de la *Historia* del jesuita tienen su réplica exacta la misma información, en el mismo lugar en la narración de los acontecimientos en la *Crónica* de Morales⁵⁴¹.

También coincide la referencia de Morales y Mariana a la égloga cuarta de Virgilio, como testimonio del nacimiento de Salonino, hijo de Polión (III 22)⁵⁴². Con la diferencia de que Mariana, además, aporta la interpretación cristiana de esa égloga, según la cual el poeta romano estaría anunciando la venida de Cristo⁵⁴³.

Otra de las informaciones genuinas de Mariana procede de las obras de Tertuliano y Casiodoro, que el jesuita conoce bastante bien. En efecto, Mariana cita a estos autores en su *Historia* para atestiguar que Pompeyo el Grande mandó construir el primer teatro de piedra en Roma (III 13), una información que el jesuita volvió a mencionar en el *De rege et regibus institutione*⁵⁴⁴ y desarrolló más ampliamente en su tratado *De spectaculis*⁵⁴⁵.

Finalmente, con respecto a la fundación de *Emerita Augusta* Mariana recurre a la autoridad de una fuente que al tratar ese tema no menciona Morales⁵⁴⁶, a Muhammad al-Razi, apodado en las fuentes cristianas el moro Rasis, para añadir que aquella

címbalo, y se deleita con la música. Desde el último verano le está prohibida le entrada en las habitaciones de las damas de Palacio» (en R. de Hinojosa, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, p. 380).

⁵⁴⁰ J. de Mariana, *De rege et regibus institutione*, II 6, p. 173: «*De Ciceronis scriptis dicere non attinet. res ipsa indicat, non Romanae copiae parenté extitisse, sed etiam reip. moderandae salutaria praecepta posteris reliquisse*». Otros elogios a Cicerón, en su *Historia* (III 11 y 23).

⁵⁴¹ Las citas de Mariana a Cicerón se encuentran en III 2 (dos veces), 3, 11, 15, 20, 23 y 24. Respectivamente, se corresponden con A. de Morales, *Crónica* VII 38, 43, 47; VIII 12, 21, 37, 51, 52.

⁵⁴² A. de Morales, *Crónica* VIII 50.

⁵⁴³ E. Bourne, “The Messianic Prophecy in Vergil’s Fourth Eclogue”, *The Classical Journal* 11, 7 (1916), pp. 390-400.

⁵⁴⁴ J. de Mariana, *De rege et regibus institutione*, III 15, p. 416. Nótese que la edición de la BAE que usamos para la traducción castellana no incluye ni ese capítulo XV *De spectaculis*, que viene en la edición original en latín, ni el capítulo *De moneta*, que Mariana incorporó en una segunda edición de la obra (Baltasar Lipi, Maguncia, 1605, pp. 268-278), por contener ideas que el jesuita abarca con mayor amplitud en otros tratados, según explica Pi i Margall en el “Catálogo de obras de Mariana” (p. 627). La traducción castellana del *De rege* de 1845 (Sociedad Literaria y Topográfica, Madrid, pp. 331-344 y 424-438) incluye ambos capítulos omitidos en la BAE.

⁵⁴⁵ Es el tercero de su *Tractatus septem*, pp. 127-188. La referencia en *De spectaculis*, III 2, p. 130.

⁵⁴⁶ A. de Morales, *Crónica* VIII 55.

importante ciudad fue destruida por los musulmanes (III 25)⁵⁴⁷. No obstante, la *Crónica* de Rasis era bien conocida tanto por Morales como por Mariana, quienes la citan en otras ocasiones en sus respectivos escritos históricos. En el prólogo a la segunda parte de su *Crónica* Morales presume de poseer un código de la obra de Rasis con más de dos siglos de antigüedad⁵⁴⁸. Este de Morales es uno de los dos arquetipos conocidos de la *Crónica* de Rasis⁵⁴⁹; el otro se encontraba en el Colegio de Santa Catalina de Toledo, según confiesa en su testamento el padre Juan Bautista Pérez (1537-1597)⁵⁵⁰. Mariana pudo haber accedido a éste último código de la obra de Rasis, pero también debió contar con algún ejemplar más moderno ya que, por su correspondencia personal, sabemos que envió a Sevilla «dos quadernos del moro rasis» a un pariente suyo⁵⁵¹.

8.2.1.2. Cronología

Uno de los aspectos en los que se hace notar la analogía entre la *Historia* de Mariana y la *Crónica* de Morales es el de la cronología, de la que hasta el momento apenas hemos hablado. Baste con decir que, salvo un par de excepciones que más abajo comentamos, todas las fechas que se hallan en el libro tercero de la *Historia* de Mariana coinciden con las que ofrece Morales en su *Crónica* (cuadro 4). En el capítulo anterior ya vimos la sincronía que existía entre las obras de ambos autores desde el momento en que Morales comienza la continuación de la *Crónica* donde la dejó Ocampo. Ahora esa tendencia se ve confirmada.

CUADRO 4

Morales*		Mariana**
151 (VII 34)	Comienzo de la guerra de Numancia	151/601 (III 1)
150 (VII 36)	Triunfo de Mummio en Roma	150/602 (III 1)
149 (VII 43)	Traición de Galba a los lusitanos	149/603 (III 2)

⁵⁴⁷ «*Rasis Arabs effusis ingenii copiis, multa ac pene incredibilia de eius vrbis magnificentia, elegantiaque praedicat, à Mauris euersam affirmans, quo tempore imperio subdiderunt Hispaniam*» (III 25, p. 132).

⁵⁴⁸ A. de Morales, *Los otros dos libros vndecimo y dodecimo de la Coronica general de España*, fol. 11r.

⁵⁴⁹ R. Menéndez Pidal, *Catálogo de crónicas generales de España manuscritas*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1898, pp. 15-16.

⁵⁵⁰ J. Pastor, *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días*, t. 1, p. 172.

⁵⁵¹ La carta, fechada el 8 de noviembre de 1605, la firma Luis Martínez de Mariana, encargado en Sevilla de las tareas de comercialización de la *Historia* del que fuera, según Cirot, su primo hermano Juan de Mariana. BL, Ms. Egerton 1875, 18, fol. 32v (en G. Cirot, «La famille de Juan de Mariana», p. 328).

148 (VII 45)	M. Vitilio viene a Hispania	148/604 (III 3)
147 (VII 46)	C. Plaucio viene a Hispania	147/605 (III 3)
146 (VII 47)	C. Unimano viene a Hispania	146/606 (III 3)
145 (VII 47)	C. Nigido viene a Hispania	145/607 (III 3)
143 (VII 48)	Fabio Máximo Emiliano viene a Hispania	143/609 (III 3)
142 (VII 49)	S. Galba y A. Cotta vienen a Hispania	143/ 610 (III 4)
141 (VII 49)	Q. Cecilio Metelo viene a Hispania	141/611 (III 4)
140 (VII 50)	Q. Fabio Servilio viene a Hispania	140/612 (III 4)
139 (VII 52)	Q. Pompeyo viene a Hispania	139/613 (III 4)
138 (VII 53)	Muere Viriato	138/614 (III 6)
137 (VIII 1)	Popilio procónsul en Hispania	137/615 (III 6)
136 (VIII 3)	Popilio derrotado por los numantinos	136/616 (III 7)
135-134 (VIII 3-7)	Bruto prolonga su gobierno en Hispania	135-132/617-620 (III 7-9)
132-131 (VIII 7-9)	Escipión prolonga su gobierno en Hispania	132-131/620-621 (III 8-9)
121 (VIII 11)	Metelo somete las islas Baleares	121/631 (III 11)
107 (VIII 11)	Invasión de los cimbros	107/645 (III 11)
104 (VIII 11)	Nace Cicerón	104/648 (III 11)
	Segunda invasión de los cimbros	102/650 (III 11)
97 (VIII 12)	Dolabela somete a los lusitanos	97/655 (III 11)
95 (VIII 12)	P. L. Craso viene a Hispania	95/657 (III 11)
92 (VIII 12)	Flaco somete a los celtiberos	92/660 (III 11)
78 (VIII 16)	Q. Metelo viene a Hispania	78/674 (III 13)
74 (VIII 18)	Pompeyo toma Segeda	75/677 (III 13)
71 (VIII 19)	Muere Sertorio	71/681 (III 14)
69 (VIII 22)	Triunfo de Pompeyo en Roma	69/683 (III 15)
63 (VIII 22)	Muere G. Calpurnio Pisón	63/689 (III 16)
59 (VIII 23)	César viene a Hispania	59/693 (III 16)
53 (VIII 23)	Q. Cecilio viene a Hispania	53/699 (III 17)
46 (VIII 34)	Muere Pompeyo el Grande	46/706 (III 18)
44 (VIII 37)	Triunfo de M. Lépido en Roma	44/708 (III 20)
43 (VIII 39)	César viene a Hispania	43/709 (III 21)

42 (VIII 51)	Muere Julio César	42/710 (III 23)
28 (VIII 59)	Muere M. Antonio	28 (III 24)
25 (VIII 53)	Construcción de un camino en la Bética	25 (III 24)
16 (VIII 51)	Triunfo de C. Balbo sobre los garamantas	16 (III 25)

* Fechas en años antes de Cristo. Entre paréntesis, lugar de la *Crónica* en el que aparece citado.

** Fechas en años antes de Cristo / desde la fundación de Roma. Entre paréntesis, lugar de la *Historia* en el que aparece citado.

La única divergencia entre la cronología de Morales y Mariana corresponde a la fecha de la toma de Segeda por Pompeyo el Grande, durante la guerra que mantenía con Sertorio en la Península Ibérica. Morales afirma que dicho acontecimiento tuvo lugar en el 74 a.C., y Mariana retrasa esa fecha en un año. No obstante, parece que ese contraste no se debe a una pesquisa propia de Mariana, fuera de la *Crónica* de Morales, sino a una corrección del jesuita al texto del historiador cordobés. En efecto, en su relato sobre la campaña entre Pompeyo y Sertorio, Morales cuenta que en el año 76 a.C. y después de la batalla de Laurona, ambos generales se retiraron a pasar el invierno a sus respectivos puestos. Seguidamente Morales narra la reanudación de la guerra durante el verano del año 74 a.C.⁵⁵². Mariana, que elabora una cronología semejante a la de Morales, en este caso tuvo claros motivos para pensar que en su modelo debía haber un error, al extender un año y medio la inactividad de los ejércitos romanos. De esta forma, Mariana decide modificar el dato de Morales y fecha la toma de Segeda en el 75 a.C., o 677 a.U.c. según el estilo clásico que usa Mariana y el cómputo que establece para pasar las fechas desde la fundación de Roma a años antes de Cristo y viceversa (III 13). Que Mariana sigue a Morales y no a Orosio, de quien se sirve Morales para redactar este pasaje y al que Mariana también cita, lo muestra el hecho de que la fecha que da Orosio 678 a.U.c. coincide con la de Morales, no con la de Mariana⁵⁵³. Más aún, Orosio no habla de Segeda sino de «*Belgidam*», como señala acertadamente Morales⁵⁵⁴. Mariana no menciona Belgida, sino que directamente, a partir de la lectura que hace de Morales, escribe Segeda.

⁵⁵² A. de Morales, *Crónica* VIII 18.

⁵⁵³ Orosio V 23, 1.

⁵⁵⁴ Orosio V 23, 11. A. de Morales, *Crónica* VIII 18: «Pompeyo bajando de Cataluña, tomó la ciudad de Segeda, que en Paulo Orosio parece, por estar mentiroso su libro se llamaba Belgida».

Al comparar la cronología de uno y otro autor, se observa otra anomalía, y es que Mariana ofrece la fecha de una segunda invasión de los cimbrios frenados por los celtíberos en la Península Ibérica de la cual Morales no habla en su *Crónica* (III 11)⁵⁵⁵. Sin duda Mariana ha debido consultar las fuentes que hablan de la irrupción de los cimbrios y teutones –a los que denomina «alemanes», entre ellas las *Períocas* de Tito Livio, quien dice que los cimbrios fueron repelidos por los celtíberos, mientras que Morales afirma que «Solos cuentan la venida en España y la vuelta destos cimbrios, Lucio Floro y Plutarco, sin decir mas palabra», y habla de la defensa de los españoles pero no especifica que se trate de celtíberos⁵⁵⁶. No obstante, en su lectura del proceso de lucha de los romanos contra las tribus procedentes del norte de Europa, Mariana puede haber interpretado erróneamente el que se produjera una invasión cimbria a la Península Ibérica en dos momentos distintos. Plutarco, por ejemplo, al narrar la participación de Sertorio en el conflicto romano contra cimbrios y teutones habla de dos invasiones de éstos, la primera en tiempos del procónsul Cepión y la segunda en los del cónsul Mario, pero en el marco de guerra en la Galia y no en Hispania⁵⁵⁷.

Por otra parte, nótese que desde la muerte de Julio César, Mariana abandona el sistema de datación romano y comienza a ofrecer las fechas en años antes de Cristo. Se trata de un formato genuino del jesuita, el de combinar el uso, primero, de aquella forma clásica de datación, con la del sistema cristiano durante las décadas previas al nacimiento de Cristo. No obstante, la manera de contabilizar los años de acuerdo con el contexto histórico relatado fue un tema recurrente entre los historiadores del siglo XVI. El propio Mariana elaboró un tratado aparte en el que establece una relación entre la era de César, los años de la era cristiana y los años arábigos⁵⁵⁸. Tanto Garibay como Morales incluyen en sus respectivos escritos históricos un extenso capítulo acerca del concepto de “era” y su relación con el imperio romano y el nacimiento de Cristo⁵⁵⁹. En especial, en ese apartado Morales da una muestra de su erudición y despliega un considerable número de citas a autores antiguos y modernos. Mariana imita a sus predecesores con la inclusión de un capítulo similar (III 24). Lo que Mariana presenta en ese texto es sustancialmente lo que desarrolla Morales en su *Crónica*, pero Mariana

⁵⁵⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 11.

⁵⁵⁶ T. Livio, *Períocas* 67; Plutarco, *Sertorio* III 1-5; L. Floro I 38.

⁵⁵⁷ Plutarco, *Sertorio* III 2.

⁵⁵⁸ *De annis Arabum cum nostris comparatis*. Es el sexto de su *Tractatus septem*, pp. 329-355. Partiendo de que Mariana declara haber compuesto este tratado ocho años antes de la publicación de su *Historia*, Cirot cree ver en él una suerte de introducción a su obra histórica. G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 90-91.

⁵⁵⁹ E. de Garibay, *Compendio historial* VI 26; A. de Morales, *Crónica* VIII 52.

resume los argumentos de aquél, suprime citas, modifica el orden narrativo y añade algunos detalles provenientes de otras fuentes. El resultado es una exposición más sintética y clara que la de Morales, aunque reproduce los mismos errores que éste, como analizó Gaspar Ibáñez de Segovia⁵⁶⁰.

8.2.2. Guerra de Sertorio

El relato de Mariana sobre la figura de Sertorio y la campaña que mantuvo contra sus rivales romanos en Hispania (III 12-14) está en deuda con la *Crónica* de Morales⁵⁶¹. Es probable que Mariana haya extraído de la obra del historiador cordobés la idea de que la guerra de Sertorio duró nueve años (III 12)⁵⁶². También en Morales se encuentran las enmiendas que Mariana hace a las fuentes, sobre todo a Plutarco, con el fin de dar más protagonismo a la población con la que Sertorio entró en contacto en la Península Ibérica. Por ejemplo, en lo referente a la constitución de un senado local a imitación del que existía en Roma. Mientras que para Plutarco y Apiano, Sertorio puso en funcionamiento un senado compuesto por los senadores y amigos que le acompañaban en el exilio⁵⁶³, según Mariana en ese senado se hallaban «los Españoles mas principales» (III 12)⁵⁶⁴. De la misma forma, Plutarco afirma que Sertorio agrupó a los hijos de los nobles iberos en Osca con el fin de proporcionarles una educación a la manera grecorromana⁵⁶⁵, lo que Mariana reconoce como Universidad (III 12)⁵⁶⁶.

A pesar de esa lectura sesgada de las fuentes, ni Morales ni Mariana omiten cuáles son las intenciones de Sertorio como se desprenden por ejemplo del texto de Plutarco con respecto a los pueblos de la Península Ibérica. De esta manera, Mariana señala cómo Sertorio favoreció en el senado a sus compañeros y compatriotas romanos, utilizó el proyecto educativo de Osca para retener a los mozos como rehenes a quienes más tarde liquida, o fingió que una cierva le transmitía órdenes divinas. Mariana no esconde ese lado oscuro de Sertorio, pues las acciones del romano vienen a confirmar la

⁵⁶⁰ G. Ibáñez, *Obras chronologicas*, A. Bordazar, Valencia, 1744, pp. 3-64.

⁵⁶¹ A. de Morales, *Crónica* VIII 14-19.

⁵⁶² A. de Morales, *Crónica* VIII 14 y 19. Respectivamente, fecha el comienzo de la guerra en el 80 a.C. y la muerte de Sertorio en el 71 a.C, según Morales. Cf. Apiano, *Guerras civiles* I 108, quien contabiliza ocho años de guerra, y T. Livio, *Periocas* 96 y P. Orosio V 23, 13, quienes dicen diez.

⁵⁶³ Plutarco, *Sertorio* XXII 5; Apiano, *Guerras civiles* I 108.

⁵⁶⁴ A. de Morales, *Crónica* VIII 15: Sertorio «escogió hombres principales de los españoles por senadores».

⁵⁶⁵ Plutarco, *Sertorio* XIV 3.

⁵⁶⁶ Y A. de Morales, *Crónica* VIII 15, como Universidad pública.

crueledad y la injusticia con las que el jesuita define la invasión que sufren los habitantes de la Península Ibérica.

En una obra como la de Mariana, la tarea que se le presenta al historiador es la de explicar cómo vivieron los españoles, que son el sujeto protagonista de su *Historia*, esos acontecimientos. Ahí es donde Mariana se ve obligado a interpolar las fuentes escritas por los historiadores griegos y romanos, y lo hace de diversas maneras. Por un lado, Mariana altera la información que proporcionan esas fuentes, ya sea colocando a españoles en un senado exclusivamente romano, o bien vinculando la derrota de Sertorio con la desconfianza que se granjeó entre los nativos, la única «esperança y ayuda que le quedaua» (III 14). Por otro lado, Mariana orienta el protagonismo de las acciones hacia aquellos a los que el jesuita llama españoles y Plutarco bárbaros⁵⁶⁷. De esta manera, la trágica biografía plutarquea sobre Sertorio se integra en la *Historia* de Mariana y adquiere un nuevo significado. La idea que extrae Mariana de ese relato es que los españoles fueron víctimas de la empresa sertoriana. La confianza que aquellos depositaron en Sertorio, responde a la justa y noble creencia de que mediante el liderazgo de éste iban a alcanzar la libertad que deseaban. Sertorio, según Mariana:

«no solo se hizo señor dela España Vlterior, dōde andaua, sino granged tãbien las voluntades dela Citerior: ca todos se dauan a entēder que el poder de los Españoles, por medio de Sertorio podria escurecer la gloria de los Romanos, abaxar sus brios, y quitar su tyrania» (III 12).

En este punto es donde mayor sentido cobra, para Mariana, la historia de Sertorio. Plutarco cuenta cómo los lusitanos buscaron en Sertorio protección frente a los temidos romanos⁵⁶⁸. En la *Historia* de Mariana, la disidencia de Sertorio se correlaciona con la cadena de movimientos libertarios que presiden la narración histórica del jesuita. De esta manera, el auxilio que solicitan los lusitanos se presenta como una «buena occasion para recobrar por medio de Sertorio la libertad que tanto deseauan, y tantas vezes embalde auian procurado» (III 12).

8.2.3. Guerra civil

⁵⁶⁷ Contrástese el tono de Mariana en su *Historia* con el que utiliza en el *De rege*, donde dice: «*Sertorius etiam tanti nominis dux imperio Hispaniae occupato, ad fallēdos barbaros ceruam cibos antea aurē petere assuefactā, insusurrare diuinitus quae faciēda erant, simulabat*» (II 14, p. 254).

⁵⁶⁸ Plutarco, *Sertorio* X 1.

Una vez muerto Sertorio, en la Península Ibérica tiene lugar una serie de alteraciones que Mariana considera de importancia menor. Durante los años siguientes, Pompeyo y César abanderan un proceso de sometimiento al poder romano que deja a los hispanos en un segundo plano (III 15-16). El protagonismo recae en aquéllos, quienes emprenden una guerra civil por la conquista del poder en Roma cuya extensión también alcanza a Hispania (III 17-22).

La narración de Mariana acerca de esta guerra es un tanto distinta a la que presenta Morales⁵⁶⁹. En este caso, parece que el jesuita ha hecho una lectura independiente del *Corpus Caesarianum*, y quizá también de otras fuentes posteriores como Orosio. Tanto Mariana como Morales hacen un uso generalizado de la que es aquí fuente principal, el *Bellum Hispaniense*, para construir un relato marcado por los sucesos bélicos. Pero la forma en la que el primero configura su escrito difiere en algunas partes del texto más extenso del historiador cordobés, y en ocasiones introduce datos que no se hallan en la *Crónica*. No obstante, ésta seguiría siendo una ayuda indispensable. Por ejemplo, el jesuita encontró en ella la identificación de varios puntos geográficos que aparecen en el *Bellum Hispaniense* con nombres de lugares contemporáneos, como la ciudad de Ategua con Teba la Vieja, el río Salado con el Guadajoz o el cerro *Castra Postumamia* con Castro del Río (III 21)⁵⁷⁰.

8.2.4. Guerras en el norte peninsular

Bajo el epígrafe “De la guerra de Cantabria” (III 25), Mariana encuadra los hechos que Morales titula como «La guerra que hizo Augusto César á los vizcaínos, astures, y gallegos»⁵⁷¹. En efecto, en la narración de las guerras del norte peninsular que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo I a.C., Mariana sigue el orden de los acontecimientos como aparecen en la *Crónica* de Morales, pero como ahora veremos, la concepción histórica del jesuita es un tanto distinta a la del historiador cordobés. Además, no hay dudas de que Mariana ha consultado otras fuentes para componer este apartado de su *Historia*⁵⁷². Entre ellas a Orosio, a quien cita para confirmar, por

⁵⁶⁹ A. de Morales, *Crónica* VIII 24-49.

⁵⁷⁰ *Bellum Hispaniense* VII y VIII 6; A. de Morales, *Crónica* VIII 42.

⁵⁷¹ A. de Morales, *Crónica* VIII 54.

⁵⁷² J. M. Solana, “Los cántabros: territorio y costumbres”, *Hispania Antiqua* 16 (1992), pp. 7-54; J. González Echegaray, “Las guerras cántabras en las fuentes”, en VV.AA., *Las Guerras Cántabras*, Fundación Marcelino Botín, Santander, 1999, pp. 146-169.

ejemplo, la ubicación del monte Medulio en la ribera del río Miño (III 25)⁵⁷³. El jesuita también cita a Orosio para testimoniar que la guerra de Cantabria duró cinco años (III 24)⁵⁷⁴, aunque en realidad el relato de Mariana se extiende por un lapso mayor de tiempo, en paralelo con la *Crónica* de Morales, quien sigue a Dion Casio y da cinco años de duración sólo para la primera fase de la guerra⁵⁷⁵.

En primer lugar, Mariana alude a los enfrentamientos de tres grupos étnicos distintos cántabros, astures y gallegos contra los ejércitos romanos. No obstante, no duda en agrupar los diferentes sucesos bélicos en una «*Bellum Cantabricum*» (III 25, p. 130). Aquí el jesuita parece atenerse al texto de Orosio, quien habla de una «*Cantabrico bello*»⁵⁷⁶. Desecha la delimitación espacial de Cantabria que ofrece Ptolomeo y bajo esa denominación también engloba a los pueblos comarcanos que describe el geógrafo griego (I 4 y III 25). De esta manera Mariana reproduce además una concepción extendida entre los historiadores del siglo XVI, el llamado vascocantabrismo, es decir, una geografía cántabra que incluye tierras vascas e, incluso, convierte a estas últimas en escenario principal de los acontecimientos. Florián de Ocampo desarrolla esta noción y el guipuzcoano Esteban de Garibay la amplifica aún más⁵⁷⁷. Este último ensalza la importancia de las rebeliones norteñas contra los romanos y amplía los límites de la geografía cántabra desde la Francia meridional hasta Asturias, lindando al sur con las aguas del río Ebro⁵⁷⁸.

Mariana pudo haber hallado otros datos en la obra de Garibay. Por ejemplo, con respecto a la trascendencia de las guerras cántabras, Morales recuerda que en conmemoración a su victoria Augusto ordenó cerrar las puertas del templo de Jano, como señalan Suetonio, Dion Casio u Orosio⁵⁷⁹. Garibay es más preciso, y enumera cada una de las veces que en la historia de Roma se cerraron las puertas del dicho templo⁵⁸⁰. Nuestro jesuita copia esta última información que se halla en Plutarco⁵⁸¹, con lo que no sería extraño que la advirtiera en Garibay antes que en la fuente antigua.

⁵⁷³ Orosio VI 21, 7.

⁵⁷⁴ Orosio VI 21, 21.

⁵⁷⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 57.

⁵⁷⁶ Orosio VI 21, 21.

⁵⁷⁷ I. Bazán, “La historiografía medieval vasca y su influencia en la obra de Garibay”, en *El historiador Esteban de Garibay*, pp. 113 y ss; J. Andreu, “Vascoiberismo, vascocantabrismo y navarrismo: aspectos y tópicos del recurso ideológico a los vascones de las fuentes clásicas”, *Revista de Historiografía* 8 (2008), pp. 41-54.

⁵⁷⁸ E. de Garibay, *Compendio historial* VI 27-28 (en nuestra edición, de 1628, el capítulo posterior al 27 y último del libro VI, también se enumera como 27).

⁵⁷⁹ A. de Morales, *Crónica* VIII 55. Suetonio, *Augusto* XXII; Dion Casio LIII 25; Orosio VI 21 11.

⁵⁸⁰ E. de Garibay, *Compendio historial* VI 27.

En cuanto a la caracterización y al modo de vida de los cántabros, Mariana no cita fuentes antiguas y puede haber utilizado éstas indirectamente a través de Morales o de Garibay. De cualquier modo, el jesuita también se singulariza cuando compara la costumbre de la covada entre los cántabros de la que habla Estrabón⁵⁸², con la que «oy se conserua en el Brasil, segun se entiende por la fama, y por lo que testificā los que en aquellas partes han estado» (III 25). Aunque los conocimientos que Mariana posee sobre América son en general defectuosos, en este caso acierta al establecer un paralelo con Brasil, una de las numerosas sociedades en las que se ha practicado aquella costumbre⁵⁸³.

Por otro lado, el planteamiento de Mariana de la revuelta de los pueblos septentrionales contrasta con el de otras alteraciones peninsulares narradas en su *Historia*, como la sublevación de los lusitanos liderada por Viriato o la insurrección de los numantinos. Según Mariana, el comienzo de la rebelión cántabra se produce cuando «España reposaua, cansada de tātās y tan continuadas guerras, y juntamente florecia en gente, riquezas, y fama». Los promotores de esta sedición fueron los cántabros, «gente feroz, y hasta esta sazón no del todo sujeta a los Romanos, ni a su imperio, por el vigor de sus animos, mas proprio a aquellos hombres, y mas natural que a las demas naciones de España» (III 25). Se ve por estas palabras que para Mariana el levantamiento cántabro no responde a un llamamiento nacional, ni al deseo de guerra de unos pueblos hispanos que en esos momentos de dominación romana disfrutaban de paz y prosperidad. La relación con Roma, desde esta perspectiva, distingue a los cántabros, en cierta medida independientes del mundo romano, del resto de pueblos de la Península Ibérica. Es así cómo Mariana considera la incursión cántabra entre los vaceos, quienes eran partidarios de establecer lazos de amistad con el pueblo romano, una acción inesperada que provocó «grande espanto no solo a los naturales», muy distinta del modo en que Mariana retrató los movimientos lusitanos y celtiberos.

Además, por sus condiciones naturales, aquellos cántabros no son para Mariana representativos del conjunto de los habitantes de la Península Ibérica. En los primeros enfrentamientos de esta guerra los cántabros derrotados «como gente juntada sin orden, que ni conocia vāderas, ni capitan, y que ni por vencer esperaua loa, ni temia vituperio si era vencida: cada qual era para si capitan y caudillo: y mas por desesperacion y

⁵⁸¹ Plutarco, *De fortuna Romanorum* IX.

⁵⁸² Estrabón III 4, 17.

⁵⁸³ W. Dawson, *The Custom of Couvade*, Manchester University Press, Manchester, 1929, pp. 50-51.

despecho, que cō esperança dela victoria, se mouian a entrar en la batalla» (III 25). Esta manera de afrontar la guerra contrasta nítidamente con la de los ejércitos que lucharon junto a Sertorio: entre las tropas de éste, señala Mariana que «los soldados Españoles no mostrauan menos valor que los Romanos, por estar enseñados a guardar sus ordenanças, obedecer al que regia, seguir los estandartes» (III 13). Mariana ve una evolución en la forma de lucha de los ejércitos hispanos. Aunque fuera por influencia romana, la unión, el orden y la obediencia son elementos adquiridos que valora positivamente. De este progreso, sin embargo, quedan excluidos los cántabros, quienes no sólo guerrear de manera anárquica, sino que además carecen de objetivos determinados que les motiven a luchar y buscar la victoria.

En relación con esta visión de Mariana acerca de los cántabros se ha de considerar, por un lado, la tradición historiográfica antigua, pues las fuentes clásicas que hablan sobre los cántabros (Estrabón, Dion Casio, Floro) inciden en su aislamiento, salvajismo y barbarie. Por otro lado, de nuevo puede pensarse en una resonancia de la concepción histórica de Garibay. En su *Compendio historial* el guipuzcoano realiza una exaltación de la libertad de los cántabros término que no utiliza como sinónimo de españoles los cuales, en un marcado contraste con lo que ocurría en el resto de la Península Ibérica, son los últimos en ser conquistados por los romanos⁵⁸⁴.

En todo caso es significativo que Mariana, aunque probablemente usa la *Crónica* de Morales para relatar buena parte de los acontecimientos que rodean a las guerras cántabras, no dota a estos eventos del mismo carácter nacional con el que los describe el historiador cordobés. En numerosas ocasiones Morales utiliza las expresiones «nosotros», «nuestros» o «nuestros españoles» indistintamente para hacer referencia a los astures, vizcaínos o gallegos. A Mariana se le cuela un «nuestros» cuando habla de los astures, pero esa es la única llamada explícita a la identidad hispana que se encuentra en este apartado de su *Historia* (III 25). Aquí el jesuita no conecta la actuación de los cántabros, astures y gallegos con una empresa mayor peninsular, muy al contrario que Morales, quien apunta a la desunión de los españoles como causa de la derrota de aquellos pueblos del norte⁵⁸⁵ y a continuación introduce un repaso general de lo que ha

⁵⁸⁴ E. de Garibay, *Compendio historial* VI 23: «Era tan grande el Imperio Romano en este tiempo, que possehia a toda España, excepto Cantabria y Asturias, y a Italia, Francia, Inglaterra,...».

⁵⁸⁵ A. de Morales, *Crónica* VIII 54: «Mas fue siempre verdad lo que siempre nos hemos quejado de las discordias de nuestros españoles; y el nunca unirse para defenderse, sino apartarse unos de otros para destruirse».

sido la secular lucha española frente a Roma⁵⁸⁶. La guerra cántabra, en suma, tiene para Mariana un carácter particular que la distingue de otros levantamientos peninsulares previos. La animosidad bélica de los cántabros no es la de los tartesios, turdetanos, lusitanos o numantinos, en quienes ve Mariana una lucha común por el bien de la patria.

8.2.5. *Controversia acerca de Julio César y Augusto*

Mención especial merece la imagen de Julio César y Augusto que Mariana ofrece en su *Historia*, en la que el jesuita da muestras de su singular visión histórica.

César y Augusto, los actores principales de las obras de Theodor Mommsen y Ronald Syme respectivamente, han sido dos figuras claves para la historiografía desde la misma Antigüedad⁵⁸⁷. La *Estoria de Espanna* del rey y candidato al trono imperial Alfonso X, en la que se reserva un espacio muy considerable a quienes son descritos como los dos primeros emperadores de Roma, marcó un precedente en la historiografía española. Especialmente de César, el favorable retrato que de él hace Alfonso X se observa también en los historiadores del siglo XVI. Garibay lo glorifica: «Fue Iulio Cesar liberal y clementissimo, y grande Filosofo, y Astrologo, Historiador, y buen Iurista, y no embotando las letras, a la lança, el mejor Capitan que huuo en el mundo...»⁵⁸⁸.

Morales también hereda esa imagen positiva de César. Entre otras cosas, lo admira por su habilidad militar y literaria a un mismo tiempo⁵⁸⁹. Pero más allá de las apreciaciones acerca de su persona, es interesante situar la valoración de César en el plano de la evolución histórica de Roma y su relación con la Península Ibérica. En la *Crónica* de Morales, como ya vimos en el capítulo anterior, los romanos esencialmente son invasores que de manera injusta someten a los pueblos peninsulares a su sujeción. Esa imagen de los romanos como un todo empieza a cambiar conforme avanza el

⁵⁸⁶ A. de Morales, *Crónica* VIII 55.

⁵⁸⁷ Th. Mommsen, *Historia de Roma*, 5 vols., Turner, Madrid, 2003 (1854-1885); R. Syme, *La revolución romana*, Crítica, Barcelona, 2010 (1939). Sobre las implicaciones de esas dos historias, F. Wulff, “Hablando de identidades: reflexiones historiográficas sobre Italia entre la República y el Imperio”, en A. Caballos y S. Lefebvre (eds.), *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, Casa de Velázquez y Universidad de Sevilla, Madrid, 2011, pp. 21-37.

⁵⁸⁸ E. de Garibay, *Compendio historial* VI 23.

⁵⁸⁹ A. de Morales, *Crónica* VIII 45: «No puede dejar de poner espanto y extraña maravilla la grandeza de un ánimo, que no le henchian del todo los arduos negocios de una guerra tan peligrosa, sino que quedaba capacidad bastante para escribir con mucho reposo su historia... Apenas pudo César en todo este tiempo tomar la pluma, sino cuando acababa de envainar la espada, y aun casi limpiarle la sangre, en que venia teñida».

proceso de asimilación de la Península Ibérica a Roma, al tiempo que Morales destaca y alaba la labor de personajes concretos de la historia romana. Entre estos últimos está Catón el Viejo, convertido en defensor de los españoles frente a sus enemigos en Roma, y quizá también Sertorio, quien fue virtuoso a pesar de que su apoyo a los españoles se trocara en desgraciado espejismo⁵⁹⁰. César se sitúa en esa misma línea. Sus victorias en la Península Ibérica no dejaban de tener consecuencias positivas al tratarse de un héroe distinguido por Morales. Su particular lucha por el poder en Roma se convierte en una esperanza de paz para los españoles, víctimas de aquella lucha, como se desprende de las palabras que el cordobés pone en boca de un victorioso y clemente César frente a sus enemigos y compatriotas: «Saldreis despues todos de toda España, á quien habeis fatigado con tan larga y tan superflua guerra»⁵⁹¹. Esa paz se alcanza definitivamente con Augusto, quien levantó monumentos y ciudades y limpió la Península Ibérica de «salteadores»⁵⁹² que no rebeldes patrióticos en un tiempo en el que estaba «España tan poseida de romanos, y como si dijésemos, tan de veras vuelta á la costumbre de Roma, que lo mas de ella... tenia ya todas las costumbres de Roma, y todo el trato era tan romano, que ya casi se habia perdido todo lo español antiguo»⁵⁹³.

Por su parte, sabemos que Mariana admiraba a César como historiador, así lo reconoce en varios lugares. Ya hemos señalado que recomienda al príncipe Felipe, para aprender latín, la lectura de los historiadores romanos, entre los que se halla en primer lugar Julio César⁵⁹⁴. Por otro lado, en el proceso contra Mariana que tuvo lugar entre 1609 y 1610, el jesuita se defiende de haber consultado la obra del francés Philippe de Commynes (1447-1511) pues, dice, «despues de Julio Cesar no ha habido Historiador como él». La comparación entre Commynes y César no deja de ser irónica, como ahora veremos, pues en su acusación el fiscal equiparaba el atrevimiento del historiador francés a la hora de juzgar el incurrimento del monarca en tirano con el de Mariana, a lo que éste respondía: «lo que él dixo á sus Reyes en Frances pareciome lo podia yo poner en latin, y ayudarme de su authoridad»⁵⁹⁵.

⁵⁹⁰ A. de Morales, *Crónica* VII 46 y VIII 19.

⁵⁹¹ A. de Morales, *Crónica* VIII 31. Cf. César, *Comentarios de la guerra civil* I 84.

⁵⁹² A. de Morales, *Crónica* IX 1.

⁵⁹³ A. de Morales, *Crónica* VIII 53.

⁵⁹⁴ J. de Mariana, *De rege et regibus institvione*, II 6, p. 171.

⁵⁹⁵ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota*, BNE, Ms. 2819, fol. 30r. Antes que en los *Tractatvs septem* por los que era juzgado, Mariana ya había destacado en la *Historia* (por ejemplo, en XXIII 5) tanto la labor historiográfica de Commynes como sus críticas a la corona francesa. Commynes fue, de hecho, uno de los historiadores franceses más aclamados en España durante los siglos XVI y XVII, admirado por los jesuitas Pedro de Ribadeneyra y Baltasar Gracián, e incluso leído en francés por Carlos V (A. Gutiérrez, *La France et les Français dans la littérature espagnole. Un aspect de la*

A pesar del respeto por la actividad literaria de César, en su *Historia Mariana* se desentiende de aquella tradición llena de aprobaciones hacia su figura histórica, y exceptuando algunos reconocimientos a sus hazañas militares, evita las voces de entusiasmo que hasta entonces César había suscitado entre los historiadores españoles. Para el jesuita, César es en ante todo un tirano, como señala en su escrito *De rege et regibus institvtione*⁵⁹⁶.

En efecto, el pensamiento político de Mariana tiene un peso enorme en su *Historia*, y su rechazo de la tiranía le lleva a privar de elogios al que considera uno de los grandes tiranos de la historia. Entre estos últimos también está Alejandro Magno, cuya estatua visitó César en Cádiz, como recuerda el jesuita (III 16)⁵⁹⁷. Esa actitud con respecto a César contrasta con la del jesuita hacia el que fue uno de los mayores rivales tanto de César como de la tiranía, Cicerón, al que honra «gran gloria de Roma» y de quien lamenta su injusta muerte a manos de Popilio (III 23). En lo concerniente al asesinato de César, en cambio, Mariana lo explica a partir de su opinión acerca de la naturaleza política de su gobierno: «El poder de Iulio Cesar estaua en la cumbre, y todo lo mandaua y trocaua, quando en Roma ciertos ciudadanos se conjuraron contra el, cō color que era tyrano, y estaua por fuerça apoderado de aquella ciudad» (III 24). Mariana encuentra en la muerte de César un ejemplo a su tesis del tiranicidio defendida en el *De rege et regibus institvtione*. Es significativo, además, que ese párrafo sobre las causas del asesinato de César no se halla en la primera edición en latín de su *Historia*, sino que el jesuita lo introdujo en la traducción al castellano aparecida en 1601, después de que hubiera publicado el *De rege* (1599)⁵⁹⁸.

Si Mariana considera a César un tirano, su visión de Augusto es distinta. Tras la muerte de César, el senado romano buscó en Augusto el contrapeso con el que oponerse a Marco Antonio, lo que Mariana considera que fue una «resoluciō prejudicial y

xenophobia en Espagne (1598-1665), Université de Saint-Étienne, Saint-Étienne, 1977, pp. 129 y 232-233). Nótese, no obstante, el doble rasero con el que juega Mariana. Una versión en latín de la obra de Commynes existía desde hacía décadas, pero su traductor, Johannes Sleidanus, era considerado hereje y como tal se lo hizo saber el jesuita a la Inquisición para que, como de hecho aparece en el *Index* de 1583, su obra al completo fuera prohibida. F. Asensio, “Juan de Mariana ante el Índice Quiroguiano de 1583-1584”, p. 150; *Index et catalogvs librorum prohibitorum*, fol. 42r.

⁵⁹⁶ J. de Mariana, *De rege et regibus institvtione*, I 2, pp. 24-25: «Ninus, Cyrus, Alexander, & Caesar, qui magna constituerunt primi & fundarunt imperia, non legitimus fuisse Reges, non monstra dumuisse sublata per terras tyrannide, non vitia vt videri volebant depulisse, sed praedatoriam exercuisse videantur, tametsi vulgi opinione immensis laudibus celebrentur & gloria».

⁵⁹⁷ Cf. Suetonio, *Julio César* VII 1; Plutarco, *César* XI 5-6; Dion Casio XXXVII 52, 2.

⁵⁹⁸ También, en las ediciones en castellano de 1601 y 1608, Mariana sitúa la muerte de César el siete de marzo, a pesar de que en la edición latina de su *Historia* la había datado en los idus (III 23, p. 126). A instancias de Pedro Mantuano (*Advertencias*, ed. de 1613, pp. 97-99), Mariana corrigió aquella fecha por la del 15 de marzo, que es como aparece en las ediciones en castellano a partir de la de 1617.

dañosa» (III 23). Mediante esta última frase, que tampoco se halla en la edición original en latín de su *Historia* (III 24, p. 126), Mariana parece sancionar la debilidad del senado y la deriva del poder hacia manos particulares. En efecto, para Mariana, después de la muerte de César «los triumuiros de nuevo quitarō la libertad a la republica, y se apoderaron de todo» (III 23). Augusto es, entre estos últimos, quien pone fin a esa lucha interpersonal y lleva hasta el último extremo el proceso de desarticulación del gobierno republicano. Esto no le convierte, sin embargo, en tirano. O al menos, Mariana no lo condena como tal. Augusto es el primer emperador de Roma, y de acuerdo con el jesuita, «el mas dichoso de todos», precisamente por acabar con sus adversarios y quedarse «solo cō el imperio» (IV 1). Aquí Mariana no juzga a Augusto por la situación a la que se confina la República en Roma, algo que ya había hecho con César y que también había anunciado con aquellas palabras de «resolución perjudicial y dañosa», sino por la competencia por conseguir el poder imperial a la que aquella situación había desembocado. Mariana procede así en comunión con las mismas fuentes antiguas y la propaganda oficial promovida por Augusto, y celebra así la paz que éste trajo al mundo y en concreto a España. No obstante, el jesuita todavía no acaba ahí su argumento. A continuación eclipsa la labor de Augusto con la de otro personaje de su época, «el autor de la paz eterna, Christo hijo de Dios» (IV 1). Pero esto pertenece ya a otra etapa de su historia de España.

En cualquier caso, esa híbrida aceptación de Mariana del poder romano sobre la Península Ibérica se distingue de la que hasta entonces se venía sosteniendo en la historiografía española. Para Mariana no es César el primer emperador de Roma, como lo querían Alfonso X y Garibay⁵⁹⁹, y mucho antes Suetonio al incluirlo en las biografías de los doce primeros césares, sino que es Augusto (IV 1)⁶⁰⁰. Y mientras que Morales se enorgullece de que César decidiera rodearse de una escolta personal compuesta por soldados españoles, lo que más tarde imitó también Augusto⁶⁰¹, Mariana sólo hace referencia a la de este último (III 25), sin mencionar que contingentes hispanos también formaron parte de la escolta de César, como atestiguan algunas fuentes⁶⁰².

La ambivalencia, en resumen, con la que Mariana percibe la conquista romana peninsular se explica por varios motivos. En primer lugar, el jesuita no está interesado

⁵⁹⁹ Alfonso X, *Primera crónica general de España*, p. 97; E. de Garibay, *Compendio historial* VI 23.

⁶⁰⁰ Lo confirma Mariana en la tabla de emperadores, en la que figura Augusto en primer lugar, que acompaña al texto de la *Historia* a partir de su segunda edición en castellano.

⁶⁰¹ A. de Morales, *Crónica* VIII 50 y 57.

⁶⁰² Suetonio, *Julio César* LXXXVI 1; Apiano, *Guerras civiles* II 109.

en asimilar al pueblo español, sujeto de su *Historia*, con el pasado y los valores del mundo romano. Los romanos son invasores que oprimen la libertad de la población peninsular, ya singularizada en sus rasgos básicos desde los tiempos de Túbal. Es cierto que el período de tiranía romana se extiende por varios siglos y que por tanto su huella en la cultura hispana es profunda, sobre todo en lo concerniente al idioma⁶⁰³. Pero en este libro tercero de su *Historia Mariana* no pone el énfasis en las transformaciones de la vida de los hispanos “a la romana”, sino en su lucha por conservar sus costumbres y modos de vida ancestrales. Después de la conquista, durante la etapa imperial, el jesuita se centra en el carácter cristiano de los hispanos como elemento distintivo frente a unos romanos en su mayoría paganos. Desde el punto de vista político, por un lado Mariana desprecia la tiranía de Julio César de la misma forma que la de algunos emperadores cuyo despotismo, en los siglos siguientes, no favorece el modelo de gobierno que el jesuita idealiza. Por otro lado, premia la actitud de un emperador como Augusto, así como la de los otros césares que abrazan la religión cristiana, por su capacidad para organizar y hacer funcionar la estructura de poder con la que más tarde se identifica la Iglesia, como se verá en el siguiente libro de la *Historia*.

⁶⁰³ Para el jesuita, la lengua castellana es resultado de la confluencia de varias lenguas, sobre todo de la latina (I 5).

9. LIBRO IV: HISPANIA

El libro cuarto de la *Historia* de Mariana abarca la historia romana imperial desde Augusto hasta Honorio, aunque no es el gobierno del primero el que abre el libro, sino el nacimiento de Jesucristo. Las historias personales de los emperadores romanos y la evolución del cristianismo son, en efecto, los dos temas principales que concentran la atención de Mariana. Con respecto a la Península Ibérica, el volumen que ocupa en esa narración sobre la época del imperio romano es menor que en las etapas precedentes. Con grandes dificultades traza Mariana una historia de Hispania durante los más de cuatro siglos que comprende este libro cuarto, el más corto en extensión de los hasta ahora vistos.

9.1. Metodología: fuentes y cronología

Cabe decir que la *Crónica* de Morales sigue siendo la base de partida de la que se sirve Mariana para redactar este libro cuarto de su *Historia*⁶⁰⁴. Ambos escritos son estructuralmente similares. Sin embargo, existen notables diferencias entre los textos de uno y otro autor, hasta el punto de que algunos tramos de la *Historia* de Mariana se pueden considerar independientes de la *Crónica* del cordobés.

9.1.1. Fuentes literarias

La cantidad de fuentes literarias utilizadas para componer esta parte de la historia hispana es muy numerosa. El abanico de autores es mucho más amplio que el que se manejan para las épocas anteriormente historiadas. Ahora bien, las obras propiamente clásicas (en especial, las de Suetonio, Plinio, Plutarco y Tácito) no alcanzan ni una tercera parte de ese espectro documental. La gran mayoría son fuentes que pertenecen ya al período medieval, y sobre todo son fuentes cristianas (Agustín de Hipona, Jerónimo de Estridón, Paulo Orosio, Eusebio de Cesarea o Isidoro de Sevilla, entre otras).

Si prestamos atención a las citas de autores y obras que aporta Mariana en el cuerpo del texto del libro cuarto de su *Historia*, vemos que no más de la mitad de ellas

⁶⁰⁴ El libro cuarto de la *Historia* de Mariana se corresponde con los libros noveno y décimo de la *Crónica* de Morales.

tienen su correspondencia en la *Crónica* de Morales. Es decir, hay una similitud considerable entre ambos autores, pero la dependencia del jesuita con respecto al cordobés es muy menor que, por ejemplo, en el libro tercero de la *Historia* de Mariana, donde prácticamente la totalidad de las citas eran un duplicado de las que Morales aportaba en su *Crónica*.

De ese conjunto de fuentes utilizadas por Mariana, cabe destacar dos de ellas por la importancia que tienen en el contexto en el que escribe el jesuita y por la trascendencia que han cobrado con posterioridad. En el libro cuarto aparecen citados por primera vez en la *Historia* de Mariana los nombres de Dextro y de Máximo. Como es bien sabido, éstos son los autores a los que se remiten dos de los llamados falsos cronicones forjados entre los siglos XVI y XVII en España⁶⁰⁵. Dextro, hijo del obispo de Barcelona Paciano, es uno de los “varones ilustres” de Jerónimo y, según éste, autor de una “historia universal” escrita en el siglo IV y dedicada al de Estridón quien confiesa no haberla leído⁶⁰⁶. El nombre de Máximo, obispo de Zaragoza entre los siglos VI y VII, también se encuentra en una lista de “varones ilustres”, esta vez la de Isidoro, quien le reconoce ser autor de una historia de los godos en la Península Ibérica, aunque de nuevo el de Sevilla tampoco la había llegado a leer⁶⁰⁷. A pesar de que los escritos de Dextro y Máximo no se han conservado, las noticias de Jerónimo e Isidoro fueron aprovechadas en el siglo XVI por el fraile Juan de Rihuela y el arcediano Lorenzo de Padilla para convertir las desconocidas obras de aquéllos en testimonios de la historia de España. El jesuita Jerónimo Román de la Higuera fue aún más lejos. Desde 1594 distribuyó copias e información de las crónicas manuscritas de Dextro y Máximo supuestamente copiadas de los originales que había rescatado un discípulo suyo, Tomás Torralba, del monasterio de Fulda, en Alemania. Aunque en un primer momento Juan Bautista Pérez, obispo de Segorbe, observó la falsedad de dichas crónicas, pronto fueron

⁶⁰⁵ Entre una amplia bibliografía destacamos, por este orden, los siguientes estudios generales: J. Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, ed. facsímil, Bibliolife, Milton Keynes, 2009 (1868); J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, pp. 161-201; K. Olds, *The “False Chronicles” in Early Modern Spain: Forgery, Tradition, and the Invention of Texts and Relics, 1595-c. 1670*, PhD Dissertation, Princeton University, 2009. Otras referencias son: G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 226-260; id, “Documents sur le faussaire Higuera”, *Bulletin Hispanique* 8, 1 (1906), pp. 87-95; J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, en *Tolède et l’expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1991, pp. 69-97; J. Alvar, A. Gonzales y F. Gómez, “Falso, falsario, falsificación y falseamiento”, pp. 9-13.

⁶⁰⁶ Jerónimo, *De viris illustribus* 132: «Dexter Paciani, de quo supra dixi, filius, clarus apud saeculum, et Christi fidei deditus, fertur ad me omnimodam historiam texuisse, quam necdum legi».

⁶⁰⁷ Isidoro, *De viris illustribus* 33: «Maximus, Caesaraugustanae civitatis episcopus, multa versu prosaque componere dicitur. Scripsit et brevi stylo historiolum de iis quae temporibus Gothorum in Hispaniis acta sunt, historico et composito sermone, sed et multa alia scribere dicitur, quae necdum legi».

difundidas entre los círculos eruditos de la época. Higuera intentó publicar los cricones en 1605, pero se perdieron con el navío que los transportaba a Flandes. En 1608 envía nuevas copias de los textos de Dextro y Máximo al canónigo zaragozano Bartolomé Llorente. Finalmente salen a la luz de la imprenta en Zaragoza en el año de 1619⁶⁰⁸, la primera de las siete ediciones de crónicas apócrifas que se suceden entre 1619 y 1651.

A la autoridad de Dextro y de Máximo se recurre en distintos libros y capítulos de la *Historia* de Mariana (IV 5, 13 y 17; V 7, 9, 13-14; VI 1, 10 y 15). Lo cierto es que esas referencias no se encuentran en la edición original de la *Historia*, ni en la latina (1592) ni en la castellana (1601). En el libro cuarto de estas ediciones sólo hay una mención a Dextro al hablar del obispo de Barcelona Paciano, que sigue lo dicho por Jerónimo de Estridón (IV 17). Antes que Mariana, lo mismo había hecho Morales, citar a Dextro como un personaje histórico destacado por Jerónimo⁶⁰⁹. Es decir, tanto Mariana como Morales rememoran en esos pasajes el Dextro “verdadero”, o testimoniado por las fuentes antiguas. Sin embargo, la última publicación de la *Historia* que pasó por la imprenta mientras Mariana vivió, de 1623, está cargada de citas a Dextro y a otros autores figurados de cricones. El hecho de que las informaciones procedentes de los cricones aparecieran en la última de edición de la *Historia* hizo dudar de si fue o no fue Mariana, en su senectud, el responsable de los añadidos. Fue en el siglo XVIII cuando se abrió un debate que algunos autores, como Cirot a principios del XX, han continuado discutiendo hasta el día de hoy. En los siguientes párrafos abriré un excursus resumiendo las líneas principales sobre el origen de ese dilema.

Los primeros nombres que deben mencionarse aquí son los de dos de los principales críticos de la historiografía en España de finales del siglo XVII: Gaspar Ibáñez de Segovia Peralta y Mendoza, marqués de Mondéjar (1628-1708), y Nicolás Antonio (1617-1684). Gaspar Ibáñez publicó, entre otros escritos, unas *Disertaciones eclesiásticas* en las que combatía los falsos cricones⁶¹⁰. En esta obra se contrastan noticias sobre historia eclesiástica atribuidas a Román de la Higuera, retratado como fabulador, frente a las de historiadores considerados de mayor crédito, entre ellos Juan de Mariana. Es posible que Gaspar Ibáñez no hubiera conocido la edición de la *Historia*

⁶⁰⁸ El editor fue Juan Calderón, y la obra llevaba por título *Fragmentvm Chronici, sive Omnimodae Historiae Flavii Lvcii Dextri Barcinonensis, Cum Chronico Marci Maximi...*, J. de Lanaja y Quartanet, Zaragoza, 1619.

⁶⁰⁹ A. de Morales, *Crónica* X 42.

⁶¹⁰ *Dissertationes ecclesiasticas, por el honor de los antigvos tvtelares, contra las ficciones modernas. Parte primera*, D. Dormer, Zaragoza, 1671.

de Mariana de 1623, pues no reconoce que la obra de Mariana también participa en la difusión de los cronicones. Por el contrario, Ibáñez acude a Mariana como exponente de la historiografía española canónica, y transcribe las palabras contenidas en una carta que recibió de Tomás de León, un jesuita del que sabemos que vivió en la segunda mitad del siglo XVII, especialista en las lenguas clásicas, hebrea y árabe y catedrático en el Colegio de San Pablo de Granada⁶¹¹. En la carta, fechada en 20 de septiembre de 1668, se lee:

«La investigacion de la suposicion de Dextro, es admirable, lo que yo puedo añadir es, que aviendo vivido en Toledo el ultimo tercio de su vida, el Padre Iuan de Mariana, tan versado en escritores Latinos de todas edades, y publicado el año de mil seiscientos y seis [*sic*, 1609] su tratado *De adventu divi Iacobi in Hispaniam*, donde se vale, hasta del voto del Rey Don Ramiro, nunca hizo memoria de Dextro, ni de estos escritos embiados de Fulda, y estaban en su mismo Colegio, en manos del Padre Higuera, desde el año de noventa y quatro [1594]. Vi en Sevilla varias cartas suyas en puntos de erudicion que le consultava un amigo suyo Don N. Pacheco⁶¹², y en carta del año mil seiscientos diez y seis, le dize Mariana, *que los libros son fingidos, y supuestos, y de ningun credito*; y lo mismo dezia el Duque de Alcalá, que avia oído al mismo Mariana asseverar»⁶¹³.

Por su parte, con una perspectiva similar a la de Gaspar Ibáñez, el sevillano Nicolás Antonio escribió una *Defensa de la historia de España contra el P. Higuera*⁶¹⁴, publicada póstumamente bajo el título de *Censura de historias fabulosas*⁶¹⁵. Esta obra, en la que de nuevo la utilización de los cronicones por parte de Mariana está ausente,

⁶¹¹ A. El Imrani, *Lexicografía hispano-árabe. Aproximación al análisis de cinco diccionarios elaborados por religiosos españoles*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1998, p. 7.

⁶¹² G. Cirot (*Mariana historien*, pp. 245 y 249) dice que es Nicolás Pacheco, de quien no hemos encontrado noticia. Gregorio Mayans, en su “Vida de Nicolás Antonio”, dirá que es Francisco Pacheco (en *Censura de historias fabulosas*, A. Bordazar, Valencia, 1742, p. VIII). Este último fue, en efecto, canónigo de la catedral de Sevilla, pero murió en 1599, con lo que difícilmente puede haber recibido una carta de 1616. Su sobrino, también Francisco Pacheco, murió en 1644, pero no fue canónigo sino pintor. Es posible que Mariana tuviera correspondencia con este último, pues el artista sevillano se relacionó con conocidos de Mariana, como el escritor Francisco de Quevedo o el poeta Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá y a quien a continuación se menciona en la carta. Sobre las amistades de Francisco Pacheco, ver A. López, “Notas sobre las polémicas andaluzas de Quevedo”, en *Homenaje al profesor Juan García Abellán*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1991, pp. 206-207.

⁶¹³ G. Ibáñez, *Dissertationes ecclesiasticas*, pp. 276-277; también en pp. 239-240.

⁶¹⁴ N. Antonio, *Defensa de la historia de España contra el P. Higuera*, BNE, Ms. 7364, 470 fols. Otros manuscritos (*Defensio adversus falsos chronicones Iulani, Dextri et aliorum*, BNE, Mss. 7346-7347) reflejan el intenso análisis de los cronicones que llevó a cabo Nicolás Antonio.

⁶¹⁵ N. Antonio, *Censura de historias fabulosas, obra posthuma... Van añadidas algunas cartas del mismo autor, i de otros eruditos. Publica estas obras Don Gregorio Mayans*, Bordazar, Valencia, 1742.

podemos considerarla también una *defensa* de la labor historiográfica de Mariana *contra* la difusión de falsos cricones, en especial frente a la figura de Román de la Higuera que es a quien Antonio convierte en canalizador de esas *historias fabulosas*. En la última parte de la obra se reproduce una parte de la correspondencia de Antonio y de otros eruditos, y entre ellas se incluye la carta de Tomás de León a Gaspar Ibáñez citada anteriormente⁶¹⁶.

Pero sin duda, el personaje clave en todo este asunto es el valenciano Gregorio Mayans i Siscar (1699-1781). Como se sabe, el bibliófilo Mayans fue quien publicó durante el siglo XVIII algunos de los escritos inéditos de Gaspar Ibáñez y Nicolás Antonio, entre los cuales se encuentran la *Censura de historias fabulosas* del segundo (1742) y las *Advertencias a la Historia* de Mariana de Ibáñez (1746)⁶¹⁷, además de reimprimir en Lisboa las *Disertaciones eclesiásticas* también de este último (1747). Ha de notarse que las innovadoras críticas de Gaspar Ibáñez y de Nicolás Antonio lanzadas hacia los falsos cricones estaban presididas por un espíritu patriótico⁶¹⁸ del que Mayans no era ajeno. La renovación historiográfica que Mayans se impuso como tarea corría paralela a una revaloración de la obra de Mariana, considerado como modelo de historiador nacional y ajeno al fenómeno de los cricones. A través de su obra y correspondencia personal, podemos observar cómo Mayans desplegó un entusiasmo inicial por los escritos de Mariana que luego se fue debilitando, hasta convertirse en un desprecio manifiesto por el jesuita que le granjeó no pocas enemistades. Esa evolución del pensamiento de Mayans es un reflejo, por un lado, del progresivo conocimiento de la obra de Mariana por parte del valenciano, y por otro lado, del efecto que tuvo entre muchos intelectuales españoles las circunstancias por las que atravesaron los jesuitas, finalmente expulsados del país por real decreto en 1767.

Aunque resulte inquietante, dado que el texto de la *Historia* de 1623 se reeditó al menos cuatro veces entre 1635 y 1678⁶¹⁹, hemos visto que de las obras de Gaspar Ibáñez o de Nicolás Antonio no se desprende que Mariana fuera partícipe de la difusión de noticias contenidas en los falsos cricones. Dada la escasez de historias de España de la misma envergadura y el afán con el que distintos autores continuaban la *Historia*

⁶¹⁶ N. Antonio, *Censura de historias fabulosas*, pp. 672-674.

⁶¹⁷ G. Ibáñez, *Advertencias a la Historia del P. Juan de Mariana*, Viuda de A. Bordazar, Valencia, 1746.

⁶¹⁸ N. Antonio, *Censura de historias fabulosas*, p. 1: «Escribo en defensa de la Verdad, de la Patria, del Honor de nuestra Nación. El intento es encender una luz a los ojos de las Naciones Políticas de Europa, que claramente les dè a ver los engaños que ha podido introducir en ella la nueva invencion de los Chronicos de Flavio Dextro, i Marco Maximo, i los de Luitprando, i Julian Perez, con lo demàs que se les atribuye, fingidos en el todo, o en la mayor parte, con sacrilega temeridad».

⁶¹⁹ G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice IX, p. 464.

agregándole nuevos contenidos, una parte de la labor que ocupó a los renovadores de la historiografía española entre mediados del siglo XVII y XVIII fue la de corregir y/o reeditar la obra de Mariana. A lo primero se dedicó Ibáñez en sus ya mencionadas *Advertencias*, que en total son doscientas cuatro y cronológicamente comprenden los casi dos siglos que transcurren desde el año 711 en adelante de la *Historia* de Mariana. Eso, al menos, es lo que publicará Mayans en 1746, pues parece que Gaspar Ibáñez anotó un número mucho mayor de advertencias a la *Historia* de Mariana, pero sus papeles se perdieron, acaso por las Américas, y nunca fueron publicados⁶²⁰.

Gregorio Mayans se sumó a esa tendencia por recuperar la obra de Mariana y revitalizó la trayectoria de sus predecesores. Mayans no sólo estuvo interesado en la figura de Mariana como historiador, sino también en su condición de padre jesuita, paradójicamente porque el toledano, entre otros escritos, redactó una crítica sobre la Compañía de Jesús que se mantenía inédita en España. Mayans conservaba con aprecio el manuscrito de ese tratado, que intentó publicar en Suiza en la imprenta de Francisco Grasset, pero el proyecto fracasó y además el valenciano tuvo problemas para recuperar su original⁶²¹.

Por otro lado, desde la década de los veinte del siglo XVIII, Mayans pretendía editar la *Historia* de Mariana con la continuación en latín del trinitario José Manuel Miñana (1661-1730), catedrático de retórica en la Universidad de Valencia y discípulo del deán Manuel Martí (1663-1737)⁶²². El proyecto se ejecutó en 1733, cuando Mayans consiguió imprimir en Holanda la *Historia* en latín de Mariana con la continuación de Miñana, en cuatro tomos. Esta bonita edición está basada, como se recoge en un documento sobre las “condiciones de impresión”, en el texto latino de la *Historia* de

⁶²⁰ El 17 de septiembre de 1751, desde Toledo, le escribía Andrés Marcos Burriel al ministro José de Carvajal sobre la necesidad de publicar documentos de Mariana y otros trabajos relativos a su *Historia*, entre ellos las *Advertencias* de Gaspar Ibáñez: «falta buscar otras Aduertencias del mismo Marques de Mondejar mucho mas copiosas, cuyo paradero no se sabe de cierto... Yo oï decir, que havia ido à parar â Lima, y he encargado que alli se busque: despues hê oïdo que este juego, asi notado por Mondejar, parò en manos de un Clerigo Francés... añadenme que este Clerigo regalò este precioso juego al P. Robinet... y este padre se lo llenò, para colocarlo en la gran Libreria de Argentina, ô Strasburg, donde acaso se guardará, que no fuera difícil averiguar». Este texto se encuentra en “Cartas del Padre Andres Marcos Burriel”, *RABM* 27, 7-9 (1923), p. 410. Véase también el “Juicio de la historia del Padre Juan de Mariana”, que publica Mayans junto a las *Advertencias*, p. 3.

⁶²¹ *Gregorio Mayans a Andrés Marcos Burriel, 9 enero de 1745*, Epistolario II, núm. 6, y *Francisco Grasset a Gregorio Mayans, 17 diciembre de 1769*, Epistolario XII, núm. 16. El tratado de Mariana fue finalmente impreso en España un año después de la expulsión de los jesuitas, bajo el título *Discurso de las enfermedades de la Compañía*.

⁶²² *Gregorio Mayans a Hermanos Tournes, 25 febrero de 1727*, Epistolario XII, núm. 1.

Mariana incluido en la *Hispania illustrata*⁶²³. Es decir, la nueva impresión es una versión de la obra de Mariana que no contempla los añadidos procedentes de los cricones que aparecen en la *Historia* de Mariana editada en 1623. En el tomo cuarto de esa *Historia* que él mismo promovió, volumen que comprende la continuación de Miñana, Mayans expresó en unos de los prefacios que preceden al cuerpo del texto su convencimiento de que la edición de 1608 de la *Historia* de Mariana es la que debe tenerse por más cierta, sin mencionar las de 1617 y 1623⁶²⁴. A la altura de 1733 Mayans ignoraba la existencia de estas dos últimas ediciones de la *Historia*.

El mismo año en el que la *Historia* de Mariana salió impresa en La Haya, Mayans se desplazó a Madrid para ocupar el cargo de bibliotecario real. Seis años más tarde, en 1739, se retiró a Oliva, en Valencia. Es entonces cuando publica la obra póstuma de Nicolás Antonio, *Censura de historias fabulosas* (1742). Mayans es quien agrega a la edición del escrito las cartas de Nicolás Antonio y de otros eruditos, entre ellas la de Tomás de León a Gaspar Ibáñez arriba citada en la que se inhiere a Mariana de responsabilidad ante la difusión de falsos cricones. Mediante la publicación del texto de Antonio, Mayans pretendía determinar el proceso por el cual se habían extendido múltiples engaños que debían ser eliminados de la historiografía española⁶²⁵, y en ese empeño considera relevante incluir una carta perteneciente a la correspondencia de Gaspar Ibáñez en el epistolario de Nicolás Antonio. Mayans alude a esa carta, que se hallaba también en las *Disertaciones eclesiásticas* de Gaspar Ibáñez que el valenciano reimprimió, en la *Vida de don Nicolás Antonio* que escribe de manera introductoria al texto de la *Censura*, con la intención de probar que Mariana pensó que los cricones «eran fingidos, i supuestos, i de ningún credito». En esa biografía de la vida de Nicolás Antonio, Mayans también señala algunos errores que encuentra en la *Historia* de Mariana, pero la crítica del valenciano es más bien constructiva, no tiene por fin desautorizar sino “ilustrar” el texto del jesuita que funciona como símbolo de la historiografía oficial⁶²⁶.

⁶²³ *Condiciones de la Ympresión de la Historia de los Padres Mariana y Miñana, convenidas entre los señores Blas Jover y Alcázar y don Pedro de Hont, mercader de libros de la Haya*, Epistolario XI, apéndice II. Ver también G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice IX, pp. 458-459.

⁶²⁴ *Gregorii Majansii Generosii et antecessoris Valentini. Admonitio ad lectorem veritatis amantem*, en *Joannis Marianae Soc. Jesu Historiae de rebus Hispaniae libri triginta. Accedunt Fr. Josephi Emmanuelis Minianae*, t. 4, P. de Hondt, La Haya, 1733.

⁶²⁵ Piénsese que Mayans escribió una continuación de la *Censura* de Antonio en un manuscrito, de 700 folios, que se mantiene inédito con el título de *Chronicones Impugnados*; véase A. Mestre, *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781)*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1968, pp. 154-159.

⁶²⁶ G. Mayans, “Vida de don Nicolas Antonio”, en *Censura de historias fabulosas*, pp. I-XXXX.

Ese espíritu es el que inspiró a Mayans a publicar las *Advertencias a la Historia del P. Juan de Mariana*, un documento escrito por Gaspar Ibáñez que se conservaba inédito. Pero antes de que el texto viera la luz de la imprenta, en 1746, Mayans recibió una carta inesperada de gran trascendencia. El 8 de noviembre de 1744, desde Buenache de Alarcón (Cuenca) le escribía a Mayans un joven jesuita de salud débil, Andrés Marcos Burriel (1719-1762)⁶²⁷. Burriel expuso sus ideas con el respeto y la admiración que le merecían el sabio valenciano, desde la modesta posición de un desconocido y con la claridad que se desprendía de sus pesquisas y materiales. Burriel hizo saber a Mayans que había estado en Toledo, y allí había manejado los tomos manuscritos y otros documentos que de Mariana. El estudio de esos materiales llevó al jesuita a considerar que algunas de las tesis de Mayans acerca de Mariana y los cricones eran incorrectas, y decidió escribirle directamente al valenciano para discutirlos⁶²⁸. Este fue el comienzo de una rica correspondencia entre Mayans y Burriel que se extendió por casi veinte años hasta que falleció el jesuita, aunque Mayans la prolongó con el intercambio de cartas con familiares de aquél⁶²⁹.

Andrés Marcos Burriel fue, al decir de Antonio Mestre, la persona que mayores conocimientos tuvo de los fondos manuscritos españoles durante el siglo XVIII, por encima de Mayans⁶³⁰. El epistolario de Burriel, amplio y disperso por diferentes archivos, es una fuente documental de gran importancia para el estudio sobre la vida y obra de Juan de Mariana. En la correspondencia entre Burriel y Mayans se puede observar que el jesuita le envió al valenciano copias e incluso escritos originales de Mariana, hasta el punto de que, en alguna ocasión, un despistado Burriel pregunta a Mayans si posee determinados papeles de Mariana que el jesuita no recuerda dónde haberlos guardado⁶³¹. Por otra parte, esa correspondencia no sólo se centra en la obra de Mariana, sino también en la de otros historiadores tan significativos como Román de la Higuera, del que discuten y sobre el que comenta Burriel el estado de sus manuscritos⁶³².

⁶²⁷ Sobre Burriel véase A. Echánove, “La preparación intelectual del P. Andrés Marcos Burriel, S. J. (1731-1750)”, *Hispania Sacra* 23, 45-46 (1970), pp. 81-191 y 24, 47 (1971), pp. 45-185.

⁶²⁸ *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 8 noviembre de 1744*, Epistolario II, núm. 1.

⁶²⁹ Epistolario II.

⁶³⁰ A. Mestre, *Despotismo e Ilustración en España*, Ariel, Barcelona, 1974, p. 104.

⁶³¹ Por ejemplo, *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 1 febrero de 1748*, Epistolario II, núm. 117. En la correspondencia de Burriel, además, se mencionan a terceros por cuyas manos también pasaron los manuscritos de Mariana, como son los padres Alejandro Panel (1699-1777) o Enrique Flórez (1702-1773).

⁶³² Por ejemplo, *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans 30 diciembre de 1744 y 6 junio de 1745*, Epistolario II, núms. 5 y 25.

Habida cuenta de estos datos, se pueden adivinar cuáles son algunos de los elementos de la correspondencia entre Mayans y Burriel que ahora más nos interesan. Hasta el momento, en sus escritos Mayans había premiado la actitud de Mariana por evadir las crónicas apócrifas y las críticas de Pedro Mantuano. En las primeras cartas que envía al valenciano, Burriel pone en conocimiento de Mayans que Mariana, en 1623, publicó una edición de su *Historia* corregida y aumentada con noticias procedentes de los falsos cricones, algo que también ve en otras ediciones castellanas posteriores, e incluso en las anotaciones al margen realizadas por el puño de Mariana en las ediciones de su *Historia* en latín. Además, Burriel comprendió que entre la edición de 1608 que conocía Mayans y la de 1623 en la que constan las adiciones procedentes de los cricones, Mariana publicó otra edición, que en un primer momento no llega a precisar pero que a la postre se descubrirá que fue impresa en 1616-1617 y con añadidos realizados a instancias de las advertencias de Mantuano⁶³³.

En cuanto a los términos de la discusión que ocupa a ambos corresponsales, a partir de los materiales que maneja Burriel cuestiona varias tesis defendidas por Mayans. En primer lugar, Burriel piensa que la edición de la *Historia* de 1623 ha de preferirse como el texto definitivo de Mariana, y no la de 1608. En relación con esto último, según Burriel se equivocan todos aquellos que, como Mayans pero también Gaspar Ibáñez e incluso el belga Daniel Papebroch (1628-1714), consideran que Mariana se opuso indefectiblemente a los cricones⁶³⁴. Finalmente, aunque condena la difusión de esos cricones como perniciosos para la disciplina histórica, confiesa que entre los libros y manuscritos pertenecientes a Román de la Higuera no halla pruebas suficientes para justificar la dura crítica contra él⁶³⁵. El fenómeno de los falsos cricones, cree Burriel, no se debe a una creación única de Higuera, sino que ha de haber un número mayor de implicados entre los que también se puede contar a Mariana⁶³⁶.

⁶³³ Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 30 diciembre de 1744, Epistolario II, núm. 5.

⁶³⁴ En 1671 Papebroch le había enviado una carta a Gaspar Ibáñez, en la que reproducía las palabras literales de Mariana en su correspondencia con Herbert Rosweide, con el ánimo de mostrar que nuestro jesuita desconocía los cricones: «*De Dexterō (quod etiam petebat) quid dicam? Illum non vidi, sed ex aliorum relatu suspicor similem esse Beroso Viterbiensi*». Esta carta de Mariana, no localizada, según Papebroch fue escrita en Toledo el 12 de diciembre de 1614: puede verse en M^a A. Vilaplana, “Correspondencia de Papebroch con el Marqués de Mondéjar (1669-1697)”, *Hispania sacra* 25, 50 (1972), apéndice XII, p. 331.

⁶³⁵ Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 8 noviembre de 1744, Epistolario II, núm. 1.

⁶³⁶ Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 30 diciembre de 1744, Epistolario II, núm. 5.

¿Cuál es la postura mantenida por Mayans ante tales cuestionamientos? En primer lugar, el valenciano agradece la información relativa a Mariana y muestra su interés por conocer de primera mano los papeles originales del jesuita. Por otra parte, reconoce que hay errores en su prefacio a la edición latina de la *Historia* de Mariana (1733), fruto del desconocimiento completo de la obra, pues en Valencia sólo contaba con uno de los tomos de la edición de la *Historia* de 1608. Es decir, algunos de los datos de los que disponía y de los comentarios que Mayans emitió acerca de la *Historia* de Mariana en 1733 no los había cotejado con la obra del jesuita. En cuanto a las adiciones contenidas en la edición de 1623, Mayans vacila sobre si fueron hechas por orden de Mariana, o sin la autorización del jesuita⁶³⁷. Pero sobre todo, en Mayans reina la duda de todo este asunto, ya que no conoce las distintas ediciones de la obra de Mariana ni los documentos a los que Burriel tiene acceso⁶³⁸. De este modo, Mayans deja a Burriel que le informe y paulatinamente, fruto también de otras circunstancias que más adelante veremos, irá alterando su juicio sobre Mariana.

En contraste, de ninguna manera parece Mayans dispuesto a discutir el protagonismo de Higuera en la difusión de los falsos cronicones. En la primera carta que remite a Burriel, Mayans le escribe a éste: «viva muchos años por lo que me favorece i por la defensa del P. Mariana, de quien soi apasionadísimo i gran venerador, pero no del P. Higuera entregado al dolo pío abusando de sus muchas letras en grave daño público»⁶³⁹. Mayans tenía en mente un proyecto de crítica a las falsificaciones contenidas en los cronicones, y éstas no iban a variar porque se levantaran sospechas más allá de Higuera, algo hacia lo que se mostraba reticente⁶⁴⁰. No obstante, tampoco en ese momento tenía Mayans un conocimiento preciso de la vida y obra de Higuera, pues confiesa que éste murió en 1624 y no, como en realidad lo hizo, en 1611. Este error, que haría pensar a Mayans que Higuera todavía estaba vivo cuando fueron publicados tanto

⁶³⁷ Gregorio Mayans a Andrés Marcos Burriel, 19 diciembre de 1744, Epistolario II, núm. 3.

⁶³⁸ Gregorio Mayans a Andrés Marcos Burriel, 16 enero de 1745, Epistolario II, núm. 7.

⁶³⁹ Gregorio Mayans a Andrés Marcos Burriel, 12 diciembre de 1744, Epistolario II, núm. 2.

⁶⁴⁰ Gregorio Mayans a Andrés Marcos Burriel, 16 enero de 1745, Epistolario II, núm. 7:

«es menester decir i provar que los que dicen que recibieron de Higuera copias discordes, como Fonseca, Escolano, Sandoval, Calderón, Caro, Bivar, Tamayo i Ramírez de Prado nos engañaron. Desta suerte por librar al padre Higuera haremos reos de falsedad a muchísimos i siempre la censura vendrá a ser de costumbres; i arguiremos a V.Rma. como nos arguye, ¿cómo tales i tan noticiosos hombres, unos religiosos, otros sacerdotes o togados, se condenarían? ¿Cómo levantaron contra el inocentísimo padre Higuera tan falsos testimonios? ¿Cómo no dieron muestras de su arrepentimiento? ¿Cómo están tan contestes escritores tan distantes en atribuir a Higuera el origen de estos cronicones? Yo juzgo que qualquiera que tome la defensa de Higuera se verá con el agua a la garganta, i más si fuere combatido como yo quisiera i tengo ideado».

los cronicones 1619 como la *Historia* de Mariana con información apócrifa 1623, lo había heredado el valenciano de Nicolás Antonio⁶⁴¹, y será Burriel quien se lo corrija⁶⁴².

En el momento en el que las *Advertencias a la Historia del P. Juan de Mariana* de Gaspar Ibáñez iban a ser publicadas, en 1746, la relación epistolar entre Mayans y Burriel ya había madurado. En el *Prefacion* que precede a las *Advertencias*, Mayans proporciona como novedad información que le transmitió Burriel. Éste le envió al valenciano copias de unos documentos pertenecientes a la correspondencia personal de Mariana que deseaba fueran publicados junto a las *Advertencias*, al tiempo que le insistió en que no revelara su nombre ni la procedencia de los manuscritos⁶⁴³. Finalmente, en el *Prefacion* Mayans menciona los «preciosos manuscritos» de Mariana y afirma que ha obtenido datos de «un erudito amigo», aunque no publica las cartas que le había copiado Burriel. Mayans vuelve aquí a demostrar su conocimiento parcial de la obra de Mariana, y reconoce que no ha visto las distintas ediciones de la *Historia* publicadas en vida del autor. De forma indirecta, pues, ofrece citas del uso que Mariana hizo de los cronicones en la edición de la *Historia* de 1623, pero es una información incompleta, que justamente se corresponde con las citas que Burriel había utilizado como ejemplos en la primera carta que le escribió a Mayans⁶⁴⁴. Lo más llamativo es que Mayans utilizó datos de Burriel sin ceder a la interpretación que de ellos había hecho el jesuita. En efecto, en el *Prefacion* Mayans mantuvo la tesis que ya había expresado en 1733 y 1742, según la cual Mariana no participó en la difusión de falsos cronicones y, por tanto, era a la edición de la *Historia* de 1608 a la que se debía conceder más credibilidad. Según el valenciano, las adiciones de la edición de la *Historia* de 1623 no podían deberse a la mano intencionada de Mariana, para lo que de nuevo trae a colación la carta de Tomás de León que ya había citado en sus escritos previos. Incluso, sugirió

⁶⁴¹ N. Antonio, *Censura de historias fabulosas*, p. 8; *Gregorio Mayans a Andrés Marcos Burriel*, 16 enero de 1745, Epistolario II, núm. 7. Otros errores de Nicolás Antonio sobre la obra de Higuera en J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, pp. 69-97; asimismo, José Martínez señala ahí (pp. 82-83) la diferencia que existe, en torno a una fecha que parece relevante de cara a la acusación sobre Higuera, entre el manuscrito de Nicolás Antonio y la edición, en este caso no fiel al texto de aquél, de la *Censura* a cargo de Mayans.

⁶⁴² *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans*, 30 diciembre de 1744, 2 mayo de 1745 y 13 agosto de 1746, Epistolario II, núms. 5, 19 y 77.

⁶⁴³ *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans*, 22 enero y 16 y 23 abril de 1746, Epistolario II, núms. 47, 57 y 58.

⁶⁴⁴ G. Mayans, *Prefacion*, en *Advertencias a la Historia del P. Juan de Mariana*, pp. I-XII; *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans*, 8 noviembre de 1744, Epistolario II, núm. 1.

que hacia 1623 Mariana había perdido la vista o incluso había muerto⁶⁴⁵. Esta última declaración disputaba los testimonios de Mariana que a Mayans le había enviado Burriel. Éste, una vez vio publicadas las *Advertencias*, le escribió al valenciano transmitiéndole su agradecimiento y admiración y, al mismo tiempo, cuestionando algunas de sus afirmaciones⁶⁴⁶.

En resumen, en 1746 Mayans continuó defendiendo la misma postura acerca de Mariana, la cual estaba basada en un conocimiento incompleto de la obra del jesuita. Todavía en diciembre de 1747, Mayans esperaba la edición de la *Historia* de Mariana de 1623 que había pedido en Madrid⁶⁴⁷. No obstante, la correspondencia entre Mayans y Burriel continuó, y la discusión en torno a Mariana también. En adelante, Mayans cuestionará cada vez más la fiabilidad de Mariana, hasta convertirse el historiador jesuita en objeto de una dura crítica por parte del valenciano. Sin embargo, esta actitud de Mayans se mantuvo fundamentalmente en privado y, en cualquier caso, no estuvo dirigida expresamente hacia el problema entre Mariana y las crónicas apócrifas. En ninguna de sus publicaciones posteriores volverá Mayans a suscitar ese problema ni el de las ediciones de la *Historia* de Mariana.

Desde un principio, Burriel le había expresado a Mayans su deseo de publicar todos los documentos y manuscritos de Mariana, con una nueva edición de la *Historia* y una biografía completa e ilustrada del autor⁶⁴⁸. Mayans le animó a proseguir con el proyecto, y con el tiempo ambos autores se vieron envueltos en distintas tareas relacionadas con la edición y copia de la obra de Mariana. Uno de los propósitos de Mayans fue el de volver a editar la *Historia* del jesuita, en latín y en castellano⁶⁴⁹. Sobre todo, el valenciano estaba interesado en publicar la *Historia* junto con las *Advertencias* a la misma que habían hecho sus predecesores, como Pedro Mantuano y Gaspar Ibáñez, más las que el propio Mayans había redactado y un número aún mayor compuestas por su hermano Juan Antonio Mayans (1718-1801). Esas noventa y seis notas críticas de

⁶⁴⁵ La afirmación de Pablo Antonio de Tarsia, quien en su biografía de Quevedo publicada en 1663 dijo que Mariana estaba ciego cuando le entregó al escritor madrileño unos textos hebreos, parece no sostenerse. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco Quevedo Villegas*, Imprenta de Sancha, Madrid, 1792 (1663), pp. 25-26. Cf. V. Noguera, "Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana", pp. XXXI, G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 126-127 y 220, y P. Jauralde, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, pp. 253-254, n. 84.

⁶⁴⁶ *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 13 agosto de 1746*, Epistolario II, núm. 77. Un año después, Burriel todavía le envía notas a Mayans sugiriendo correcciones al *Prefacion* a las *Advertencias* de Gaspar Ibáñez: *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 6 octubre de 1747*, núm. 108.

⁶⁴⁷ *M. Martínez Pingarrón a Gregorio Mayans, 9 de diciembre de 1747*, Epistolario VII, núm. 216.

⁶⁴⁸ *Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 20 diciembre de 1744*, Epistolario II, núm. 4.

⁶⁴⁹ *Gregorio Mayans a Manuel Caverio, 8 de julio de 1758*, Epistolario XII, núm. 3.

Mayans, que nunca llegaron a publicarse⁶⁵⁰, no eran simples enmiendas al historiador que hasta el momento tanto parecía haber admirado. Poco después de que Mayans publicara las *Advertencias* de Gaspar Ibáñez, comenzó a expresar una creciente animadversión hacia la obra de Mariana que puede ilustrarse con estas palabras suyas, escritas el 9 de junio de 1759:

«Conviene que de la *Historia* del P. Mariana se haga el juicio que merece, estando escrita tan disparatadamente. Si unos quince o diez i seis años ha no hubieran quebrado los impressores Deville, yo hubiera publicado dicha *Historia* con notas perpetuas que hubieran hecho ver que está llena de caprichosos errores. Hasta el capítulo catorce del libro primero tengo trabajadas noventa i seis notas sobre otros tantos errores, i apuntamientos de mi hermano Juan Antonio sobre todo lo restante de la misma *Historia*, en la qual únicamente es digno de alabanza el estilo, porque es el que ha engañado a los lectores incautos. Yo no hago caso del juicio del vulgo, ni aun de muchos que piensan no ser parte dél, porque finalmente la verdad ha de prevalecer. Algún día verá V.S. sobre este assunto cosas buenas»⁶⁵¹.

Esta carta de Mayans deja entrever la popularidad de la que por entonces gozaba la *Historia* de Mariana, algo a lo que habían contribuido los propios escritos del valenciano, a pesar de que éste afirme haber proyectado imprimir sus *Advertencias* en un momento anterior al de la publicación de las de Gaspar Ibáñez⁶⁵². De cualquier modo, detrás de la crítica que Mayans profesa hacia Mariana se esconden otros motivos además de los puramente historiográficos. En 1758, un año antes de la emisión de la carta anteriormente citada, el valenciano había leído en Valladolid en forma de discurso el que sería su libro *Defensa del rei Witiza*. En este escrito, como sugiere su título, Mayans combatía algunas de las tesis más difundidas, notablemente las de Mariana, acerca de la figura histórica del rey visigodo. La iniciativa gustó poco a ciertos sectores, especialmente al eclesiástico de los jesuitas, apegados a las tesis del historiador toledano, de manera que Mayans tuvo que esperar más de una década hasta ver el libro impreso, en 1772. Mayans se lamentó de esa circunstancia de la siguiente manera:

⁶⁵⁰ Se conservan manuscritas en la Biblioteca Archivo Hispano Mayansiano, del Colegio del Corpus Christi (Valencia).

⁶⁵¹ *Gregorio Mayans a Fernando José de Velasco, 9 junio de 1759*, Epistolario XVI, núm. 81.

⁶⁵² En su correspondencia se ve que Mayans trabajaba en las anotaciones a la *Historia* de Mariana después de haber editado las de Gaspar Ibáñez en 1746, coincidiendo con la época en la que Burriel enviaba continuamente al valenciano información de Mariana: *Pedro Deville a Gregorio Mayans, 12 de mayo de 1748*, Epistolario XII, núm. 56.

«Quando yo esperaba que la mayor parte de los españoles que professan las letras se pondrían de mi parte en la defensa de un rei, constante professor de la religión cathólica, i en la del clero de España, siempre obediente a la silla apostólica, he visto no sin grande admiración, que unos por la pasión que tienen a los escritores que patrocinan la heregía del regicidio, que yo tengo por execrable, i por la ciega afición a Juan de Mariana, cuya *Historia* está llena de fábulas i de mentiras; i finalmente otros enemigos ocultos de la eminencia de las grandes virtudes de V. Ex. que no pueden sufrir ver alabadas por mí con justa dignidad, se han puesto de parte de la impostura con que se ha infamado la memoria del rei Witiza i la religión del clero de España»⁶⁵³.

Esos años coinciden precisamente con las discusiones en torno a la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús, lo que se había convertido en una decisión irreversible desde el 2 de abril de 1767. Mayans había participado activamente en la causa contra los jesuitas, guiado principalmente por los problemas que encontraba en el sistema de enseñanza en España⁶⁵⁴.

Paralelamente, desde la década de los cincuenta la Biblioteca Real había programado una nueva edición de la *Historia* en castellano. Juan Manuel de Santander (1712-1783), bibliotecario mayor desde 1751, proyectó un ambicioso plan editorial que comprendía la publicación de las principales historias de España de los últimos tiempos, entre ellas las de Morales, Mariana y Juan de Ferreras (1652-1735), quien por su parte también había sido bibliotecario mayor hasta su fallecimiento. En 1754 la Biblioteca Real obtuvo el privilegio perpetuo para editar la obra de Mariana, pero la ejecución de la empresa se demoró unas décadas⁶⁵⁵. Se priorizó la publicación de la *Synopsis histórica chronologica de España* de Ferreras, publicada en la imprenta de Pérez Soto entre 1775 y 1791⁶⁵⁶. En esta tesitura, en 1770 la Real Compañía de Impresores y

⁶⁵³ Gregorio Mayans a Manuel de Roda, 16 febrero de 1773, Epistolario X, núm. 157.

⁶⁵⁴ E. Giménez, "Gregorio Mayans y la Compañía de Jesús. Razones de un desencuentro", en *Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el s. XVIII. Estudios en Homenaje al P. Miquel Batllori i Munné*, Universidad de Alicante, Alicante, 2002, pp. 163-196.

⁶⁵⁵ Véase el folleto de la exposición *Las letras de la Ilustración. Edición, imprenta y fundición de tipos en la Real Biblioteca* (enero-marzo de 2012), en la página web de la BNE: <http://www.bne.es/es/MuseoBibliotecaNacional/exposiciones/SalaMusas/LasletrasdelaIlustracion/index.html> (consultado el 19 de agosto de 2012).

⁶⁵⁶ Hoja autógrafa de Santander, en *Papeles varios relacionados con la edición de la "Historia general de España" del padre Mariana*, BNE, Ms. 18662/24/16, fol. 1r: «La historia de España de Mariana, la de Ocampo i Morales se van a imprimir al instante que se concluya la de Ferreras del que ya están quince tomos».

Libreros presentó una solicitud para editar la *Historia* de Mariana, lo que provocó el enfado y rechazo de Juan Manuel de Santander.

En 1759 había sido fundada la Compañía de Impresores y Libreros de Valencia. Gregorio Mayans mantuvo siempre una estrecha relación con esos libreros valencianos y desde un principio alentó a la institución de editar la *Historia*⁶⁵⁷. Uno de los socios, Benito Monfort, en 1776 solicitó permiso para ejecutar la impresión de la obra de Mariana⁶⁵⁸. Dos años más tarde, un Real Decreto dio la posibilidad de llevar a cabo el proyecto, e inmediatamente después la oficina de Monfort divulgó un *Plan de una nueva impresión de la Historia de España que escribió Juan de Mariana*. Como particularidad, los editores anunciaban que se servirían del texto de la *Historia* publicada en 1608, «sin alterarle»⁶⁵⁹.

La noticia de una nueva edición de la *Historia* por los impresores de Valencia debió ser un acicate para la publicación programada por la Biblioteca Real décadas antes. En 1780, a un mismo tiempo la institución monárquica patrocinó la publicación en Madrid de dos ediciones de la *Historia* de Mariana en castellano, cada una en dos tomos y de texto similar aunque elaboradas con distinto papel: una, más barata y de mayor tirada, corrió a cargo de Andrés Ramírez, y la otra, probablemente la edición de mayor calidad de la obra de Mariana que se ha publicado hasta el día de hoy, fue impresa por Joaquín Ibarra⁶⁶⁰. Ambas ediciones iban precedidas por un prólogo escrito por el bibliotecario mayor Juan Manuel de Santander. En ese escrito se argumenta por qué esta nueva impresión de la *Historia* se ha realizado a partir de la edición de 1623⁶⁶¹,

⁶⁵⁷ R. Franch y A. Mestre, “La compañía de libreros e impresores de Valencia: finanzas y cultura en el siglo XVIII”, *Revista de historia moderna* 4 (1984), pp. 23-46.

⁶⁵⁸ El memorial de Monfort, dirigido a través de Santiago Rodríguez, se halla en el Archivo General de Simancas, Gracia y Justicia, leg. 979 (citado en V. Moreno, *La recepción hispana de Juan Luis Vives*, Generalitat Valenciana, Valencia, 2006, p. 696, n. 87).

⁶⁵⁹ *Plan de una nueva impresión de la Historia de España que escribió Juan de Mariana*, B. Monfort, Valencia. Puede leerse en la Biblioteca Valenciana digital: <http://bv2.gva.es/>. La fecha exacta del texto no se precisa, pero ha de ser posterior al Real Decreto de 1778 al que se hace referencia, y anterior a 1780 dado que en este año comenzó a publicarse en Madrid la *Historia* de Mariana promovida por la Biblioteca Real, en cuyo prólogo se menciona este *Plan*.

⁶⁶⁰ De la edición de Ibarra comenta Rezabal: «de quantas ediciones correctas y esmeradas, publicadas en España en el siglo pasado [se refiere al siglo XVIII], esta de la *Historia* del P. Mariana es la mas perfecta, donde se observan con rigor mas escrupuloso las reglas del arte tipográfica, como se decidió con presencia de todas en la ciudad de Amsterdam, en una junta que para declarar esta preferencia celebraron los mejores impresores y libreros» (J. de Rezabal, *Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis colegios mayores*, Imprenta de Sancha, Madrid, 1805, p. 328).

⁶⁶¹ Varios manuscritos dan una idea del trabajo realizado para esta edición dieciochesca, como es la búsqueda de referencias de Mariana a los cronicones, el cotejo entre las distintas ediciones de la *Historia* y otros papeles con borradores, erratas, correcciones, notas de los editores, etc.: *Papeles varios relacionados con la edición de la “Historia general de España” del padre Mariana*, BNE, Ms. 18662/24, especialmente la carpeta 16, 126 fols.

«que es la ultima» publicada por Mariana, y «es tambien la mas correcta y copiosa; en tanto grado, que comparada con la de 1608. produce tan crecido numero de enmiendas, variantes y adiciones que se podria formar de ellas un competente volumen». En ese prólogo se condena como «gravísimo perjuicio» el hecho de que, como se adelanta en el *Plan* al que Santander hace una referencia directa, el impresor de Valencia publique la *Historia* siguiendo el texto de 1608, y se dedican varias páginas a refutar los «reparos con que un Escritor de nuestros tiempos ha querido hacerla sospechosa [la edición de 1623] hasta el extremo de proponer como mas estimable la de 1608»⁶⁶².

Ese “Escritor” era, sin duda, Gregorio Mayans. En efecto, aunque Mayans sancionó en privado a Mariana e incluso refutó las tesis del «sacrílego propagador de la heregía que da por lícito el regicidio»⁶⁶³ en su *Defensa del rei Witiza*, lo cierto es que el valenciano nunca aprobó la edición de la *Historia* de 1623, y cuestionó con rotundidad el que Mariana hubiera sido partícipe de las adiciones de los falsos cronicones que en ésta se incluyen⁶⁶⁴. En última instancia, Mayans no había conocido la *Historia* de 1623, y mediante sus dudas amparaba las tesis de sus predecesores, desde Nicolás Antonio hasta Gaspar Ibáñez pasando por Daniel Papebroch. Éstos tampoco habían mencionado aquella edición del jesuita, y a través de los “métodos críticos” que aplicaron a la historiografía crearon dos grupos distintos de autores, los que se identificaban con las historias fabulosas como Román de la Higuera, y los que entraban en el grupo de historiadores autorizados como Juan de Mariana. Mayans heredó esta concepción y ni los sorprendentes hallazgos que el jesuita Burriel le mostró, al menos en un primer momento, le hicieron cambiar de opinión.

En Madrid, una vez obtenida la licencia real para imprimir la *Historia* de Mariana en 1754, Juan de Santander se interesó por conocer cuál era la opinión de Mayans. Uno de sus principales intermediarios en la Biblioteca Real, Manuel Martínez Pingarrón, se lo hacía saber así a Mayans:

«Ya digo a Vmd. los privilegios que el rei avía concedido a esta real bibliotheca. Sobre la *Historia* del P. Mariana en castellano estoí en la creencia

⁶⁶² “Prólogo de la Real Bibliotheca”, en *Historia General de España*, t. I, J. Ibarra, Madrid, 1780.

⁶⁶³ Gregorio Mayans a Conde de Aranda, 15 mayo de 1773, Epistolario X, núm. 103.

⁶⁶⁴ Antonio Palau, además, señala que cuando Mayans conoció la noticia de la edición de la *Historia* de Mariana publicada por la Biblioteca Real, se escandalizó por el hecho de «que una Corporación tan docta y respetable, se atreviera a preferir la edición de 1623 a todas las anteriores» (A. Palau, *Manual del librero hispano-americano: bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos*, 2ª ed., t. 8, Librería Palau, Barcelona, 1954-1955, p. 196). Esta información que Palau ofrece, sin añadir referencias, no la hemos logrado corroborar entre la documentación de Mayans.

de que la de el año de 1608 es la que se deve seguir, i no las impresas en los años 1616, ni 1623 i 1624, aunque en estos vivía el padre. Yo me guío por la luz que Vmd. da en la *Prefación* a la misma *Historia* latina que hizo imprimir Jober, i también porque estoi persuadido a que en las posteriores al año 8 ingirieron algunos pasages i autoridades de los chronicones falsos. Dígame Vmd. lo que sepa sobre esto, de suerte que yo pueda manifestarlo (aunque Dn. Juan de Santander preguntará a Vmd. sobre lo mismo, según me ha dicho), pues hemos hablado él i yo acerca de esto. I una vez que esta bibliotheca va a imprimir esta obra, es justo que se dé pura, i lo que es del P. Mariana libre de las patrañas i embustes que le ayan impuesto. Esta súplica se entiende en términos hábiles i que Vmd. no tenga reparo en comunicarme lo que le suplico, pues lo quiero para instrucción mía i poder hablar con conocimiento en esta materia, quando se aya de tratar i resolver sobre esta impresión, i siempre diré a quién devo mi instrucción»⁶⁶⁵.

No sabemos cuál fue la respuesta de Mayans. Días más tarde, Pingarrón le vuelve a escribir al valenciano y comenta: «Agradezco mucho lo que me dice sobre la *Historia* del P. Mariana i lo comunicaré a Dn. Juan de Santander»⁶⁶⁶. Sea como fuere, entre el momento en que fue escrita esta carta, en 1755, y la fecha en que apareció publicada la *Historia* de Mariana por la Real Biblioteca, en 1780, pasó un intervalo de tiempo considerable.

Mientras tanto, Burriel, en Madrid y en Toledo, continuó trabajando sobre los manuscritos de Mariana. En 1750 fue encargado, junto al valenciano Francisco Pérez Bayer (1711-1794), de dirigir una comisión que tenía como fin revisar los documentos conservados en distintos archivos toledanos. Burriel falleció el 19 de junio de 1762, y en ese mismo verano, a través de una Real Orden, Juan de Santander encomendó que se realizara un inventario de los documentos que se encontraban en el aposento de Burriel y que pasaron a depositarse en la Biblioteca Real⁶⁶⁷. Incluso, en un estudio se discute si Burriel donó los códices a Santander y éste se los dio a su sobrino Carlos Antonio de la Serna Santander, quien también hacía las labores de bibliotecario en Bruselas, donde

⁶⁶⁵ Manuel Martínez Pingarrón a Gregorio Mayans, 11 enero de 1755, Epistolario VII, núm. 393.

⁶⁶⁶ Manuel Martínez Pingarrón a Gregorio Mayans, 25 enero de 1755, Epistolario VII, núm. 394.

⁶⁶⁷ M. Salvá y P. Sainz, *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. XII, viuda de Calero, Madrid, 1848, pp. 323-365; G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 396-397; J. C. Galende, "Repertorio bibliográfico de la biblioteca del padre Burriel", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, H.^a Moderna* 8 (1994), pp. 245-268.

actualmente reposa una parte de los papeles de Burriel⁶⁶⁸. Santander, por tanto, entró en conocimiento de los manuscritos de Burriel, y de sus papeles bien pudo extraer la idea, de cara a la impresión de la *Historia* que había programado, de tener como más fiable la edición de 1623. Esa idea podría cobrar mayor sentido si pensamos que era contraria a lo que había escrito Mayans, y que las relaciones entre éste y Santander comenzaron a deteriorarse. Santander, simpatizante de la Compañía de Jesús⁶⁶⁹, se cuenta entre los que censuraron la *Defensa del rei Witiza* de Mayans⁶⁷⁰. Por otro lado, el valenciano apoyó a Pérez Bayer a ocupar la plaza de bibliotecario mayor, lo que no se produjo hasta que Santander falleció en 1783⁶⁷¹.

En ese mismo año de 1783, después de haber sido anunciada mediante la divulgación del *Plan* y habiendo también Mayans pasado a mejor vida (1781), se publicó en Valencia el primero de los nueve tomos de una buena edición de la *Historia* de Mariana, impresa en la oficina de Benito Monfort entre 1783 y 1790. Como cabría esperar, el prólogo que antecede al cuerpo del texto del primer volumen es básicamente una contestación al prólogo y a la edición de la *Historia* publicada tres años antes por la Biblioteca Real. Los editores de Valencia, principalmente Vicente Antonio Noguera y Ramón (1728-1797)⁶⁷², rinden tributo a las tesis de Mayans y defienden al valenciano frente a las críticas que éste había recibido en la *Historia* publicada en Madrid. Al contrario que esta última, la nueva edición valenciana de la *Historia* seguirá el texto de Mariana de 1608. Son numerosas las razones que se aportan para sostener esta decisión: nuevos argumentos son suscitados con el fin de acreditar las dudas expresadas por Mayans. De esta manera, se concluye que las adiciones de los falsos cronicones que se ven en la edición de la *Historia* de 1623 no son atribuibles a Mariana, y se plantea la hipótesis de que las interpolaciones fueron realizadas por los compañeros jesuitas del colegio de Toledo, «oficina de los Cronicones y el castillo de su defensa». Para explicar

⁶⁶⁸ J. Reymóndez, “Correspondencia epistolar del P. Andrés Marcos Burriel, existente en la Biblioteca Real de Bruselas”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 52 (1908), pp. 182-185. Santander no se quedó con los manuscritos de Burriel, pero sí los tomó del aposento del jesuita en Madrid, los copió y después se los entregó al rector del colegio de jesuitas de Madrid, el padre Diego de Rivera: *Papeles varios relacionados con la edición de la “Historia general de España”*, BNE, Ms. 18662/24/15, fols. 1r y 3v.

⁶⁶⁹ R. Olachea, “El anticolegialismo del gobierno de Carlos III”, *Cuadernos de Investigación, Geografía e Historia* 2, 2 (1976), p. 73, n. 85.

⁶⁷⁰ A. Mestre, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, pp. 318-319.

⁶⁷¹ *Gregorio Mayans a Pérez Bayer, 6 diciembre de 1762*, Epistolario VI, núm. 144.

⁶⁷² Mientras que el conjunto del escrito fue redactado utilizando primera persona del plural, en alguna ocasión se introduce la primera del singular («como he dicho»), signo de que el prólogo pudo estar escrito por una única persona. A continuación, se incluye una “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, elaborada por Vicente Noguera.

estas «ideas ambiciosas de la Compañía», los editores de Valencia recuerdan otros casos en los que los jesuitas introdujeron o forzaron a introducir información de los cricones en ciertas obras, e incluso alguna enmienda hecha sobre un manuscrito de Mariana. Mediante estos mecanismos, los jesuitas conseguirían «autorizar con el nombre de Mariana sus lisonjeros embustes»⁶⁷³.

Así las cosas, resulta sorprendente que en 1794 la imprenta de Benito Monfort, antes incluso de que acabara de publicar todos los volúmenes de la *Historia* de la serie comenzada en 1783, reimprimió la obra de Mariana en dos tomos, reproduciendo el texto basado en el de 1623 y el “Prólogo” que había encabezado la edición de la Biblioteca Real de 1780. Claro que para entonces, 1794, no sólo Mayans y Santander habían fallecido, sino también el propio Benito Monfort. Su primogénito Manuel Monfort (1736-1806) heredó el taller tipográfico familiar que conservaba el nombre del fundador, y desde 1784 trabajó en Madrid como director de la Imprenta Real y tesorero y administrador de la Biblioteca Real⁶⁷⁴. La alternativa que supuso la primera edición valenciana de la *Historia* de Mariana fue pronto eclipsada por la más influyente versión diseñada por la institución monárquica, ejecutada en los talleres de Madrid y ahora también en Valencia. Nuevas ediciones de la obra de Mariana, impresas en distintos puntos de la geografía española según la versión estandarizada por la Biblioteca Real, cubrieron buena parte del siglo XIX.

En general, tanto los argumentos de los editores de Valencia como los que defienden los editores de Madrid son convincentes. En las líneas precedentes hemos explorado el contexto al que remite ese debate, que asimismo es elocuente. Las rivalidades particulares o, a mayor escala, entre quienes apoyaban o rechazaban la causa jesuita, son sólo dos de los factores que envuelven el panorama editorial de la obra de Mariana en el siglo XVIII. Por encima de todo, gravita la autoridad de la *Historia* que no es cuestionada ni por unos ni por otros. Los editores de Madrid, mediante una lectura un tanto interesada de la obra del jesuita, consideran que las adiciones de la edición de 1623 vienen a confirmar el poco crédito que Mariana dio a los falsos cricones. Los

⁶⁷³ “Prólogo”, en J. de Mariana, *Historia General de España*, t. 1, Benito Monfort, Valencia, 1783. La defensa de estas tesis continúa en los prólogos del segundo y tercer volumen, de 1785 y 1787 respectivamente. En este último, se dibuja nítidamente el contraste que había marcado Mayans: «Mariana franco, lleno de candor y de amor á la verdad; Roman de la Higuera obscuro, artificioso y ambicioso de abrirse paso á la fama póstuma por los malos medios de ficciones tan despreciables como alagüñas».

⁶⁷⁴ J. E. Serrano, *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España hasta el año 1868*, F. Domenech, Valencia, 1898-1899, pp. 332-359; J. I. Catalán, “Un documento inédito para la biografía del grabador valenciano Manuel Monfort y Asensi”, *Ars longa: cuadernos de arte* 14-15 (2005-2006), pp. 233-244.

editores de Valencia, por su parte, se hacen eco de la oposición del jesuita a los cronicones que propaga Gregorio Mayans, quien partió de un conocimiento parcial de la *Historia*. Sólo Andrés Marcos Burriel, también jesuita, mediante el estudio de los manuscritos de Toledo insinuó que Mariana pudo no haber sido tan ajeno a la génesis de los cronicones⁶⁷⁵. Pero aunque el conjunto de las investigaciones llevadas a cabo por Burriel fueron aprovechadas tanto por Mayans como por Juan de Santander, esta última sugerencia del jesuita sobre Mariana y los cronicones resultó ser *vox clamantis in deserto*.

El tema da para mucho más, pero desborda los objetivos de nuestra investigación. Mediante estas notas simplemente hemos querido llamar la atención sobre algunos aspectos de la historiografía de la obra de Mariana que tienen un peso importante en nuestra consideración sobre la implicación del jesuita en la difusión de los falsos cronicones. Piénsese que Antonio Palau y Dulcet, presumiblemente influido por la obra de Mayans, creyó a Román de la Higuera, muerto en 1611, editor de la *Historia* de Mariana de 1623⁶⁷⁶. También Julio Caro Baroja pensó que Higuera falleció después de esa fecha⁶⁷⁷. José Godoy Alcántara, sin conocer la obra de Mariana en profundidad⁶⁷⁸, afirmó que el jesuita se apoyó en los cronicones. Probablemente Godoy Alcántara utilizó un ejemplar de la *Historia* impreso en el siglo XIX y basado en la edición de 1623, eludiendo así cualquier comentario acerca de las distintas ediciones de la *Historia* publicadas en vida de Mariana⁶⁷⁹. En su minucioso análisis sobre este espinoso asunto, Georges Cirot, en quien pesaron los argumentos de los editores de Valencia⁶⁸⁰, concluyó que debíamos considerar las adiciones de la *Historia* de 1623 «comme furtives, parce que, à défaut de prevue matérielle, nous avons des raisons

⁶⁷⁵ Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 8 noviembre de 1744, Epistolario II, núm. 1: «Y para mí, así por lo dicho como por otros testimonios que pudiera producir si aora fuera del caso, es cierto que al P. Mariana no fue de tan rígido dictamen contra estos chronicones como se ha querido hacer creer, diga lo que quisiere el P. Thomás de León y el marqués de Mondexar, y sea lo que fuere de la disputa principal de su verdad o supposición, y de si el P. Higuera fue el author de este engaño o no».

⁶⁷⁶ A. Palau, *Manual del librero hispano-americano*, t. 8, p. 196.

⁶⁷⁷ J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, p. 164.

⁶⁷⁸ O. Rey Castelao, “La *Historia crítica de los falsos cronicones* de José Godoy Alcántara”, en M. Barrios y M. García Arenal (eds.), *¿La Historia inventada? Los Libros Plúmbeos y el legado sacromontano*, p. 414.

⁶⁷⁹ J. Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, p. 255. Lo mismo puede decirse con respecto a G. Pasamar, *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*, pp. 15, n. 8 y 25-26, p. 30.

⁶⁸⁰ G. Cirot, “Les éditions de l’*Historia* de España de Mariana”, *Bulletin Hispanique* 3, 1 (1901), pp. 83-85.

morales de les considérer comme indignes de Mariana, et d'une authenticité improbable»⁶⁸¹.

Un estudio reciente ha sacado a la luz numerosas pruebas sobre la realidad de la edición de la *Historia* de 1623 las características tipográficas, los contratos y las condiciones de impresión, las personas encargadas de ejecutarla y la constante vigilancia del autor, y aun así, esos datos no han mostrado que debamos desechar la hipótesis, probable para el autor del análisis, de que Mariana introdujera conscientemente adiciones de los cronicones⁶⁸². Las aparentes anomalías de la impresión de la *Historia* de 1623 el primer tomo en Madrid y el segundo en Toledo, desacuerdos entre autor y editor no son ni muchos menos extraordinarias, según confirma otra investigación reciente, en la trayectoria de Mariana como agente de sus propias publicaciones, siempre escrupuloso, desconfiado y participativo en cada uno de los pasos, hasta el punto de poner y quitar oficiales de la imprenta a su conveniencia⁶⁸³. La *Historia* de 1592, para la cual el tipógrafo Pedro Rodríguez tuvo que desplazar las prensas a la Casa Profesa de Toledo por exigencia de la Compañía de Jesús, cuenta en el mismo año con dos impresiones distintas, fruto de la anulación de un primer contrato por parte de Mariana. La misma obra en castellano fue publicada en 1601 en Toledo por Pedro Rodríguez, después de que Mariana hubiera roto un acuerdo que había concertado con el impresor Tomás Guzmán, y en 1616-1617 se imprimió en dos talleres distintos de Madrid.

En nuestra opinión, no es tan extraño pensar que Mariana hubiera decidido hacer uso de los cronicones, aunque los creyera falsos, en su *Historia* publicada en 1623. No sería la primera información apócrifa que en ella incluye de manera consciente. Tampoco daba crédito a los embustes de Annio de Viterbo, desautorizado por una parte importante de los historiadores y anticuarios españoles y al que Mariana descalificó en su misma *Historia*. A pesar de lo cual, en ésta se hallan ficciones que proceden de la obra dedicada, no lo olvidemos, a los Reyes Católicos del viterbino, y otras muchas de la *Crónica* de Ocampo y Morales que el jesuita supo de cierto que eran falsas o simplemente no se preocupó por contrastarlas. Mariana, por otro lado, valoró

⁶⁸¹ G. Cirot, *Mariana historien*, p. 252.

⁶⁸² V. Moreno, "Juan de Mariana ante la imprenta de Luis Sánchez. El *textus receptus* de la *Historia General de España*", *Bulletin Hispanique* 110, 1 (2008), pp. 111-144. También Fernando Martín cree probable que Mariana hubiera hecho uso de los cronicones: "Notas críticas a la obra Histórica Latino-Castellana del P. Mariana (Estudio Bio-Bibliográfico)", *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 2 (1974), p. 37.

⁶⁸³ H. Rodríguez, "Contratos de impresión suscritos por Juan de Mariana, Alonso de Villegas y Francisco de Pisa", pp. 60-75.

positivamente la *Biblioteca* de Focio, la cual compendió en un manuscrito que daba a conocer además la existencia de la edición parcial de la misma obra a cargo de Henri Estienne. No obstante, ya vimos que no se animó a publicar el epítome de Focio, lo usó con limitaciones en su *Historia* y aconsejó examinar todas las impresiones de aquel hereje francés. Aunque Mariana despreciara los cricones lo que se desprende de algunas cartas, el hipotético uso que hiciera de ellos en su *Historia* habría de valorarse también por otros motivos. La postura de Mariana con respecto a las *Ilustraciones genealógicas* de Garibay, los libros plúmbeos del Sacromonte granadino o la predicación del apóstol Santiago en la Península Ibérica temas que comentaremos más adelante, viene a confirmar el camaleónico juicio del jesuita, diverso en función del tiempo y las circunstancias. El hecho de que Mariana no dé su aprobación a los cricones hasta 1623 es ya de por sí significativo de la poca credibilidad que sin duda le merecían y, por tanto, de la justificada sospecha acerca de las adiciones introducidas en ese año. No obstante, su *Historia* tiene un recio carácter divulgativo y propagandístico que la sitúa, en los siglos XVI y XVII, en una situación comprometida a la hora de depurar tradiciones y leyendas.

Si ya en la práctica Mariana había operado como historiador oficial, poco antes de morir pudo haber sido además cronista real. Como vimos en un capítulo anterior, los datos que apoyan esa hipótesis coinciden en que el título fue otorgado por Felipe IV al comienzo de su reinado, es decir poco después de que en 1619 hubieran sido publicados los opúsculos de Dextro y Máximo. De acuerdo con esas noticias, el rey fue asimismo quien animó al jesuita a publicar una nueva edición de la *Historia*, para lo que le otorgó un subsidio real. No obstante, es Mariana, en primera instancia, quien pide el dinero que luego el monarca le concede. Además, de los mil ducados con los que el rey se comprometió a contribuir, Mariana sólo recibió una quinta parte, lo que motivó que el jesuita estuviera reclamando la parte restante hasta días antes de morir en febrero de 1624⁶⁸⁴, y sus quejas, o quizá las de otros en su nombre, no fueron tomadas en consideración hasta casi un año después.

Esta última circunstancia fue para Cirot un motivo más para pensar que, de la misma forma que un tercero es quien demanda el dinero concedido al autor, alguien en nombre de Mariana pudo haber alterado el texto original de la *Historia* de 1623⁶⁸⁵. Pero en principio son dos cosas distintas, y por lo que llevamos visto Mariana sigue de cerca

⁶⁸⁴ G. Cirot, "Quelques lettres de Mariana et nouveaux documents sur son procès", p. 25.

⁶⁸⁵ G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 255-256.

hasta el último momento de su vida tanto las tareas de imprenta como las de gestión económica. Con respecto a esto último, hay que tener además presente que el retraso de los pagos era moneda corriente en la época⁶⁸⁶. Lo padecieron los cronistas reales a la hora de percibir sus salarios⁶⁸⁷, y también el propio Mariana en las ediciones previas de su obra. En 1593 el jesuita esperaba cobrar una merced real, igualmente de doscientos ducados, para cubrir gastos de su *Historia* publicada un año antes⁶⁸⁸, y en 1602, un año después de la aparición de la *Historia* en castellano, todavía demandaba una prebenda que le había otorgado el rey para imprimir la obra traducida⁶⁸⁹. Por otro lado, si la Compañía de Jesús asumía costes de la impresión, como ocurrió con la *Historia* publicada en 1592 y quizá también con la de 1623⁶⁹⁰, no es de extrañar que el dinero fuera reclamado incluso en la ausencia de Mariana.

Aunque no sepamos a ciencia cierta si llegó a ser cronista real, al menos no parece haber dudas de la cercanía tanto de la persona como de la obra de Mariana con la Corte. Recordemos que después de haber sido encarcelado y perseguido por el duque de Lerma en torno a 1610, desde 1621 disfrutó del favor de Felipe IV y el nuevo valido, el conde-duque de Olivares. Esta proximidad entre autor-obra y órgano político es un factor a considerar a la hora de valorar el apego de Mariana, aunque sea nominal, a los cronicones, toda vez que éstos y otras creaciones no menos falsas se desbocaban con cierto entusiasmo en el discurso oficial de los historiadores. Uno de los entonces cronistas reales era el segoviano Antonio de Herrera y Tordesillas, también arrestado por Lerma al mismo tiempo que Mariana y luego premiado y ascendido por Olivares⁶⁹¹. Herrera había escrito que la *Historia* de Mariana no era fiel a la verdad, aunque consideró que era «la mejor istoria que tenemos» y, como sugiere Richard Kagan, posiblemente intercedió ante Felipe IV a la hora de otorgar la ayuda económica que

⁶⁸⁶ Esto se recuerda en el último de los documentos relativos a este reclamo monetario de la *Historia* de Mariana, fechado en 9 de diciembre de 1624: «considere quantas y quan grandes son las necesidades que se ven aquí en personas que no tienen otro modo de vivir, y andan atrasadas á dos y á tres años». Estos documentos los copia, e interpreta de manera distinta a Cirot, Juan de Santander: *Papeles varios relacionados con la edición de la “Historia general de España”*, BNE, Ms. 18662/24/15, fols. 3-4.

⁶⁸⁷ A. Alvar, “Datos administrativos básicos inherentes al oficio de cronista real (de Carlos V a Felipe III)”, en A. Marcos (ed.), *Hacer historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2011, pp. 31-51.

⁶⁸⁸ AHPTO, Sección Protocolos Notariales, leg. 16643, fol. 943. El pago sería librado por el conde de Olivares, virrey y capitán general del reino de Sicilia.

⁶⁸⁹ E. García Hernán, “La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII”, p. 140, n. 36.

⁶⁹⁰ H. Rodríguez, “Contratos de impresión suscritos por Juan de Mariana, Alonso de Villegas y Francisco de Pisa”, pp. 67 y 75.

⁶⁹¹ Sobre Antonio de Herrera, véase R. Kagan, *Clio and the Crown*, entre otros estudios del mismo autor.

solicitaba el jesuita⁶⁹². Lo cierto es que las «adiciones» se entiende, el sumario y las tablas de la *Historia* de 1623 fueron aprobadas, según se lee en la licencia de la obra, por Antonio de Herrera. Éste había sido a su vez uno de los primeros en distribuir los falsos cricones de Román de la Higuera y defender la autenticidad de los libros plúmbeos granadinos por medio de varios tratados⁶⁹³. Otro de los cronistas reales, Francisco de Rioja (1583-1649), ascendió al cargo en 1621 de la mano del conde-duque de Olivares y después de haber escrito, en clave poética, una obra sobre la Inmaculada Concepción apoyándose en Dextro y Máximo⁶⁹⁴. Desde 1629 sería cronista oficial José Pellicer de Ossau y Tovar (1602-1679), quien comenzó aprobando los cricones y acabó por abandonarlos e inventarse unos nuevos⁶⁹⁵. A Antonio de Herrera le sucedió, primero como cronista real de Castilla y luego también como cronista mayor de Indias, Tomás Tamayo de Vargas (1588-1641), gran amigo de Mariana y quien durante las décadas de los veinte y treinta anduvo divulgando distintos cricones. Tras la muerte de Tamayo, en 1641, pretendió ocupar el cargo de cronista de Indias el sevillano Rodrigo Caro (1573-1647), distinguido historiador de las Antigüedades hispanas y a su vez autor de la edición más pulcra de los textos atribuidos a Dextro y Máximo⁶⁹⁶.

En este contexto, se comprende que la vinculación de la *Historia* con los falsos cricones es casi un hecho indisociable, independientemente de que Mariana, a título personal, tuviera mayores o menores deseos de que así fuera. Lo cierto es que su obra participa en la difusión de los mismos y así quedó sellado en las ediciones posteriores de su *Historia* que, desde entonces, funcionó como modelo de referencia durante largo tiempo. En efecto, la *Historia* de Mariana continuó publicándose y ampliándose hasta el siglo XIX y, como ya hemos visto, generando no pocos problemas entre los distintos editores. Estas dificultades no sólo afectaban a las tareas propias del trabajo en la imprenta, sino también a los mismos contenidos históricos que eran transmitidos.

⁶⁹² R. Kagan, “Clío y la Corona: escribir historia en la España de los Austrias”, en R. Kagan y G. Parker (eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico. Homenaje a John H. Elliott*, reimpr., Marcial Pons, Madrid, 2002 (1995), p. 122.

⁶⁹³ Hacia 1623 Antonio de Herrera se hallaba envuelto en la redacción de una apología al padre de Pedro de Castro, arzobispo de Granada, quien le encargó además que escribiera favorablemente sobre el Sacromonte. Así lo hizo Herrera en su *Elogio de Vaca de Castro*, que se conservó manuscrito hasta que fue publicado por Juan Francisco V. Silva en *RABM* 36-38 (1917-1918). Sobre Herrera y la historiografía falsaria, R. Malavialle, “Temps, récit et vérité historique chez Antonio de Herrera y Tordesillas”, *Cahiers de Narratologie* 15 (2008), pp. 7-11.

⁶⁹⁴ Así lo celebra T. Tamayo de Vargas, *Flavio Lvcio Dextro*, P. Tazo, Madrid, 1624, p. 93v.

⁶⁹⁵ R. Kagan, *Clío and the Crown*, pp. 260-262.

⁶⁹⁶ M. Menéndez Pelayo, “Vida y escritos de Rodrigo Caro”, en *Obras completas. II. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, t. 2, CSIC, Madrid, 1941, p. 170. Sobre Caro y los cricones, A. García y Bellido, “Rodrigo Caro. Semblanza de un arqueólogo renacentista”, *Archivo Español de Arqueología* 24 (1951), pp. 12-14.

Piénsese que la edición de la *Historia* de 1678 iba acompañada de unas *Relaciones históricas* sobre el pasado inmediato de las que su autor, Félix Lucio de Espinosa y Malo, escribió después un manifiesto denunciando la no correspondencia de lo publicado con su manuscrito. Es decir, que sus originales habían sido alterados por manos ajenas antes de pasar por la imprenta⁶⁹⁷. La manipulación de la *Historia* puede remontarse a los mismos años en que vivía Mariana. La aquiescencia o no de éste no es lo más significativo, sino la señal inequívoca de que estamos ante la que fue por cerca de tres siglos la historia nacional y, quizá podríamos añadir, espuria por excelencia. Pues si aceptamos que la edición de la *Historia* de 1623 no fue adulterada por otros, tendremos que reconocer que Mariana fue un burdo falsario más.

Por lo que respecta a nuestro estudio sobre la historia antigua en la obra de Mariana, ha de decirse que las citas de los falsos cronicones aluden fundamentalmente a hechos pertenecientes a una etapa inmediatamente posterior. El cronicón de Dextro cubre algo más de los cuatro primeros siglos de historia de la era cristiana, y el de Máximo continúa con las centurias siguientes. Son cuatro las menciones a ambos pseudoautores que se reflejan en el libro cuarto de la *Historia* de Mariana. Una de ellas es la alusión a la persona histórica de Dextro, tal y como aparecía en la edición original de la *Historia*, que se complementa con una vacilante referencia al cronicón del mismo⁶⁹⁸. En ese mismo capítulo, la autoridad de Máximo viene paradójicamente a corregir una tesis hasta entonces reafirmada por Mariana⁶⁹⁹, según la cual el poeta Prudencio era natural de Calahorra en lugar de Zaragoza, lo que le había granjeado al jesuita cierta polémica con los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola⁷⁰⁰. Las dos citas a Dextro que restan las comentaremos cada una en su lugar: una en el apartado sobre la antigüedad de Talavera de la Reina, y la otra entre las piezas arqueológicas que abordamos a continuación.

9.1.2. Fuentes materiales

⁶⁹⁷ *Manifiesto contra los que le suponen autor de las adiciones*, BNE, Ms. 12053, fols. 152r-153v.

⁶⁹⁸ «Vn chronicon anda en nombre de Dextro, no se sabe si verdadero, si impuesto. Buenas cosas tiene, otras desdizen» (IV 17, ed. de 1623).

⁶⁹⁹ Y antes, por A. de Morales, *Crónica* X 41.

⁷⁰⁰ La correspondencia a la que dio lugar ese debate entre Mariana y los Argensola, durante el verano de 1602, se encuentra en *Colección de documentos*, BNE, Ms. 3546, 23, fols. 217-220v. Fue publicada en el siglo XVIII por J. Pellicer en *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, A. de Sancha, Madrid, 1778, pp. 50-74. Ver G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 165-166 y 238-239.

En contraste con lo dicho acerca de las fuentes literarias, en cuanto a las fuentes materiales sí que continúa habiendo una dependencia casi total de Mariana con respecto a Morales. Resulta claro cómo la información sobre los vestigios materiales que el jesuita incluye en su *Historia* la ha extraído de la *Crónica* del cronista cordobés. De este modo, en una y otra obra pueden cotejarse los siguientes artefactos: las monedas con el nombre de la ciudad de Clunia (IV 3)⁷⁰¹ y las de oro de época visigoda halladas en Talavera de la Reina (IV 13)⁷⁰²; el acueducto de Segovia (IV 4)⁷⁰³; las inscripciones de Vizcaya (IV 4)⁷⁰⁴, de Cañete la Real (IV 4)⁷⁰⁵, de Azuaga (IV 5)⁷⁰⁶, de Tarragona (IV 6)⁷⁰⁷, de Barcelona (IV 6)⁷⁰⁸, de Guadix (IV 8)⁷⁰⁹, de Sagunto (IV 11)⁷¹⁰, de Évora (IV 12)⁷¹¹, de Granátula de Calatrava (IV 16)⁷¹², las de los puentes de Chaves (IV 4)⁷¹³ y de Alcántara (IV 5)⁷¹⁴, los letreros con los nombres de Antonino Pío (IV 6)⁷¹⁵ y Cornelia

⁷⁰¹ A. de Morales, *Crónica* IX 20.

⁷⁰² A. de Morales, *Crónica* X 12. Morales afirma poseer una de esas monedas.

⁷⁰³ A. de Morales, *Crónica* IX 28.

⁷⁰⁴ A. de Morales, *Crónica* IX 23. Morales no vio esta inscripción que se atribuía a la época de Vespasiano y pretendía testimoniar la muerte de una sierva de Jesucristo. Morales advierte que no se puede tratar de una inscripción antigua, sino de al menos un milenio más tarde, ya que la fecha del epígrafe no sigue el patrón de datación romano. Mariana reproduce los argumentos de Morales, y dado que éste transcribe el letrero en castellano, podemos pensar que desde la *Crónica* Mariana tradujo el epígrafe al latín, que es como aparece tanto en la edición latina como en la castellana de la *Historia*.

⁷⁰⁵ A. de Morales, *Crónica* IX 24. Ha de notarse que Mariana sólo reproduce la inscripción (CIL II 1423 [= CIL II²/5, 871]) en la edición latina de su *Historia*, y a ésta remite en su edición en castellano.

⁷⁰⁶ A. de Morales, *Crónica* IX 29. CIL II 2341=5546 (= CIL II²/7, 889) y CIL II 5549 (= CIL II²/7, 890).

⁷⁰⁷ A. de Morales, *Crónica* IX 39. CIL II 4158.

⁷⁰⁸ A. de Morales, *Crónica* IX 38. CIL II 4514.

⁷⁰⁹ A. de Morales, *Crónica* IX 42. CIL II 3393.

⁷¹⁰ A. de Morales, *Crónica* IX 49. CIL II 3835 (= CIL II²/14, 318).

⁷¹¹ A. de Morales, *Crónica* X 1. Hübner declaró falsa esta pieza (CIL II 17*), hoy desaparecida y que testimonia el gobierno de Daciano en la Península Ibérica (*Datiano praeside*), pero posteriormente ha habido una controversia en torno a su autenticidad. Véanse los comentarios de Alicia Canto en “Los viajes del caballero inglés John Breval a España y Portugal”, pp. 339-340, n. 125. En cualquier caso, como confiesa Morales, la información epigráfica la extrae el cordobés de la epístola escrita por André de Resende el 4 de mayo de 1567 al toledano Bartolomé Quevedo (muerto en 1569). La carta fue editada en el mismo año de 1567 y de nuevo en 1603 en la *Hispaniae Illustratae*, t. II, pp. 1003-1021 (la inscripción, en p. 1013). Por otro lado, la inscripción también aparece en la obra póstuma del anticuario portugués *De Antiquitatibus Lusitaniae*, p. 158.

⁷¹² A. de Morales, *Crónica* X 44. CIL II 3222.

⁷¹³ A. de Morales, *Crónica* IX 25. CIL II 2477.

⁷¹⁴ A. de Morales, *Crónica* IX 28. A la que alude Mariana, de entre otras que recoge Morales, es a CIL II 760, en la que se enumera una lista de *populi*. A pesar de que la inscripción parece auténtica, tiene adiciones y regrabaciones que se remontan, en primer lugar, a Antonio de Nebrija, quien residió en Alcántara a finales del siglo XV. El conjunto arquitectónico del puente fue después restaurado, y las epígrafas removidas, durante la primera mitad del siglo XVI, y es posible que Morales no lo hubiera llegado a visitar. Véase H. Gimeno, “La inscripción del dintel del templo de Alcántara (CIL, II, 761)”, pp. 87-145; J. Carbonell, H. Gimeno y A. Stylow, “*Pons Traiani*, Qantara Es-Saif, puente de Alcántara. Problemas de epigrafía, filología e historia”, en M. Mayer *et alii* (eds.), *Acta XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae*, Institut d’Estudis Catalans, Barcelona, 2007, pp. 247-258.

⁷¹⁵ A. de Morales, *Crónica* IX 37. Mariana no reproduce ninguno en concreto, sólo menciona su existencia.

Salonina (IV 10)⁷¹⁶, y otros epígrafes que atestiguan la presencia de legados consulares en la Bética (IV 5)⁷¹⁷.

En esta parte de la *Historia* sólo hay una referencia a unas inscripciones a las que Morales no alude en su *Crónica*. Es una de las llamadas a Dextro del texto de 1623, de manera que tampoco se halla en las ediciones anteriores de la *Historia*. En el contexto de la persecución a los cristianos, en tiempos de Trajano, se señala que: «Padecieron assi mismo Macario, Iusto, y Rufino, no en Roma como algunos dizē, sino en Seuilla, como Dextro lo testifica, ciudad que antiguamente se llamò tambien Romula, como se halla en algunas piedras que alli se conseruan, y deuio ser la ocasion deste tropieço» (IV 5, ed. de 1623). En el cronicón de Dextro⁷¹⁸, en efecto, se encuentra esa información que responde al proyecto de Higuera por contrarrestar el *Martirologio Romano* (1586) de César Baronio (1538-1607), quien había situado la muerte de aquellos santos en Roma⁷¹⁹. Las fuentes materiales fueron otro de los soportes utilizados de manera espuria para corroborar los textos de los cronicones⁷²⁰. No obstante, en el caso que nos ocupa, Mariana o sus interpoladores no tuvo que recurrir a ese procedimiento, sino que pudo aprovechar la denominación latina *Romula* que aparece en diversas inscripciones romanas de Sevilla para defender la noticia de la crónica apócrifa⁷²¹.

Por otra parte, Mariana añade el letrero de un epitafio que Morales no menciona, pero no se trata de un hallazgo arqueológico, sino de un registro literario que el jesuita ha debido encontrar en una carta de Plinio el joven a Albino (IV 3)⁷²².

Finalmente, resulta significativo el que Mariana no incluya una inscripción sobre un pedestal de mármol, descubierta en Toledo en el siglo XVI y que según cuentan las noticias de la época el propio Felipe II mandó colocar en el Alcázar de la ciudad. El epígrafe es una dedicatoria al emperador romano Marco Julio Filippo, conocido como

⁷¹⁶ A. de Morales, *Crónica* IX 48. Se repite la situación descrita en la nota anterior.

⁷¹⁷ A. de Morales, *Crónica* IX 44. Se repite la situación descrita en las dos últimas notas.

⁷¹⁸ J. Calderón (ed.), *Fragmentvm Chronici, sive Omnimodae Historiae Flavii Lvcii Dextri Barcinonensis, Cum Chronico Marci Maximi*, p. 24, año 115.

⁷¹⁹ K. Olds, *The "False Chronicles" in Early Modern Spain*, pp. 81-100. Enrique Flórez analiza la tradición literaria de aquellos santos en *España sagrada. De la provincia antigua de la Bética en común, y de la Iglesia de Sevilla en particular*, t. 9, Revista Agustiniiana, Madrid, 2003 (1752), pp. 306-309.

⁷²⁰ Véase M^a. R. Hernando, *Manuscritos de contenido epigráfico de la Biblioteca Nacional de Madrid*, Mss. 895 y 1334, una revisión crítica en Ms. 1491 y la bibliografía que ahí se cita.

⁷²¹ Por ejemplo, CIL II 1168-1169, 1178 ó 1183. En concreto, CIL II 1169 era una inscripción bien conocida por Román de la Higuera, como se ve en sus manuscritos: M^a. R. Hernando, *Manuscritos de contenido epigráfico de la Biblioteca Nacional de Madrid*, Mss. 1285-1286, 6939 y 8192-8193.

⁷²² Plinio, *Ep.* VI 10, 4.

Filipo el Árabe, quien gobernó entre los años 244 y 249⁷²³. Autores como Eusebio y Jerónimo le consideraron cristiano, con lo que sería el primer emperador romano que abrazó el cristianismo, antes que Constantino el Grande. No obstante, es difícil afirmar tal cosa dado que en esa época no hay desarrollos legislativos favorables al nuevo credo y Filipo aparece implicado en la religión oficial. Es posible que a causa de la persecución de su sucesor, Decio, se produjera una nostalgia del reinado precedente, y con el auxilio de la probable correspondencia entre Filipo y Orígenes, se generara la idea de un Filipo cristiano⁷²⁴.

Garibay comentó el epígrafe aparecido en Toledo y expresó las dudas que existían en la historiografía sobre si Filipo fue o no cristiano⁷²⁵. En esta disyuntiva Morales y Mariana fueron de pareceres opuestos, pues mientras el primero se apoyó en aquella inscripción toledana y en otra aparecida en Lisboa para declarar la cristiandad de Filipo⁷²⁶, Mariana evitó incluir esas piezas de un emperador al que juzgó por «sus malas costumbres» haber fingido el ser cristiano (IV 9)⁷²⁷.

9.1.3. Cronología

Es precisamente en lo concerniente al reinado de Filipo el Árabe en donde se aprecia una de las raras diferencias cronológicas, de dos años, entre la *Historia* de Mariana y la *Crónica* de Morales (IV 9)⁷²⁸. En efecto, se trata de una excepción ya que en la inmensa mayoría de los casos, en esta historia que abarca el período romano imperial, las fechas de ambos historiadores coinciden. No obstante, ha de notarse que algunas de las fechas que aporta Mariana no se hallan en la *Crónica* de Morales. Este es un nuevo signo de la prudente independencia, con respecto a Morales, con la que Mariana construye el libro cuarto de su *Historia*. Si comparamos el cuadro cronológico de las obras de uno y otro autor, vemos que Morales cuida con celo la evolución

⁷²³ CIL II 3073. Parece que fue Alvar Gómez quien descubrió en 1564 la inscripción, hoy perdida, pero de la que existen numerosas noticias: “Noticia histórica de la Academia”, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. 7, Imprenta de I. Sancha, Madrid, 1832, p. XXII.

⁷²⁴ Ch. Körner, *Philippus Arabs. Ein Soldatenkaiser in der Tradition des antoninisch-severischen Prinzipats*, W. de Gruyter, Berlín, 2002. Klaus M. Girardet cree que, a lo sumo, Filipo fue simpatizante del cristianismo (*Die Konstantinische Wende. Voraussetzungen und geistige Grundlagen der Religionspolitik Konstantins des Grossen*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 2006).

⁷²⁵ E. de Garibay, *Compendio historial* VII 29 y 47.

⁷²⁶ A. de Morales, *Crónica* IX 43. La inscripción de Lisboa es CIL II 188.

⁷²⁷ Véase también *De rege et regibus institvione* III 16, p. 428, donde Mariana confirma ser Constantino el primer emperador que reconoció la divinidad de Cristo.

⁷²⁸ A. de Morales, *Crónica* IX 43.

temporal del cristianismo –vidas de pontífices, santos y mártires, a veces más incluso que la de los emperadores romanos. En contraste, Mariana evita las fechas que marcan la historia eclesiástica e intenta llenar aquellos vacíos que deja Morales en la serie cronológica de la política romana. Además, en ocasiones, independientemente de lo acertado o no que esté, Mariana completa esa última información al precisar los días y los meses junto a la cifra de los años.

9.2. Imperio y emperadores

En el largo período de historia romana imperial, Mariana clasifica o destaca la trayectoria de determinados emperadores a partir, fundamentalmente, de tres criterios: nacionales, religiosos y políticos.

No resultaba una tarea fácil para Mariana el componer un relato continuado de la historia de España en la etapa del imperio romano. Las provincias de Hispania no fueron el principal foco de interés para Roma durante esos siglos; más lo fueron las provincias orientales o del limes septentrional. Esa circunstancia se hace notar en la menor abundancia de noticias acerca del extremo occidental del imperio transmitidas por los historiadores romanos. En más de una ocasión, en el libro cuarto de la *Historia* Mariana repite la expresión: «No se averigua que aya por este tiempo sucedido en España cosa alguna notable» (IV 4). De esta manera, y a falta de un mayor conocimiento de las fuentes materiales, el jesuita se ve obligado a relatar hechos puntuales ocurridos en la Península Ibérica, sin poder asociarlos a una línea de interpretación general sobre la marcha de esos acontecimientos. Ese relato se complementa con las vidas de personajes vinculados a Hispania y con un peso específico en la historia romana, bien sea en el plano cultural caso de Columela, Séneca o Marcial (IV 2-4) religioso caso del obispo Osio (IV 14 y 16) o político, con las vidas de los emperadores.

En efecto, Mariana hace notar la procedencia hispana de ciertos emperadores, aunque el jesuita narra las hazañas de éstos con algunas diferencias con respecto a los historiadores que le precedieron. Garibay, por ejemplo, cuida de señalar siempre de cada uno de los emperadores romanos que también fueron “señores de España”, y enumera al menos a seis de sangre hispana, entre ellos a Coceyo Nerva, Antonino Pío y

Marco Aurelio⁷²⁹. Además, el guipuzcoano concibe a los emperadores hispanos como un grupo común y con una misma forma de ejercer el gobierno⁷³⁰, y siguiendo la imagen que Teodosio fomentó de sí mismo, traza una línea genealógica entre éste y Trajano⁷³¹. Morales limita a tres el número de esos emperadores y cuestiona los parecidos físicos entre Trajano y Teodosio a la luz de las monedas antiguas, no así las otras comparaciones de esos emperadores quienes, junto a Adriano, tienen un lugar muy especial en su *Crónica*⁷³². Mariana, por su parte, omite las comparaciones pero no el linaje entre Trajano y Teodosio (IV 19), y añade a esos tres emperadores el del tirano Clemente Máximo (IV 20), cuyos orígenes hispanos no habían sido mencionados ni por Garibay ni por Morales, como tampoco la relación de Adriano con Antínoo, que Mariana condena (IV 5). Por lo demás, el jesuita deja pasar otros lugares comunes, como es la autoría de Plutarco, en su calidad de preceptor de Trajano, de una *Institutio Traiani* (IV 5)⁷³³; ambas leyendas acerca del polígrafo griego, junto a otras sobre la vida de ese emperador, habían sido pergeñadas durante la Edad Media⁷³⁴.

En segundo lugar, Mariana se interesa por la actitud de los emperadores romanos en relación con el cristianismo. Este factor no sólo determina el mayor o menor espacio que en su *Historia* dedica al gobierno de los emperadores, sino que también implica el juicio que merecen para el historiador jesuita. Mariana priva de un reconocimiento total a las habilidades políticas de algunos emperadores por el hecho de haber ignorado caso de Vespasiano (IV 4), despreciado caso de Aureliano (IV 10) y, sobre todo, perseguido caso de Diocleciano (IV 12) o Juliano (IV 18) el dogma o los fieles de Cristo. Como contrapartida, el jesuita premia la tolerancia hacia los cristianos caso de Antonino Pío (IV 6) y, especialmente, la adopción del cristianismo por parte del poder imperial caso de Constantino (IV 16) y Teodosio (IV 20). En cuanto a Trajano,

⁷²⁹ E. de Garibay, *Compendio historial* VII 13, 16 y 17.

⁷³⁰ E. de Garibay, *Compendio historial* VII 54: «[Graciano] creò por general de sus exercitos a vn Capitan Español, llamado Theodosio... considerando que en los tiempos pasados el Emperador Nerua, auiendo criado a Trajano, Principe Español, siẽpre auia sido felicissima y de grande magestad la Monarchia de los Emperadores Españoles».

⁷³¹ E. de Garibay, *Compendio historial* VII 55: «Escriuen que el Emperador Theodosio era de la parentela del Emperador Trajano, como tambien eran de vna mesma tierra y pueblo, y que hasta en los gestos y personas se parecian». El *Epitome de Caesaribus*, atribuido a Sexto Aurelio Víctor, es una de las fuentes que mejor refleja el programa propagandístico de Teodosio; en el capítulo 47 se habla de los parecidos físicos y la descendencia entre Trajano y Teodosio. Véase D. Plácido, *Hispania Antigua*, en J. Fontana y R. Villares (dirs.), *Historia de España*, t. 1, Crítica, Barcelona, 2009, p. 514.

⁷³² A. de Morales, *Crónica* IX 28-30 y X 45.

⁷³³ A. de Morales, *Crónica* IX 28. Sobre esta tradición, en la que no participa Garibay, véase la nota siguiente.

⁷³⁴ J. Gil Fernández, "Trajano en la Edad Media", en J. González (coord.), *Trajano emperador de Roma*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 2000, pp. 155-178. Otros ejemplos de la exitosa propaganda de Trajano en J. Alvar y J. M^a Blázquez (eds.), *Trajano*, Actas, Madrid, 2003.

Mariana no se muestra indulgente con él por el hecho de haber sido hispano⁷³⁵. El jesuita subraya la responsabilidad del emperador y la bravura de la persecución que tuvo lugar en su reinado, sólo moderada por los consejos de Plinio y en la que murieron infinidad de cristianos sin que quedaran impunes los de la Península Ibérica (IV 5).

Sobre Filipo el Árabe, Mariana da por hecho que el emperador acabó con la vida de su antecesor Gordiano III y por eso lo considera un traidor y su conducta impropia de un cristiano (IV 9). Esto le da pie además para insertar en su *Historia* una serie de reflexiones acerca de las personas de confianza del príncipe, teorías que desarrolla más ampliamente en su obra el *De rege*.

En efecto, por último pero no por ello menos importante, el pensamiento político de Mariana es otro de los criterios a partir de los cuales el jesuita se desenvuelve en el ancho tejido de historia imperial romana. En ésta encuentra diversos tipos de tiranos (IV 3, 9, 10, 18 y 20) y de consumados tiranicidios que, según el jesuita, parecen estar justificados: por ejemplo, tras el asesinato del emperador Julio Máximo, Mariana afirma que «la ciudad de Roma quedò puesta en libertad, y los Christianos libres assimismo del miedo que les amenazaua» (IV 9).

9.3. Cristianismo

9.3.1. Cristianismo e historiografía española

Las primeras palabras de Mariana en este libro cuarto de su *Historia* hacen referencia «a los felicissimos tiempos» en los que el hijo de Dios vino al mundo, restituyó la justicia y, a semejanza del templo celestial, fundó en la tierra la santa Iglesia. Según el jesuita, el que Hispania fuera una de las primeras provincias en abrazar, y con fuerza, la religión cristiana, implica que en este periplo de su obra la historia de la Iglesia sea ampliamente narrada.

Este planteamiento de Mariana no es, en absoluto, una novedad. Las historias generales de España que anteceden a la del jesuita también se convierten, desde el momento en que aparece la figura de Jesucristo, en una “historia eclesiástica de

⁷³⁵ Cf. E. de Garibay, *Compendio historial* VII 14 y A. de Morales, *Crónica* IX 30.

España”, que es como denomina Morales a este apartado de su *Crónica*⁷³⁶. La escritura de “historias eclesiásticas de España”, además, es común en la Edad Moderna, formando parte de un género en el que la práctica historiográfica se entremezcla con la doctrina teológica que profesan sus propios autores, desde el padre Mariana hasta el padre, esta vez agustino y del siglo XVIII, Enrique Flórez, quien por cierto también aprovechó los manuscritos, por mediación de Marcos Burriel, del jesuita toledano⁷³⁷.

El cristianismo es un elemento fundamental de la identidad española, y como tal, los escritos que rememoran el pasado nacional deben a los tiempos paleocristianos las bases en las que sustentan buena parte de sus premisas históricas. A este fin atendieron los numerosos textos inventados en España durante los siglos XVI y XVII, los cuales engrosaron con datos ficticios las producciones de los historiadores, incluida la *Historia* de Mariana. Ese movimiento de adulteración historiográfica fue especialmente elocuente en el tránsito del siglo XVI al XVII en Granada y en Toledo.

No está de más recordar en este punto que algunas pesquisas históricas acerca de “temas profanos” llevadas a cabo por padres jesuitas fueron vistas con recelo por sus superiores, quienes consideraron impropio de un clérigo escribir sobre asuntos de guerra o genealogía. De esta suerte fueron las quejas que recibieron del General de la Compañía de Jesús, Claudio Acquaviva, dos compañeros, aunque no por muchos años⁷³⁸, en Toledo: Jerónimo Román de la Higuera⁷³⁹ y Juan de Mariana⁷⁴⁰. Por aquel

⁷³⁶ A. de Morales, *Crónica* IX 1. Un predecesor de Morales, Lorenzo de Padilla, parece haber sido autor de una *Crónica eclesiástica de España*: E. García Hernán, “La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII”, p. 137.

⁷³⁷ Véase la “Memoria de las bibliotecas, iglesias y eruditos que han contribuido en algo para la formación de esta obra” del tomo 4 de su *España Sagrada*, Revista Agustiniana, Madrid, 2002 (1749), pp. 40-41.

⁷³⁸ G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 246-247; J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, p. 93, n. 60.

⁷³⁹ En mayo de 1595, después de que Higuera le hubiera escrito a Acquaviva comunicándole los progresos de su investigación sobre la historia de Toledo, éste le escribe al Rector de Toledo, Hernando Valdés:

«Al P. J. de la Higuera salude VR en mi nombre y le diga cómo recibí la suya; y que habiendo hecho el trabajo que dice por orden del P. Provincial, queda excusado; pero que no tengo por cosa conveniente para los de la Compañía emplearse en cosas de esa suerte, pues aunque sean buenas para otros historiadores, por ser profanas no son a propósito para que nosotros nos encarguemos dellas, ni nos conviene que en nombre de la Compañía se publiquen».

La carta se encuentra en el *Archivum Romanum Societatis Iesu* de Roma (ARSI, *Hisp.* 138, fol. 155), y es transcrita por J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, p. 77; véase también K. Olds, *The “False Chronicles” in Early Modern Spain*, pp. 130-136.

⁷⁴⁰ El 9 de diciembre de 1608, Acquaviva le escribía al Provincial de Toledo, que en ese momento sería Bartolomé Pérez de Nuevos:

«Se imprime segunda vez el libro de la “Historia de España” del padre Mariana... atento que... se toca a algunas casas principales de esos reinos... principalmente a la de Borja...procure con las veras posibles que se quite todo lo que... pudiese causar algún desgusto y ofensión; y en caso que la impresión hubiere pasado adelante, que no se pudiese

entonces, a comienzos del siglo XVI, Acquaviva se hallaba inmerso en la creación de una importante institución para la Orden, la “Academia Eclesiástica”, orientada a crear una historia eclesiástica que “ilustrara” el dogma católico y combatiera la herejía⁷⁴¹.

Las directrices marcadas por la Compañía contribuyeron a que Román de la Higuera dejara inacabada una *Historia eclesiástica de España*, y sin publicar otra del mismo género limitada a *Toledo* y que continuaba un trabajo iniciado por Alvar Gómez de Castro⁷⁴². Cabe pensar que esos textos de Higuera, en los que ya se hace uso de los cronicones y que fueron compuestos durante la última década del siglo XVI, estuvieron al alcance de Mariana⁷⁴³. Así al menos lo creyó su amigo Ferrer, quien hacia el final de esa década le escribe a Mariana preguntándole por las obras de aquel otro jesuita:

«El P. Gerónimo de la Higuera quando V. R. le viere, porque me dicen que reside en Toledo, recibirá caridad en dársele mis íntimas saludes, y recomendaciones *in Domino*. Holgaré saber en qué punto están sus Anales, ó Historia Toledana, y la Eclesiástica de España y su Geografía; y si imprime ya algo de esto, ó quando piensa imprimir»⁷⁴⁴.

eso hacer o se ofreciesen tales estorbos que no se pudiese remediar..., V. R. trate con esos Sres. y dándoles la debida satisfacción de cuanto sentimos no poderles servir y dar gusto, les diga que procuren ellos el remedio... por el libro que de nuevo la impreso el padre Mariana... añadimos desde luego el privarle de voz activa y pasiva para siempre y que jamás imprima libros y le alejaremos de la corte todo lo que pudiéramos».

La carta, en el ARSI, es citada por E. García Hernán, “La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII”, p. 140, n. 37. Otras críticas de los jesuitas a la *Historia* de Mariana, en J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, p. 79, n. 27.

⁷⁴¹ En los estatutos de la Academia se lee: «*Finis academiae huius institutionis est cognitio Historiae Ecclesiasticae et progressionum quas per omnes aetates Ecclesia fecit ad illustranda et confirmanda catholicorum dogmata et haereticorum confutanda, non ut aliquod peculiare novum opus componatur, sed ut Societas in hac quoque re, quae post Sacra Scripturam basis est totius christianae doctrinae*» (citado por P. Leturia, “Contribuzioni della Compagnia di Gesù alla formazione delle scienze storiche”, *Analecta Gregoriana* 29 [1942], pp. 172-173, n. 44).

⁷⁴² Sendas obras de Higuera se conservan manuscritas en la Biblioteca Nacional: *Historia eclesiástica de España. Tomos I-V*, BNE, Mss. 1638-1642; *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo. Tomos I-IX*, BNE, Mss. 1285-1293, 1639, 6939, 1643-1649, 8192-8198 y 12916. Son descritas en: J. Godoy, *Historia crítica de los falsos cronicones*, pp. 131-132, n. 1; J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, pp. 69-97; M^a. R. Hernando, *Manuscritos de contenido epigráfico de la Biblioteca Nacional de Madrid*, pp. 127-130, 137-141, 265-266 y 307-310. Otros papeles de Higuera, en la Real Academia de la Historia, los comentan J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, pp. 172-174 y 178-179, y M. García-Arenal y F. Rodríguez, “Jerónimo Román de la Higuera and the lead books of Sacromonte”, en K. Ingram (ed.), *Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and Beyond. Volume One: Departures and Change*, Brill, Leiden, 2009, p. 263.

⁷⁴³ Cf. J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, pp. 93, n. 60. Como apunta aquí José Martínez, una carta de Mariana a Higuera que no ha sido localizada pero que se menciona en el catálogo de la colección de Luis Salazar y Castro (núm. 60221 del inventario; RAH, N-7, hoja 368 que está arrancada), podría ilustrar mejor la relación entre uno y otro. En cualquier caso, el saber que existe la carta, aunque no conozcamos los contenidos de la misma, es una prueba más de la relación mantenida entre ambos jesuitas.

⁷⁴⁴ Carta de Pedro Pablo Ferrer a Juan de Mariana a 17 de junio de 1598, BL, Ms. Egerton 1875, 20 (en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, p. XCVI).

No conocemos cuál fue la respuesta de Mariana a esta petición de Ferrer. Marcos Burriel, en el siglo XVIII, cuando desempolva en Toledo los papeles de Mariana, se lamentará de no encontrar esa carta que, presiente, será «un thesoro». Su curiosidad le llevó incluso a buscar, por mediación de un tercero, la respuesta de Mariana entre los manuscritos de Ferrer en Lisboa. Cumpliera o no Burriel su deseo, lo cierto es que el jesuita quedó satisfecho cuando halló otra respuesta de Mariana a Ferrer, un poco anterior en el tiempo y de gran interés, aunque sin relación con aquella que buscaba⁷⁴⁵.

En cualquier caso, las obras de Higuera no fueron finalmente impresas, como ya se ha dicho y como escribió el propio Mariana en una carta que data de 1616, dirigida esta vez al aragonés Bartolomé Morlanes, quien también le había preguntado a nuestro jesuita por documentos de Higuera: «El papel del P^{ro} Higuera», dice Mariana, «se ha buscado con cuidado [y] no se halla rastro y no es marauilla que era persona que acometia muchas cosas y ninguna dexo acabada que yo sepa»⁷⁴⁶. También Mariana gustaba de la poligrafía, sin que diera a todas sus composiciones un acabado final. Entre las fechas de la carta de Ferrer a Mariana y de éste a Morlanes, en concreto en 1605, Mariana andaba ocupado en redactar su propia *Historia eclesiástica de España*⁷⁴⁷. No sabemos si ésta forma parte o es la misma historia eclesiástica que había comenzado en sus años en París y sobre la que auguraba un largo trabajo. En cualquier caso, ni de una ni de otra obra, en el caso de que sean distintas, se conservan los originales o copias.

Volvamos ahora a su, esta sí, bien conocida historia de España. Como vemos, no le faltaban motivos a Mariana para hacer de ese apartado de su *Historia*, los primeros

⁷⁴⁵ Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 30 diciembre de 1744, Epistolario II, núm. 5. La excitación de Burriel y Mayans continúa en la correspondencia entre ambos (Epistolario II, núms. 7, 41, 57-58 y 108), hasta que Burriel decide buscar los papeles de Ferrer en Lisboa y, finalmente, encuentra en Toledo una carta de Mariana a Ferrer, la cual envía a Mayans para que la publique en las *Advertencias* de Gaspar Ibáñez, cosa que el valenciano no hará. Esta última carta de Mariana, que Burriel describe, se conserva en la BL, Ms. Egerton 1874, 48, fol. 415, y la reproduce G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice V, 2.

⁷⁴⁶ Carta de Mariana a Morlanes, fechada en 4 de junio de 1616. Se encuentra en la British Library, Ms. Add. 10248, 8, fol. 19 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice IV, 4 y P. Jauralde, “Noticia de nuevos textos y documentos áureos”, *Voz y Letra* 20, 1 [2009], pp. 14-15). Sobre Morlanes, ver F. Latassa, *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses*, t. 2, C. Ariño, Zaragoza, 1885, pp. 69-70. No es extraño pensar que Morlanes le preguntara a Mariana acerca de los cronicones, pues antes, cuando aún estaba Higuera vivo, éste le escribió a Morlanes informándole de los documentos que había recibido de Alemania y la pérdida de los mismos en el mar, camino de Flandes: véase J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, pp. 73 y 96.

⁷⁴⁷ El 29 de julio de 1605, desde Salamanca, le escribe Gil González Dávila a Mariana: «anse descubierto en este viaje muchas cosas de la Iglesia de España no vistas ni leydas en nras historias, que todas pidē venir a mano de V. P. que me certificā escriue una historia eclesiastica de España, que siendo así las remitiria todas para que no se malogren en mi poder» (BL, Ms. Egerton 1875, 38, fol. 208; en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice V, 4).

siglos de la era cristiana, una auténtica historia eclesiástica. Lo cierto, sin embargo, es que ésta que narra en su *Historia* no responde a aquellas rígidas directrices marcadas por la jefatura de la Compañía. La *Historia* de Mariana no sólo sigue el modelo de los cronistas oficiales como Garibay y Morales más incluso que el proyectado por los generales jesuitas, sino que la suya es si cabe más profana que la de aquéllos. En efecto, las narraciones de las centurias siguientes al nacimiento de Cristo en el *Compendio historial* de Garibay y en la *Crónica* de Morales están dominadas por la presencia del cristianismo, la historia de sus santos y mártires y la evolución de la Iglesia.

Garibay divide la historia universal en seis edades distintas: la última de ellas, en la que vive el guipuzcoano, comienza con la venida de Cristo y su término coincidirá con el fin del mundo⁷⁴⁸. El *Compendio* de Garibay conserva el formato de las crónicas medievales, con una división en capítulos a partir de los reinados de los emperadores romanos, pero en esa ordenación externa se van filtrando más y más datos y reflexiones acerca del pasado cristiano de la Península Ibérica, en paralelo con las tendencias de la historiografía española en el siglo XVI. Morales es un exponente claro de esta última, y los libros noveno y décimo de su *Crónica* que comprenden los cuatro primeros siglos de la era cristiana están más cerca de la historia eclesiástica, centrada en el desarrollo del cristianismo, que de la humanística, orientada a la evolución de la cultura clásica. El estudio de los monumentos antiguos, clave en la aportación historiográfica de Morales, sirve a ambas variantes por igual. Ya hemos señalado la importancia que en ese apartado de su *Crónica* tiene para Morales la sucesión pontifical e institucional de la Iglesia como cómputo del tiempo, subordinando casi a un segundo plano la de los emperadores y el imperio romanos. Las historias de santos y mártires acaparan, sin duda, la mayor atención del cordobés⁷⁴⁹. Mariana, por su parte, sigue de cerca a sus predecesores, pero se distingue de aquéllos, especialmente de Morales, en dos aspectos: primero, se esfuerza por retener la evolución política del imperio romano como hilo de su narración; y segundo, evita extenderse en la diversidad y en las particularidades de las biografías cristianas distanciadas de la cúpula del poder imperial romano. Eduard Fueter, desde una perspectiva global de la historiografía europea, singularizó a Mariana

⁷⁴⁸ E. de Garibay, *Compendio historial* VII 1.

⁷⁴⁹ Véanse las críticas que a esta parte de la *Crónica* de Morales emitió en el siglo XVIII el escocés Hugh Blair, en la traducción de su obra realizada por Josef Luis Munarriz: «Si [Morales] se propuso continuar á Ocampo, ¿por qué al llegar á la época del christianismo abandona su intento; y en lugar de la historia de España nos dá la de los Santos de ella? En efecto desde aquel tiempo nos presenta casi sin interrupcion una biografia sagrada muy pesada, y muy llena de cuentos pueriles y agenos de la majestad de la historia» (*Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, t. 3, García y Compañía, Madrid, 1800, p. 256).

por haber roto con «el hábito de los humanistas de dejar completamente de lado los asuntos eclesiásticos», pero precisaba: «Indudablemente no da más que notas deshilvanadas sobre decretos de concilios y cambios en el alto clero»⁷⁵⁰.

Aun siendo de vocación teólogo, la hagiografía, salvo excepciones como la vida del apóstol Santiago, no atrajo la atención de Mariana tanto como la de otros eruditos de su tiempo. Piénsese, por ejemplo, en el jesuita Pedro de Ribadeneyra, autor de un celebrado *Flos sanctorum* (1599)⁷⁵¹. Pero no sólo por los escritores de la Compañía, la hagiografía fue un terreno también cultivado por los cronistas como Garibay y, especialmente, Morales. El primero fue un católico militante, se vio envuelto en varios procesos de canonización de santos y pretendió fundar un colegio jesuita en Mondragón que contó con la aprobación de Mariana, al que llamaba «confesor mío»⁷⁵². La devoción religiosa de Morales, por su parte, lo empujó a tomar el hábito en la orden de los jerónimos y a cometer un arriesgado acto de castidad tras el que quedó exento de sus miembros sexuales⁷⁵³. Después de su malogrado intento por viajar a Roma, participó activamente en distintos procesos de canonización de santos y buscó sus reliquias y fuentes documentales alrededor de la Península Ibérica. Puso su labor como historiador y arqueólogo al servicio de la historia eclesiástica de España, como ponen de manifiesto sus muchos papeles personales y sus obras impresas, desde la *Crónica*⁷⁵⁴ hasta el “Viaje santo” que dio a conocer Enrique Flórez, pasando por una monografía sobre los santos Justo y Pastor⁷⁵⁵ o la edición comentada de los escritos de san Eulogio⁷⁵⁶.

⁷⁵⁰ E. Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, t. 1, p. 249.

⁷⁵¹ Agradezco a Jonathan Greenwood el texto de su proyecto de tesis doctoral, “The Writing of Sacred History: Pedro de Ribadeneyra and his *Flos sanctorum*”, inédito, presentado en marzo de 2012 en el seminario sobre historia moderna de España que dirige el profesor Richard Kagan en la Johns Hopkins University.

⁷⁵² E. de Garibay, “Memorias de Garibay”, p. 365. Sobre la religiosidad de Garibay, J. Moya, “El alma de Garibay. Perfil psicológico, a través de su Autobiografía. (Una mentalidad de la Contrarreforma)”, en I. Bazán (ed.), *El historiador Esteban de Garibay*, pp. 123-148.

⁷⁵³ Por su parte, en el *De spectaculis* Mariana habla de la dignidad de la castidad: «*pudicitie dignitatem*» (*Tractatus septem*, p. 145). Andrade (*Varones ilustres en santidad, letras y zelo de las almas*, p. 92) destaca la distancia entre Mariana y las mujeres, a las que no quiso ni confesar. Este aspecto de la vida del jesuita fue analizado por P. Bayle, *Dictionnaire historique et critique*, t. 10, 9ª ed., Desoer, París, 1820, n. C, pp. 258-260.

⁷⁵⁴ En el prólogo a la *Crónica*, Morales desglosa los tres principales apartados de los que se debe ocupar una nueva historia nacional de España de la época romana: junto a la historia de los varones ilustres y los restos materiales, destaca en primer lugar el estudio de «todos los santos sus naturales, ó que vinieron á ella» (p. 290).

⁷⁵⁵ A. de Morales, *La vida, el martirio, la inuención, las grandezas, y las transformaciones de los gloriosos niños Martyres san Iusto y Pastor*, A. de Angulo, Alcalá, 1568.

⁷⁵⁶ En 1574, en la imprenta de J. Íñiguez, Alcalá. Pueden verse los títulos en J. Martín, *La imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*, Arco Libros, Madrid, 1991, p. 1366.

En definitiva, el oficio religioso de Mariana no es credencial suficiente para hacernos suponer que su *Historia* sea más escolástica que la de los cronistas que escribieron antes que él. De hecho, en lo que respecta a las centurias que abarca el imperio romano, en comparación con el *Compendio historial* de Garibay y la *Crónica* de Morales, la *Historia* de Mariana es de un corte más humanista. Lo cual, en cualquier caso, no exime a nuestro jesuita de hacer del cristianismo uno de los motores principales de su obra, como analizaremos a continuación. Antes, diremos algunas palabras más de la relación de Mariana con la hagiografía en el contexto en el que el jesuita desarrolló su vida intelectual.

Los años de mayor actividad literaria de Mariana, entre finales del siglo XVI y principios del XVII, coinciden con los de la génesis y difusión de los falsos cricones y los libros plúmbeos del Sacromonte granadino⁷⁵⁷. Una etapa especialmente sensible a la adulteración hagiográfica, la cual no parece haber despertado simpatías en Mariana y ante la que se manifestó, no obstante, desde la postura híbrida que le caracteriza. Dio su aprobación a la obra que canonizaba al fundador de la Compañía, la *Vida del P. Ignacio de Loyola* de Pedro de Ribadeneyra⁷⁵⁸, y a las *Ilustraciones genealógicas* de Garibay, aunque de éstas también escribió unas *Advertencias* en las que denunciaba el excesivo número de santos y mártires con el que el guipuzcoano hermooseaba su texto⁷⁵⁹.

Al problema de la canonización de santos vino a sumarse el de la proliferación de reliquias que se extendió después del Concilio de Trento. El padre Francisco Portocarrero volvió de Roma en 1591 cargado de huesos procedentes de las catacumbas de San Sebastián y el cementerio de San Calixto, muchos de los cuales donó a la Compañía. Entre finales de 1597 y 1698 Mariana respondió a este fenómeno general según sus palabras, alcanzaba las tierras españolas al otro lado del Atlántico mediante cartas de protesta al papa Clemente VIII, al rey Felipe II y al arzobispo

⁷⁵⁷ A la bibliografía citada en la nota 2 puede añadirse la siguiente: G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 45-51; M. Hagerty, *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Editora Nacional, Madrid, 1980; J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, pp. 115-143; D. Rodríguez, *La memoria frágil. José de Hermosilla y las antigüedades árabes de España*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1992; M. Barrios, *Los falsos cricones contra la historia (o Granada, corona martirial)*, Universidad de Granada, Granada, 2004; id, *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito*, Universidad de Granada, Granada, 2011; M. Barrios y M. García-Arenal (eds.), *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*, Universitat de València, Valencia, 2006; id, *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano*, Universidad de Granada, Granada, 2008.

⁷⁵⁸ Véase la licencia de Andrés Fernández al comienzo de P. de Ribadeneyra, *Vida del P. Ignacio de Loyola*, A. Gómez, Madrid, 1583.

⁷⁵⁹ E. de Garibay, *Ilustraciones genealogicas de los catholicos reyes de las Españas*, L. Sánchez, Madrid, 1596, p. 3; J. de Mariana, *Advertencias sobre las ilustraciones genealogicas de Estevan de Garibay*, BL, Ms. Egerton 1874, 33, (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice III, 2).

toledano García de Loaysa⁷⁶⁰. Estos escritos son una muestra de la lucidez y erudición crítica del jesuita: «una excepción», comenta Bouza, «entre la crédula vulgaridad teológica de su tiempo»⁷⁶¹.

No obstante, conviene advertir que esas críticas, a pesar de ir remitidas a los más altos cargos oficiales, se mantienen en el terreno de lo privado. Cuando el dilema trasciende a la esfera pública, la posición de Mariana es distinta, si no véase la dualidad con la que censuró las *Ilustraciones genealógicas* de Garibay, por cierto también aprobadas por Benito Arias Montano. El jesuita redactó asimismo unas *Advertencias* a la *Descripción de la imperial ciudad de Toledo* de Francisco de Pisa y a los *Dos discursos* del condestable de Castilla Juan Fernández de Velasco, dejando constancia en sendos escritos de las fábulas con las que se argumentaba la venida del apóstol Santiago en la Península Ibérica. Aun así, esta última tesis fue también defendida por Mariana en uno de sus *Tractatus septem* (1609), sin recurrir a las supercherías de aquéllos sino utilizando sus propios métodos de alteración documental⁷⁶².

La relación entre Mariana y las falsificaciones granadinas es un tema igualmente peliagudo. El jesuita no hizo mención de los libros plúmbeos en ninguno de sus trabajos publicados, ni para aprobarlos ni para rechazarlos. Poco antes de remitir al papa, al rey y a Loaysa sus quejas sobre el abuso a la hora de crear nuevos santos, mártires y reliquias, Mariana fue llamado a juzgar los descubrimientos del Sacromonte. Creemos que el jesuita se vio a sí mismo en una situación comprometida, y sin llegar a manifestarse, intentó inhibirse del problema. Una de las principales y primeras voces disidentes en este asunto fue la del erudito Juan Bautista Pérez. Es por eso por lo que el arzobispo de Granada Pedro de Castro (1534-1623) se dirigió a él y, además de su propio parecer, le pidió los nombres de las personas que, a su juicio, disiparían las dudas de la autenticidad de las láminas. Entre los candidatos seleccionados por el obispo Pérez se encontraban Mariana, García de Loaysa y el cardenal César Baronio, con quienes parece que Castro se puso en contacto en 1596. Paralelamente, el arzobispo granadino sometía las pruebas al escrutinio de una junta de teólogos que acabaría por emitir un dictamen satisfactorio. En 1597 Pedro de Castro pone en manos de su secretario Jerónimo de Herrera los informes favorables para que los muestre al rey en Madrid. El monarca le

⁷⁶⁰ BL, Ms. Egerton 1874, 36-41, fols. 387-401 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice III, 6).

⁷⁶¹ J. L. Bouza, *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del barroco*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 56-79, cita de p. 79.

⁷⁶² Sobre esto, véase más abajo el epígrafe “El apóstol Santiago”.

pasa los documentos al que en esos momentos era preceptor del príncipe, García de Loaysa y éste a su vez a Mariana, quien el 7 de junio de 1597 le contesta dando su aprobación de los mismos⁷⁶³.

A mediados de ese mes de junio de 1597, Castro escribía a Román de la Higuera, quien se interesó por participar en la promoción de los descubrimientos, comunicándole que su secretario Herrera iba a pasar por el colegio jesuita de Toledo para que pudiera ojear los papeles que acreditaban la autenticidad de las láminas. Parece que Castro no estaba por la labor de incluir a Higuera en el proceso, pero el jesuita le podría servir de intermediario con otros padres de la Compañía. Por eso añade en su misiva: «Si el padre Mariana estuviese ahí, holgaría que viese los papeles junto con vmd., porque me dicen que no está bien afecto á este negocio, y debe ser por la poca noticia que tiene de él»⁷⁶⁴.

Como se ve, las noticias conservadas son confusas, pues nos presentan a un Mariana que bascula sobre polos distantes. En realidad, no hay contradicción, ya que nos movemos por dos medios de comunicación distintos: los rumores sobre lo que pensaba el jesuita en privado y lo que, llegado el caso, diría en público y de manera oficial. Por encima de todo, lo que se discute en un terreno u otro no es la veracidad de los testimonios sino su verosimilitud dado que la función de las falsificaciones, el adoctrinamiento de los fieles, es algo que Mariana aprueba sin ningún género de dudas. Esta disyuntiva se pone de manifiesto en dos cartas redactadas casi a un mismo tiempo, el 24 y el 26 de junio de 1597.

En la primera Mariana le expresa a su amigo Ferrer cuál es en ese momento su parecer con respecto a las reliquias granadinas⁷⁶⁵. Dado que todavía «se hazen diligencias», Mariana cree que para elevar los descubrimientos a la categoría de milagros se han de superar algunos obstáculos. No habla en términos de verdadero o falso, sino sobre cómo se gestionan los problemas que generan las mistificaciones. Señala la insatisfacción que le ha provocado la lectura de algunas de las defensas que se han hecho, y a modo de comparación apostilla: «yo cuento en mi historia de los albigenses mas milagros y ruido sin algun fundamento de uerdad».

⁷⁶³ Toda la correspondencia aparece en D. N. de Heredia, *Místico ramillete histórico, cronológico, panegírico*, Imprenta de Sanz, Granada, 1863 (1741), pp 38-45.

⁷⁶⁴ Una copia de la carta enviada se encuentra en el Archivo de la Abadía del Sacromonte de Granada, leg. II, fol. 292, se reproduce en el *Epistolario español. Colección de cartas de españoles ilustres antiguos y modernos*, t. 2, BAE, Madrid, 1965, pp. 46-47, y se comenta en M. García-Arenal y F. Rodríguez, "Jerónimo Román de la Higuera and the lead books of Sacromonte", pp. 263-264.

⁷⁶⁵ BL, Ms. Egerton 1874, 48, fol. 415 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice V, 2).

Dos días más tarde Jerónimo de Herrera, el secretario del arzobispo de Granada, le leyó a Mariana los papeles que traía consigo. Ese mismo día le escribe el jesuita a Pedro de Castro⁷⁶⁶. Confiesa que su primera reacción fue escéptica, aunque reconoce que tras haber visto los informes y observar las «diligencias» y aprobaciones de los teólogos, en general todo parece más verdadero. Por prudencia, desaconseja el seguir adelante con el proyecto de dar a conocer los libros plúmbeos, pero se muestra dispuesto a tener «por mejor y mas acertado» la decisión final del arzobispo.

Esto último, si iba a contar o no con la oposición de Mariana es, probablemente, lo que más le interesaría saber a Castro, decidido como estaba ya hacia esa fecha, y respaldado por las mayores autoridades, en difundir las falsificaciones granadinas. Dos años antes Bautista Pérez, cuando fue igualmente preguntado por el arzobispo de Granada, le reveló a alguien de mayor confianza su presunción:

«no me parece que han pedido pareceres, como era razón, en cosa tan grave antes de determinarse; porque me escriben que ya van en procesiones todos al [Sacro]monte, como cosa cierta. Y ansí no hay para qué enviar mi parecer al Arzobispo; porque no volverá atrás si lo ha puesto tan adelante... Mi parecer ya no servirá ahora sino de risas»⁷⁶⁷.

En 1597, año en que muere Pérez sin que su oposición hubiera llegado a aplacar las iniciativas de Castro, parecía claro cómo evolucionaba el asunto de los plomos. Desde esa fecha en adelante, exceptuando un comentario expresado en una carta entre amigos que más abajo mencionaremos, no contamos con ninguna otra alusión de Mariana al tema del Sacromonte. Su silencio se presta a distintas interpretaciones.

9.3.2. *Cristianismo e Historia*

El cristianismo, como decíamos, desempeña un papel fundamental en la obra de Mariana. En efecto, la evolución del cristianismo funciona como hilo conductor de su *Historia*. Desde una visión retrospectiva, el jesuita juzga los hechos del pasado en función de la relación que éstos tienen con el desarrollo del cristianismo. A los emperadores romanos, cabezas visibles del poder que determina la sucesión de los acontecimientos, los condena por frenar el avance de la nueva fe. Esta actitud forma parte, sin duda, de su pensamiento político, de ahí que las persecuciones romanas a los

⁷⁶⁶ BL, Ms. Egerton 1875, 26, fol. 132 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice III, 5).

⁷⁶⁷ J. Villanueva, *Viage literario á las iglesias de España*, t. 3, Fortanet, Madrid, 1902, p. 169.

cristianos también salgan a relucir cuando el jesuita reflexione sobre la licitud de acabar con la figura del tirano⁷⁶⁸. Estrechamente ligado, pues, a la evolución política, el cristianismo se convierte en agente moldeador de la *Historia*. Una vez muerto Juliano el Apóstata «por voluntad de Dios», señala Mariana, «vna nueva luz resplandecia en el mundo, sossegadas las tempestades, y todo se encaminaua a mucho bien» (IV 18).

Desde el momento en que aparece la figura de Cristo en la *Historia*, Mariana hace que la presencia divina sea más patente. Atrás quedan las motivaciones económicas, la interacción sociocultural, los cambios políticos y, en fin, todo aquello que explicaba las acciones y, sobre todo, las rebeliones de los pueblos peninsulares que dominaron el discurso de la *Historia* de las centurias pasadas. El protagonismo de los españoles en el escenario terrenal pasa ahora a un segundo plano, en detrimento de la actuación celestial. Tras la muerte de Cristo, acompañada de una serie de prodigios (IV 1), Dios interviene en la historia por medio de castigos y reformas⁷⁶⁹. No sólo acaba con la vida de los emperadores Juliano y Valente (IV 18-19), sino que es el cielo el que pone fin al imperio romano (IV 21).

Ese punto de dependencia entre el poder imperial y el factor divino, y lo determinante que resulta este último, es el que Mariana desea alcanzar en su relato. De esta manera, el jesuita no hace más que andar por el sendero marcado por Isidoro de Sevilla, quien convirtió a la Iglesia en heredera de la *Romanitas* que dominaba el mundo⁷⁷⁰. Mariana actúa de manera consciente cuando decide seguir con diligencia la evolución política del imperio romano. Pues en esa trama va a hallar uno de los pilares fundamentales para el tipo de historia de España que pretende divulgar en su época, a saber: una historia que defienda la política internacional española basada en la protección del catolicismo. La historia de Roma no le interesa a Mariana más que en su relación, según él la entiende, con la de España. La hegemonía romana es circunstancial. No así la soberanía celestial que la ampara, de la que también se ocupa Mariana y a la que intenta asociar con el pasado hispano.

⁷⁶⁸ *De rege et regibus institvtione* I 6, pp. 70-72.

⁷⁶⁹ La persecución de Decio a los cristianos a mediados del siglo III, según Mariana, responde a la voluntad de Dios que «por aquel camino pretendia reformar las costumbres y vida de los Christianos, y en particular de los ecclesiasticos, de muchas maneras estragadas» (IV 9). Nótese, no obstante, que en la edición original de su *Historia* Mariana expone las mismas circunstancias, pero no alude expresamente a la intervención divina: «*disciplinam ecclesiasticam multis modis collapsam externo bello astringere, atque reuocare diuinum numen parabat*» (IV 9, p. 155).

⁷⁷⁰ P. Merrit, "The Use of History in the *Chronicon* of Isidore of Seville", *History and Theory* 15, 3 (1976), pp. 290-292; A. Soons, *Juan de Mariana*, Twayne, Boston, 1982, pp. 32-33.

Como comentábamos al principio de este apartado, Mariana justifica su excursio sobre la historia del cristianismo por haber sido Hispania una de las primeras provincias en adoptar la nueva religión y sostenerla con más firmeza (IV 1). Acerca del reinado de Constantino el Grande, el jesuita señala retrospectivamente: «todo el mundo se reduxo a vna cabeça, tan fauorable a nuestras cosas, que la Religion Christiana de cada dia florecia mas y se adelantaua» (IV 16). Mariana habla en primera persona del plural para referirse tanto a los españoles como a los cristianos, que vienen a formar parte de una misma identidad.

El cristianismo absorbe el relato de Mariana en su conjunto, pues es en la fe en Cristo donde se depositan los valores de la identidad nacional. A diferencia de lo visto en el libro tercero, el libro cuarto de la *Historia* está presidido por el silencio de los pueblos de la Península Ibérica ante el yugo al que los someten los romanos. Los gritos de dolor de los numantinos, expresión de su libertad, se truncan ahora en el sufrimiento de los mártires, símbolo de la devoción cristiana de los hispanos. En el proceso en el que esos valores se van cimentando⁷⁷¹, durante los primeros siglos de la era cristiana, la expansión del priscilianismo por la Península Ibérica no puede ser vista por Mariana más que como una «mala semilla» (IV 20). Vemos así cómo los conceptos que definen las esencias patrias se van dibujando y uniendo. Los españoles de Mariana no sólo son libres e independientes, motivo de la mayor parte de sus acciones pasadas, sino que también son cristianos, es decir, defensores del culto a Cristo y seguidores de la ley divina. El éxito de los españoles, en adelante y en la visión de Mariana, no sólo depende de la unión de los mismos en la defensa de sus libertades, sino que también estriba en la obediencia que deben al mandato divino. La prueba de fuego a esta amenaza vendrá representada por la conquista musulmana, a la que pondrá fin la unión de los Reyes Católicos, en cuyo reinado finaliza en primera instancia la *Historia* de Mariana.

El cristianismo, en suma, desempeña un papel fundamental en la *Historia* y conecta con los parámetros manejados con anterioridad en la obra. Las historias civil y eclesiástica se ajustan al concepto de nación española que Mariana hace relucir desde el comienzo de su narración. Nuestro autor, por tanto, conjuga con notable éxito las que

⁷⁷¹ El castellano de Mariana es así de expresivo: «se abrian en España las çanjas, y se echauan los cimientos de la Religion Christiana» (IV 2). El latín lo es menos: «*Simul Christianae religionis fundamenta ponebantur*» (IV 2, p. 138).

han sido señaladas como principales contribuciones de la historiografía jesuita de los siglos XVI y XVII: el humanismo, el espíritu nacional y la historia eclesiástica⁷⁷².

9.3.3. *El apóstol Santiago*

Uno de los soportes que Mariana utiliza para defender el precoz arraigo del cristianismo en la Península Ibérica es la venida del apóstol Santiago (IV 2). Este punto de la *Historia* ilustra con claridad la convergencia, en el discurso historiográfico moderno, de los tres factores antes señalados. El arsenal metodológico del humanismo se pone aquí en funcionamiento para dotar a la historia nacional de un primitivo y glorioso pasado cristiano, al conectar la historia eclesiástica de España con la de origen bíblico. En buena medida, la historia de la predicación de Santiago en la Península Ibérica, como ocurría con la conversión de Túbal en primer rey y poblador de la misma, es una creación de la historiografía moderna. La historiografía medieval española registró con frecuencia los hechos referidos al traslado del cuerpo del apóstol durante el siglo IX, pero raramente se remontó al origen de la predicación de aquél en el siglo I. Las fuentes que hablaban de esto último no gozaron de buen crédito entre los historiadores españoles, de manera que lo que circulaba como leyenda sobre la vida de Santiago no tenía apenas cabida en las crónicas. De esta suerte, los cronistas medievales solían situar los comienzos de la expansión del cristianismo en la Península Ibérica en algún momento de la Antigüedad tardía o incluso, más propiamente hablando, en la época visigoda. Es entre finales del siglo XV y comienzos del XVI cuando la leyenda de la predicación de Santiago en la Península Ibérica se eleva a la categoría de hecho histórico y, como tal, se hace un hueco entre las páginas de las historias nacionales. Morales, en especial, es quien somete la tradición sobre la venida de Santiago al escrutinio de la crítica humanista, no para revocarla, sino para crear un axioma en la historiografía española que perdurará por más de tres siglos⁷⁷³.

Mariana, como exponente de esa tendencia humanista en la historiografía, sólo tuvo que incorporar a su *Historia* una tradición que ya formaba parte de los anales

⁷⁷² P. Leturia, “Contribuzioni della Compagnia di Gesù alla formazione delle scienze storiche”, pp. 172-173.

⁷⁷³ A. de Morales, *Crónica IX* 7; también E. de Garibay, *Compendio historial VII* 2 y 4. Véase O. Rey Castela, *La historiografía del Voto de Santiago. Recopilación crítica de una polémica histórica*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1985, y K. van Liere, “The Missionary and the Moorslayer: James the Apostle in Spanish Historiography from Isidore of Seville to Ambrosio de Morales”, *Viator* 37 (2006), pp. 519-543.

patrios. Poco después de la publicación de su *Historia* en 1592, la venida de Santiago a la Península Ibérica se convirtió en un tema de discusión que alcanzó incluso a la curia romana. En su defensa salió Mariana con la publicación, en 1609, del tratado *De Aduentu Iacobi Apostoli Maioris in Hispaniam*⁷⁷⁴. El jesuita respondía así a los intereses de una historia nacional, por encima de las rivalidades internas que disputaban la primacía de la sede episcopal en España. Mariana escribió sobre el apóstol Santiago, tanto en su *Historia* como en tratado aparte, espoleado por un alto cargo del gobierno, según confiesa en su defensa ante el tribunal que lo juzgó después de haber publicado aquel y otros tratados:

«Algunos Italianos escrivieron que el Apostol Santiago nunca vino á España. Cundia mucho esta opinion entre las otras Naciones; como se vee por los libros que de allá vienen. Yo á instancia del Señor Don Juan Enriquez⁷⁷⁵, como Presidente que era, y es de Ordenes, escrivi un Tratado en contrario, que es el primero de este mi libro que hace este ruido, con tales niervios y fuerza, que me persuado ninguno de aqui adelante se atreverá á seguir los Italianos. Demas que en la historia á persuasion del Señor Presidente apoyé bien brevemente la opinion verdadera»⁷⁷⁶.

No era ésta la única vez que Juan de Idiáquez (1540-1614), personaje de notable influencia en la Corte, asumía la tarea de gestionar la historia oficial y realizar encargos a los cronistas. La primera toma de contacto que conocemos entre Mariana e Idiáquez, en ese momento consejero de Felipe II, se remonta a 1596, cuando el jesuita solicitó dinero al rey para imprimir la traducción castellana de su *Historia* mediante un memorial al que Idiáquez estampó su firma. Más tarde, en 1610, vemos que Idiáquez, ya como presidente del Consejo de Órdenes y Comendador Mayor de León, fue consultado por el duque de Lerma sobre el procedimiento jurídico que había de seguirse en el proceso contra Mariana. Idiáquez convino con el inquisidor y confesor de Felipe III, Luis de Aliaga, en llevar adelante la sentencia contra Mariana, pero lo hizo de manera nominal y, a diferencia de aquél, fue partidario de evitar que el caso pasara por el

⁷⁷⁴ Es el primero de los *Tractatus septem*, pp. 1-32.

⁷⁷⁵ Ha de ser Juan de Idiáquez, presidente del Consejo de Órdenes entre 1599-1614: ver G. Cirot, *Mariana historien*, p. 80, n. 1.

⁷⁷⁶ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana de la Compañía de Jesús*, BNE, Ms. 2819, fol. 45r.

tribunal de la Inquisición⁷⁷⁷. Desconocemos la fecha exacta en la que Juan de Idiáquez, naturalmente antes de ese proceso judicial, solicitó a Mariana que escribiera en favor de la venida de Santiago, pero el estudio de cómo y cuándo el jesuita cumplió con sus requerimientos nos llevan a pensar que fue hacia el 1600.

Bajo estos auspicios, Mariana se dedicaría a la redacción del *De Aduentu Iacobi Apostoli* poco después de la aparición, en 1600, de los *Annales ecclesiastici* escritos por uno de los italianos a los que alude el jesuita en su declaración, el cardenal César Baronio. A partir de los sospechosos documentos dados a conocer por el arzobispo toledano García de Loaysa, en concreto los que atañen a la intervención de Rodrigo Jiménez de Rada en el IV Concilio de Letrán (1215)⁷⁷⁸, Baronio primero rechazó en sus *Annales* la venida de Santiago⁷⁷⁹ y luego convirtió, en el *Breviarium Romanum* de 1602, la predicación del apóstol en la Península Ibérica en una mera tradición de las iglesias hispanas⁷⁸⁰. Fruto de la reacción que provocaron estas cláusulas es la petición hecha a Mariana, quien con su *De Aduentu*, en el que solicitaba al Papa una revisión del *Breviarium*⁷⁸¹, satisfacía las demandas de las autoridades españolas.

No obstante, a Mariana se le adelantó en esta empresa el condestable de Castilla Juan Fernández de Velasco, quien en 1603 arengó a la Junta de Cortes reunida en Valladolid y dos años después vieron la luz sus *Dos discursos* en defensa de la venida de Santiago. Adviértase que esta obra salió de la oficina de Luis Sánchez, impresor del reino, y también en Valladolid, en donde se había instalado la Corte⁷⁸². Contra esos *Dos discursos*, Mariana emitió una severa crítica en una carta que envió a un amigo, cura de Bayona⁷⁸³, el 8 de noviembre de 1605. El jesuita destaca ahí la inconsistencia de las fuentes del condestable para apoyar la venida de Santiago, entre ellas los libros plúmbeos de Granada «los cuales se sabe estan denunciados de diuersos errores, harto graues y mandado por el Papa se lleuen originalmente a Roma»⁷⁸⁴.

⁷⁷⁷ *Papeles del P. confessor Fr. Luis de Aliaga tocantes a diuersos negocios de que se le ha pedido parecer. Del año de 1610*, BNE, Ms. 1923, fol. 335; G. Cirot, “Quelques lettres de Mariana et nouveaux documents sur son procès”, pp. 7-9 y 12-24.

⁷⁷⁸ G. de Loaysa (ed.), *Collectio Conciliorum Hispaniae*, P. Madrigal, Madrid, 1593.

⁷⁷⁹ C. Baronio, *Annales ecclesiastici*, t. 9, Tipografía Vaticana, Roma, 1600, pp. 414 y 632-634.

⁷⁸⁰ «*Mox Hispaniam adiisse, et ibi aliquos ad fidem conuertisse, Ecclesiarum illius prouincia traditio est*» (en G. Cirot, *Mariana historien*, p. 66).

⁷⁸¹ Véase la epístola a Paulo V que abre el *Tractatus septem*.

⁷⁸² Las encendidas palabras del condestable fueron pronunciadas el 13 de enero de 1603, parte de las cuales pueden leerse en J. Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, pp. 170-171, n. 1. La obra en J. de Velasco, *Dos discursos en que se defiende la Venida y Predicacion del Apostol Santiago en España*, L. Sánchez, Valladolid, 1605.

⁷⁸³ Probablemente, una localidad cercana a Madrid: ver G. Cirot, *Mariana historien*, p. 169, n. 1.

⁷⁸⁴ BL, Ms. Egerton 1875, 68 (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice III, 7).

Aunque el *De Aduentu* se publicó en 1609, el texto podría estar avanzado antes de que aparecieran los *Dos discursos* del condestable. También en 1605 vio la luz de la imprenta la *Descripción* de Francisco de Pisa, en la que ya se menciona ese tratado en latín de Mariana⁷⁸⁵. Una parte de los opúsculos que componían el *Tractatvs septem*, sino todos, ya estaban elaborados en 1605. Estos datos coinciden con el testimonio de Mariana quien afirmó que anduvo cuatro años intentando imprimir el libro del que formaba parte el *De Aduentu*, y que desde entonces, es decir 1605, sólo había modificado algunos puntos⁷⁸⁶. No obstante, en el cuerpo del texto del *De Aduentu* Mariana reconoce haber recibido una parte del conocido como *Codex Calixtinus*, de gran relevancia para la historia de Santiago, desde Zaragoza gracias a Bartolomé Morlanes⁷⁸⁷. Cirot halló en la Biblioteca Nacional de España esa obra que manejó Mariana, con una anotación del jesuita que confirmaba el envío de la copia en 1606⁷⁸⁸. La aprobación que figura al comienzo del *Tractatvs septem* data del 24 de noviembre 1606⁷⁸⁹. Es probable, por tanto, que la redacción del *De Aduentu* haya comenzado antes de 1605, aunque posteriormente, al menos en 1606, continuaba elaborándose.

El otro cometido de Mariana, persuadido por el presidente del Consejo de Órdenes, era el apoyo a la causa de Santiago en su *Historia*. La primera vez que observamos un añadido en el capítulo de Santiago en la *Historia* de Mariana es en la edición castellana de 1601. Como novedad, en esa edición el jesuita introduce un comentario acerca de los reveses que la tradición de la venida del apóstol ha experimentado en los últimos años. No se entretiene en discusiones. Para el jesuita, sencillamente, las disputas intelectuales no son razón suficiente para «alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como esta es». «Tal era y es nuestro juicio en este caso y en estas dificultades» (VII 10, ed. de 1608). Eso en la

⁷⁸⁵ F. de Pisa, *Descripcion de la imperial ciudad de Toledo, y historia de sus antiguedades*, P. Rodríguez, Toledo, 1605, fol. 76v: «el Doctor Iuan de Mariana... aunque en aquella insigne historia general Latina... escriuiendo la venida de Santiago a España, y la edificacion del templo de nuestra Señora en Çaragoça, parece hablar como de cosa dudosa e incierta: mas despues en confirmacion destas verdades, hizo vn largo y elegante discurso en lengua Latina, esforçando esta parte». Entre los papeles de Mariana (BL, Ms. Egerton 1875, 69, fol. 371 [en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice III, 8]) se hallan unas *Advertencias* a la *Descripcion* de Pisa, pero dado que el título que encabeza el documento dice *nuevamente impresa*, ha de ser la segunda edición de la *Descripción* que imprimió, una vez ya Pisa muerto, Tamayo de Vargas en 1617. Véase P. de Gayangos, *Catalogue of the manuscripts in the Spanish language in the British Museum*, t. 1, p. 201.

⁷⁸⁶ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota, Fiscal etc., contra el Padre Juan de Mariana*, BNE, Ms. 2819, fol. 10v.

⁷⁸⁷ *De Aduentu Iacobi Apostoli Maioris in Hispaniam*, 12, p. 21.

⁷⁸⁸ G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 83 y 397; ver también p. 100, sobre la fecha de composición de cada uno de los siete tratados.

⁷⁸⁹ Se encarga de emitir la *approbatio* el padre Juan García, lo que coincide con el testimonio de Mariana: *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota*, BNE, Ms. 2819, fol. 10r.

lengua vernácula y en su *Historia*, pues paralelamente el jesuita redactaba un opúsculo en latín justificando la defensa de la venida de Santiago. Más aún: aunque Mariana también realizó cambios para las distintas versiones en latín de su *Historia*, en ninguna de ellas no sólo en las de 1603 y 1605, sino tampoco en la de 1619 que reproduce el texto de la de 1605 introdujo, como sí hizo sobre el texto en castellano, aquella confirmación sobre la predicación del apóstol en la Península Ibérica.

He aquí un ejemplo del populismo con el que Mariana concibió su *Historia*, especialmente en su versión en castellano⁷⁹⁰. La tradición y las creencias populares son las que más peso tienen a la hora de valorar este episodio de la historia de España. Entre 1592 y 1608 ha corrido mucha tinta sobre la historia eclesiástica de España. En ese período, a cualquier historiador le resultaría difícil mantenerse al margen de los cronicones o de los libros plúmbeos de Granada, soportes auxiliares de la tradición jacobea. A pesar de todo, la opinión del jesuita no ha variado durante esas dos décadas. El *De Aduentu*, lleno de erudición, viene a confirmar esa posición. En ese tratado Mariana desarrolla con mayor amplitud el aparato crítico formulado antes por Morales en su defensa de la venida de Santiago. Huye de las supersticiones infundadas y elabora un *corpus* documental sobre todo, escritos de pontífices y padres de la Iglesia con el que sostener su argumento. La metodología empleada está subordinada a la ideología que preside el opúsculo: utiliza fuentes claramente interpoladas, data mal alguna crónica para dar coherencia a sus contenidos con la fecha de composición, y justifica el silencio de otros textos por medio de explicaciones forzadas⁷⁹¹. No se apoyó en los cronicones de Dextro o Máximo ni en las láminas sacromontanas. Tampoco se pronunció en contra de esas falsificaciones, que sin duda conocía, ni hizo referencia a los *Dos discursos* del condestable de Castilla.

Mariana participó del entusiasmo del momento por recuperar la tradición del apóstol, pero se las arregló para salvaguardar los intereses nacionales, para los cuales escribía, sin comprometerse en polémicas con sus contemporáneos. Aun así, el jesuita no se libró ni de las críticas de sus compatriotas ni, peor aún, de los tribunales. Las mismas páginas del libro en el que se imprimió el *De Aduentu* y en el que solicitaba al

⁷⁹⁰ Piénsese en las palabras del jesuita en el “Prólogo” que precede a su *Historia* vernácula, en cuanto a las diferencias con respecto a la latina: «En la traducion no procedi como interprete, sino como autor: ni me atè à las palabras, ni à las clausulas; quitè, y puse con libertad segun me parecio mas acertado. Que unas cosas son a proposito para gente docta, y otras para la vulgar».

⁷⁹¹ C. Pérez González, “Juan de Mariana y su valoración de las crónicas medievales en el *De adventu Beati Iacobi Apostoli in Hispaniam*”, en M. Pérez (coord.), *Congreso internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, t. 1, Universidad de León, León, 1998, pp. 537-547.

Papa la modificación del *Breviarium*, contenían también el polémico tratado *De monetae mutatione* que, entre otras razones, motivó el proceso contra Mariana en 1609. El cerco contra el jesuita, no obstante, había empezado antes.

Recuérdese que desde 1603 Pedro Mantuano, secretario del condestable de Castilla y autor de los *Dos discursos* en defensa de la tradición jacobea, había comenzado a impugnar la *Historia* de Mariana. La segunda impresión de sus *Advertencias*, de 1613, puede ser una prueba de que el condestable y su secretario no eran ajenos al juicio contra Mariana. En esa nueva edición, además de las observaciones a la *Historia*, se añaden las respuestas de Mantuano a lo dicho por Mariana con respecto a la venida de Santiago. Mantuano deja entrever que para entonces conoce el opúsculo latino de Mariana de 1609⁷⁹². Pero ese tratado no era el objeto de la crítica: la obra *Tractatvs septem* había sido retirada de circulación, y en concreto el *De Aduentu*, al fin y al cabo secundaba la opinión transmitida por el condestable en sus *Dos discursos*. Las réplicas de Mantuano, como se aprecia en el frontispicio de estas segundas *Advertencias*, están dirigidas a las objeciones que Mariana, en carta privada de 1605, había hecho a la obra del condestable⁷⁹³.

En efecto, debemos precisamente a Mantuano (y a Tomás Tamayo de Vargas) el saber que el remitente de la carta en la que el jesuita vertió esas críticas era un cura de Bayona⁷⁹⁴. ¿Cómo es posible que el secretario del condestable hubiera tenido acceso a esa correspondencia personal?⁷⁹⁵ Ya vimos que el obispo de Canarias, Francisco de Sosa, se encargó de inspeccionar los papeles de Mariana y entre ellos halló el *Discurso sobre las cosas de la Compañía*, del que se empezaron a realizar distintas copias. De la misma forma Sosa pudo hacer llegar, pues, una copia de aquella carta de Mariana a las manos del poderoso condestable de Castilla, quien no sólo era presidente del Consejo de Italia sino que también acumulaba cargos en los Consejos de Estado y Guerra⁷⁹⁶.

El camino de las disputas circunstanciales, en cualquier caso, no nos debe desviar de la cuestión esencial desde el punto de vista historiográfico. Ni Mariana ni sus

⁷⁹² P. Mantuano, *Advertencias*, ed. de 1613, p. 117.

⁷⁹³ P. Mantuano, *Advertencias*, ed. de 1613, pp. 108-143.

⁷⁹⁴ P. Mantuano, *Advertencias*, ed. de 1613, p. 110; T. Tamayo de Vargas, *Historia defendida*, p. 128.

⁷⁹⁵ Tamayo de Vargas, *Historia defendida*, pp. 113-114: «el intento del Padre Mariana nunca fue de que otro la uiesse de ver fuera de la persona a quien iba» dirigida la carta, y se pregunta: «no se que curioso adulador la traspasò de sus borradores».

⁷⁹⁶ Francisco de Sosa nació en Toledo y era hijo de los Condes de Mora. Aunque desde 1607 fue obispo de Canarias, continuó residiendo en la Corte, donde trataba directamente con el condestable Juan Fernández de Velasco. Ver G. Fernández-Gallardo, “El sacro convento de Asís, la Porciúncola y Felipe III (1598-1621). Algunos documentos históricos”, *Archivo ibero-americano* 249 (2004), pp. 659-660.

defensores y oponentes llegaron a cuestionar la veracidad de la venida de Santiago a la Península Ibérica. La labor primordial de unos y otros fue la misma: defender lo nacional frente a las injerencias extranjeras⁷⁹⁷. Tamayo de Vargas se lamentó de que el jesuita, por el tiempo en que componía el *De Aduentu*, desconociera aún el cronicón de Dextro⁷⁹⁸. Mantuano, quien no le discutió a Mariana que los plomos de Granada eran falsos, le sugirió al jesuita que se ahorrara las pesquisas sobre un asunto, el de Santiago, que se asentaba sobre las indiscutibles nociones de fe y patria⁷⁹⁹.

En realidad, no otra cosa hizo Mariana más que, guiado por un espíritu nacional y católico, preservar la tradición por los medios que creyó más conveniente, tanto en su *Historia* como en el opúsculo latino. La manera en que ejecutó esa misión encaja perfectamente con su forma de usar el pasado. Es decir, sirviendo a los fines patrióticos a los que el saber histórico estaba destinado, contribuyendo a la construcción de mitologías políticas y consciencias nacionales, todo ello sin menoscabo de cuál era realmente su parecer sobre el asunto. En efecto, hay indicios para pensar que nuestro inteligente autor dudara de que el cuerpo de Santiago hubiera estando reposando en Galicia más de un milenio y medio⁸⁰⁰. Flaco favor le hizo, sin embargo, a César Baronio, quien en 1599 había escrito de él que era un historiador amante de la verdad y libre de fervor patriótico⁸⁰¹. Claro que el cardenal italiano tampoco había sido del todo cortés: se sirvió de un documento falso publicado por el gran amigo de Mariana, García de Loaysa, para desmentir que Santiago hubiera predicado y muerto en la Península Ibérica. El jesuita se vio en una situación comprometida entre sus criterios personales y

⁷⁹⁷ J. de Mariana, *De Aduentu Iacobi Apostoli Maioris in Hispaniam*, 10, p. 17: «Satis multa ni fallor, suppentunt externorum hominum in hac causa testimonia, ad nostrates sese conuertat oratio: quorum fides vacillare non debet, quod sit indigenae, sed potius existimare aequum est resuas melius habuisse, quàm alios, exploratas».

⁷⁹⁸ T. Tamayo de Vargas, *Flavio Lvcio Dextro*, p. 65v.

⁷⁹⁹ P. Mantuano, *Advertencias*, ed. de 1613, p. 111: «La principal causa de la publicacion de los discursos [escritos por el condestable de Castilla en 1605], fue lo que escriuio el Cardenal Baronio en el noueno tomo de sus Anales, y pues el no hizo sospechosa la fè de este lugar, podia el Padre Iuan Mariana de escusar de entrar en disputa de cosa tan recibida y assentada en su misma patria, alomenos no ayudandose con autoridades mas neruiosas».

⁸⁰⁰ Mariana había colaborado con García de Loaysa en rastrear los orígenes de la primacía de la iglesia de Toledo. Ver R. Kagan, *Clio and the Crown*, p. 257, y P. Jauralde, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, p. 248, quien describe a Mariana alineado con Loaysa en lo que concierne a la venida de Santiago.

⁸⁰¹ C. Baronio, *Annales ecclesiastici*, t. 8, Tipografía Vaticana, Roma, 1599, p. 590: «Sensit hoc atque sugillauit veritatis amator & pietatis optimus cultor, qui erudito stylo postremam manum apposuit rerum Hispanicarum historiae, Hispanus & ipse, sed affectu priuato carens, Ioannes Mariana dignus professor Societatis Iesu». Alonso de Andrade describe a un Baronio que se desvivió por conocer a Mariana, a quien envió cartas y llenó de elogios en sus escritos (*Varones ilvstres en santidad, letras y zelo de las almas*, p. 96). Las palabras de Baronio (¡el mismo que había armado el revuelo de Santiago!) fueron presentadas por Mariana en su defensa ante el tribunal que lo juzgó, para probar el prestigio del que gozaba. Ver *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota, Fiscal*, BNE, Ms. 2819, fols. 42r-43v.

los intereses colectivos. A pesar de todo, superó bien el trance: en el *De Aduentu* defendió la venida de Santiago, que era lo apremiante, sin negar la autenticidad de los documentos que hizo imprimir Loaysa y excusando al arzobispo Rodrigo de una sobresaltada parcialidad hacia Toledo frente a la iglesia compostelana y sus pretensiones de primacía⁸⁰². Este punto desenmascara buena parte de la comedia, por momentos drama, protagonizada por los protectores de la hispanidad apostólica. Esa interpretación que vemos en el *De Aduentu* (1609) sobre la actuación del arzobispo Rodrigo en el concilio de Letrán, es similar a la que ya había expuesto Mariana en su *Historia* en 1592 (XII 4, p. 573) y, para mayor claridad, en este pasaje de la *Historia* del jesuita se había apoyado el condestable de Castilla en sus *Dos discursos* (1605) para defender la venida de Santiago⁸⁰³.

En resumen, si Mariana se vio en prisión y perseguido no fue por su servicial labor historiográfica ni su híbrido criticismo en este terreno, sino por la estrecha mirada de quienes se encargaban de hacer funcionar la maquinaria del Estado. De lo paradójico de esta situación fue consciente Francisco de Quevedo (1580-1645)⁸⁰⁴. Hacia 1609 andaba el madrileño metido en la redacción de un texto en el que se hacía eco del arresto de Mariana, en esos momentos un acontecimiento conocido por todos en la capital. Quevedo, guiado por la acusación oficial, escribió unas palabras de reproche y denuncia acerca de la conducta del jesuita. Meses más tarde, esta vez llevado por la curiosidad, Quevedo viajó a Toledo y visitó a Mariana en la celda del monasterio en el que estuvo recluido hasta octubre de 1611. Allí se encontraría además con Tamayo de Vargas, y quién sabe si también con su antiguo profesor de latín, Jerónimo Román de la Higuera. Intercambió documentos y sobre todo palabras, probablemente en más de una ocasión, sobre letras y otros temas con Mariana. En algún momento Quevedo llegó a suprimir aquel párrafo y añadir este otro: «¿Quién de todas las naciones en la lengua propia y latina osa competir el nombre a Juan de Mariana?». El título de la obra manuscrita se explica por sí mismo: *España defendida y los tiempos de ahora, de las*

⁸⁰² J. de Mariana, *De Aduentu Iacobi Apostoli Maioris in Hispaniam*, 6, p. 11: «Rodericum Toletanum, qui meliora tempora, & maiorem lucem est assecutus, suspicabar infensum Compostellanae Ecclesiae, quae Toletanae primatum agnoscere recusabat, studio siluisse in historia, quaecumque eius dignitati patrocinari poterant».

⁸⁰³ J. de Velasco, *Dos discursos en que se defiende la Venida y Predicacion del Apostol Santiago en España*, pp. 71-72.

⁸⁰⁴ Sobre la relación entre Mariana y Quevedo puede leerse P. Jauralde, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, pp. 244-258.

*calumnias de los noveleros y sediciosos*⁸⁰⁵. La custodia de la nación, siempre alerta en la pluma de tan celebrados escritores⁸⁰⁶.

Por cierto, la tarea de Mariana no fue inútil: en 1628 el papa Urbano VIII restituyó la tradición jacobea, sin restricciones, en el *Breviarium*⁸⁰⁷.

9.4. La patria chica

Según Andrade, Mariana decía que «si toda España fuera vn anillo, su piedra preciosa auia de ser la Ciudad de Toledo»⁸⁰⁸. De haber negado la leyenda de Santiago y reafirmado las tesis de Loaysa sobre la primacía de Toledo, el jesuita verdaderamente hubiera encumbrado a la ciudad imperial. Pero esa postura iba en contra de ciertos intereses nacionales y, más en concreto, de lo que explícitamente le solicitaba el poder. No obstante, Mariana tuvo otras oportunidades en las que desplegar su apología por la patria chica, y no las desperdició. En el libro cuarto de su *Historia* el jesuita dedicó dos capítulos a la geografía de Talavera de la Reina, en la antigua Carpetania (IV 13-14). El localismo de Mariana, no obstante, también se observa en otros momentos de su obra. Al igual que Garibay y Morales enaltecieron en sus historias a Guipúzcoa y Córdoba, respectivamente sus lugares de nacimiento, Mariana hizo lo propio con la ciudad del Tajo y en especial con Talavera. Tanto les unía a estos tres historiadores ese sentimiento que, como tendremos oportunidad de ver en el caso de Mariana, cada uno de ellos se distanció de los otros dos cuando se trataba de su respectiva localidad. Antes de llegar al análisis de aquellos dos capítulos del libro cuarto sobre Talavera, repasemos algunas noticias previas de la Carpetania que el jesuita registra en su *Historia*.

9.4.1. Carpetania-Toledo

⁸⁰⁵ Un análisis de la Historia Antigua en esta obra, en V. Roncero, “Las fuentes humanísticas en la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la *España defendida*”, *La Perinola* 3 (1999), pp. 269-292.

⁸⁰⁶ La obra de Mariana le sirvió a Quevedo para defender a Santiago frente al compatronato con santa Teresa y la política económica de un nuevo valido, el conde-duque de Olivares. Como el jesuita, Quevedo fue juzgado por la Inquisición, encarcelado en un monasterio y su obra condenada en los índices de libros prohibidos. A. Azaustre, “Técnicas de argumentación retórica en *Su espada por Santiago*, de Francisco de Quevedo”, *Crítico* 71 (1997), pp. 105-115; M. Urí, “Juan de Mariana y Quevedo ante la Inquisición: *De monetae mutatione* y *El chitón de las tarabillas*”, *Voz y Letra* 8, 2 (1997), pp. 65-75.

⁸⁰⁷ E. Flórez, *España sagrada. Predicación de los Apóstoles*, t. 3, Revista Agustiniana, Madrid, 2002 (1748), pp. 83-84.

⁸⁰⁸ A. de Andrade, *Varones ilvstres en santidad, letras y zelo de las almas*, p. 412.

Siempre que en la narración de su *Historia* se le presenta una oportunidad, Mariana la aprovecha para dar rienda suelta a su parcialidad hacia Toledo. Al comienzo de la *Historia*, como era costumbre en las demás historias generales de España, Mariana realiza una descripción geográfica de la Península Ibérica. El espacio que en ese apartado ocupa la Carpetania es desproporcionado, sobre todo en comparación con las escasas líneas que el jesuita le dedica a la Bética, de un número casi similar a las que describen Talavera. Destacan, además, las palabras laudatorias que utiliza Mariana para referirse a Toledo, «luz y fortaleza» de España (I 4). Este tipo de comentarios son comunes en la *Historia*. Más adelante, incrementando la trascendencia de las palabras de Polibio, Mariana señala que los carpetanos «en muchedumbre sobrepujaua los demas pueblos de España» (II 9)⁸⁰⁹.

Estas que vemos son apreciaciones generales y explícitas de Mariana. En su *Historia* también las hay más concretas y discretas pero no por ello menos elocuentes. En un momento de la narración del proceso de conquista romana peninsular, Morales señala en su *Crónica* cómo a comienzos del siglo II a. C. Fulvio Nobilior se apoderó de Toledo tras una victoria militar frente al rey Hilermo. Morales, quien sigue aquí a Tito Livio⁸¹⁰, advierte además que esta es la primera vez que hallamos en la historia romana el nombre de *Toletum*, lo cual, piensa el cordobés, desmiente las «fábulas» que existían en la historiografía española acerca de la fundación antigua de la ciudad⁸¹¹. Mariana, en su relato, sigue en esta parte la *Crónica* de Morales, pero curiosamente el jesuita no menciona al rey Hilermo, del que podría haber especulado muchas verdades a medias ya que ciertamente Livio lo sitúa como monarca en Toledo. Mariana pudo no estar interesado en destacar la figura de aquel primitivo ancestro que, en definitiva, fue derrotado por los romanos. Tampoco Mariana se animó a subrayar, como hizo Morales, que de esa época databan las primeras noticias antiguas de Toledo (II 26). Lo cual no significa, no obstante, que al jesuita le agradaran más las otras tesis conocidas sobre la fundación de Toledo.

Cuando Morales desacredita las teorías de la fundación de Toledo, habría de pensar en las desarrolladas, entre otros, por Benito Arias Montano y Esteban de Garibay. El extremeño Arias Montano había vinculado el topónimo *Tholedoth* en

⁸⁰⁹ En el mismo contexto de lucha cartaginesa en la Meseta central, Polibio señala: «los carpetanos, que quizá sea el pueblo más poderoso de aquellos lugares» (III 14, 2). Sobre Carpetania, J. Alvar, C. Blázquez y J. A. Pereira (eds.), *Toledo y la Carpetania en la Edad Antigua*, Colegio Universitario, Toledo, 1990.

⁸¹⁰ T. Livio XXXV 7, 8; 22, 7-8.

⁸¹¹ A. de Morales, *Crónica* VII 12-13.

hebreo, “generaciones” o “familias” a un antiguo establecimiento de población judía, después de la invasión asiria de Jerusalén, en Toledo y en otras partes de la Península Ibérica⁸¹². Esta hipótesis gozaría de cierta popularidad, sobre todo entre aquellos que descendieran de familia hebrea. El cronicón de Dextro que a finales del siglo XVI difundió Román de la Higuera, quien probablemente era de linaje converso⁸¹³, confirmó la creencia, discutida en la época, de que aquellos antiguos judíos toledanos protestaron en el siglo I la condena de Cristo mediante carta a Jerusalén⁸¹⁴.

Por el mismo tiempo en que Arias Montano preparaba la publicación de sus *Commentaria*, se reunía con Garibay en Amberes y ayudaba al guipuzcoano a imprimir su *Compendio historial* en la casa de Plantino⁸¹⁵. Garibay defendió en su obra la tesis de Montano y afirmó que con la llegada de Nabucodonosor a la Península Ibérica se esparcieron por el territorio contingentes de persas, caldeos y judíos, siendo estos últimos los fundadores de Toledo. Esta no es más que una de las vías por las que Garibay pretende vincular la historia de España con la bíblica, con lo que se trata de un recurso apologético, ni mucho menos un agravio a la sagrada historia nacional. Por eso a continuación el guipuzcoano rechaza como algo «fabuloso», y con ello se distancia de las teorías que alcanzaron incluso a los cronicones, el que los judíos toledanos no hubieran aprobado la muerte de Cristo⁸¹⁶.

⁸¹² B. Arias Montano, *Commentaria in dvodecim prophetas*, Plantino, Amberes, 1583 (1571), p. 414.

⁸¹³ J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, pp. 168 y 172-174; J. Martínez, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, p. 88; J. Gil Fernández, “Judíos y conversos en los falsos cronicones”, en A. Molinié y J. P. Duviols (dirs.), *Inquisition d’Espagne*, Université de Paris-Sorbonne, París, 2003, pp. 42-43. Juan Gil cree ver en la posición de converso de Higuera una de las claves para explicar las falsificaciones del jesuita: «A los cristianos viejos se les dora la píldora atiborrándolos de santidades nunca vistas ni oídas; pero si se tragan ese tan apetecible cebo, los mismos cristianos lindos han de admitir también las glorias inmarcesibles de la judería española, glorias que a su vez enaltecen y subliman a los conversos» (p. 43). En general, R. Marycks, *The Jesuit Order As a Synagogue of Jews. Jesuits of Jewish Ancestry and Purity-of-Blood Laws in the Early Society of Jesus*, Brill, Leiden, 2010.

⁸¹⁴ J. Calderón (ed.), *Fragmentvm Chronici, sive Omnimoda Historiae Flavii Lvcii Dextri Barcinonensis, Cum Chronico Marci Maximi*, p. 6: «Iudei Hispani (maximè Carpetani, qui litteras Hierosolymorum petentium ab iis assensum in mortem Christi; missis litteris exhortantes libentissimè praedicationem Sancti Iacobi percipientes conuertuntur». La carta que se pensaba de los judíos de Toledo a Poncio Pilato se puede encontrar transcrita en J. Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*, M. Díaz, Madrid, 1848, pp. 4-5. Más información en J. Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, t. 1, 4ª ed., Istmo, Madrid, 2000, pp. 48-49.

⁸¹⁵ Montano había viajado a Amberes con una instrucción real para imprimir la *Biblia Regia*. La instrucción puede leerse en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. LXXXVII-XC. Véase además A. Alvar, “Dos humanistas cara a cara. Ambrosio de Morales y Benito Arias Montano”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011, pp. 3-13: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/ambrosio-de-morales-biografia> (consultado el 19 de junio de 2012).

⁸¹⁶ E. de Garibay, *Compendio historial* V 4. Ver D. Reyre, “Topónimos hebreos y memoria de la España judía en el Siglo de Oro”, *Criticón* 65 (1995), p. 40.

Mariana, por su parte, mostró escepticismo con respecto al establecimiento de poblaciones judías en la Península Ibérica. Al poblamiento en el siglo I alude de pasada⁸¹⁷. En cuanto a Nabucodonosor, acepta su presencia en territorio peninsular y con él la de poblaciones judías, pero no aprueba la hipótesis de una fundación hebrea de Toledo basada en la toponimia de la ciudad⁸¹⁸. De esta manera, el jesuita no llega a precisar a qué momento se remonta la historia más antigua de Toledo, una cuestión ¿la *Tholedoth* hebrea antes de la *Toletum* romana? que preocupó a buen número de sus contemporáneos. Esa fluctuación de Mariana puede no ser azarosa. Para dotar a la ciudad de mayor prestigio, Mariana estaría interesado en concebir la fundación de Toledo en una etapa anterior a la romana. Sin embargo, a diferencia de Garibay quien presumía de tener a Túbal como fundador de las tierras vascas y su lengua, la conocida tesis de unos orígenes hebreos de Toledo tampoco llegaría a satisfacer del todo los deseos de nuestro jesuita. En contraste, Mariana aprobó una etimología hebrea de la Bética, dada la densa ocupación («muchas caserías, villas y lugares») de las riberas del río que cruza esa región y «porque Betis y Beth, en Hebreo es lo mismo que casa» (I 7). En este último caso el jesuita se acercaba más a las hipótesis de Montano y Garibay⁸¹⁹.

9.4.2. *Elbora-Talavera*

Otro debate sostenido en la segunda mitad del siglo XVI giraba en torno a la identificación de la ciudad de *Elbora*, el lugar del que procedían los santos Vicente, Sabina y Cristeta. La discusión dividía a quienes vinculaban aquella localidad con Talavera, en Toledo, o con Évora, en Portugal. Morales hizo una breve reseña de este dilema⁸²⁰, pero Mariana, al llegar a ese punto de la narración, hace un alto en el camino

⁸¹⁷ Tras el sometimiento de Judea en tiempos del emperador Vespasiano, Mariana, sin estar convencido, señala que una parte de los judíos cautivos fueron enviados a la Península Ibérica, en concreto a Mérida: «*vero an mendacio non disputamos*» (I 4, p. 143).

⁸¹⁸ «*Toleti vocem à Tholedóth deriuatam, quod nomen Hebraeis progenies familiasque significant quae magno numero eius vrbis fundamenta posuerint. Quam opinionem neque refellere operae pretium est, neque probare animus, cum leui coniectura nixa sit, neque veterum scriptorum fide auctoritateque fulciatur*» (I 17, p. 31).

⁸¹⁹ La traducción que utiliza Mariana la encontramos ya en Montano: «Beth, domum significat» (*Commentaria in dvodecim prophetas*, p. 157), y la etimología hebrea del río Betis, aunque con el significado de «cosa honda», en Garibay (*Compendio historial* III 4).

⁸²⁰ A. de Morales, *Crónica* IX 12.

y abre un excursus, en dos capítulos, sobre el tema concerniente a su patria chica (IV 13-14)⁸²¹.

La disputa se había encrespado a raíz de que el portugués André de Resende contestara a una carta que le había enviado Bartolomé de Quevedo. La carta de este racionero de Toledo no la conservamos, pero por la respuesta de Resende podemos deducir que le escribió a éste sobre hagiografía española, acerca de lo cual pensaba escribir una obra, y en concreto sobre la ubicación de *Elbora*. Resende publicó su epístola el mismo año que le escribió a Bartolomé de Quevedo, en 1567, reivindicando la procedencia portuguesa de los santos Vicente y sus hermanas⁸²². Encendió así los ánimos de quienes no recibieron bien ni esa afirmación ni las críticas del portugués a determinados historiadores españoles tales como Lucas de Tuy o Florián de Ocampo. Aunque Bartolomé de Quevedo falleció en 1569, la reacción se canalizó a través de otro personaje, Bartolomé Frías Albornoz⁸²³. La extensa carta de este jurista talaverano se fecha en torno a 1571 y se conserva, incompleta, en un manuscrito de 54 folios en la Biblioteca Nacional⁸²⁴. Llena de vituperios a Resende, a pesar de que por cartas anteriores sabemos que se admiraban mutuamente, Albornoz defendió en aquélla la identificación de *Elbora* con la actual Talavera⁸²⁵. En adelante, sobre este debate se sucederán las opiniones opuestas basadas, en muchos casos, en ilusiones patrióticas más que en análisis historiográficos⁸²⁶.

Mariana no podía escapar de este asunto que le quedaba tan cercano y que, al mismo tiempo, se había torcido en una controversia que urdía en los sentimientos

⁸²¹ El texto de la edición latina es aún más largo, pues Mariana reproduce las palabras de Tito Livio y el obispo Braulio (IV 13-14, pp. 162-164 y 168-169 respectivamente), de las que nos priva en la edición castellana.

⁸²² La carta de Resende a Quevedo la incluye el portugués en su *L. Andr. Resendii Carmen endecasyllabon ad Sebastianum regem serenissimum*, I. Barrerae, Lisboa, 1567, fols. 9-38. En 1603 se inserta en la *Hispaniae Illustratae*, t. 2, pp. 1003-1021. Cuenta con una edición moderna a cargo de V. Soares, *Carta a Bartolomeu de Quevedo*, Universidad de Coimbra, Coimbra, 1998. La misma autora publicó antes “Os Castelhanos segundo André de Resende. (Na *Epist. Ad Bartholomaeum Kebedium*)”, *Diacritica* 1 (1986), pp. 147-166. Resende, por otra parte, confirma el origen evorense de Vicente y sus hermanas en su *História da Antiguidade da Cidade de Évora*, cap. IX.

⁸²³ Sobre Frías Albornoz, véase J. Toribio Medina, *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)*, Impreso en casa del autor, Santiago de Chile, 1898, p. 378.

⁸²⁴ *Carta del Doctor Frías de Albornoz natural de Talavera contra el Maestro Andrés Resende Portugues natural de Eborá, y contra la carta que el dicho Maestro Resende imprimió y embió al licenciado Bartholomé de Quevedo, racionero de Toledo: pruébase principalmente que Talavera se llamó antiguamente Evora y que de ella fue natural San Vicente de Ávila y cuéntase las alabanzas de Talavera*, BNE, Ms. 5556/1, fols. 1-54. En la misma Biblioteca existe también una copia en el Ms. 6947/2, fols. 284-334.

⁸²⁵ V. Soares, “André de Resende e os portugueses segundo Bartolomeu Albornoz”, *Humanitas* 43 (1991), pp. 91-108.

⁸²⁶ Un repaso de algunos de los autores, obras y sus distintas opiniones se puede encontrar en D. Devoto, “Berceo antes de 1780”, *RABM* 79, 4 (1976), pp. 823-826.

nacionales. Los argumentos que despliega en su *Historia*, así como los hechos y fuentes a los que remite, conectan plenamente con los términos de aquella discusión que el jesuita, por tanto, debía conocer. En la exposición de Mariana, donde defiende que la antigua Talavera fue el lugar que vio nacer a los mártires Vicente, Sabina y Cristeta⁸²⁷, podemos distinguir al menos tres momentos distintos. En primer lugar, el jesuita discute las cuestiones que habían sido suscitadas en la correspondencia entre Quevedo y Resende, en concreto sobre ciertos pasajes de las obras de Tito Livio, Ptolomeo, el obispo Braulio o el moro Rasis (IV 13-14)⁸²⁸. Por otro lado, parece que Mariana también responde a la *Crónica* de Morales. Éste se inclinó con timidez por la tesis que representaba su colega Resende, considerando que la toponimia antigua de Talavera no se conocía, a diferencia de la Évora portuguesa, cuyo nombre aparecía corrompido como *Elbora* en los concilios eclesiásticos y en las monedas de época visigoda⁸²⁹. Mariana procede con la misma modestia que Morales al reconocer que sus razonamientos no son concluyentes⁸³⁰, pero acto seguido relativiza el valor como prueba de aquellos concilios y monedas y finaliza especulando sobre la toponimia antigua de Talavera (IV 13), el punto débil que Morales había resaltado de la tesis talaverana. Un tercer y último momento en la composición de Mariana se efectúa ya en la edición de su *Historia* de 1623. Fuera o no por mano del jesuita, el cronicón de Dextro vino en auxilio de sus argumentos al afirmar que los mártires Vicente, Sabina y Cristeta nacieron en «Eborensi oppido Carpetaniae» (IV 13, ed. de 1623)⁸³¹.

9.5. De Roma a Toledo: el horizonte godo

Si echamos una mirada hacia atrás recordaremos que, para Mariana, los romanos penetraron en la Península Ibérica durante el conflicto que sus habitantes mantenían con

⁸²⁷ También en el prólogo al *De rege et regibus institutione*, pp. 1-2.

⁸²⁸ Entre sus papeles personales se halla un documento en el que, principalmente, Mariana aborda las cuestiones sobre la identificación de *Elbora* con Talavera y el tratamiento de ésta en la crónica del moro Rasis (Ms. Egerton 1875, 35). La obra de éste la había traído a colación Resende en su carta a Quevedo, y alguna de las referencias de aquél que proporciona el portugués, como es la de la construcción de las murallas de Talavera (Carta de Resende a Quevedo, en *Hispaniae Illustratae*, t. 2, p. 1010), la incorpora Mariana en su *Historia* (IV 14).

⁸²⁹ A. de Morales, *Crónica* X 12.

⁸³⁰ «Haec sunt partis aduersae praesidia. quae verbosior fuit, an verior, syncero animo lector diiudicet: si quid nostrū testimonium iuuat, sic nos certè putabamus» (IV 13, p. 166). «Estas son las razones que militan por la parte de Talavera: largas en palabras, si concluyentes, el lector con sosiego y sin pasión lo juzgue y sentencie. Si nuestro parecer vale algo, así lo creemos» (IV 13).

⁸³¹ J. Calderón (ed.), *Fragmentvm Chronici, sive Omnimoda Historia Flavii Lvcii Dextri Barcinonensis, Cum Chronico Marci Maximi*, p. 44, año 300.

los cartagineses, quienes la tiranizaban. Una vez que estos últimos fueron expulsados, comienza la conquista romana sistemática del territorio, la cual choca contra la enérgica resistencia de los pueblos peninsulares. Las fuerzas de éstos fueron seriamente debilitadas en el episodio de Numancia, y aquella empresa de liberación nacional se relegó a un segundo plano a partir del reinado de Augusto. Desde entonces los hispanos se asimilaron cada vez más a la cultura romana, y gozaron de una paz que «reparaua y recompensaua los daños del tiempo passado» (IV 4). Sobre todo, formaron parte de la cristiandad, la cual era en buena medida responsable de esa *pax augusta* y que a partir de ese momento se extendió por el mundo romano, con especial fuerza en la Península Ibérica. En adelante, los hispanos sólo reanudan sus luchas esporádicamente y más a título personal que colectivo, usando el ropaje cristiano en lugar del de libertadores de la patria. Su situación se ve favorecida cuando los símbolos de la religión cristiana se asocian con los estandartes imperiales (IV 16), pero eso no minimiza el grado de opresión al que los sometían los romanos desde que emprendieron la conquista de la Península Ibérica con el ánimo de «ensanchar su señorío, y a su prouecho» y no, como bien entendieron los españoles entonces, «restituyellos en su libertad» (II 25).

De manera que la esencia española, basada en la libertad prístina de los mismos, permanece oprimida durante esos siglos de historia imperial romana, sin que se manifieste mediante brotes de rebelión pero sí prestando su apoyo a la causa cristiana. El tránsito del dominio romano al visigodo en la Península Ibérica supone una cierta descarga, ya que los «Españoles tenían por mejor esta nueva seruidūbre que el imperio de los Romanos y su seueridad» (V 1). La nueva desgracia de esos españoles, por naturaleza libres y ahora además preñados de fe en Dios, viene de «la peste de los Arrianos» que inficionaba a los godos (V 2). Con la conversión al catolicismo de Recaredo, quien también hizo de Toledo «la silla de su imperio» (V 15), «vna nueva y clara luz amanecía sobre España», dice Mariana al comienzo de un nuevo libro (VI 1). Este es el contexto en el que el sujeto de la *Historia*, el pueblo español, halla su modelo adecuado de gobierno, de manera que desde «Recaredo, sin jamas faltar la linea, descenden los reyes de España» (VI 1)⁸³². Nuevos avatares históricos, en especial el largo período de dominio peninsular de los musulmanes, forzarán un nuevo repliegue de aquella esencia, para brotar con más fuerza si cabe desde finales del siglo XV.

⁸³² También A. de Morales, *Crónica* XI 1.

10. CONCLUSIONES: MARIANA HISTORIADOR DE LA ANTIGÜEDAD

Una vez analizadas cada una de las partes que componen la Historia Antigua en la obra de Mariana, pasamos a esbozar algunas consideraciones generales sobre la misma.

10.1. Cómo construir una historia general de España

10.1.1. “Levantar una fábrica”

Mariana afirmó en repetidas ocasiones que su propósito no fue hacer historia de España, sino poner en orden y estilo «lo que otros tenían juntado, como materiales de la fábrica que pensaba levantar»⁸³³. No parece una casualidad el hecho de que todas las veces que expresó una idea similar lo hizo en respuesta a los comentarios de sus críticos. Hugh Blair cree que se trata de una excusa con la que el jesuita pretendió evadir la responsabilidad de los errores que contenía su obra, pues no tiene sentido que uno escriba una historia simplemente para organizar materiales⁸³⁴. Detrás de esa labor hay una intención y un plan historiográficos. En efecto, Mariana no sólo ordena información, sino que también crea ideas. Su principal aportación es la de construir una historia nacional, proyectar hacia el pasado los ideales del presente del autor. Ese es el hilo que atraviesa su *Historia* de principio a fin y del que cuelgan los numerosos hechos que la componen.

En todo caso, el jesuita no miente cuando dice que su tarea principal ha sido la de compilar. Ciertamente, si comparamos la actividad investigadora de Nebrija, Ocampo o Morales con la que subyace en la *Historia* de Mariana, la de este último está en un nivel inferior. No obstante, la compilación es un ejercicio bien enraizado en la

⁸³³ Carta a Ferrer: «Verdad es que yo no pretendi hazer la historia de España sino poner en estilo lo que otros auian juntado contentándome con seguillos sin aueriguar todos los particulares que fuera nunca acabar» (en G. Cirot, *Mariana historien*, apéndice V, 2). Carta a Lupercio Argensola: «yo nunca pretendi hacer Historia de España, ni exâminar todos los particulares; que fuera nunca acabar; sino poner en estilo y en lengua Latina lo que otros tenían juntado, como materiales de la fabrica que pensaba levantar» (en J. Pellicer, *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, p. 59). Respuesta a Mantuano: «mi intento no fue hacer Historia, sino poner en orden y estilo lo que otros habían recogido, como materiales de la fábrica que pensaba levantar» (en V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, p. XCIII).

⁸³⁴ H. Blair, *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, t. 3, pp. 256-257.

práctica del historiador del siglo XVI. Recuérdese el título de la obra de Garibay. En el fondo, la compilación responde a la continua pretensión de los órganos del poder por oficializar un discurso histórico⁸³⁵. Por eso los antecedentes de la historiografía moderna no solamente se encuentran en los cronistas medievales que escriben para sus respectivos señores, sino que como mínimo se remontan a los historiadores del mundo grecorromano⁸³⁶. Fabio Píctor es considerado el primer historiador romano y, según Momigliano, el modelo último de aquellos humanistas que acuden a los autores clásicos para crear una historia nacional⁸³⁷. La analística, como se conoce al género que inaugura Píctor, subsiste en la práctica historiográfica a lo largo de toda la historia romana. Tito Livio o Tácito narran la sucesión de los hechos año por año y por regiones, con lo que hay momentos que de una determinada provincia, por ejemplo Hispania, no tienen nada que contar. La huella de esa forma de historiar está también presente en los anales que componen los cronistas medievales. La parte sobre la Antigüedad de la historia de España de Alfonso X es, básicamente, una selección de los datos concernientes a la Península Ibérica que transmiten las fuentes clásicas. Esta forma de proceder es característica del rey Sabio tanto como de Ambrosio de Morales. La división en numerosos capítulos cortos resultado de la progresiva acumulación de noticias que se observa en la *Historia* es un reflejo del peso de esa tradición.

10.2. Situarla en el tiempo

La cronología, por tanto, es uno de los pilares con los que se construye una historia patria. En el siglo XVI, la periodización de la Historia Antigua depende tanto de la literatura clásica como de los escritos bíblicos. Esos textos contienen la referencia temporal desde la que los historiadores modernos establecen hechos paralelos ocurridos en la Península Ibérica. El relato bíblico funciona principalmente como horizonte fundacional. En cuanto a la literatura grecorromana, se rememoran acontecimientos destacados de esas fuentes que sirvan como cómputo del tiempo. Así, por ejemplo, las vidas de los últimos reyes primitivos coinciden en el tiempo con la guerra de Troya, en

⁸³⁵ Mariana es consciente de ello cuando señala, en el prefacio a su *Historia*, «que las coronicas de los reynos estan por cuenta de los reyes, y a su cargo».

⁸³⁶ La importancia de los modelos clásico y medieval en la historiografía española de los siglos XVI y XVII es estudiado en O. Rey Castelao, “El peso de la herencia: la influencia de los modelos en la historiografía barroca”, *Pedralbes* 27 (2007), pp. 35-58.

⁸³⁷ A. Momigliano, “Fabius Pictor and the Origins of National History”, en *The Classical Foundations of Modern Historiography*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 80-108.

el caso de Gárgoris (I 12), o con el gobierno de David en Judea, en el caso de Habis (I 13).

Pero estos paralelos con la Historia Antigua no solo tienen una finalidad didáctica que consiste en dotar a la historia de la Península Ibérica de una cronología. Su empleo por parte de los historiadores españoles responde también al ánimo por establecer un pasado nacional capaz de rivalizar con los de otras potencias europeas. Desde esta perspectiva, es significativo que el primer rey de la *Historia* de Mariana, Gerión, se corresponda en el tiempo con el del primer rey egipcio, una forma de equiparar la historia hispana con la egipcia que, como relatan las fuentes clásicas, pasaba por ser la de mayor antigüedad. Sobre todo es importante que el pasado español no se sitúe a la zaga del italiano, con lo que se recuerda que la fundación de Roma tiene lugar cuando la Península Ibérica ya cuenta con siglos de historia (I 15).

Por otro lado, Mariana, más específicamente, señala en el prólogo de su *Historia* la exactitud con la que ha cuidado el aparato cronológico⁸³⁸. Aquí el jesuita ha de pensar sobre todo en la historia posterior a la de los tiempos antiguos. Mariana hizo algunos progresos con respecto a las equivalencias entre distintos sistemas de datación con los años cristianos, temas que estudió detenidamente en su *Tractatvs septem*. Pero en su *Historia*, en particular en la parte de Historia Antigua, todo ese esfuerzo está ausente. Él mismo reconoce en algunos lugares del texto que no presta demasiada atención a la precisión cronológica⁸³⁹. Muy al contrario que Ocampo y Morales. En ocasiones, el jesuita mezcla formatos cronológicos diferentes. En los dos libros primeros se pueden encontrar fechas según el sistema griego, romano y cristiano. Prioritariamente utiliza el cómputo romano, es decir, a partir de la fecha de fundación de Roma. Pero se trata de un modismo propiamente humanista para una historia escrita en latín, pues en realidad las cifras remiten a la *Crónica* de Ocampo y Morales en las que se usa el sistema cristiano.

10.3. Situarla en el espacio

Si la cronología es importante para crear una historia nacional, no lo es menos la geografía a la que se asocia todo ese esquema temporal. El historiador, desde su

⁸³⁸ «*temporibus designandis superstisiose sape sudatum est*».

⁸³⁹ Por ejemplo, en II 26: «*Plvres deinceps Praetores missi sunt in Hispaniam. Quorū nomina adscribere visum est, temporibus neque accurate designatis*». Sobre las faltas en la cronología antigua de la *Historia*, V. Noguera, “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, pp. XLVII y LXV.

perspectiva del presente, establece unos límites espaciales a través de los cuales se identifica con la antigüedad del territorio. Mariana coloca la descripción geográfica de la Península Ibérica al principio de su obra (I 2-4). Se trata de lo que Julio Caro Baroja denominó «descripción laudatoria canónica»⁸⁴⁰, es decir que estamos ante una práctica generalizada en la historiografía. En efecto, los elementos geográficos quedan fuera de la diacronía histórica pero constituyen un apartado ineludible en las historias generales. Con ello se pretende mostrar la autonomía de la nación desde una perspectiva demográfica que se aúna a la vieja idea de las riquezas naturales inagotables de la Península Ibérica, idea transferida desde la literatura clásica y que reaparece en Isidoro de Sevilla bajo la fórmula de una Hispania autosuficiente⁸⁴¹.

En este tipo de historia, a la geografía se vinculan aspectos de naturaleza lingüística y etnográfica. Los capítulos sobre las lenguas y las costumbres de los españoles están igualmente al principio de la obra de Mariana (I 5-6). Con ello se pretende definir al sujeto de la *Historia* en su conjunto, por eso aquí Mariana no duda en hablar de los españoles sin diferenciar el pasado del presente. Se entiende que los rasgos que singularizan al pueblo español, tales como la observancia de la religión, en esencia son inmunes al paso del tiempo.

10.4. Dotarla de voz y forma

El espacio y el tiempo forman el almacén de la fábrica que Mariana pretende levantar. Pero esa estructura precisa de otros elementos que le den pulso, tensión y vivacidad a un relato histórico. Es decir, requiere de recursos que ayuden a mantener la atención del lector y, sobre todo, a permeabilizar la transmisión de ideales. Esto constituye el estilo de la obra, aspecto en el que más parece estar interesado Mariana⁸⁴².

Aunque el jesuita extraiga los materiales con los que rellenar su trabajo en las obras de Ocampo, Morales o Garibay, sus modelos de escritores los encuentra en la cultura clásica. A diferencia de sus compatriotas, él escribe en latín de acuerdo con las

⁸⁴⁰ J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, p. 95.

⁸⁴¹ El papel que desempeña la geografía antigua en la historiografía ha sido bien estudiado por Gonzalo Cruz Andreotti. Véase, por ejemplo, los dos volúmenes que edita junto con P. Le Roux y P. Moret, *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I-II*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga-Casa de Velázquez, Málaga-Madrid, 2006-2007.

⁸⁴² Sobre el estilo en la *Historia*, véase G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 362-390, y algunos de los trabajos de Fernando Martín, entre ellos: “Juan de Mariana, humanista y filólogo”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 3 (1975), pp. 237-245; “Las preposiciones latinas en tres escritores hispanos del siglo XVI”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 5 (1977), pp. 55-92.

pautas marcadas por historiadores humanistas como Virgilio Polidoro o Paolo Emilio, cuyas obras también conoce. Cicerón, cuyos postulados sobre el estilo histórico menciona Mariana en su prólogo, fue sin duda una fuente de inspiración para el jesuita. Pero los préstamos ciceronianos, más que en la *Historia*, se dejan notar en otro tipo de escritos de la obra de Mariana, por ejemplo en su *De morte et immortalitate* (1609)⁸⁴³. Entre los historiadores romanos, los estilos que más celebra el jesuita son los de Julio César, Salustio, Tito Livio y Tácito⁸⁴⁴. De ellos, la obra de Livio es la que más se ajusta al tipo de historia que escribe Mariana. Además, es un texto que el jesuita lee y usa para completar espacios de su *Historia*. No obstante, a la hora de poner la información sobre el papel, Mariana escribe con naturalidad frases cortas, a veces gramaticalmente independientes, en un estilo que recuerda a Tácito.

Un recurso característico de los antiguos historiadores griegos y romanos es el de la introducción de discursos que den voz a los personajes. El humanismo recupera este procedimiento clásico al que Mariana también recurre con frecuencia. En la *Historia* se pueden leer decenas de discursos en estilo directo, la mayoría de ellos arengas militares. La parte de Historia Antigua, no obstante, solamente contiene tres discursos (I 18 y III 10). Aun así, esos discursos son para nosotros de gran relevancia dado que, al ser total o parcialmente inventados por Mariana, expresan con claridad los ideales y valores que el jesuita pretende transmitir.

10.2. Las fuentes de información

Junto a la vertiente estética está la erudición del legado clásico. La obra de Mariana en su conjunto muestra que su autor conoce en profundidad la Historia Antigua y sus fuentes. En el *De rege*, lleno de referencias a los clásicos, utiliza la Antigüedad como *magistra vitae* de la que extraer los ejemplos que guíen la instrucción del príncipe. En el *De ponderibus et mensuris* Mariana se sumerge en la vida económica del mundo romano. En el *De spectaculis* rastrea los orígenes del teatro y las representaciones públicas en Grecia y Roma. El *De morte et immortalitate* muestra que el jesuita está bien familiarizado con el género de la *consolatio* y con las obras de

⁸⁴³ F. Martín, “El diálogo ‘De morte et immortalitate’ de Juan de Mariana y las ‘Tusculanae disputationes’ de Cicerón”, *Helmantica* 34 (1983), pp. 415-442.

⁸⁴⁴ *De rege et regibus institutione*, II 6, p. 171. Las preferencias de Mariana se corresponden con los gustos de la época: P. Burke, “A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700”, *History and Theory* 5, 2 (1996), pp. 135-152.

quienes practicaron el diálogo filosófico como Platón, Aristóteles, Cicerón o Séneca. Al trabajar sobre la *Biblioteca* de Focio entra en contacto con los textos inéditos de decenas de escritores antiguos. En fin, el *De monetae mutatione* está también colmado de referencias clásicas: Mariana toma del brazo a Platón o a Tácito para caricaturizar a los hombres más poderosos de su tiempo.

De todo este bagaje clasicista de Mariana parece que escapa, paradójicamente, su *Historia*. En esta última, en comparación con los escritos arriba mencionados, las referencias a los autores grecorromanos son limitadas. En buena medida porque la obra es dependiente de otras historias generales de España, lo que significa que muchas de las citas de la *Historia* ni son originales ni han sido verificadas por el autor. Esto explica que esas referencias sean además superficiales, o dicho de otra manera, en la inmensa mayoría de los casos Mariana sólo nos ofrece el nombre de un autor, sin indicar a qué obra ni aún menos a qué número de libro o de capítulo alude. Esto no sólo contrasta con la metodología más precisa y detallada que usa, por ejemplo, Morales, sino con los otros escritos del propio Mariana.

De esta circunstancia se deducen varias cosas. En primer lugar, las habilidades de Mariana como historiador de la Antigüedad no se pueden valorar únicamente a partir de la que fue su obra histórica por antonomasia. En su *Historia*, la erudición clásica del jesuita se refleja sobre todo en el estilo literario. Ahora bien, esta misma circunstancia ayuda a comprender cuál es el verdadero significado de la *Historia*. Esta se nos presenta como una obra deliberadamente concebida para ser ampliamente divulgada y fácilmente leída. Con esta intención se corresponde también el bajo nivel crítico del texto, en comparación con otros estudios de Mariana.

Con todo, para conocer las principales fuentes de información de la *Historia* tenemos que volver la mirada al siglo XVI. Mariana construye su obra a partir de los materiales que le ofrecen Ocampo, Morales y Garibay. No obstante, al zamorano sólo lo menciona dos veces (I 16 y II 15), al segundo una (III 14) y al tercero ninguna⁸⁴⁵. El humanista Mariana prefiere dejar constancia de los nombres de historiadores griegos y romanos antes que los de sus compatriotas, razón por la cual también convierte las fechas en formato cristiano que lee en la *Crónica* al antiguo sistema de datación romano.

⁸⁴⁵ J. Caro Baroja cree ver en la *Historia* alusiones a Garibay que muestran la animadversión de Mariana hacia el guipuzcoano (*Los vascos y la historia a través de Garibay*, pp. 189 y 191).

10.3. La filosofía del proyecto

En el prefacio a la *Historia* se afirma que la verdad es *prima lex historiae*. Esto parece una formalidad vacía de significado, pues creemos que la obra de Mariana no se ajusta a unos parámetros de verdad histórica⁸⁴⁶. En primer lugar, la actitud de Mariana recuerda en muchos casos a la inseguridad de Heródoto. Como éste, el jesuita ofrece informaciones de las que duda de su veracidad, presenta versiones distintas de los hechos y somete a la consideración del lector el decidir cuál es la correcta. Esta postura, que puede interpretarse como saludable, es en general una falta de interés por dilucidar la verdad de los acontecimientos. Piénsese, por ejemplo, en la localización de Tarsis, con respecto a la cual Mariana deja abierta las hipótesis que la sitúan en África, Asia, e incluso aquella que la relaciona con la Península Ibérica a través de Tarteso (I 2, 15, 18 y XXVI 20).

Por otro lado, en el siglo XVI ya está consagrado el principio según el cual las fuentes son las que determinan la veracidad de los hechos. Un historiador como Morales se esfuerza por crear un método crítico que le permita determinar el valor y la naturaleza de las distintas fuentes. Un historiador como Ocampo evita cualquier tipo de aparato crítico pero utiliza las fuentes, reales o por él mismo inventadas, como base a partir de la cual componer una historia gloriosa de España. Mariana no avanza en ninguno de los dos sentidos. Aparenta atenerse al axioma de que la realidad del pasado es la que se corresponde con la de las fuentes. Pero en realidad el jesuita pone tierra de por medio entre los documentos y la historia, y en cada nuevo paso que da en su *Historia* actúa de manera impredecible. De la lista de reyes primitivos de España que divulga Annio de Viterbo, acepta aproximadamente la mitad de ellos, aquellos que cree poder asociar con los textos clásicos. Lo cierto es que aquí Mariana no consulta a los autores grecorromanos en los que pretende apoyarse, e incluso aporta informaciones que no se encuentran en sus obras. Desde esta perspectiva, Mariana podría haber aceptado a todos aquellos reyes de la misma forma que los podría haber rechazado. La híbrida crítica que aplica a Annio no responde a una metodología o a una epistemología histórica. Más bien, parece una consecuencia de otros factores entre los que se pueden barajar: la indolencia del jesuita, su intención por situarse en una posición intermedia en el problema sobre la historia primitiva de España, etc.

⁸⁴⁶ Cf. F. Martín, “Verdad y objetivismo en la ‘Historia de rebus Hispaniae’ de Juan de Mariana”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 4 (1976), pp. 15-28.

Si hay algún criterio común que guíe a Mariana en el bosque de la historia, ese es el de la utilidad. En tanto que el jesuita considere que creer en un hecho es algo útil, esto es motivo suficiente para narrarlo y defender su veracidad. Buscar fuentes, de la naturaleza que sean, en las que corroborarlo, es para Mariana una formalidad de la época de importancia secundaria.

Un fiel cristiano como él ve el pasado como un manual de educación moral. La utilidad de la historia viene dada por los valores que transmite. Para Mariana, es de capital importancia concienciar al príncipe de que prevenga los males de la tiranía. Este temor al poder sin control de una única persona, muy propio del mundo grecorromano y de autores como Livio o Tácito, se puede rastrear en todos los escritos del jesuita. En especial en el *De rege*, pensado para contribuir a la formación de Felipe III. En esa obra, tal y como la concibe Mariana, se encuentra el trasfondo filosófico de su *Historia*, de suerte que el jesuita se desenvuelve en el *De rege* con mayor comodidad a la hora de expresar sus verdaderos pensamientos⁸⁴⁷. La *Historia*, en contraste, está limitada por los objetivos que pretende cumplir. Uno de esos fines, naturalmente, es el de mostrar mediante ejemplos del pasado lo que debe y no debe hacer un rey. Pero la *Historia*, cuya edición original está dedicada a Felipe II y no a su hijo, tiene otro propósito aún más importante, el de presentar a los españoles como un pueblo con características comunes desde la Antigüedad.

10.4. El resultado: una historia nacional⁸⁴⁸

Mariana remonta su idea de la nación española a un momento fundacional del pasado. Desde ese punto de partida describe un proceso histórico que tiene al pueblo español como protagonista. Los monarcas son personajes destacados, pero ni en ellos ni en su forma de gobierno reside la esencia última de lo español. Esta es transmitida por el conjunto de las gentes que fundaron el país y lo defienden generación tras generación.

⁸⁴⁷ Ahí se puede leer, por ejemplo, que la verdad no es para Mariana la primera ley de la historia. Después de relatar un episodio de la vida de Epaminondas del que pretende extraer una lección moral, afirma: «*Quod an verum fuerit non arbitror curiosius inquirendum: interest tamen publice, vt haec & similia vera esse credantur*» (*De rege et regis institvione*, p. 358).

⁸⁴⁸ El peso de la *Historia* de Mariana en la formación de una identidad nacional ha sido bien estudiado en M. Ballester, *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665)*, especialmente pp. 189-226. Véase también R. Kagan, “Nación y patria en la historiografía de la época austriaca”, en A. Tallon (ed.), *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVIe et XVIIe siècles (France, Espagne, Italie)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2007, pp. 205-225.

La labor de Mariana como historiador de la Antigüedad consiste, por tanto, en rescatar entre las fuentes antiguas aquellas noticias que hablan del pasado de la Península Ibérica y asociarlas a un singularizado pueblo español que ha definido al principio de su *Historia*. Todas las acciones de ese sujeto las ajusta a un marco de vida nacional en el que los hechos se relacionan unos con otros sin solución temporal.

Si el *De rege* explica por qué el rey no ha de ser un tirano, la *Historia* sobre todo enseña por qué la nación debe permanecer unida. Ya en tiempos de los Geriones, hijos del primer rey de España a la par que un tirano, la división de las gentes propició la victoria del Heracles egipcio. La desunión del pueblo español es siempre motivo de las sucesivas invasiones de la Península Ibérica, ya sea la de los romanos el siglo II a.C., ya sea la de los musulmanes en el siglo VIII.

En este punto Mariana se dirige más a sus compatriotas que a los lectores extranjeros. Su deseo de crear una consciencia nacional es en buena medida defensivo. La *Historia* no es tan optimista como la *Crónica* de Ocampo. Los antiguos españoles de Mariana se defienden más y conquistan menos que los de Ocampo. Un índice de lo que piensa Mariana, como historiador, sobre la situación de España a finales del siglo XVI se puede observar en las páginas que en su *Historia* dedica a los territorios de ultramar. Aunque desconoce el tema y comete errores, es capaz de construir un relato ceremonioso sobre las conquistas trasatlánticas. Ahora bien, el jesuita termina por cuestionar el valor de la empresa americana, pensando en las pérdidas que para España supone el mantener el control de aquellas tierras⁸⁴⁹. Tampoco era partidario de seguir peleando por el gobierno de Flandes.

En este escepticismo sobre el futuro de la España imperial desempeña un papel muy importante la Historia Antigua. Mariana conduce la mirada del lector hacia los grandes imperios del pasado con la intención de sacar lecciones para el futuro de su país. Él tiene una idea clara de cuál fue el destino de esos imperios y teme por la situación de España. Los romanos son siempre el ejemplo estrella. En el *De rege* el imperio romano funciona constantemente como espejo del imperio español. En la *Historia* insiste en las causas que acabaron con el poder de Roma y ofrece unas reflexiones que cualquier lector avisado las recibiría como una amenaza⁸⁵⁰.

⁸⁴⁹ J. Cepeda, "Una visión de América a fines del siglo XVI. Las Indias en la Historia del P. Mariana", *Estudios Americanos* 6 (1953), pp. 397-421.

⁸⁵⁰ «es cosa aueriguada que ninguna cosa ay debaxo del cielo, que el tiempo cō sus mudāças no lo consuma y deshaga: y es forçoso que los edificios muy altos se vayan al suelo... Ningun imperio puede permanecer largo tiempo. si le falta enemigo de fuera, dentro de su casa le nace. no de otra manera que

El Mariana moralista que advierte de los peligros que rodean a una potencia hegemónica no sólo se observa en casi toda su producción escrita, sino también en las palabras que dirige al tribunal que lo encarcela en 1609. Una de las acusaciones que inculparon al jesuita fue la comparación que se leía en uno de sus tratados, *De morte et immortalitate*⁸⁵¹, entre el imperio español y el romano, corrompido por los vicios propios de un excesivo engrandecimiento⁸⁵². Se ve que los detractores de Mariana desconocían su obra casi al completo, pues no sólo en la *Historia* o en el *De rege*, sino incluso en otro de los tratados *De spectaculis* del libro que estaban censurando se podían encontrar ese tipo de equivalencias a raudales. Más aún, el jesuita no se aquietó y en las respuestas que presentó al fiscal reiteró sus críticas⁸⁵³.

Mediante la comparación entre el pasado romano y la situación presente de España el jesuita, en realidad, no pretende desprestigiar ni disputar la grandeza del imperio español, sino contribuir a su sostenibilidad. Mariana entiende que la corrupción es ajena a la pureza de lo español, es decir, proviene de las naciones extranjeras. Al evocar al imperio romano y sus vicios, Mariana expresa su temor de que la hegemonía sobre otros territorios prive a la nación española de sus costumbres ancestrales. Estas son las premisas que conducen al jesuita a denunciar las escenificaciones teatrales⁸⁵⁴, el consumo del vino⁸⁵⁵ o cualquier otra cosa resultado del «trato y comunicacion de las otras naciones que», como los griegos, fenicios o cartagineses de antaño, «acuden a la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías, que son a proposito para enflaquecer los naturales cō su regalo y blandura» (I 6).

Mariana se nos presenta así como un historiador reaccionario, defensor de ciertos ideales del pasado y pesimista con respecto al mundo que le rodea.

los hombres gruessos y de muchas carnes y sayn, aunque no seã alterados de cosa alguna, su misma gordura y peso los atierra y mata» (IV 21). Otras digresiones similares en: I 6; III 5; IV 5; V 5-6; VI 19 y 27, etc.

⁸⁵¹ *De morte et immortalitate*, en *Tractatvs septem*, pp. 355-444.

⁸⁵² *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota*, BNE, Ms. 2819, fol. 23v-24v.

⁸⁵³ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota*, BNE, Ms. 2819, fol. 30r: «Quexa comun es del Reyno que á las veces los Procuradores del Reyno son poco á propósito, como sacados por suerte, cosa que no se debe poder excusar, y aun en tiempo de los Romanos se usaba, como se vee en el Cornelio Tacito lib. 4. pero en fin salen á veces mozos, y no de tanta capacidad, que dicen que solo ponen la mira en la merced que su Magestad les haze. Esto quiere decir aquella palabra: homines ingenio venali; y aun otros venden hoy suertes por millones de ducados». Las palabras en latín son las que Mariana utilizó en el *De monetarum mutatione*, en *Tractatvs septem*, p. 193.

⁸⁵⁴ Véase el *De spectaculis*, en especial sus reflexiones finales, en *Tractatvs septem*, pp. 186-188.

⁸⁵⁵ *De rege et regibus institutione* III 8, pp. 334-336.

11. CONCLUSIONS: MARIANA AS ANCIENT HISTORY HISTORIAN

Now that each part of Ancient History of Mariana's *Historia* has been analyzed, we will now outline some general considerations about this work.

11.1. How to build up a General History of Spain

11.1.1. "Levantarse una fábrica"

Mariana asserted several times that his goal was not to play the role of an historian, but rather to organize and stylize the existing historic narrative or «lo que otros tenían juntado, como materiales de la fábrica que pensaba levantar.»⁸⁵⁶ It does not seem like a coincidence that every time that Mariana expressed this idea he did it in response to his critics' comments. According to Hugh Blair, this is Mariana's way of avoiding accountability for any mistakes in his work, for it does not make sense to write history simply to organize materials.⁸⁵⁷ There is an historiographical intention and plan behind this effort. In fact, Mariana does not only organize information, but he also proposes new ideas. His main contribution was his construction of a national history, a medium for applying modern ideas to Iberian Peninsula history. This is a prevalent theme throughout his *Historia* and provides structure and grounding support for the events that he describes.

In any case, Mariana does not lie when he says that his major task is to compile. Indeed, if we compare Mariana's research to that of Nebrija, Ocampo or Morales, the *Historia* is an example of low-level work. However, the compiling practice is well rooted among 16th century historians, as illustrated by the title of Garibay's work *Compendio historial*. Deep down, compilation responds to the continuous institutional

⁸⁵⁶ Letter to Ferrer: «Verdad es que yo no pretendi hazer la historia de España sino poner en estilo lo que otros auian juntado contentándome con seguillos sin aueriguar todos los particulares que fuera nunca acabar» (in G. Cirot, *Mariana historien*, appendix V, 2). Letter to Lupercio Argensola: «yo nunca pretendi hacer Historia de España, ni exâminar todos los particulares; que fuera nunca acabar; sino poner en estilo y en lengua Latina lo que otros tenían juntado, como materiales de la fabrica que pensaba levantar» (in J. Pellicer, *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, p. 59). Response to Mantuano: «mi intento no fue hacer Historia, sino poner en orden y estilo lo que otros habían recogido, como materiales de la fábrica que pensaba levantar» (in V. Noguera, "Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana", p. XCIII).

⁸⁵⁷ H. Blair, *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, t. 3, pp. 256-257.

desire to make historical discourse appear more official.⁸⁵⁸ That is the reason why the medieval chroniclers who write for their respective lords, ancient Greek and Roman historians and perhaps earlier historians can be seen as the antecedents of early modern historiography.⁸⁵⁹

Fabius Pictor is considered the first Roman historian and, according to Momigliano, the earliest example for humanists who refer to classical authors when writing national histories.⁸⁶⁰ The annalistic genre founded by Pictor was applied to the historiographical practice throughout Roman history. Titus Livius or Tacitus recounts the facts about all of the provinces of the Roman Empire year by year; however, there were times when very little or nothing was documented about certain provinces, such as Hispania. This way of constructing the historic narrative bore heavy influence on the annals written by medieval chroniclers. The Ancient History section of Alfonso X's history of Spain is essentially a compilation of information about Iberian Peninsula plucked from the classical sources. This is a typical writing style shared by both Alfonso X and Ambrosio de Morales. The practice of dividing historic works into many chapters, which we observe in the *Historia* is the result of the continuous accumulation of information and reflects the influence of that tradition.

11.1.2. Providing history with time

Chronology is one of the columns that support a history of the *patria*. In the 16th century, Ancient History periodization was based on both classical literature and biblical texts. Those writings provided the time reference used by early modern historians to situate parallel events that allegedly took place in the Iberian Peninsula. The biblical accounts mainly function as the starting point for the historic narrative. As for Greek and Roman literature, relevant accounts of these sources are likewise used as time reference. In this sense, for instance, the lives of the last primitive kings coincide with the Trojan War, in Gargoris' case (I 12), or with David's government in Judea, in Habis' case (I 13).

⁸⁵⁸ Mariana is aware of this when he points out in the preface to *Historia*, «que las coronicas de los reynos estan por cuenta de los reyes, y a su cargo.»

⁸⁵⁹ The importance of the classical and medieval models in XVI-XVII century Spanish historiography is studied by O. Rey Castelao, "El peso de la herencia: la influencia de los modelos en la historiografía barroca," *Pedralbes* 27 (2007), pp. 35-58.

⁸⁶⁰ A. Momigliano, "Fabius Pictor and the Origins of National History," in *The Classical Foundations of Modern Historiography*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 80-108.

The purpose of the parallelisms between the history of the Iberian Peninsula and well known facts of ancient history is not merely to serve as an organizational device, that is, to form a chronology of the history of Spain. By using those parallelisms, the Spanish historians also create a national past that can compete with those of other European countries. From this point of view, it is significant that the rule of the first king of Mariana's *Historia*, Geryon, coincides with the reign of the first Egyptian king; in this way, the Spanish history corresponds to Egyptian history, which, as classic sources describe as the most ancient. It is especially important that the Spanish does not begin after Italian history had begun, which is why Mariana asserts that Rome was founded centuries after the establishment of the Iberian Peninsula (I 15).

On other hand, Mariana specifically points out in his prologue to the *Historia* that he has been really careful to apply chronological precision.⁸⁶¹ He must have been thinking of the history after Ancient period. Mariana made some progress, in terms of converting dates according to various calendars to their Christian calendar equivalents, a matter that he studied in detail in his *Tractatvs septem*. However, he does not make this same effort in his *Historia*, particularly in the section on Ancient History. In some sections of the text he acknowledges that he has not paid much attention to applying chronological precision,⁸⁶² which contrasts with Ocampo and Morales. Sometimes Mariana mixes different chronological formats. In the two first books one finds dates documented according to the Greek, Roman and Christian systems. He primarily uses the Roman dating system, beginning with the year of Rome's foundation. However, this is just a popular and very Humanistic way to organize a historic work written in Latin, for the dates documented in *Historia* are actually based on the *Crónica* by Ocampo and Morales, who prefer the Christian calendar system.

11.1.3. Situating history in the space

To create a national history, chronology is just as important as geography, where the history takes place. The historian, from his present perspective, establishes the boundaries of the territory in which projects his *Historia* takes place. Mariana begins his work with a description of the Iberian Peninsula (I 2-4). Julio Caro Baroja refers to this

⁸⁶¹ «*temporibus designandis superstisiose sape sudatum est.*»

⁸⁶² For instance, in II 26: «*Plvres deinceps Praetores missi sunt in Hispaniam. Quorū nomina adscribere visum est, temporibus neque accurate designatis*». Regarding mistakes in the Ancient chronology of the *Historia*, V. Noguera, "Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana", pp. XLVII y LXV.

device as the «canonical laudatory description»,⁸⁶³ which is a general practice in historiography. Indeed, the geographical elements are not part of the diachronic narrative, but they constitute an ineludible element of general histories. In including this factor, one tries to show the nation's demographical autonomy, which is linked to the ancient idea about the inexhaustibility of natural resources of Iberian Peninsula. This idea was taken from Classic literature and reappears in Isidore of Seville under the formula of a self-sustained Hispania.⁸⁶⁴

In this type of history, linguistics and ethnography are linked to geography. The chapters on Spanish languages and costumes are also at the beginning of Mariana's work (I 5-6). He tries to define the subject of his History as a whole, which is why he speaks with such ease about Spaniards of the past and present, making little distinction between them. It is understood that the singular characteristics of Spanish people, such as their religious observances, have essentially remained the same throughout history.

11.1.4. Providing history with voice and shape

Time and space are the cornerstones of the "fábrica" that Mariana tries to build up, but that structure needs other elements that give to bring it to life, in order to hold the reader's attention and effectively convey ideas. This constitutes the style, the element of his work that seems to interest him the most.⁸⁶⁵

Although Mariana takes the materials from the works of Ocampo, Morales or Garibay, his writing style reflects that used in the Classic culture. Unlike his compatriots, Mariana writes in Latin, a typical characteristic of works by humanist historians, such as Virgile Polydore or Paolo Emilio, whose works he had read. Cicero, whose postulates about historic writing styles are mentioned in the prologue of the *Historia*, was undoubtedly an inspiration for Mariana. However the ciceronian influence is more noted in Mariana's other writings, such as his *De morte et immortalitate*

⁸⁶³ J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, p. 95.

⁸⁶⁴ The role of ancient geography in historiography has been thoroughly studied by Gonzalo Cruz Andreotti. See, for example, the two volumes that he edited along with P. Le Roux and P. Moret, *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I-II*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga-Casa de Velázquez, Málaga-Madrid, 2006-2007.

⁸⁶⁵ Regarding *Historia's* style, see G. Cirot, *Mariana historien*, pp. 362-390, y some of Fernando Martín articles, such as: "Juan de Mariana, humanista y filólogo", *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 3 (1975), pp. 237-245; "Las preposiciones latinas en tres escritores hispanos del siglo XVI", *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 5 (1977), pp. 55-92.

(1609),⁸⁶⁶ than in his *Historia*. The Roman historians whom Mariana celebrates the most are Julius Caesar, Salustius, Titus Livius and Tacitus.⁸⁶⁷ The focus of Mariana's work as a national history is written most similarly to Livius' historic work. Indeed, Mariana closely read and used Livius' works to fill the gaps in his *Historia*. However, Mariana's concise and even choppy writing style is reminiscent of Tacitus' writing style.

A common practice among ancient Greek and Roman historians is their use of the introductions of discourses as a means of giving voice to the characters featured in the discourse. Humanism brings back this Classic method that Mariana also uses frequently. *Historia* features many discourses written in direct style, most of them being military speeches. Although the Ancient History section only includes three of this type of discourse (I 18 and III 10), they are very relevant because they are completely or partially made up by Mariana, clearly conveying the ideals and values that he wants to transmit.

11.2. Sources for information

Along with the aesthetics of this work, there is the erudition of the Classic legacy. Mariana demonstrates his deep knowledge of ancient history and its relevant resources throughout his work. In *De rege*, which is full of references to the Classics, he presents the Antiquity as a *magistra vitae* from which one can see the model followed for raising Prince Philip III. In *De ponderibus et mensuris* Mariana deeply explores the economic life of Roman world. In *De spectaculis* he examines the origins of theater and public representations in Greece and Rome. *De morte et immortalitate* shows Mariana's great familiarity with the *consolatio* genre as well as with the works of those who practiced the philosophical dialogue, such as Plato, Aristotle, Cicero or Seneca. While working on *The Library* by Photius, he gained exposure to dozens of unpublished texts written by ancient writers. Finally, *De monetae mutatione* is also liberally peppered with classical references: through Plato or Tacitus, Mariana portrays the most powerful men of his time.

⁸⁶⁶ F. Martín, "El diálogo 'De morte et immortalitate' de Juan de Mariana y las 'Tusculanae disputationes' de Cicerón", *Helmantica* 34 (1983), pp. 415-442.

⁸⁶⁷ *De rege et regibus institutione*, II 6, p. 171. Mariana's preferences correspond with the taste of his time: P. Burke, "A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700", *History and Theory* 5, 2 (1996), pp. 135-152.

Paradoxically, much of this Classical knowledge seems to be absent from his *Historia*. In this work, unlike in those aforementioned writings, the references to Greek and Roman authors are limited. This is an expected effect, noting that the work is based on other general histories of Spain, which means that many of the quotations that we see in the *Historia* are not original and have been copied from a source or have not been further verified by the author. This practice also explains why it seems that many of those references are superficial, or in other words, why it is that in most cases Mariana only offers the name of an author, without citing the work much less the page number or chapter from which his information was taken. This not only contrasts with the more precise and detailed methodology used by Morales, for example, but also with the rest Mariana's own writings.

Given these circumstances, several things can be deduced. First of all, Mariana's skills as an Ancient History historian cannot be evaluated solely based on his main historical work. In *Historia*, Mariana's Classical erudition is observed overall in the literary style. Now, that very circumstance helps to understand the true meaning of *Historia*. This is a work deliberately conceived to reach a wide audience and to be easily read. This intention corresponds with the text's low level of criticism, as compared to other studies by Mariana.

In order to understand the principle sources of *Historia* we must turn our attention back to the 16th century. Mariana compiled his work based on the works by Ocampo, Morales and Garibay. However, he only mentions Ocampo twice (I 16 and II 15), Morales once (III 14) and Garibay none.⁸⁶⁸ The humanist Mariana prefers to cite Greek and Roman historians over his compatriots. This explanation can also be applied to understand why he converts the dates mentioned according to the Christian format in *Crónica* to the ancient Roman calendar equivalent.

11.3. The philosophy of the project

In the preface to his *Historia*, Mariana says the truth is *prima lex historiae*. This is a formality empty of meaning, for we think that his work does not adhere to the

⁸⁶⁸ J. Caro Baroja believes to see in *Historia* allusions to Garibay that show the unkindness of Mariana towards Garibay (*Los vascos y la historia a través de Garibay*, pp. 189 y 191).

parameters of historical truth.⁸⁶⁹ First of all, Mariana's attitude is very often reminiscent of Herodotus' insecurity; similarly, Mariana doubts the veracity of his own information and presents different versions of the facts and leaves it to the reader to decide what the truth is. This position, which may be interpreted as helpful, shows a general lack of interest in clarifying the truth of accounts. An example of this could be the matter of the location of Tarsis; Mariana leaves the various hypotheses that place Tarsis in Africa, Asia and even that that associates Tarsis to the Iberian Peninsula through Tarteso as equally likely possibilities (I 2, 15, 18 y XXVI 20).

On the other hand, by the time of the 16th century it had already been accepted as fact that original resources contained the truest information. An historian like Morales makes great efforts to create a method of criticisms that allows one to determine the value and nature of different sources. An historian like Ocampo avoids any kind of critical apparatus but uses sources, real or invented by himself, as base for the narrative of Spain's glorious. Mariana does not apply either of these practices. He pretends to follow the axiom that the real past must correspond with the sources. However, he actually treats the documents and history as independent of one another and acts unpredictably with each new step forwards in his *Historia*. Mariana acknowledges approximately half of the primitive Spanish kings on Annius' list; these are the kings whom he believes are related to Classics texts. In this case, he actually does not consult the Greek and Roman authors upon whose work he pretends to base his text, and even adds extra information that is not found in their works. From this point of view, Mariana could have equally acknowledged or rejected all those kings. This hybrid critique does not adhere to a historical methodology or epistemology. Rather, it seems to be the consequence of other possible factors, such as Mariana's indolence, the aim to situate himself in the grey area of the issue of the primitive history of Spain, etc.

If there is any common criterion that guides Mariana through the forest of history, it would be the purposes for which this history can be used. If belief in a certain fact can be considered to be useful, that is a strong enough reason to narrate and defend the truth of that fact. Looking for sources, regardless their nature, where this fact can be verified is more of a fashionable but secondary formality for Mariana.

A loyal Christian like him views the past as a manual on morality. *Historia's* utility can be found in the values it propagates. To Mariana, it is critical that the prince

⁸⁶⁹ Cf. F. Martín, "Verdad y objetivismo en la 'Historia de rebus Hispaniae' de Juan de Mariana", *Dvrviv. Boletín castellano de estudios clásicos* 4 (1976), pp. 15-28.

be made aware of the malice of tyranny, so as to prevent its hazardous implications. This fear of one person possessing uncontrolled power, which was originated by Greek and Roman world and from authors, like Livius or Tacitus, is a theme throughout Mariana's work. For instance, *De rege*, was conceived in order to contribute to Philip III's upbringing. In that work one finds the philosophical roots of his *Historia*, although it is clear that Mariana feels more comfortable expressing his true thoughts in *De rege*.⁸⁷⁰ The *Historia*, in contrast, is limited by the objectives that he is trying to achieve. One of these goals is, naturally, to show through examples of the past what a king must or must not do. However *Historia*, whose original edition is dedicated to Philip II rather than his son, has another objective that is yet more important, which is presenting the Spaniards as a people with common characteristics since the Antiquity.

11.4. The result: a national history⁸⁷¹

Mariana fleshes out his idea of a Spanish nation, starting at the moment of its foundation. From that starting point onwards he describes a historical process throughout which the Spanish people are the protagonists. Kings are principal characters, but it is neither in them nor in their form of governing where does the Spanish essence lie. This essence lives within and comes from the people who founded the country and defend it generation by generation.

Therefore Mariana's job as an Antiquity historian involves recovering signs within the ancient sources that provide information about the past of the Iberian Peninsula and associating these signs with the singularized Spanish people, as it is defined at the beginning of the *Historia*. Everything that the Spanish people do fits within the framework of the national narrative, where the facts are interrelated, regardless of time period.

If the *De rege* explains why the king should not be a tyrant, the *Historia* teaches overall why the nation stands forever united. By the time of Geryon's sons, the children

⁸⁷⁰ There can be interpreted, for example, as saying Mariana does not see the truth as being the most important law of history. He affirms, after recounting an episode about Epaminondas' life from which he tries to extract a moral lesson: «*Quod an verum fuerit non arbitror curiosius inquirendum: interest tamen publice, vt haec & similia vera esse credantur*» (*De rege et regis institvtione*, p. 358).

⁸⁷¹ The weight of the *Historia* for creating a national identity has been thoroughly studied in M. Ballester's *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665)*, especially pp. 189-226. See also R. Kagan, "Nación y patria en la historiografía de la época austriaca", in A. Tallon (ed.), *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVIe et XVIIe siècles (France, Espagne, Italie)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2007, pp. 205-225.

of the first king of Spain who was also a tyrant, the division of the people paved the way for victory by the Egyptian Heracles. The disunity of the Spanish people has always facilitated invasions of the Iberian Peninsula, either that by the Romans in the 2nd century B. C., or the Muslims in the 7th century.

At this point Mariana addresses to his compatriots more than to non-Spanish readers. His desire to create a national consciousness is largely a defense mechanism. The *Historia* is not as optimistic as the *Crónica* by Ocampo. The ancient Spaniards of *Historia* defend themselves more and conquest less than those in *Crónica*. One finds an indicator of what Mariana, as an historian, thinks about the situation in Spain at the end of 16th century in the pages of the *Historia* that he dedicates to the ultramar territories. Although he is not familiar with the subject and makes mistakes, he is able to compose a ceremonious tale about the Atlantic conquests. However, Mariana finishes by questioning the value of the American enterprise, highlighting Spain's resulting loss of control over those lands.⁸⁷² He did not support continuing the war over Flanders either.

Ancient history plays a very important role in this skepticism about the future of the imperial Spain. Mariana directs the readers' attention to the great empires of the past with the aim of teaching lessons for the future of his country. He has a clear idea of what was destined to happen to those empires and cares about the situation in Spain. Romans are always the star example. In the *De rege* the Roman Empire works constantly as the mirror of the Spanish Empire. In the *Historia* Mariana highlights the causes of the fall of Rome and draws similarities between Rome and Spain that would cause any intelligent reader to become anxious for Spain's future.⁸⁷³

Mariana's morality, which warns against the dangers facing a hegemonic country, is clear not only in almost all his written production but in the way that he talks to the tribunal who charges him in 1609. One of the accusations was the comparison that Mariana drew in one of his treatises, *De morte et immortalitate*,⁸⁷⁴ between the Spanish and Roman empires, showing that corruption by the vices can be the

⁸⁷² J. Cepeda, "Una visión de América a fines del siglo XVI. Las Indias en la Historia del P. Mariana", *Estudios Americanos* 6 (1953), pp. 397-421.

⁸⁷³ «es cosa aueriguada que ninguna cosa ay debaxo del cielo, que el tiempo cō sus mudanças no lo consume y deshaga: y es forçoso que los edificios muy altos se vayan al suelo... Ningun imperio puede permanecer largo tiempo. si le falta enemigo de fuera, dentro de su casa le nace. no de otra manera que los hombres gruessos y de muchas carnes y sayn, aūque no seā alterados de cosa alguna, su misma gordura y peso los atierra y mata» (IV 21). Other similar digressions in: I 6; III 5; IV 5; V 5-6; VI 19 y 27, etc.

⁸⁷⁴ *De morte et immortalitate*, in *Tractatvs septem*, pp. 355-444.

consequence of excessive growth.⁸⁷⁵ This accusation makes it clear that Mariana's detractors were unfamiliar with most of his work, because not only in the *Historia* or in the *De rege*, but even in another treatise –*De spectaculis*– of the book that was being censured, Mariana makes many similar comparisons. Furthermore, he was not intimidated by these accusations and even responded to the prosecutor by repeating the criticism that had gotten him into trouble in the first place.⁸⁷⁶

In comparing Roman history to the Spain's present, Mariana does not intend to discredit or dispute the rise of the Spanish Empire rather to help to maintain the Empire. He believes that corruption could not have originated from Spanish purity; therefore it must have come from foreign nations. When he discusses the Roman Empire and its vices, Mariana is expressing his fear that the hegemonic rule over other territories could pull the Spanish nation away from its ancestral customs. These are the premises that drive him to denounce the theater,⁸⁷⁷ drinking wine,⁸⁷⁸ or any other thing that comes from the «trato y comunicacion de las otras naciones que», like the ancient Greeks, Phoenicians or Carthaginians, «acuden a la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías, que son a proposito para enflaquecer los naturales cō su regalo y blandura» (I 6).

In this way, Mariana appears to be a reactionary historian, defensive of certain ideals that come from the past and pessimistic of the world around him.

⁸⁷⁵ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota*, BNE, Ms. 2819, fol. 23v-24v.

⁸⁷⁶ *Proceso fabricado a instancia de Don Gilimón de la Mota*, BNE, Ms. 2819, fol. 30r: «Quexa comun es del Reyno que á las veces los Procuradores del Reyno son poco á propósito, como sacados por suerte, cosa que no se debe poder excusar, y aun en tiempo de los Romanos se usaba, como se vee en el Cornelio Tacito lib. 4. pero en fin salen á veces mozos, y no de tanta capacidad, que dicen que solo ponen la mira en la merced que su Magestad les haze. Esto quiere decir aquella palabra: homines ingenio venali; y aun otros venden hoy suertes por millones de ducados». The Latin was used by Mariana in *De monetarum mutatione*, in *Tractatus septem*, p. 193.

⁸⁷⁷ See *De spectaculis*, especially the conclusions, in *Tractatus septem*, pp. 186-188.

⁸⁷⁸ *De rege et regibus institutione* III 8, pp. 334-336.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Traducciones de textos antiguos

- Apiano, *Guerras ibéricas. Aníbal*, traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza, Madrid, 2006.
- Diodoro, *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, traducción de M^a Nieves Muñoz, Universidad de Granada, Granada, 1976.
- Heródoto, *Historia. Libros I-II*, traducción de Carlos Schrader, 3^a reimpr., Gredos, Madrid, 1999.
- Hesíodo, *Teogonía*, en *Obras y fragmentos*, traducción de A. Pérez Jiménez, Gredos, Madrid, 2000.
- Josefo, F., *Antigüedades judías*, traducción de J. Vara Donado, 3^a reimpr., Akal, Madrid, 2009 (1997).
- Polibio, *Historias. Libros I-IV*, reimpr., traducción de A. Díaz Tejera, Gredos, Madrid, 1991 (1981).
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso. Libros V-VI*, traducción de J. J. Torres Esbarranch, Gredos, Madrid, 1992.

Fuentes impresas

- Agustín, A., *Dialogos de medallas, inscripciones, y otras antigüedades*, J. F. Martínez, Madrid, 1744 (1587).
- , *Antonii Augustini Archiepis. Tarracon. Antiquitatum Romanorum Hispanorumque in nummis veterum: dialogi XI. Latine redditi ab Andrea Schotto Societ. Iesu*, H. Aertsium, Amberes, 1617.
- Amador de los Ríos, J., *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*, M. Díaz, Madrid, 1848.
- Andrade, A. de, *Varones ilvstres en santidad, letras y zelo de las almas. De la Compañía de Iesvs*, t. 5, J. Fernández, Madrid, 1666.
- Antonio, N., *Censura de historias fabulosas, obra posthuma... Van añadidas algunas cartas del mismo autor, i de otros eruditos. Publica estas obras Don Gregorio Mayans*, Bordazar, Valencia, 1742.

- Alfonso X, *Las quatro partes enteras de la Cronica de España que mando componer el Serenissimo rey don Alonso llamado el Sabio: donde se contienen los acontecimientos y hazañas mayores y mas señaladas que sucedieron en España desde su primera poblacion hasta casi los tiempos del dicho señor rey. Vista y enmendada mucha parte de su impresion por el maestro Florian Docāpo: Cronista del emperador rey nuestro señor*, A. de Paz y J. Picardo, Zamora, 1541.
- , *Primera crónica general de España*, 3ª reimpr., Gredos, Madrid, 1977.
- Apiano, *Appiani Alexandrini Romanarum Historiarum... De bellis Hispanicis liber, Caelio Secundo Curione translate*, H. Frobenium y N. Episcopus, Basilea, 1554.
- Apiano et al., *EK ΤΩΝ ΕΚΗΣΙΟΥ, ΑΓΑΘΑΡΧΙΔΟΥ, ΜΕΝΟΝΟΣ ιστορικών ἐκλογαί. ΑΠΠΙΑΝΟΥ Ιβηρική καί Αννιβαϊκή. Ex Ctesia, Agatharcide, Memnone excerptae historiae. Appiani, Iberica. Item, De gestis Annibalis*, H. Estienne, Génova, 1557.
- Arias Montano, B., *Commentaria in dvodecim prophetas*, Plantino, Amberes, 1583 (1571).
- Aurelio Víctor, S., *Sex. Avrelii Victoris Historiae Romanae Breviarivm*, Plantino, Amberes, 1579.
- Baronio, C., *Annales ecclesiastici*, 12 vols., Tipografía Vaticana, Roma, 1588-1607.
- Bayle, P., *Dictionnaire historique et critique*, t. 10, 9ª ed., Desoer, París, 1820.
- Blair, H., *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, t. 3, García y Compañía, Madrid, 1800.
- Burriel, A. M., “Cartas del Padre Andres Marcos Burriel”, *RABM* 27, 7-9 (1923), pp. 406-438.
- , “Carta del Padre Burriel á su hermano D. Pedro. Toledo 24 de octubre de 1752”, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. 13, Viuda de Calero, Madrid, 1848.
- Calderón, J. (ed.), *Fragmentvm Chronici, sive Omnimodae Historiae Flavii Lvcii Dextri Barcinonensis, Cum Chronico Marci Maximi...*, J. de Lanaja y Quartanet, Zaragoza, 1619.
- Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengva castellana*, L. Sánchez, Madrid, 1611.
- Diodoro Sículo, *ΔΙΟΔΩΡΟΥ ΤΟΥ ΣΙΚΕΛΙΩΤΟΥ ΒΙΒΛΙΩΘΗΚΗΣ ΙΣΤΟΡΙΚΗΣ Βιβλίοι πεντεκαίδεκα ἐκ τῶν τεσσαράκοντα. DIODORI SICVLI Bibliothecae historicae*

libri quindecim de quadraginta. Decem ex his quindecim numquam prius fuerunt editi, H. Fugger, Ginebra, 1559.

Estéfano de Bizancio, *De urbibus*, Wetstenios, Amsterdam, 1725.

Focio, *ΦΩΤΙΟΥ ΜΥΡΙΟΒΙΒΛΙΟΝ, Η ΒΙΒΛΙΟΘΗΚΗ. Photii Myriobiblon, siue bibliotheca librorum quos legit et censuit Photius patriarcha Constantinopolitanus*, J. y D. Berthelin, Rothomagi, 1653.

, *Bibliothèque*, 9 vols., Les Belles Lettres, París, 1959-1991.

Flórez, E., *España sagrada*, 56 vols., Revista Agustiniana, Madrid, 2000-2012 (1747-1961).

, “Noticias de la vida del Chronista Ambrosio de Morales”, en *Viage de Ambrosio de Morales por orden del Rey D. Phelipe II. A los Reynos de Leon, Galicia, y Principado de Asturias. Para reconocer las Reliquias de Santos, Sepulcros Reales, y Libros Manuscritos de las Cathedrales, y Monasterios*, A. Marín, Madrid, 1765, pp. I-XXVI.

Garibay, E. de, *Los qvarenta libros del Compendio historial de las chronicas y vniversal Historia de todos los Reynos de España*, S. de Cormellas, Barcelona, 1628 (1571).

, *Ilustraciones genealogicas de los catholicos reyes de las Españas*, L. Sánchez, Madrid, 1596.

, “Memorias de Garibay”, *Memorial histórico español*, t. 7, J. Rodríguez, Madrid, 1854.

Gayangos, P. de, *Catalogue of the manuscripts in the Spanish language in the British Museum*, t. 1, W. Clowes, Londres, 1875.

Giraldó, B., *Arcana Societatis Iesv*, A. Pernet, Génova, 1635.

Godoy Alcántara, J., *Historia crítica de los falsos cronicones*, ed. facsímil, Bibliolife, Milton Keynes, 2009 (1868).

Graux, Ch., *Los orígenes del fondo griego del Escorial*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1982 (1880).

Heredia, D. N. de, *Místico ramillete histórico, cronológico, panegírico*, Imprenta de Sanz, Granada, 1863 (1741).

Hinojosa, R. de, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Memoria de una misión oficial en el Archivo Secreto de la Santa Sede*, B. A. de la Fuente, Madrid, 1896.

- Hübner, E., *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlin, 1869.
- , *Inscriptionum Hispaniae Latinarum Supplementum*, Berlín, 1892.
- Ibáñez de Segovia, G., *Dissertationes ecclesiasticas, por el honor de los antiguos tvtelares, contra las ficciones modernas. Parte primera*, D. Dormer, Zaragoza, 1671.
- , *Advertencias a la Historia del P. Juan de Mariana*, Viuda de A. Bordazar, Valencia, 1746.
- , *Cádiz Phenicia*, t. 1, J. de Collado, Madrid, 1805.
- Jiménez de Rada, R., *Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid, 1989.
- Latassa, F., *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses*, t. 2, C. Ariño, Zaragoza, 1885.
- Livio, T., *T. Livii Patavini, historiarum ab urbe condita... a Carolo Sigonio emendati*, P. Manuncio, Venecia, 1555.
- Loaysa, G. de (ed.), *Collectio Conciliorum Hispaniae*, P. Madrigal, Madrid, 1593.
- Madrigal, A. de, *Genesis Commentarii*, en *Opera omnia*, D. Nicolini, Venecia, 1596.
- Mantuano, *Advertencias a la Historia de Ivan de Mariana de la Compañia de Iesvs*, J. Bordón, Milán, 1611.
- , *Advertencias a la Historia del padre Ivan de Mariana de la Compañia de Iesvs*, Imprenta Real, Madrid, 1613.
- , *Casamientos de España y Francia, y viage del Dvque de Lerma*, Imprenta Real, Madrid, 1618.
- Mariana, J. de, *Historiae de rebus Hispaniae*, P. Rodríguez, Toledo, 1592.
- , *De rege et regis institvtione libri III Ad Philippum III. Hispaniae Regem Catholicum*, P. Rodríguez, Toledo, 1599.
- , *De ponderibus et mensuris*, T. Guzmán, Toledo, 1599.
- , *Historia general de España*, P. Rodríguez, Toledo, 1601.
- , *Tractatvs septem*, A. Hierato, Colonia, 1609.
- , *Scholia in Vetvs et Novvm Testamentvm*, L. Sánchez, Madrid, 1619.
- , *Discurso de las enfermedades de la Compañía*, G. Ramírez, Madrid, 1768.
- , *Obras del padre Juan de Mariana*, t. 31, reimpr., Atlas, Madrid, 1950.
- , *Epitome latina di Fozio*, Dedalo, Bari, 2004.
- Mayans, G., *Gregorii Majansii Generosii et antecessoris Valentini. Admonitio ad lectorem veritatis amantem*, en *Joannis Mariana Soc. Jesu Historiae de rebus*

- Hispaniae libri triginta. Accedunt Fr. Josephi Emmanuelis Minianae*, t. 4, P. de Hondt, La Haya, 1733.
- , “Vida de Nicolás Antonio”, en *Censura de historias fabulosas*, A. Bordazar, Valencia, 1742, pp. I-XXXX.
- , *Prefacion*, en *Advertencias a la Historia del P. Juan de Mariana*, Viuda de A. Bordazar, Valencia, 1746, pp. I-XII.
- , *Epistolario II. Mayans y Burriel*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1972.
- , *Epistolario VI. Mayans y Pérez Bayer*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1977.
- , *Epistolario VII. Mayans y Martínez Pingarrón, 1. Historia cultural de la Real Biblioteca*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1987.
- , *Epistolario X. Mayans con Manuel Roda y Conde de Aranda*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1990.
- , *Epistolario XI. Mayans y Jover, 1. Un magistrado regalista en el reinado de Felipe V*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1991.
- , *Epistolario XII. Mayans y los libreros*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1993.
- , *Epistolario XVI. Mayans y los altos cuadros de la Magistratura y Administración Borbónica, 3. Fernando José de Velasco Ceballos (1753-1781)*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1998.
- Menéndez Pidal, R., *Catálogo de crónicas generales de España manuscritas*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1898.
- Mommsen, Th., *Historia de Roma*, 5 vols., Turner, Madrid, 2003 (1854-1885).
- Morales, A. de, *La vida, el martirio, la inuención, las grandezas, y las transformaciones de los gloriosos niños Martyres san Iusto y Pastor*, A. de Angulo, Alcalá, 1568.
- , *La Coronica general de España. Que continuaua Ambrosio de Morales natural de Cordoua, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Philipe segundo deste nombre, y cathedratico de Rethorica en la Vniuersidad de Alcala de Henares. Prossiguiendo adelante de los cinco libros, que el Maestro Florián de Ocampo Coronista del Emperador don Carlos V dexo escritos*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1574. En *Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, t. 1, L. Tasso, Barcelona, 1852.

- , *Las Antigvedades de las ciudades de España. Que van nombradas en la Coronica, con la aueriguacion de sus sitios, y nōbres antiguos*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1575.
- , *Los otros dos libros vndecimo y dvidecimo de la Coronica general de España*, J. Iñiguez, Alcalá de Henares, 1577.
- , *Los cinco libros postreros de la Coronica general de España*, G. Ramos, Córdoba, 1586.
- , *Opúsculos castellanos de Ambrosio de Morales*, t. 2, B. Cano, Madrid, 1793.
- Nebrija, A. de, *Muestra de la istoria que [el] Maestro de lebrixa dio ala Reina nuestra señora: quando pidio licencia a su alteza para que pudiesse descubrir i sacar a luz las antiguedades de españa que hasta nuestros dias an estado encubiertas*, Burgos, c. 1499. En Ignacio González-Llubera (ed.), *Gramática de la lengua castellana (Salamanca, 1492). Muestra de la istoria de las antiguedades de España. Reglas de orthographia en la lengua castellana*, Oxford University Press, Oxford, 1926, pp. 203-228.
- , *Opuscula in hoc uolumine cōtenta, Archilochus de tēporum antiquitate & homeris octo. Philonis breuiariū de tēporibus sacrae scripturae. Berosus chaldeus de origine & successione regnorū. Manethon aegyptius subsecutus berosum in historia. Metasthines persa qui & ipse berosum subsecutus est. Myrsilus lesbius qui de italiae antiquitate scripsit. Xenophon historicus de quorundā aequiuocatiōe. Sempronius romanus de italiae descriptione. Fabius pictor historicus de italiae antiquitate. Catonis censorii de originibus fragmentum. Antonini pii ex itinerario italiae descriptio / Antonius Nebrissēsis chronographus regius dū Burgis in curia desidēt ociosus dispunxit interpunxit atq[ue] pro uirili ex inemendato exemplari castigauit & imprimi curauit*, F. Alemani, Burgos, 1512.
- , *Rervm a Ferdinando & Elisabe Hispaniarū foelicissimis Regibus gestarum Decades duas*, Sancho y Sebastián de Nebrija, Granada, 1545.
- Noguera, V., “Historia de la vida y escritos del P. Juan de Mariana”, en J. de Mariana, *Historia general de España*, B. Monfort, Valencia, 1783, pp. I-CII.
- “Noticia de la vida y escritos del maestro Florián de Ocampo”, en F. de Ocampo, *Coronica general de España*, t. 1, B. Cano, Madrid, 1791, pp. 1-60.
- “Noticia histórica de la Academia”, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. 7, Imprenta de I. Sancha, Madrid, 1832, pp. I-XXXIV.

- Ocampo, F. de, *Los cinco libros primeros de la Cronica general de España, que recopila el maëstro Florian do Campo, Cronista del Rey nuestro señor, por mandado de su Magestad, en Çamora*, G. de Millis, Medina del Campo, 1553. En *Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, t. 1, L. Tasso, Barcelona, 1852.
- Páez de Castro, J., “De las cosas necesarias para escribir Historia. Memorial inédito del Dr. Juan Páez de Castro al Emperador Carlos V”, *La Ciudad de Dios* 28, 8 y 29, 1 (1892), pp. 601-610 y 27-37.
- , “Carta del Doctor Juan Paez de Castro al Secretario Matheo Vazquez, sobre el precio de los Libros manuscritos”, *RABM* 9, 5 (1883), pp. 164-165.
- Paravicino, F. H., *Epitafios, o Elogios Fvnerales al Rey Felipe III*, T. Iunti, Madrid, 1625.
- Pastor, J., *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días*, t. 1, J. Gimeno, Valencia, 1827.
- Pisa, F. de, *Descripcion de la imperial ciudad de Toledo, y historia de sus antiguedades*, P. Rodríguez, Toledo, 1605.
- Pellicer, J., *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, A. de Sancha, Madrid, 1778.
- Pérez Pastor, C., *La imprenta en Medina del Campo*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1895.
- Plan de una nueva impresión de la Historia de España que escribió Juan de Mariana*, B. Monfort, Valencia, c. 1779. Puede leerse en la Biblioteca Valenciana digital: <http://bv2.gva.es/>.
- Polibio, *Polybii Megalopolotani Historiarum libri priores quinque*, Nicolao Perotto Episcopo Sipontino interprete. Item *Epitome sequentium librorum usque ad decimum septimum*, Wolfango Musculo interprete, J. Hervagen, Basilea, 1549.
- Polibio *et al.*, *ΕΚ ΤΩΝ ΠΟΛΥΒΙΟΥ ΤΟΥ ΜΕΓΑΛΟΠΟΛΙΤΟΥ ΕΚΛΟΓΑΙ ΠΕΡΙ ΠΙΠΕΣΒΕΙΩΝ*. *Ex libris Polybii Megalopolitani selecta De legationibus et alia*, Plantino, Amberes, 1582.
- “Prologo de la Real Bibliotheca”, en *Historia General de España*, t. 1, J. Ibarra, Madrid, 1780.
- “Prólogo”, en *Historia General de España*, t. 1, Benito Monfort, Valencia, 1783.

- “Prólogo de la Real Biblioteca”, en *Historia General de España*, t. 1, B. Monfort, Valencia, 1794, pp. I-XVIII.
- Quiroga, G. de, *Index et catalogvs librorum prohibitorum, mandato Illustriss. ac Reuerendiss. D. D. Gasparis a Qviroga*, A. Gómez, Madrid, 1583.
- , *Index librorvm expurgatorum, Illustrissimi ac Reuerendis D. D. Gasparis Qviroga*, A. Gómez, Madrid, 1584.
- Ranke, L., *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber*, G. Reimer, Leipzig y Berlín, 1826.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*, F. del Hierro, Madrid, 1726.
- Resende, A. de, *História da Antiguidade da Cidade de Évora*, A. de Burgos, Évora, 1553.
- , *L. Andr. Resendii Carmen endecasyllabon ad Sebastianum regem serenissimum*, I. Barrerae, Lisboa, 1567.
- , *Ad epistolam D. Ambrosii Moralis viri doctissimi, inclytae academiae Complutensis rhetoris, ac regii historiographi responsio*, A. de Burgos, Évora, 1570.
- , *Libri Quattuor De Antiquitatibus Lusitaniae a Lycio Andrea Resendio olim inchoati & a Iacobo Menoetio Vasconcello recogniti atque absoluti. Acessit liber quintus de antiquitate municipio Eborensis ab eodem Vasconcello conscriptus*, M. de Burgos, Évora, 1593.
- , *As antiguidades da Lusitânia*, ed. de R. M. Rosado Fernandes, Fundación Gulbenkian, Lisboa, 1998.
- Reusch, F. H., *Die Indices librorum prohibitorum des sechzehnten Jahrhunderts*, Litterarischer Verein, Tubinga, 1886.
- Rezabal, J. de, *Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis colegios mayores*, Imprenta de Sancha, Madrid, 1805.
- Ribadeneyra, P. de, *Vida del P. Ignacio de Loyola*, A. Gómez, Madrid, 1583.
- , *Tratado de la religión y virtudes que deue tener el Principe Christiano, para gouernar y conseruar sus Estados. Contra lo que Nicolas Machiauelo y los Politicos deste tiempo enseñan*, P. Madrigal, Madrid, 1595.
- , *Illvstrivm scriptorvm religionis Societatis Iesv catalogvs*, Plantino, Amberes, 1608 (2ª ed. en 1613).
- , *Obras escogidas del Padre Pedro de Ribadeneira*, M. Rivadeneyra, Madrid, 1868.

- Rodríguez Mohedano, R. y P., *Historia literaria de España*, 2ª ed. corr., t. 1, Madrid, 1769.
- Salvá, M. y Sainz, P., *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. XII, viuda de Calero, Madrid, 1848.
- Sánchez de Arévalo, R., *Compendiosa historia Hispánica*, Vdalricus Gallus, Roma, 1470.
- Schott, A., *Andreae Schotti Laudatio Funebris V. Cl. Antonii Augustini, Archiepiscopi Tarraconensis. In qua de Vita Scriptisque disseritur: de Perfecto item Jurisconsulto et Episcopo*, Plantino, Amberes, 1586.
- , *Hispaniae Illustratae*, t. 2, C. Marnium, Frankfurt, 1603.
- , *Hispaniae Bibliotheca*, t. 3, Marnius, Frankfurt, 1608.
- Serrano, J. E., *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España hasta el año 1868*, F. Domenech, Valencia, 1898-1899.
- Tamayo de Vargas, T., *Historia general de España del P. D. Iuan de Mariana defendida... contra las advertencias de Pedro Mantuano*, D. Rodríguez, Toledo, 1616.
- , *Flavio Lvcio Dextro*, P. Tazo, Madrid, 1624.
- Tarsia, P. A. de, *Vida de don Francisco Quevedo Villegas*, Imprenta de Sancha, Madrid, 1792 (1663).
- Toribio Medina, J., *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)*, Impreso en casa del autor, Santiago de Chile, 1898.
- Urreta, L. de, *Historia ecclesiastica, politica, natvral, y moral, de los grandes y remotos Reynos de la Etiopia*, P. Patricio, Valencia, 1610.
- Uztarroz, J. F. Andrés de, y Dormer, D. J., *Progressos de la Historia en el Reyno de Aragon y elogios de Geronimo Zvrita, sv primer cronista*, Herederos de D. Dormer, Zaragoza, 1680.
- Vega, L. de, *Triunfo de la fe en los reinos del Japón*, en *Colección escogida de obras no dramáticas de frey Lope Félix de Vega Carpio*, M. Rivadeneyra, Madrid, 1856.
- Velasco, J. de, *Dos discvrsos en qve se defiende la Venida y Predicacion del Apostol Santiago en España*, L. Sánchez, Valladolid, 1605.
- Viterbo, A. de, *Berosi sacerdotis Chaldaici, antiqvitatvm Italiae ac totivs orbis libri quinque*, J. Steels, Amberes, 1552.

- Wachler, L., *Geschichte der historischen Forschung und Kunst seit der Wiederherstellung der litterarischen Cultur in Europa*, 2 vols., F. Rower , Gotinga, 1812-1820.
- Wheare, D., *De ratione et methodo legendi historias dissertatio*, I. Haviland, Londres, 1623.
- Zurita, J., *Los cinco libros primeros de la primera parte de los Anales de la Corona de Aragon*, P. Bernuz, Zaragoza, 1562.

Bibliografía posterior a 1900

- Aguilera, T., “La utopía del bárbaro. Imágenes idealizadas del pasado prerromano en la España contemporánea”, *El Futuro del Pasado* 2 (2011), pp. 374-376: www.elfuturodelpasado.com.
- Alvar, Alfredo, “Sobre la historiografía castellana en tiempos de Felipe II”, *Torre de los Lujanes* 32 (1996), pp. 89-106.
- , “La historia, los historiadores y el Rey en la España del Humanismo”, en *Imágenes históricas de Felipe II*, Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 1999, pp. 217-254.
- , “La necesidad de renovación historiográfica y los cronistas de Carlos V”, en B. J. García (ed.), *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2000, pp. 301-324.
- , “Cervantes, la epistemología histórica de su tiempo y otros lugares comunes”, *Edad de Oro* 25 (2006), pp. 9-34.
- , “El sentido histórico de la *Historia de España* del padre Mariana”, *Torre de los Lujanes* 65 (2009), pp. 51-74.
- , *El Duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII*, Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- , “Esteban de Garibay (1533-1599) o doce claves y algunas *relecciones* para entender cómo paralizó la renovación historiográfica española”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 90-97.
- , “Cómo hacer Historia en tiempos de Cervantes: propuestas historiográficas”, *Edad de Oro* 30 (2011), pp. 7-17.
- , “Datos administrativos básicos inherentes al oficio de cronista real (de Carlos V a Felipe III)”, en A. Marcos (ed.), *Hacer historia desde Simancas. Homenaje*

- a José Luis Rodríguez de Diego, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2011, pp. 31-51.
- , “Dos humanistas cara a cara. Ambrosio de Morales y Benito Arias Montano”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011, pp. 3-13: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/ambrosio-de-morales-biografia>.
- , “Esteban de Garibay (1533-1599)”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011, pp. 1-103: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/esteban-de-garibay-biografia>.
- , “Enrique Cock. Humanista, corógrafo de Madrid, cronista de los archeros reales”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011, pp. 1-64: <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/enrique-cock-biografia>.
- Alvar, Antonio, “Alvar Gómez de Castro, humanista”, *Revista de Filología Española* 62, 3-4 (1982), pp. 193-210.
- , “Alvar Gómez de Castro y la historiografía latina del siglo XVI: la vida de Cisneros”, en M. Revuelta y C. Morón (eds.), *El erasmismo en España*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1986, 247-264.
- Alvar, J., “Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico”, *Rivista di Studi Fenici* 10, 2 (1982), pp. 211-230.
- , “Therón, rex Hispaniae Citerioris (Macr., *Sat.* I, 20, 12)”, *Gerión* 4 (1986), pp. 161-175.
- , “Tartessos-ciudad = Cádiz. Apuntes para una posible identificación”, *Anejos de Gerión* 2 (1989), pp. 295-305.
- , “El ocaso de Tarteso”, en J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Cátedra, Madrid, 1993, pp. 187-200.
- , “Héroes ajenos: Aníbal y Viriato”, en J. Alvar y J. M^a Blázquez (eds.), *Héroes y Antihéroes en la Antigüedad clásica*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 137-153.
- , “Fuentes literarias sobre Tartessos”, en P. Bazán (coord.), *Argantonio, Rey de Tartessos*, Fundación El Monte, Sevilla, 2000, pp. 37-67.
- , “El sexo y la edad en la derrota: los romanos en Hispania”, en M. M. Myro, J. M. Casillas, J. Alvar y D. Plácido (eds.), *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2000, pp. 363-384.

- Alvar, J. y Blázquez, J. M^a (eds.), *Trajano*, Actas, Madrid, 2003.
- Alvar, J. y Wagner, C., “Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago”, *Gerión* 3 (1985), pp. 79-95.
- Alvar, J. y Gómez, F., “El poblamiento de España en las historias generales de los siglos XVI-XVIII”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 17-27.
- Alvar, J., Blázquez, C. y Pereira, J. A. (eds.), *Toledo y la Carpetania en la Edad Antigua*, Colegio Universitario, Toledo, 1990.
- Alvar, J., Gonzales, A. y Gómez, F., “Falso, falsario, falsificación y falseamiento”, *Arys* 7 (2006-2008), pp. 3-16.
- Álvarez, M., “Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: *El cerco de Numancia* de Miguel de Cervantes y la historiografía sobre la España antigua en el siglo XVI”, *Hispania Antiqua* 21 (1997), pp. 545-570.
- , “Notas sobre el papel de Estrabón en la historiografía española, del Renacimiento a la Ilustración”, en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Universidad de Málaga, Málaga, 1999, pp. 31-62.
- , *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Málaga, 2005.
- , “La civilización tartésica: un mito con los pies de barro”, en M^a Cruz Cardete (ed.), *La Antigüedad y sus mitos. Narrativas históricas irreverentes*, Siglo XXI, Madrid, 2010, pp. 63-95.
- Andreotti, G., Le Roux, P. y Moret, P., *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I-II*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga-Casa de Velázquez, Málaga-Madrid, 2006-2007.
- Andrés, G. de, “31 cartas inéditas de Juan Páez de Castro, cronista de Carlos V”, *Boletín de la Real Academia Española* 168 (1971), p. 515-571.
- , “Historia de un fondo griego de la Biblioteca Nacional de Madrid. Colecciones: Cardenal Mendoza y García de Loaisa”, *RABM* 77, 1 (1974), pp. 5-65.
- , *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca Nacional*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1987.
- , “El helenismo del canónigo toledano Antonio de Covarrubias. Un capítulo del Humanismo en Toledo en el s. XVI”, *Hispania Sacra* 40, 81 (1988), pp. 237-313.

- , “El cretense Antonio Calosinás, primer copista del código escurialense de *legationibus*”, *Erytheia* 11-12 (1990-1991), pp. 97-104.
- Andrés-Gallego, J. y Blázquez, J. M. (eds.), *Historia de la historiografía española*, 2ª ed. rev. y aum., Encuentro, Madrid, 2003 (1999).
- Andreu, J., “Vascoiberismo, vascocantabrismo y navarrismo: aspectos y tópicos del recurso ideológico a los vascones de las fuentes clásicas”, *Revista de Historiografía* 8 (2008), pp. 41-54.
- Asensio, F., “El profesorado de Juan de Mariana y su influjo en la vida del escritor”, *Hispania* 13, 53 (1953), pp. 581-641.
- , “Encuentro bíblico entre Juan de Mariana y Francisco de Ribera”, *Estudios Bíblicos* 27 (1968), pp. 129-152.
- , “Juan de Mariana ante el Índice Quiroguiano de 1583-1584”, *Estudios bíblicos* 31 (1972), pp. 135-178.
- Astrain, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, t. 3, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1909.
- Aubrun, Ch-V., “Le doyen Georges Cirot (1870-1946)”, *Bulletin Hispanique* 48, 4 (1946), pp. 289-293.
- Azaustre, A., “Técnicas de argumentación retórica en *Su espada por Santiago*, de Francisco de Quevedo”, *Criticón* 71 (1997), pp. 105-115.
- Ballester, M., *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665)*, Tecnos, Madrid, 2010.
- Barba-Martín, J., “Las dos historias de Juan de Mariana”, *Estudios* 29 (1992), pp. 51-70.
- Barrios, M., *Los falsos cronicones contra la historia (o Granada, corona martirial)*, Universidad de Granada, Granada, 2004.
- , *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito*, Universidad de Granada, Granada, 2011.
- Barrios, M. y García-Arenal, M. (eds.), *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*, Universitat de València, Valencia, 2006.
- , *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano*, Universidad de Granada, Granada, 2008.
- Bataillon, M., “Sur Florian Docampo”, *Bulletin Hispanique* 25, 1 (1923), pp. 33-58.
- Bazán, I. (ed.), *El historiador Esteban de Garibay*, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián, 2001.

- , “La historiografía medieval vasca y su influencia en la obra de Garibay”, en *El historiador Esteban de Garibay*, pp. 75-122.
- Becarés, V., “Crónica general de España”, en VV. AA., *Civitas. MC aniversario de la Ciudad de Zamora*, Junta de Castilla y León, Zamora, 1993, pp. 254-256.
- Beltrán, J., “Historia de la arqueología en España. Precedentes y líneas actuales de investigación”, *Revista de Historiografía* 1 (2004), pp. 38-59.
- Besso, H., “Bibliografía de Georges Alfred Cirot”, *Revista Hispanoamericana* 17, 33 (1951), pp. 145-211.
- Bilinkoff, J., “The Many ‘Lives’ of Pedro de Ribadeneyra”, *Renaissance Quarterly* 52, 1 (1999), pp. 180-196.
- Binotti, L., “Coins, jewelry and stone inscriptions: Ambrosio de Morales and the re-writing of Spanish history”, *Hispanófila* 157 (2009), pp. 5-24.
- , “*Restauratio imperii. Restituito linguae*: la tradición historiográfica española del siglo XVI y la definición lingüística de la Edad Media”, en T. Bastardín y M. Rivas (eds.), *Estudios de historiografía lingüística*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2009, pp. 45-78.
- Blázquez, J. M^a, “Cólquida e Iberia. La saga de los Argonautas y otras leyendas de la Península Ibérica”, en O. Lordkipanidze y P. Lévêque (eds.), *Sur les traces des Argonautes*, Belles Lettres, París, 1996, pp. 101-109.
- Blázquez, J. M^a y Alvar, J. (eds.), *La romanización en Occidente*, Actas, Madrid, 1997.
- Bonilla, A., “*Clarorum Hispaniensium epistolae ineditae*”, *Revue Hispanique* 8 (1901), pp. 181-308.
- Bourne, E., “The Messianic Prophecy in Vergil’s Fourth Eclogue”, *The Classical Journal* 11, 7 (1916), pp. 390-400.
- Bouza, J. L., *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del barroco*, CSIC, Madrid, 1990.
- Braun, H., “Conscience, Counsel and Theocracy at the Spanish Habsburg Court”, en H. Braun y E. Vallance (eds.), *Contexts of Conscience in Early Modern Europe, 1500-1700*, Palgrave-Macmillan, Basingstoke, 2004, pp. 56-66.
- , *Juan de Mariana and early modern political Spanish thought*, Ashgate, Aldershot, 2007.
- Brío Mateos, A. M. del, “El maestro Florián Docampo”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo* 17 (2000), pp. 559-568.

- Broch, A., Cortadella, J. y Garrido, J. D., “L’origen de la llegendra de ‘*Telongus Bachius*’: la resistència de Blanes al pas d’Anníbal”, *Estudi general* 23-24 (2004), pp. 347-360.
- Burke, P., “A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700”, *History and Theory* 5, 2 (1996), pp. 135-152.
- Bustos, M^a del Mar, “La crónica de Ocampo y la tradición alfonsí del siglo XVI”, en I. Fernández-Ordóñez (ed.), *Alfonso X el Sabio y las Crónicas de España*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2000, pp. 187-217.
- Caballero, J. A., “Desde el mito a la historia”, en J. I. de la Iglesia (ed.), *Memoria, mito y realidad en la historia medieval*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2003, pp. 33-60.
- , “Mito e historia en la *Crónica General de España* de Florián de Ocampo”, en F. Domínguez y M^a. L. Lobato (coords.), *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, t. 1, Iberoamericana, Madrid, 2004, págs. 397-405.
- , “Beroso y Giovanni Nanni (Annius Viterbensis): Modelos para el relato de los tiempos míticos en la historiografía española”, *Revue des études anciennes* 111, 1 (2009), pp. 197-215.
- Canfora, L., *Il Fozio ritrovato. Juan de Mariana e André Schott*, Dedalo, Bari, 2001.
- Canto, A., “Los viajes del caballero inglés John Breval a España y Portugal: novedades arqueológicas y epigráficas de 1726”, *Revista portuguesa de Arqueologia* 7, 2 (2004), pp. 265-364.
- Capel, M., “Ambrosio de Morales y la moderna investigación histórica”, en VV.AA., *Jerónimo Zurita. Su época y su escuela*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1986, pp. 443-450.
- Castro, J., “Introducción”, en *La guerra de Hispania*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992, pp. 1-17.
- Carbonell, J. y Gimeno, H., “La epigrafía y el origen de las ciudades de Hispania. Verdad, mentira y verdad a medias”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 109-119.
- Carbonell, J., Gimeno, H. y Stylow, A., “*Pons Traiani*, Qantara Es-Saif, puente de Alcántara. Problemas de epigrafía, filología e historia”, en M. Mayer *et al.* (eds.), *Acta XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae*, Institut d’Estudis Catalans, Barcelona, 2007, pp. 247-258.

- Carlucci, G., *I Prolegomena di André Schott alla Biblioteca di Fozio*, Dedalo, Bari, 2012.
- Caro Baroja, J., “La ‘realeza’ y los reyes en la España Antigua”, en A. Tovar y J. C. Baroja (eds.), *Estudios sobre la España Antigua*, Cuadernos de la Fundación Pastor, Madrid, 1971, pp. 53-159.
- , *Los vascos y la historia a través de Garibay. Ensayo de biografía antropológica*, 2ª ed., Txertoa, San Sebastián, 1972.
- , *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Seix Barral, Barcelona, 1992 (1991).
- , *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, t. 1, 4ª ed., Istmo, Madrid, 2000.
- Carrangeot, D., “Le thème impérial dans les entrées de Charles Quint en Italie du Nord (1530-1541)”, *Revista de Historiografía* 14 (2011), pp. 12-25.
- Carter, R., “Fuenteovejuna and Tyranny: Some Problems of Linking Drama with Political Theory”, *Forum for modern language studies* 13, 4 (1977), pp. 313-335.
- Cary, E., “Introduction”, en *Dio Cassius. Roman History*, t. 1, Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1914, pp. IX-XXXII.
- Catalán, J. I., “Un documento inédito para la biografía del grabador valenciano Manuel Monfort y Asensi”, *Ars longa: cuadernos de arte* 14-15 (2005-2006), pp. 233-244.
- Centenera, F., *El tiranicidio en los escritos de Juan de Mariana: un estudio sobre uno de los referentes más extremos de la cuestión*, Tesis doctoral, Universidad de Alcalá, 2005.
- , “De Toledo a Londres: el último viaje de Juan de Mariana”, en *Cabeza encantada, Humanismo e-review* (2011), pp. 1-28. (<http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/cabeza-encantada>).
- Cepeda, J., “Una visión de América a fines del siglo XVI. Las Indias en la Historia del P. Mariana”, *Estudios Americanos* 6 (1953), pp. 397-421.
- , “La historiografía”, en *El Siglo del Quijote (1580-1680). Religión, filosofía, ciencia*, en *Historia de España Menéndez Pidal*, t. 26, vol. 1, Espasa-Calpe, Madrid, 1986, pp. 523-643.
- Checa, F., *Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento*, El Viso, Madrid, 1999.

- Cirot, G., “Les éditions de l’*Historia de España* de Mariana”, *Bulletin Hispanique* 3, 1 (1901), pp. 83-85.
- , *Les histoires générales d’Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, Feret, Burdeos, 1904.
- , “La famille de Juan de Mariana”, *Bulletin Hispanique* 6, 4 (1904), pp. 309-331.
- , *Mariana historien*, Feret, Burdeos, 1905.
- , “Documents sur le faussaire Higuera”, *Bulletin Hispanique* 8, 1 (1906), pp. 87-95.
- , “A propos du ‘De Rege’, des ‘Septena Tractatus’ de Mariana et de son ou de ces procès”, *Bulletin Hispanique* 10, 1 (1908), pp. 95-99.
- , “Floriano de Ocampo chroniqueur de Charles-Quint”, *Bulletin Hispanique* 16, 3 (1914), pp. 307-336.
- , “Lorenzo de Padilla et la pseudo-histoire”, *Bulletin Hispanique* 16, 4 (1914), pp. 405-447.
- , “Quelques lettres de Mariana et nouveaux documents sur son procès”, *Bulletin Hispanique* 19, 1 (1917), pp. 1-25.
- , “Mariana jésuite. La jeunesse”, *Bulletin Hispanique* 38, 3 (1936), pp. 295-352.
- Cochrane, E., *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago, 1981.
- Codoñer, C., “La edición de Juan de Grial de las *Etymologiae* de Isidoro de Sevilla, un informe de Juan de Mariana y el trabajo de Alvar Gómez de Castro”, *Faventia* 31, 1-2 (2009), pp. 213-225.
- Crespo, T., *Evolución y fundamentos historiográficos del concepto de romanización*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2008.
- Cuno, J., *Who owns Antiquity? Museums and the Battle over our Ancient Heritage*, Princeton University Press, Princeton, 2008.
- Dawson, W., *The Custom of Couvade*, Manchester University Press, Manchester, 1929.
- Delicado, R., “Tito Livio en el Renacimiento español”, en J. M. Maestre, J. Pascual y L. Charlo (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*, IV, 3, Kadmos, Salamanca, 2009, pp. 1237-1246.
- Detienne, M. (ed.), *Tracés de fondation*, Peeters, Lovaina-París, 1990.
- Devoto, D., “Berceo antes de 1780”, *RABM* 79, 4 (1976), pp. 767-833.

- Domingo, A., *Bibliofilia Humanista en tiempos de Felipe II. La biblioteca de Juan Páez de Castro*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2011.
- , “Juan Páez de Castro, *circa* 1510-1570”, *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, 2011: (<http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/juan-paez-de-castro-biografia>).
- Dubuisson, M., “La vision romaine de l'étranger. Stéréotypes, idéologie et mentalités”, *Cahiers de Clío* 81 (1985), pp. 82-98.
- Echánove, A., “La preparación intelectual del P. Andrés Marcos Burriel, S. J. (1731-1750)”, *Hispania Sacra* 23, 45-46 (1970), pp. 81-191 y 24, 47 (1971), pp. 45-185.
- Elliott, J., *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1989 (1986).
- Elvira, M. A., “La imagen de la Roma clásica en los humanistas”, *Revista de Historiografía* 5 (2006), pp. 86-94.
- d'Encarnação, J., “Politicamente falsários”, en *Estudos sobre Epigrafia*, Minerva, Coimbra, 1998, pp. 29-56.
- , “Sertório, general romano: guerrilheiro e mito?”, *CEAMA* 3 (2009), pp. 98-105.
- Epistolario español. Colección de cartas de españoles ilustres antiguos y modernos*, t. 2, BAE, Madrid, 1965.
- Escudero, J., “En favor de una subsistencia absoluta *in divinis* (Cartas inéditas del P. Juan de Mariana y del P. Juan B. González)”, *Miscelánea Comillas* 1, 1 (1943), pp. 73-84.
- Estévez, J. A., “Algo más sobre los orígenes míticos de Hispania”, *Habis* 24 (1993), pp. 213-217.
- , “Los orígenes míticos de Hispania en las crónicas españolas de la Edad Media”, en J. M. Candau, F. J. González y G. Cruz (eds.), *Historia y Mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Diputación de Málaga, Málaga, 2004, pp. 365-387.
- Fernández-Gallardo, G., “El sacro convento de Asís, la Porciúncola y Felipe III (1598-1621). Algunos documentos históricos”, *Archivo ibero-americano* 249 (2004), pp. 655-702.

- Fernández de la Mora, G., “El proceso contra el padre Mariana”, *Revista de Estudios Políticos* 79 (1993), pp. 47-99.
- Fernández, J. M., “Libros y manuscritos procedentes de Plasencia. Historia de una colección”, *Hispania Sacra* 18, 35 (1965), pp. 33-102.
- Ferrer Albelda, E., *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1996.
- , “Gloria y ruina de la Iberia Cartaginesa. Imágenes del poder en la historiografía española”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid* 28-29 (2002-2003), pp. 7-21.
- Franch, R. y Mestre, A., “La compañía de libreros e impresores de Valencia: finanzas y cultura en el siglo XVIII”, *Revista de historia moderna* 4 (1984), pp. 23-46.
- Fueter, E., *Historia de la Historiografía Moderna*, 2 vols., ed. rev. y aum., Editorial Nova, Buenos Aires, 1953 (1911).
- Gabba, E., “True History and False History in Classical Antiquity”, *The Journal of Roman Studies* 71 (1981), pp. 50-62.
- Gaertner, J. F., “The style of the *Bellum Hispaniense* and the evolution of Roman historiography”, en E. Dickey y A. Chahoud (eds.), *Colloquial and Literary Latin*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pp. 243-254.
- Galende, J. C., “Repertorio bibliográfico de la biblioteca del padre Burriel”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, H.ª Moderna* 8 (1994), pp. 245-268.
- Gallardo, C., “Antonio Agustín y los filólogos italianos: una relación de amistad y mutua colaboración”, *Myrtia* 2 (1987), pp. 31-42.
- García Cárcel, R., *La construcción de las Historias de España*, Marcial Pons, Madrid, 2004.
- García Hernán, E., “Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII”, en *La construcción de las Historias de España*, pp. 127-194.
- , “La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII”, *Norba* 19 (2006), pp. 125-150.
- García Quintela, M. V., *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana, III*, Akal, Madrid, 1999.
- García y Bellido, A., “Rodrigo Caro. Semblanza de un arqueólogo renacentista”, *Archivo Español de Arqueología* 24 (1951), pp. 5-22.
- García-Arenal, M. y Rodríguez, F., “Jerónimo Román de la Higuera and the lead books of Sacromonte”, en K. Ingram (ed.), *Conversos and Moriscos in Late Medieval*

- Spain and Beyond. Volume One: Departures and Change*, Brill, Leiden, 2009, pp. 243-268.
- Garzón, F. de P., *El padre Juan de Mariana y las escuelas liberales*, Biblioteca de la Ciencia Cristiana, Madrid, 1889.
- Gil Fernández, J., “Trajano en la Edad Media”, en J. González (coord.), *Trajano emperador de Roma*, L’Erma di Bretschneider, Roma, 2000, pp. 155-178.
- , “Griegos en Toledo en el siglo de oro”, en M. Cortés (coord.), *Toledo y Bizancio*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha, 2002, pp. 167-178.
- , “Judíos y conversos en los falsos cricones”, en A. Molinié y J. P. Duviols (dirs.), *Inquisition d’Espagne*, Université de Paris-Sorbonne, París, 2003, pp. 21-45.
- Giménez, E., “Gregorio Mayans y la Compañía de Jesús. Razones de un desencuentro”, en *Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el s. XVIII. Estudios en Homenaje al P. Miquel Batllori i Munné*, Universidad de Alicante, Alicante, 2002, pp. 163-196.
- Gimeno, H., “La inscripción del dintel del Templo de Alcántara (CIL, II, 761): una perspectiva diferente”, *Epigraphica* 57 (1995), pp. 87-145.
- , “El despertar de la ciencia epigráfica en España. ¿Ciríaco de Ancona: un modelo para los primeros epigrafistas españoles?”, en G. Paci y S. Sconocchia (eds.), *Ciriaco d’Ancona e la cultura antiquaria dell’Umanesimo: atti del convegno internazionale di studio: Ancona, 6-9 febbraio 1992*, Diabasis, Reggio Emilia, 1998, pp. 373-382.
- , “Florián de Ocampo”, en *Anticuarios y Epigrafistas*: http://www2.uah.es/imagenes_cilii/Anticuarios/Textos/Ocampo.htm.
- Gimeno, H. y Stylow, A., “Intelectuales del siglo XVII: sus aportaciones a la epigrafía de la Bética”, *Polis* 10 (1998), pp. 89-156.
- Girardet, K., *Die Konstantinische Wende. Voraussetzungen und geistige Grundlagen der Religionspolitik Konstantins des Grossen*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 2006.
- González, A., “Polémica entre Pedro Mantuano y Tomás Tamayo de Vargas con motivo de la ‘Historia’ del Padre Mariana”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 84 (1924), pp. 331-351.
- González, G., “Ciríaco d’ Ancona i la tradició dels falsos epigràfics hispànics. Una mirada nov”, *Artes ad humanitatem* 2 (2010), pp. 77-85.

- , “Los falsos epigráficos del primer Renacimiento hispánico. Una visión de conjunto”, en J. Carbonell, H. Gimeno y J. L. Moralejo (eds.), *El monumento epigráfico en contextos secundarios. Procesos de reutilización, interpretación y falsificación*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2011, pp. 201-215.
- González Echegaray, J., “Las guerras cántabras en las fuentes”, en VV.AA., *Las Guerras Cántabras*, Fundación Marcelino Botín, Santander, 1999, pp. 146-169.
- Grafton, A., *Forgers and Critics. Creativity and Duplicity in Western Scholarship*, Princeton University Press, Princeton, 1990. Hay traducción española: *Falsarios y críticos: creatividad e impostura en la tradición occidental*, Crítica, Barcelona, 2001.
- , *Defenders of the text: the traditions of scholarship in an age of science, 1450-1800*, Harvard University Press, Cambridge, 1991.
- , *What was the history? The Art of History in Early Modern History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.
- Grell, Ch., “Annius de Viterbe et le roman des origines en France et en Espagne”, en A. Tallon (ed.), *Le sentiment national dans l’Europe méridionale aux XVI^e et XVII^e siècles (France, Espagne, Italie)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2007, pp. 227-250.
- Gutiérrez, A., *La France et les Français dans la littérature espagnole. Un aspect de la xenophobie en Espagne (1598-1665)*, Université de Saint-Étienne, Saint-Étienne, 1977.
- Hagerty, M., *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Editora Nacional, Madrid, 1980.
- Hay, D., *Annalist and Historians. Western Historiography from the VIIIth to the XVIIIth Century*, Methuen, Londres, 1977.
- Hernando, M^a R., “Los toros de Guisando y las glorias ajenas”, *Gerión* 25, vol. extra 2007, pp. 341-361.
- , *Manuscritos de contenido epigráfico de la Biblioteca Nacional de Madrid (siglos XVI-XX). La transmisión de las inscripciones de la Hispania romana y visigoda*, Centro de Lingüística Aplicada Atenea, Madrid, 2009.
- Hingley, R., *Globalizing Roman Culture. Unity, Diversity and Empire*, Routledge, Londres-Nueva York, 2005.

- Hughes, M., *Monarcas, tiranos y tiranocidios: la ideología de Juan de Mariana en la obra de Lope de Vega*, estudio de máster, Miami University, 2006: http://rave.ohiolink.edu/etdc/view?acc_num=miami1155647816.
- Imrani, A. El, *Lexicografía hispano-árabe. Aproximación al análisis de cinco diccionarios elaborados por religiosos españoles*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1998.
- Jacoby, F., *Die Fragmente der griechischen Historiker*, t. 3B, Brill, Leiden, 1950.
- Jauralde, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Castalia, Madrid, 1998.
- , “Noticia de nuevos textos y documentos áureos”, *Voz y Letra* 20, 1 (2009), pp. 11-22.
- Jimeno, A., y Torre, J. I. de la, *Numancia, símbolo e historia*, Akal, Madrid, 2005.
- Joachimsen, P., *Geschichtsauffassung und Geschichtschreibung in Deutschland unter dem Einfluss des Humanismus*, Scientia Verlag, Aalen, 1968 (1910).
- John, R., *Fictive ancient history and national consciousness in early modern Europe: the influence of Anniius of Viterbo's Antiquitates*, PhD Dissertation, University of London, 1994.
- Juaristi, J., *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid, 1987.
- Kagan, R., “Clío y la Corona: escribir historia en la España de los Austrias”, en R. Kagan y G. Parker (eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico. Homenaje a John H. Elliott*, reimpr., Marcial Pons, Madrid, 2002 (1995), pp. 113-150.
- , “Nación y patria en la historiografía de la época austriaca”, en A. Tallon (ed.), *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVIe et XVIIe siècles (France, Espagne, Italie)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2007, pp. 205-225.
- , *Clio & the Crown. The Politics of History in Medieval and Early Modern Spain*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009. Hay traducción española: *Los Cronistas y la Corona*, Marcial Pons, Madrid, 2010.
- Körner, Ch., *Philippus Arabs. Ein Soldatenkaiser in der Tradition des antoninisch-severischen Prinzipats*, W. de Gruyter, Berlín, 2002.
- Las letras de la Ilustración. Edición, imprenta y fundición de tipos en la Real Biblioteca* (enero-marzo de 2012), en la página web de la BNE: <http://www.bne.es/es/MuseoBibliotecaNacional/exposiciones/SalaMusas/LasletrasdelaIlustracion/index.html>.
- Lasperas, J.-M., “La biblioteca de Cristóbal de Salazar, humanista y bibliófilo ejemplar”, *Criticón* 22 (1983), pp. 5-132.

- Lens, J., “Viriato, héroe y rey cínico”, *Estudios de Filología Griega* 2 (1986), pp. 253-272.
- Leturia, P., “Contribuzioni della Compagnia di Gesù alla formazione delle scienze storiche”, *Analecta Gregoriana* 29 (1942), pp. 161-202.
- Lida de Malkiel, M^a R., “Túbal, primer poblador de España”, *Ábaco. Estudios sobre literatura española* 3, 1970, pp. 11-48.
- Liere, K. van, “The Missionary and the Moorslayer: James the Apostle in Spanish Historiography from Isidore of Seville to Ambrosio de Morales”, *Viator* 37 (2006), pp. 519-543.
- López, A., “Notas sobre las polémicas andaluzas de Quevedo”, en *Homenaje al profesor Juan García Abellán*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1991, pp. 195-212.
- Malavialle, R., “Temps, récit et vérité historique chez Antonio de Herrera y Tordesillas”, *Cahiers de Narratologie* 15 (2008), pp. 1-16.
- Marín Gelabert, M., “La historia de la historiografía en España: recepción y crisis de una disciplina, 1976-2007”, en M^a T. Ortega (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Universidad de Granada, Granada, 2007, pp. 391-437.
- Martín, F., “Notas críticas a la obra Histórica Latino-Castellana del P. Mariana (Estudio Bio-Bibliográfico)”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 2 (1974), pp. 9-43.
- , “Juan de Mariana, humanista y filólogo”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 3 (1975), pp. 237-245.
- , “Verdad y objetivismo en la ‘Historia de rebus Hispaniae’ de Juan de Mariana”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 4 (1976), pp. 15-28.
- , “Una corrección humanista a Livio XXI, 3, 1. Historia de la tradición crítica del texto”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 4 (1976), pp. 157-168.
- , “Las preposiciones latinas en tres escritores hispanos del siglo XVI”, *Dvrvs. Boletín castellano de estudios clásicos* 5 (1977), pp. 55-92.
- , “El diálogo ‘De morte et immortalitate’ de Juan de Mariana y las ‘Tusculanae disputationes’ de Cicerón”, *Helmantica* 34 (1983), pp. 415-442.
- Martín, J., *La imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*, Arco Libros, Madrid, 1991.

- Martínez, J., “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, en *Tolède et l’expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1991, pp. 69-97.
- Martínez, S., “‘Hispania’: la verdad sobre Viriato” (i) y (ii), *Sáraust* 9 (2011), pp. 23-35: www.sarasuati.com.
- Martínez-Pinna, J. (ed.), *Initia rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*, Málaga, Universidad de Málaga, Málaga, 2006.
- Marycks, R., *The Jesuit Order As a Synagogue of Jews. Jesuits of Jewish Ancestry and Purity-of-Blood Laws in the Early Society of Jesus*, Brill, Leiden, 2010.
- Matos, S., “De Roma a Évora, com André de Resende: Cidade e ‘Património’ na História da Antiguidade da cidade de Évora”, *@pha.Boletim* 2 (2004), pp. 1-18: http://www.apha.pt/boletim/boletim2/pdf/Susana_Matos_Abreu.pdf.
- Mayer, M., “La técnica de producción de falsos epigráficos a través de algunos ejemplos de CIL”, *Excerpta philologica* 1, 2 (1991), pp. 491-499.
- Menéndez Pelayo, M., “Vida y escritos de Rodrigo Caro”, en *Obras completas. II. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, t. 2, CSIC, Madrid, 1941, pp. 161-196.
- Merrit, P., “The Use of History in the *Chronicon* of Isidore of Seville”, *History and Theory* 15, 3 (1976), pp. 278-292.
- Mestre, A., *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781)*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1968.
- , *Despotismo e Ilustración en España*, Ariel, Barcelona, 1974.
- , *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Universitat de València, Valencia, 2000.
- Millares, A., “Tito Livio en español”, *Boletín Millares Carlo* 9-10 (1987), pp. 7-56.
- Molino, R. del, “La apropiación política de la Antigüedad Grecorromana: de la tradición clásica a la interdisciplinariedad”, *Revista de Historiografía* 5 (2006), pp. 76-85.
- Momigliano, A., “Some Observations on the ‘Origo Gentis Romanae’”, *The Journal of Roman Studies* 48, 1-2 (1958), pp. 56-73.
- , “Polibius’ Reappearance in Western Europe”, en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Wesleyan University Press, Middletown, 1977 (1973), pp. 79-98.

- , “Fabius Pictor and the Origins of National History”, en *The Classical Foundations of Modern Historiography*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 80-108.
- Mora, G., “The Image of Rome in Spain: Scholars, Artists and Architects in Italy in the 16th to 18th Centuries”, en R. Hingley (ed.), *Images of Rome. Perceptions of Ancient Rome in Europe and the United States in the Modern Age*, Portsmouth, Rhode Island, 2001, pp. 23-55.
- , “Ambrosio de Morales”, *Zona Arqueológica* 3 (2004), pp. 21-23.
- Moreno, V., *La recepción hispana de Juan Luis Vives*, Generalitat Valenciana, Valencia, 2006.
- , “Juan de Mariana ante la imprenta de Luis Sánchez. El *textus receptus* de la *Historia General de España*”, *Bulletin Hispanique* 110, 1 (2008), pp. 111-144.
- Moya, J., “El alma de Garibay. Perfil psicológico, a través de su Autobiografía. (Una mentalidad de la Contrarreforma)”, en I. Bazán (ed.), *El historiador Esteban de Garibay*, pp. 123-148.
- Nelles, P., “The Measure of Rome: André Schott, Justus Lipsius and the Early Reception of the *Res Gestae Divi Augusti*”, en C.R. Ligota and J.-L. Quantin (eds.), *History of scholarship. A selection of papers from the Seminar on the History of Scholarship held annually at the Warburg Institute*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 2006, pp. 113-134.
- Niño, A., *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, CSIC, Madrid, 1988.
- Núñez de Arenas, M. y Clavel, J., “Bibliographie de Georges Cirot”, *Bulletin Hispanique* 50, 3-4 (1948), pp. 537-601.
- Olaechea, R., “El anticolegialismo del gobierno de Carlos III”, *Cuadernos de Investigación, Geografía e Historia* 2, 2 (1976), pp. 53-90.
- Olds, K., *The “False Chronicles” in Early Modern Spain: Forgery, Tradition, and the Invention of Texts and Relics, 1595-c. 1670*, PhD Dissertation, Princeton University, 2009.
- Olmedo, J., “El padre Mariana: Biografía y biografías”, *Torre de los Lujanes* 65 (2009), pp. 23-50.
- , “Semblanza y andanza del padre Mariana”, *Cabeza Encantada, Humanismo e-review* (2011), pp. 1-27, (<http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/cabeza-encantada>).

- Palau, A., *Manual del librero hispano-americano: bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos*, 2ª ed., t. 8, Librería Palau, Barcelona, 1954-1955.
- Pasamar, G., *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Peter Lang, Berna, 2010.
- Pavone, S., “Between History and Myth: The *Monita secreta Societatis Jesu*”, en AA.VV., *The Jesuits II. Cultures, sciences, and the arts, 1540-1773*, University of Toronto Press, Toronto, 2006, pp. 50-65.
- Pelegrín, J., *Barbarie y frontera: Roma y el Valle medio del Ebro durante los siglos III-I a.C.*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2003.
- Perea Siller, F. J., “Sobre el léxico prelatino en español. Descubrimiento y primeras controversias”, en T. Bastardín y M. Rivas (eds.), *Estudios de historiografía lingüística*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2009, pp. 587-603.
- Pérez Pastor, C., *Bibliografía madrileña ó descripción de las obras impresas en Madrid*, t. 3, Tipografía de la RABM, Madrid, 1907.
- Pérez González, C., “Juan de Mariana y su valoración de las crónicas medievales en el *De adventu Beati Iacobi Apostoli in Hispaniam*”, en M. Pérez (coord.), *Congreso internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, t. 1, Universidad de León, León, 1998, pp. 537-547.
- Pina Polo, F., “Las comisiones senatoriales para la reorganización de Hispania (App., Iber., 99-100)”, *DHA* 23, 2 (1997), pp.
- Pinto, V., “El proceso de elaboración y la configuración del Índice y Expurgatorio de 1583-1584 en relación con los otros Índices del siglo XVI”, *Hispania Sacra* 30, 59-60 (1977), pp. 201-254.
- Plácido, D., *Hispania Antigua*, en J. Fontana y R. Villares (dirs.), *Historia de España*, t. 1, Crítica, Barcelona, 2009.
- Portuondo, M., *Secret Science. Spanish Cosmography and the New World*, University of Chicago Press, Chicago, 2009.
- Prontera, F., “Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica”, en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Málaga, 2003 (1993), pp. 11-26.
- Redel, E., *Ambrosio de Morales. Estudio biográfico*, Imprenta del Diario, Córdoba, 1909.

- Rey, E., “Censura inédita del P. J. de Mariana a la Políglota Regia de Amberes (1577)”, *Razón y Fe* 155 (1957), pp. 525-548.
- Rey Castelao, O., *La historiografía del Voto de Santiago. Recopilación crítica de una polémica histórica*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1985.
- , “El peso de la herencia: la influencia de los modelos en la historiografía barroca”, *Pedralbes* 27 (2007), pp. 35-58.
- , “La *Historia crítica de los falsos cronicones* de José Godoy Alcántara”, en M. Barrios y M. García-Arenal (eds.), *¿La Historia inventada? Los Libros Plúmbeos y el legado sacromontano*, pp. 395-464.
- Reymóndez, J., “Correspondencia epistolar del P. Andrés Marcos Burriel, existente en la Biblioteca Real de Bruselas”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 52 (1908), pp. 181-267.
- Reyre, D., “Topónimos hebreos y memoria de la España judía en el Siglo de Oro”, *Criticón* 65 (1995), pp. 31-53.
- Ríos, M. de los, “El P. Juan de Mariana, escritorario. El Tratado ‘Pro Editione Vulgata’”, *Estudios Bíblicos* 2 (1943), pp. 279-289.
- Robledo, L., “El lugar de la música en la educación del príncipe humanista”, en V. Dumanoir, *Música y literatura en la España de la Edad Media y del Renacimiento*, Casa de Velázquez, Madrid, 2003, pp. 1-19.
- Rodríguez Adrados, F., “Topónimos griegos en Iberia y Tartessos”, *EMERITA* 68, 1 (2000), pp. 1-18.
- Rodríguez, D., *La memoria frágil. José de Hermosilla y las antigüedades árabes de España*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1992.
- Rodríguez, H., “Contratos de impresión suscritos por Juan de Mariana, Alonso de Villegas y Francisco de Pisa”, *Hispania Sacra* 55 (2003), pp. 51-84.
- Rojo, A., “La biblioteca del maestro Pedro Simón Abril (1595)”, en P. M. Cátedra y M. L. López-Vidriero (eds.), *El libro antiguo español VI*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2002, pp. 365-388.
- Roncero, V., “Las fuentes humanísticas en la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la *España defendida*”, *La Perinola* 3 (1999), pp. 269-292.
- Samson, A., “Florián de Ocampo, Castilian chronicler and Habsburg propagandist: Rhetoric, myth and genealogy in the historiography of early modern Spain”, *Forum for Modern Language Studies* 42, 4 (2006), p. 339-354.

- San Román, F. B., “El testamento del humanista Alvar Gómez de Castro”, *Boletín de la Real Academia Española* 15 (1928), pp. 543-566.
- Sánchez Alonso, B., *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*, 3 vols., CSIC, Madrid, 1941-1950.
- , “M. Georges Cirot y la historiografía española”, *Bulletin Hispanique* 50, 3-4 (1948), pp. 263-274.
- , *Fuentes de la historia española e hispanoamericana. Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la Historia política de España y sus antiguas provincias de Ultramar*, 3 vols., 3ª ed., CSIC, Madrid, 1952.
- Sánchez, F. y González, F., “La aportación de los jesuitas a la difusión de la historia: el humanista Andreas Schott y su *Hispania illustrata*”, en VV.AA., *Profesor Nazario González: una historia abierta*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1998, pp. 141-147.
- Sánchez, E., “Juicio de Historiadores y modo de leerlos. Carta del Maestro Alvar Gómez a Antonio Gracián sobre la Historiografía en el Humanismo”, en *Actas del VII Encuentro de Historiadores del Valle del Henares (Guadalajara, 5-8 de abril de 2001)*, Institución de Estudios Complutenses, Guadalajara, 2001, pp. 195-210.
- , “El maestro Alvar Gómez de Castro y la Epigrafía latina”, en J. Mª. Maestre, L. Charlo y J. Pascual (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, t. III, 1, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2002, pp. 437-445.
- Sánchez, S., *Arqueología y Humanismo. Ambrosio de Morales*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2002.
- Silva, J. F. V., “Elogio de Vaca de Castro de Antonio de Herrera”, *RABM* 36-38 (1917-1918).
- Simón, J., *Bibliografía de la literatura hispánica*, t. 14, CSIC, Madrid, 1984.
- Soares, V., “Os Castelhanos segundo André de Resende. (Na *Epist. Ad Bartholomaeum Kebedium*)”, *Diacritica* 1 (1986), pp. 147-166.
- , “André de Resende e os portugueses segundo Bartolomeu Albornoz”, *Humanitas* 43 (1991), pp. 91-108.
- Solana, J. M., “Los cántabros: territorio y costumbres”, *Hispania Antiqua* 16 (1992), pp. 7-54.

- Soons, A., *Juan de Mariana*, Twayne, Boston, 1982.
- Stenhouse, W., *Reading inscriptions and writing ancient history: historical scholarship in the late Renaissance*, University of London School of Advanced Study, Londres, 2005.
- Stephens, W., *Berosus Chaldeus: Counterfeit and Fictive Editors of the Early. Sixteenth Century*, PhD Dissertation, Cornell University, 1980.
- , “Gli Etruschi e la Prisca Teologia in Annio da Viterbo”, *Biblioteca e società* 4, 3-4 (1982), pp. 3-9.
- , “When Pope Noah Ruled the Etruscans: Annius of Viterbo and his Forged *Antiquities*”, *Modern Language Notes* 119, 1 (2004), pp. S201-S223.
- , “The *Antiquities* of Annius of Viterbo: a misinterpreted genealogical forgery”, *Revista de Historiografía* 15 (2011), pp. 56-63.
- Stylow, A. (ed.), *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae, ed. altera, pars VII. Conventus Cordubensis*, Berlín y Nueva York, 1995.
- Stylow, A., Clauss, M. y Mayer, M. (eds.), *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae, ed. altera, pars XIV, fasciculus I. Pars meridionalis conventus Tarraconensis*, Berlín y Nueva York, 1995.
- Stylow, A., Atencia, A., González, J., González, C., Pastor, M. y Rodríguez, P. (eds.), *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae, ed. altera, pars V. Conventus Asigitanus*, Berlín y Nueva York, 1998.
- Syme, R., *La revolución romana*, Crítica, Barcelona, 2010 (1939).
- Tanner, M., *The last descendant of Aeneas. The Hapsburgs and the mythic image of the emperor*, Yale University Press, New Haven, 1993.
- Tate, R., “Mythology in Spanish Historiography of the Middle Ages and the Renaissance”, *Hispanic Review* 22, 1 (1954), pp. 11-16. Artículo incluido en el libro *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Gredos, Madrid, 1970, pp. 13-32.
- , “Nebrija the Historian”, *Bulletin of Hispanic Studies* 34, 3 (1957), pp. 125-146. Incluido en *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, pp. 83-211.
- Urí, M., “Juan de Mariana y Quevedo ante la Inquisición: *De monetae mutatione y El chitón de las tarabillas*”, *Voz y Letra* 8, 2 (1997), pp. 65-75.
- Vilaplana, M^a A., “Correspondencia de Papebroch con el Marqués de Mondéjar (1669-1697)”, *Hispania sacra* 25, 50 (1972), pp. 293-349.
- Villanueva, J., *Viage literario á las iglesias de España*, t. 3, Fortanet, Madrid, 1902.

- VV.AA., *Cataldo e André de Resende. Congresso Internacional do Humanismo Português*, Centro de Estudos Clássicos, Lisboa, 2002.
- Walton, F., "Introduction", en *Diodorus Siculus. Library of History*, t. 11, reimpr., Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1980 (1957), pp. VII-XXIV.
- Weiner, J., "Lope de Vega, un puesto de cronista y *La hermosa Ester* (1610-1621)", en A. Kossoff *et al.* (coords.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, t. 2, Itsmo, Madrid, 1986, pp. 723-730.
- Woolf, D., *Reading History in Early Modern England*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- , *The Social Circulation of the Past: English Historical Culture, 1500-1730*, Oxford University Press, Oxford, 2003.
- Wulff, F., "El mito en la historiografía española (XVI-XVIII). Algunas notas", *Historia y Crítica* 1 (1992), pp. 137-149.
- , *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Crítica, Barcelona, 2003.
- , "¿Por qué las identidades hoy? Historia antigua y arqueología ante un cambio de paradigma", en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Universidad de Málaga, Málaga, 2008, pp. 11-50.
- , "Hablando de identidades: reflexiones historiográficas sobre Italia entre la República y el Imperio", en A. Caballos y S. Lefebvre (eds.), *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, Casa de Velázquez y Universidad de Sevilla, Madrid, 2011, pp. 21-37.